

El imperio británico

Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial

NIALL FERGUSON

¿Cómo una pequeña y lluviosa isla del norte del Atlántico pudo construir el imperio territorial más grande de la historia? El imperio británico ha sido, desde las primeras rutas marítimas y comerciales del siglo XVIII hasta la Segunda Guerra Mundial y la independencia de la India, uno de los dominios más impresionantes que ha conocido la historia de la humanidad. Gracias a una magnífica flota mercantil y militar y a una innegable voluntad política, los británicos consiguieron extender su poder desde sus escarpadas costas hasta los remotos confines de Asia, África y la India, logrando una unidad geopolítica y administrativa pocas veces repetida.

Polémico y apasionado, este brillante trabajo de síntesis histórica aborda temas como el auge del consumismo provocado por la demanda de café, té, tabaco y azúcar, la mayor migración en masa de la historia, el impacto de los misioneros, el triunfo del capitalismo o la extensión de la lengua inglesa. Prestando atención a los detalles sobre el modo de vida, cultura, actividades cotidianas y costumbres de los ciudadanos de las colonias imperiales, el autor analiza cómo se construye un imperio con afán de perdurar en el tiempo, qué mecanismos se establecen para la organización de una administración transoceánica, el controvertido papel del ejército o cómo se sentaron las bases para que el comercio entre la metrópoli y las colonias fuera el nexo de unión entre culturas y modos de vida tan diversos.

Con el rigor y la originalidad que le han convertido en el más brillante historiador británico de la última generación, Niall Ferguson muestra cómo en la historia del imperio británico se encuentran numerosas lecciones aplicables a la realidad histórica de nuestros días.

Niall Ferguson

El imperio británico

Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial

ePub r1.0
Titivillus 31.08.16

Título original: *Empire. How Britain Made the Modern World*
Niall Ferguson, 2003
Traducción: Magdalena Chocano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Ken y Vivienne

El viejo río permanecía imperturbable en toda su extensión ante el ocaso del día, después de siglos de buenos servicios prestados a la vieja raza que poblaba sus orillas, extendiéndose con la tranquila dignidad de una vía de agua que conduce a los más remotos rincones de la tierra… La marea sube y baja en su incesante servicio, poblada de recuerdos de hombres y barcos que condujo al reposo del hogar o a las batallas del mar. Había conocido y servido a todos los hombres de los que la nación se enorgullecía… Había transportado a todos los barcos cuyos nombres son como piedras preciosas brillando en la noche de los tiempos… Había conocido los barcos y los hombres. Habían partido de Deptford, de Greenwich, de Erith. Aventureros y colonos; naves reales y naves de la casa de la Contratación; capitanes, almirantes, oscuros «traficantes» del comercio de oriente y los «generales» comisionados de la flota de las Indias Orientales. Buscadores de oro o perseguidores de gloria, todos habían zarpado en esa corriente, empuñando la espada, y a menudo la antorcha, mensajeros del poder de la nación, portadores de una chispa de fuego sagrado. ¡Qué grandeza no había flotado en el flujo de ese río hacia el misterio de una tierra desconocida!… Los nuevos de los hombres, la semilla de las colonias, el germen de los imperios.

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*, pp. 19-20

Agradecimientos

Este libro es ante todo fruto de un esfuerzo colectivo.

Aunque muchas de las personas a las que quisiera expresar mi agradecimiento pensaron que estaban trabajando para una compañía de producción o un canal con el objetivo de hacer una serie de televisión, contribuyeron a la elaboración de estas páginas impresas.

En primer lugar, deseo expresar mi agradecimiento a Janice Hadlow, la directora de *History* en Channel 4, sin cuya iniciativa este libro y la serie no se habrían hecho realidad. También estuvo presente en la creación su representante, Hamish Mykura, que al principio fue el productor de la serie. En Blakeway Productions, tengo una deuda inmensa con Denys Blakeway, el productor ejecutivo; Charles Miller, el sucesor de Hamish Mykura como productor de la serie; Melanie Fall, la productora asociada de la serie; Helen Britton y Rosie Schellenberg, productoras asistentes; Grace Chapman, investigadora de la serie; los investigadores Alex Watson, Joanna Potts y Rosalind Bentley; Emma Macfarlane, coordinadora de producción; Clare Odgers, gerente de producción, y Kate Macky, gerente de oficina.

Aprendí mucho acerca de cómo relatar una historia de los tres directores que trabajaron en *Empire*: Russell Barnes, Adrian Pennink y David Wilson. También estoy en deuda con Dewald Aukema, Tirn Cragg, Vaughan Matthews y Chris Openshaw, los cámaras; Dhruv Singh, el asistente de cámara, así como Adam Prescod, Martin Geissmann, Tony Bensusan y Paul Kennedy, los encargados de sonido.

«Fixers» son figuras esenciales en cualquier serie de televisión: por tanto debo dar especialmente las gracias a Maxine Walters y Ele Rickham (Jamaica), Matt Bainbridge (Estados Unidos), Sam Jennings (Australia), Lansana Fofana (Sierra Leona), Goran Music (Sudáfrica), Alan Harkness (Zambia), Nicky Sayer (Zanzíbar), Funda Odemis (Turquía), Toby Sinclair y Reinee Ghosh (India).

Por su amabilidad y ayuda, deseo expresar mi más profundo agradecimiento a las siguientes personas: Alric, Nasir, director de Lamartiniere College, Joan Abrahams, Richard y Jane Aitken, Gourab K. Banerji, Rod Beattie, profesor A. Chaterjee, Dayn Cooper, Tom Cunningham, Steve Dodd, Eric Doucot, Tessa Fleischer, Rob Fransisco, Penny Fustle, Alan Harkness, Peter Jacques, el pastor Hendric James, Jean Francois Lesage, Swapna Liddle, Neil McKendrick, Ravi Manet, John Manson, Bill Markham, Said Suleiman Mohammed, George Mudavanhu, el jefe Mukuni, Gremlin Napier, Tracy O'Brian, Adolph Oppong, Mabvuto Phiri, Victoria Phiri, G. S. Rawat, Ludi Schulze, Su Excelencia Viren Shah, Mark Shaw, Ratanjit Singh, Jane Skinner, Mary Slattery, lona Smith, Simón Smith, Angus Stevens, Colin Steyn, Philip Tetley, el obispo Douglas Toto, el teniente Chris Watt y Elria Wessels.

Cualquier escritor necesita un buen agente; he tenido la suerte de contar con Clare Alexander, Sally Riley y otros en Gillon Aitken, así como a Sue Ayton en Knight

Ayton. En Penguin, debo dar las gracias en especial a Anthony Forbes-Watson, Helen Fraser, Cecilia Mackay, Richard Marston y Andrew Rosenheim.

Sobre todo, deseo expresar mi agradecimiento a mi editor, Simón Winder, cuyo entusiasmo y ánimo han estado por encima de su obligación.

Sin el apoyo de mis colegas en Jesús College, Oxford, y la Facultad de Historia en Oxford, no habría podido encontrar tiempo para escribir este libro ni para hacer la serie. En especial, me gustaría dar las gracias a Bernhard Fulda, Felicity Heal y Turlough Stone.

Finalmente, muchos miembros de mi familia me han ayudado a averiguar más sobre mi propio pasado imperial. Les doy las gracias especialmente a mis padres, Molly y Campbell Ferguson, a mi abuela, May Hamilton, a mis suegros Ken y Vivienne Douglas, y a mi prima Sylvia Peters en Canadá. Sobre todo, debo agradecerles a Susan, Felix, Freya y Lachlan que hayan seguido al pie del cañón en casa —como tantas familias antes que ellos— mientras su padre contribuía con su granito de arena al imperio.

En una empresa tan cooperativa, el margen de error necesariamente es mayor. Atentos lectores me escribieron amablemente para señalarme los fallos en la edición en cartoné. En especial, me gustaría expresar mi agradecimiento al perspicaz señor L. W. Haigh. No obstante, cualquier responsabilidad de los errores que pueda haber es solo mía.

JESÚS COLLEGE, Oxford
Julio de 2003

Índice

Introducción

> «Gran Bretaña controla hoy los destinos de unos trescientos cincuenta millones de súbditos extranjeros, incapaces aún de gobernarse, y víctimas fáciles de la rapiña y la injusticia, a menos que un fuerte brazo los proteja. Ella les proporciona un régimen que, sin duda, tiene sus defectos, pero de una calidad que (me atrevo a afirmarlo) ninguna nación conquistadora nunca antes proporcionó a un pueblo subordinado».
>
> Profesor GEORGE M. WEONG, 1909

> «El colonialismo ha generado el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y formas conexas de intolerancia, y […] los africanos y las personas de origen africano, y las de origen asiático y los pueblos indígenas fueron víctimas del colonialismo y continúan siendo víctimas de sus consecuencias».
>
> Declaración de la Conferencia contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, en Durban, 2001

Hubo en otro tiempo un imperio que controlaba aproximadamente a un cuarto de la población mundial, abarcaba casi la misma proporción de la superficie terrestre y dominaba prácticamente todos sus océanos. Se trataba del imperio más grande de todos cuantos han existido en el mundo: el imperio británico. Este libro intenta dar respuesta a uno de los interrogantes fundamentales no solo de la historia británica sino universal: ¿cómo llegó a dominar el mundo un archipiélago de islas lluviosas en la costa noroccidental de Europa? La siguiente pregunta, que es quizá la más compleja, es saber simplemente si el imperio fue algo positivo o negativo.

Actualmente la opinión generalizada es que se trató de algo malo. Es probable que la principal razón de que el imperio cayera en el desprestigio haya sido su participación en la trata de esclavos en el Atlántico, así como en la misma esclavitud. Ya no se trata en exclusiva de una cuestión de juicio histórico, sino que se ha convertido en una cuestión política y legal. En agosto de 1999, la African World Reparations and Repatriation Truth Commission, reunida en Acra, propuso la posibilidad de una demanda de indemnizaciones a «todas las naciones de Europa Occidental y América, y a las instituciones que participaron y se beneficiaron de la trata de esclavos y del colonialismo». La suma sugerida como indemnización adecuada (basada en estimaciones de «el número de vidas humanas perdidas para África durante la trata de esclavos, así como en una estimación del valor del oro, diamantes y otros minerales extraídos del continente durante el régimen colonial») era de setecientos setenta y siete billones de dólares (EE. UU.). Dado que más de tres

de los aproximadamente diez millones de africanos que cruzaron el Atlántico en calidad de esclavos antes de 1850 fueron embarcados en naves británicas, la suma de las supuestas indemnizaciones británicas podría cifrarse en torno a los ciento cincuenta billones de libras esterlinas.

Aunque la demanda pueda parecer algo fantasiosa, la idea recibió cierto respaldo en la Conferencia de las Naciones Unidas contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, llevada a cabo en Durban (Sudáfrica) en el verano de 2001. El informe final de la conferencia «reconocía» que la esclavitud y la trata de esclavos constituyeron «un crimen contra la humanidad», del cual fueron víctimas «las personas de origen africano, las de origen asiático y los pueblos indígenas». En otra declaración de la conferencia, el «colonialismo» fue citado casualmente junto con «la esclavitud, la trata de esclavos… el apartheid… y el genocidio» en un llamamiento general a los estados miembros de la ONU «a honrar la memoria de las víctimas de las tragedias del pasado». Señalando que «algunos estados han tomado la iniciativa de pedir perdón por las graves y masivas violaciones cometidas y han pagado indemnizaciones, cuando ha sido apropiado», la conferencia hizo «un llamamiento a todos los que todavía no han contribuido a restaurar la dignidad de las víctimas, a que encuentren el modo apropiado de hacerlo».

Estos llamamientos no han dejado de ser escuchados en la propia Gran Bretaña. En mayo de 2002, el director del centro («think-tank»)[*] Demos, con sede en Londres, que puede ser considerado como la vanguardia del nuevo laborismo, sugirió que la reina debía realizar «una gira mundial para pedir perdón por los pecados pasados del imperio como primer paso para hacer que la Commonwealth sea más efectiva y relevante». La agencia de noticias que informó de esta notable sugerencia apostilló lo siguiente: «Los críticos del imperio británico (el cual en 1918, en su momento de mayor auge, comprendía un cuarto de la población y el área mundiales) dicen que su gran riqueza se basaba en la opresión y la explotación».

En el momento en que escribo estas líneas, una página web de la BBC (aparentemente dedicada a los escolares) ofrece una visión mordaz de la historia imperial:

> El imperio se engrandeció asesinando a muchos pueblos peor armados que él, y despojándolos de sus tierras, aunque sus métodos cambiaron después: el ejército hizo de la matanza masiva perpetrada con ametralladoras su táctica principal […] Se desintegró debido a la acción de personas como Mahatma Gandhi, heroico revolucionario, sensible a las necesidades de su pueblo.

Las preguntas recientemente planteadas por un importante historiador en la BBC sintetizan el conocimiento actual del hecho: ¿cómo un pueblo que se consideraba libre terminó subyugando una parte del mundo tan grande? ¿Cómo un imperio de hombres libres se convirtió en un imperio de esclavos? ¿Cómo, pese a sus «buenas

intenciones», los británicos sacrificaron la «humanidad universal» en aras del «fetiche del mercado»?

LOS BENEFICIARIOS

Gracias al imperio británico tengo parientes desperdigados por todo el mundo: en Alberta, Ontario, Filadelfia y Perth, Australia. Gracias al imperio, a los veinte años, John, mi abuelo paterno, se dedicó a vender herramientas y alcohol de baja calidad a los indios en Ecuador.[1] Crecí admirando dos grandes óleos del paisaje andino que trajo a su regreso, los cuales iluminaban la sala de estar de mi abuela, y dos muñecas indias, de cara taciturna, que cargaban leña, situadas de modo incongruente junto a la vitrina con figurillas chinas. Gracias al imperio, mi otro abuelo, Tom Hamilton, pasó más de tres años como oficial de la RAF (Royal Air Forcé) luchando con los japoneses en la India y Birmania. Sus cartas, preservadas amorosamente por mi abuela, son relatos maravillosamente perspicaces y elocuentes del Raj (la soberanía británica sobre la India) durante la guerra, llenos de ese liberalismo escéptico que era el eje de su filosofía. Todavía recuerdo la alegría que experimentaba al mirar las fotografías que tomó cuando estaba estacionado en la India, y la emoción de oírle hablar del terrible calor. Gracias al imperio, el primer trabajo de mi tío, Ian Ferguson, después de obtener el título de arquitecto, fue para McIntosh Burn, una firma de Calcuta, filial de la agencia Gillanders. Ian había comenzado su vida laboral en la Royal Navy; pasó el resto de su vida en el extranjero, primero en África, y después en los países del Golfo. A mí me parecía la viva imagen del aventurero expatriado: tostado por el sol, bebedor y cínico, el único adulto que, desde mi temprana niñez, me trató siempre como un adulto más, sin evitar las blasfemias, el humor negro y todo lo demás.

Su hermano, mi padre, también tuvo su momento de *Wanderlust*. En 1966, después de haber terminado los estudios de medicina en Glasgow, desoyó el consejo de sus amigos y parientes, llevándose consigo a su esposa y a sus dos hijos pequeños a Kenia, donde trabajó dos años enseñando y ejerciendo la medicina en Nairobi. Así, gracias al imperio británico, mis recuerdos infantiles más lejanos se sitúan en África colonial, pues aunque Kenia era independiente hacía tres años, y la radio constantemente tocaba el disco de Jomo Kenyatta «Harambe, Harambe» (Let's all pull together), casi nada había cambiado desde los días del escándalo llamado *White Mischief*.[*] Teníamos un bungalow, una niñera, conocíamos un poco de swahili, y sentíamos una inconmovible seguridad. Fue una época mágica que dejó grabada en mi conciencia de modo indeleble la imagen del guepardo cazando, el sonido de los cantos de las mujeres kikuyus, el olor de las primeras lluvias y el gusto del mango maduro. Sospecho que mi madre nunca fue tan feliz como entonces. Y aunque finalmente regresamos a los cielos grises y a la fangosa nieve del invierno de

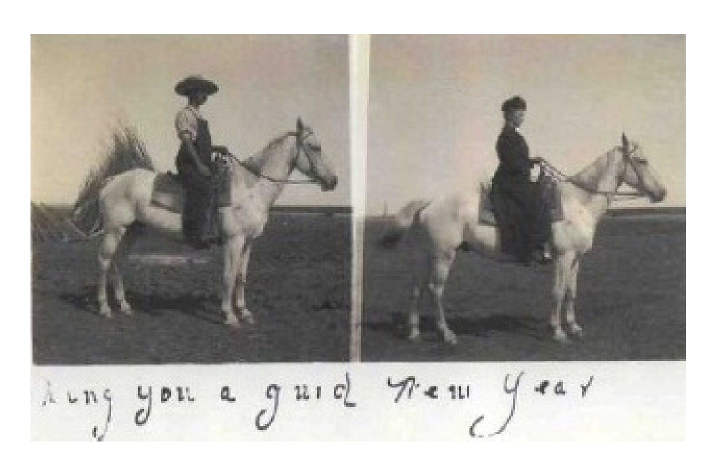
Glasgow, nuestra casa estaba siempre llena de recuerdos de Kenia, Había una piel de antílope sobre el sofá; el retrato de un guerrero masai colgaba en la pared; había un escabel toscamente labrado, pero exquisitamente decorado, donde a mi hermana y a mí nos gustaba sentarnos. Cada uno de nosotros tenía un tambor de piel de cebra, una colorida canasta de Mombasa, un matamoscas de pelo de ñu, una muñeca kikuyu. No lo sabíamos, pero crecimos en un pequeño museo poscolonial. Todavía conservo el hipopótamo, el elefante y el león de madera que otrora fueron mis posesiones más preciadas.

Con todo, nosotros habíamos regresado para siempre. Quien no volvió a Escocia fue mi tía abuela Agnes Ferguson (Aggie para los amigos). Nació en 1888, hija de mi bisabuelo James Ferguson, un jardinero, y su primera esposa Mary. Aggie personificó el poder transformador del sueño imperial. En 1911, atraídos por las encantadoras fotografías de las praderas canadienses, ella y Ernest Brown, con quien se acababa de casar, decidieron seguir el ejemplo del hermano de éste: dejaron su patria, su familia y amigos en Fife, y se dirigieron al oeste. El cebo era la oferta de sesenta y cinco hectáreas de tierra virgen en Saskatchewan gratis. La única estipulación era que tenían que construir una vivienda allí y cultivar la tierra. Según una leyenda de la familia, Aggie y Ernest no se encontraban entre los pasajeros del Titanio por casualidad; solo su equipaje iba en el barco cuando éste se hundió. Fue una suerte, pero hizo que tuvieran que comenzar de nuevo a partir de cero. Si Aggie y Ernest pensaron que se librarían del terrible invierno escocés, rápidamente se desilusionaron. En Glenrock encontraron un bosque azotado por el viento donde las temperaturas podían bajar mucho más que en la lluviosa Fife. Ernest escribió a su cuñada Nelli que el lugar era «terriblemente frío». El primer cobijo que pudieron construirse era tan rudimentario que lo llamaban «el corral de pollos». El pueblo más cercano, Moose Jaw, estaba a ciento cincuenta y tres kilómetros. Y para colmo, sus vecinos más próximos eran indios; por suerte éstos eran pacíficos.





De Escocia a Saskatchewan. Agnes Brown, de soltera Ferguson, con su familia en Glenrock, entre 1911-1921.







Pero las fotografías en blanco y negro que enviaban a sus parientes cada Navidad con sus retratos y «nuestra casa en la pradera» reflejaban una historia de éxito y plenitud, de una felicidad obtenida con esfuerzo. Como madre de tres niños sanos que era, Aggie perdió la mala cara de novia que tenía cuando emigró. Ernest se puso negro y se le ensancharon los hombros de tanto roturar el suelo de la pradera; se afeitó el mostacho, y su anterior físico abatido cobró vigor. El «corral de pollos» fue sustituido por una casa de tablas de madera. La sensación de aislamiento disminuyó a medida que se fueron estableciendo en el área más escoceses. Era tranquilizador poder celebrar Hogmanay (Nochevieja) tan lejos de la patria con otros compatriotas, ya que «aquí no celebran tanto el Año Nuevo como los escoceses». Hoy sus diez nietos viven en Canadá, una país cuya renta per cápita anual no solo es el diez por ciento más alta que la de Gran Bretaña, sino que es la segunda respecto a la de Estados Unidos. Y todo gracias al imperio británico.

De modo que si digo que crecí a la sombra del imperio sería evocar una imagen demasiado tenebrosa, cuando para los escoceses, el imperio representaba la brillante

luz del sol. Hacia la década de 1970, poco quedaba de él en el mapa, pero mi familia estaba tan completamente imbuida del *ethos* imperial que su importancia siguió sin ser cuestionada. Es más, el legado del imperio era tan ubicuo y omnipresente que lo considerábamos parte de la condición humana. Las vacaciones en Canadá no alteraron para nada esta impresión. Tampoco la sistemática difamación de la Irlanda católica que en esa época era parte intrínseca de la vida al sur del Clyde. Crecí todavía pensando complacientemente que Glasgow era la «segunda ciudad» (del imperio); leyendo sin ánimo crítico las novelas de H. Rider Haggard y John Buchan; disfrutando de todos los torneos deportivos imperiales (el mejor de todos: las giras de rugby de los British Lions a Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica (hasta que fueron lamentablemente interrumpidas).[2] En casa comíamos «galletas Empire». En la escuela competíamos en concursos de tiro «Empire».

LOS ARGUMENTOS EN CONTRA

Debo admitir que, al llegar a la pubertad, la idea de un mundo dominado por tipos de semblante estirado con chaquetas rojas y cascos puntiagudos se había convertido en una especie de burla, materia prima para *Carry On Up the Khyber, It Ain't Half Hot Mum* y *Monty Python's Flying Circus*[*]. Quizá, la frase arquetípica del género se encuentra en la película de Monty Python (*El sentido de la vida*), cuando un *tommy* (soldado raso británico), ensangrentado y herido de muerte en una batalla con los zulúes, exclama extasiado: «Le digo, maté quince de esos hijos de puta, señor. ¡Allá, en Inglaterra, me colgarían! ¡Aquí, me darán una medalla, señor!».

Cuando ingresé en Oxford en 1982 el imperio ya no era siquiera divertido. En aquellos días el sindicato de Oxford todavía debatía mociones serias de la siguiente guisa: «Esta casa lamenta la colonización». Joven y necio, me opuse apresuradamente a esta moción y al hacerlo acabé de modo prematuro con mi carrera de político estudiantil. Creo que fue el momento en que me di cuenta de que obviamente nadie compartía mi confiada visión rosa del pasado imperial. En efecto, algunos de mis coetáneos se escandalizaron bastante de que yo estuviera dispuesto a defenderlo. Cuando comencé a estudiar el tema en serio, me percaté de que mi familia y yo habíamos estado lamentablemente mal informados: los costes del imperio británico, de hecho, habían superado sustancialmente sus beneficios. El imperio, después de todo, había sido una de las Cosas Malas de la historia.

No hay necesidad aquí de recapitular en todo detalle los argumentos contra el imperialismo. Creo que se pueden resumir en dos categorías: los que subrayan las consecuencias negativas para los colonizados, y los que subrayan las consecuencias negativas para los colonizadores. Dentro de la primera categoría se encuentran tanto los nacionalistas como los marxistas, desde el historiador mogol Gholam Hossein Khan, autor de *Seir Mutaqherin* (1789), hasta el académico palestino Edward Said,

autor de *Orientalismo* (1978), entre otros, pasando por Lenin y muchos más. A la segunda categoría pertenecen los liberales, desde Adam Smith en adelante, los cuales han sostenido casi desde el principio del imperio británico que éste era, incluso para Gran Bretaña, «un despilfarro de dinero».

El supuesto básico nacionalista-marxista es, por supuesto, que el imperialismo era económicamente explotador; cada aspecto del dominio colonial, incluidos los esfuerzos aparentemente sinceros de los europeos por estudiar y entender las culturas indígenas, estaban radicalmente concebidos para maximizar la «plusvalía» o el valor excedente que podía ser extraído de los pueblos sometidos. El supuesto básico liberal es más paradójico. Precisamente, debido a que el imperialismo distorsiona las fuerzas del mercado, utilizando desde la fuerza militar hasta los aranceles preferentes para organizar los negocios en beneficio de la metrópoli, lo cual tampoco favorecía los intereses de ésta a largo plazo. De acuerdo con este parecer, lo que importaba era la integración económica libre con el resto de la economía mundial, no la integración coercitiva del imperialismo. Por tanto, invertir en la industria nacional habría sido mejor para Gran Bretaña que invertir en remotas colonias, mientras que el coste de la defensa del imperio era una carga para los contribuyentes, que de otro modo habrían podido gastar el dinero en los productos de un sector productor de bienes de consumo moderno. Uno de los historiadores que colaboró en la nueva *Oxford History of the British Empire* ha llegado a especular que si Gran Bretaña se hubiera librado del imperio a mediados de la década de 1849, habría cosechado un «dividendo de la descolonización» equivalente a una reducción de impuestos del 25 por ciento. El dinero que los contribuyentes se habrían ahorrado podría haberse gastado en electricidad, automóviles y bienes de consumo duraderos, con lo que se habría fomentado la modernización industrial en el país.

Casi un siglo antes, los seguidores de J. A. Hobson y Leonard Hobhouse debatían sobre esta cuestión empleando términos semejantes; a su vez eran herederos en cierta medida de Richard Cobden y John Bright de las décadas de 1840 y 1850. En *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith había expresado sus dudas sobre la sensatez de «promover una nación de consumidores que debían ser obligados a comprar en los establecimientos de nuestros diversos productores todos los bienes que éstos podían suministrarles». Pero fue Cobden quien había insistido originalmente en que la expansión del comercio británico debería ir de la mano con una política externa de no intervención, al afirmar:

> El comercio solo era la gran panacea […] que como un descubrimiento medicinal benéfico, servirá para inocular el saludable apego por la civilización a las naciones del mundo. No dejará nuestras costas ningún fardo de mercaderías, si no lleva las semillas de la inteligencia y el pensamiento fructífero a los miembros de una comunidad menos ilustrada, tampoco visitará un mercader las sedes de nuestra industria manufacturera, sin que vuelva a su

> país convertido en un misionero de la libertad, la paz y el buen gobierno, mientras nuestros vapores, que ahora visitan todos los puertos de Europa, y nuestros milagrosos ferrocarriles, de los que hablan todas las naciones, son anuncios y títulos de valor de nuestras ilustradas instituciones.

Para Cobden el punto crítico era que ni el comercio ni la difusión de la civilización británica requerían que se les «hiciera respetar» mediante estructuras imperiales. De hecho, el uso de la fuerza no lograría nada si iba contra las beneficiosas leyes del mercado libre global:

> En lo que concierne a nuestro comercio, tampoco puede ser respaldado ni ser gravemente perjudicado en el extranjero por medio de la violencia. A los clientes extranjeros que visitan nuestros mercados no los trae aquí el miedo al poder o a la influencia de los diplomáticos británicos: no son capturados por nuestras flotas ni ejércitos; tampoco les atraen sentimientos de amor por nosotros; pues una máxima aplicable por igual a las naciones como a los individuos es que «en el comercio no hay amistad». Es solo por incitación del interés propio que los mercaderes de Europa, como los del resto del mundo, envían sus barcos a nuestros puertos a ser cargados con los productos de nuestro trabajo. El mismo impulso llevó a todas las naciones, en diferentes períodos de la historia, a Tiro, Venecia y Amsterdam; y si, en la revolución de épocas y acontecimientos, se hallase un país cuyas telas de algodón y lana fueran más baratas que las de Inglaterra y el resto del mundo, entonces todos los comerciantes de la tierra acudirían a ese lugar —aun si estuviera (supongamos) enterrado en el rincón más remoto del globo—; y ningún poder humano, ni las flotas ni los ejércitos, impedirían que Manchester, Liverpool y Leeds compartieran el destino de sus orgullosas predecesoras de antaño en Holanda, Italia y Fenicia.

Por tanto, no había necesidad de un imperio; el comercio podía cuidarse por sí solo, y también todo lo demás, incluida la paz mundial. En mayo de 1856, Cobden llegó a manifestar que «sería feliz cuando Inglaterra no tenga ni un acre de territorio en Asia continental».

Sin embargo, el rasgo común en todos estos argumentos era y sigue siendo la presunción de que los beneficios del comercio internacional pueden existir y ser obtenidos sin haber de pagar los costes de un imperio. Para decirlo de forma sucinta, ¿puede existir globalización sin cañoneras?

IMPERIO Y GLOBALIZACIÓN

Se ha convertido casi en un tópico que la globalización actual tiene mucho en común con la integración de la economía mundial en las décadas anteriores a 1914. Pero ¿qué significa exactamente este concepto tan manido? ¿Se trata, como sostenía Cobden, de un fenómeno económicamente determinado, en el que el comercio libre de materias primas y manufacturas tiende «a unir a la humanidad con lazos de paz»? ¿O podría el libre comercio requerir un marco político dentro del cual operar?

Los detractores izquierdistas a la globalización naturalmente la consideran como la última manifestación de un capitalismo internacional terrible y resistente. En cambio, el consenso moderno entre los economistas liberales es que la creciente apertura económica hace aumentar el nivel de vida, a pesar de que algunos sectores, hasta entonces privilegiados o protegidos, salgan perdiendo al verse expuestos a la competencia del mercado internacional. Pero los historiadores económicos y los economistas prefieren centrar su atención en el flujo de productos, capital y mano de obra, y se fijan menos en los flujos de conocimiento, cultura e instituciones. También tienden a prestar más atención a los modos en que el gobierno puede facilitar la globalización mediante la desregulación, antes que a los modos en que puede activamente promoverla o realmente imponerla. Hay una creciente apreciación de la importancia de las instituciones legales, financieras y administrativas, como el imperio de la ley, los regímenes monetarios fiables, los sistemas fiscales transparentes y una burocracia no corrupta en fomentar los flujos de capital transnacionales. Pero ¿cómo pudieron las versiones europeas occidentales de estas instituciones difundirse tan ampliamente como lo hicieron?

En unos cuantos casos (el más obvio es el de Japón), hubo un proceso de imitación voluntaria y consciente. Pero por lo general, las instituciones europeas fueron impuestas por la fuerza, a tiros de cañón. En teoría, tal como Cobden previo, la globalización es posible que surja de forma espontánea en un sistema internacional de cooperación multilateral, pero también puede ser resultado de la coerción, si la potencia dominante en el mundo favorece el liberalismo económico. El imperio —en concreto, el imperio británico— es el primer ejemplo que nos viene a la mente.

Hoy las principales barreras para la asignación óptima de mano de obra, capital y recursos en el mundo son, por una parte, las guerras civiles, y los gobiernos corruptos carentes de legalidad, lo que ha condenado a tantos países del África subsahariana y zonas de Asia a décadas de empobrecimiento; y por otra parte, la renuencia de Estados Unidos y sus aliados a practicar, así como a predicar, el libre comercio, o a dedicar más de una mínima fracción de sus vastos recursos a programas de ayuda económica. En cambio, durante buena parte de su historia (aunque no toda, como veremos), el imperio británico actuó como una agencia para imponer el libre mercado, el imperio de la ley, la protección al inversor y un gobierno relativamente honesto en aproximadamente una cuarta parte del mundo. El imperio también hizo mucho para impulsar esas políticas en países que estaban fuera de su dominio imperial pero bajo su influencia económica mediante el «imperialismo del libre

comercio». *Prima facie*, parece por tanto plausible esgrimir el argumento de que el imperio potenciaba el bienestar global, es decir, que fue positivo.

Por supuesto, se pueden lanzar muchas acusaciones contra el imperio británico; no serán omitidas en las páginas que siguen. No afirmaré, como hizo John Stuart Mili, que el dominio británico de la India fue «no solo el más puro en la intención sino uno de los más beneficiosos en la acción nunca habidos en la humanidad»; tampoco diré, como hizo lord Curzon, que «bajo la divina Providencia el imperio británico es el instrumento más grande para el bien que el mundo haya visto»; tampoco sostendré, como hizo el general Smuts, que era «el sistema más amplio de libertad humana organizada que ha existido jamás en la historia humana». El imperio nunca fue tan altruista. De hecho, en el siglo XVIII, los británicos se mostraron tan fervientes en adquirir y explotar esclavos como lo hicieron posteriormente al tratar de erradicar la esclavitud; y durante mucho más tiempo aún practicaron formas de discriminación y segregación racial que hoy se consideran aborrecibles. Cuando la autoridad imperial era desafiada (en la India en 1857; en Jamaica en 1831 o 1865, y en Sudáfrica en 1899) la respuesta británica solía ser brutal. Cuando surgió la hambruna (en la Irlanda en la década de 1840, y en la India en la de 1870), su respuesta fue negligente, en cierta medida culpable. Incluso cuando se interesaban científicamente en las culturas orientales, quizá en el fondo las denigraban de manera sutil en el proceso.

Aun así el hecho incuestionable es que ninguna otra organización en la historia hizo más por promover el libre movimiento de productos, capital y mano de obra que el imperio británico en el siglo XIX y los comienzos del XX. Y que ninguna otra organización hizo más por imponer las normas occidentales de ley, orden y gobierno en todo el mundo. Tildarlo de «capitalismo de caballeros» es menospreciar la envergadura y la modernidad del logro en el ámbito económico; al igual que la crítica del carácter «ornamental» (es decir, jerárquico) del dominio británico en ultramar tiende a obviar las virtudes de administraciones que destacaban por su honestidad. No solo mi familia se benefició de estas cosas.

El problema es que es mucho más probable que se den por supuestos los logros del imperio que las faltas de éste. Sin embargo, resulta instructivo tratar de imaginar un mundo sin el imperio. Si bien es posible imaginar lo que el mundo habría sido sin la Revolución francesa o sin la Primera Guerra Mundial, la imaginación se inhibe ante la posibilidad contrafáctica de una historia moderna sin el imperio británico.

Cuando en el primer semestre de 2002 viajé por los territorios que habían formado el imperio, no dejé de sorprenderme por su gran creatividad. Imaginar el mundo sin el imperio sería como borrar del mapa los elegantes bulevares de Williamsburg y la antigua Filadelfia; arrojar al mar las almenas de Port Royal (Jamaica); devolver a los bosques los gloriosos rascacielos de Sidney; arrasar la húmeda barriada costera que es Freetown, en Sierra Leona; demoler la misión en Kuruman; lanzar la ciudad de Livingstone a las cataratas de Victoria, que, por

supuesto, recuperarían su nombre original de Mosioatunya. Sin el imperio británico, no existiría Calcuta, ni Bombay ni Madrás. Los indios pueden rebautizarlas tantas veces como quieran, pero siguen siendo ciudades fundadas y construidas por los británicos.

Por supuesto, cabe la posibilidad de que esto hubiera ocurrido de todos modos, aunque con nombres diferentes. Quizá cualquier otra potencia europea habría inventado y exportado los ferrocarriles; quizá habría tendido los cables del telégrafo a través del mar. Quizá, como había afirmado Cobden, habría existido el mismo volumen de comercio sin belicosos imperios que interfirieran en el comercio pacífico. Quizá los grandes movimientos de población que transformaron las culturas y la complexión de continentes enteros, habrían ocurrido de todos modos.

Sin embargo, hay una razón para dudar de que el mundo habría sido igual o siquiera similar sin el imperio. Aun si aceptamos la posibilidad de que el comercio, los flujos de capital y de migración pudieran haber «ocurrido de manera natural» en los pasados trescientos años, por explicar la cultura y las instituciones. Y aquí las huellas del imperio son más perceptibles y menos fáciles de eliminar.

Cuando los británicos gobernaban un país —incluso cuando solo ejercían su influencia sobre el gobierno mostrando su poderío financiero y militar—, había ciertos rasgos distintivos de su propia sociedad que tendían a difundir. He aquí una lista de los más importantes:

- la lengua inglesa;
- las formas inglesas de tenencia de la tierra;
- la banca escocesa e inglesa;
- el derecho consuetudinario;
- el protestantismo;
- los equipos deportivos;
- el Estado limitado o «guardián»;
- las asambleas representativas;
- la idea de libertad.

Los tres últimos son probablemente los más importantes porque siguen siendo los rasgos más distintivos del imperio, lo que lo diferencia de sus rivales europeos continentales. Esto no significa que todos los imperialistas británicos fueran liberales: algunos distaban mucho de serlo. Pero lo que resulta muy sorprendente de la historia del imperio es que siempre que había una acción despótica por parte de los británicos, había una crítica liberal de esa conducta en el seno de la sociedad británica. Es más, esta tendencia a juzgar la conducta imperial de Gran Bretaña según el patrón de la libertad fue tan fuerte y coherente que imbuyó al imperio británico de un carácter autodestructivo. Una vez que la sociedad colonizada había adoptado suficientemente las instituciones que los británicos habían traído consigo, se hacía muy difícil a los

británicos negarles la libertad política a la que atribuían tanta importancia para sí mismos.

¿Habrían generado otros imperios los mismos efectos? Parece dudoso. A lo largo de mis viajes he captado atisbos de imperios que podrían haberse desarrollado mundialmente. En la derruida Chinsura se ve cómo podría haber sido toda Asia, si el imperio holandés no hubiera decaído y terminado; en la blanquecina Pondichéry se aprecia cómo habría sido toda la India si Francia hubiera ganado la guerra de los Siete Años; la polvorienta Delhi evoca cómo podría haberse restaurado el imperio mogol, si la rebelión de los cipayos no hubiera sido aplastada; en el húmedo Kanchanaburi queda el puente sobre el río Kwai que el imperio japonés hizo construir con mano de obra esclava británica. ¿Sería Nueva Amsterdam la Nueva York que conocemos hoy si los holandeses no se hubieran rendido ante los británicos en 1664? ¿No se hubiera parecido más a Bloemfontein, reducto superviviente de la colonización holandesa?

ANGLOGLOBALIZACIÓN

Se han publicado hasta hoy numerosas y muy buenas historias generales sobre el imperio británico. Mi objetivo no ha sido reproducirlas sino relatar la historia de la globalización tal como fue promovida por Gran Bretaña y sus colonias (angloglobalización). La estructura abarca un período cronológico amplio, y cada uno de los seis capítulos aborda un tema distinto. Para simplificar, el contenido puede sintetizarse como la globalización de:

- el mercado de bienes;
- el mercado de mano de obra;
- la cultura;
- el gobierno;
- el mercado de capital;
- la guerra.

O desde el punto de vista más humano, el papel de:

- los piratas;
- los hacendados;
- los misioneros;
- los mandarines;
- los banqueros;
- los que se declararon insolventes.

En el capítulo 1 se ahonda en la idea de que el imperio británico nació primordialmente como un fenómeno económico, cuyo crecimiento fue estimulado por el comercio y el consumo. La demanda de azúcar llevó a los comerciantes al Caribe, y la demanda de especias, té y tejidos los llevó a Asia. Desde el comienzo se trató de una globalización con navíos provistos de cañones. Los británicos no fueron al principio creadores de imperios, sino piratas que se dedicaban a saquear a los imperios de Portugal, España, Holanda y Francia. En realidad, fueron imitadores imperiales.

El capítulo 2 describe el papel de la migración. La colonización británica supuso un amplio movimiento de personas, un *Volkerwanderung* distinto a los que habían ocurrido antes u ocurrirían después. Algunos dejaron las islas británicas en busca de la libertad religiosa, otros en busca de la libertad política, y otros en busca de riqueza. Otros no tuvieron más opción, pues fueron trasladados como esclavos o como delincuentes condenados. El tema central de este capítulo es la tensión entre las teorías de libertad y la práctica del gobierno imperial, y cómo se resolvió esta tensión.

En el capítulo 3 se aborda el carácter voluntario, no gubernamental, de la construcción del imperio, centrándose en particular en el papel cada vez más importante desempeñado por las sectas religiosas evangélicas y las sociedades misionales en la expansión de la influencia británica. Un punto no exento de crítica de este apartado es el proyecto conscientemente modernizador que emanaba de estas organizaciones, las ONG victorianas. La paradoja consiste en que fue precisamente la creencia de que las culturas indígenas podían ser anglicanizadas la que provocó la revuelta decimonónica más violenta contra el dominio imperial.

El imperio británico fue lo más parecido que ha existido a un gobierno mundial. Sin embargo, su modo de operar fue el triunfo del minimalismo. Para gobernar una población de cientos de millones, el Servicio Civil Indio contaba como máximo con poco más de mil personas. El capítulo 4 explica cómo fue posible que una burocracia tan pequeña gobernara un imperio tan grande, y estudia la colaboración simbiótica pero insostenible en última instancia entre los gobernantes británicos y las élites indígenas, tanto las tradicionales como las nuevas.

El capítulo 5 aborda principalmente el papel de la fuerza militar en el período del reparto de África, examinando la interacción entre la globalización financiera y la carrera armamentista entre las potencias europeas. Aunque se habían manifestado antes, en esta época surgieron tres fenómenos modernos cruciales: el verdadero mercado global de bonos, el aparato industrial-militar y los medios de comunicación de masas. Su influencia fue esencial para llevar al imperio a su apogeo. La prensa, sobre todo, tentó al imperio con lo que los griegos llamaban *hybris*: el ciego orgullo que precede a la caída.

Finalmente, el capítulo 6 trata el papel del imperio en el siglo XX, cuando se vio desafiado no tanto por la insurgencia nacionalista (a la que podía haber controlado) como por los imperios rivales más despiadados. El año 1940 fue el momento en que

el imperio fue pesado en la balanza de la historia, cuando se vio en el dilema de optar por un compromiso con el imperio del mal hitleriano o de luchar por una victoria pírrica, en el mejor de los casos. En mi opinión, hizo la mejor elección.

En un único volumen que abarca, de hecho, cuatrocientos años de historia global es normal que haya omisiones. Me entristece que las haya. Sin embargo, he tratado de no seleccionar lisonjeramente. La esclavitud y la trata de esclavos son indiscutibles; igual que la hambruna irlandesa, la expropiación de Matabele y la matanza de Amritsar. Pero el balance del logro imperial británico no omite la columna de crédito tampoco. Trato de mostrar que el legado del imperio no solo es «racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia», que en cualquier caso existían mucho antes del colonialismo, sino:

- el triunfo del capitalismo como el sistema óptimo de organización económica;
- la anglicanización de América del Norte y Australasia;
- la internacionalización del inglés;
- la influencia duradera de la versión protestante del cristianismo; y, sobre todo,
- la persistencia de las instituciones parlamentarias, que imperios mucho peores estaban dispuestos a liquidar en la década de 1940.

Cuando era joven, poco después de su primera guerra colonial, Winston Churchill planteó una cuestión interesante:

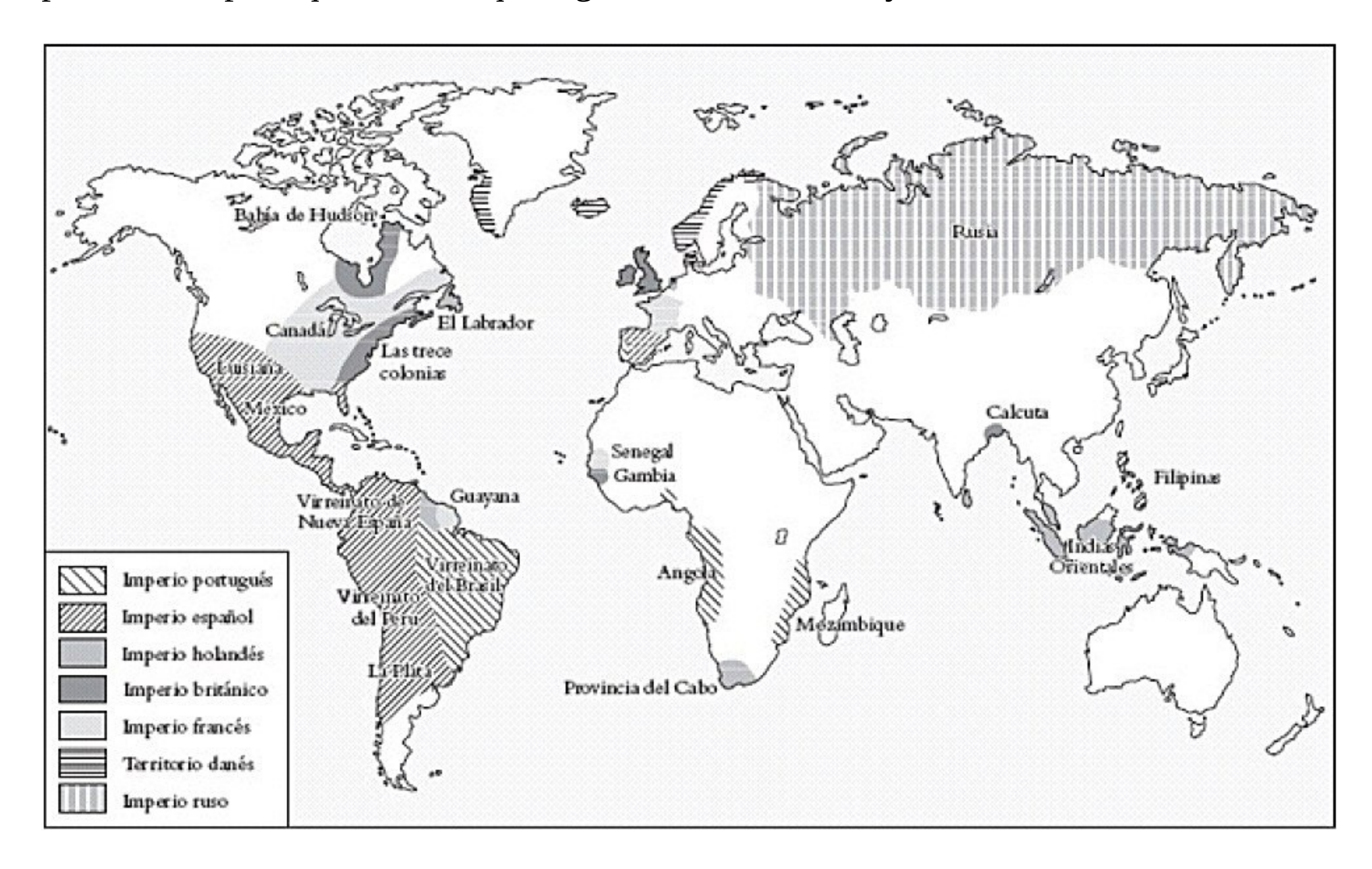
¿Qué empresa más noble y más provechosa puede intentar una colectividad ilustrada que rescatar de la barbarie regiones fértiles y grandes poblaciones? Dar paz a las tribus guerreras, administrar justicia donde reina la violencia, sacudir las cadenas del esclavo, extraer las riquezas del suelo, plantar las primeras semillas del comercio y la educación, aumentar en pueblos enteros la capacidad para el disfrute y disminuir las ocasiones de dolor, ¿qué ideal más bello o premio más valioso puede inspirar el esfuerzo humano?

Pero Churchill reconocía que, incluso con dichas aspiraciones, las cuestiones prácticas del imperio rara vez eran edificantes:

Sin embargo cuando la mente se vuelve de la maravillosa nube de aspiraciones al feo andamiaje de intentos y logros, surge una serie de ideas opuestas. […] La brecha inevitable entre la conquista y el dominio comienza a ser cubierta con las cifras del comerciante codicioso, el misionero inoportuno, el soldado ambicioso, el especulador mentiroso, que perturba la cabeza de los conquistados y excita los sórdidos apetitos de los conquistadores. Y cuando el ojo del pensamiento se detiene en estos siniestros rasgos, difícilmente parece posible para nosotros creer que pueda alcanzarse cualquier perspectiva bella a través de un camino tan repugnante.

Para bien o para mal, el mundo que hoy conocemos es en gran medida el producto de la era del imperio británico. La pregunta no radica en si el imperialismo británico tenía o no defectos, pues los tenía, sino en si podría haber habido un camino

menos sangriento hacia la modernidad. Quizá pudo haberlo en teoría. Pero ¿y en la práctica? Espero que el texto que sigue a continuación ayude al lector a decidirse.



1. Imperios coloniales europeos, hacia 1750.

¿Por qué Gran Bretaña?

> «¿Con qué medios se han hecho poderosos los europeos? Es decir, si ellos pueden tan fácilmente visitar Asia y África para comerciar y realizar conquistas, ¿por qué no pueden los asiáticos y africanos invadir sus costas, establecer colonias en sus puertos, y dar leyes a sus príncipes naturales? El mismo viento que los lleva de regreso nos llevaría a nosotros hacia allá».
>
> SAMUEL JOHNSON, *Rasselas*

En diciembre de 1663, un gales llamado Henry Morgan navegó ochocientos kilómetros por el Caribe para realizar un espectacular ataque contra un puerto español llamado Gran Granada al norte del lago de Nicaragua. El objetivo de la expedición era simple: encontrar y robar el oro español u otros bienes muebles. Cuando Morgan y sus hombres llegaron a Gran Granada (tal como el gobernador de Jamaica informó en un despacho a Londres) «dispararon una descarga cerrada, inutilizaron dieciocho cañones grandes… tomaron la casa del sargento mayor donde estaban todas las armas y municiones, encerraron como prisioneros en la iglesia principal a trescientos de los vecinos notables… realizaron un saqueo de dieciséis horas, soltaron a los prisioneros, hundieron todos los barcos, y se marcharon». Fue el inicio de una de las más extraordinarias gestas de robo y saqueo del siglo XVII.

No hay que olvidar que fue así como se inició el imperio británico: con un vendaval de latrocinio y violencia marítima. No fue concebido por imperialistas conscientes, que desearan establecer el dominio inglés sobre tierras extranjeras, ni colonos que quisieran construir una nueva vida en ultramar. Morgan y sus compañeros «bucaneros» eran simples ladrones[1] que trataban de robar lo ganado por los otros imperios.

Los bucaneros adoptaron el nombre de «Hermandad de la Costa» y tenían un sistema complejo de reparto del botín, que incluía pólizas de seguros en concepto de daños. Aun así, en esencia, estaban involucrados en el crimen organizado. Cuando Morgan dirigió otra incursión contra la ciudad de Portobelo en Panamá, en 1668, volvió con un inmenso botín de sesenta mil libras esterlinas en doscientas cincuenta mil piezas de ocho, las cuales se convirtieron en moneda de curso legal en Jamaica. El gobierno inglés no solo hacía la vista gorda ante las actividades de Morgan, sino que lo alentó positivamente. En Londres, se consideraba que la piratería era una manera de hacer la guerra con un bajo presupuesto contra España, el principal enemigo europeo de Inglaterra. En efecto, la corona dio licencia a los piratas como tales, legalizando sus operaciones a cambio de un porcentaje de sus ganancias. La carrera de Morgan es el clásico ejemplo del modo como se inició el imperio británico, empleando a individuos emprendedores así como fuerzas regulares.

LOS PIRATAS

Se suele creer que el imperio británico se consolidó «en un momento de distracción». En realidad, la expansión de Inglaterra distó de ser casual: fue un acto consciente de imitación. Los historiadores económicos citan a menudo en Inglaterra como la «primera nación industrial», pero en la carrera europea por el imperio, los ingleses comenzaron tarde. No fue hasta 1615, por ejemplo, cuando Inglaterra adquirió Jamaica. En esa época, el imperio británico consistía en poco más que un puñado de islas del Caribe, cinco *plantations* (colonias) norteamericanas y un par de puertos en la India. Un siglo y medio antes Cristóbal Colón ya había establecido los fundamentos del imperio español en América, un imperio que era la envidia de todo el orbe, que se extendía desde Madrid hasta Manila, comprendiendo Perú y México, los territorios más ricos y populosos del continente americano. Aún más extenso y no menos rico era el imperio portugués, que se extendía desde las islas atlánticas de Madeira y Santo Tomé para incluir el vasto territorio de Brasil y numerosas factorías comerciales en África Occidental, Indonesia, la India e incluso China. En 1493, el Papa había ofrecido la bula *Inter caetera* asignando el comercio en América a España y el de Asia a Portugal. En esta división del mundo, los portugueses obtuvieron el azúcar, las especias y los esclavos. Pero lo que los ingleses envidiaban sobre todo era lo que los españoles habían descubierto en América: oro y plata. Desde la época de Enrique VII, los ingleses habían soñado con encontrar un «Dorado» para ellos, con la esperanza de que Inglaterra también pudiera enriquecerse con los metales americanos. Una y otra vez sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Lo mejor que podían hacer era explotar las habilidades de sus marinos para robar a los barcos y asentamientos españoles. Ya en marzo de 1496, en una medida claramente inspirada en el descubrimiento de América por Colón para la corona española cuatro años antes, Enrique VII concedió cartas de patente al navegante veneciano Juan Caboto, dándole a él y a sus hijos

> autoridad libre y plena, facultad y poder para navegar por todas partes, regiones y costas del este, oeste y norte del mar [no en la parte sur para evitar conflictos con los descubrimientos españoles] bajo nuestros estandartes, banderas y enseñas […] para encontrar, descubrir y explorar cualquier isla, país, región o provincia de paganos o infieles, en cualquier parte del mundo donde esté, que hasta ese momento sean desconocidas a todos los cristianos […] [y para] conquistar, ocupar y poseer cualquier ciudad, castillos, ciudades e islas que ellos descubran así puedan conquistar, ocupar y poseer, como nuestros vasallos y tenientes gobernadores y representantes, adquiriendo para nosotros el dominio, título y jurisdicción de los sobredichos pueblos, castillos, ciudades, islas y territorios así descubiertos.



Luchas por el dominio del mercado global: barcos franceses y portugueses combaten en la costa de Brasil, hacia 1562.

El sentimiento inglés de envidia imperial se hizo todavía más fuerte después de la Reforma, cuando los defensores de la guerra contra la España católica comenzaron a decir que Inglaterra tenía el deber religioso de construir un imperio protestante para equiparar a los imperios «papistas» español y portugués. El erudito isabelino Richard Hakluyt sostenía que si el Papa podía dar a Fernando e Isabel el derecho a ocupar «tales islas y tierra firme… como las que vos podéis haber descubierto o descubriréis» fuera de la cristiandad, la corona inglesa tenía el deber de «ampliar y fomentar […] la fe de Cristo» en pro del protestantismo. La concepción inglesa de imperio se formó por tanto en reacción a la de su rival española. El imperio de Inglaterra debía basarse en el protestantismo, el de España en el «papismo».[*]

Hay una especificidad política también. El imperio español era una autocracia, gobernada desde el centro. Con un tesoro rebosante de plata americana, el rey de España podía perfectamente aspirar a la dominación mundial. ¿Para qué era todo ese dinero sino para realzar su gloria? En Inglaterra, en cambio, el poder del monarca nunca llegó a ser absoluto; siempre fue limitado, primero por la rica aristocracia del país, y después por las dos cámaras del Parlamento. En 1649, un rey inglés fue ejecutado por atreverse a oponerse a las reivindicaciones políticas del Parlamento. Financieramente dependientes del Parlamento, los monarcas ingleses no tenían más opción que confiar en mercenarios para luchar en sus guerras. Pero la debilidad de la corona inglesa ocultaba una fuerza futura. Precisamente porque el poder político estaba repartido de modo más amplio, lo mismo ocurría con la riqueza. Los impuestos solo podían ser recaudados con la aprobación del Parlamento. Las personas acaudaladas, por tanto, podían confiar sensatamente en que un soberano absoluto no les expropiaría su dinero sin más, lo cual resultaría un importante incentivo para los empresarios.

La cuestión crucial era: ¿dónde debía construir Inglaterra su contrarréplica al

imperio español? Hakluyt había entrevisto en 1589 las infinitas posibilidades a través de su primo y tocayo:

> Encontré sobre la mesa [de mi primo]… un mapamundi: al verme algo curioso comenzó a ilustrar mi ignorancia, mostrándome la división de la tierra en tres partes según la antigua relación, y después en más según la última y mejor distribución: me señaló con su vara todos los mares, golfos, bahías, estrechos, cabos, ríos, imperios, reinos, ducados y territorios conocidos en cada parte, declarando también sus productos especiales, y necesidades particulares, que mediante el beneficio del tráfico y concurso de mercaderes, son abundantemente suplidos. Del mapa pasó a la Biblia, y en el salmo 107, me señaló los versículos 23 y 24 donde leí que los que se hacen a la mar en barcos por las muchas aguas, ven las obras del Señor y sus maravillas en el piélago, etcétera.

Pero su primo no podía mostrarle en qué otras partes del mundo podría haber yacimientos de oro y plata sin dueño.

El primer viaje documentado desde Inglaterra con este fin se realizó en 1480, cuando un grupo de optimistas zarpó de Bristol en busca de «la isla del Brasil al oeste de Irlanda». No hay más noticias de la empresa y su éxito parece dudoso. El navegante veneciano Juan Caboto hizo una travesía exitosa del Atlántico que partió de Bristol en 1497, pero se perdió en el mar al año siguiente y parece que pocos en Inglaterra creían en la idea de que descubriría una ruta al Asia, como había hecho Colón (la pretendida meta de su fallida segunda expedición fue Japón, llamada entonces Cipango). Es posible que algunos barcos llegaran a América anteriormente partiendo de Bristol. En efecto, ya en 1501 al gobierno español le causaba inquietud que los conquistadores ingleses pudieran adelantárseles en la obtención de las posibles riquezas del golfo de México, incluso comisionaron una expedición para «detener la exploración de los ingleses en esa dirección». Pero aunque marinos de Bristol como Hugh Elyot cruzaron efectivamente el Atlántico con tanta anticipación, solo llegaron a Terranova donde no había oro. En 1503, el libro de la casa de Enrique VII registra el pago de «hachas para la isla de Terranova». De más interés para los mercaderes de Bristol fueron las inmensas pesquerías de bacalao de la costa de Terranova.

Fue el oro lo que llevó a sir Richard Grenville al extremo meridional de América del Sur, o como dijo en una petición de 1574: «La probabilidad de traer un gran tesoro de oro, plata y perlas a este reino de esos países, como otros príncipes han hecho de otras regiones». Tres años después, la misma «gran esperanza de oro [y] plata», para no hablar de «especias, drogas y cochinilla», inspiró la expedición de sir Francis Drake a América del Sur. («No hay duda —decía Hakluyt entusiasmado—, haremos que las minas de oro del Perú queden sujetas a Inglaterra».) Las

expediciones de Martin Frobisher en 1576, 1577 y 1578 se realizaron igualmente para buscar metales preciosos. El descubrimiento y explotación de «minas de oro, plata y cobre» fue también la meta de la colonización de Virginia, según las cartas patentes concedidas a sir Thomas Gates y otros en 1606. (Ya en 1607 había todavía un rayo de esperanza de que Virginia fuera «muy rica en oro y cobre».) Era la *ideé fixe* de la época. La grandeza de España, declaraba sir Walter Ralegh en *The Discoverie of the large, rich, and beautiful Empire of Guiana, with a relation of the great and golden citie of Manoa (which the Spaniards call El Dorado)* (1596), no tenía nada que hacer con «el comercio de sacos de naranjas de Sevilla… Es su oro indio que… amenaza y perturba a todas las naciones de Europa». Ralegh navegó oportunamente a Trinidad, donde en 1595 atacó el puerto español de San José de Oruña y capturó a Antonio de Berrio, el hombre que él creía que conocía la ubicación de El Dorado. Sentado en un barco pestilente en el delta del Orinoco, Ralegh se lamentaba: «Prometo que no ha habido nunca una prisión en Inglaterra que pueda ser más desagradable y odiosa, especialmente para mí, que durante muchos años he sido atendido y cuidado de una manera bastante diferente».

Todo esto habría valido la pena si se hubiera encontrado el metal amarillo, pero nadie lo logró. Frobisher trajo a su vuelta un esquimal, y eso fue todo, con lo que el sueño de Ralegh de descubrir el «grande, bello y rico o imperio de Guayana» nunca se cumplió. Lo más agradable que encontró en el Orinoco no fue oro sino una mujer nativa («En toda mi vida nunca he visto una mujer más favorecida: tenía una buena estatura, los ojos negros, el cuerpo grueso, de un aspecto excelente… He visto una dama en Inglaterra muy parecida, excepto en el color, habría podido jurar que era la misma»). Cerca de la boca del río Caroní encontraron minerales, pero no oro. Como dijo su esposa, volvió a Plymouth «con tanto honor como puede merecer un hombre, pero con pocas riquezas». A la reina esto no le interesó. Entretanto, el análisis del mineral encontrado enVirgina por un emocionado Christopher Newport destrozó sus esperanzas. Como informó *sir* Walter Cope a lord Salisbury el 13 de agosto de 1607: «El otro día os enviamos noticias del oro y hoy no podemos devolveros más que cobre; nuestro descubrimiento ha resultado más semejante a la tierra de Canaan que a la de Ofir… Al final todo se ha hecho humo». Del mismo modo, tres viajes a Gambia realizados entre 1618y 1621 en busca de oro tampoco dieron resultado; en realidad, se perdieron cerca de cinco mil seiscientas libras. Los españoles habían encontrado inmensas cantidades de plata cuando conquistaron Perú y México. Los poco afortunados ingleses probaron suerte en Canadá, Guayana, Virginia y Gambia y no encontraron nada. Solo les quedaba una cosa: robar a los españoles. Así fue como Drake hizo fortuna en el Caribe y Panamá en la década de 1570. También fue la razón de que Hawkins atacara las Azores en 1581. Y fue el principal objetivo de Drake al atacar Cartagena y Santo Domingo cuatro años después. Generalmente, cuando una expedición salía mal (como cuando la expedición de sir Humphrey Gilbert a las Indias Occidentales, que naufragó en Irlanda en 1578), los supervivientes recurrían a

la piratería para cubrir sus gastos. También de esta forma Ralegh procuró financiar su expedición en búsqueda de El Dorado, enviando al capitán Amyas a saquear Caracas, Río Hacha y Santa Marta. Un caso similar fue el de Ralegh, que hizo un nuevo intento en 1617, tras haber convencido a Jacobo I de que lo sacara de la Torre de Londres, donde había estado prisionero como reo por alta traición desde 1603. Con grandes dificultades Ralegh consiguió treinta mil libras esterlinas y con esto formó una flota. Pero para entonces el control español de la región había avanzado más, y la expedición terminó en desastre cuando su hijo Watt atacó la ciudad española de Santo Tomé poniendo en peligro su vida y violando la promesa hecha a Jacobo I de no provocar ninguna fricción con los españoles. La única recompensa del infortunado viaje fueron dos lingotes de oro (de la caja fuerte del gobernador de Santo Tomé), así como algunas piezas de vajilla de plata, esmeraldas y tabaco, por no mencionar a un indio cautivo, que —según creía Ralegh—, conocía la ubicación de las minas de oro. Tras ser denunciados, con toda justicia, por el embajador español de ser «¡Piratas, piratas, y nada más que piratas!», Ralegh y sus hombres fueron debidamente ejecutados a su regreso. Murió creyendo todavía firmemente que había «una mina de oro […] a tres millas de Santo Tomé». Como declaró en el cadalso: «Todo mi propósito fue ir en busca de oro, tanto para beneficio de Su Majestad, y de los que me acompañaban, como del resto de mis compatriotas».

Incluso cuando las naves inglesas buscaban bienes menos preciosos que el oro, los conflictos con otras potencias parecían inevitables: cuando John Hawkins intentó participar en la trata de esclavos en África Occidental en la década de 1560 enseguida se encontró en conflicto con los intereses españoles.

De esos orígenes claramente piráticos surgió el sistema del corso o guerra naval privada. Ante una amenaza directa de España, que culminó pero no terminó con la Armada, Isabel I adoptó la muy sensata decisión de legalizar lo que estaba ocurriendo. Saquear a los españoles se convirtió así en una cuestión de estrategia. En el período de guerra incesante con España desde 1585 a 1604, entre cien y doscientas naves al año salían para acosar los navíos españoles en el Caribe, y el valor en dinero del botín conseguido llegaba por lo menos a doscientas mil libras esterlinas al año. Era una batalla campal generalizada, donde las «naves de presa» inglesas atacaban todos los navíos que entraban o salían de los puertos ibéricos.

A finales del siglo XVII, Andrew Fletcher de Saltoun escribió: «El mar es el único imperio que puede pertenecemos por naturaleza». A comienzos del siglo XVIII, James Thomson se refería al «bien ganado imperio de la profundidad» de Gran Bretaña.

¿Por qué los británicos eran tan buenos piratas? Porque habían conseguido superar verdaderos contratiempos. Para empezar, los vientos y corrientes atlánticos iban en el sentido de las agujas del reloj, lo que hacía que los navíos portugueses y españoles disfrutaran relativamente de una fácil travesía entre la península ibérica y América Central. Los vientos del Atlántico noroccidental, en cambio, tendían a ir en dirección sudoeste (es decir, provenían del sudoeste) durante la mayor parte del año,

soplando contra los barcos ingleses que ponían rumbo a Norteamérica. Era mucho más fácil poner rumbo al Caribe siguiendo los vientos del nordeste del Atlántico sur. Tradicionalmente, los marineros ingleses, acostumbrados a navegar pegados a la costa, tardaron en aprender el arte de la navegación oceánica, que tan bien dominaron los portugueses. La expedición a las Indias Occidentales de Drake en 1586 que zarpó de Cartagena a Cuba acabó al cabo de diez días con el regreso a Cartagena debido a los errores en la navegación y a las numerosas desviaciones de la brújula.

En la tecnología naval los ingleses también estaban atrasados. Los portugueses eran los primeros en lo referente a la velocidad. A finales del siglo XV habían desarrollado una embarcación de tres mástiles, que generalmente llevaba velas cuadradas en los palos mayores de la proa y la vela latina triangular en el palo de mesana, lo que permitía que el barco cambiara de bordada fácilmente. También fueron los pioneros de la carabela, que se construía sobre la base de una fuerte estructura interna antes que ser construida de tingladillo. No solo era más barata, sino también capaz de navegar en puertos de agua poco profunda. El inconveniente era que había que sacrificar la capacidad de fuego por la maniobrabilidad. La carabela ibérica no podía compararse a la galera veneciana cuando se trataba de disparar, porque esta última podía transportar una artillería más pesada, como Enrique VIII descubrió en las playas de Bretaña en 1513 cuando las galeras mediterráneas hundieron en un santiamén uno de sus barcos, dañaron otro y mataron a su lord almirante. Hacia la década de 1530 las galeras venecianas podían disparar balas de cañón que pesaban sesenta libras.[*] No fue sino hasta la década de 1540 cuando la flota inglesa y la escocesa pudieron botar barcos construidos al estilo de las carabelas con cubiertas capaces de transportar el peso de semejante capacidad de fuego.

Pero los ingleses poco a poco iban progresando. Para la época de Isabel I, el híbrido «galera navegante» o galeón, capaz de llevar cuatro cañones en la proa, apareció como el navío típico británico. Todavía le faltaba la fuerza de la galera, pero lo compensaba con su velocidad y maniobrabilidad. Al mismo tiempo el diseño naval estaba cambiando, la artillería inglesa estaba mejorando gracias a los avances en la fundición del hierro. Enrique VIII había necesitado importar cañones de bronce del continente. Pero los cañones de hierro hechos en la isla, aunque su fundición era más difícil, eran mucho más baratos (casi una quinta parte del precio de los de bronce). Esto significaba «más tiros por libra», una ventaja tecnológica que duraría siglos. Los marineros ingleses también se habían vuelto mejores navegantes gracias a la reorganización de la Trinity House en Deptford, la adopción de la geometría euclidiana, una mejor comprensión de las desviaciones de la brújula, la traducción de mapas y cuadros holandeses en libros como *The Mariners Mirrour* (1588) y la publicación de mejores mapas como el «nuevo mapa con la adición de las Indias», mencionado en la *Noche de Reyes* o *Como gustéis* de Shakespeare.

Los ingleses resultaron ser los primeros en mejorar las condiciones de sanidad de la tripulación en el mar. La enfermedad y las dolencias habían sido en muchos

aspectos los obstáculos más persistentes para la expansión europea. En 1635, Luke Fox decía que la suerte del marinero no era otra que «soportar y sufrir un duro camarote, un sueño inquieto, carne fría y salada, pan mohoso, cerveza rancia, ropa húmeda, falta de abrigo». El escorbuto era el principal problema en los viajes largos porque la dieta naval tradicional carecía de vitamina C; las tripulaciones eran también vulnerables ante el beriberi y la intoxicación por alimentos, tifus, malaria, fiebre amarilla y disentería. *The Cures of the Diseased in Remote Regions* (1598), de George Wateson, fue el primer libro de texto sobre el tema, aunque no sirvió de mucho (ya que el tratamiento se centraba en sangrías y cambios en la dieta). No fue sino hasta finales del siglo XVIII cuando se hizo un verdadero avance en este campo. Aun así, las islas británicas parecían tener una cantera infinita de hombres suficientemente resistentes para soportar las penalidades de la vida marítima, hombres como Christopher Newport de Limehouse, que de ser un simple marinero pasó a ser un rico naviero. Newport hizo fortuna como corsario en las Indias Occidentales, perdió un brazo en un combate con los españoles y saqueó la ciudad de Tabasco en México en 1599. Henry Morgan no era un caso aislado.

El ataque de Morgan contra Gran Granada fue una de las muchas incursiones contra el imperio español. En 1668 atacó el Puerto del Príncipe en Cuba, Portobelo en la actual Panamá, la isla de Curacao y Maracaibo en la actual Venezuela. En 1670 capturó la isla de Providencia, se adentró en tierra firme y atravesó el istmo para capturar la propia Panamá.[2] La dimensión de estas operaciones no debe exagerarse. Con frecuencia los navíos que participaban eran poco más que botes a remo; el barco más grande que Morgan tenía a su disposición en 1668 no tenía más de cincuenta metros de eslora y apenas ocho cañones. Como mucho, perturbaban el comercio español. Con todo, lo convirtieron en un hombre rico.

Sin embargo, lo sorprendente es lo que Morgan hizo con las piezas de ocho que saqueó. Podría haber optado por un cómodo retiro en Monmouthshire, como el «hijo de un caballero de buen carácter» que decía ser. En cambio, invirtió en la compra de propiedades en Jamaica, adquiriendo más de 338 hectáreas en el valle del río Miño (hoy valle de Morgan). Después añadió 1.618 hectáreas de la parroquia de Saint Elizabeth. Lo interesante de esta tierra era que era ideal para sembrar caña de azúcar. Este hecho nos da la clave del cambio que experimentó la expansión ultramarina británica. El imperio había comenzado con el robo de oro y progresó con el cultivo de caña de azúcar.

En la década de 1670 la corona británica gastó miles de libras construyendo fortificaciones para proteger Port Royal en Jamaica. Los muros todavía existen (aunque se hallan muy lejos del mar, debido a un terremoto que alteró la línea del litoral). Esta inversión fue considerada necesaria porque Jamaica rápidamente se estaba convirtiendo en algo más que una base de bucaneros. La corona estaba ganando sumas considerables con los aranceles a las importaciones de Jamaica. La isla se había convertido en un valor económico importante que debía defenderse a

toda costa. Significativamente, la construcción de Port Royal fue supervisada nada menos que por Henry Morgan, ahora sir Henry. Pocos días después de su ataque pirata contra Gran Granada, Morgan no se convirtió solo en un importante hacendado, sino también en vicealmirante y comandante del regimiento de Port Royal, juez del Almirantazgo, juez de paz, e incluso gobernador en funciones de Jamaica. El que antes fuera un pirata con patente de corso, ahora era el encargado de gobernar una colonia. Hay que añadir que Morgan perdió todos sus cargos oficiales en 1681 después de haber repetido «varias expresiones extravagantes… al tomar vino». Pero el suyo fue un retiro honorable. Cuando murió en agosto de 1688, los barcos en el puerto de Port Royal se turnaron para disparar veintidós salvas de cañón.

La carrera de Morgan ilustra perfectamente el modo como se construyó el imperio, que consistió en la transición de la piratería al poder político, hecho que cambiaría el mundo para siempre. Pero eso solo fue posible porque algo muy revolucionario estaba ocurriendo en Inglaterra.

EL AUGE AZUCARERO

Daniel Defoe, hijo de un mercader londinense y autor de las populares novelas *Robinson Crusoe* y *Moll Flanders*, era un perspicaz observador de la vida británica de su época, que contempló a principios del siglo XVIII el nacimiento de un nuevo tipo de economía: la primera sociedad de masas consumidoras del mundo. Como apuntó Defoe en *The Complete English Tradesman* (1725):

> Inglaterra consume más productos de origen extranjero, importados de varios países donde son producidos o fabricados, que cualquier otra nación en el mundo. […] La importación consiste principalmente en azúcares y tabaco, cuyo consumo en Gran Bretaña no se puede imaginar, además del consumo de algodón, índigo, arroz, jengibre, pimienta o pimiento de Jamaica, cacao o chocolate, ron y melazas.

Podría decirse que el auge del imperio británico tiene menos que ver con la ética protestante del trabajo o con el individualismo inglés, que con la ambición. Defoe vio cómo la importación de azúcar se duplicaba, y esto era solo una mínima parte de la enorme expansión del consumo. A medida que pasaba el tiempo, numerosos artículos que antes habían estado reservados a la élite acaudalada se convirtieron en objetos de consumo diario. El azúcar se mantuvo como el principal artículo de importación hasta la década de 1920, en que fue superado por el algodón en rama. A finales del siglo XVIII, el consumo per cápita de azúcar era diez veces superior al de Francia (veinte libras anuales por persona comparado con solo dos). Más que ningún otro país en

Europa, los ingleses desarrollaron un ansia voraz por los artículos importados.

Al consumidor inglés le agradaba en especial mezclar el azúcar con una droga de ingestión oral y muy adictiva, la cafeína, complementada con una sustancia inhalada pero igualmente adictiva, la nicotina. En la época de Defoe, el té, el café, el tabaco y el azúcar eran novedades que debían ser importadas.

El primer pedido documentado de un paquete de té aparece en una carta fechada el 27 de junio de 1615 del señor R. Wickham, agente de la Compañía de las Indias Orientales (East India Company) en la isla japonesa de Hirado, a su colega el señor Eaton en Macao, solicitándole que enviase solo «el mejor para masticar». Sin embargo, no fue sino hasta 1658 cuando apareció en Inglaterra el primer anuncio de la que se convertiría en la bebida nacional. Fue publicado en el semanario *Mercurius Politicus*, subvencionado oficialmente, en la semana que finalizaba el 30 de septiembre anunciando: «Esta excelente bebida china, aprobada por todos los médicos, llamada *tcha* por los chinos, *tay alias tee* por otras naciones […] se vende en Sultaness-head 2, Cophee House en Sweetings Rents, cerca del Tesoro Real, Londres». Más o menos por esa época, el propietario de la cafetería Thomas Garraway publicó un pliego titulado «Una descripción exacta del cultivo, calidad y virtudes de la hoja de té», en que se aseguraba que podía curar «el dolor de cabeza, la piedra, la arenilla, la hidropesía, la secreción de legañas, los retortijones de estómago, el escorbuto, la somnolencia, la pérdida de memoria, el sueño pesado y el cólico provocados por gases». «Tomado con miel tardía en vez de azúcar —se aseguraba a los consumidores potenciales—, el té limpia los riñones y los uréteres, y con leche y agua previene la tisis. Si usted es corpulento le asegura un buen apetito y si sufre de empacho es precisamente lo adecuado para provocar un vómito suave». Por la razón que fuera, la esposa portuguesa de Carlos II era también aficionada a beber té. El poema que le dedicó Edmund Waller en su cumpleaños alababa: «Al amigo de las musas, el té que nos recrea, reprime los vapores que invaden la cabeza, y mantiene el palacio del alma sereno». El 25 de septiembre de 1660, Samuel Pepys bebió su primera «taza de té (una bebida china)».

Sin embargo, no fue hasta finales del siglo XVIII cuando el té comenzó a importarse en cantidades suficientes, y precios lo bastante bajos como para crear un mercado de masas. En 1703, el *Kent* llegó a Londres con un cargamento de sesenta y cinco mil libras de té, casi el equivalente de toda la importación anual de los años anteriores. El cambio real se dio cuando la cantidad de té «reservada para consumo interno» pasó de un promedio inferior a ochocientas mil libras a inicios de la década de 1740 a más de dos millones y medio de libras entre 1746 y 1750. Hacia 1756, el hábito se había propagado lo suficiente como para provocar la denuncia del *Essay on Tea* de Hanway: «Las mismas camareras han perdido su lozanía por beber té». Samuel Johnson replicó con una reseña ambigua, escrita, como dijo, por un «descarado y contumaz bebedor de té».

Más polémico fue el tabaco, uno de los pocos legados perdurables del

abandonado asentamiento Roanoke en Virginia, introducido por Walter Ralegh (véase el capítulo 2). Como con el té, los expendedores de tabaco insistían en sus propiedades medicinales. En 1587, el criado de Ralegh, Thomas Heriot informó que la «hierba» cuando se secaba y fumaba, «purgaba la flema superflua y otros humores pesados, y abría todos los poros y conductos del cuerpo: por lo cual su uso no solo preservaba el cuerpo de obstrucciones, sino también […] en poco tiempo las destruía: con lo que sus cuerpos preservan notablemente la salud, y no conocen muchas enfermedades dolorosas, por las que nosotros en Inglaterra nos vemos con frecuencia afectados». Un primer anuncio proclamaba la capacidad del tabaco «para preservar la salud o calmar el dolor, recrear vuestros sentidos y ayudar al trabajo del cerebro». No todos se mostraron convencidos. Para Jacobo I, un hombre avanzado para su época en muchos aspectos, la hierba humeante era «odiosa para los ojos y la nariz, dañina para el cerebro [y] peligrosa para los pulmones». Pero como el cultivo de tabaco creció en Virginia y Maryland, hubo una caída espectacular en los precios (de entre cuatro y treinta y seis peniques la libra en las décadas de 1620 y 1630 a casi un penique la libra a partir de 1660 en adelante), y el consiguiente giro hacia el consumo de masas. Mientras que en la década de 1620 solo los caballeros consumían tabaco, hacia la década de 1690 era «una costumbre, un estilo, la moda general, de forma que incluso un labrador tenía una pipa». En 1624, Jacobo I dejó de lado sus escrúpulos y estableció un real monopolio; la renta que se podía obtener con el aumento de la importación valía claramente los «odiosos» humos, aunque resultaba muy difícil hacer respetar el monopolio como un edicto general.

Las nuevas importaciones transformaron no solo la economía sino el estilo de vida nacional. Como observaba Defoe en su *Complete English Tradesman*: «La mesa de té para las damas y la cafetería para los hombres parecen ser lugares de nueva invención…». A las personas les gustaba sobre todo que estas nuevas drogas ofrecían un tipo de estímulo muy diferente al de la tradicional droga europea, el alcohol, técnicamente un depresivo. La glucosa, la cafeína y la nicotina, en cambio, eran los equivalentes dieciochescos de una anfetamina. Tomadas juntas, estas nuevas drogas dieron a la sociedad inglesa un poderoso impulso; el imperio, podría decirse, fue construido gracias al estímulo dado por el azúcar, la cafeína y la nicotina, un estímulo que casi todo el mundo podía experimentar.

Entretanto, Inglaterra, y en concreto, Londres, se convirtió en el emporio de estos tres estimulantes para Europa. Hacia la década de 1770 cerca del 85 por ciento de las importaciones británicas de tabaco era reexportado y casi el 94 por ciento del café importado era reexportado, principalmente al norte de Europa. Ésta reflejaba parcialmente aranceles diferenciales: los elevados aranceles del café hicieron que su consumo se redujera en beneficio de la floreciente industria del té. Como tantas otras costumbres nacionales, la preferencia inglesa por el té en vez del café tuvo su origen en el ámbito de la política fiscal.

Al vender una porción de sus importaciones de las Indias Occidentales y

Orientales a los mercados continentales, los británicos estaban haciendo bastante dinero para satisfacer otro sueño largamente adormecido, pues un componente crucial del nuevo consumismo fue la revolución textil. En 1595, Peter Stubbs escribía que «ningún otro pueblo del mundo es tan curioso en adornarse como el de Inglaterra». Tenía en mente el creciente deseo de los consumidores ingleses por nuevos tipos de tela, un deseo que a principios del siglo XVII había arrasado completamente con todo un género de legislación: las leyes suntuarias que tradicionalmente habían regulado lo que los hombres y mujeres ingleses podían usar según su rango social. Una vez más Defoe percibió la tendencia, y comentó en *Everybody's Business is Nobody's Business*:

> La sencilla aldeana Joan se ha convertido en una fina señora londinense, puede tomar té, fumar, y comportarse tan altivamente como la que más. Debe tener también un miriñaque, al igual que su señora, y cambiar sus pobres enaguas de mezcla por unas de seda dorada con cuatro o cinco metros de ruedo por lo menos. En el siglo XVII, sin embargo, solo había un punto de venta donde el comprador inglés con buen criterio podía comprar telas. En términos de calidad, los tejidos, diseños, tecnología y artesanía indios eran de primera clase. Cuando los mercaderes ingleses comenzaron a comprar seda y algodón estampado indios y llevarlos a Inglaterra, el resultado fue nada menos que un cambio de apariencia nacional. En 1663 Pepys llevó a su esposa a comprar a Cornhill, uno de los distritos comerciales más elegantes de Londres, donde después de muchas pruebas compró a su esposa un *chinke* (zaraza); es decir, una tela estampada de algodón indio muy bonita para tapizar su nuevo estudio. Cuando Pepys posó para el artista John Hayls, se preocupó de alquilar una camisa de seda india, o *banyan*. En 1664 más de un cuarto de millón de piezas de algodón estampado fue importado por Inglaterra. Había casi la misma demanda de seda de Bengala, tafetán de seda y muselina blanca de algodón. Como recordaba Defoe en el *Weekly Review* del 31 de enero de 1708: «Se deslizaron en nuestras casas armarios, dormitorios; las cortinas, los almohadones, las sillas y hasta las mismas camas eran solo de algodón estampado y otros materiales indios».

La belleza de los tejidos importados residía en que el mercado era para ellos prácticamente inagotable. A fin de cuentas, una persona solo podía consumir una determinada cantidad de té o azúcar. En cambio, el deseo de poseer ropas nuevas no tiene ese límite natural. Los tejidos indios —que incluso una criada como la «sencilla aldeana Joan» podía adquirir— no solo hicieron que los bebedores de té ingleses se sintieran mejor, también les dieron una mejor apariencia.

La economía de este comercio importador inicial era relativamente simple. Los

mercaderes ingleses del siglo XVII tenían poco que ofrecer a los indios que éstos no pudieran ya fabricar por sí mismos. Por tanto pagaban sus compras en efectivo, con el metálico obtenido en el comercio con otras partes del mundo antes que a través del intercambio de productos ingleses por indios. Hoy llamamos a la generalización de este proceso globalización, refiriéndonos a la integración del mundo en un único mercado. Sin embargo, la globalización del siglo XVII se diferenciaba en un aspecto importante. Trasladar el metálico a la India y llevar los productos de vuelta a Inglaterra, incluso el envío de órdenes para comprar y vender, implicaban viajes de ida y vuelta de más de diecinueve mil kilómetros, no exentos de peligros por las posibles tormentas, naufragios y ataques de piratas.

Sin embargo, la mayor amenaza de todas no provenía de las naves con la bandera pirata, sino de otros europeos que intentaban hacer exactamente lo mismo. Asia estaba a punto de convertirse en el escenario de una batalla despiadada por la cuota del mercado.

La globalización debía hacerse con navíos provistos de cañones.

LA VÍA HOLANDESA

El ancho Hugli, con sus aguas plomizas, es el mayor afluente del gran delta del Ganges en Bengala y una de las principales arterias comerciales de la India. A partir de su desembocadura en Calcuta se puede navegar río arriba hasta el mismo Ganges, y después a Patna, Varanasi, Allahabad, Kanpur, Agra y Delhi. En el sentido opuesto se hallan la bahía de Bengala, los vientos del monzón y las corrientes marítimas que llevan a Europa. De modo que cuando los europeos fueron a comerciar con la India, el Hugli se convirtió en uno de sus destinos favoritos, por ser la puerta económica del subcontinente.

Hoy, unos pocos edificios ruinosos de la ciudad de Chinsura, al norte de Calcuta, son todo lo que queda del primer puesto de avanzada de una de las compañías comerciales más grandes del mundo, la Compañía de las Indias Orientales, que durante más de cien años dominó las rutas comerciales asiáticas, monopolizando el comercio de una amplia gama de productos que iban desde las especias a las sedas. Pero se trataba de la Vereenigde Oostindische Compagnie, no de la compañía inglesa. Las villas y los almacenes hoy en ruinas de Chinsura no fueron edificados por los ingleses sino por comerciantes de Amsterdam, que estaban enriqueciéndose en Asia mucho antes de que los ingleses aparecieran.

La Compañía de las Indias Orientales holandesa fue fundada en 1602. Era el resultado de una revolución financiera general que hizo de Amsterdam la ciudad europea más dinámica y desarrollada. Desde que en 1579 se hubieron sacudido del dominio español, los holandeses habían estado a la vanguardia del capitalismo europeo. Habían creado un sistema de deuda pública que permitía al gobierno tomar

empréstitos de sus ciudadanos a un tipo de interés bajo. Habían fundado una institución parecida a un banco central moderno. Su moneda era sólida. Su sistema impositivo basado en los impuestos internos era simple y eficaz. La Compañía de las Indias Orientales holandesa representaba también un hito en la organización corporativa, que cuando fue liquidada, hacia 1796, había pagado de promedio un retorno anual del 18 por ciento sobre el capital inicial suscrito, un desarrollo impresionante para un período tan largo.

Es cierto que un grupo de mercaderes residentes en Londres habían suscrito treinta mil libras para «hacer un viaje… a las Indias Orientales y otras islas y países cercanos», siempre y cuando pudieran asegurarse un monopolio real; en septiembre de 1600 Isabel I concedió oficialmente a la Compañía de Mercaderes de Londres, que comerciaba en las Indias Orientales, un monopolio de quince años sobre el comercio de las Indias Orientales; al año siguiente su primera flota formada por cuatro barcos navegó hacia Sumatra. Los mercaderes holandeses habían estado comerciando con la India por el cabo de Buena Esperanza desde 1595. Hacia 1596 se habían establecido firmemente en Bantam, una de las islas de Java, desde donde fueron enviadas las primeras remesas de té chino al mercado europeo en 1606. Además, su compañía era una sociedad anónima permanente, a diferencia de la compañía inglesa, que no se hizo permanente hasta 1650. Pese a haber sido fundada dos años después de la inglesa, la compañía holandesa fue capaz de dominar rápidamente el lucrativo comercio de especias con las islas Molucas de Indonesia, antes monopolio portugués. La dimensión de los negocios holandeses era sencillamente superior: pudieron enviar casi cinco veces más barcos a Asia que los portugueses y dos veces más que los ingleses, en parte debido a que la compañía holandesa, a diferencia de la inglesa, premiaba a sus oficiales sobre la base de la renta bruta en vez de los ingresos netos, estimulándolos a incrementar el volumen de negocios. En el curso del siglo XVII, los holandeses se expandieron rápidamente, estableciendo bases en Masulipatnam en la costa oriental de la India, en Surat al noroeste y en Jaffna en Ceilán. Aun así, hacia la década de 1680, los tejidos de Bengala representaban el grueso de los cargamentos con destino a Holanda. Chinsura parecía destinada a convertirse en la capital de una India holandesa.

No obstante, en otros aspectos, las dos compañías de las Indias Orientales tenían mucho en común. No deben ser equiparadas ingenuamente a las empresas transnacionales modernas, ya que se asemejaban más a monopolios con licencia estatal, pero por otra parte eran mucho más complejas que las asociaciones de bucaneros del Caribe. Los mercaderes ingleses y holandeses que las fundaron eran capaces de juntar sus recursos para formar empresas grandes y de alto riesgo bajo la protección de monopolios gubernamentales. Al mismo tiempo, las compañías permitían a los gobiernos privatizar la expansión ultramarina transfiriendo los graves riesgos que implicaba. Si hacían dinero, las compañías podían también generar ingresos, o más frecuentemente, proporcionar préstamos a cambio de la renovación

de sus privilegios. Los inversores privados, entretanto, podían estar tranquilos de que su compañía tenía una cuota en el mercado del ciento por ciento.

Este tipo de compañías no fueron ni las primeras ni últimas. Una se había fundado en 1555 con el nombre de Gremio y Compañía de Mercaderes Tratantes para el Descubrimiento de Regiones, Dominios, Islas y Lugares Desconocidos, la cual terminó convertida en la Compañía Moscovita que comerciaba con Rusia. En 1592 se formó una compañía de Levante con la fusión de las compañías de Venecia y Turquía. Se concedió licencias en 1588 y 1592 a las compañías que deseaban el monopolio del comercio de Senegambia y Sierra Leona en África Occidental. Las sucedió la Compañía de Guinea en 1618 (Compañía de Tratantes de Comercio de Londres a los Puertos de África), que en 1631 renovó sus privilegios tras treinta y un años de monopolio en todo el comercio africano occidental. Hacia la década de 1660 una nueva y poderosa compañía, la Compañía de Tratantes Reales en África, había comenzado con un monopolio que debía durar no menos de mil años. Era una empresa especialmente lucrativa, ya que allí los ingleses por fin encontraron oro, si bien los esclavos acabarían siendo la mayor exportación de la región. En el otro extremo climático estaba la Compañía de la Bahía de Hudson (la Honorable Compañía de Tratantes de Inglaterra que comercian en la Bahía de Hudson), fundada en 1670 para monopolizar el comercio de pieles canadienses. En 1695, los escoceses procuraron emular a los ingleses estableciendo su propia Compañía de Escocia de Comercio con África y las Indias. La Compañía del Mar del Sur, con el fin de monopolizar el comercio con América Latina apareció después, en 1710.

Pero ¿era realmente posible que los monopolios concedidos a estas compañías fueran respetados? Para centrarnos en el caso de las dos compañías de las Indias Orientales, el problema era que ambas no podían tener el monopolio del comercio asiático con Europa. La idea de que los flujos de bienes a Londres eran algo distinto a los flujos de bienes a Amsterdam era absurda, dada la proximidad de los mercados inglés y holandés. Al establecerse en Suraten la costa noroccidental de la India en 1613, la Compañía de las Indias Orientales inglesa estaba tratando de conseguir una parte del lucrativo comercio de especias. Si el volumen de exportación de especias no era elástico, entonces solo podía tener éxito si quitaba una parte del negocio a la compañía holandesa. Efectivamente, como se suponía (según el economista contemporáneo William Petty), «no había sino cierta porción del comercio en el mundo». Josiah Child, director de la Compañía de las Indias Orientales, decía: «[Espero] que las demás naciones que compiten con nosotros por el mismo [negocio] no nos lo arrebaten, sino que el nuestro pueda continuar y crecer, en detrimento del de ellos». Se trataba de una economía en que la ganancia de uno suponía la pérdida del otro, la esencia del llamado mercantilismo. Por otra parte, si el volumen de exportaciones de especias resultaba ser elástico, entonces la mayor porción que iba a Inglaterra tendría el efecto de rebajar el precio europeo de las especias. Los primeros viajes de la compañía inglesa de Surat fueron muy rentables, con ganancias de hasta

el 200 por ciento. Pero a partir de allí el efecto predecible de la competencia angloholandesa fue la bajada de los precios. Los que contribuyeron a la segunda sociedad anónima con acciones de 1,6 millones de libras (entre 1617 y 1632) terminaron perdiendo dinero.

Por tanto era inevitable que los intentos ingleses de introducirse a la fuerza en el tráfico oriental llevaran a un conflicto, sobre todo cuando las especias representaban las tres cuartas partes del valor del negocio de la compañía holandesa en ese momento. La violencia estalló en 1623, cuando los holandeses mataron a diez mercaderes ingleses en Amboina (Indonesia). Entre 1652 y 1674, los ingleses emprendieron tres guerras contra los holandeses, con el objetivo principal de arrebatarles el control de las principales rutas de Europa Occidental, no solo en las Indias Orientales sino también en el Báltico, el Mediterráneo, América del Norte y África Occidental. Rara vez se han librado guerras por razones comerciales de modo tan flagrante. Decididos a lograr la supremacía naval, los ingleses duplicaron el volumen de su marina mercante y en solo once años (1649-1660) agregaron doscientas dieciséis naves a la marina propiamente dicha. Se aprobaron las leyes de navegación en 1651 y 1660 para fomentar la navegación inglesa en detrimento de los mercaderes holandeses, que dominaban el comercio de cabotaje oceánico, insistiendo en que los artículos de las colonias inglesas debían ir transportados en naves inglesas.

Pero pese a algunos éxitos ingleses iniciales, los holandeses prevalecieron. Las factorías inglesas en la costa africana occidental fueron casi todas arrasadas. En junio de 1667 una flota holandesa incluso remontó el Támesis, ocupó Sheerness y forzó la cadena de Medway, destruyendo muelles y barcos en Chatham y Rochester. A finales de la segunda guerra holandesa, los británicos fueron expulsados de Surinam y Polaroon; en 1673 perdieron temporalmente también Nueva York, lo que fue una sorpresa para muchos. Después de todo, la población inglesa era más del doble que la holandesa, y también era superior la economía inglesa. En la tercera guerra holandesa, los ingleses contaron con la ventaja del apoyo francés. Sin embargo, el sistema financiero superior holandés les permitió lanzar ataques que excedían su capacidad económica.

En cambio, el coste de las guerras fracasadas impuso una grave presión al sistema financiero inglés. Hasta el gobierno se tambaleó al borde de la bancarrota: en 1671, Carlos II se vio obligado a decretar una moratoria sobre ciertas deudas del gobierno, la llamada «parada del Tesoro Real». Este desastre financiero tuvo profundas consecuencias políticas, pues los vínculos entre la City y la élite política en Inglaterra nunca habían sido tan estrechos como bajo el reinado de Carlos II. No solo en los salones de juntas de la City sino en los palacios reales y las mansiones de la aristocracia, las guerras anglo-holandesas causaron consternación. El duque de Cumberland fue uno de los fundadores de la Compañía Real Africana, y después director de la Compañía de la Bahía de Hudson. El duque de York, el futuro Jacobo II, era director de la Compañía Africana fundada en 1672 después de que los

holandeses hubieran arruinado a su predecesora. Entre 1660 y 1683, Carlos II había recibido «contribuciones voluntarias» de 324. 150 libras esterlinas de la Compañía de las Indias Orientales. Literalmente la feroz competencia con los holandeses estaba arruinando al partido de la Restauración. Tenía que haber una alternativa. La solución fue (como es frecuente en la historia de los negocios) una fusión, pero no entre las dos compañías de las Indias Orientales; lo que se necesitaba era una fusión política.

En el verano de 1688, temerosos del catolicismo de Jacobo II y de sus ambiciones políticas, una poderosa oligarquía de aristócratas ingleses organizó un golpe contra él. Significativamente, estaban respaldados por los mercaderes de la City de Londres. Invitaron al estatúder holandés Guillermo de Orange a invadir Inglaterra. Con un movimiento en el que casi no hubo derramamiento de sangre, derrocaron a Jacobo II. La «Gloriosa Revolución» normalmente se ha considerado como un acontecimiento político, la confirmación decisiva de las libertades británicas y del sistema de la monarquía parlamentaria, pero también se caracterizó por la fusión mercantil angloholandesa. Mientras el príncipe holandés Guillermo de Orange se convertía, de hecho, en el nuevo ejecutivo de Inglaterra, los empresarios holandeses se convirtieron en los principales accionistas de la Compañía de las Indias Orientales inglesa. Los hombres que organizaron la «Gloriosa» pensaron que no necesitarían lecciones de un holandés sobre religión o política, ya que Inglaterra tenía el protestantismo y el gobierno parlamentario, pero sí podían aprender de ellos las finanzas modernas.

En particular, la fusión angloholandesa de 1688 enseñó a los británicos una serie de instituciones financieras esenciales que los holandeses habían descubierto. En 1694, se fundó el Banco de Inglaterra para gestionar los préstamos del gobierno, así como la moneda nacional, el cual era similar aunque no idéntico al exitoso Amsterdam Wisselbank fundado hacía ochenta y cinco años antes. Londres también pudo importar el sistema holandés de deuda pública interna, financiada mediante la Bolsa, donde podían comprarse y venderse bonos a largo plazo. El hecho de que esto permitiera al gobierno contraer préstamos a un tipo de interés significativamente reducido hizo que los proyectos de gran envergadura fueran más fáciles de afrontar. Siempre perspicaz, Daniel Defoe se percató enseguida de que el crédito barato podía favorecer al país:

> El crédito hace la guerra y la paz; convoca ejércitos, pertrecha nuestras flotas, combate en las batallas, sitia ciudades y, en una palabra, se puede considerar como el nervio de la guerra con más exactitud que al propio dinero […] El crédito hace que el soldado luche sin paga, que los ejércitos marchen sin provisiones […] es una fortificación inexpugnable […] hace que el papel pase por dinero […] y llena el Tesoro y los bancos con tantos millones como se quiera, al instante.

Las complejas instituciones financieras habían posibilitado que Holanda no solo

sostuviera un comercio mundial, sino también que lo protegiera con un poderío marítimo de primer orden. Ahora esas instituciones iban a ser empleadas por Inglaterra a una escala mucho mayor.

La fusión angloholandesa significó que los ingleses pudieran operar con más libertad en Oriente. El pacto que adjudicó Indonesia y el tráfico de especias a los holandeses, dejando a los ingleses el desarrollo del nuevo comercio de tejidos indios, resultó a la larga un buen negocio para la compañía inglesa, porque el mercado de tejidos enseguida superó el mercado de especias. La demanda de pimienta, nuez moscada, clavo de olor y canela —las especias de las que dependía la suerte de la compañía holandesa— era significativamente menos elástica que la demanda de algodón estampado, algodón y zaraza. Por esta razón, hacia la década de 1720 la compañía inglesa estaba superando a su rival en lo que respecta a ventas; y porque la primera incurrió en pérdidas en solo dos años entre 1710 y 1745, mientras que las ganancias de la segunda bajaban. La sede principal de la Compañía de las Indias Orientales inglesa estaba ahora en la calle de Leadenhall; allí tenían lugar las reuniones de los dos órganos directivos: la junta de directores (accionistas con dos mil libras o más de capital) y la junta de propietarios (accionistas con mil libras o más), pero los verdaderos símbolos de su creciente rentabilidad eran los inmensos depósitos en Bishopgate edificados para almacenar el creciente volumen de telas importadas que la compañía traía a Europa de la India.

El cambio de especias por tejidos implicó un traslado de la base asiática de la Compañía de las Indias Orientales. Surat fue gradualmente liquidada. En su lugar, se establecieron tres nuevas «factorías» (puestos de avanzada comercial fortificados que dieron origen a algunas ciudades que hoy se cuentan entre las más populosas de Asia). La primera de ellas estaba en la costa suroriental de la India, la legendaria playa de Coromandel. Allí, en un enclave adquirido en 1630, la compañía construyó un fuerte que fue bautizado con el nombre de St. George (revelaba su identidad inglesa), en torno al cual surgiría la ciudad de Madras. Treinta años después Inglaterra adquiriría, en 1661, la ciudad de Bombay bajo el dominio de Portugal como parte de la dote que recibió Carlos II cuando se casó con Catalina de Braganza. Finalmente, en 1690, la compañía estableció un fuerte en Sutanuti en la orilla oriental del río Hugli, que más tarde se fusionaría con otras dos aldeas para formar la ciudad de Calcuta.

Todavía hoy es posible apreciar las ruinas de las factorías británicas, que en muchos aspectos eran áreas de negocios del imperio incipiente. El fuerte Madrás permanece más o menos intacto, junto con su iglesia, un patio de armas, casas y almacenes. Su arquitectura no tiene nada de original. Las anteriores factorías portuguesas, españolas y holandesas se construían siguiendo el mismo patrón. Tras el nuevo pacto angloholandés, enclaves como Chinsura se habían quedado anclados en el pasado, mientras que Calcuta representaba el futuro.

Tras solucionar la Compañía de las Indias Orientales el problema de la

competencia holandesa, se encontró con otro frente mucho más insidioso: sus propios empleados. Se trataba de lo que los economistas llaman el «problema de instrumentación»: la dificultad fundamental que los propietarios de una compañía tienen para controlar a sus empleados, la cual aumenta en proporción a la distancia entre los que poseen las acciones y los que están en la nómina.

Es necesario hacer referencia no solo a la distancia, sino también a los vientos. Hacia 1700 era posible navegar de Boston a Inglaterra en cuatro o cinco semanas (en el sentido contrario el viaje tardaba de cinco a siete semanas).[3] Llegar a Barbados generalmente requería nueve semanas. Debido a la dirección de los vientos atlánticos, el comercio tenía un ritmo estacional: los barcos zarpaban para las Indias Occidentales entre noviembre y enero; en cambio, los barcos a Norteamérica partían desde mediados de verano hasta finales de septiembre. Sin embargo, el tiempo de viaje era mucho más largo para los que iban y venían de la India; llegar a Calcuta desde Inglaterra, pasando por Ciudad del Cabo, tardaba un promedio de seis meses. En el océano Indico predominaban los vientos en dirección sudoeste desde abril a septiembre, pero en dirección nordeste de octubre a marzo. Navegar a la India suponía zarpar en primavera; su regreso solo podía realizarse en otoño.

Los tiempos de viaje al ser más largos entre Asia y Europa hacían que el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales resultara a la vez fácil y difícil de mantener. Comparado con el comercio con Norteamérica, era difícil que las compañías rivales más pequeñas compitieran por el mismo negocio; mientras que cientos de compañías llevaban y traían artículos de América y el Caribe hacia 1680, los costes y riesgos del viaje, de seis meses, a la India hacían que se concentrara el comercio en manos de un único intermediario. Pero ese gran intermediario controlaba a su personal no sin dificultad, teniendo en cuenta que tardaban medio año en llegar a su destino. Así pues, los empleados de la compañía disfrutaban de gran libertad (es más, muchos de ellos estaban lejos de la vigilancia de sus patronos londinenses). Y como los salarios que recibían eran relativamente modestos (un «escribiente» o empleado obtenía el sueldo base de cinco libras al año, no mucho más que un sirviente doméstico en Inglaterra), la mayoría de los empleados no vacilaban en realizar negocios paralelos por su cuenta. Este sistema se satirizaría más adelante llamándolo: «los antiguos buenos principios de la economía de la calle de Leadenhall: sueldos bajos e inmensos beneficios». Otros fueron más lejos, dejando el empleo de la compañía y haciendo negocios exclusivamente por su cuenta. Eran los que emponzoñaban la existencia de los directores: los intérlopes o contrabandistas.

El mayor contrabandista de todos fue Thomas Pitt, hijo de un clérigo de Dorset, que entró al servicio de la Compañía de las Indias Orientales en 1673. Tras llegar a la India, Pitt se dio a la fuga y comenzó a comprar artículos a los mercaderes indios, que luego enviaba a Inglaterra por su propia cuenta. El tribunal de la compañía insistió en que Pitt regresara a Inglaterra, tratándolo de «mozo desesperado con un temperamento altivo, irritable e insolente […] que no se refrena de cometer cualquier

fechoría que esté a su alcance». Pero Pitt ignoró estas exigencias. Es más, hizo negocios con el principal agente de la compañía en la bahía de Bengala, Mathias Vincent, con cuya sobrina se casó. Amenazado con un pleito, Pitt llegó a un arreglo con la compañía pagando una multa de cuatrocientas libras, suma que entonces era calderilla para él.



Thomas «Diamond» Pitt, c. 1710 y 1821.

Hombres como Pitt fueron esenciales para el crecimiento del comercio de las Indias Orientales. Junto con el comercio oficial de la compañía, se estaba desarrollando un gran negocio privado, lo que significaba que se estaba desmoronando el monopolio sobre el comercio angloasiático, concedido por la corona a la Compañía de las Indias Orientales. Todo esto ocurrió en el momento en que probablemente una compañía monopolista ya no podría haber expandido tan rápidamente el comercio entre Gran Bretaña y la India sin la intervención de los intérlopes. Efectivamente, la propia compañía se percató gradualmente de que éstos, incluido el díscolo Pitt, podían ser más una ayuda que un estorbo para su negocio.

Sería un error creer que la fusión angloholandesa entregó la India a la Compañía de las Indias Orientales inglesa. En realidad, tanto los comerciantes holandeses como los ingleses eran actores secundarios dentro de un vasto imperio asiático. Madras, Bombay y Calcuta no eran más que pequeñas factorías en los confines de un subcontinente enorme y avanzado económicamente. Los ingleses en ese momento eran simples parásitos en la periferia, que confiaban en asociarse con empresarios indios (*dubashes* en Madrás y *banyas* en Bengala). El poder político se concentraba en el fuerte rojo de Delhi, la residencia principal del Gran Mogol, el «señor del universo» musulmán cuyos ancestros habían invadido la India desde el norte en el

siglo XVI, y habían regido la mayor parte del subcontinente desde entonces. Por mucho que los visitantes ingleses como sir Thomas Roe tratasen de despreciar lo que veían cuando visitaban Delhi («Infinitas religiones; ninguna ley. De esa confusión, ¿qué se puede esperar?», fue su veredicto en 1615), el imperio del Gran Mogol era tan rico y poderoso, que empequeñecía a las naciones estado europeas. En 1700, la población de la India era veinte veces superior a la del Reino Unido. Se ha calculado que la participación de la India en el producto mundial total era del 24 por ciento (casi un cuarto), mientras que la de Gran Bretaña era tan solo del 3 por ciento. La idea de que Gran Bretaña pudiera algún día dominar la India habría parecido simplemente ridícula a cualquier visitante de Delhi en el siglo XVII.

Solo con la venia del Gran Mogol y con el consentimiento de sus vasallos locales pudo comerciar la Compañía de las Indias Orientales.

> Éstos no se mostraron siempre dispuestos. Como lamentaba la junta de directores de la compañía: Estos gobernadores [nativos] se dan maña para pisotearnos y arrebatarnos lo que les da la gana de nuestra hacienda, sitiando nuestras factorías[4] [*sic*] y deteniendo nuestros barcos en el Ganges; no se abstendrán de hacerlo hasta que les hayamos hecho sentir tanto nuestro poder como nuestra verdad y justicia.

Sin embargo, resultaba más fácil decirlo que hacerlo. Por el momento, apaciguar al Gran Mogol era un requisito esencial para el negocio de la Compañía de las Indias Orientales, ya que la pérdida de su favor significaba la pérdida monetaria. Los representantes de la compañía tenían que visitar la corte mogola y postrarse ante el trono del pavo real en el patio interior del fuerte rojo, el Diwan-iam. Se tenía que negociar complicados tratados y pagar sobornos a los funcionarios mogoles, lo cual requería hombres capaces de negociar.

En 1698, pese a sus anteriores desconfianzas, la compañía decidió enviar a nada menos que al contrabandista Thomas Pitt a Madras como gobernador del fuerte St. George. Su salario era de solo doscientas libras al año, pero su contrato especificaba que podía hacer negocios también por su propia cuenta. El cazador furtivo se convertía ahora en guardabosque (pudiendo dedicarse todavía a la caza furtiva paralelamente). Pitt tuvo que afrontar enseguida una grave crisis diplomática cuando el emperador Aurungzeb hizo pregonar un edicto que no solo prohibía el comercio con los europeos, sino que se les arrestaría y se les confiscaría inmediatamente sus bienes. Además de negociar con Aurungzeb para que hiciera revocar el edicto, Pitt tuvo que defender el fuerte de St. George contra Duad Khan, el nabab de Carnatic, que se había apresurado a ejecutar la disposición imperial.

Hacia la década de 1740, sin embargo, el Gran Mogol estaba perdiendo el control de la India. El persa Nadir Afshar saqueó la ciudad de Delhi en 1739 a la cabeza de

un ejército turco-afgano; los afganos, bajo el mando de Ahmed Shah Abdali, a partir de 1747 invadieron varias veces el norte de la India. Además de estas «incursiones tribales», los agentes de confianza del Gran Mogol en las provincias —hombres como el nabab de Arcot y el nizam de Hyderabad— estaban formando sultanatos para sí mismos. Al oeste los marathas gobernaban sin tener en cuenta a Delhi. La India estaba entrando en un ciclo de guerra intestina que los británicos más tarde calificarían despectivamente como «anarquía» (una prueba de que los indios eran incapaces de gobernarse). En realidad se trataba de una lucha por el dominio de la India semejante a la lucha por el dominio en la Europa de los Habsburgo en el siglo XVII. Precisamente, las amenazas del norte forzaron a los soberanos indios a gobernar con más eficacia, modernizando el sistema de impuestos para poder sostener grandes ejércitos en activo, tal y como lo hacían sus homólogos europeos de la época.



Mast House en Blackwall, c. 1803.

Los asentamientos europeos en la India siempre habían estado fortificados. Ahora, en esa época de peligros, necesitaban contar con guarniciones permanentes. Incapaces de formar un ejército con sus empleados, la Compañía de las Indias Orientales comenzó a formar sus propios regimientos con personas de las castas guerreras del subcontinente (campesinos telegos en el sur, cumbis en el oeste, rajputanos y brahmines del valle central del Ganges), equipándolos con armas europeas y poniéndolos bajo el mando de oficiales británicos. En teoría, constituían una división de seguridad de la compañía, con el fin de proteger sus bienes en tiempos de guerra, pero en la práctica se trataba de un ejército privado que pronto sería crucial para sus negocios. Habiendo comenzado como una operación comercial, la Compañía de las Indias Orientales ahora tenía sus propios asentamientos, sus propios diplomáticos, incluso su propio ejército. Estaba comenzando a parecerse cada vez más un reino. Y aquí está la diferencia clave entre Asia y Europa. Las potencias europeas podían luchar entre sí cuanto quisieran: el vencedor solo podía ser europeo. Pero cuando las potencias indias se lanzaron a la guerra, existía la posibilidad de que una potencia no india fuera la vencedora. La única pregunta era: ¿cuál?

Gingee era uno de los fuertes más espectaculares en Carnatic. Colgado de una escarpada montaña que se eleva abruptamente entre la niebla de las planicies, dominaba el interior de la costa de Coromandel. A mediados del siglo XVIII, no se acuartelaban allí tropas británicas, ni las de los gobernantes locales, sino que estaba en manos de los franceses.

El conflicto inglés con los holandeses había sido comercial. En el fondo, se trataba estrictamente de una cuestión de negocios, de una rivalidad por la participación en el mercado. La lucha con Francia que se extendería por todo el mundo, como si de una versión global de la guerra de los Cien Años se tratara, decidiría quién «gobernaría» el mundo. El resultado distaba de ser previsible.

Dicen que el ministro de Educación en Francia sabe exactamente qué materia se está enseñando una mañana cualquiera en todas las escuelas de su jurisdicción. Todos los estudiantes franceses aprenden el mismo programa: las mismas matemáticas, literatura, historia y filosofía. Se trata de un enfoque verdaderamente imperial de la educación, que se aplica tanto al *lycée* francés de Pondichéry como a sus homólogos en París. Si las cosas hubieran sido así en la década de 1750, las escuelas de toda la India habrían sido iguales, y el francés, y no el inglés, habría podido convertirse en la *lingua franca* del mundo.

La hipótesis contraria está lejos de ser una fantasía. De seguro, que la fusión angloholandesa había fortalecido mucho a Inglaterra. Y con la unión de los parlamentos en 1707, una segunda fusión había producido una entidad nueva temible: el Reino Unido de Gran Bretaña, un término originalmente ideado por Jacobo I para reconciliar a Escocia con la idea de ser anexada a Inglaterra, y a los ingleses con el hecho de ser gobernados por un escocés. A finales de la guerra de sucesión española (1713), el nuevo Estado se había convertido en la potencia naval indiscutible que dominaba Europa. Tras adquirir Gibraltar y el puerto de Mahón (Menorca), Gran Bretaña estaba en posición de controlar la entrada y la salida del Mediterráneo. No obstante, Francia seguía siendo la potencia preponderante en el continente europeo. En 1700, Francia tenía una economía que duplicaba la de Gran Bretaña y una población casi tres veces superior. Y como Gran Bretaña, había cruzado los mares para llegar al mundo no europeo. Había colonias francesas en América, en Luisiana y Quebec (Nueva Francia); las islas azucareras francesas como Martinica y Guadalupe estaban entre las más ricas del Caribe. Y en 1664, los franceses habían organizado su propia compañía de las Indias Orientales, la Compagnie des Indes Orientales, con sede en Pondichéry, no muy lejos del asentamiento inglés en Madras. El peligro de que Francia triunfara en una lucha por la supremacía mundial contra Gran Bretaña era una realidad, y siguió siéndolo durante la mayor parte del siglo. Dicho con las palabras de la *Critical Review* en 1756:

> Todo británico debería estar enterado de las ambiciosas miras de Francia, su sed eterna de dominio universal, y su continua usurpación de la propiedad de sus vecinos […] [N]uestro comercio, nuestras libertades, nuestro país, por no hablar del resto de Europa, están en un peligro continuo de caer presa de este enemigo común, universal, que si fuera posible se tragaría el mundo entero.

Comercialmente, la *Compagnie des Indes* suponía una amenaza menor para la Compañía de las Indias Orientales. En su primera etapa perdió cantidades significativas de dinero pese a los subsidios del gobierno, y tuvo que volver a fundarse en 1719. A diferencia de su homologa inglesa, la compañía francesa estaba bajo un control gubernamental firme. Estaba dirigida por aristócratas, que se preocupaban poco por el comercio pero mucho por la política del poder. Por tanto, la amenaza francesa tomó una forma bastante diferente a la holandesa: los holandeses querían una cuota de mercado, y los franceses territorio.

En 1746, el gobernador francés de Pondichéry, Joseph Francois Dupleix, decidió dar un golpe contra la presencia británica en la India. El diario de Ananda Ranga Pillai, su *dubash* indio, daba una idea del ánimo reinante en el fuerte francés antes del ataque de Dupieix: «La opinión pública dice que el curso de la victoria se tornará en favor de los franceses […] El pueblo […] afirma que la diosa de la fortuna ha dejado Madrás para residir en Pondichéry». Dupleix aseguraba: «La compañía británica está destinada a desaparecer. Ha estado desde hace mucho en una situación de insolvencia, y los ingresos que tenía han sido prestados al rey, cuyo destronamiento es seguro. La pérdida de capital es por tanto inevitable. Ya veréis. Os daréis cuenta de que lo que digo es cierto cuando vosotros, dentro de poco, descubráis que mi profecía se ha cumplido». El 26 de febrero de 1747, como escribió Pillai, los franceses

> se lanzaron contra Madras […] como el león se abalanza contra un rebaño de elefantes […] rodearon el fuerte, y en un día sorprendieron y paralizaron al gobernador, […] y a todos los que estaban allí […] Capturaron el fuerte, izaron su bandera en las murallas, tomaron posesión de toda la ciudad, y brillaron en Madras como el sol, que extiende sus rayos sobre todo el mundo.

Desanimada, la Compañía de las Indias Orientales temió que sería «completamente destruida» por el rival francés. Los directores en Londres recibieron un informe que decía: «[Los franceses procuran] nada menos que excluirnos del comercio de esta costa [la zona de Madras] y poco a poco de todo el de la India».

En realidad, Dupleix había calculado mal su plan. El fin de la guerra de sucesión austríaca en Europa y la paz de Aquisgran en 1748 lo obligó a devolver Madras. Para entonces, en 1757, las hostilidades entre Francia y Gran Bretaña se reanudaron, esta vez en una escala sin precedentes.

La guerra de los Siete Años fue en el siglo XVIII el conflicto más parecido a una guerra mundial. Como los conflictos globales del siglo XX, tuvo su origen en una guerra europea. Gran Bretaña, Francia, Prusia, Austria, Portugal, España, Sajonia, Hannover, Rusia y Suecia eran los países beligerantes. Pero la lucha se extendió desde Coromandel hasta Canadá, desde Guinea a Guadalupe, desde Madras a Manila. Indios, esclavos africanos, y nativos y colonos americanos se vieron involucrados. El futuro del imperio estaba en juego. La pregunta era si el mundo estaría bajo dominio francés o británico.

El hombre que llegó a dominar la política británica en este Armagedón hannoveriano fue William Pitt. No es extraño que éste, cuya fortuna familiar se basaba en el comercio angloindio, no tuviera ninguna intención de ceder la posición preeminente de Gran Bretaña a su eterno rival europeo. Como nieto de Thomas Pitt, instintivamente concibió la guerra en términos globales. Su estrategia era basarse en la fuerza superior que los británicos poseían: su flota respaldada por sus astilleros. Mientras Prusia, el aliado de Gran Bretaña, contenía a los franceses y a sus aliados en Europa, la Royal Navy construía un imperio en alta mar, dejando a los dispersos ejércitos británicos la tarea de terminar el trabajo en las colonias. La clave fue establecer una supremacía marítima clara. Como Pitt dijo en la Cámara de los Comunes en diciembre de 1755, antes de la declaración de guerra formal (pero bastante después de que la guerra hubiera empezado en las colonias):

> Deberíamos tener nuestra marina completamente pertrechada y tan bien equipada como fuera posible antes de declarar la guerra […] ¿No es entonces ahora necesario que nosotros, pues estamos al borde de la guerra, adoptemos todo medio imaginable para alentar a los marinos hábiles y expertos a que sirvan a Su Majestad? […] Ya ha comenzado abiertamente la guerra: los franceses han atacado a las tropas de Su Majestad en América, y en respuesta las naves de Su Majestad han atacado las naves del rey francés en esa parte del mundo. ¿No es esa una guerra abierta? […] Si no libramos los territorios de todos nuestros aliados indios, así como los nuestros en América, de todos los fuertes y las guarniciones de los franceses, habremos de abandonar nuestras colonias.

Pitt consiguió que el Parlamento se comprometiera a reclutar cincuenta y cinco mil marineros. Aumentó la flota, que llegó a tener ciento cinco naves dispuestas frente a las setenta de los franceses. En el proceso, los astilleros pasaron a ser la empresa industrial más grande del mundo, construyendo y reparando barcos, y empleando en ello a miles de hombres.

La política de Pitt dependía en parte del incipiente predominio de Gran Bretaña: en la construcción de barcos, metalurgia y fundición de cañones disfrutaba ahora de

una clara ventaja. Los británicos no solo usaban la tecnología sino la ciencia para dominar las olas. Cuando George Anson circunnavegó el globo con sus seis naves en la década de 1740, la cura para el escorbuto era desconocida y John Harrison todavía estaba trabajando en la tercera versión de su cronómetro para determinar la longitud en el mar. Los marineros morían a centenares, los barcos se extraviaban con frecuencia. Cuando el *Endeavour* del capitán James Cook navegó hasta el Pacífico sur en 1768, Harrison había ganado el premio de la Junta de la Longitud y se alimentaba con *sauerkraut* (col fermentada) a la tripulación de Cook como medio para combatir el escorbuto. La nueva alianza entre ciencia y estrategia se plasmaba en que a bordo del *Endeavour* hubiera un grupo de naturalistas, en que destacaba el botánico Joseph Banks, y que ese viaje de Cook tuviera una doble misión: «mantener el poder, dominio y soberanía de GRAN BRETAÑA» estableciendo el derecho a Australasia para el Almirantazgo y registrar el tránsito de Venus para la Royal Society.

Solo la disciplina naval permaneció tan estricta como siempre. Es famoso el caso del almirante John Byng, que fue fusilado al inicio de la guerra por no haber podido destruir una fuerza francesa en las inmediaciones de Mallorca, incumpliendo el artículo 12 de guerra que decía:

> Toda persona en la flota, que por cobardía, negligencia o desafección […] no haga todo lo que pueda para tomar o destruir toda nave que tenga el deber de combatir; toda persona que cometa este delito, y sea condenada por ello en un consejo de guerra, deberá ser ejecutada.[5]

Hombres más duros, como el primo de Byng, sir George Pockock, vencieron a la flota francesa en las costas de la India; o como James Cook, que llevó al general Wolfe y sus tropas por el río San Lorenzo a atacar Quebec; o como George Anson, ahora primer lord del Almirantazgo, que organizó el bloqueo de Francia, que fue quizá la más clara demostración de la supremacía naval británica que permitió la guerra.

En noviembre de 1759, la flota francesa finalmente se lanzó a un esfuerzo desesperado por organizar una invasión a Gran Bretaña. Sir Edward Hawke los aguardaba. En mitad de una tormenta, persiguieron a la flota francesa hasta la bahía de Quiberon en la costa sur de Bretaña, donde fue derrotada: dos tercios de sus barcos naufragaron, o fueron quemados o capturados. Se desistió de la invasión. La supremacía naval británica era ahora completa, lo que hacía la victoria en las colonias francesas casi segura, pues cortando las comunicaciones entre Francia y su imperio, la Royal Navy daba a las fuerzas terrestres británicas una ventaja decisiva. La toma de Quebec y Montreal supuso el fin del dominio francés en Canadá. Las ricas islas azucareras caribeñas —Guadalupe, María Galante y Dominica— también cayeron. Y

en 1762, los aliados españoles de Francia fueron expulsados de Cuba y Filipinas. Ese mismo año la guarnición francesa dejó el fuerte de Gingee. Para entonces todas sus bases en la India —incluida la misma Pondichéry— habían sido tomadas.

Se trataba de una victoria basada en la supremacía naval. Pero ésta a su vez solo fue posible porque Gran Bretaña tenía una ventaja sobre Francia: la capacidad de pedir prestado dinero. Más de un tercio de los gastos de guerra de Gran Bretaña fueron financiados por préstamos. Las instituciones que antaño habían copiado de los holandeses en la época de Guillermo II ahora habían arraigado, permitiendo al gobierno de Pitt distribuir el coste de la guerra vendiendo bonos a bajo interés al público inversor. Los franceses, en cambio, se vieron reducidos a mendigar o a robar. Como dijo el obispo Berkeley, el crédito era «la principal ventaja que Inglaterra tenía sobre Francia». El economista francés Isaac de Pinto coincidía en el análisis: «Fue la falta de crédito en tiempo de necesidad lo que causó el daño y probablemente fue la primera causa de los posteriores desastres». La deuda interna respaldaba cada victoria naval británica; su crecimiento de 74 millones de libras a 133 millones de libras durante la guerra de los Siete Años, dio la medida del poderío financiero británico.

En la década de 1680 todavía existía una distinción entre Inglaterra y «el imperio británico en América». Hacia 1743, era posible hablar del «imperio británico, tomado en su conjunto como un cuerpo, a saber, Gran Bretaña, Irlanda, las colonias y pesquerías en América, además de sus posesiones en las islas orientales y África». Ahora sir George Macartney podía escribir sobre «este vasto imperio sobre el cual nunca se pone el sol y cuyos límites la naturaleza aún no ha fijado». Lo único de lo que se lamentaba Pitt (la paz no fue concertada hasta después de que dejara su cargo) era que se hubiera permitido a los franceses conservar algunos de sus enclaves en ultramar, en concreto que se les hubieran devuelto las islas en el Caribe. En diciembre de 1762 se quejó ante la Cámara de los Comunes de que el nuevo gobierno había

> perdido de vista el gran principio fundamental de que había que temer ante todo (o exclusivamente) a Francia en vista de su predominio comercial y marítimo […] al devolverle todas sus valiosas islas de las Indias Occidentales […] le hemos dado los medios para recuperarse de sus prodigiosas pérdidas […] El comercio con estas tierras conquistadas es del carácter más lucrativo […] [y] todo lo que ganemos […] se cuadriplica […] por la pérdida que representa para Francia.

Tal y como Pitt supo percibir, las «semillas de la guerra» estaban germinando en los términos de la paz. La lucha por la hegemonía mundial entre Gran Bretaña y Francia continuaría encendida, salvo algunos momentos de respiro, hasta 1815. Pero la guerra de los Siete Años decidió un hecho de manera irrevocable. La India sería británica, y no francesa. Durante casi doscientos años Gran Bretaña gozó de un gran mercado para su comercio y de una reserva inagotable de personal militar. La India

era mucho más que la «joya de la corona»; literal y metafóricamente era una auténtica mina de diamantes.

¿Y qué pasó con los indios? La respuesta es que permitieron que los dividieran y que los dominaran. Incluso antes de la guerra de los Siete Años, los británicos y los franceses se inmiscuían en su política tratando de decidir los sucesores del *subahdar* del Decán o el nabab de Carnatic. Robert Clive, el más belicoso de los hombres de la Compañía de las Indias Orientales, se destacó primero cuando trató de poner sitio a Trichinopoli, donde el candidato británico para el Decán, Mohamed Ali, estaba atrapado, entonces tomó Arcot, la capital de Carnatic, y la retuvo contra las fuerzas de Chanda Sahib, rival de Mohamed Ali, que la sitiaban.

Cuando estalló la guerra de los Siete Años, el nabab de Bengala, Sirah-ud-Daula, atacó el asentamiento británico de Calcuta, apresando entre sesenta y ciento cincuenta prisioneros en el llamado «hoyo negro» en el fuerte William.[6] Sirah contaba con el respaldo francés. Sus rivales, la familia de banqueros Jaget Seth, financiaron el contraataque inglés. Y Clive pudo convencer a los partidarios del nabab rival Mir Jafar de desertar de las filas de Sirah el 22 de junio de 1757, en la batalla de Plassey. Tras ganar la batalla y asegurarse la gobernación de Bengala, Clive depuso a Mir Jafar, y nombró a su cuñado Mir Kasim; cuando este último se mostró poco maleable, fue depuesto a su vez y Mir Jafar repuesto. Una vez más las contiendas indias fueron aprovechadas en favor de intereses europeos. Era característico de la época que más de dos tercios que formaban la guarnición de Clive fueran indios. Según el historiador indio, Gholam Hossein Khan, autor del *Seir Mutaqherin* o *Reseña de los tiempos modernos* (1789):

> A consecuencia de estas y otras divisiones (entre los gobernantes indios) la mayoría de las plazas fuertes, más bien, casi todo el Indostán ha acabado en poder de los ingleses […] Dos príncipes luchan por el mismo país, uno de ellos solicita a los ingleses, y les informa del modo y el método de convertirse en los señores de él. Con esta insinuación y la asistencia de aquéllos, atrae a algunos de los principales hombres del país que, al ser sus amigos, están ya estrechamente ligados a su persona; y mientras tanto, los ingleses han cerrado a su parecer algún tratado o pacto con él, por algún tiempo cumplen con estos términos, hasta que logran un buen entendimiento del gobierno y las costumbres del país, así como un completo conocimiento de las facciones en él; y entonces organizan un ejército y consiguiendo el apoyo de un bando, pronto vencen al otro, y poco a poco se introducen en el país, y lo conquistan […] Los ingleses, que parecen bastante pasivos, como si se dejaran llevar, en realidad están moviendo la maquinaria.



**Robert Clive con su familia y una sirvienta india,
por sir Joshua Reynolds, entre 1756-1765.**

Concluía que «no había nada extraño en que esos mercaderes habiendo encontrado el medio de hacerse amos del país», se hubieran simplemente «valido de la imbecilidad de algunos soberanos indostanos orgullosos e ignorantes a partes iguales».

En el momento de su victoria sobre sus restantes enemigos indios en Buxar en 1764, Clive había llegado a una conclusión radical sobre el futuro de la Compañía de las Indias Orientales. Hacer negocios con la tolerancia india ya no era suficiente. Como dijo en una carta a los directores de la compañía en Londres:

> Puedo afirmar con algún grado de seguridad que este rico y floreciente reino puede ser totalmente sometido por una fuerza tan pequeña como de dos mil europeos […] [Los indios son] indolentes, ignorantes y cobardes más allá de lo imaginable […] Intentan hacerlo todo mediante la traición y no la fuerza […] ¿Qué puede permitirnos asegurar nuestras presentes adquisiciones o mejorarlas sino esa fuerza que no deja nada en poder de la traición o de la ingratitud?

Por el tratado de Allahabad, el Gran Mogol concedió a la Compañía de las Indias Orientales la administración —llamada *diwani*— de Bengala, Bihar y Orissa. No era una licencia para imprimir dinero, sino algo aún mejor: obtenerlo mediante el cobro de los impuestos. El *diwani* daba a la compañía la facultad para cobrar impuestos a más de veinte millones de personas. Dando por sentado que al menos un tercio de lo recaudado podía quedar en su poder de este modo, esto generaba una renta de entre dos y tres millones de libras al año. Ahora participaba aparentemente en el mayor negocio de todos en la India: el negocio del gobierno. Como la junta de Bengala de la compañía escribió en una carta dirigida a los directores en 1769: «Vuestro comercio

desde ahora puede considerarse más como un canal para enviar ganancias a Gran Bretaña».

Primero piratas, luego mercaderes, y ahora los británicos eran los gobernantes de millones de personas en ultramar, y no solo en la India. Gracias a una combinación de poderío naval y financiero se habían convertido en los vencedores de la carrera europea por el imperio. Lo que había comenzado como una propuesta de negocios se había convertido en un asunto de Estado.

La pregunta que los británicos tenían que hacerse ahora era: ¿cómo debería formarse el gobierno de la India? El instinto de un hombre como Clive era saquear, y así lo hizo, aunque después insistió en que se había «sorprendido de su propia moderación». Un hombre de disposición tan violenta como la suya que en ausencia de enemigos pensaba de inmediato en la autodestrucción, fue el precursor de los corruptos constructores de imperio que Kipling describió en su cuento «El hombre que quería ser rey»:

> Nos iremos a algún sitio donde un hombre pueda estar más a sus anchas y obtener los éxitos y ventajas que se merece […] donde haya lucha, un hombre que sepa adiestrar a los otros siempre podrá ser rey. Iremos a esas regiones y le diremos al primer rey que encontremos: ¿Quieres vencer a tus enemigos? Y le enseñaremos a instruir a los soldados; porque eso lo sabemos hacer mejor que cualquier otra cosa. Luego derrocaremos a ese rey y estableceremos una dinastía.

Si el dominio británico en Bengala debía ser algo más que una continuación de las tácticas de saqueo de los bucaneros, se necesitaba un enfoque más sutil. El nombramiento de Warren Hastings como primer gobernador general por la ley reguladora de 1773 parecía inaugurar este nuevo enfoque.

Pequeño e inteligente, tan brillante como opaco era Clive, Hastings era King's Scholar en Westminster y se empleó en la Compañía de las Indias Orientales como escribiente a la edad de diecisiete años. Pronto adquirió fluidez en el persa y el indio; y cuanto más estudiaba la cultura india, más respeto le inspiraba. El estudio del persa, escribió en 1769, «no puede dejar de abrir nuestra mente, e inspirarnos con esa benevolencia que nuestra religión inculca por todo el género humano». Como señalaba en el prefacio a la traducción que encargó del *Bhagavad gita*:

> Cada ejemplo que nos presenta el verdadero carácter [de los indios] para que lo observemos nos impresionará con un sentimiento más generoso por sus derechos naturales, y no enseñará a estimarlos con la misma medida que usamos para nosotros. Pero tales ejemplos solo pueden sacarse de sus escritos, y estos quedarán mucho tiempo después de que el dominio británico de la

India haya cesado, y cuando las fuentes que una vez produjeron riqueza y poder se hayan perdido en el recuerdo.

Hastings patrocinó la traducción de textos islámicos *Fataua-i-Alamgiri* y la *Hidaya*, así como la fundación de la madrasa de Calcuta, una escuela de derecho islámico. «El derecho musulmán —le dijo a lord Mansfield— es tan amplio, y está tan bien definido como el de la mayoría de los estados de Europa». No fue menos diligente en alentar el estudio de la geografía y la botánica indias.

Bajo los auspicios de Hastings, una nueva sociedad híbrida comenzó a desarrollarse en Bengala. No solo los estudiosos británicos tradujeron el derecho y la literatura; empleados de la compañía contrajeron matrimonio con mujeres indias y adoptaron las costumbres indias. Esta época extraordinaria de fusión cultural atrae nuestras sensibilidades modernas, sugiriendo que el imperio no nació con el «pecado original» del racismo. Pero ¿es esta su verdadera importancia? Un aspecto relevante de la época de Hastings que se obvia con facilidad es que la mayoría de los hombres de la Compañía de las Indias Orientales que «se volvieron nativos» completa o parcialmente provenía de una de las minorías étnicas de Gran Bretaña: eran escoceses.



El coronel James Todd viajando en elefante con la caballería y los cipayos.

En la década de 1750, poco más de un 10 por ciento de la población de las islas británicas vivía en Escocia. Sin embargo, la Compañía de las Indias Orientales era cuando menos la mitad escocesa. De los 249 escribientes nombrados para trabajar en Bengala durante la última década de la administración de Hastings, 119 eran escoceses. De los 116 candidatos para el cuerpo de oficiales del ejército bengalí de la compañía reclutado en 1782, 56 eran escoceses.[7] De los 371 hombres admitidos para trabajar como «mercaderes independientes» por los directores, 211 eran escoceses. De los 254 enrolados como auxiliares de cirujano para la compañía, 132 eran escoceses. El mismo Hastings se refería a sus consejeros más cercanos como sus

«guardianes escoceses»: hombres como Alexander Elliot de Minto, John Sumner de Peterhead y George Bogle de Bothwell. De los 35 individuos a los que Hastings confió misiones importantes durante su período de gobernador general, al menos 22 fueron escoceses. Al volver a Londres, Hastings también se apoyó en los accionistas escoceses para respaldarse en la junta de propietarios de la compañía, especialmente en los Johnston de Westerhall. En marzo de 1787, Henry Dundas, el fiscal general escocés, bromeando con su candidato para la gobernación de Madras, sir Archibald Campbell, le dijo: «Toda la India pronto estará en [nuestras] manos, y […] el campo de Argyll quedará despoblado con que se facilite la migración de los Campbell a Madras». (Incluso la primera esposa de Hastings era escocesa: Mary, de soltera apellidada Elliot, de Cambuslang, viuda del capitán Buchanan, que había muerto en el hoyo negro.)

Esta desproporción se explica en gran parte por la mayor disposición de los escoceses a probar suerte en ultramar. Esa suerte había sido bastante adversa en la década de 1690 cuando la compañía de Escocia había tratado de establecer una colonia en el Darién en la costa oriental de Panamá, un lugar tan insalubre que la empresa tuvo pocas posibilidades de éxito, aunque la hostilidad española y británica aceleró su desmoronamiento. Por suerte, la unión de los parlamentos de 1707 supuso también una unión de las economías y de las ambiciones imperiales. Ahora el excedente de empresarios e ingenieros, de médicos y mosqueteros, de Escocia, podía emplear sus habilidades y energía en otras partes al servicio del capital inglés y bajo la protección de la marina británica.

Los escoceses también estaban más dispuestos que los británicos del sur a integrarse en las sociedades nativas. George Bogle, enviado por Hastings a explorar el Bhután y el Tíbet, tuvo dos hijas con una mujer tibetana y escribió con admiración sobre el peculiar estilo de poligamia tibetano (según el cual una mujer puede tener varios esposos). John Maxwell, hijo de un ministro de New Machar, cerca de Aberdeen, que se convirtió en editor de la *India Gazette*, sentía igual curiosidad por las maneras (a sus ojos) afeminadas y fastuosas de la vida india: tuvo al menos tres hijos con mujeres indias. William Fraser, uno de los cinco hermanos de Inverness que fue a la India a principios del siglo XIX, desempeñó un papel crucial en la subyugación de los gurkas; coleccionaba manuscritos mogoles así como esposas indias. Según se relata, tenía seis o siete esposas e innumerables hijos, que eran «hindúes o musulmanes según la religión y casta de sus madres». Fruto de tales uniones era el amigo y compañero de armas de Fraser, James Skinner, hijo de un escocés de Montrose y de una princesa de Rajputana, y fundador del regimiento Skinner’s Horse. Skinner tuvo al menos siete esposas y se considera que fue padre de ochenta niños: «Negros o blancos, no hay diferencia ante Su presencia», se dice que dijo una vez. Aunque vestía a sus hombres con turbantes escarlata, fajas con orlas de plata y túnicas amarillas, y escribió sus memorias en persa, Skinner era un cristiano devoto que erigió una de las más espléndidas iglesias en Delhi, la de St. James, en

agradecimiento por haber sobrevivido a una batalla especialmente sangrienta.



Ocho gurkas, retrato encargado por William Fraser, c. 1815.

No todos fueron tan multiculturales, por supuesto. En su historia de la India moderna, Gholam Hossein Khan se quejaba de la tendencia opuesta:

> Las puertas de la comunicación y relación están cerradas entre los hombres dé este país y los extranjeros, que se han convertido en sus amos; y éstos constantemente expresan su fastidio con la compañía de los indios, y desdeñan conversar con ellos […] Ninguno de los caballeros ingleses muestra ninguna afición ni gusto por la compañía de los caballeros de este país […] Tal es la aversión que los ingleses abiertamente muestran por la compañía de los nativos, y tal el desdén que dejan traslucir por ellos, que ni afición, ni asociación (dos cosas que, dicho sea de pasada, son el principio de toda unión y apego, y la fuente de toda regulación y asentamiento) puede arraigar entre los conquistados y conquistadores.

Tampoco deberíamos permitir que muchos aspectos atractivos de la fusión indocéltica dieciochesca nos impida ver el hecho de que la presencia de la Compañía de las Indias Orientales no era para procurar el estudio o el mestizaje, sino para hacer dinero. Hastings y sus hombres se convirtieron en hombres muy ricos, pese al hecho de que el mercado principal para sus artículos, los tejidos indios, estaba siendo restringido por diversas medidas proteccionistas concebidas para estimular las manufacturas británicas. En realidad, no importa en qué medida se interesaron en la cultura india, su objetivo fue siempre transferir las ganancias a su patria. El famoso «drenaje» de capital de la India a Gran Bretaña había comenzado.

Era una tradición que se remontaba a los días de Thomas Pitt y mucho antes. En 1701, cuando Pitt era gobernador de Madras, encontró el modo perfecto de remitir sus ganancias a Inglaterra: «Mi gran negocio —según lo llamaba—, mi mayor preocupación, mi todo, la joya más valiosa del mundo». En esa época, el Diamante Pitt era el mayor que jamás se había visto en el mundo, pesaba unos cuatrocientos

diez quilates; cuando fue tallado se valoró en ciento veinticinco mil libras. Pitt nunca reveló la historia completa de cómo lo encontró (es casi seguro que procedía de las minas del Gran Mogol en Galconda, aunque Pitt lo negara). Sea como fuere, más tarde lo vendió al príncipe regente de Francia, que lo incorporó a la corona francesa. Pero la piedra llevó su nombre: en lo sucesivo fue llamado «Diamante» Pitt. No hay un símbolo más notable de la riqueza que un inglés ambicioso y capaz podía lograr en la India, y muchos se apresuraron a imitarlo. Clive también envió sus ganancias de vuelta a Inglaterra convertidas en diamantes. En total cerca de 18 millones de libras esterlinas fueron transferidas de la India a Gran Bretaña por este medio. En la década de 1783, el drenaje sumaba 1,3 millones de libras. Tal como dice Gholam Hossein Khan:

> Los ingleses tienen además la costumbre de venir durante cierto número de años, y después se van a visitar su país nativo, sin que ninguno de ellos muestre ninguna inclinación a asentarse en este país […] Y junto con esta costumbre tienen otra más, que cada uno de esos emigrantes considera como una obligación divina, es decir, sacar cuanto dinero puedan de este país, y llevarse inmensas sumas al reino de Inglaterra; de modo que no sorprende que estas dos costumbres juntas destruyan y arruinen este país para siempre, y sean un impedimento eterno para que alguna vez vuelva a florecer.

Por supuesto que no todos los escribientes de la Compañía de las Indias Orientales se convirtieron en un Clive. De una muestra de 645 funcionarios que fueron a Bengala, más de la mitad murieron en la India. De los 178 que volvieron a Gran Bretaña, un número regular (cerca de un cuarto) no se hizo especialmente rico. Como Samuel Johnson dijo a Boswell: «Es mejor que un hombre tenga diez mil libras al cabo de diez años pasados en Inglaterra que veinte mil libras después de diez años pasados en la India, porque uno debe tener en cuenta lo que uno “da” a cambio de ese dinero; y un hombre que ha vivido diez años en la India, ha renunciado a diez años de comodidad social y todas las ventajas que provienen de vivir en Inglaterra».

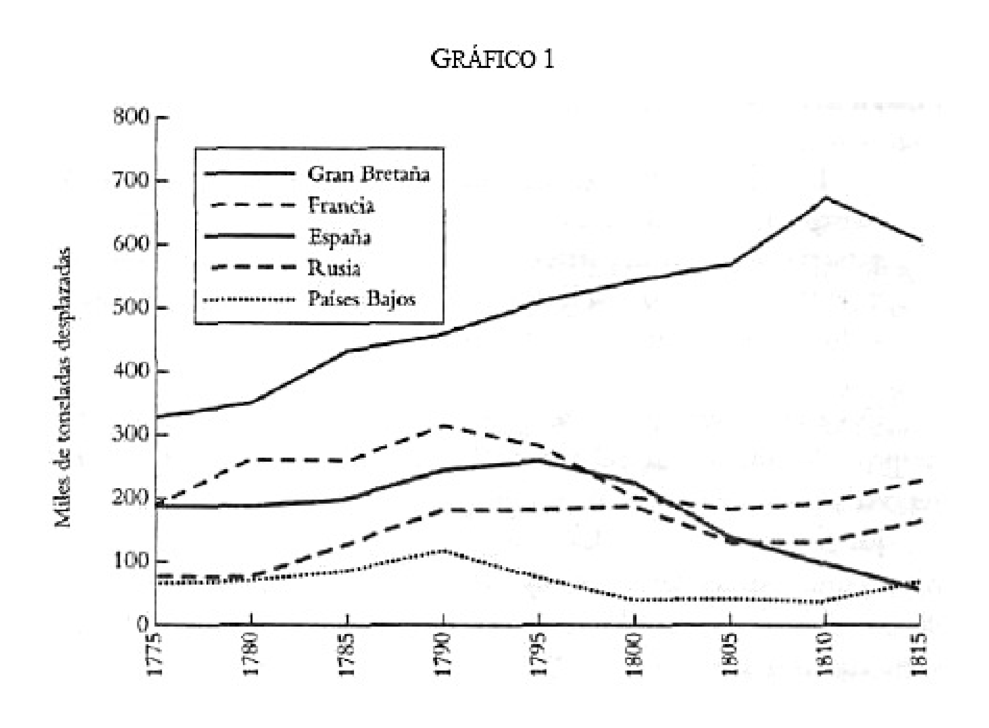
Un nuevo vocablo estaba a punto de entrar en la lengua inglesa: el «nabab», una corrupción del título principesco indio de *nuwwâb*. Los nababs eran hombres como Pitt, Clive y Hastings, que habían traído consigo una fortuna hecha en la India a Inglaterra y la habían transformado en mansiones imponentes como la de Pitt en Swallowfield, la de Clive en Claremont o la de Hastings en Daylesford. No se limitaron a comprar propiedades. Con el dinero que trajo de la India, Pitt compró el escaño del Parlamento de Oíd Sarum, el famoso «burgo podrido» que tiempo después su más renombrado nieto representó después en la Cámara de los Comunes. Pitt hizo gala de una gran hipocresía cuando en enero de 1770 se lamentaba de lo siguiente:

> Las riquezas de Asia han llovido sobre nosotros, y han traído consigo no solo lujo asiático sino, me temo, principios asiáticos de gobierno […] Los importadores de oro extranjero se han impuesto en el Parlamento, con tal torrente de corrupción privada, que ninguna fortuna hereditaria podría resistir.

Doce años después aún se quejaba: «Sentados entre nosotros tenemos a los miembros del raja de Tangore y el nabab de Arcot, los representantes de minúsculos déspotas orientales».

En *La feria de las vanidades* de Thackeray, Becky Sharp, al imaginarse como esposa del recaudador de Boggley Wollah, se ve ataviada de un número incontable de chales, turbantes, collares de brillantes y encaramada a un elefante. De vuelta a Londres debido a una enfermedad del hígado, dicho nabab

> se paseaba por el Park con su carruaje de caballos; comía en los hostales de moda […] frecuentaba los teatros, tal como lo dictaba la moda de aquellos tiempos, o hacía su aparición en el teatro de la Ópera, ataviado muy elaboradamente con pantalones ceñidos y sombrero de tres picos […] se mostraba muy ocurrente al referirse al gran número de escoceses a los que […] protegía el gobernador general […] cuánto se reía la señorita Rebecca con las anécdotas de los edecanes escoceses.



Flotas europeas: total del tonelaje de navíos de más de 500 toneladas, 1775-1815.
A finales del siglo XVIII, Britania realmente dominaba los mares.

Alguien más medroso y cobarde que Jos Sedley sería difícil de imaginar. Pero en realidad las ganancias de los nababs se sostenían gracias a un enorme aparato militar

en la India. En la época de Warren Hastings, la Compañía de las Indias Orientales tenía más de cien mil hombres armados, y estaba en un estado casi de guerra perpetua. En 1767 se hicieron los primeros disparos de la que resultaría una prolongada lucha con el estado de Mysore. El año siguiente, los Sarkars septentrionales (los estados de la costa oriental) fueron arrebatados al nizam de Hyderabad. Y siete años después, Benarés y Gazipur fueron tomados al nabab de Oudh. Lo que había comenzado como una fuerza de seguridad informal para proteger el comercio de la compañía se había convertido en la *raison d'être* de la compañía: combatir en nuevas batallas, conquistar nuevos territorios, pagar por las batallas anteriores. La presencia británica en la India también dependía de la capacidad de la armada de derrotar a los franceses cuando éstos volvieran al campo, como hicieron en la década de 1770. Y eso todavía costó más dinero.

Era fácil ver quiénes se enriquecieron con el imperio. La pregunta era: ¿quiénes serían los que iban a pagar por ello?

EL RECAUDADOR DE IMPUESTOS

Robert Burns representaba la clase de hombre que podría haberse sentido tentado a buscar fortuna en el imperio. En efecto, cuando fracasó en su vida amorosa en 1786, pensó seriamente en irse a Jamaica, pero finalmente perdió el barco y, tras meditarlo mucho, optó por permanecer en Escocia. Sus poemas, canciones y cartas son un testimonio de un valor incalculable de la economía política del imperio dieciochesco.

Burns nació en 1759, en plena guerra de los Siete Años, hijo de un pobre jardinero de Alloway. Sus primeros éxitos literarios no eran suficientes para pagar sus cuentas. Trató de trabajar como agricultor, pero no le fue bien. Tenía una tercera posibilidad. En 1788 solicitó a uno de los comisionados de los impuestos internos convertirse en recaudador de impuestos. Era algo que le avergonzaba bastante más que su famosa afición a la bebida y a las faldas. Como confesó a un amigo: «No me justificaré […] por haberme sentado a escribirte en este papel ordinario, manchado con las sanguinarias cuentas de "las malditas sanguijuelas de caballo de los impuestos internos". Por la gloriosa causa del LUCRO yo haré cualquier cosa, seré cualquier cosa». Pero «treinta y cinco libras anuales no están mal como último recurso para un pobre poeta». «Hay —admitía— un cierto estigma en el carácter de un recaudador, pero no intento obtener honor de mi profesión; y aunque el salario es relativamente pequeño, es un lujo para lo que mis primeros veinticinco años de vida me han enseñado a esperar». Y agregaba: «Las personas pueden hablar como gusten de la ignominia de la recaudación de impuestos internos, pero lo que es el sustento de mi familia y me mantiene independiente del mundo es para mí un asunto muy importante».

Al tragarse el orgullo por el salario de recaudador, Burns se convirtió en un

eslabón más de la gran cadena de las finanzas imperiales. Las guerras de Gran Bretaña contra Francia habían sido financiadas mediante crecientes préstamos, y la montaña mágica sobre la que el poder británico se sostenía, la deuda pública, había crecido en proporción con los nuevos territorios adquiridos. Cuando Burns comenzó a trabajar en la recaudación interna llegaba a 244 millones. Una de las funciones de los impuestos interiores era por tanto generar el dinero necesario para pagar los intereses de esta deuda.

¿Quiénes pagaban los impuestos interiores? Los principales artículos imponibles eran los licores, los vinos, las sedas y el tabaco, así como la cerveza, las velas, el jabón, el almidón, el cuero, las ventanas, las casas, los caballos y los carruajes. En teoría el impuesto era pagado por los productores de los artículos afectados, pero en la práctica recaía sobre los consumidores, pues los productores se limitaban a agregar el impuesto a sus precios. Incluso el vaso de cerveza o whisky que consumía o cada pipa que fumaba estaban sujetos a impuestos. Como lo dijo Burns, su negocio era «oprimir al publicano y al pecador con las ruedas despiadadas de los impuestos interiores». Pero los virtuosos también tenían que pagar: cada vela que encendía para leer o el jabón con que se lavaba, estaban sujetos a impuestos. Los nababs, por supuesto, apenas notaban estos impuestos, que, aun así, formaban parte sustancial del gasto de una familia media. Así pues, los costes de la expansión ultramarina o, para ser más exactos, los intereses de la deuda pública, fueron sufragados por la empobrecida mayoría del país. ¿Y quiénes eran los que recibían estos intereses? Pues una pequeña élite de tenedores de bonos del sur, formada por alrededor de unas doscientas mil familias, que habían invertido parte de su riqueza en «los fondos».

Uno de los grandes enigmas de la década de 1780 es que fuera Francia el escenario —donde los impuestos eran mucho más suaves y menos regresivos— y no Gran Bretaña donde se produjo finalmente la revolución política. Burns mismo era uno de los muchos británicos a los que le atraía la idea de una revolución. Fue él quien, después de todo, dio a la era revolucionaria uno de sus himnos más duraderos en «A Man’s a Man for a’ that». Imbuido de la virtud de la meritocracia, a Burns le molestaba profundamente «la majestuosa estupidez de caballeros pagados de sí mismos, o la insolencia pomposa de los nababs arribistas». Pese a su propio trabajo de recaudador, escribió incluso un ataque populista contra el impuesto interior: «El diablo sale con el recaudador». No obstante, Burns tuvo que abandonar sus principios políticos para conservar su empleo. Tras ser descubierto cantando un himno revolucionario en el teatro Dumfries, tuvo que escribir una carta de disculpas al comisionado escocés de la recaudación, prometiendo «sellar sus labios» sobre el tema de la revolución.

GRÁFICO 2



Valor de las acciones de la Compañía de las Indias Orientales, 1753-1823.

Pese a todo, los pobres bebedores y fumadores de Ayrshire distaban mucho de ser los súbditos más pobres del imperio británico. En la India el impacto de los impuestos británicos fue mayor, pues el creciente coste del ejército indio fue un gasto imperial que los contribuyentes británicos nunca tuvieron que pagar. La subida gradual de los impuestos coincidió con una gran hambruna, que mató casi a un tercio de la población de Bengala, unos cinco millones de personas. Para Gholam Hossein Khan, existía un claro vínculo entre «la vasta exportación de moneda que se realiza cada año al país de Inglaterra» con la difícil situación de su país:

> La reducción de la producción en cada distrito, sumada a las innumerables multitudes liquidadas por el hambre y la mortandad todavía siguen aumentando la despoblación del país […] Pues como los ingleses son ahora los amos y señores de este país, así como los únicos hombres ricos, ¿a quiénes pueden acudir estas pobres personas a ofrecer el producto de su arte, de modo que se beneficien de sus gastos? […] Numerosos artesanos […] no tienen otro recurso que mendigar o robar. Cientos, por tanto, han abandonado su hogar y patria, y cientos, al no querer dejar su lugar de residencia, han hecho pacto con el hambre y la angustia, y terminan sus vidas en un rincón de sus chozas.

No era solo que los británicos enviaran buena parte del dinero que habían hecho en la India. Cada vez más el dinero que gastaban allí tendía a destinarse a la compra de artículos británicos, y no indios. Tampoco los malos tiempos terminaron allí. La hambruna de 1783-1784 mató a más de un quinto de la población de las llanuras indias; a esto siguieron graves carestías en 1791, 1801 y 1805.

En Londres, los accionistas se sentían inquietos, y el precio de las acciones de la

Compañía de las Indias Orientales en este período dejaba claro por qué. Tras subir bajo la gobernación general de Clive, con Hastings se desplomó. Si la gallina de los huevos de oro de Bengala se moría de hambre, las perspectivas de beneficios de la compañía se hundían con ella. Tampoco podía Hastings seguir confiando en operaciones militares para llenar las arcas de la compañía. En 1773 aceptó la oferta de un millón de rupias del nabab de Oudh para luchar contra los rohillas, un pueblo afgano que se había asentado en Rohilkund, pero los costes de esta operación mercenaria apenas fueron inferiores al pago, que, de todos modos, nunca se llegó a efectuar. En 1779, los marathas derrotaron al ejército británico enviado a desafiar su dominio de la India Occidental. Un año después Haider Ali de Mysore y su hijo Tipu Sultán atacaron Madrás. Mientras las ganancias se hundían y los costes subían, la compañía tuvo que sustentarse con la venta de bonos y recurrir a préstamos a corto plazo para mantenerse en pie. Finalmente, los directores se vieron obligados no solo a reducir el dividendo anual, sino a acudir al gobierno en busca de ayuda, para disgusto del economista del libre cambio, Adam Smith, que escribió despectivamente en *La riqueza de las naciones* (1776):

> Sus deudas […] en vez de reducirse, aumentaron por un retraso con Hacienda […] de las cuatro mil libras, por otro con las Aduanas en concepto de aranceles no pagados, por una gran deuda al banco del dinero prestado, y por una cuarta por letras vencidas sobre la India y aceptadas irregularmente, llegando hasta más de mil doscientas libras.

Hacia 1784, la deuda de la compañía era de 8,4 millones de libras, y los críticos de Hastings incluían a una serie de poderosos políticos, entre ellos Henry Dundas y Edmund Burke (el primero escocés, y el segundo un extraordinario orador irlandés). Cuando Hastings renunció al puesto de gobernador general, y volvió a Inglaterra en 1785, ellos se aseguraron de que fuera censurado.

El proceso de Hastings, que llegó a durar siete agotadores años, fue algo más que la humillación pública de un importante funcionario ante un grupo de decepcionados accionistas. En realidad, se procesó todo el fundamento del dominio de la compañía en la India. La sustentación original de la censura debatida en la Cámara de los Comunes acusaba a Hastings de lo siguiente:

> De gran injusticia, crueldad y traición contra la fe de las naciones, al contratar soldados británicos con el propósito de liquidar al inocente e indefenso pueblo […] los ranillas…
>
> De varios actos de extorsión y otros hechos de mala administración contra el raja de Benarés.
>
> [De] las numerosas e insoportables penalidades a las que la familia real de

> Oude [Oudh] ha sido sometida.
>
> De empobrecer y despoblar todo el país de Oude [Oudh], convirtiendo el país, que una vez fue un jardín, en un desierto inhabitado…
>
> De un ejercicio injusto y perjudicial de sus atribuciones, y de la gran posición de confianza que tenía en la India, al alterar el antiguo orden del país, y extender una influencia indebida al fraguar contratos dispendiosos y asignar sueldos desorbitados…
>
> De recibir dinero contraviniendo las órdenes de la compañía, la ley del Parlamento y sus propios sagrados compromisos, y emplear ese dinero a propósitos totalmente inadecuados y no autorizados [y de] enormes extravagancias y sobornos en varios contratos con el propósito de enriquecer a sus allegados y favoritos.

Aunque no todas las acusaciones fueron aceptadas, la lista fue suficiente para hacer que Hastings fuera arrestado y acusado de «graves delitos y fechorías». El 13 de febrero de 1788, el proceso más famoso y seguramente el más largo en la historia del imperio británico comenzó en una atmósfera parecida a la de una noche en el West End. Ante una audiencia relumbrante, Burke y el dramaturgo Richard Sheridan abrieron la acusación con una hipérbole:

> BURKE: Lo acuso en nombre de la nación inglesa, cuyo antiguo honor ha mancillado. Lo acuso en nombre del pueblo de la India, cuyos derechos ha pisoteado y cuyo país ha convertido en un desierto. Finalmente, en nombre de la propia naturaleza humana, en nombre de ambos sexos, de todas las edades, de todas las clases, lo acuso como al enemigo público y opresor de todos.
>
> SHERIDAN: En su mente todo es pesado, ambiguo, oscuro, insidioso y pequeño; todo, afectada sencillez, y patente disimulo, una masa heterogénea de cualidades contradictorias, no tiene nada grande salvo sus crímenes, e incluso aquellos contrastados con la pequeñez de sus motivos, indican a la vez su bajeza y mezquindad, y lo señalan como traidor y estafador.

Hastings no pudo contrarrestar este efecto y se equivocó en su discurso. Por otra parte, el sello de una pieza de éxito, a la larga, no es el sello de un proceso con éxito. Al final, Hastings fue absuelto por la Cámara de los Lores, exhausta y muy nerviosa.

Aun así, la India británica no volvería a ser la misma. Incluso antes de que comenzara el proceso, una nueva ley para la India había sido promovida en el Parlamento por otro Wüliam Pitt, hijo del héroe de la guerra de los Siete Años y

biznieto de Diamante Pitt. El objetivo de la ley era sanear la Compañía de las Indias Orientales y terminar con los días del nabab aventurero. A partir de entonces los gobernadores generales en la India no serían funcionarios de la compañía, sino grandes del reino nombrados directamente por la corona. Cuando el primero de ellos, el conde de Cornwallis, llegó a la India (a poco de sufrir una derrota en América), dio pasos inmediatos para cambiar el *ethos*, el carácter, de la administración de la compañía: aumentó los salarios y redujo los beneficios en una deliberada inversión de «los viejos principios de la economía de la calle Leadenhall». Esto marcó el inicio de la que se convertiría en una institución famosa por su transparencia: el Servicio Civil Indio. En lugar de los impuestos arbitrarios de la época de Hastings, el asentamiento permanente de Cornwallis de 1793 introdujo los derechos de la propiedad privada al estilo inglés en el país y estableció las obligaciones fiscales de los propietarios de tierra a perpetuidad; el efecto de esto fue reducir a los campesinos a meros arrendadores y fortalecer la posición de la creciente aristocracia bengalí.

El nuevo palacio del gobernador general construido en Calcuta por el sucesor de Cornwallis, Richard, conde de Mornington (después marqués deWellesley), hermano del futuro duque de Wellington, simbolizaba las aspiraciones británicas en la India en los años posteriores a Hastings. Como dijo Horace Walpole sin mucha gracia una «serie de mercachifles pacíficos y tranquilos» se habían convertido «en los claros herederos de los romanos».

Sin embargo, hubo una cosa que no cambió: bajo Cornwallis y Wellesley el poder inglés en la India continuó sustentándose en la espada. Guerra tras guerra, se extendió el dominio inglés más allá de Bengala, luchando contra los marathas, contra Mysore, contra los sijs en el Punjab. En 1799, Tipu Sultán fue asesinado cuando cayó su capital Seringapatam. En 1803, después de la derrota de los marathas en Delhi, el Gran Mogol aceptó la «protección» británica. Hacia 1815, cerca de cuarenta millones de indios estaban bajo el dominio británico. Nominalmente, la compañía todavía era la responsable, pero ahora era mucho más de lo que su nombre indicaba: era la heredera de los mogoles y el gobernador general, el emperador defacto del subcontinente.

En 1615, las islas británicas eran económicamente irrelevantes, estaban políticamente fracturadas y en términos estratégicos eran una entidad de segunda fila. Doscientos años después Gran Bretaña había adquirido el imperio más grande que jamás había habido en el mundo, formado por cuarenta y tres colonias en cinco continentes. El título *Treatise on the Wealth, Power and Resources of the British Empire in Every Quarter of the Globe* (1814) de Patrick Colquhoun lo dice todo. Habían robado a los españoles, imitado a los holandeses, derrotado a los franceses y saqueado a los indios. Ahora tenían la supremacía.

¿Fue todo esto fruto de «un momento de distracción»? Por supuesto que no. Desde el reinado de Isabel I, había habido una campaña continua para apoderarse de los imperios de los demás.

Con el comercio y la conquista no habría bastado para lograrlo, independientemente del grado del poder financiero y naval británico; también era necesaria la colonización.

La plaga blanca

«¿Qué más podemos hacer sino cantar en su alabanza
pues nos llevó a través del laberinto de aguas
a una isla hace mucho desconocida,
y tanto más amable que la nuestra?
Por donde hace zozobrar a los grandes monstruos marinos
que levantan las profundidades en sus lomos
nos llevó hasta una verdeante planicie,
a buen seguro de la ira de tormentas y prelados,
nos concedió esta eterna primavera
que aquí esmalta todo alrededor…».

ANDREW MARVELL, «Canción de los emigrantes en Bermudas»

«Vimos a un grupo de hombres […] auspiciado por el gobierno inglés, y bajo su protección […] durante una serie años […] elevarse gradualmente, a tal estado de prosperidad y felicidad que era casi envidiable; pero [vimos] también que con la excesiva felicidad, enloquecieron y se alzaron en abierta rebelión contra ese padre, que los protegió contra las acechanzas de sus enemigos».

PETER OLIVER, *The Origin and Progress of the American Revolution* (1781)

Desde principios del siglo XVII hasta la década de 1950, más de veinte millones de personas dejaron las islas británicas para iniciar una nueva vida en ultramar. Solo una minoría regresó. Ningún otro país ha llegado a exportar tal número de habitantes. Los primeros emigrantes, al dejar Gran Bretaña, no solo arriesgaban los ahorros de toda una vida sino la propia vida.

Sus viajes nunca carecieron de incertidumbre; a menudo los destinos eran insalubres e inhóspitos. Hoy la decisión de apostarlo todo a un billete de ida nos parece una locura. Pero si no hubiera habido millones de esos billetes (algunos comprados voluntariamente, y otros no), el imperio británico no habría existido. Pues el pilar en que se sustentó el imperio británico fue la migración masiva, la mayor en la historia humana. Este éxodo británico cambió el mundo. Continentes enteros se volvieron blancos.

Para la mayoría de los emigrantes, el Nuevo Mundo significaba libertad: en

algunos casos, libertad religiosa, pero sobre todo libertad económica. En efecto, a los británicos les agradaba pensar que esta libertad era lo que hacía su imperio diferente —y por supuesto, mejor que el español, el portugués y el holandés—. «Sin libertad —declaraba Edmund Burke en 1766—, no habría existido el imperio británico». Pero ¿cómo podía un imperio basarse en la libertad cuando dominaba tierras ajenas? ¿No había una contradicción en dichos términos? No todos los que cruzaron los océanos lo hicieron por propia voluntad. Además, todos seguían siendo súbditos del soberano británico; ¿cuánta libertad les daba esto?, precisamente esta era la pregunta que provocó la primera gran guerra de independencia contra el imperio.

Desde la década de 1950, los flujos de migración se han invertido. Más de un millón de personas del antiguo imperio británico han venido como inmigrantes a Gran Bretaña. Tan controvertida ha sido esta «colonización inversa» que los gobiernos sucesivos la han limitado. Pero en los siglos XVII y XVIII eran los propios británicos los inmigrantes no deseados, o al menos lo eran para aquellos que ya habitaban el Nuevo Mundo. Para aquellos que estaban en el otro lado del imperio británico de la libertad, estos millones de emigrantes les parecían casi lo mismo que una plaga blanca. A principios del siglo XVII, un grupo de intrépidos pioneros cruzó el mar para establecerse y, según ellos, civilizar un país primitivo habitado por un «pueblo bárbaro» (desde su punto de vista): Irlanda.

Las soberanas de la casa Tudor, María e Isabel, autorizaron la colonización sistemática de Irlanda, primero en Munster al sur, y después, con miras más ambiciosas, en Ulster norte. Hoy se tiende a pensar que este fue el origen de los problemas de Irlanda; sin embargo la colonización se planteó como una respuesta a la crónica inestabilidad del país.

Desde que Enrique VIII se proclamó rey de Irlanda en 1541, el poder inglés había estado limitado al llamado «Palé» del antiguo asentamiento inglés en las inmediaciones de Dublín y al asediado fuerte escocés de Carrickfergus. Por la lengua, la religión, la tenencia de la tierra y la estructura social, Irlanda era otro mundo. Aun así, existía el peligro de que la Irlanda católica romana fuera utilizada por España como la puerta trasera para penetrar en la Inglaterra protestante. Se llevó a cabo la sistemática colonización para paliar esto. En 1556 María asignó las propiedades confiscadas en Leix y Offaly en Leinster a los colonos que establecieron Philipstown y Maryborough allí, pero eran poco más que puestos militares. Bajo el reinado de su hermanastra Isabel, la idea de los asentamientos ingleses cobró forma. En 1569, sir Warham St. Leger propuso establecer una colonia al sudoeste de Munster; dos años más tarde sir Henry Sydney y el conde de Leicester persuadieron a la reina para adoptar un plan similar en Ulster tras confiscarse las propiedades de Shane O'Neill.

La idea era que en los «pueblos de refugio» se establecerían comerciantes «que se afincarían sólidamente» y «buenos labriegos, carreteros y herreros», ya sea por su cuenta (si podían) o al servicio de los caballeros que allí residirían. Según Walter Devereux, conde de Essex, que había hipotecado sus propiedades en Inglaterra y

Gales para financiar la «empresa de Ulster», en la tierra que estaba «baldía», «desolada» y «despoblada» fluiría la «leche y la miel».

Semejante empresa no les iría bien a los futuros colonos; muchos tuvieron que volver «al no poder olvidar las comodidades de Inglaterra y por carecer del ánimo resuelto para sobrellevar las penurias de un año o dos en este país yermo». En 1575, una expedición inglesa tomó Carrickfergus a los escoceses, pero el conde de Essex pronto se encontró atrapado por los señores galeses encabezados por los O'Neill (Turlough Luineach). Un año después el conde de Essex murió de disentería en Dublín, creyendo todavía que el futuro estaba en «la introducción de colonias de ingleses». Hacia 1595 el poder en Ulster estaba de nuevo en manos de Hugh O'Neill, conde de Tyrone que se proclamó príncipe de Ulster después de asegurarse el apoyo de España. En agosto de 1598 O'Neill derrotó a un ejército inglés en Yellow Fort. Ocurrió lo mismo en Munster, donde tras el aplastamiento de las revueltas católicas, se promovió un plan de asentamientos. Las tierras debían ser divididas en propiedades de más de 4.800 hectáreas para ingleses que se encargarían de poblarlas con arrendatarios también ingleses. Entre los que adquirieron propiedades en Munster estaba sir Walter Ralegh y Edmund Spenser, que escribió *The Faerie Queene* en su casa en Kilcoman, condado de Cork. En octubre de 1598, los colonos fueron cruelmente asesinados y la casa de Spenser arrasada.

Solo el fracaso de España en enviar una fuerza adecuada a Kinsale y la derrota del ejército de O'Neill cuando intentaba sitiarla, impidió el abandono completo de la estrategia isabelina de colonización. Después de la rendición de O'Neill y su fuga al continente en 1607, este proyecto fue reanudado por el sucesor de Isabel, Jacobo IV de Escocia, ahora Jacobo I de Inglaterra.

Como bien sabe el lector de la poesía de John Donne, los jacobitas amaban con exceso las metáforas. El término que usaban para colonización era *plantation* (plantación); según sir John Davies, los colonos eran el «buen grano», los nativos eran la «maleza». Pero esto era algo más que agronomía social. En teoría, plantación era solo sinónimo de colonización, la antigua práctica griega de establecer asentamientos de súbditos leales en las fronteras políticas. En realidad «plantación» significa lo que hoy día se llama «limpieza étnica». Las tierras del conde rebelde y sus aliados (en la práctica la mayor parte de los seis condados de Armagh, Coleraine, Fermanagh, Tyrone, Cavan y Donegal) serían confiscadas. La tierra mejor situada estratégicamente y más valiosa en términos agrícolas sería dada a las que el lord delegado Chichester llamaba «colonias de civiles de Inglaterra y Escocia». Los consejeros de Jacobo sostenían: plantad buena semilla inglesa y escocesa, «y el país será felizmente colonizado». Dondequiera que fuera posible, como el mismo rey dijo, los nativos serían «erradicados».

El llamado «Printed Book», publicado en abril de 1610, explicó con detalle cómo debía funcionar la colonia. La tierra debía ser reasignada en parcelas bien definidas que fueran de cuatrocientas a mil doscientas hectáreas aproximadamente. Los

terrenos más grandes debían darse a los ominosamente llamados *undertakers*[*], cuya tarea sería edificar templos protestantes y fortificaciones. Simbólicamente, los muros de Derry (o Londonderry, como fue rebautizada en 1610) debían tener la forma de un escudo que protegiera a la nueva comunidad protestante implantada allí por la City de Londres. Los católicos tenían que vivir fuera de las murallas, hasta en Bogside. Nada ilustra mejor la segregación étnica y religiosa implícita en la política de plantación.

Es difícil creer que se pudiera pensar que esto «estabilizaría» Irlanda. Y para nada ocurrió algo así. El 22 de octubre de 1622, los católicos de Ulster se levantaron contra los recién llegados. Un testigo de la época habló de un «temible río de sangre» en el que cerca de dos mil protestantes resultaron muertos. No sería la última vez que la colonización resultaría sinónimo de conflicto, y no de coexistencia. Pese a todo, la «plantación» había arraigado. Incluso antes del alzamiento de 1641, había más de trece mil hombres y mujeres ingleses establecidos en seis condados de la «plantación» jacobita, y más de cuarenta mil escoceses en todo el norte de Irlanda. Munster también había revivido: hacia 1641 la población inglesa «nueva» llegaba a veintidós mil. Y esto fue solo el comienzo. Hacia 1673 un panfletista anónimo podía decir sin equivocarse que Irlanda era «una de las principales partes del imperio británico».

De modo que Irlanda se convirtió en el laboratorio experimental de la colonización inglesa, y el Ulster en el prototipo de la colonización. Lo que venía a demostrar era que el imperio podía ser construido no solo mediante el comercio y la conquista, sino mediante la migración y la colonización. Ahora el desafío era exportar el modelo más allá, no solo allende el mar de Irlanda, sino allende el Atlántico.

Como ocurrió con la irlandesa, la idea de la colonización americana fue isabelina. El deseo de emular a España y el temor a que Francia se adelantara,[1] fueron los motivos por los que la corona apoyó semejante empresa. En 1578, un caballero de Devon llamado Gilbert, hermanastro de sir Walter Ralegh, consiguió una licencia de la reina para colonizar las tierras baldías al norte de la Florida española. Nueve años después una expedición estableció el primer asentamiento británico en Norteamérica en la isla de Roanoke, al sur de la bahía de Chesapeake, en lo que hoy es Kitty Hawk. En esta época, hacía más de un siglo que había empezado la colonización española y portuguesa de América Central y del Sur.

Una de las cuestiones más importantes de la historia moderna plantea por qué el asentamiento en Norteamérica tuvo un resultado tan diferente del de Sudamérica. Conviene recordar primero lo que ambos procesos tuvieron en común. Lo que comenzó con la búsqueda de oro y plata pronto adquirió una dimensión agraria. Los productos del Nuevo Mundo podían ser exportados, incluidos el maíz, las patatas, los boniatos, los tomates, las pinas, el cacao y el tabaco; mientras que los productos de

otras partes, trigo, arroz, caña de azúcar, bananas y café, pudieron ser traspasados a las Américas. Igual de importante fue la introducción de animales domésticos hasta entonces desconocidos (reses, cerdos, pollos, ovejas, cabras y caballos), que incrementaron la productividad agrícola. Pero en el caso de América Latina la desaparición de cerca de tres cuartas partes de la población indígena debido a enfermedades europeas (viruelas, paperas, influenza y tifus) y después las enfermedades traídas de África (particularmente la fiebre amarilla) crearon no solo un vacío de poder sino escasez de mano de obra. Esto hizo posible la migración a gran escala, además de deseable. Tras cien años de imperialismo ibérico la mayor parte del continente americano aún permanecía sin ser ocupada por los europeos. No fue solo en honor a su reina célibe que Ralegh pusiera el nombre de «Virginia» a la región de la bahía de Chesapeake. Se depositaron muchas expectativas sobre Virginia, vaticinándose que produciría «todos los productos de Europa, África y Asia». Según se decía con entusiasmo: «La tierra [allí] produce todas las cosas en abundancia, como en la creación, sin trabajo ni esfuerzo». El poeta Michael Drayton la calificó de «Único paraíso de la tierra». Una vez más se tenía la seguridad de que en esa tierra fluía leche y miel. Según un empresario de la época Virginia iba a ser:

> Tiro por los colores, Basan por las maderas, Persia por los aceites, Arabia por las especias, España por las sedas, Narcis por la navegación, Países Bajos por el pescado, Pomona por los frutales y los cultivos, Babilonia por los granos, además de la abundancia de moreras, minerales, rubíes, perlas, gemas, uvas, venados, aves, drogas para el organismo, hierbas para el alimento, raíces para los colores, cenizas para el jabón, madera para la construcción, pastos para el ganado, ríos para la pesca, y cualquier otro producto que Inglaterra desee.

El problema era que América estaba a miles de kilómetros de Irlanda, y que la agricultura allí debía comenzar a partir de cero. En el intervalo entre la llegada y la primera cosecha, surgieron desalentadores problemas de avituallamiento; además los futuros colonizadores recibieron amenazas más graves incluso que los temidos *woodkerryes* «papistas» de Ulster.

Como ocurrió con el comercio inglés con la India, la colonización adoptó la forma de una «asociación pública y privada»: la corona establecía las reglas mediante las licencias reales, pero dependía de los particulares asumir el riesgo e invertir el capital. Los riesgos resultaron ser considerables. El primer asentamiento en Roanoke apenas duró un año; en junio de 1586 fue abandonado tras sufrir algunos encuentros con los «indios» locales.[2] La segunda expedición a Roanoke en 1587 fue dirigida por John White, que dejó esposa e hijos allí para regresar a Inglaterra en busca de provisiones. Cuando volvió en 1590, su familia y los demás colonos habían desaparecido. Así pues, la Compañía de Virginia fundada en abril de 1606 no despertaba interés en aquellos reacios al riesgo.

Apenas queda nada de Jamestown (Virginia), el primer asentamiento de la compañía en América. Aunque fue la primera colonia británica exitosa en América, sufrió de inmediato el destino de su infortunada predecesora en Roanoke. La malaria, la fiebre amarilla y la peste hicieron que a finales del primer año apenas quedaran treinta y ocho hombres de los más de cien que había al principio. Durante casi diez años Jamestown estuvo a punto de desaparecer; lo que salvó la colonia fue el tenaz liderazgo de un colonizador, caído en el olvido.

La mayor desgracia de John Smith fue su nombre: si hubiera tenido un nombre menos común, todos habríamos oído hablar de él. Soldado irascible y navegante intrépido, Smith había sido cautivo de los turcos y ahora estaba convencido de que el futuro del imperio británico estaba en la colonización americana. Aunque había llegado a Virginia como prisionero, acusado de amotinarse en mitad del Atlántico, fue él quien impuso orden y conjuró el peligro de un posible segundo Roanoke buscando la conciliación con los indios de la zona. Aun así, las posibilidades de sobrevivir un año en Jamestown eran de un cincuenta por ciento; en invierno de 1609 Smith tuvo que regresar a Inglaterra en busca de provisiones, y ese intervalo de tiempo fue recordado como la «época del hambre». Solo hombres muy desesperados podían jugarse la vida en tales circunstancias. Lo que Jamestown necesitaba eran artesanos, agricultores, gente habilidosa, y no, como se lamentaba Smith, la escoria de la sociedad jacobita. Era necesario un cambio si querían que la colonización británica arraigara en América.

La Compañía de Virginia ofreció a los futuros colonos el suculento incentivo de lotes de tierra de veinte hectáreas por un arrendamiento insignificante a perpetuidad. Bajo el sistema de adjudicación de tierras por «cabeza», un colono recibía un lote de veinte hectáreas por cada persona que traía consigo a su cargo. Aun así, la promesa de tierra no bastaba para atraer el tipo de gente que Smith buscaba. Igual de importante fue el descubrimiento en 1612 de que el tabaco se podía cultivar con facilidad. Hacia 1621 las exportaciones del tabaco habían subido a trescientas cincuenta libras por año. Seis años después el propio rey se sintió impulsado a lamentar ante el gobernador y el consejo de Virginia de que esa provincia estuviera «totalmente basada en el humo».

A primera vista el tabaco era la respuesta. Necesitaba poca inversión, unas cuantas herramientas y un cobertizo para el secado. Aunque el proceso requería tiempo, las habilidades que se precisaban eran básicas, como desbotonar una planta entre el pulgar y el índice, lo que no exigía un gran esfuerzo físico. El hecho de que el tabaco agotara el suelo tras cultivarse siete años simplemente alentó la expansión hacia el oeste del asentamiento. No obstante, precisamente la facilidad del cultivo estuvo a punto de provocar la desaparición de Virginia. Entre 1619 y 1639, mientras el suministro crecía exponencialmente a 1,5 millones al año, el precio de la libra del tabaco bajó de tres chelines a tres peniques. Las compañías de comercio monopólico de Asia nunca habrían tolerado dicho hundimiento. Pero en América, donde atraer

colonos era el objetivo, no podía haber tales monopolios.

En resumen, la América británica tenía una economía precaria. Se necesitaba algo más, un aliciente nuevo para cruzar el Atlántico más allá de la idea de enriquecerse. Este nuevo aliciente resultó ser el fundamentalismo religioso.

Al final Gran Bretaña fijó una «vía intermedia» moderadamente protestante con la subida de la reina Isabel I al trono, después de que su padre provocara el cisma con Roma y su hermanastro abrazara con entusiasmo la reforma, mientras que ella la rechazaba. Sin embargo, para los que luego serían llamados «puritanos», el orden anglicano era inseguro. Cuando quedó claro que Jacobo I procuraba mantener el orden isabelino, pese a su educación escocesa calvinista, un grupo denominado los «peregrinos» en Scrooby (Nottinghamshire), decidió que era el momento de partir; intentaron establecerse en Holanda, pero al cabo de diez años la abandonaron por considerarla demasiado mundana. Cuando oyeron hablar de América, y del hecho de que fuera un páramo que disuadía a muchos, a ellos les pareció el destino perfecto. ¿Dónde si no fundarían una sociedad verdaderamente religiosa si no en medio de «un caos vacío y vasto»?

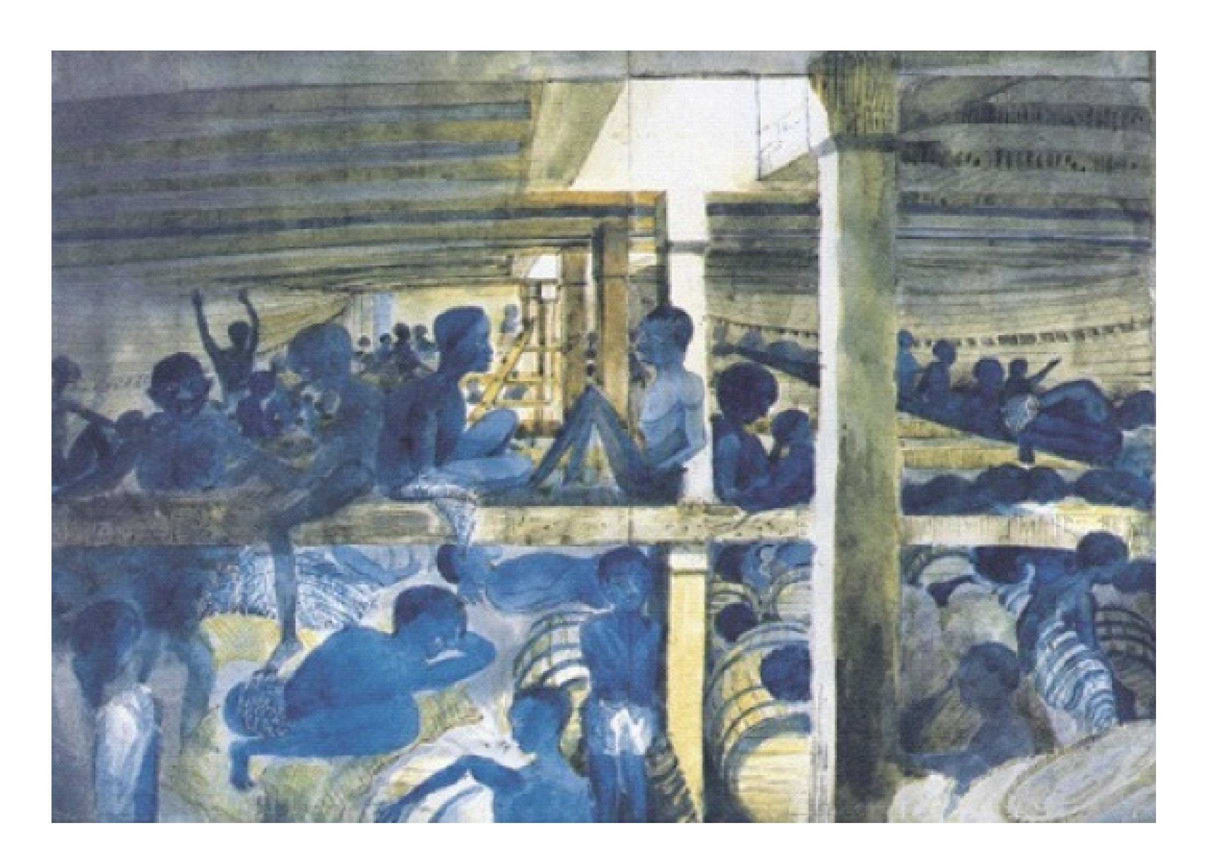
El 9 de noviembre de 1620, casi ocho semanas después de dejar Southampton, los peregrinos arribaron al cabo Cod. Como si buscaran para sí el lugar más virgen, se desviaron unos trescientos veinte kilómetros de Virginia y terminaron instalándose en las costas septentrionales más frías de la región a las que John Smith había bautizado como Nueva Inglaterra. Resulta interesante especular sobre cómo se habría desarrollado esta región si los peregrinos hubiesen sido las únicas personas a bordo del *Mayflower*. Después de todo, no eran solo fundamentalistas sino también comunistas en un sentido literal, cuya meta era poseer la propiedad y distribuir lo producido equitativamente. De hecho, solo una cuarta parte de las ciento cuarenta y nueve personas a bordo eran «peregrinos»: la mayoría habían respondido a los anuncios de la Compañía de Virginia, y sus motivos para cruzar el Atlántico eran más materiales que espirituales. Algunos, de hecho, escapaban de la depresión de la industria textil de East Anglia. Su objetivo era hacer el bien antes que ser santos, y lo que les atraía a Nueva Inglaterra no era tanto la ausencia de obispos y otros restos del «papismo», sino la abundancia de peces.

Desde hacía tiempo, las pesquerías de Terranova habían atraído a los pescadores ingleses a los confines del Atlántico. Para llegar hasta allí era mucho más fácil hacerlo desde América. Las aguas litorales de Nueva Inglaterra también estaban llenas de peces: eran tan abundantes en la costa de Marblehead que «parecía que uno podría caminar sobre ellos sin mojarse». El infatigable John Smith había captado la importancia de esto cuando exploró por primera vez la costa. «No permitáis que la bajeza de la palabra pescado os disguste —escribió después—, pues producirá tanto buen oro como las minas de Guayana o Tumbatu, con menos peligro y coste, y más

certeza y facilidad». Su razonamiento era muy diferente: bacalao en vez de Dios. Las desgastadas piedras por el clima de Marblehead en la costa de Massachusetts atestiguan la existencia de un asentamiento británico desde 1628. Sin embargo, ese pueblo no tuvo iglesia ni pastor hasta 1684, más de sesenta años después de que los peregrinos fundaran Plymouth. En esta época la industria pesquera estaba bien establecida, y exportaba cientos de miles de barriles de bacalao al año. Probablemente los «peregrinos» llegaran al Nuevo Mundo para escapar del «papismo», pero el «fin principal» de los hombres de Marblehead era «pescar».

Nueva Inglaterra floreció por la combinación del puritanismo y el deseo de ganancia, combinación que fue institucionalizada por la Compañía de la Bahía de Massachusetts, fundada en 1629, cuyo gobernador John Winthrop reunía alegremente en su persona congregacionismo y capitalismo. Hacia 1640 Massachusetts estaba en auge, no solo gracias al pescado sino también a las pieles y la agricultura. Se habían establecido allí unas veinte mil personas, muchas más de las que vivían en esa época en la bahía de Chesapeake. La población de Boston se triplicó en treinta años.

Sin embargo, había otro factor fundamental: la procreación. A diferencia de los colonos europeos instalados más al sur, los de Nueva Inglaterra comenzaron a reproducirse enseguida, cuadriplicando su número entre 1650 y 1700. En efecto, probablemente su tasa de natalidad fuera la más alta del planeta. En Gran Bretaña, solo tres cuartas partes de la población contraían matrimonio, mientras que en las colonias americanas lo hacían nueve de cada diez, y la edad a la que se casaban las mujeres de las colonias era significativamente inferior, de ahí que su fertilidad fuera más alta. Esta es una de las diferencias más importantes entre la América británica y la ibérica. Los colonos españoles acostumbraban a ser hombres solos. De un total de aproximadamente un millón y medio de emigrantes españoles y portugueses antes de la independencia, solo una cuarta parte eran mujeres; la mayoría de los hombres ibéricos emigrantes por tanto se aparearon con mujeres de la población indígena (decreciente) y la (creciente) población esclava. El resultado en unas pocas generaciones fue una población de raza mixta: mestizos y mulatos (hispánicos y africanos).[3] Los colonos británicos en América del Norte, aparte de ser mucho más numerosos, se les incentivó a que trajeran consigo a sus mujeres e hijos, de modo que preservaron su cultura más o menos intacta. En América del Norte, al igual que en Irlanda del Norte, la colonización fue un asunto familiar. En consecuencia, Nueva Inglaterra fue realmente una Inglaterra nueva, mucho más de lo que Nueva España sería una España nueva. Como ocurrió en el Ulster, las colonias del Nuevo Mundo significaron el establecimiento no solo de personas sino también de cultivos, lo que significaba labrar la tierra. El problema era de quién era la tierra.



Esclavitud y libertad en el Nuevo Mundo: esclavos bajo cubierta, sin techo, boceto de acuarela por el teniente Francis Meynell.

Los colonos no podían hacer como si nadie hubiera estado viviendo allí antes de su llegada. En Virginia había de diez a veinte mil indios algonquinos. Jamestown era el corazón del territorio de Powhatan. Al principio, parecía que podría existir una coexistencia pacífica basada en el comercio e incluso en los matrimonios. Se convenció al jefe de Powhatan, Wahunsonacock, para que se arrodillara y recibiera una corona de manos de John Smith «como vasallo de Su Majestad» el rey Jacobo. Pocahontas, la hija del jefe, fue la primera nativa americana que se casó con un inglés, John Rolfe, que había iniciado el cultivo del tabaco, pero muy pocos seguirían su ejemplo. Cuando sir Thomas Dale quiso casarse con la hija menor de Wahunsonacock, por considerar que ya eran un único pueblo y por querer vivir para siempre en el país de éste, pensando que no podía haber una verdadera ayuda de paz y amistad sino a través de «un vínculo natural de estrecha unión», sus intentos fueron rechazados. Wahunsonacock sospechaba que, detrás de la proposición, se escondía un plan para invadir su pueblo, y apoderarse de su país. No se equivocaba.

En un panfleto, «A Good Speed to Virginia», el capellán de la Compañía de Virginia Robert Gray lanzaba la siguiente cuestión: «¿Con qué derecho o licencia podemos entrar en el país de estos salvajes, apropiarnos de su herencia legítima, e instalarnos en su lugar, no habiendo sido provocados ni perjudicados por ellos?». Richard Hakluyt respondía que los nativos americanos eran un pueblo que les estaba pidiendo ayuda. Incluso el sello de la Compañía de la Bahía de Massachusetts tenía un indio que llevaba una bandera donde decía: «Venid en nuestra ayuda». Pero la

realidad era que los británicos buscaban su propio provecho. Como dijo sir Francis Wyatt, gobernador de Virginia: «Nuestra primera obra será expulsar a los salvajes para hacernos con todo el país para aumentar el ganado, cerdos, etcétera, que nos servirán mucho más, pues es infinitamente mejor no tener paganos entre nosotros». Para justificar la expropiación de la población indígena, los colonos británicos salieron con una peculiar racionalización: la conveniente idea de *terra nullius* (tierra de nadie). Según el gran filósofo político John Locke (que era también secretario de los lores propietarios de Carolina), un hombre solo poseía tierra cuando había «puesto su trabajo en ella y la había unido con algo que es suyo». Dicho de manera más sencilla, si la tierra no había sido ya cercada y cultivada podía ser tomada. Según John Winthrop:

> … los nativos de Nueva Inglaterra no cercan la tierra ni tienen ningún asiento fijo ni ganado doméstico que mejore la tierra y por tanto no tienen derecho natural a esos países, de modo que si les dejamos lo suficiente para su uso, podemos legalmente tomar el resto, habiendo más que suficiente para ellos como para nosotros.

Los nativos americanos fueron tolerados cuando podían ser encuadrados en el orden económico británico emergente. La Compañía de la Bahía de Hudson en Canadá estaba satisfecha con los cazadores y tramperos indios de la tribu cri que aprovisionaban a los tratantes de pieles con pieles de caribú y de castor. Los narragansetts fueron también tratados con respeto porque producían cuentas de wampum, hechas de conchas rojas y blancas de las costas del estrecho de Long Island, que funcionaron como las primeras monedas norteamericanas. En los momentos en que los indios reclamaron la propiedad de tierra de valor agrícola, la coexistencia simplemente fue descartada. Si resistían la expropiación, entonces podían y debían, como dijo Locke, «ser destruidos como un león o un tigre, una de esas bestias salvajes, con las que el hombre no puede convivir ni estar seguro».

Ya en 1642, Miantonomo, uno de los jefes de la tribu narragansett en Long Island, vaticinaba lo que le esperaba a su pueblo:

> [S] abéis que nuestros padres tenían muchos venados y pieles, nuestras praderas estaban llenas de venados y de pavos, como también nuestros bosques, y nuestras caletas de pescado y aves. Pero estos ingleses se han apoderado de nuestras tierras, con sus hoces han cortado la hierba, y con hachas, los árboles; sus vacas y caballos se comen la hierba, y sus cerdos destruyen los bancos de marisco, y nosotros estamos hambrientos.

Lo que ocurrió en América Central se repitió en la costa noratlántica. En 1500, en

el territorio que se convertiría en América británica, había unos quinientos sesenta mil indios americanos. Hacia 1700 había menos de la mitad. Se trataba tan solo del comienzo de un grave descenso demográfico que afectó más tarde a todo el continente norteamericano cuando el área de asentamiento blanco se expandió hacia el oeste. En 1500, en el territorio que hoy en día ocupa Estados Unidos, había unos dos millones de indígenas aproximadamente; en 1700, menos de la mitad, unos setecientos cincuenta mil, y en 1820 tan solo quedaban trescientos veinticinco mil.

Las guerras breves aunque sangrientas con los colonos mejor armados tuvieron su precio. Después de que los powhatanos atacaran Jamestown en 1622, las opiniones de los colonos se volvieron inflexibles. Tal cerno lo veía sir Edward Coke, los indios solo podían ser *perpetui enimici*: «enemigos perpetuos […] pues entre ellos, como con los diablos, cuyos súbditos son, y los cristianos hay una hostilidad perpetua, y no puede haber paz». Las matanzas estaban a la orden del día: contra los powhatanos en 1623, los pequots en 1637, los doegs y susquehannocks en 1675, los wampanoags en 1676-1677. Pero el factor realmente decisivo que acabó con los nativos americanos fueron las enfermedades infecciosas que los colonos blancos trajeron consigo de allende el mar: la viruela, la influenza, la difteria. Igual que las ratas propagaron la peste en la Edad Media, los hombres blancos fueron portadores de gérmenes letales.

Para los colonos, el devastador impacto de la viruela sobre la población indígena probaba que Dios estaba de su parte, dando muerte a los antiguos poseedores del Nuevo Mundo. Los peregrinos, cuando llegaron a Plymouth a finales de 1621, dieron gracias a Dios porque el 90 por ciento de los habitantes de Nueva Inglaterra habían muerto a causa de una epidemia en la década anterior a su llegada, y por ser tan considerados al cultivar la tierra y almacenar el grano para el invierno antes de morir. En palabras de John Archdale, gobernador de Carolina en la década de 1690, «la mano de Dios se ha visto claramente en el debilitamiento de los indios, para hacer lugar a los ingleses».

La práctica desaparición de los propietarios originales no significaba que las tierras de la América colonial no pertenecieran a nadie; pertenecían al rey, el cual podía conceder estas tierras recién adquiridas del patrimonio real a sus súbditos. Como la viabilidad de las colonias americanas pronto se hizo evidente, esto rápidamente se convirtió en una fuente de patronazgo para los soberanos Estuardo: colonización y patronazgo iban de la mano, lo cual tuvo consecuencias importantes para la estructura social de la América británica. En 1632, por ejemplo, Carlos I concedió Maryland a los herederos de lord Baltimore, formulando una concesión al estilo de las licencias palatinas concedidas a los obispos de Durham en el siglo XIV, que daba derecho a los «lores propietarios» a dar títulos y mercedes de tierras sobre una base esencialmente feudal. Al otorgar Carolina a ocho de sus súbditos, Carlos II ideó un orden social explícitamente incluso más jerárquico, con «landgraves» y «caciques» que poseían

respectivamente propiedades de cerca de diecinueve mil y ocho mil quinientas hectáreas, y que gobernaban la colonia mediante un gran consejo exclusivamente aristocrático. Nueva York adquirió su nombre cuando, después de ser arrebatada a los holandeses en 1664, Carlos se la dio a su hermano Jacobo, duque de York.

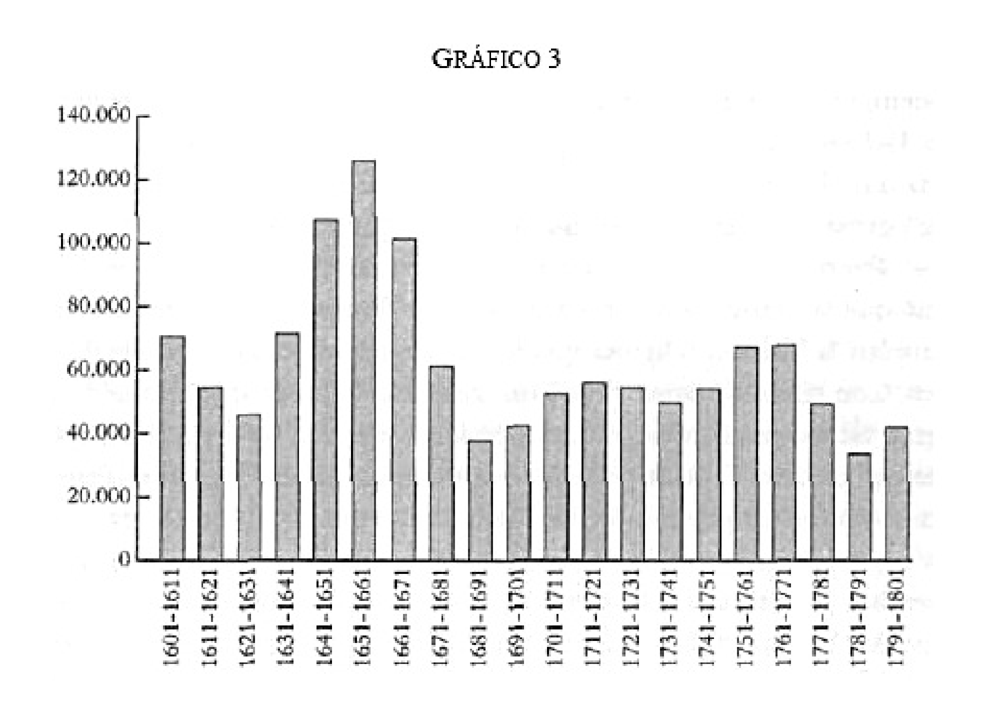
De modo muy parecido, Carlos II concedió al hijo de William Penn, el almirante que había tomado Jamaica, la propiedad del territorio que sería Pensilvania para cancelar una deuda de dieciséis mil libras que había contraído con su padre. De la noche a la mañana el joven William Penn se convirtió en el propietario más importante de la historia británica con una posesión del tamaño de Irlanda. También tuvo la oportunidad de mostrar lo que el fervor religioso combinado con el deseo de riqueza podía conseguir. Como los peregrinos, Penn era miembro de una secta religiosa radical: desde 1667 había sido cuáquero, y había estado incluso prisionero en la Torre de Londres por su fe. Pero a diferencia de los colonos de Plymouth, el «santo experimento» de Penn era crear un «asentamiento de tolerancia» no solo para los cuáqueros sino para todas las sectas religiosas (siempre y cuando fueran monoteístas). En octubre de 1682, su nave, la *Welcome*, navegó río arriba por el Delaware y, empuñando su licencia real, desembarcó para fundar la ciudad de Filadelfia, antigua palabra griega cuya etimología significa «amor fraternal».

Penn comprendió que para que su colonia tuviera éxito antes tenía que ser rentable. Como expresó con franqueza: «Aunque deseo ampliar la libertad religiosa quiero alguna recompensa por mi trabajo». Con tal fin, se convirtió en un corredor de propiedad inmueble a gran escala, vendiendo grandes porciones de terreno a precios muy bajos: con cien libras se podían comprar unas dos mil hectáreas. Penn también fue un planificador de ciudades visionario; su deseo era que la capital fuera lo contrario de Londres, saturada y proclive a los incendios; de ahí surge el sistema de calles perpendiculares habitual en Estados Unidos. Sobre todo, era un vendedor que sabía que incluso el «sueño americano» tenía que ser vendido. No satisfecho con animar a colonos ingleses, galeses e irlandeses, promovió la migración en la Europa continental haciendo traducir sus prospectos al alemán y otras lenguas, y le dio resultado: entre 1689 y 1815 más de un millón de europeos continentales se trasladaron a América del Norte y a las islas británicas de las Indias Occidentales, principalmente alemanes y suizos. La combinación de tolerancia religiosa y tierras a buen precio era un reclamo atractivo para las familias de los colonos. Esta era la libertad verdadera: libertad de conciencia y propiedad casi gratuita.[4]

Pero resultó ser una trampa. En este nuevo imperio, no todos llegaron a ser terratenientes. También hubo trabajadores, en especial en los cultivos intensivos en mano de obra, como el azúcar, el tabaco y el arroz. El problema era cómo lograr que cruzaran el Atlántico. Y en ese empeño el imperio británico descubrió los límites de la libertad.

NEGROS Y BLANCOS

El flujo de emigración de los siglos XVI y XVII de las islas británicas no tiene parangón con la de ningún otro país europeo. Solo en Inglaterra, el total de emigración neta entre 1601 y 1701 superó las setecientas mil personas. En su punto más alto (en las décadas de 1640 y 1650, coincidiendo precisamente con el período de la guerra civil inglesa) la tasa anual de emigración superó el 0,2 por mil (alrededor de la misma tasa actualmente existente en Venezuela).



Emigración inglesa neta, 1601-1801.

Como hemos visto, lo que atrajo a los primeros emigrantes británicos a América fue la perspectiva de libertad de conciencia y la compra de terrenos baratos. Pero para aquellos que solo tenían mano de obra que vender los atractivos de la emigración eran muy distintos. Para ellos, tenía poco que ver con la libertad; por el contrario, significaba renunciar conscientemente a su libertad. Pocos emigrantes de este tipo cruzaron el océano utilizando sus propios recursos. La mayoría viajaron bajo un sistema de servidumbre temporal llamado «contrata», que estaba concebido para paliar la escasez de mano de obra. A cambio del importe del viaje, aceptaban un contrato por el que se comprometían a trabajar durante un determinado número de años, generalmente cuatro o cinco. En realidad, se convertían en esclavos con contratos a plazo fijo. Lo más probable es que no se percataran de su futura condición al salir de Inglaterra. En *Moll Flanders*, de Daniel Defoe, cuando el personaje llega como novia de un hacendado en Virginia, recibe la siguiente explicación de su madre (y suegra):

> La mayor parte de los habitantes de la colonia vienen aquí en circunstancias muy distintas a las de Inglaterra; hablando en general, son de dos tipos, o 1) los que fueron traídos por los patrones de los barcos para ser vendidos como sirvientes, así los llaman ellos, querida mía… pero sería más exacto llamarlos esclavos. O 2) aquellos que fueron traídos de Newgate y otros presidios, después de haber sido declarados culpables de felonía y otros crímenes punibles con la muerte. Cuando vienen aquí, no hacemos distingos: los hacendados los compran, y trabajan juntos en el campo hasta que se acaba su tiempo…

De la mitad a un tercio de los europeos que emigraron a Norteamérica entre 1650 y 1780 lo hicieron sujetos a «contrata», es decir, bajo servidumbre temporal: entre los emigrantes ingleses a Chesapeake eran siete de cada diez. Los asentamientos como Williamsburg, la elegante capital colonial de Virginia, dependían en gran medida de esta continua oferta de mano de obra barata, no solo para el trabajo de los tabacales, sino para suministrar todo el espectro de bienes y servicios que la naciente aristocracia colonial requería. Igual que los esclavos, los trabajadores bajo régimen de contrata eran anunciados para su venta en el periódico local, la *Virginia Gazette*: «Acaban de llegar […] ciento treinta y nueve hombres, mujeres y jóvenes. Herreros, ladrilleros, yeseros, zapateros […] un sastre, un pintor, un encuadernador […] varias costureras».

Aunque la mayoría de los trabajadores bajo contrata eran hombres jóvenes de entre quince y veintiún años, John Harrower, de cuarenta y un años, era uno de ellos. Llevaba un sencillo diario de sus experiencias para dárselo a su esposa cuando pudiera pagar el pasaje y reunirse con él. Durante meses Harrower había estado vagando por su país nativo buscando trabajo sin éxito para poder mantener a su mujer e hijos. Su diario, en fecha del miércoles 26 de enero de 1774, explicaba en pocas palabras lo que realmente impulsaba la migración británica a finales del siglo XVIII: «Este día, habiendo gastado el último chelín, me he visto obligado a comprometerme a ir a Virginia por cuatro años como maestro a cambio de cama, comida, lavandería y cinco libras durante todo el tiempo». De ningún modo se trataba de una vía hacia la libertad, sino de un último recurso. Harrower continuaba describiendo las horribles condiciones bajo cubierta cuando su barco, el *Planter*, se halló en medio de una terrible tempestad atlántica.

> A las ocho de la noche y poco más realmente pensé que era la escena más rara que nunca he visto u oído bajo cubierta. Unos dormían, otros escupían, otros orinaban o defecaban, otros eructaban, otros maldecían, algunos renegaban de sus piernas y caderas, y otros de su hígado, sus pulmones y sus ojos. Y para que todo fuese más raro aún otros maldecían a su padre y madre, a sus hermanos y hermanas.

Los pasajeros eran azotados o puestos en el cepo si se comportaban mal para subrayar el grado absoluto de su pérdida de libertad. Cuando Harrower finalmente desembarcó en Virginia, después de más de dos meses en altamar, su educación resultó ser ventajosa. Fue contratado como tutor de los hijos de un hacendado local. Por desgracia, su suerte terminó allí. En 1777, exactamente al cabo de tres años de haber salido de su país, cayó enfermo y murió, antes de que pudiera costear el viaje de su mujer e hijos para que se reunieran con él.

La experiencia de Harrower era característica en dos sentidos. Como escocés, formó parte de la segunda ola de emigrantes a las colonias americanas a partir de 1700: los escoceses e irlandeses representaban casi tres cuartas partes de los colonos británicos en el siglo XVIII. Eran hombres de las comarcas empobrecidas de las islas británicas que tenían poco que perder y mucho que ganar al contratarse como siervos. Cuando Johnson y Boswell viajaron por las Highlands y las islas en 1773 vieron varias veces señales de lo que después llamaron críticamente «esta cólera epidémica de emigración». Johnson adoptó una postura más realista:

> El señor Arthur Lee mencionó a algunos escoceses que han tomado posesión de una zona baldía de América, y se pregunta por qué la habrán escogido. Johnson: «Porque, señor, todo baldío es relativo. Los escoceses no sabían que era baldía». Boswell: «Vamos, vamos, está halagando a los ingleses. Usted ha estado ahora en Escocia, señor, y diga si vio suficiente comida y bebida allí». Johnson: «Pues sí, señor; suficiente comida y bebida para dar a sus habitantes la suficiente fuerza para huir de su país».

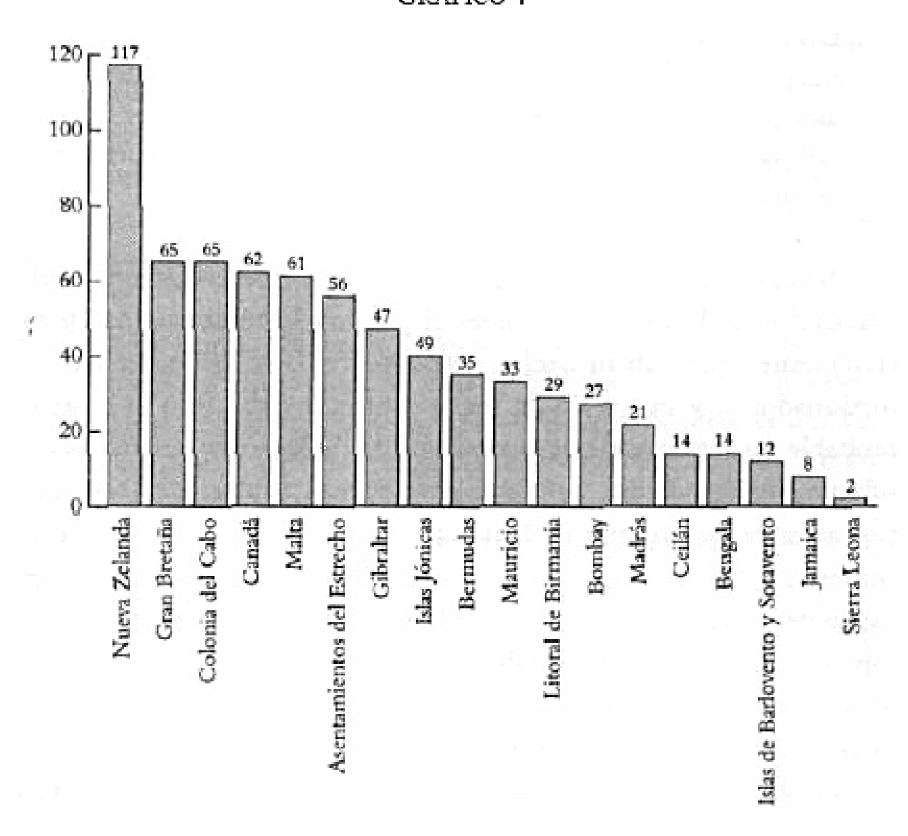
Ninguno de los dos comprendió que lo que realmente estaba «vaciando» de hombres y mujeres el país era la combinación de terratenientes que habían hecho «mejoras» (esto es, cobrar rentas extorsionadoras) y una serie de malas cosechas. Asimismo es bastante probable que los irlandeses se sintiesen atraídos por la perspectiva de «climas más agradables, y un gobierno menos arbitrario». Dos quintas partes de los emigrantes británicos entre 1701 y 1780 fueron irlandeses; la tasa de migración no se vio incrementada hasta el siglo siguiente, cuando la introducción de la patata de América y el crecimiento exponencial de la población llevó a la isla a las penalidades de la década de 1840. Esta huida de la periferia dio al imperio británico su duradero tinte céltico.[5]

La prematura muerte de Harrower no era algo excepcional. Dos de cada cinco recién llegados morían durante sus dos primeros años en Virginia, debido por lo general a enfermedades intestinales o a la malaria. Sobrevivir a esas enfermedades era el proceso llamado eufemísticamente «curación». Los que sobrevivían se caracterizaban por su condición enfermiza.

Siempre y cuando se mantuviera la oferta, el trabajo bajo contrata podía funcionar

en Virginia, ya que el clima era soportable y el principal cultivo relativamente fácil de cosechar. No obstante, en las colonias británicas del Caribe no bastaba simplemente con eso. A menudo se olvida que en el siglo XVII la mayoría de los emigrantes británicos (cerca del 69 por ciento) no se dirigieron al continente americano, sino a las Indias Occidentales. Después de todo, era allí donde estaba el dinero. El comercio establecido con el Caribe empequeñecía el comercio con el continente: en 1773, el valor de los artículos importados de Jamaica era cinco veces mayor al de los importados de todas las colonias norteamericanas. La producción de Nevis con destino a Gran Bretaña era tres veces mayor que la de Nueva York entre 1714 y 1773, y también la de Antigua respecto a Nueva Inglaterra. El azúcar, y no el tabaco, era el negocio más grande del imperio colonial del siglo XVIII. En 1775, el total el azúcar importado representaba casi una quinta parte de todas las importaciones británicas y su valor era cinco veces superior al del tabaco. Durante la mayor parte del siglo XVIII, las colonias norteamericanas eran poco más que dependencias económicas de las islas azucareras, aprovisionándolas con los víveres básicos que no podía generar el monocultivo. Ante la disyuntiva de expandir el territorio británico en América del Norte o retener la isla azucarera de Guadalupe al finalizar la guerra de los Siete Años, William Pitt se decantó por la opción caribeña, ya que «el nivel del comercio existente en las posesiones de América del Norte es sumamente bajo; las especulaciones sobre su futuro son precarias, y las perspectivas, a lo sumo, muy remotas».

GRÁFICO 4



Probabilidades de morir en diferentes partes del imperio británico: mortalidad entre los soldados británicos alrededor de 1817-1838.

El problema era que la mortalidad en estas islas era estremece, dora, particularmente durante la «estación insalubre» del verano. En Virginia, de ciento dieciséis mil personas que migraron acabó formándose una comunidad de colonos de noventa mil. En Barbados, en cambio, de ciento cincuenta mil personas la población se redujo a veinte mil. La gente pronto tuvo noticia de ello, y a partir de 1700, la emigración al Caribe descendió, pues los emigrantes decidieron buscar climas más templados (y con tierra más abundante) en Norteamérica. Ya en 1675, la asamblea de Barbados se vio obligada a quejarse: «En otros tiempos estábamos abundantemente provistos de siervos cristianos de Inglaterra […] pero ahora conseguimos pocos ingleses, por no tener tierras que darles al final de su contrato, lo que antes era el principal reclamo». Así pues, se imponía la necesidad de una alternativa al trabajo bajo contrata.

De 1764 a 1779, la parroquia de St. Peter y St. Paul en Olney (Northamptonshire) estaba a cargo de John Newton, clérigo devoto y compositor de uno de los himnos más apreciados en el mundo. La mayoría de nosotros hemos oído «Amazing Grace». Pocos saben, en cambio, que durante seis años fue traficante de esclavos y que enviaba cientos de africanos por el Atlántico desde Sierra Leona al Caribe.

«Amazing Grace» es el himno supremo de la redención evangélica: «Gracia portentosa, qué sonido tan dulce, que salva a un ser ruin como yo. / Estuve perdido,

pero me he hallado, / estuve ciego pero ahora veo». Resulta tentador imaginarse a un Newton que de golpe ve la luz sobre la esclavitud y deja su pérfida profesión para dedicarse a Dios. Pero la época de la conversión de Newton es inexacta. En realidad, fue tras su despertar religioso cuando Newton se convirtió primero en socio y después en capitán de barcos negreros, y no fue hasta mucho después cuando comenzó a cuestionarse la moralidad de comprar y vender a sus prójimos.

Hoy por supuesto rechazamos la esclavitud. Lo que resulta difícil comprender es cómo alguien como Newton no lo hacía. Pero la esclavitud era muy rentable desde el punto de vista económico. Las ganancias con el cultivo del azúcar eran inmensas; los portugueses habían demostrado en Madeira y Santo Tomé que los esclavos africanos eran los únicos que podían sobrellevar ese trabajo; y los hacendados caribeños estaban dispuestos a pagar aproximadamente ocho o nueve veces lo que un esclavo costaba en la costa de África Occidental. Aunque el negocio era arriesgado (Newton lo comparaba con una especie de lotería en la que todos los compradores esperaban ganar el premio), era lucrativo. Las ganancias de los viajes para conseguir esclavos durante los últimos cincuenta años de práctica esclavista británica eran del 8 al 10 por ciento. No sorprende que a Newton el tráfico esclavista le pareciera una «ocupación amable» idónea para un cristiano redimido.



Plantación azucarera en el sur de Trinidad, hacia 1850.

Las cantidades que estaban en juego eran elevadas. Tendemos a pensar en el imperio británico como un fenómeno de migración blanca, pero entre 1662 y 1807 casi tres millones y medio de africanos llegaron al Nuevo Mundo como esclavos a

bordo de naves británicas. En el mismo período triplicaban el número de los emigrantes blancos. Eran también más de un tercio del total de africanos que cruzarían el Atlántico como esclavos. Al principio los británicos se mantuvieron al margen de la esclavitud. Cuando uno de los primeros comerciantes recibió una oferta de esclavos en Gambia, replicó: «Somos personas que no comerciamos con ese tipo de productos; ni nos compramos ni nos vendemos, ni lo hacemos con ningún semejante nuestro». Pero al cabo de poco tiempo comenzaron a llegar esclavos de Nigeria y Benin a las plantaciones azucareras de Barbados. En 1662, la Compañía Real Africana proveía tres mil esclavos al año a las Indias Occidentales, número que se incrementó a cinco mil seiscientos en 1672. Una vez que se suprimió el monopolio de la compañía en 1698, el número de traficantes de esclavos individuales (personas como Newton) se disparó. En 1740, Liverpool enviaba treinta y tres barcos al año en el viaje triangular entre Inglaterra, África y el Caribe, el mismo año en que la canción de James Thomson, «Rule Britannia», fue cantada, con su conmovedor juramentó: «Los británicos nunca, nunca serán esclavos». Pero entonces ya se había olvidado la antigua prohibición de venderlos.



2. El Caribe británico, 1815.

Newton comenzó sus actividades en la trata de esclavos a finales de 1745, cuando era un joven marinero y entró al servicio del comerciante Amos Clow, afincado en las islas Banana, cerca de la costa de Sierra Leona. En una curiosa inversión de papeles, la concubina africana de Clow enseguida comenzó a tratarlo poco menos que como a un esclavo. Tras más de un año de enfermedad y abandono, Newton fue rescatado por

un barco llamado *Greyhound*, a bordo del cual, durante una tormenta en marzo de 1748, el joven sintió la llamada religiosa. No fue hasta después de la llamada que se convirtió en tratante de esclavos, cuando asumió el mando de su primer barco dedicado a la trata a los veinte años de edad.

El diario de John Newton, de 1750 a 1751, cuando capitaneaba el *Duke of Argyle*, barco dedicado a la trata de esclavos, desnudaba las actitudes de los que vivían y se lucraban con el comercio de vidas humanas. Por aguas de la costa de Sierra Leona y alrededores, Newton pasaba largas semanas intercambiando bienes (que incluían «los muy destacados artículos de cerveza y sidra») por personas, y regateando el precio y la calidad con los tratantes locales de esclavos. Era un comprador selecto, como lo demuestra el hecho de que desechaba a las mujeres viejas «de pechos caídos». El 7 de enero de 1751 compró ocho esclavos a cambio de madera y marfil, pero consideró que estaba pagando mucho porque uno de ellos tenía «la boca muy mala». «Un buen esclavo, ahora que hay tantos competidores —se lamentaba—, cuesta el doble de lo que costaba antes». Ese mismo día anotaba la muerte de «una buena esclava, la n.º 11». Si para Newton los africanos eran solo números, para estos Newton era una figura diabólica, incluso un caníbal. Olaudah Equiano fue uno de los pocos africanos llevados a las Indias Occidentales británicas que dejó un relato de su experiencia, donde da testimonio de la difundida sospecha de que los blancos (o «rojos») eran seguidores de Mwene Puto, el «señor de los muertos», los cuales capturaban esclavos con el fin de comérselos. Algunos de sus compañeros de cautividad estaban convencidos de que el vino tinto que veían beber a sus captores con tanto placer estaba hecho de la sangre de los africanos y de que el queso de la mesa del capitán se elaboraba con sus sesos. Los mismos temores sentían los esclavos de Newton, que depositaban «los fetiches de su país» en uno de los toneles del barco, ya que tenían «la credulidad de pensar que inexorablemente provocarían la muerte a todos los que bebieran de él».

GRÁFICO 5

Total de esclavos exportados de África y llegadas a América en barcos británicos y de las colonias, 1662-1807.

En mayo de 1751, Newton zarpó hacia Antigua a bordo de un barco con más africanos que británicos: 174 esclavos y una tripulación inferior a treinta, siete habían perecido por enfermedad. Se trataba de una situación crítica para un tratante de esclavos, no solo debido al posible brote de cólera o disentería en el barco, sino al peligro de que los esclavos se amotinasen. Newton fue recompensado por su estrecha vigilancia el 26 de mayo:

> En la noche, unas pocas horas antes de que se llevara a cabo, descubrí con el favor de la providencia, una conspiración de los esclavos para levantarse contra nosotros. Un hombre joven […] que había estado todo el viaje sin cadenas, primero debido a una gran úlcera, y después por su aparente buena conducta, les dio un punzón, pero felizmente fue visto por uno de los hombres [de la tripulación]. Lo tuvieron en su poder cerca de una hora antes de que yo hiciera que lo buscaran; durante ese tiempo hicieron tan buen uso [por ser un instrumento que no hacía ruido] que esta mañana descubrí que casi veinte de ellos habían roto sus grilletes.

Tuvo una experiencia similar en otro viaje al año siguiente, cuando un grupo de ocho esclavos fue descubierto en posesión de «algunos cuchillos, piedras, perdigones y un formón de acero». Los infractores fueron castigados con yugos y empulgueras.

Dadas las condiciones a bordo de los barcos de esclavos como el *Argyle* (estrechez, falta de higiene y ejercicio, dieta insuficiente) no sorprende que uno de cada siete esclavos muriera durante la travesía del Atlántico.[6] Lo que sorprende es que un hombre como Newton, que oficiaba los servicios religiosos para su tripulación

y rehusaba incluso hablar de negocios los domingos, hubiera podido dedicarse a un negocio así con tan pocos escrúpulos. En una carta dirigida a su esposa el 26 de enero de 1753 Newton hacía la siguiente apología:

> Las tres grandes bendiciones de que la naturaleza humana es capaz son, sin duda, la religión, la libertad y el amor. Con cada una de éstas, ¡cuánto me ha distinguido Dios! Pero hay naciones enteras a mi alrededor, cuyas lenguas son totalmente distintas entre sí, aunque creo que todas coinciden en no tener palabras para expresar estas ideas: de lo que concluyo que esas ideas no tienen lugar en sus mentes. Y como no hay nada intermedio entre la luz y la oscuridad, estas pobres criaturas no son solo extrañas a las ventajas de las que disfruto, sino que están sumidas en todos los males contrarios. En vez de gozar de las bendiciones presentes y las brillantes perspectivas para el futuro del cristianismo, viven engañados y atormentados por la necromancia, la magia y toda la retahíla de supersticiones que el miedo, combinado con la ignorancia, puede producir en la mente humana. *La única libertad de la que tienen alguna noción, es de la exención de ser vendidos* [subrayado de N. F.]; e incluso muy pocos están totalmente seguros de que no les toque alguna vez en suerte; pues ocurre, frecuentemente, que un hombre que vende a otro a bordo de un barco, también es comprado y vendido de la misma manera, y quizá en el mismo barco, antes de que termine la semana. En cuanto al amor, puede haber algunas almas más tiernas entre ellos que las que he encontrado; pero en la mayoría de los casos, cuando he tratado de explicar esta deliciosa palabra, rara vez he sido comprendido siquiera.

¿Cómo podría uno pensar que privaba a los africanos de su libertad, cuando ellos no tenían otra noción de la misma que no fuera «una exención de ser vendidos»?

La forma de actuar de Newton distaba de ser excepcional. Según el hacendado jamaicano Edward Long, los africanos «carecían de genio, y parecen casi incapaces de hacer cualquier progreso en la civilización y la ciencia. No tienen plan o sistema de moralidad entre ellos […] no tienen sentimientos morales». Y concluía con que eran una especie inferior. James Boswell, tan presto a defender la libertad en otros casos, negó rotundamente que los negros estuvieran oprimidos, ya que «los hijos de África siempre han sido esclavos».

Tal y como el diario de Newton dejaba claro, la esclavitud tenía que ser impuesta por la fuerza desde el preciso momento en que los barcos zarpaban. Se continuaba usando la fuerza cuando los esclavos eran descargados y vendidos. En Jamaica, uno de los mercados que Newton abastecía, había un hombre blanco por cada diez de los capturados para ser esclavos. En la Guayana británica la proporción era de uno a

veinte. Si no hubiera habido la amenaza de la violencia, resulta difícil de creer que ese sistema hubiera durado tanto tiempo. Los instrumentos de tortura ideados para disciplinar a los esclavos del Caribe (como los grilletes con pinchos que hacían imposible correr, o los yugos de castigo, de los cuales se colgaba pesos), son recordatorios ominosos de que Jamaica estaba a la cabeza del colonialismo británico del siglo XVIII.

El poema de James Grainger, «The Sugar Cañe», publicado en 1764, hace que la vida del hacendado criollo parezca lírica, aunque bastante penosa:

> *Qué suelo afecta a la caña: qué cuidados exige; bajo*
> *qué signos se siembra; qué males la aguardan; cómo*
> *cristalizará mejor el ardiente néctar; y cómo tratar a la*
> *negra progenie de África.*

Pero «la progenie de África» era la que sufría debido a la glotonería británica. No solo tenían que sembrar, cuidar y cosechar la caña de azúcar; también tenían que extraer su jugo y hervirlo inmediatamente en grandes tanques. La palabra original para una plantación azucarera era «ingenio»[*], del latín *ingenium*, término que también dio origen al vocablo inglés *engine* (motor, máquina que transforma energía en movimiento), y producir azúcar a partir de la caña era fruto de la combinación de agricultura e industria; industria en la que la materia prima estaba constituida no solo por la caña de azúcar, sino también por seres humanos. Hacia 1750 habían sido enviados unos ochocientos mil africanos al Caribe británico, pero la tasa de mortalidad era tan alta y la de natalidad tan baja que la población esclava no llegaba a los trescientos mil. Una regla de la época formulada por el hacendado de Barbados Edward Littleton, era que un hacendado con cien esclavos necesitaba comprar ocho o diez al año «para mantener su capital». *The Speech of Mr. John Talbot Campbell* (1736), un panfleto favorable a la esclavitud escrito por un clérigo de Nevis, reconocía explícitamente que «según el cálculo normal, cerca de dos quintas partes de los negros recién importados mueren durante la aclimatación».

Tampoco debe olvidarse la otra cara de la explotación de los africanos en las nuevas colonias, a saber, la explotación sexual. Cuando Edward Long llegó a Jamaica en 1757, quedó consternado al ver que sus colegas hacendados tomaban habitualmente mujeres entre sus esclavas: «Muchos son los hombres, de todo rango, calidad y nivel, que prefieren el desorden de estos abrazos cabrunos, a compartir la bendición pura y legítima derivada del mutuo amor matrimonial». Esta práctica era llamada *nutmegging*[*] pero como sugiere la diatriba de Long, la crítica de lo que después sería llamado «mestizaje» era cada vez más fuerte.[7] Significativamente, uno de los cuentos más populares de la época era el de Inkle y Yarico, que narra un romance entre un marinero náufrago y una doncella negra:

Mientras así con inútil pena pasaba el día,
pasó casualmente por ahí una doncella negra;
vio su desnuda belleza con sorpresa,
¡sus bien proporcionados miembros y sus vivaces ojos!

Habiendo cubierto su cuota de nutmegging, Inkle no dudó en vender como esclava a la desventurada Yarico.

Sin embargo, sería erróneo describir a los esclavos africanos como víctimas pasivas, pues hubo muchos que opusieron resistencia a sus opresores blancos. Las rebeliones eran casi tan frecuentes como los huracanes en Jamaica. Hubo veintiocho entre la adquisición británica de la isla y la abolición de la esclavitud. Además, siempre existió una parte de la población negra que estuvo fuera del control británico: los cimarrones.

Cuando el padre de William Penn arrebató Jamaica a España en 1655, ya había una comunidad bien establecida de esclavos que habían huido de sus amos españoles, que vivían escondidos en las montañas. Se les llamaba cimarrones, término de origen español que significa «salvaje» o «no doméstico». Todavía hoy se puede apreciar la cultura cimarrona y su legado culinario, como el cerdo asado, que se prepara en el festival cimarrón que se celebra cada año en Accompong. (El pueblo mismo toma su nombre de uno de los hermanos del gran jefe cimarrón, el capitán Cudjoe.) Basta con escuchar sus cantos y ver sus danzas para percatarse de que los cimarrones han logrado preservar gran parte de su cultura africana ancestral, pese a su obligado exilio. Solo se percibe la huella de la esclavitud en la lengua. Aunque muchos eran originalmente hablantes de akan de Ghana, Cudjoe insistió en que todos sus seguidores hablaran inglés. La razón era básicamente práctica. Los cimarrones no solo deseaban evitar que los nuevos amos británicos de Jamaica volvieran a esclavizarlos, sino que también querían incrementar sus filas liberando a los esclavos recién llegados. (Por ser polígamos, los cimarrones deseaban especialmente liberar a esclavas.) Como los esclavos abarcaban un amplio espectro de tribus diferentes, para que pudieran integrarse en la comunidad cimarrona se precisaba de una lengua común, que en su caso fue el inglés.

Dirigidos por Cudjoe, e inspirados por la figura mágica y matriarcal de la reina Nanny, los cimarrones mantuvieron una guerra de guerrillas contra la economía azucarera. Los hacendados acabaron por temer el distante sonido del *abeng*, la «caracola» que anunciaba la llegada de los cimarrones. En 1728, por ejemplo, George Manning compró veintiséis esclavos para su propiedad. A finales de ese año solo quedaban cuatro debido en gran parte a las incursiones cimarronas. El coronel Thomas Brooks fue obligado por los cimarrones a abandonar su propiedad en St. George. Quedan topónimos en Jamaica como «the District of Don’t Look Behind» [«el distrito de no mires atrás»] que testimonian el temor que los cimarrones provocaban. Desesperados, los británicos llamaron a una fuerza de indios misquitos

de la costa de Honduras para contenerlos. También se recurrió a tropas regulares de Gibraltar. Finalmente, en 1732, los británicos lograron dar un golpe con la toma del principal asentamiento cimarrón, Nanny Town. Pero los cimarrones tan solo se dispersaron en las montañas para luego reunirse y volver a luchar; mientras, las tropas de Gibraltar sucumbían (como era de esperar) a las enfermedades y al alcohol. A finales de 1732, un miembro de la asamblea de Jamaica se lamentaba:

> Tal es la inseguridad de nuestro país provocada por nuestros esclavos rebeldes, cuya insolencia ha llegado al punto de que no podemos decir que estamos seguros un día más, y son tan frecuentes los robos y asesinatos en nuestros principales caminos que viajamos por ellos con el mayor peligro.

Finalmente, no hubo más remedio que acordar un pacto. En 1739, se firmó un tratado según el cual se concedía autonomía a los cimarrones en un área de más de seiscientas hectáreas; sin embargo, no solo aceptaron dejar de rescatar esclavos, sino también devolver a los esclavos fugitivos a sus amos, a cambio de una recompensa. Este es un primer ejemplo de cómo funcionaba con frecuencia el imperio británico: si no podían derrotar al enemigo, procuraban que se aliara con ellos. El pacto no puso fin a las rebeliones esclavas; al contrario, hizo que los esclavos descontentos no tuvieran más opción que rebelarse, ya que la vía de escape a Nanny Town había sido cerrada. Hubo una serie de revueltas de esclavos en la década de 1760, inspiradas al principio en el ejemplo de los cimarrones. Tras el pacto, sin embargo, se sospechaba que los cimarrones se pondrían de parte de los británicos y en contra de los esclavos rebeldes. De hecho, se convirtieron en propietarios de esclavos. Si resultó imposible derrotarlos, no lo fue comprarlos.

En 1770, el imperio atlántico de Gran Bretaña parecía haber encontrado un equilibrio natural. El comercio triangular entre Gran Bretaña, África Occidental y el Caribe mantuvo el suministro de mano de obra a las plantaciones. Las colonias continentales de América las mantenían aprovisionadas de vituallas. El azúcar y el tabaco pasaban a Gran Bretaña, para ser reexportados al continente. Y las ganancias de estos productos del Nuevo Mundo lubricaban las ruedas del comercio asiático del imperio. El incidente con los cimarrones sería de recordatorio —preocupante para los hacendados, inspirador para su ganado humano— de que los esclavos, sobre cuyas lastimadas espaldas recaía todo el peso del edificio imperial, tenían la capacidad de emanciparse. Posteriormente, la exitosa rebelión esclava en la colonia francesa de Saint-Domingue provocó una campaña contra los cimarrones encabezada por el entonces teniente gobernador de Jamaica, lord Balcarres, que se desencadenó con la expulsión de casi seiscientos cimarrones de la ciudad de Trelawny.[8] Para cuando esto ocurrió, los cimarrones eran una preocupación secundaria para el imperio. Los esclavos de Saint-Domingue habían unido sus fuerzas con los mulatos descontentos y en 1804 habían establecido una república independiente. Haití no fue la primera

colonia del Nuevo Mundo en proclamar su independencia. Hacía menos de treinta años, se había fundado un tipo de república muy diferente en el continente americano. Esta vez el desafío al dominio imperial no se encarnó en desesperados esclavos sino en prósperos colonos blancos.

GUERRA CIVIL

Ocurrió en un momento en que el ideal británico de libertad se volvió contra los propios británicos y su imperio comenzó a escindirse. El 19 de abril de 1775, en la plaza del pueblo de Lexington (Massachusetts), los «casacas rojas» británicos intercambiaron disparos por primera vez con colonos americanos armados.

Los soldados habían sido enviados a Concord a confiscar un alijo de armas que pertenecía a las milicias coloniales porque su lealtad a las autoridades había llegado a ponerse en duda. Pero las milicias fueron advertidas por Paul Reveré, que se adelantó a caballo gritando no «¡Vienen los británicos!» (pues eran todavía británicos en este momento), sino «¡Han salido los regulares!». En Lexington, setenta y siete *Minute Men*, llamados así porque se decía que «estaban listos en un minuto», salieron para detener el avance británico, formándose en el césped comunal. No está claro quién disparó el primer tiro, pero el resultado no dio lugar a dudas: los *Minute Men* fueron abatidos por los bien entrenados regulares.

Los ciudadanos de Lexington celebran cada año el sufrimiento de los *Minute Men* con una meticulosa representación de la escaramuza. Es una generosa celebración matutina de la identidad nacional de Estados Unidos, una oportunidad para tomar café con bollos al aire libre una nítida mañana de primavera. Pero para el observador británico, que difícilmente puede permanecer indiferente al sonido de las gaitas y tambores tocando «Men of Harlech» cuando los «casacas rojas» entran y salen de escena, el día patrio en Lexington resulta desconcertante. ¿Por qué este remoto encuentro unilateral no marca el abrupto final de una remota rebelión de Nueva Inglaterra? La respuesta es, primero, que la resistencia de los colonos se fortaleció a medida que los regulares marchaban hacia Concord; y segundo, que el oficial al mando de los regulares, el corpulento e indeciso coronel Francis Smith, casi perdió el control de sus hombres cuando recibió un tiro en la pierna. Mientras sus tropas se retiraban hacia Boston, fueron diezmados por los disparos de los francotiradores. La guerra de la Independencia de Estados Unidos había comenzado.

Esta guerra constituye parte del eje central de la concepción que tienen de sí mismos los estadounidenses: la idea de una lucha por la libertad contra el imperio del mal es el mito de creación del país. La gran paradoja de esta revolución es que quienes se alzaron contra el dominio británico fueran los más pudientes de todos los súbditos coloniales británicos, y no deja de impactar cuando uno ve a los prósperos lexingtonianos de hoy día intentando revivir la abnegación de sus antecesores. Hay

una buena razón para pensar que, hacia la década de 1770, los habitantes de Nueva Inglaterra fueran el pueblo más rico del mundo. El ingreso per cápita era por lo menos igual al del Reino Unido y estaba distribuido de modo más equitativo. Tenían fincas más grandes, familias más numerosas y una educación mejor que los habitantes de la vieja Inglaterra. Y, esencialmente, pagaban muchos menos impuestos. En 1763, el británico pagaba 26 chelines al año en impuestos, mientras que la carga fiscal equivalente para un contribuyente de Massachusetts era de un chelín. Decir que ser súbditos británicos había resultado positivo para ellos no hace justicia a la realidad. Y sin embargo, fueron ellos, y no los trabajadores bajo contrata de Virginia ni los esclavos de Jamaica, los que primero se sacudieron del yugo de la autoridad imperial.

A los británicos, la plaza de Lexington les parece el marco ideal no para una guerra destructiva, sino para jugar al criquet. No es un dato trivial de la historia colonial que los estadounidenses jugaran antes a ese juego tan inglés. En 1751, por ejemplo, la *New York Gazette and Weekly Post Boy* informaban:

> El pasado lunes en la tarde (primero de mayo) se jugó un partido de criquet en nuestro terreno por una considerable apuesta entre once londinenses contra once neoyorquinos. El juego se hizo según el método londinense.

Los neoyorquinos ganaron con 87 carreras. A la luz del resultado, la pregunta que sigue a continuación no es fácil de responder: ¿por qué los estadounidenses dejaron el criquet?

Apenas veinte años antes de la «batalla» de Lexington, decenas de miles de colonos americanos habían probado su lealtad al imperio británico al volcarse en la lucha contra los franceses y sus aliados indios en la guerra de los Siete Años; el primer tiro de esa guerra lo disparó un joven colono llamado George Washington. En 1760, Benjamín Franklin había escrito un opúsculo anónimo en que predecía que el rápido crecimiento de la población en América hará

en cien años más, el número de los súbditos británicos a esa orilla del océano superior al de los de ésta;[9] pero disto de abrigar por esa razón ningún temor de que se vuelvan inútiles o peligrosos […] y considero que esos son miedos meramente imaginarios y sin ningún fundamento probable.

¿Qué fue lo que salió mal?

Todavía se enseña a los escolares y a los turistas la historia de la revolución americana en relación principalmente con las cargas económicas. En Londres, dice esta tesis, el gobierno deseaba alguna recompensa por el coste de haber expulsado a los franceses de Norteamérica en la guerra de los Siete Años, y de mantener un ejército de diez mil efectivos para vigilar a los indios ubicados más allá de los montes Apalaches, partidarios del bando francés. El resultado fue el nuevo impuesto. Vista con atención, sin embargo, la historia no trata de los impuestos rechazados, sino de

los impuestos aplicados.

En 1765 el Parlamento aprobó la ley de imprenta, que ordenó que todo lo que se imprimiera, desde los periódicos hasta los naipes, debía ser impreso en un papel especialmente sellado, y por tanto sujeto a impuestos. La renta estimada no era muy grande: ciento diez mil libras, casi la mitad proveniente de las Indias Occidentales. Pero el impuesto resultó ser tan impopular que el ministro que lo introdujo, George Grenville, se vio forzado a renunciar y hacia marzo del año siguiente ya había sido anulado. A partir de entonces, solo se aceptó que el imperio gravara el comercio exterior, no las transacciones internas. Dos años después, el nuevo ministro de Hacienda, Charles Townshend, lo intentó de nuevo, esta vez con una nueva serie de aranceles. Con la esperanza de endulzar la píldora, el arancel del té, uno de los artículos más populares del consumo colonial, fue reducido de un chelín a tres peniques. No salió bien. Samuel Adams redactó una circular para la asamblea de Massachusetts llamando a resistir incluso esos impuestos. En enero de 1770 un nuevo gobierno en Gran Bretaña, encabezado por lord North,[10] célebre por su fealdad, anuló todos los nuevos aranceles excepto el del té. En Boston continuaron las protestas.

Se ha oído hablar mucho del motín del té en Boston del 16 de diciembre de 1776, en el cual se lanzaron 342 cajas de té valoradas en diez mil libras por la borda del *Darmouth*, embarcación de la Compañía de las Indias Orientales, a las lodosas aguas del puerto de Boston. Pero la mayoría de la gente supone que fue una protesta contra una subida del impuesto al té. En realidad el precio del té en cuestión era excepcionalmente bajo, ya que el gobierno británico había dado a la Compañía de las Indias Orientales una rebaja respecto al arancel, mucho más alto, que habría pagado de haber entrado en Gran Bretaña.[11] En efecto, el té dejó a Gran Bretaña sin pagar impuestos, y solo debía pagar un arancel bastante más bajo para entrar en Boston. El motín fue organizado no por consumidores airados, sino por los ricos contrabandistas de Boston, que se resistían a sufrir pérdidas. Los coetáneos eran muy conscientes de la absurdidad de la protesta: «¿No se asombrará la posteridad cuando les digan que el actual desquiciamiento se debe a que el Parlamento rebajó un chelín del arancel a cada libra de té, e impuso tres peniques, y con ello desató el frenesí más inexplicable, y más perjudicial en los anales de América que el de la brujería?».

Así pues, bien mirado, los impuestos que causaron tanto revuelo no eran simples nimiedades; hacia 1773 habían desaparecido todos. En cualquier caso, estas disputas sobre la fiscalidad eran triviales en comparación con la realidad económica básica de que la integración en el imperio británico era buena (muy buena) para la economía americana colonial. Las tan criticadas leyes de navegación habían dado a las naves británicas el monopolio sobre la navegación con las colonias, pero también garantizaban un mercado de exportación para los productos agrícolas, el ganado vacuno, los cerdos, el hierro y también los barcos norteamericanos. Era el principio constitucional (el derecho del Parlamento británico de aprobar impuestos a los

colonos americanos sin su consentimiento) la verdadera manzana de la discordia.

Durante más de un siglo había habido el tácito tira y afloja entre la metrópoli y la periferia (entre la autoridad real en Londres, representada por los gobernadores coloniales nombrados en la capital, y el poder de las asambleas elegidas por los colonos). Un rasgo distintivo de los primeros asentamientos británicos en América, particularmente los de Nueva Inglaterra, es que se habían fomentado las instituciones representativas (he aquí otra importante diferencia entre América del Norte y la del Sur). En cambio, los intentos de implantar aristocracias hereditarias al estilo europeo habían fracasado estrepitosamente. De 1675 en adelante, sin embargo, Londres procuró acrecentar su influencia en las colonias, las cuales en sus primeros años habían sido autónomas a todos los efectos. Hasta ese momento solo Virginia había sido designada como «colonia real». Pero en 1679, New Hampshire fue declarada provincia real, y cinco años más tarde Massachusetts se convirtió en el «dominio de Nueva Inglaterra». Nueva York quedó bajo la autoridad real directa cuando su propietario se convirtió en rey en 1685, y Rhode Island y Connecticut aceptaron el control real en rápida sucesión a partir de entonces.

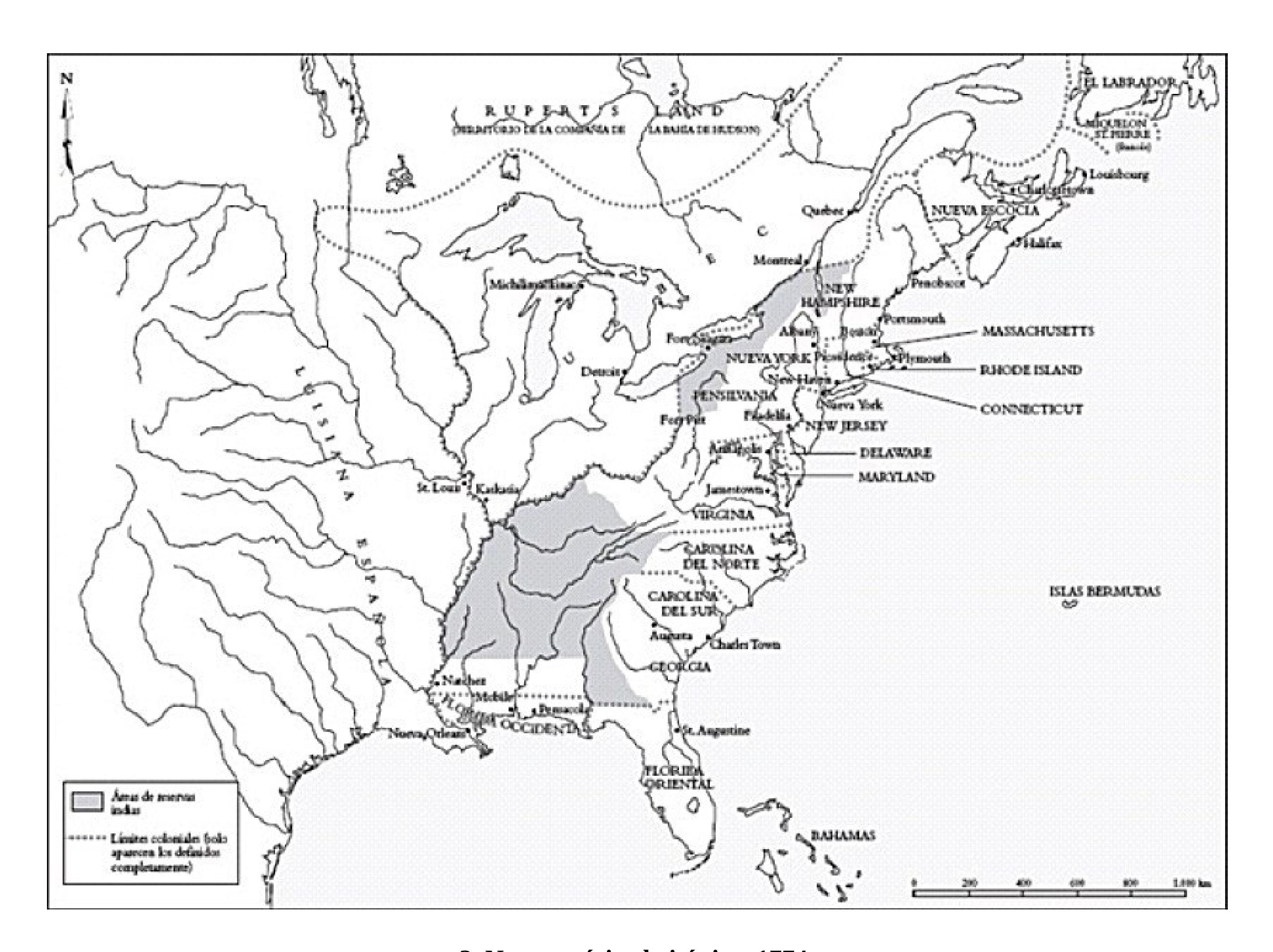
Estas tendencias centralizadoras, sin embargo, se vieron interrumpidas cuando los Estuardo fueron depuestos en 1688. En efecto, la «gloriosa revolución» animó a los colonos a considerar que sus propias asambleas tenían un estatus equivalente al del Parlamento de Westminster: una serie de asambleas coloniales aprobaron las leyes de la Carta Magna y los derechos de sus representados. Ya en 1739 a un funcionario real le parecía que las colonias eran en efecto «estados independientes», con asambleas legislativas que eran «absolutas dentro de sus respectivos dominios» y que apenas «daban cuenta de sus leyes y acciones» a la corona.

Pero esto resultó ser el comienzo de una nueva oleada de iniciativas centralizadoras de Londres, antes, durante y después de la guerra de los Siete Años. Los debates sobre la fiscalidad en la década de 1760 deben entenderse dentro de este marco constitucional. El torpe intento del gobierno de lord North de hacer entrar en vereda a los indisciplinados legisladores de Massachusetts después del motín del té al cerrar el puerto de Boston e imponiendo el control militar era simplemente la última de muchas afrentas a los legisladores de la colonia. Al rechazar la ley del timbre (Stamp Act) en 1766, el Parlamento había declarado con especial énfasis que «tuvo, tenía y debía tener por derecho todo el poder y la autoridad plena para promulgar las leyes y los estatutos con fuerza bastante y validez para vincular a las colonias y personas de América». Esto era lo que los colonos se disputaban.

Quizá también hubiera en juego un elemento de belicosidad colonial. Antaño, se lamentaba Franklin, había «no solo respeto, sino afecto por Gran Bretaña, por sus leyes, costumbres y modales, e incluso un gusto por sus maneras, que en gran medida aumentó el comercio. Los nativos de Gran Bretaña eran siempre tratados con especial consideración; ser un hombre de la vieja Inglaterra era, en sí mismo, un rasgo de cierto respeto, y daba un cierto tipo de rango entre nosotros». Los colonos, en

cambio, eran tratados no como súbditos, sino como «súbditos de súbditos»; como una «raza republicana, gentuza mezclada de escoceses, irlandeses y vagabundos extranjeros, descendientes de presidiarios, rebeldes ingratos, etcétera», como si fueran «indignos del nombre de ingleses, y buenos solo para ser despreciados, sometidos, encadenados y saqueados». John Adams expresó el mismo sentimiento de inferioridad con más claridad: «No seremos sus negros —escribió con el seudónimo de Humphry Ploughjogger en la *Boston Gazette*—. Digo que somos tan capaces como los viejos ingleses, y deberíamos ser igualmente libres».

En esta atmósfera cada vez más agria, tuvo lugar el primer congreso continental en Carpenter's Hall, en Filadelfia, el otoño de 1774, agrupando a los elementos más rebeldes en las diversas asambleas coloniales. Por primera vez, se aprobaron las resoluciones para no pagar los impuestos al gobierno británico, resistiéndose con la fuerza si era necesario. El famoso lema de Samuel Adams: «No taxation without representation» («No a los impuestos sin representación») no era un rechazo a lo británico, sino su afirmación enfática. Lo que los colonos decían estar haciendo era exigir la misma libertad disfrutada por los súbditos británicos al otro lado del Atlántico. En este punto, se consideraban como británicos transatlánticos cuyo único deseo era una representación local y verdadera, no la representación «virtual» que se les ofrecía en la distante Cámara de los Comunes. En otras palabras, deseaban que sus asambleas fueran puestas a la par que el Parlamento de Westminster, en lo que habría sido un imperio reformado y casi federal. Como dijo lord Mansfield en 1775, los colonos «estarían respecto a Gran Bretaña […] como Escocia frente a Inglaterra, antes del tratado de la Unión».



3. Norteamérica británica, 1774.

Algunos pensadores de amplias miras en Gran Bretaña, entre ellos el gran economista Adam Smith y el decano de Gloucester Josiah Tucker, vieron en este tipo de delegación imperial la solución. Mientras Smith contemplaba una federación imperial, en la que Westminster sería simplemente el eje del imperio por delegación, Tucker propuso el prototipo de la Commonwealth, en la que solo la soberanía del monarca uniría todo el imperio. Los colonos moderados también buscaron un compromiso: Joseph Galloway propuso el establecimiento de un consejo legislativo americano, cuyos miembros fueran escogidos por asambleas de la colonia, pero cuyo presidente fuera nombrado por la corona. El gobierno de Londres descartó estas propuestas. La cuestión era la «supremacía del Parlamento». El gobierno de lord North estaba ahora atrapado entre dos asambleas legislativas igual de firmes, e igual de convencidas de que estaban en lo cierto. Todo lo que podía ofrecer era que el Parlamento dejaría de lado (aunque todavía reservándoselo) el derecho de legislar impuestos si una asamblea colonial estaba dispuesta a cobrarlos y contribuir con el monto requerido para la defensa imperial, así como a costear su propio gobierno civil. No era suficiente. Incluso el ruego de Pitt el Viejo de que las tropas fueran retiradas de Boston fue descartado por la Cámara de los Lores. Para entonces, en opinión de Benjamín Franklin, el «reclamo del gobierno de ejercer la soberanía sobre tres

millones de personas sensatas y virtuosas de América, resultaba la mayor de las absurdidades, ya que no parecía tener siquiera la discreción suficiente para gobernar un rebaño de cerdos». Eran palabras belicosas.

Al cabo de poco más de un año de que se dispararan los primeros tiros en Lexington la rebelión se convirtió en una revolución declarada. El 4 de julio de 1776, en la austera sala empleada normalmente para la asamblea de Pensilvania, los representantes de las trece colonias secesionistas adoptaron la Declaración de Independencia en el segundo congreso continental. Dos años antes, su principal autor, Thomas Jefferson, que entonces tenía treinta y tres años, se había dirigido a Jorge III en nombre de sus «súbditos de la América británica». Ahora los británicos transatlánticos o «continentales» se habían convertido en «patriotas americanos». De hecho, la mayor parte de la declaración es una lista bastante tediosa y exagerada de los agravios supuestamente infligidos por el rey a los colonos, a quien éstos acusaban de tratar de instaurar «una tiranía sobre los estados». El documento tiene todas las trazas de haber revisado muchas veces por un amplio consejo. Todavía hoy se recuerda el preámbulo de Jefferson: «Consideramos evidentes estas verdades: que los hombres son creados iguales; que han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; que estos derechos son la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

Actualmente esto suena tan revolucionario como la maternidad y la tarta de manzana. Pero en ese momento representaba un gran desafío no solo a la autoridad real sino a los valores tradicionales de una sociedad cristiana jerárquica. Hasta 1776 el debate sobre el futuro de las colonias estaba envuelto en los términos familiares de las disputas constitucionales británicas del siglo anterior. Con la publicación de *Common Sense* de Thomas Paine en 1776, no obstante, una idea completamente nueva había entrado en el debate político, y con rapidez asombrosa: el antimonarquismo, y el consiguiente republicanismo. Por supuesto, una república no era nada nuevo. Los venecianos, la Liga Hanseática alemana, los suizos y los holandeses habían tenido repúblicas; de hecho, los mismos británicos habían coqueteado con el republicanismo en la década de 1650. Pero el preámbulo de Jefferson aseguró que la república americana sería modelada por el lenguaje de la Ilustración: en términos de los derechos naturales, sobre todo el derecho de todo individuo a «juzgar por sí mismo lo que le asegurará la libertad o lo que la hará peligrar».

Quizá lo más notable sobre la Declaración de Independencia era que los representantes de las trece colonias la firmaran. Apenas veinte años atrás las divisiones entre ellas eran tan grandes que Charles Townshend consideraba «imposible imaginar que tantos representantes diferentes de provincias tan distintas, divididos por diversos intereses y enajenados por la envidia y el prejuicio inveterado, pudieran jamás aprobar un plan de seguridad mutua y gastos conjuntos». Incluso Benjamin Franklin había señalado que las colonias tenían

> diferentes formas de gobierno, leyes e intereses, incluso algunas de ellas mantienen diferentes convicciones religiosas y costumbres distintas. Su recelo mutuo es tan fuerte que pese a ser necesaria una unión de colonias desde hace mucho, para su defensa y seguridad comunes frente a sus enemigos, y pese a ser consciente cada colonia de esa necesidad, no han sido capaces de llevar a cabo esa unión entre ellas.

La declaración pretendía acabar con estas divisiones. Incluso acuñó el nombre de «Estados Unidos», pero sus consecuencias resultaron ser profundamente divisorias. El tono revolucionario de Jefferson alejó a muchos colonos conservadores, hasta el punto de que un número sorprendentemente elevado se aprestó a luchar por el rey y el imperio. El doctor James Thatcher, que se unió a los patriotas, explicaba:

> [mis amigos] no me dieron ningún aliciente, aduciendo que, como se trataba de una guerra civil, si yo caía en manos de los británicos, la horca sería mi destino […] Los *tories* me asediaban diciéndome: «Joven, ¿te das cuenta de que estás a punto de violar tu deber con el mejor de los reyes, y que te precipitas a la destrucción? Ten por seguro que esta rebelión durará poco».

La versión de Hollywood sobre la guerra de la Independencia es una lucha directa entre patriotas heroicos y malvados «casacas rojas» estilo nazi. La realidad fue bastante distinta. En efecto se trató de una guerra civil que dividió a clases sociales e incluso a familias. La terrible brutalidad no afectó a las tropas regulares británicas, sino que fue perpetrada por los colonos rebeldes contra aquellos compatriotas suyos que siguieron siendo leales a la corona.

Tomemos el caso de la Iglesia de Cristo de Filadelfia, considerada a menudo como el semillero de la revolución porque varios de los signatarios de la Declaración de Independencia eran sus feligreses. De hecho, los partidarios de la independencia eran una minoría de la congregación. Solo un tercio apoyó la independencia; el resto se mostraba contrario o neutral. La Iglesia de Cristo, como muchas otras en la América colonial, se vio dividida por la política. No solo las congregaciones sufrieron la división: familias enteras quedaron separadas por la guerra de la Independencia. La familia Franklin asistía regularmente a esa iglesia, donde incluso tenían su propio banco. Benjamín Franklin pasó casi diez años defendiendo inútilmente la causa de los colonos en Londres antes de volver para unirse al congreso continental y a la lucha por la independencia. En cambio, su hijo William, gobernador de New Jersey, se mantuvo leal a la corona durante la guerra. Nunca más se volvieron a hablar.

La presión sobre los clérigos era particularmente fuerte, ya que los ministros debían fidelidad al rey por ser el jefe de la Iglesia de Inglaterra. Como párroco de la

Iglesia de Cristo, Jacob Duché estaba dividido entre su lealtad al orden anglicano y la simpatía por los feligreses que apoyaban la revolución. Su propio devocionario es prueba de hasta qué punto era partidario de la independencia. Donde el devocionario dice originalmente: «Humildemente te suplicamos que dispongas y guíes el corazón de Jorge tu siervo nuestro rey y gobernante» (refiriéndose a Jorge III), Duché tachó estas palabras y las reemplazó por éstas: «Humildemente te rogamos guiar a los gobernantes de estos Estados Unidos…». Sin duda se trataba de un acto revolucionario. Y sin embargo, cuando se declaró formalmente la independencia, pese al hecho de que uno de los signatarios fue su propio cuñado, se echó atrás, volvió al seno de la Iglesia anglicana y se convirtió en partidario del rey. El dilema de Duché ilustra cómo la revolución americana pudo dividir incluso a los individuos. No solo los anglicanos rechazaron la rebelión por razones religiosas, también los *sandemanians*[*] de Connecticut se mantuvieron leales al rey porque creían incondicionalmente que un cristiano debía ser un «súbdito leal, sometiéndose en las cuestiones civiles a todas las disposiciones humanas por amor de Dios».

Aproximadamente uno de cada cinco individuos de la población blanca de Norteamérica británica permaneció leal a la corona durante la guerra. De hecho, las compañías realistas con frecuencia lucharon con mucha más tenacidad que los dubitativos generales de Gran Bretaña. Hubo incluso canciones realistas, como «The Congress»:

Estos rudos bellacos y estúpidos locos,
algunos, mulas pragmáticas y copionas, otros,
instrumentos serviles y aquiescentes, todos
estos forman el Congreso.

Júpiter decidió lanzar una maldición
y probó entonces todos los males de la vida,
y no nos maldijo con las plagas, ni con el hambre,
sino que con algo mucho peor: un congreso.

Entonces la paz abandonó esta desdichada costa, los
cañones tronaron con un horrible rugido, oímos hablar
de sangre, muerte, heridas y sajaduras, el resultado del
Congreso.

En esta polémica los dos bandos acostumbraban llamarse *whigs* y *tories*[**]. Era realmente la segunda guerra civil inglesa, o quizá la primera americana.

Un realista que luchó en las Carolinas, el leñador David Fanning, escribió un relato apasionado de sus experiencias bélicas. Según una versión de la historia de Fanning, fue después de que su recua fuera saqueada por la milicia rebelde en 1775

cuando él «firmó por el rey», aunque parece más probable que toda el área donde vivía Fanning permaneciera leal. Durante seis años participó en una esporádica guerra de guerrillas en Carolina del Norte, por lo que sufrió dos tiros en la espalda y se puso precio a su cabeza. El 12 de septiembre de 1781 logró una importante victoria para el imperio cuando junto a sus seguidores, apoyados por un destacamento de tropas regulares británicas, avanzó entre la niebla matutina para tomar la ciudad de Hillsborough y con ella a toda la asamblea general de Carolina del Norte, al gobernador rebelde del estado y a numerosos oficiales del ejército patriota. Después de su éxito, las filas realistas sumaron más de mil doscientos hombres. Hubo fuerzas realistas similares en sitios tan lejanos como Nueva York, Florida Oriental, Savannah, Georgia y la isla Daufuskie en Carolina del Sur.

Existía la posibilidad de una cooperación más estrecha entre fuerzas como las milicias irregulares de Fanning y el ejército regular de los «casacas rojas». Sin embargo, había dos razones por las que Gran Bretaña no podía ganar la guerra, a saber: la guerra civil transatlántica pronto quedó absorbida en la lucha global de larga duración entre Gran Bretaña y Francia. Era la oportunidad de Luis XVI para vengarse por la guerra de los Siete Años y la aprovechó. Esta vez Gran Bretaña no contaba con aliados continentales en Europa que redujeran a Francia, por no hablar de su aliada España. En tales circunstancias, una ofensiva general en América habría sido sumamente peligrosa.

Igualmente importante fue el hecho de que muchas personas en Inglaterra simpatizaran con los colonos. La terrible hostilidad que sentía Samuel Johnson hacia ellos era bastante rara («Estoy deseoso de amar a la humanidad, excepto a los americanos […] Señor, son una raza de presidiarios, y deberían estar agradecidos por cualquier cosa que no sea la horca»). En efecto, el número de violentas discusiones que tuvo sobre el tema, muchas de ellas documentadas por su biógrafo y amigo James Boswell, confirma que la opinión de Johnson era minoritaria. El propio Boswell se había formado «una clara y firme opinión de que el pueblo de América estaba justificado en su resistencia a la exigencia de que los súbditos de la madre patria deban tener el control total de su destino, gravándolos con impuestos sin su propio consentimiento». Un elevado número de destacados políticos *whigs* adoptaron el mismo parecer. En el Parlamento el extravagante líder *whig* Charles James Fox exhibió sus simpatías con los estados americanos presentándose con los colores del ejército patriota de Washington. Edmund Burke habló en nombre de muchos cuando dijo: «El uso de la fuerza exclusivamente […] puede dominar por un momento, pero no evita la necesidad de volver a dominar otra vez, y una nación no es gobernada si ha de ser perpetuamente conquistada». En síntesis, Londres no se atrevía a imponer el dominio británico a los colonos blancos, que estaban decididos a resistirlo. Una cosa era luchar con nativos americanos o con esclavos amotinados, y otra muy distinta era luchar con los que venían a ser parte de su propio pueblo. Como dijo sir Guy Carlon, el gobernador británico de Quebec, cuando justificó el trato poco severo dado a

algunos prisioneros patriotas: «Ya que hemos tratado en vano de hacer que nos reconozcan como hermanos, vamos a dejarlos partir al menos dispuestos a considerarnos como primos en primer grado». El comandante en jefe británico William Howe también se mostraba ambiguo ante la guerra civil: eso explicaría por qué se anduvo con rodeos cuando pudo haber destruido el ejército de Washington en Long Island.

Conviene recordar que económicamente las colonias continentales seguían siendo mucho menos importantes que las del Caribe. De hecho, eran muy dependientes del comercio con Gran Bretaña y no era una suposición irracional que, cualesquiera que fuesen los planes políticos, permanecerían así en el futuro. Con la ventaja que da la retrospectiva, sabemos que la pérdida de Estados Unidos supuso perder una parte muy grande del futuro económico del mundo. Pero en ese momento los costes de imponer la autoridad británica a corto plazo parecían considerablemente mayores que los beneficios.

Es cierto que los británicos consiguieron algunos éxitos militares. Ganaron, aunque con muchas bajas, la primera batalla importante de la guerra en Bunker’s Hill. Nueva York fue tomada en 1776, y Filadelfia, la capital rebelde, en septiembre de 1777. La misma sala donde se firmó la Declaración de Independencia se convirtió en un hospital militar para los patriotas heridos y moribundos. Pero lo esencial fue, que Londres no podía proporcionar tropas suficientes ni generales lo bastante buenos para convertir los éxitos locales en una victoria total. En 1778, los rebeldes, habían recuperado el control de la mayor parte del territorio, desde Pensilvania hasta Rhode Island. Cuando los británicos se dieron cuenta de que tenían que modificar sus operaciones en el sur, donde contaban con más apoyo, los éxitos puntuales en Savannah y Charleston no pudieron impedir la derrota total. Cornwallis se dirigió al norte en pos de los generales rebeldes Horatio Gates y Nathanael Greene, hasta que se vio forzado a trasladar su cuartel general a Virginia. El momento clave ocurrió en 1781, cuando Washington, en vez de atacar Nueva York (como había planeado originalmente), se dirigió al sur contra Cornwallis. Lo hizo siguiendo el consejo del comandante francés el conde de Rochambeau. Simultáneamente el almirante francés, Francois de Grasse, derrotó a la flota británica comandada por el almirante Thomas Graves, y bloqueó la bahía de Chesapeake. Cornwallis quedó atrapado en la península de Yorktown entre los ríos James y York. Ocurrió lo contrario que en Lexington: los británicos fueron superados en fuerzas (en más de dos a uno) y en armas.



La batalla de Bunker's Hill, junio de 1775.

Actualmente el campo de batalla de Yorktown es tan inofensivo como un campo de golf. Sin embargo, en octubre de 1781 estaba surcado de trincheras llenas de hombres armados y artillería. El 11 de octubre Washington comenzó a atacar las posiciones británicas con cientos de morteros y obuses. Retener las dos posiciones defensivas llamadas reductos 9 y 10, pequeños fuertes hechos de madera y sacos de arena, era crucial para que Cornwallis resistiera hasta que llegaran los refuerzos. Los combates más feroces cuerpo a cuerpo tuvieron lugar la noche del 14 de octubre cuando una fuerza patriota encabezada por el futuro secretario del Tesoro, Alexander Hamilton, asaltó el reducto de la derecha a bayoneta calada. Fue un asalto heroico y muy profesional, prueba de que los colonos habían mejorado mucho como soldados desde la derrota en Lexington. Aun así, si no hubiera sido por los franceses que atacaron el segundo reducto a la vez, el ataque podría haber fracasado. Una vez más, la contribución francesa fue determinante para el éxito patriota y la derrota británica. Y la flota francesa en la retaguardia de Cornwallis lo liquidó, al no permitirle la retirada de sus fuerzas. La mañana del 17 de octubre envió a un joven tambor a dar el toque de llamada. Un soldado patriota escribió en su diario: «[fue] la música más deliciosa para todos nosotros».

En total se rindieron en Yorktown 7.157, entre soldados y marineros británicos, y entregaron más de doscientas cuarenta piezas de artillería y seis banderas de regimientos. Cuenta la leyenda que cuando marchaban hacia el cautiverio su banda iba tocando «The World Turned Upside Down». (Según otro documento, los prisioneros buscaron consuelo en el alcohol cuando llegaron a Yorktown.) Pero ¿qué era exactamente lo que había puesto el mundo al revés? Al margen de la intervención francesa y una comandancia británica incompetente, la raíz del fracaso estaba en Londres. Cuando el ejército británico se rindió en Yorktown, realistas como David

Fanning se sintieron abandonados a su suerte. Joseph Galloway lamentaba la «falta de conocimiento de los planes, y de energía y esfuerzo en la ejecución».

Aun así, los realistas no estaban tan desengañados del dominio británico como para abandonarlo por completo; al contrario, muchos de ellos reaccionaron ante la derrota emigrando al norte a las colonias británicas de Canadá, que habían permanecido completamente leales. El propio Fanning acabó en New Brunswick. En total, cerca de cien mil realistas dejaron el nuevo Estados Unidos con destino a Canadá, Inglaterra o las Indias Occidentales. Se ha sostenido a veces que el hecho de que Gran Bretaña ganara Canadá en la guerra de los Siete Años, perjudicó su posición en América. Si no hubiera existido la amenaza francesa, ¿por qué habrían de permanecer leales las trece colonias? Sin embargo, la pérdida de América tuvo la consecuencia imprevista de que Canadá se uniera a las filas del imperio, debido al flujo de realistas de habla inglesa que, junto con nuevos colonos británicos, finalmente reducirían a los *québécois* franceses a una situación de minoría perseguida. Lo sorprendente es que tantas personas hubieran votado contra la independencia americana, decantándose por el rey y el imperio en vez de «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Como hemos visto, fue Thomas Jefferson quien acuñó la famosa frase. Sin embargo, los revolucionarios norteamericanos se encontraban con un escollo bastante incómodo. ¿La declaración de que todos los hombres habían sido «creados iguales» tenía que aplicarse también a los cuatrocientos mil esclavos negros que poseían en conjunto (alrededor de una quinta parte del total de la población de las antiguas colonias y casi la mitad de su nativa Virginia)? En un pasaje de su autobiografía, citado en su impoluto monumento de mármol en el Mall de Washington, Jefferson era bastante explícito: «Nada está más claramente escrito en el libro del destino que estas personas (es decir, los esclavos) serán libres». Pero la autobiografía prosigue diciendo (y los escultores del monumento dejaron esto fuera) que «las dos razas» debían estar divididas por «líneas imborrables de distinción entre ellas». Después de todo, el propio Jefferson era un terrateniente virginiano con cerca de doscientos esclavos, de los cuales solo liberó a cinco.

Lo que resulta irónico es que tras ganar la independencia en nombre de la libertad, los colonos americanos continuaron perpetuando la esclavitud en los estados sureños. Samuel Johnson lanzó en su panfleto antiamericano *Taxation no Tyranny* la siguiente pregunta: «¿Cómo es que los VIVAS más fuertes por la libertad provienen de los propietarios de negros?». En cambio, a las pocas décadas de haber perdido las colonias americanas, los británicos abolieron la trata de esclavos y después la esclavitud en todo el imperio. De hecho, ya en 1775, el gobernador británico de Virginia, lord Dunmore, había ofrecido la libertad a los esclavos que se unieran a la causa británica. No se trataba de una acción oportunista: tres años antes el famoso fallo de lord Mansfield en el caso de Somersett había dictaminado que la esclavitud en Inglaterra era ilegal. Desde el punto de vista afroamericano, la independencia

norteamericana pospuso la emancipación como mínimo una generación. Aunque la esclavitud fue gradualmente abolida en los estados norteños de Pensilvania, Nueva York, New Jersey y Rhode Island, permaneció fuertemente arraigada en el sur donde vivían la mayor parte de los esclavos.

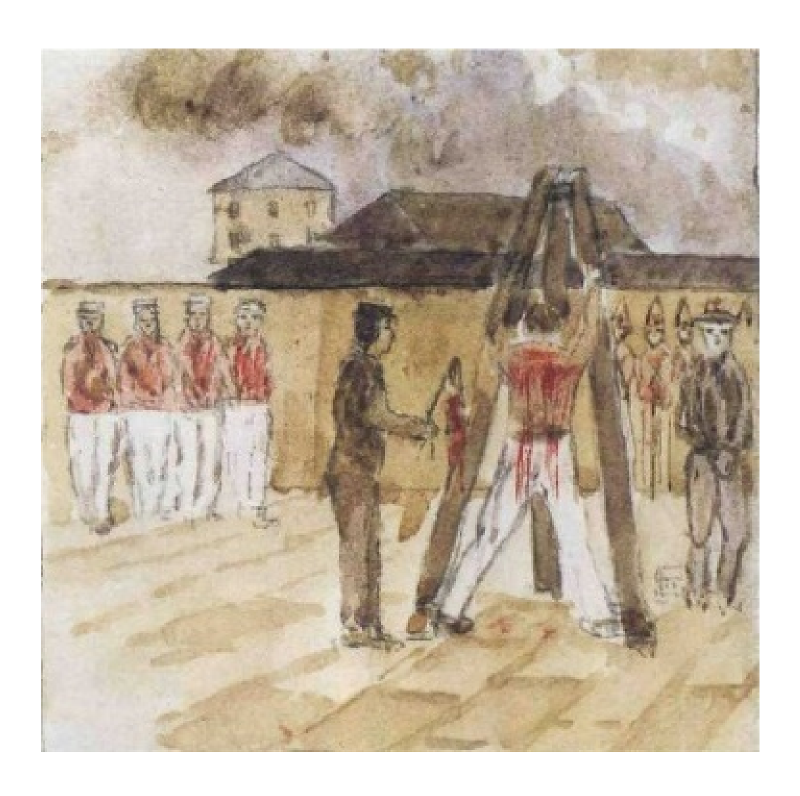
La independencia tampoco fue una buena noticia para los nativos norteamericanos. Durante la guerra de los Siete Años, el gobierno británico había mostrado preocupación por atraerse a las tribus indias, aunque solo fuera para impedir que se aliaran con los franceses. Se habían firmado tratados que establecían los montes Apalaches como la frontera del asentamiento británico, dejando la tierra al oeste a los indios, incluido el valle de Ohio. Hay que admitir que estos tratados no fueron respetados estrictamente cuando llegó la paz, lo que provocó el conocido levantamiento de Pontiac en 1763. La cuestión era que la distante autoridad imperial en Londres se mostraba más proclive a reconocer los derechos de los nativos americanos que los colonos, ávidos de tierras.

La independencia de Estados Unidos podría haber anunciado el fin del imperio británico. De seguro que marcó el nacimiento de una nueva fuerza dinámica en el mundo —una república revolucionaria que ahora podría explotar sus vastos recursos naturales sin tener que someterse a una distante monarquía—. Sin embargo, el imperio distaba de haber sido destruido por la pérdida, en contraste con España, que nunca se recobró de la rebelión de las colonias hispanoamericanas. De hecho, la pérdida de las trece colonias parece haber sido un acicate para una nueva fase de la expansión colonial británica mucho más amplia. Aunque es cierto que habían perdido la mitad de un continente, no menos cierto es que al otro lado del mundo había todo un continente nuevo por explotar.

MARTE

Los británicos se fijaron en Asia por el comercio, y en América por la tierra. La distancia era un obstáculo, pero si los vientos eran favorables podía superarse. Había, empero, otro continente que les resultaba atractivo por razones diametralmente opuestas: por ser yermo, remoto y ser una prisión natural.

Con su extraña tierra roja y su rara flora y fauna (eucaliptos y canguros), Australia era en el siglo XVIII el equivalente de Marte. Esto explica por qué la primera respuesta oficial al descubrimiento de Nueva Gales del Sur del capitán Cook en 1770 fue decir que era un lugar ideal donde arrojar a los delincuentes.



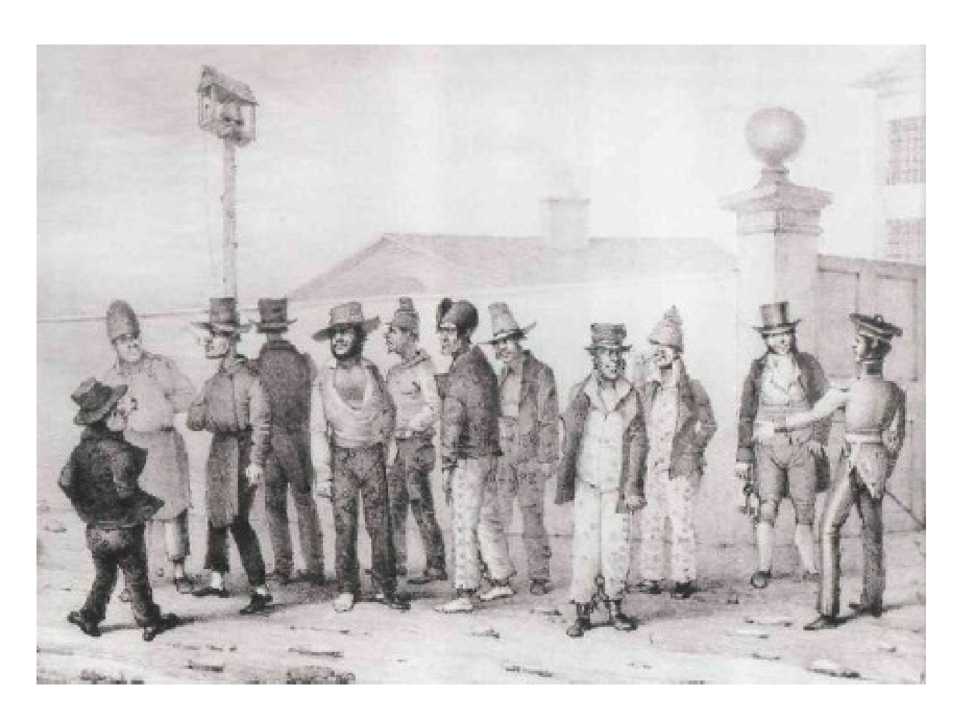
Flagelación del convicto Charles Maher en la isla de Norfolk, 1823.

De modo informal, el traslado de condenados a las colonias se llevó a cabo desde principios del siglo XVII, aunque no se convirtió en parte formal del sistema penal hasta 1717. Durante los siguientes ciento cincuenta años, la ley declaraba que los delincuentes por delitos menores podían ser deportados por siete años en vez de ser azotados y marcados, mientras que los hombres a quienes la pena de muerte les había sido conmutada podían ser deportados por catorce años. En 1777, unos cuarenta mil hombres y mujeres de Gran Bretaña e Irlanda habían sido deportados por esta razón a las colonias americanas, complementando la oferta de trabajadores bajo contrata (como explicaba la madre de Moll Flanders). Tras la pérdida de las colonias americanas, era preciso encontrar un lugar para impedir que los presidios británicos, por no hablar de las nuevas moles construidas a lo largo de la costa sudeste, quedaran saturados de presos a los que no se podría deportar. Otro motivo era por razones estratégicas. Conscientes de los antiguos derechos españoles en el Pacífico sur y las expediciones francesas y holandesas más recientes, algunos políticos británicos consideraron imperativo que Nueva Gales del Sur fuera poblada, aunque solo fuera para asegurar la posesión británica. Aun así, el objetivo principal era librarse de los presos.

Para ir a Irlanda del Norte se necesitaba un día de navegación, y para ir a Norteamérica unas cuantas semanas. Pero ¿quién iba a estar dispuesto a fundar una colonia partiendo de cero a más de veinticinco mil kilómetros de distancia?[12] No es de extrañar que el primer asentamiento en Australia fuera bajo coacción.

El 13 de mayo de 1787 una flota de once barcos zarpó de Portsmouth repleta de presidiarios: 548 hombres y 188 mujeres, desde el deshollinador de nueve años John Hudson, condenado por robar algunos trajes y una pistola, hasta la trapera de ochenta y dos años Dorothy Handland, que había sido condenada por perjurio. Llegaron a Botany Bay, un poco más allá de lo que hoy es el puerto de Sidney el 19 de enero de 1788, tras ocho meses de navegación.

Entre 1787 y 1853, alrededor de unos ciento veintitrés mil hombres y unas veinticinco mil mujeres fueron transportados en los llamados «barcos del infierno» a las antípodas por delitos diversos, desde falsificación hasta robo de ganado. Consigo iba un número indeterminado de niños pero sustancial, muchos de los cuales habían sido concebidos en la travesía. Una vez más, desde el comienzo los británicos tenían la intención de reproducirse en su nueva colonia. De hecho, la explotación sexual, incentivada por el ron importado, sería uno de los rasgos definitorios de la incipiente Sidney.



«Una cuadrilla de la cárcel del gobierno», Sidney, 1830.

El asentamiento en Australia fue ideado para resolver un problema interno, principalmente el relativo a los delitos contra la propiedad. En lo fundamental, era una alternativa a la horca de ladrones o a la construcción de cárceles para los presos. Entre los condenados también había presos políticos: luditas, amotinados por la hambruna, destructores de máquinas (*swing rioters*), tejedores radicales, mártires de Todpuddle, cartistas, *patriotes québécois*, todos ellos también acabaron en Australia. Una cuarta parte de los deportados eran irlandeses, de los cuales uno de cada cinco había sido condenado por motivos políticos. Pero no fueron solo los irlandeses los

que terminaron allí en gran número. Australia albergó una buena proporción de escoceses, si bien los jueces en Escocia eran más reacios que los ingleses a sentenciar la deportación de los delincuentes. Un sorprendente número de Fergusons fue enviado a Australia: diez en total. Los escasos documentos acerca de sus delitos y condenas dejan claro cuán dura era la vida en la colonia penitenciaria. Una condena a siete años de trabajos forzados por robar un par de gallinas, como la impuesta a uno de mis tocayos, no era rara en la época. Los condenados deportados que volvían a cometer nuevas infracciones recibían castigos corporales: la disciplina en la incipiente colonia penal se basaba en el látigo. Los que escapaban, creyendo ingenuamente (como algunos hicieron) que estaban en China, perecían en los áridos pasos de los Blue Mountains.

La gran paradoja de la historia australiana es que lo que empezó como una colonia poblada por personas que Gran Bretaña había expulsado, se mostrara leal al imperio británico durante tanto tiempo. Estados Unidos había comenzado como una combinación de plantación tabaquera y utopía puritana, una fusión de la economía y la libertad religiosa, y terminó convertida en una república rebelde. Australia se inició como una prisión, la negación misma de la libertad. Sin embargo, los colonos más honestos no resultaron ser los «peregrinos» sino los presidiarios.

Quizá la mejor explicación de la paradoja australiana sea que, aunque el sistema de deportación era una burla de la proclama británica de que su imperio era el imperio de la libertad, en la práctica el efecto de esta política era liberador para muchos de los deportados a Australia. Esto se debió en parte a que en un tiempo en que la propiedad privada era lo más sagrado, la justicia penal británica solía condenar a personas por faltas que hoy día consideramos triviales. Aunque entre la mitad y dos tercios de los deportados eran «reincidentes», la mayor parte sus delitos eran hurtos. Australia se fundó literalmente como una nación de ladrones.

Es cierto que los condenados estaban un poco mejor que los esclavos, forzados a trabajar para el gobierno o «asignados» al creciente número de propietarios privados (entre ellos los oficiales del regimiento de Nueva Gales del Sur), pero que una vez que obtenían su «billete de salida» al final de su condena, éstos eran libres de vender su trabajo al mejor postor. Incluso antes, se les concedía las tardes libres para que cultivaran sus propias parcelas. Ya en 1791, dos ex presos, Richard Philimore y James Ruse, cultivaban suficiente trigo y maíz en sus lotes de tierra en Norfolk y Paramatta respectivamente, para abastecerse por sí solos. En efecto, los que sobrevivían a la deportación y cumplían sus condenas tenían la oportunidad de comenzar una nueva vida, aunque fuera una nueva vida en Marte.

Sin un liderazgo certero, Australia nunca habría pasado de ser algo más que una gigantesca versión de la isla del Diablo. En su transformación de vertedero en reformatorio tuvo un papel determinante el gobernador de la colonia entre 1809 y 1821 Lachlan Macquarie, oficial del ejército nacido en las Hébridas y comandante de un regimiento en la India. Macquarie era tan déspota como, sus antecesores navales.

Cuando se le hablaba de nombrar un consejo para que lo ayudara, replicaba: «Tengo la bella esperanza de que esa institución nunca se instale en esta colonia». Pero, a diferencia de sus predecesores, Macquarie era un déspota «ilustrado». Para él, Nueva Gales del Sur no era solo una tierra de castigo, sino también una tierra de redención. Creía que bajo su indulgente gobierno, los condenados podían transformarse en ciudadanos:

> La perspectiva de obtener la libertad es el mayor incentivo que puede imaginarse para la reforma de las costumbres de los habitantes […] [Cuando se une con la rectitud y una probada buena conducta, debería de llevar a un hombre de nuevo a ese sitio que ha perdido en la sociedad y eliminar, tanto como el caso permita, todo lo relacionado con la antigua mala conducta.

Macquarie dio pasos para mejorar las condiciones de los barcos que trasladaban a los condenados a Australia, consiguiendo reducir la tasa de mortalidad de uno por cada treinta y uno a uno por cada ciento veintidós siguiendo el consejo de William Redfern, cirujano deportado que se convirtió en el médico de cabecera del gobernador. Suavizó el sistema de justicia penal de la colonia, permitiendo incluso que los reos con experiencia legal representaran a los acusados en los procesos. Pero la contribución más visible y duradera de Macquarie fue convertir Sidney en una ciudad colonial modelo. Incluso cuando la economía del *laissez-faire* comenzaba a marcar la pauta en Londres, Macquarie se convirtió en un planificador contumaz. De su visión urbana formaron parte esencial los enormes cuarteles de Hyde Park, la construcción más grande de ese tipo en el imperio de ultramar. Con sus austeras líneas simétricas (obra de Francis Howard Greenway, arquitecto de Gloucestershire deportado por falsificación), los cuarteles parecían el prototipo de «panóptico» del utilitarista Jeremy Bentham. Seiscientos delincuentes peritos en diversos oficios pernoctaban allí, divididos en grupos de cien, en estancias con hamacas, vigilados fácilmente por las mirillas. Pero distaba mucho de ser un bloque de castigo, más bien era el centro de una asignación ordenada de trabajo calificado de presidiarios que antenórmente habían sido artesanos y oficiales, pero que debido a una mala racha habían cometido delitos menores. Macquarie necesitaba a estos hombres para construir los cientos de edificios públicos (el primero de los cuales fue un bello hospital financiado con un impuesto especial sobre el ron) que, según él, transformarían Sidney de colonia penal en conurbación.

Con la infraestructura de la ciudad básicamente terminada, Macquarie se planteó en reducir la dependencia de la colonia respecto a los alimentos importados. Se establecieron «pueblos Macquarie» a lo largo de las fértiles orillas del río Hawkesbury hasta los Blue Mountains, tierras agrícolas especialmente aptas para el grano y la cría de ganado ovino. En ciudades como Windsor, Macquarie procuró materializar su sueño de redención colonial ofreciendo lotes de tierras de unas doce

hectáreas a quienes habían cumplido su condena. Richard Fitzgerald, picaro callejero londinense sentenciado a ser deportado a los quince años, rápidamente estableció su fama de «notable actividad y conducta regular». Macquaire lo nombró superintendente de agricultura y depósitos en el área de Windsor. En pocos años, el ex delincuente se convirtió en un pilar de la sociedad, propietario del *pub* Macquarie Arms en un extremo de la ciudad, y constructor de la imponente y sólida iglesia de St. Matthews al otro.

A medida que cada vez un número mayor de condenados cumplían sus condenas u obtenían la conmutación de sus sentencias, la colonia comenzó a cambiar. Como solo uno de cada catorce podía regresar a Gran Bretaña, hacia 1828 había ya más personas libres que presos en Nueva Gales del Sur, y algunos de los ex presidiarios se convirtieron rápidamente en *nouveaux riches*. Samuel Terry fue un trabajador analfabeto de Manchester que había sido deportado durante siete años por robar cuatrocientos pares de medias. Libre en 1807, se estableció en Sidney como hostelero y prestamista. Tuvo tanto éxito en ambas profesiones que hacia 1820 había amasado un patrimonio de más de siete mil quinientas hectáreas, el equivalente a una décima parte de toda la propiedad inmueble de todos los presos liberados juntos. Lo llamaban el «Rotschild de Botany Bay». Mary, que quedaría inmortalizada en el dorso del billete de veinte dólares australianos, había sido enviada a Australia a la edad de trece años por robar caballos. Se casó bien y le fue todavía mejor en el comercio, la navegación y la propiedad inmueble. Hacia 1820 su fortuna equivalía a veinte mil libras.

A finales de su mandato, Macquarie se había granjeado algunos enemigos. En Londres lo consideraban un despilfarrador, mientras que otros en Australia lo consideraban demasiado indulgente. Aun así, podía afirmar con bastante legitimidad: «Yo encontré Nueva Gales del Sur hecha un presidio y la dejo convertida en una colonia. Encontré una población de presidiarios, menesterosos y funcionarios públicos ociosos y dejo una gran comunidad libre floreciente con la prosperidad de rebaños y el trabajo de los condenados».

Pero ¿qué había pasado con el castigo? El éxito de las políticas de Macquarie hicieron de Nueva Gales del Sur una colonia próspera. Eso supuso que la deportación no fuera ya una medida disuasoria para el delito, sino más bien un pasaporte gratis hacia una nueva vida, con la perspectiva de la concesión de tierras y el fin de la condena en una jaula de oro. El gobernador de una prisión británica quedó asombrado cuando dos presas irlandesas se opusieron enérgicamente a que sus sentencias se redujeran a una simple estancia en prisión. Le quedó claro que ellas preferían ser deportadas.

Aun así, no todos los condenados pudieron ser redimidos del modo que había previsto Macquarie. El problema era qué hacer con los reincidentes. La solución fue desde el principio que había que construir prisiones dentro de la prisión. Al comienzo de su mandato, Macquarie había ordenado el desalojo de la infernal isla de Norfolk,

pero los reincidentes continuaron siendo asignados al territorio de Van Diemen, actualmente Tasmania, y a Moretón Bay, en Queensland. En Port Arthur (Tasmania), el jefe de campo Charles O'Hara Booth tenía en efecto manga ancha para ejecutar «la venganza de la ley hasta los límites del aguante humano». En Moretón Bay, Patrick Logan enviaba sistemáticamente al hospital a los condenados con el castigo que llamaba *flagellatio*. Después de que se reabriera la isla de Norfolk como presidio, John Giles Price llegó a nuevos índices de brutalidad y sadismo, como atar a los presos a viejos catres cuando los flagelaba para que las heridas se les infectaran. Muy pocos hombres a lo largo de toda la historia del imperio británico se merecían tanto morir a golpes de martillo y palanca como le ocurrió a manos de un grupo de presos en la cantera de Williamstown en 1857.

Que los reincidentes fueran torturados de manera sistemática en tales lugares, era una nimiedad en comparación con el modo como fueron tratados los pueblos aborígenes o indígenas de Australia (que llegaban a las trescientas mil personas en 1788). Como ocurrió anteriormente con los indios americanos, éstos también fueron víctimas de la plaga blanca. Los colonos trajeron consigo enfermedades contagiosas para las que los aborígenes no tenían defensas, y un sistema de agricultura que implicó la expulsión de las tribus nómadas de sus ancestrales territorios de caza. Lo que fue el azúcar para las Indias Occidentales y el tabaco para Virginia, lo fue el ganado para Australia. Hacia 1821 había ya doscientas noventa mil cabezas de ganado, que invadieron el bosque donde los aborígenes habían cazado canguros durante milenios.

Macquarie, tan paternalista como siempre, esperaba que los aborígenes pudieran ser sacados, como dijo, de su «estado de vagancia y desnudez» y transformados en respetables agricultores. En 1815 trató de que dieciséis de ellos fueran establecidos en una pequeña granja en la costa de Middle Head, donde había cabañas construidas y un bote. Después de todo, razonaba, si los condenados podían volverse ciudadanos modelo al darles un equipamiento adecuado y una segunda oportunidad, ¿por qué no los aborígenes? Pero para desesperación de Macquarie rápidamente perdieron interés en la vida bien ordenada que tenía en mente para ellos. Perdieron el bote, ignoraron las cabañas y regresaron a su vida nómada en el bosque. Esta respuesta, en fuerte contraste con la beligerancia de los maoríes de Nueva Zelanda frente a la colonización blanca, selló el destino de los aborígenes. Cuanto más rechazaban la «civilización», tanto más los ambiciosos agricultores se sentían justificados a la hora de exterminarlos. Un cirujano naval visitante declaró: «[su] única superioridad, respecto al animal, consiste en su uso de la lanza, su extrema ferocidad y el uso del fuego en la cocción de la comida».

En uno de los capítulos más atroces de la historia del imperio británico, se procedió a la búsqueda y captura de todos los aborígenes del territorio de Van Diemen para su confinación y posterior exterminio; a este hecho se le conoce hoy

como «genocidio». (Trucanini, el último de ellos, murió en 1876.) Todo lo que se puede decir para mitigar esto es que si Australia hubiera sido una república independiente en el siglo XIX, como Estados Unidos, el genocidio habría ocurrido a escala continental, antes que limitarse solo a un episodio en Tasmania. Cuando el novelista Anthony Trollope visitó Australia dos años después de la muerte de Trucanini preguntó a un magistrado:

> ¿Qué me recomendaría hacer […] si la presión de las circunstancias me obligan a disparar contra un hombre negro en el bosque? ¿Debo ir a la comisaría más cercana […] o debo alegrarme como si hubiera […] matado a una serpiente mortífera? Su consejo fue claro y diáfano: «Solo un tonto hablaría de ello».

Trollope concluyó que «el destino de los aborígenes era ser eliminados». Sin embargo, una de las sorprendentes peculiaridades del imperio británico fue que el poder imperial en la metrópoli se dedicó a resistir los impulsos más despiadados de los colonos en la periferia. La preocupación por el maltrato de los pueblos indígenas llevó a la designación de protectores de aborígenes en Nueva Gales del Sur y Australia Occidental en 1838 y 1839. De seguro que estos esfuerzos bien intencionados no impidieron atrocidades como la matanza de Myall Creek en 1838, en la que un grupo de doce ganaderos, todos ex presos excepto uno, mataron a puñaladas y a tiros a veintiocho aborígenes desarmados. Una larga guerra de baja intensidad había sido librada durante décadas entre aborígenes y agricultores a medida que la agricultura se expandía hacia el interior. La presencia de una autoridad moderadora, aunque fuera distante, era un riesgo distintivo de las colonias británicas frente a las repúblicas independientes de los colonos. No hubo tal influencia restrictiva cuando Estados Unidos se lanzó a la guerra contra los indios americanos.

El caso de los aborígenes es un ejemplo impactante del modo como las actitudes cambiaban con la distancia. Los británicos en Londres veían el problema de un modo muy distinto que los británicos en Sidney. Ésta representaba la esencia del dilema imperial. ¿Cómo podía un imperio que afirmaba estar basado en la libertad justificar que desatendía los deseos de los colonos cuando colisionaban con los de una asamblea legislativa tan lejana? Ese había sido el problema central en América en la década de 1770, y la solución final había sido la secesión. En la década de 1830 el problema se planteó también en Canadá. Pero esta vez los británicos tuvieron una mejor solución.

Después de la guerra norteamericana de la Independencia, Canadá parecía la colonia más fiable de Gran Bretaña, gracias al influjo de los realistas derrotados de Estados Unidos. Pero en 1837 los *québécois* de habla francesa del sur de Canadá y los

reformadores proestadounidenses del norte se sublevaron. Su principal agravio no era nuevo: pese a estar representados en su propia cámara de asambleas, sus deseos eran ignorados al antojo del consejo legislativo y del gobernador, que solo rendía cuentas a Londres. Había verdadera alarma en Gran Bretaña de que Estados Unidos, en rápida expansión, pudiera aprovechar la oportunidad para anexionar a su vecino septentrional; después de todo, su incorporación estaba explícitamente contemplada en el artículo XI de los artículos de la Confederación Americana. En 1812 Estados Unidos incluso había enviado un ejército de doce mil soldados a Canadá, aunque éste había sido completamente derrotado.

Era innegable que el experimento estadounidense de echar a andar solos como república había tenido éxito. ¿Se emanciparían las restantes colonias «blancas» para formar repúblicas como había hecho Estados Unidos? ¿Habría un Estados Unidos de Canadá o de Australia? Quizá lo más sorprendente de todo es que no ocurriera.

El mérito de esto se debe a la extraña figura de John Lambton, conde de Durham, petulante carcamal de la época de la Regencia, que fue enviado a Canadá para sofocar esta nueva revuelta colonial. «Déspota extravagante», según decía un coetáneo suyo, Durham anunció su llegada a Quebec pavoneándose por las calles en un caballo blanco y se instaló en el *château* St. Louis, donde comía en vajilla de oro y plata, y bebía champán añejo. Pese a las apariencias, Durham no era un peso ligero. Había sido uno de los autores de la ley de reforma parlamentaria de 1832, de ahí su apodo de Jack el Radical. También tenía la lucidez de buscar buen consejo. Charles Buller, su secretario personal, había nacido en Calcuta, estudió historia con Thomas Carlyle, y había ganado fama de abogado brillante antes de incorporarse a la Cámara de los Comunes, mientras que el principal consejero de Durham, Edward Gibbon Wakefield, había escrito bastante sobre la reforma agraria en Australia, irónicamente cuando languidecía en la prisión de Newgate, donde había sido encerrado durante tres años por raptar a una heredera menor de edad. Era uno de los muchos pensadores de su generación que había estado preocupado por el espectro, invocado por el estadístico Thomas Malthus, del crecimiento demográfico insostenible en Inglaterra. Para Wakefield, las colonias eran la única solución al exceso de la población de británica. Pero para alentar el asentamiento libre, en oposición a la continua deportación, estaba convencido de que tenía que llegarse a algún tipo de acuerdo con el sentimiento de independencia inherentemente británico de los colonos.

Durham, Buller y Wakefield pasaron solo seis meses en Canadá antes de volver a Inglaterra, y presentaron su informe. Aunque centrado principalmente en los problemas específicos del gobierno canadiense, el informe tocaba un tema de mucha relevancia para todo el imperio británico. En efecto, hay una buena razón para afirmar que el texto de Durham fue el libro que salvó al imperio, pues lo que hacía era reconocer que los colonos de Estados Unidos habían estado en lo cierto. Después de todo, tenían derecho a reclamar que los que gobernaran las colonias blancas rindieran cuentas ante asambleas representativas de los colonos, y no simplemente

ante los funcionarios de una distante autoridad real. Lo que Durham reclamaba para Canadá era exactamente lo que una generación anterior de ministros británicos habían negado a las trece colonias:

> Un sistema de gobierno con responsabilidad ante el pueblo [de modo] que le diera a éste un control real sobre su destino […] El gobierno de la colonia debería por tanto ser implementado en conformidad con la opinión de la mayoría en la asamblea.

El informe también decía que los estadounidenses habían estado en lo correcto al adoptar una estructura federal para sus estados, lo cual fue copiado en Canadá y después en Australia.

Hay que admitir que no se aplicó de inmediato. Si bien el gobierno se apresuró a poner en práctica la principal recomendación de Durham (que el Canadá del Sur y del Norte fueran unificados con el fin de diluir la influencia francesa en el primero), el gobierno con responsabilidad ante los colonos no fue introducido hasta 1848, aunque solo en Nueva Escocia. No fue hasta 1856 cuando la mayoría de las colonias canadienses lo obtuvieron. En esta época la idea también había llegado a Australia y Nueva Zelanda, que comenzaron a marchar en la misma dirección. Hacia 1860, el equilibrio del poder político en todas las colonias blancas había variado decisivamente. A partir de entonces, los gobernadores desempeñarían un papel más ornamental, como representantes de un monarca también cada vez más ornamental; el verdadero poder residiría en los representantes elegidos de los colonos.

«El gobierno con responsabilidad ante el pueblo», entonces, fue la fórmula para conciliar la práctica del imperio con el principio de libertad. El informe de Durham significó que las aspiraciones de los canadienses, australianos, neozelandeses y sudafricanos (que apenas se distinguirían de las aspiraciones de los futuros estadounidenses en la década de 1770) pudieron ser y fueron resueltas sin necesidad de guerras de independencia. En adelante, lo que los colonos desearan, sería lo que obtendrían. Por ejemplo, Londres tuvo que ceder cuando los australianos exigieron el fin de la deportación. El último barco de presidiarios zarpó en 1867.

Así pues, no volvería a repetirse la batalla de Lexington en Auckland; ni un George Washington en Canberra; tampoco una Declaración de Independencia en Ottawa. De hecho, es difícil no entrever en el informe de Durham un lamento implícito. Si los colonos de Estados Unidos hubieran obtenido el gobierno responsable que habían pedido en la década de 1770; si los británicos hubieran estado a la altura de su propia retórica de la libertad, no habría habido la guerra de la Independencia. De hecho, no habría existido Estados Unidos. Y millones de emigrantes británicos podrían haber elegido California[*] en vez de Canadá cuando tuvieron que hacer sus maletas para marcharse.[13]

La misión

> «Cuando se considera el contraste entre la influencia de un gobierno cristiano y un gobierno pagano; cuando el conocer de la desgracia del pueblo nos obliga a reflexionar en las indecibles bendiciones que la expansión del dominio británico traería a millones; no es ambición sino benevolencia para todo el país lo que dicta ese deseo. Donde la providencia divina los disponga, un estado tras otro será entregado a Su custodia».
>
> MACLEOD WYLIE, *Bengal as a Field of Missions* (1854)

Durante el siglo XVIII se puede considerar que el imperio británico había sido a lo sumo amoral. Los Hannover habían obtenido poder en Asia, territorio en América y esclavos en África. Los pueblos nativos habían sido gravados con impuestos, saqueados o liquidados, pero paradójicamente sus culturas fueron toleradas e incluso en algunos casos estudiadas y admiradas.

Los Victorianos tenían aspiraciones más elevadas. Soñaban no solo con dominar el mundo, sino con redimirlo. Ya no les bastaba con explotar a otras razas; ahora tenían el objetivo de hacerlas mejorar. Así, los pueblos nativos dejarían de ser explotados, pero sus culturas (supersticiosas, atrasadas, paganas) tendrían que desaparecer. Los Victorianos aspiraban en concreto a llevar la luz al que solían llamar el continente negro.

África era en realidad mucho menos primitiva de lo que se figuraban. Lejos de ser «un caos bárbaro», como la calificó un viajero inglés, el África subsahariana sustentaba a una miríada de estados y naciones, algunos de los cuales eran económicamente mucho más avanzados que las civilizaciones anteriores a la colonización de América del Norte y Australasia. Había ciudades importantes como Tombuctú (en la actual Mali) e Ibadan (en la actual Nigeria), minas de oro y cobre, e incluso industria textil. Sin embargo, a los Victorianos África les parecía bárbara en tres aspectos. A diferencia del norte de África, las religiones del África subsahariana no eran monoteístas; la región estaba plagada de malaria, fiebre amarilla y otras enfermedades mortíferas para los europeos (y su ganado favorito), excepto en los extremos norte y sur; y, quizá lo más importante, los esclavos eran su principal artículo de exportación (de hecho, suministrar esclavos a los traficantes europeos y árabes en las costas se convirtió en la fuente de ingresos más grande del continente). Esta peculiar vía de desarrollo económico global hizo que los mismos africanos se implicaran en la empresa de capturarse y venderse unos a otros.

Como las organizaciones no gubernamentales de ayuda de hoy, los misioneros Victorianos creían saber lo que era mejor para África. Su objetivo no era tanto colonizar, como «civilizar»: introducir un modo de vida que fuera ante todo y sobre todo cristiano, pero también de orientación claramente norteuropea por su reverencia

hacia la industria y la abstinencia. El hombre que encarnó ese nuevo *ethos* del imperio fue David Livingstone, para quien el comercio y la colonización como pilares del imperio eran necesarios pero insuficientes. En definitiva, él y miles de misioneros como él deseaban un renacimiento religioso del imperio. No se trataba de un proyecto de gobierno, sino que era obra de lo que hoy llamaríamos el voluntariado. Pese a las buenas intenciones de los organismos de ayuda Victorianos, a veces tendrían consecuencias imprevistas y sangrientas.

DE CLAPHAM A FREETOWN

Es tradición que los británicos envíen ayuda a África. En el momento en que estaba escribiendo este libro, había soldados británicos en Sierra Leona desde mayo de 2000 como fuerzas de paz. Su misión era fundamentalmente altruista: ayudar a restaurar la estabilidad en un país arruinado tras años de guerra civil.[1]

Hace casi doscientos años un escuadrón de la Royal Navy se había instalado en Sierra Leona con una misión de un cariz moral semejante: impedir que los barcos dedicados a la trata de esclavos dejaran la costa de África para ir a América, y así acabar con dicho tráfico en el Atlántico.

Se trataba de un giro sorprendente, incluso para los mismos africanos.[2] Cuando los británicos llegaron por primera vez a Sierra Leona en 1562, no tardaron en convertirse en tratantes de esclavos. Durante medio siglo, como hemos visto, más de tres millones de africanos fueron transportados como esclavos en naves británicas. Hacia finales del siglo XVIII hubo un cambio radical; fue como si la psique colectiva británica despertara de golpe. Comenzaron a enviar esclavos de regreso a África Occidental y a dejarlos en libertad. Sierra Leona se convirtió en la «provincia de la libertad». Su capital recibió el nuevo nombre de Freetown. Los esclavos liberados caminaban bajo el arco de la libertad que llevaba la inscripción (hoy casi invisible con la maleza): «Liberado de la esclavitud por el valor y la filantropía británica». En vez de acabar en una plantación al otro lado del Atlántico, cada uno recibía diez áreas de tierra, una olla para cocinar, una espada y la libertad.

Los asentamientos en Freetown eran como naciones a pequeña escala, como lo siguen siendo hoy día: los congoleños en el barrio del Congo, los fulbés en Wilberforce, los ashanti en Kissy. En el pasado los esclavos eran llevados hasta la costa donde eran encadenados y encerrados tras las rejas a la espera ser embarcados para cruzar el Atlántico. Ahora venían a Freetown a liberarse de las cadenas y comenzar una nueva vida. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo para que Gran Bretaña pasara de ser la principal potencia esclavista del mundo a ser la principal potencia que defendía la emancipación? La respuesta se hallaba en el ferviente renacimiento religioso, cuyo epicentro, de todos los lugares posibles, fue Clapham. Zachary Macaulay fue uno de los primeros gobernadores de Sierra Leona. Hijo de un ministro

de Inverary y padre del más grande de los historiadores Victorianos, Macaulay trabajó durante un tiempo como administrador de una plantación azucarera en Jamaica, pero pronto descubrió que no era capaz de conciliar su trabajo con la fe cristiana: las diarias flagelaciones de las que era testigo «lo enfermaban» demasiado. En busca de espíritus afines al suyo, volvió a Inglaterra, donde rápidamente se le unió el banquero y miembro del Parlamento Henry Thornton, el principal apoyo financiero de la Compañía de Sierra Leona, que había fundado una pequeña empresa colonizadora cuyo principal objetivo era repatriar a la pequeña población de antiguos esclavos que vivían en Londres. Por iniciativa de Thornton, Macaulay fue enviado a Sierra Leona en 1793, donde capacidad de entrega y de trabajo duro por una buena causa pronto le aseguraron el cargo de gobernador. Los cinco años siguientes, Macaulay se sumergió en el funcionamiento del tráfico que estaba decidido a erradicar, comía con los jefes de tribus africanas que suministraban esclavos del interior e incluso cruzó el Atlántico para comprobar personalmente los sufrimientos de los embarcados. Cuando volvió a Inglaterra, Macaulay no era solo un experto en el tráfico de esclavos, sino el experto.

Solo había un lugar en Londres donde Macaulay podía vivir, y éste era Clapham, donde podía encontrar espíritus afines al suyo. De hecho, podría decirse que la transformación moral del imperio británico comenzó en la Holy Trinity Church, al norte de los predios municipales de Clapham. Los demás feligreses, entre los que estaban Thornton y el brillante orador parlamentario William Wilberforce, combinaban el fervor evangélico con un recto sentido común político. Empezaron a ser conocidos colectivamente como la secta de Clapham, y fueron muy eficientes a la hora de movilizar a una generación de activistas de base. Armados con los informes de primera mano sobre el tráfico de esclavos realizados por Macaulay, juraron lograr su abolición.

Es difícil explicar un cambio tan profundo en la ética de un pueblo. Suele sostenerse que la esclavitud fue abolida simplemente porque dejó de ser rentable, pero todos los indicios apuntan en otro sentido: de hecho, fue abolida pese a ser rentable. Lo que debemos comprender, por tanto, es un cambio colectivo de opinión. Como todos los grandes cambios, sus orígenes fueron insignificantes. Desde hacía tiempo había una minoría dentro del imperio británico que, por principios religiosos, se oponía a la esclavitud. Los cuáqueros de Pensilvania se declaraban detractores en la década de 1680, sosteniendo que violaba el mandamiento bíblico: «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos» (Mateo 7:12). En las décadas de 1740 y 1750 el llamado «gran despertar» en América y el surgimiento del metodismo en Gran Bretaña propagaron dichas objeciones en círculos protestantes más amplios. Otros se volvieron contrarios a la esclavitud con las enseñanzas de la Ilustración. Tanto Adam Smith como Adam Ferguson eran contrarios al tráfico de esclavos; el primero porque «el trabajo realizado por hombres libres resulta más barato al final que el realizado por esclavos». Pero no fue hasta la

década de 1780 cuando la campaña contra la esclavitud logró suficiente impulso como para influir en los miembros del Parlamento. La esclavitud fue abolida en Pensilvania en 1780, ejemplo que pronto siguieron otros estados norteños. En 1788 se aprobó una ley en Westminster para regular las condiciones en los barcos de esclavos; cuatro años más tarde, la Cámara de los Comunes aprobó una ley para la progresiva abolición, pero la Cámara de los Lores la rechazó.

La campaña en favor de la abolición fue una de las primeras campañas de agitación extraparlamentaria. Su liderazgo fue amplio. Los fundadores de la sociedad para la abolición de la trata de esclavos, Granville Sharp y Thomas Clarkson, eran anglicanos, pero la mayoría de sus asociados más cercanos eran cuáqueros. El apoyo a la causa se extendió más allá de Clapham, e incluyó al joven Pitt, al ex esclavista John Newton, Edmund Burke, al poeta Samuel Taylor Coleridge y al rey de los ceramistas, Josiah Wedgwood. Los hombres de todas estas confesiones hicieron causa común contra la esclavitud en reuniones como aquella a la que asistió el joven David Livingstone en Exeter Hall.

Lo más impresionante de la campaña fue el amplio apoyo que movilizó. Wedgwood fabricó miles de insignias antiesclavistas en las que figuraba una silueta negra sobre un fondo blanco con el lema: «¿No soy un hombre y un hermano?», que rápidamente se extendieron por todas partes. Cuando solo en Manchester once mil personas (dos tercios de la población masculina) firmaron una petición pidiendo el final de la trata de esclavos, esto vino a ser un llamamiento por una política exterior ética, un llamamiento tan generalizado que el gobierno no se atrevió a ignorarlo. En 1807 la trata de esclavos fue abolida. En lo sucesivo, los traficantes de esclavos podrían ser deportados a la colonia penal británica de Australia. Qué curiosa ironía. Los reformadores tampoco se sintieron satisfechos con esta victoria. En 1814 unas setecientas cincuenta mil firmas respaldaron las peticiones que exigían la abolición de la esclavitud.

Fue el nacimiento de un nuevo tipo de política, la política del grupo de presión. Gracias al trabajo de apasionados activistas armados con pluma, papel e indignación moral, Gran Bretaña se volvió contra la esclavitud. Más notorio todavía fue que se aboliera la trata de esclavos pese a la firme oposición de poderosos intereses creados. Los hacendados de las Indias Occidentales eran lo bastante influyentes como para intimidar a Edmund Burke y comprar a James Boswell, así como los tratantes de esclavos de Liverpool no se quedaban a la zaga; sin embargo el fervor evangélico los barrió. El único modo de que los comerciantes de Liverpool pudieron sobrevivir fue emprendiendo una nueva línea de negocios. Les resultó muy provechoso pasarse a la importación de aceite de palma de África Occidental para la elaboración de jabón. Literal y metafóricamente, las mal habidas ganancias del comercio de esclavos fueron «lavadas» tras la abolición.

Una victoria llevó a otra, pues una vez que hubo desaparecido el tráfico de esclavos, la esclavitud solo podía irse extinguiendo. Entre 1808 y 1830 el total de la

población esclava de las Indias Occidentales británicas se redujo de ochocientos mil a seiscientos cincuenta mil. Hacia 1833 se derrumbó la última resistencia. La esclavitud fue declarada ilegal en territorio británico; los ilotas del Caribe fueron emancipados, siendo compensados sus propietarios con las ganancias de un préstamo especial del gobierno.

Esto no puso fin a la trata de esclavos transatlántica o a la esclavitud en el continente americano. Continuó no solo en el sur de Estados Unidos, sino también a una escala bastante superior en Brasil; alrededor de dos millones de africanos cruzaron el Atlántico tras la prohibición británica, la mayoría de ellos hacia América Latina. Sin embargo, los británicos hicieron cuanto pudieron para interrumpir dicho tráfico, como enviar un escuadrón británico a patrullar la costa africana desde Freetown, y ofrecer recompensas a los oficiales navales por cada esclavo que interceptaran y liberaran. Con verdadero espíritu de conversos, los británicos estaban decididos «a liquidar en los mares africanos y americanos el atroz comercio del que hasta ahora están infestados».

Los gobiernos español y portugués fueron presionados para que aceptaran las prohibiciones a la trata, permitiendo que la Royal Navy actuase contra sus súbditos sin cortapisas; se formaron incluso tribunales internacionales para el arbitraje. Los franceses se unieron a la vigilancia de mala gana, protestando por que los británicos quisieron impedir que otros países obtuvieran beneficios de lo que ellos mismos habían prohibido tan a la ligera. Solo las naves con la bandera de Estados Unidos desafiaron al régimen británico. Una medida de fuerza de la campaña contra la trata de esclavos no solo es que movilizara a los parlamentarios para que se prohibiera, sino también a la Royal Navy para hacer que se cumpliera dicha prohibición. El hecho de que esa misma fuerza se comprometiera al mismo tiempo en hacer abrir los puertos de China al comercio de opio, deja claro que el impulso moral para la guerra contra el comercio de esclavos no provenía del Almirantazgo.

El monumento a la secta de Clapham en el muro oeste de la Holy Trinity Church homenajea a Macaulay y a sus amigos que «no descansaron hasta que la maldición de la esclavitud fuera desterrada de todos los rincones de los dominios británicos». Pero esa fue la primera etapa de un plan mucho más ambicioso. Significativamente, el monumento también los alaba por trabajar «tanto por la integridad nacional y la conversión de los paganos». Esto supuso dar un nuevo rumbo a los hechos. Durante doscientos años el imperio se había dedicado al comercio, la guerra y la colonización. Había exportado productos, capitales y personas británicos. Ahora, sin embargo, aspiraba a exportar la cultura británica. Los africanos podían ser atrasados y supersticiosos, pero a esta nueva generación de evangélicos británicos les parecía que era posible «civilizarlos». Como decía Macaulay, el tiempo había llegado para «propagar en la oscura superficie [de África], la luz, la libertad y la civilización».

Divulgar la palabra de Dios y por tanto salvar las almas de los paganos era un nuevo fundamento no basado en la riqueza para expandir la influencia británica, la misma misión que más adelante caracterizaría a las organizaciones no gubernamentales (ONG) con más éxito del siglo.

Las sociedades misioneras eran organismos de ayuda victorianos, que llevaban ayuda espiritual y material al mundo «menos desarrollado». Sus orígenes pueden remontarse a la Sociedad por la Promoción del Evangelio Cristiano (1698) y a la Sociedad por la Propagación del Evangelio (1701), pero éstas estaban casi exclusivamente dedicadas al bienestar espiritual de los colonos y funcionarios británicos de ultramar. Como el movimiento antiesclavista, el movimiento para convertir a los pueblos indígenas cobró fuerzas a finales del siglo XVIII. En 1776 el *Evangelical Magazine* dedicó un editorial a «África, esa región tan devastada». Era a «esa región oprimida y bárbara» que los editores de la revista estaban «deseosos de enviar el Evangelio de Cristo […] esa bendición esencial que supera los males de la vida más doliente». Dieciséis años después William Carey predicó un sermón importante en Nottingham, exhortando a sus oyentes «a esperar grandes cosas de Dios»; poco después formó con sus amigos la primera Sociedad Baptista para la Propagación del Evangelio entre los Paganos. En 1795 siguió la Sociedad Misionera de Londres, que aceptaba misioneros de todas las sectas disidentes, y en 1799 apareció la Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana, la cual declaró que su meta —de hecho, su deber cristiano— era «propagar el conocimiento del Evangelio entre los paganos». Se formaron también sociedades escocesas en Glasgow y Edimburgo en 1796.

El mejor sitio para comenzar la labor misionera en África era Freetown. Ya en 1804 la Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana había comenzado a trabajar allí, seguida poco después por los metodistas. Ambas se propusieron convertir a los yorubas «recuperados» (esclavos liberados traídos a Freetown por la intervención de la Royal Navy). Pero la intención primera no era solo enviar misioneros a África. Los misioneros anglicanos también se dirigieron a la colonia británica más remota, Nueva Zelanda, en 1809. En la Navidad de 1814 Samuel Marsden predicó del texto «Mirad que os traigo nuevas de una gran alegría» a una congregación de maoríes que no lo entendían. Su llegada atrajo a otros. Los metodistas establecieron una misión allí en 1823, y los católicos en 1838. Hacia 1839 los anglicanos tenían once sedes misioneras en Nueva Zelanda y los metodistas seis. El misionero más popular en Nueva Zelanda fue el anglicano Henry Williams, un intrépido ex marinero que trabajó allí desde 1823 hasta su muerte en 1867, construyendo la primera iglesia (en Paihia) y traduciendo la Biblia al maorí. Williams se ganó el respeto de los maoríes, en especial cuando intervino en medio de una encarnizada batalla para recordarles el Evangelio. Pero no todos los misioneros pudieron desafiar impunemente las costumbres tradicionales. El reverendo Carl S. Volkner llegó a Nueva Zelanda en la década de 1850; los maoríes de Opotiki le perdieron el respeto tras instarlos a que

desistieran de derramar sangre cuando en 1865 estalló la guerra con un clan rival. Uno de los jefes de Opotiki lo colgó, le disparó y lo decapitó en su propia iglesia, bebió su sangre y se comió sus dos ojos.

Convertir a los paganos era una empresa ardua y peligrosa. Para tener éxito, el movimiento misionero necesitaba un ejército de hombres jóvenes, aventureros idealistas y altruistas, deseosos de ir a los confines del mundo para propagar la Palabra de Dios. No podía haber mayor contraste entre las motivaciones de los misioneros y las de las generaciones anteriores, los constructores del imperio, espadachines y traficantes de esclavos y colonos.

William Threlfall se embarcó para Sudáfrica en 1824 con apenas veintitrés años; era una de las esperanzas más prometedoras de la misión metodista. Durante su viaje al sur casi muere al declararse el tifus a bordo del barco en que viajaba, y al poco de desembarcar cayó gravemente enfermo. Refleja el nuevo idealismo de la época el hecho de que cuando yacía en Ciudad del Cabo temiendo estar ya en su lecho de muerte, tomara la mano de un amigo y, «con la seriedad más impresionante» expresara el deseo de haber sido negro, de poder estar entre los nativos del país «sin que se creyera que estaba influenciado por una opinión perversa o mundana». Esta vez Threlfall consiguió recobrarse, pero apenas medio año después fue descuartizado junto con un compañero por hombres de la selva.

Threlfall y miles como él fueron los mártires del nuevo imperialismo evangélico. Su disposición a sacrificarse no por riquezas sino por Dios, diferenció al imperio Victoriano de todos los que habían existido antes. Y por cada misionero (en realidad, detrás de cada ONG victoriana), había un número mucho mayor de hombres y mujeres en la metrópoli que apoyaban y patrocinaban su trabajo, a las que Dickens satirizó en el personaje de la señora Jellyby de *Bleak House*, que descuida a su familia más próxima hasta incurrir en la negligencia criminal, pero se dedica apasionadamente a las buenas causas:

> Se había dedicado a una gran variedad de asuntos públicos en distintos momentos, y al presente (hasta que algo diferente la atrajera) se dedica al tema de África, con vistas al cultivo del café (y los nativos), y el feliz asentamiento, a orillas de los ríos africanos, de nuestra excesiva población […] Era una mujer bonita, muy pequeña y rolliza, entre los cuarenta y cincuenta años, de lindos ojos, aunque tenía una mirada que curiosamente parecía dirigirse a algún punto muy lejano. Como si […] ¡no pudiera ver nada más que África!

En muchos aspectos, la misión modelo en África era el asentamiento en Kuruman en Bechuanalandia de la Sociedad Misionera de Londres, a unos mil kilómetros al nordeste de Ciudad del Cabo. Kuruman era regularmente citada en los escritos de la sociedad como ejemplo de cómo debía ser una misión bien llevada, lo cual se podía

apreciar cuando se visitaba. Parece una pequeña aldea escocesa en el corazón de África, con una iglesia techada de paja, casitas enjalbegadas y un buzón rojo de correos. La esencia del proyecto de Kuruman era sencilla: al convertir a los africanos en cristianos, la misión estaba al mismo tiempo civilizándolos, al cambiar no solo su religión, sino su modo de vestir, sus hábitos de higiene y de vivienda. Se informó con entusiasmo del progreso realizado en Kuruman en estos aspectos en el *Missionary Magazine*:

> La gente ahora se viste con confecciones británicas y tienen una apariencia respetable en la casa del Señor. Los niños que antes iban desnudos y presentaban el aspecto más repelente están decentemente vestidos […] En vez de unas cuantas chozas que parecían pocilgas, tenemos ahora una aldea organizada; el valle donde se halla, que antes estaba yermo, ahora está plantado de huertas.

En otras palabras, no solo se procuraba la cristianización, sino la anglicanización.

El 31 de julio de 1841, esta misión idílica fue sacudida por un rayo humano: un hombre que revolucionaría el movimiento misionero y cambiaría la relación entre Gran Bretaña y África para siempre.

UN SUPERHOMBRE VICTORIANO

Hijo de un sastre convertido en vendedor de té, David Livingstone nació en 1813 en la ciudad textil de Blantyre en Lanarkshire, donde comenzó a trabajar en una fabrica a los diez años de edad. Era un autodidacto prodigioso. Pese a la jornada de doce horas y media de seis días a la semana, se sumergía en los libros para aprender latín y las nociones básicas del griego clásico, leyendo literalmente a medida que avanzaba. En Livingstone se fundieron las dos grandes corrientes intelectuales de la Escocia de principios del siglo XIX: la reverencia por la ciencia de la Ilustración y el sentimiento misional de un calvinismo renovado. La primera lo llevó a estudiar medicina; la segunda lo convenció de poner sus energías y capacidad a disposición de la Sociedad Misionera de Londres. Se costeó los estudios en el Anderson’s College en Glasgow, y después solicitó convertirse en misionero en 1838. Dos años después, en noviembre de 1840, obtuvo la licenciatura de la Real Facultad de Medicina y Cirugía de Glasgow. El mismo mes fue ordenado ministro.

Las respuestas de Livingstone al cuestionario de la sociedad revelan la naturaleza de la vocación del misionero:

> Cuando llegué a conocer por vez primera el valor del Evangelio […] el

> deseo de que todos pudieran disfrutar de sus bendiciones me llenó la mente y esto, junto con la propia salvación, me pareció que debería ser la principal meta de todo cristiano […] Los deberes [del misionero] principalmente son, según entiendo yo[,] dedicar todos los medios a su alcance a hacer conocer el Evangelio mediante la prédica, la exhortación, la conversión, la instrucción de los jóvenes, mejorando cuanto esté en su poder la condición temporal de aquellos entre quienes él trabaja introduciendo las artes y las ciencias de la civilización y hacer todo lo que esté en su poder para promover el cristianismo en los oídos y las conciencias. Se expondrá a grandes pruebas de fe y paciencia, desde la indiferencia a la desconfianza, e incluso a la oposición directa y la mofa de aquellos por cuyo bien trabaja desinteresadamente, puede verse tentado por el desaliento debido al pequeño fruto aparente de sus esfuerzos, y expuesto a todas las influencias contaminantes del paganismo…
>
> Las dificultades y peligros de la vida misionera, hasta donde he tenido los medios para precisar su carácter y amplitud[,] han sido tema de una seria reflexión; y dependiendo del prometido auxilio del Espíritu Santo, no tengo duda en afirmar que yo voluntariamente me sometería a ellas considerando que mi constitución es capaz de sobrellevar cualquier grado normal de dureza o fatiga.

Livingstone sabía muy bien a qué se exponía, pero también tenía una extraña confianza en que estaría a la altura de las circunstancias. Y en esto no se equivocaba. Después de las oscuras y satánicas fabricas de Lanarkshire, el mundo no tenía horrores para él.

Su primer objetivo fue ir a China, pero cuando se lo impidió el estallido de la primera guerra del opio, convenció a la Sociedad Misionera de Londres de que lo enviara a Sudáfrica. Parecía el hombre perfecto para continuar con la obra que se estaba llevando a cabo en Kuruman. Como predicador y como doctor, Livingstone era la persona ideal para civilizar y cristianizar. Además, a diferencia de muchos jóvenes misioneros, tenía una constitución de hierro que podía sobrellevar los rigores de la vida africana. Sobrevivió al ataque de un león y a un sinfín de ataques de la malaria, contra la cual ideó un remedio propio particularmente desagradable.[3]

Sin embargo, Livingstone se desilusionó pronto con la misión modelo de la sociedad. Convertir a los africanos resultó ser un trabajo penoso y lento, como lo demuestran sus primeros diarios de Kuruman:

> La población está sumida en un estado extremo de degradación moral. Hasta el punto que sería difícil o más bien imposible que los cristianos en la metrópoli pudieran lograr aproximarse a tener una noción precisa de la

> bastedad que envuelve sus mentes. Nadie puede concebir el estado en que viven. Sus ideas son todas terrenales y solo con gran dificultad pueden ser llevados a desprenderse de los objetos sensuales […] Toda su vestimenta está untada de grasa, por tanto la mía rápidamente queda manchada. Y sentarse con ellos día tras día y escuchar su música estruendosa, es suficiente para provocar en uno un rechazo al paganismo permanente. Si no están saciados de carne y cerveza, protestan, y cuando sus estómagos están llenos entonces comienza el ruido llamado canto.

Detrás de la pía propaganda del *Missionary Magazine*, se escondía esta dura realidad. Como admitió el fundador de la misión, Robert Moffat,

> No había habido conversiones, ni interés en Dios, ni objeciones a que ejercitemos nuestros talentos en la apología. Indiferencia y estupidez forman la corona de toda frente, ignorancia —la más grosera ignorancia—, están en el fondo de todos los corazones. Las cosas terrenas, sensuales y diabólicas estimulan la emoción y la alegría, mientras que la gran preocupación por la salvación del alma les parece como un traje raído, en el que no ven ni belleza ni valor […] Predicamos, convertimos, catequizamos, pero sin el menor éxito apreciable. Satisfaced solo sus espíritus mendicantes dándoles perpetuamente, y seréis todo lo que es bueno. Pero rehusad sus exigencias infinitas, la alabanza se convertirá en ridículo e insulto.

Livingstone fue dándose cuenta progresivamente de que los africanos mostraban interés en él no por su prédica, sino por sus conocimientos médicos, incluida la que llamaban «la medicina de la pistola» que le permitía cazar con su rifle. Como dijo amargamente de la tribu de Bajtala: «Desean que vivan hombres blancos, no por el deseo de conocer el Evangelio, sino simplemente, como algunos de ellos me han dicho en una conversación, para que mediante nuestra presencia y oraciones puedan obtener abundantes lluvias, cuentas, armas, etcétera».

Incluso cuando el Evangelio podía ser maravillosamente ilustrado utilizando una linterna mágica que Livingstone llevaba consigo en todas las aldeas, la respuesta era descorazonadora. Cuando Sechele, jefe de los bakwenas, le dio permiso para hablar a su pueblo en agosto de 1848, el resultado no le sorprendió:

> Una buena audiencia atenta pero después del oficio fui a ver a un hombre enfermo y cuando volví el jefe se había retirado a su choza a beber cerveza, y como es costumbre unos cuarenta hombres estaban de pie fuera y cantaban para él, o en otras palabras le rogaban les diera cerveza de esa manera. Un ministro que no haya visto mucho cómo son los primeros oficios, como lo he

> visto yo, se sentiría chocado de ver el poco efecto generado por una seria prédica referente al Juicio que nos espera.

Hasta que no curó a un hijo de Sechele que había caído enfermo, el jefe no tomó su mensaje en serio. Parecía que solo curando el cuerpo podía salvar el alma africana.

Livingstone se había pasado siete años de misionero. Al igual que Mofatt, con cuya hija, Mary, se había casado en 1845, había aprendido las lenguas nativas traduciendo a éstas la Biblia. Parece ser que el único al que convirtió fue a Sechele, que a los pocos meses abandonó la fe y volvió a la práctica tribal de la poligamia. Años después, le ocurrió una historia similar, cuando trató de convertir a la tribu makololo. Un visitante británico notó que «el pasatiempo favorito de la tribu» era «imitar a Livingstone leyendo y cantando salmos. Esto siempre era acompañado de carcajadas de risa burlona». Ni uno solo de los makololos se convirtió.

Livingstone llegó a la conclusión de que siguiendo el manual de los misioneros no acabaría nunca con lo que llamaba «superstición». Debía encontrar un método mejor para penetrar en África aparte de predicar en el desierto. Hasta el mismo desierto tenía que ser en cierta medida convertido, volverlo más receptivo para la civilización británica.

Pero ¿cómo conseguir abrir el corazón de las tinieblas? Para responder a ese interrogante, Livingstone tuvo que cambiar de profesión; en 1848 dejó de ser misionero, y se convirtió en explorador.

Desde que se fundó la Royal Geographical Society en 1830 hubo quienes sostuvieron que África debía ser explorada antes de que pudiera ser convertida. Ya en 1796 Mungo Park había trazado un mapa del curso del río Níger. El mismo Livingstone ya había intentado una exploración en Kuruman, pero cuando cruzó el desierto de Kalahari y encontró el lago Ngami en 1849 se sumó efectivamente al movimiento de exploración; de hecho, la Sociedad Misionera de Londres pasó su informe del viaje, que abarcó alrededor de mil kilómetros, a la Royal Geographical Society, con lo que obtuvo una medalla de oro y parte del premio real anual al descubrimiento geográfico. Le agradara o no, su esposa se convirtió también en una exploradora, junto con sus tres hijos. Livingstone no desconocía los riesgos que corría al llevar a toda la familia hacia lo desconocido, pero no tenía duda en la necesidad de guiarlos:

> Tenemos una inmensa región ante nosotros […] Es un riesgo llevar a su esposa e hijos a un país donde reina la fiebre africana, pero ¿quién que crea en Jesús se negaría a tomar un riesgo para semejante capitán? El corazón de un padre solo puede sentir como yo cuando veo a mis pequeños y pregunto ¿regresaré con éste o con ése?

Es difícil de entender que los primeros misioneros dieran mucha más importancia a las almas de los demás que a la vida de sus propios hijos. Sin embargo, una segunda expedición que casi acabó con ellos decidió a Livingstone finalmente a dejar a su familia en Inglaterra. No volvieron a verlo hasta al cabo de cuatro años y medio.[4]

Las expediciones al lago Ngami fueron las primeras de una serie de viajes casi sobrehumanos que dominaron el imaginario Victoriano de mediados del siglo XIX. En 1853 Livingstone recorrió cuatro mil ochocientos kilómetros por la cuenca alta del río Zambeze, después partió de Linyanti en la actual Botswana hacia Luanda en la costa de la Angola portuguesa; según *The Times*: «Una de las grandes exploraciones geográficas de la época». Después de recobrar fuerzas, regresó a Linyanti por donde había venido antes de emprender una asombrosa marcha hacia Quelimane en Mozambique, convirtiéndose en el primer europeo en atravesar el continente de la costa atlántica a la del océano índico. He aquí al verdadero héroe de la época: de origen humilde, abría camino para la civilización en el continente más inhóspito de todo el mundo. Y lo hacía sin incentivos, voluntariamente. Livingstone encarnaba una especie de ONG: fue el primer *médicin sans frontières* del siglo XIX.

Para Livingstone, la búsqueda de una vía para abrir África al cristianismo y a la civilización se hizo todavía mis urgente al descubrir que la esclavitud seguía en vigor. Aunque teóricamente la trata en el oeste del continente había sido abolida de acuerdo con la ley británica de abolición, se continuaba exportando esclavos desde África Central y Oriental a Arabia, Persia y la India. Unos dos millones de africanos fueron víctimas del tráfico oriental durante el siglo XIX; cientos de miles pasaron por el gran mercado de esclavos de la isla de Zanzíbar, que vinculaba varias economías del océano Indico.[5] Para un hombre de la generación de Livingstone, que no tenía idea del comercio de esclavos mucho mayor que los británicos habían practicado con anterioridad en África Occidental, el espectáculo de las caravanas de esclavos y de la devastación y despoblación que dejaban a su paso le resultó profundamente chocante. «La enfermedad más extraña que he visto en este país —escribió después— parece realmente ser el mal del corazón, y ataca a los hombres libres que han sido capturados y convertidos en esclavos […] Un agradable muchacho de unos doce años […] dijo que no tenía nada, excepto un dolor en el corazón». Livingstone se sentía tan a disgusto con el sufrimiento de los esclavos como la generación anterior se había mostrado indiferente al mismo.



La ética evangélica: esclavos encadenados, Zanzíbar.

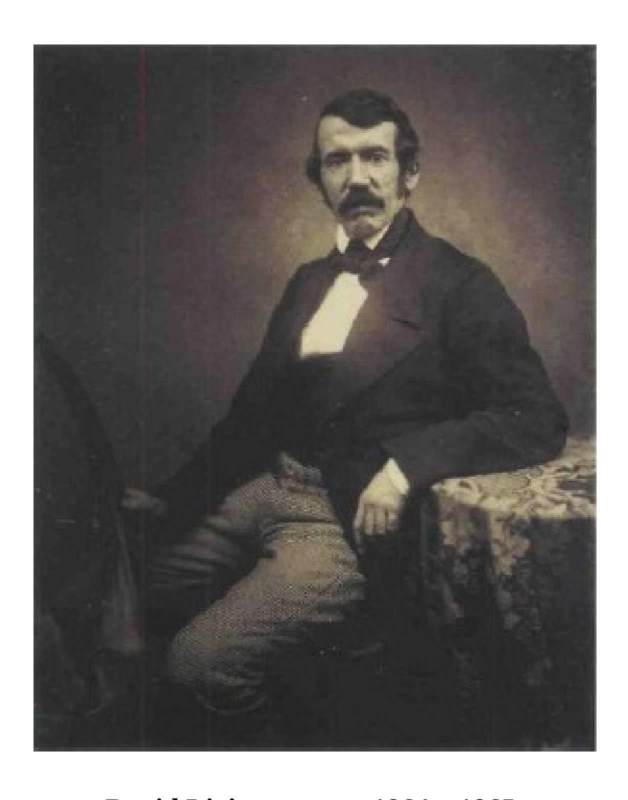
Es fácil acusar a los misioneros Victorianos de ser chovinistas culturales, por menospreciar inconscientemente a las comunidades africanas que encontraban. De eso no puede acusarse a Livingstone. Sin la ayuda de los pueblos nativos de África Central, le habría resultado imposible realizar sus viajes. Los makololos, aunque no aceptaban el cristianismo, se mostraban deseosos de trabajar para él; y cuando los conoció y conoció a las demás tribus que lo ayudaron, fue cambiando gradualmente de opinión. Los africanos, escribió, son a menudo «más sensatos que sus vecinos blancos».

A quienes los describían como asesinos, les replicaba que «nunca había abrigado sospechas de un juego sucio cuando estaba entre los negros puros, y que a excepción de uno o dos casos siempre había sido tratado con educación; de hecho, tan cordiales eran las tribus más centrales [que] […] un misionero con prudencia y tacto normales podía asegurarse su respeto». Después escribiría que se negaba a creer «en ninguna incapacidad del africano, sea en la mente o el sentimiento…». Aseguraba también: «Respecto al lugar de los africanos entre las naciones de la tierra, no he visto nada que justifique la idea de que son de una “especie” o “raza” diferente que la de los más civilizados». Precisamente el respeto de Livingstone por los africanos con los que trató le hizo rechazar el tráfico de esclavos, pues este «comercio infernal» estaba destruyendo sus comunidades ante sus propios ojos.

Hasta entonces Livingstone había tenido que lidiar solo con lo que le parecían supersticiones primitivas y economías de subsistencia. Ahora, no obstante, se las veía con un sistema económico complejo organizado desde la costa oriental africana por tratantes de esclavos árabes y portugueses. Pero con su habitual intrepidez, pronto ideó un plan que no solo abriría África a Dios y a la civilización, sino que, además, erradicaría la esclavitud. Como tantos Victorianos, daba por sentado que un mercado

libre sería más eficaz que uno no libre. En su opinión, «la brujería de la trata de esclavos» había distraído la atención «de cualquier otra fuente de riqueza» en África: «Se ha abandonado el café, el algodón, el azúcar, el aceite, el hierro o incluso el oro, a cambio de las engañosas ganancias de un comercio que rara vez enriquece». Si podía encontrarse una ruta más fácil por donde los mercaderes honrados pudieran viajar al interior y establecer un «comercio legítimo» de estos otros productos, comprándolos a trabajadores libres africanos, antes que apoderándose de esos trabajadores por la fuerza para exportarlos, entonces los tratantes de esclavos quedarían fuera del negocio. El trabajo libre suprimiría el no libre. Todo lo que Livingstone tenía que hacer era encontrar el camino.

Livingstone se mostró infatigable en su búsqueda de la arteria de la civilización. Comparado con los que lucharon por estar a su altura, parecía indestructible. Siendo el primer hombre blanco en cruzar el desierto de Kalahari, en ver el lago Ngami y en atravesar el continente, en noviembre de 1855 fue también el primero en presenciar la que es quizá la más grande de todas las maravillas naturales del mundo: al este de Esheke, el suave fluir del río Zambeze queda bruscamente interrumpido por un gran abismo. Los lugareños llaman a esta cascada Mosioatunya, «humo que truena». Livingstone, consciente de la necesidad de atraer respaldo a su obra en la metrópoli, rápidamente la rebautizó con el nombre de cataratas Victoria como «prueba de lealtad».[6]



David Livingstone, c. 1864 y 1865.

Al leer los diarios de Livingstone, es imposible no contagiarse de su apasionado entusiasmo ante el paisaje africano. «Toda la vista era sumamente bella —escribió sobre la cascada—. Nadie puede imaginar su belleza a partir de algo que haya visto

en Inglaterra»:

> Cuando irrumpe, los chorros de agua turbulenta van en la misma dirección, cada uno despidiendo varias estelas de espuma exactamente como si fueran piezas de acero ardiendo en oxígeno que despidieran chispas. Como una blanca sábana de nieve parece una miríada de pequeños cometas fugándose cada uno en una dirección […] arrojando de su núcleo corrientes de espuma.

Eran «cuadros tan hermosos que deben de haber sido contemplados por los ángeles en su vuelo»; eran simplemente «la más maravillosa vista en África». Esos sentimientos ayudan a explicar su tránsito de la obra misionera a la exploración. De carácter solitario, incluso a veces misántropo, encontraba mucho más satisfactorio marchar penosamente miles de kilómetros en el interior de África en busca de un paisaje sublime que predicar miles de sermones a cambio de un único converso. Sin embargo, la extraordinaria belleza de las cataratas Victoria explica parcialmente el entusiasmo de Livingstone, pues él siempre insistió en que viajaba con el propósito de encontrar el modo de abrir África al comercio y la civilización británicos. Y fue en Zambeze donde encontró la clave para cumplir su gran plan.

Más allá de las cataratas, Livingstone pensaba que el río debía de ser navegable hasta el mar, a unos mil cuatrocientos kilómetros, lo cual de seguro significaba que podía servir para llevar el comercio al interior de África, permitiendo que la civilización europea afluyera río arriba remontando la corriente. Cuando las «supersticiones» tribales desaparecieran con su influencia, finalmente arraigaría el cristianismo. Y cuando el comercio lícito se propagara tierra adentro se debilitaría la trata de esclavos al generar trabajo libre para los africanos. El Zambeze, en suma, era (debía ser) el camino designado por Dios.

Y justo al lado de las cataratas Victoria había un lugar idóneo para el asentamiento de los colonos británicos: la llanura de Batoka, un paisaje de «praderas onduladas cubiertas con una hierba corta tal que los poetas y los nativos lo llaman un país pastoril», pero donde también fructificaba «un trigo de calidad superior y abundante rendimiento», junto con «otros cereales y tubérculos excelentes de gran variedad». Livingstone creía que en las altiplanicies de Zambia sus compatriotas (escoceses pobres pero curtidos como él) podrían establecer una nueva colonia británica. Como pensaron tantos otros exploradores antes y lo harían después, creía haber encontrado la tierra prometida, pero en este caso sería El Dorado tanto económico como cultural. Una vez poblado por hombres blancos, la llanura de Batoka irradiaría ondas civilizadoras, hasta que todo el continente hubiera quedado libre de superstición y esclavitud.

Consciente de la necesidad de integrar su nueva colonia en la economía imperial, Livingstone incluso tenía un tipo de cultivo pensado para Batoka. Debía cultivarse algodón, reduciendo la dependencia de las fabricas textiles británicas (como aquella

en la que pasó su niñez) del algodón cultivado por esclavos africanos. Una visión audaz y mesiánica vinculaba no solo el comercio, la civilización y el cristianismo, sino también el libre comercio y el trabajo libre.

En mayo de 1856 Livingstone partió hacia Inglaterra con una nueva misión, pero esta vez se trataba de intentar convertir al público y al gobierno británicos con su excelente libro *Missionary Travels and Researches in South Africa*. En esta ocasión la conversión fue instantánea. Recibió un aluvión de medallas y honores. Incluso se le concedió una audiencia privada con la reina. En cuanto al libro, se convirtió inmediatamente en un éxito comercial, vendiendo veintiocho mil ejemplares en siete meses. En *Household Words*, el propio Dickens le hizo una reseña entusiasta, confesando honestamente:

> Su efecto en mí ha sido disminuir la estima en que tenía mi propio carácter de un modo notorio y desastroso. Solía pensar que poseía las virtudes morales de coraje, paciencia, resolución y autocontrol. Desde que he leído la obra del doctor Livingstone, he llegado a la humillante conclusión de que, al formarme una opinión de mí mismo, se me había impuesto un objeto falso y fingido. Guiado por la prueba del viajero sudafricano, descubro que mis muy apreciados coraje, paciencia, resolución y autocontrol no resultan ser sino oropeles.

Lo que impresionó a Dickens especialmente fue:

> La honestidad inquebrantable del autor al relatar sus dificultades y al reconocer su desilusión en el intento de introducir el cristianismo entre los africanos salvajes; su sensata independencia de todas esas influencias sectarias engañosas que tan lamentablemente atan los esfuerzos de tantos hombres buenos; y su aceptación valiente de la necesidad absoluta de asociar cada ayuda lícita que la sabiduría del mundo puede ofrecer con la obra de predicar el Evangelio a oyentes paganos.

Este aval, que subrayaba eficazmente la amplitud ecuménica del llamamiento de Livingstone, no podía haber estado mejor calculado para obtener apoyo para su gran proyecto africano. «Ninguno de los numerosos lectores del doctor livingstone —concluía Dickens—, le desea éxito más cordialmente en la noble obra a la que se ha dedicado una vez más, nadie se alegrará más sinceramente al saber de su seguro y próspero avance cada vez que lleguen noticias suyas a Inglaterra, que el que escribe estas breves líneas». Incluso la Sociedad Misionera de Londres, que se había sentido

descontenta con la deserción de Livingstone de sus deberes misioneros oficiales, tuvo que reconocer en su informe anual de 1858 que los *Missionary Travels* habían «acrecentado la simpatía» hacia el movimiento misionero. Un elogio moderado, pero elogio al fin.

Y sin embargo, como el informe de la sociedad no pudo evitar agregar, el éxito de Livingstone casi había eclipsado «hechos desagradables pero instructivos, inesperadamente permitidos por la divina providencia», pues el mismo año que se publicó el libro, estalló una tormenta al otro lado del planeta que pondría en cuestión toda la estrategia de cristianizar el imperio.

EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

Para los misioneros, el interior de África era un territorio virgen. Las culturas nativas les parecían primitivas; el contacto previo con los europeos había sido mínimo. En cambio, en la India el movimiento misionero afrontaba en conjunto un desafío más difícil. En este último caso era evidente que existía una civilización más compleja que la de África. Los sistemas politeístas y monoteístas de creencias estaban profundamente enraizados, y los europeos llevaban conviviendo con los indios más de ciento cincuenta años sin que hubiera un choque de religiones.

Hasta las primeras décadas del siglo XIX, los británicos de la India no pensaron en anglicanizarla ni cristianizarla en absoluto. Por el contrario, ocurría a menudo que los británicos eran los que se orientalizaban. Desde la época de Warren Hastings, una población predominantemente masculina de mercaderes y soldados se había adaptado a las costumbres indias y había aprendido los idiomas indios; muchos habían tomado mujeres indias como amantes o esposas. De modo que cuando el capitán Robert Smith del regimiento 44.º (Este de Sussex) viajó por la India entre 1828 y 1832, no fue una sorpresa encontrar a una bella princesa de Delhi cuya hermana estaba casada (aunque era de linaje real) con el hijo de un militar de alto rango al servicio de la Compañía [de las Indias Orientales]. Smith escribió: «[la princesa] tenía varios hijos, a dos de los cuales vi y […] su apariencia externa era la de unos pequeños mahometanos, con turbantes, etcétera». El propio Smith consideró los rasgos de la dama en cuestión «del más elevado orden de belleza». Era un artista aficionado, le agradaba hacer bocetos de mujeres indias, y no solo por interés antropológico:

> La expresión suave, tan característica de su raza, la belleza y regularidad de los rasgos y la forma simétrica de la cabeza son admirables y transmiten una idea elevada de la intelectualidad de la raza asiática […] Esta elegancia clásica de la forma no se limita a la cabeza, el torso tiene con frecuencia las más bellas proporciones de la antigua estatuaria, y es un tema que vale el

> esfuerzo del poeta o el artista, al entreverlo tras el fino velo de fluida muselina cuando la graciosa mujer india sale de su ablución matutina en el Ganges.[7]

El irlandés Smith se había casado con una compatriota suya antes de ser destinado a la India. Pero los hombres solteros que iban a servir a la Compañía de las Indias Orientales a menudo llevaban más lejos su admiración por las mujeres indias. En una de sus *Home Letters Written from India* (fechadas principalmente en la década de 1830), Samuel Snead Brown señalaba: «Los que han vivido con una mujer nativa durante cualquier período de tiempo nunca se casan con una europea […] tan divertidamente juguetonas, tan ansiosas de gustar y dispuestas a complacer [son ellas], que a una persona, después de haberse acostumbrado a su compañía, le repele la idea de satisfacer los caprichos o ceder a los deseos de una inglesa».

La Compañía de las Indias Orientales prefería la atmósfera de tolerancia mutua e incluso de admiración, aun cuando practicaba la tolerancia religiosa más por pragmatismo que por principio. Aunque ahora parecía más un Estado que una firma, sus juntas directivas continuaban considerando el comercio como la preocupación principal; y ya que en las décadas de 1830 y 1840, el opio representaba el 40 por ciento del valor total de las exportaciones indias, no había demasiado lugar para el altruismo en la sala de juntas. Los veteranos de la India en Calcuta, Madrás y Bombay no tenían ningún interés en desafiar la cultura india tradicional. Por el contrario, creían que este tipo de desafío desestabilizaría las relaciones angloindias; y que eso perjudicaría el negocio. Como Thomas Munro, gobernador de Madrás, dijo secamente en 1813: «Si alguna vez la civilización se convierte en un artículo de intercambio entre [Gran Bretaña y la India], estoy convencido de que este país ganará con la importación». No había necesidad, en su opinión, de intentar «hacer anglosajones a los hindúes»:

> No creo en la doctrina moderna de la mejora de los hindúes, o de cualquier otro pueblo. Cuando leo, cosa que hago a veces, que con una disposición una gran provincia ha sido súbitamente mejorada, o se ha civilizado a una raza de semibárbaros hasta llegar casi al punto del cuaquerismo, me deshago del libro.

Por eso se prohibió explícitamente a los capellanes de la Compañía de las Indias Orientales que predicaran a los indios. Y por eso la compañía empleó su autoridad para impedir la entrada de misioneros en la India, forzando a los que deseaban trabajar allí a establecerse en el pequeño enclave danés de Serampore. Como Robert Dundas, el presidente de la junta de control de la India, explicó a lord Minto, gobernador general en 1808:

> Estamos lejos de ser contrarios a la introducción del cristianismo en la India

> […] pero nada podría ser más insensato que un intento imprudente o desatinado que introducirlo por medios que podrían irritar y suscitar sus prejuicios religiosos […] Es deseable que el conocimiento del cristianismo sea impartido al nativo, pero los medios que se han de emplear con ese fin deberán ser tales que sean libres de cualquier peligro o alarma política […] Nuestro poder superior nos impone la necesidad de proteger al nativo en la posesión libre y tranquila de sus opiniones religiosas.

En 1813, sin embargo, la licencia de la compañía debía renovarse, y los evangélicos aprovecharon la oportunidad para acabar con su control sobre la actividad misionera en la India. El viejo orientalismo estaba a punto de chocar frontalmente con el nuevo evangelismo.

Los hombres que deseaban abrir la India a los misioneros británicos eran los mismos que habían lanzado la campaña contra la trata de esclavos y promovido el movimiento misionero en África: William Wilberforce, Zachary Macaulay y el resto de la secta de Clapham, ahora reforzada por Charles Grant, ex director de la Compañía de las Indias Orientales que había experimentado la conversión religiosa tras desperdiciar toda su juventud en la India. Como conocedor del terreno, Grant resultó indispensable; desempeñó un papel en esta campaña análogo al de Newton, el ex esclavista, y Macaulay, el ex administrador de plantación, en la campaña contra la esclavitud. En sus *Observations on the State of Society among the Asiatic Subjects of Great Britain*, Grant lanzó el guante a Munro y a los demás defensores de la tolerancia:

> ¿No es necesario concluir que […] nuestros territorios asiáticos […] nos fueron dados, no solo para que podamos sacar una ganancia anual de ellos, sino para que podamos propagar entre sus habitantes, largo tiempo sumidos en la ignorancia, el vicio y la miseria, la luz y las benignas influencias de la Verdad?

La campaña comenzó en la New London Tavern con una reunión del Comité de la Sociedad Protestante, que hizo un llamamiento por la «rápida y universal difusión» del cristianismo «en todas las regiones de Oriente». En vano protestaron los directores de la Compañía de las Indias Orientales. Cuando el Parlamento votó, los entusiastas evangélicos de todo el país habían enviado 837 peticiones, instando a terminar con la exclusión de los misioneros en la India. En total las firmaron cerca de medio millón de personas. Doce de estas peticiones todavía pueden verse hoy en la biblioteca de la Cámara de los Lores, la mayoría proveniente del sur de Inglaterra. Un indicio de lo bien que funcionaba la maquinaria de presión extraparlamentaria era que la mayoría empleaban el mismo preámbulo:

> Los habitantes de las populosas regiones de la India que forman una importante parte del imperio británico, por estar envueltos en la más deplorable oscuridad moral y bajo la influencia de las supersticiones más deplorables y degradantes, tienen un derecho preeminente a los sentimientos más compasivos y servicios más benévolos de los cristianos británicos.

Un grupo de signatarios «contemplaba con gran pena los horribles ritos y la degradante inmoralidad que dominan a la inmensa población de la India, ahora nuestros súbditos hermanos y […] acarician afectuosamente la esperanza de poder llevarlos a las bendiciones firmes y religiosas que los habitantes de Gran Bretaña disfrutan». Esta era también una fórmula, originalmente adoptada en la reunión de la Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana en Cheapside en abril de 1813, que fue difundida a través de periódicos evangélicos como *The Star*.

Se trataba de otra campaña pública coordinada de manera cuidadosa para desafiar el *statu quo*; y exactamente como ocurrió con el tema de la trata de esclavos, Clapham prevaleció sobre los intereses creados. En 1813 una nueva ley para las Indias Orientales no solo abrió la puerta a los misioneros, sino que también proveyó el nombramiento de un obispo y tres arcedianos para la India. Primero estos representantes de la Iglesia anglicana se mostraron reacios a indisponerse con la compañía por admitir a los misioneros. El misionero George Gogerly cuando llegó a la India en 1819 descubrió con asombro que los misioneros no debían esperar ningún incentivo, ni del gobierno ni de los europeos afincados en la zona. La situación era la siguiente:

> La moralidad de estos últimos [los habitantes] era del carácter más cuestionable, y la presencia de los misioneros era un freno para su conducta que no deseaban tolerar; a su vez, los funcionarios del gobierno los miraban con desconfianza. Ambas partes hacían lo que estuviera en su poder para hacer que parecieran despreciables a los ojos de los nativos, diciendo que eran personas de casta inferior en su propio país y poco capaces de mantener una conversación con los sabios brahmines.

Pero el segundo obispo de Calcuta, Reginald Heber, ofreció a los misioneros más incentivos tras su nombramiento en 1823. Nueve años después había cincuenta y ocho predicadores de la Sociedad Misionera de la Iglesia anglicana activos en la India. Había comenzado el choque de civilizaciones.

Para muchos misioneros, el subcontinente era un campo de batalla en que ellos, como soldados de Cristo, luchaban contra las fuerzas de la oscuridad. «La suya es una religión cruel —había declarado Wilberforce—. Todas sus prácticas deben ser abolidas». Las reacciones indias solo sirvieron para endurecer esas actitudes. Cuando

estaba a punto de comenzar una misa en su propia cabaña, George Gogerly se vio atacado por dos hombres «de un aspecto tan sucio que no es posible imaginarlo, con los ojos enrojecidos y una mirada demoníaca, evidentemente por la influencia de alguna poderosa droga estimulante». Gogerly describió así la escena:

> Con voces amenazantes nos ordenaron callar. Entonces volviéndose hacia el pueblo dijeron que éramos agentes pagados por el gobierno que no solo les habíamos robado su país, sino que estábamos determinados a abolir el hinduismo y el islam por la fuerza, y a establecer el cristianismo en todo el país; que su patria sería deshonrada por los asesinos de las vacas sagradas, y devoradores de su carne; que a sus hijos se les enseñaría en las escuelas a escarnecer a los santos brahmines y a dejar de adorar a los dioses. Señalándonos exclamaron: «Estos hombres vienen a vosotros con melosas palabras, pero hay veneno en sus corazones; solo tratan de engañar para poder destruir».

Gogerly se sintió indignado por esta interrupción, en especial cuando, junto con sus colegas, fue atacado por la multitud que los golpeó y los persiguió por las calles (aunque «se alegró de que fueran considerados merecedores de sufrir en Su nombre»). Pero los boiragees que lo atacaron estaban en lo cierto. Los misioneros buscaban algo más que la simple conversión de los indios al cristianismo. Casi tan importante como el proyecto evangélico era la idea de que toda la cultura india debía ser anglicanizada.

No fueron solo los misioneros los que adoptaron esta idea. Cada vez más influyente en la India de mediados del siglo XIX era la doctrina secular del liberalismo. Sus precursores del siglo XVIII, en concreto Adam Smith, se habían mostrado hostiles al imperialismo. Sin embargo, el más grande de los pensadores liberales Victorianos, John Stuart Mili, adoptó una postura diferente; en «A Few Words on Non-Intervention», Mili afirmaba que Inglaterra era «incomparablemente la más puntillosa de las naciones […] la única a la que los meros escrúpulos de conciencia […] disuadirían» y «la potencia que entre todas mejor comprende la libertad». Por tanto, era para su bien que las colonias de Gran Bretaña en África y Asia —así sostuvo en *Consideraciones sobre el gobierno representativo* (1861)— disfrutaran de los beneficios de su cultura excepcionalmente avanzada:

> Primero, un mejor gobierno: completa seguridad para la propiedad, impuestos moderados; una tenencia de la tierra […] más permanente. Segundo, la mejora de la capacidad intelectual general; la decadencia de costumbres o supersticiones que interfieren con la efectiva aplicación de la industria; y el crecimiento de la actividad mental, que hace a las personas interesarse en

> conseguir nuevos objetos. Tercero, la introducción de artes extranjeras […] y la introducción de capital extranjero, que hace que el aumento de la producción ya no sea dependiente exclusivamente de la diligencia o previsión de los propios habitantes, mientras presenta ante ellos un ejemplo estimulante.

La frase esencial aquí es «la decadencia de costumbres o supersticiones que interfieren con la efectiva aplicación de la industria». Como Livingstone, Mili veía la transformación cultural del mundo no europeo como algo estrechamente vinculado a su transformación económica. El deseo evangélico de convertir la India al cristianismo y el deseo liberal de convertirla al capitalismo fueron dos corrientes que se fusionaron en todo el imperio británico.

En la actualidad, las entidades equivalentes a las sociedades misioneras promueven campañas serias contra las «costumbres» de países remotos que consideran bárbaras: el trabajo infantil o la ablación femenina. Las organizaciones no gubernamentales victorianas no eran tan diferentes. En especial, había tres costumbres indias tradicionales que suscitaban la ira de los misioneros y modernizadores británicos por igual. Una era el infanticidio femenino, que era común en zonas de la India noroccidental. Otra era el *thagi* (en inglés se escribía usualmente *thuggee*), el culto de los sacerdotes asesinos, de quienes se decía que estrangulaban a los viajeros desprevenidos en los caminos indios. La tercera, la que los Victorianos detestaban más, era el *sati* (o *suttee*): el acto de autoinmolación que realizaba una viuda hindú al quemarse viva en la pira funeraria de su esposo.[8]

Los británicos eran conocedores de que ciertas comunidades indias practicaban el infanticidio femenino desde finales de la década de 1780; parece que la principal razón era el elevado coste de casar a las hijas para las familias de la casta superior. Sin embargo, no fue hasta 1836 cuando James Thomason, entonces magistrado de Azangarath y después vicegobernador de las provincias noroccidentales, dio los primeros pasos para desterrarla. En 1839 el maharajá de Marwar fue persuadido de aprobar una ley prohibiendo dicha práctica. Este fue solo el inicio de una larga campaña. Una encuesta sistemática realizada en 1854 descubrió que se trataba de una práctica endémica en Gorajpur, Ghazipur y Mirzapur. Tras nuevas investigaciones —incluido un análisis detallado de los datos censales por aldea— se aprobó una ley en 1870, que inicialmente se aplicaba solo a las provincias noroccidentales, pero después se extendió al Punjab y a Oudh.[9]

La campaña contra el *thagi* fue emprendida con igual celo, si bien la difusión de esta práctica era más dudosa. Un hombre de Cornish llamado William Sleeman, soldado convertido en juez de instrucción, se dispuso a liquidar una compleja y siniestra sociedad secreta que, según él creía, se dedicaba al asesinato ritual de viajeros indios. En un importante artículo sobre el tema publicado en la *Madras Literary Gazette* en 1816, se afirmaba:

> [los presuntos asesinos]… expertos en las artes del engaño […] traban conversación y logran, con atenciones obsequiosas, la confianza de los viajeros de todo tipo […] Cuando deciden atacar al viajero, por lo general le proponen, con el pretexto rebuscado de la seguridad mutua o de hacerse compañía, viajar juntos y al llegar a un lugar conveniente y cuando se presenta la oportunidad adecuada uno de la banda pone una soga o una faja alrededor del cuello de los infortunados, mientras otros colaboran en quitarle la vida.

Los estudiosos actuales han sugerido que gran parte de éstas eran una figuración febril de la fantasía de los expatriados, y que el fenómeno que Sleeman presenció era simplemente un aumento del bandolerismo o de los asaltos en los caminos, debido a la desmovilización de cientos de miles de soldados nativos al extender los británicos su poder a los nuevos estados indios. Sin embargo, su dedicación a la tarea que se había atribuido ilustra a la perfección cuán seriamente los británicos tomaban su misión de modernizar la cultura india. Hacia 1838 Sleeman había capturado y procesado a un total de 3.266 thugs; varios cientos más estaban en prisión a la espera de juicio. En total 1.400 fueron colgados o deportados de por vida a las islas Andamán. Uno de los interrogados afirmó haber matado a 931 personas. Espantado, Sleeman le preguntó si no sentía «remordimientos por asesinar a sangre fría, y después de haber fingido amistad, a los que había engatusado con un falso sentimiento de seguridad». «En verdad, no —replicó el acusado—. ¿Acaso no eres tú también un *shikari* (cazador de caza mayor) y no disfrutas de la emoción de acechar, de medir tu ingenio con el de un animal, y no te alegras al verlo muerto a tus pies? Así es para los thugs, que consideran el acecho del hombre un deporte superior». Uno de los jueces que presidía un gran proceso de presuntos thugs declaró:

> En toda mi experiencia de más de veinte años en los juzgados nunca había escuchado tales atrocidades ni presidido semejantes procesos, donde se ven asesinatos cometidos con tal grado de sangre fría, unas escenas de desdicha y aflicción que parten el corazón, y una ingratitud tan vil, un abandono tan completo de todo principio que vincula a los hombres, que ablanda el corazón y que eleva a la humanidad sobre los seres de la creación.

Si era necesaria una prueba de la degeneración de la cultura india tradicional, aquí estaba.

Sobre todo, existía el *sati*. No se trataba de una imaginación desbordante. Entre 1813 y 1825 un total de 7.941 mujeres murieron de este modo en Bengala. Aún más impactantes que las estadísticas, eran los escalofriantes relatos de casos reales: el 27 de septiembre de 1823 una viuda llamada Radhabyee huyó dos veces de la pira en

que yacía el cadáver de su esposo. Según las pruebas dadas por uno de los funcionarios que fueron testigos presenciales, la primera vez que corrió del fuego solo se había quemado las piernas. De no ser por tres hombres, que la obligaron a volver y le lanzaron más leña para inmovilizarla, habría sobrevivido. Cuando escapó por segunda vez y se sumergió en el río, esta vez con «casi toda la piel del cuerpo quemada», los hombres la siguieron y la sostuvieron bajo el agua para ahogarla. Desde luego, incidentes como éstos eran excepcionales, y el *sati* distaba de ser una práctica generalizada. De hecho, varias eminencias indias —especialmente los sabios Mrityunjay Vidyalankar y Rammohun Roy— denunciaron la acción por ser incompatible con la ley hindú. Sin embargo, muchos indios continuaron considerando la autoinmolación de una viuda como el acto supremo no solo de la fidelidad marital, sino de la piedad femenina. Aunque tradicionalmente se asociaba con los hindúes de la casta superior, el sati atrajo cada vez más a las castas inferiores, sobre todo porque resolvía el problema de qué miembros de la familia debían preocuparse por la viuda sin recursos.

Durante años las autoridades británicas toleraron el *sati* creyendo que una medida drástica habría sido vista como una interferencia en las costumbres religiosas indias. Alguna que otra vez los funcionarios, a título individual, siguiendo el ejemplo del fundador de Calcuta, Job Charnock,[10] intervenían cuando parecía posible salvar a una viuda; pero la política oficial se mantuvo estrictamente dentro del marco del *laissez-faire*. De hecho, una regulación de 1812 que requería la presencia de un funcionario para certificar que la viuda no fuera menor de dieciséis años, ni estuviera preñada, ni fuera madre de niños menores de tres años, ni estuviera bajo la influencia de drogas, parecía condonar el *sati* en todos los demás casos. Inevitablemente la secta de Clapham dirigió la campaña a favor de su prohibición, y se siguió el patrón ya familiar para entonces: discursos emotivos en el Parlamento, gráficos informes en el *Missionary Register* y *Missionary Papers* y un gran número de peticiones. En 1829 el recién nombrado gobernador general William Bentinck respondió a la protesta. Con la regulación XVII se prohibió el *sati*.

De todos los gobernadores generales Victorianos, Bentinck fue quizá el que estuvo más influido por los movimientos evangélico y liberal. Bentinck era un modernizador devoto. «La navegación a vapor es el motor de una mejora moral efectiva de la India —dijo ante el Parlamento en 1837—. A medida que la comunicación entre ambos países se haga más fácil y próxima, la Europa civilizada estará más cerca de estas regiones bárbaras; pues no hay otro modo en que el progreso pueda llegar de modo significativo». Terrateniente modernizador en Norfolk, se veía como el «principal administrador» de una «gran finca», y apenas podía esperar a drenar las marismas de Bengala, como si la provincia fuera un gigantesco pantano. Bentinck consideraba que la cultura india necesitaba también un drenaje. En el debate que se abrió entre orientalistas y anglicanistas sobre la política educativa en la India, no vaciló en ponerse de parte de los anglicanistas, cuya meta

era, según Charles Trevelyan, «educar a los asiáticos en las ciencias de Occidente», no atiborrar los buenos cerebros británicos de sánscrito. De este modo los británicos también podían contribuir a «la regeneración moral e intelectual del pueblo de la India», estableciendo «nuestra lengua, nuestra ciencia y por último nuestra religión en la India». El objetivo, sostenía Trevelyan, era hacer a los indios «más ingleses que hindúes, exactamente como los provincianos romanos se hicieron más romanos que galos o italianos».

Bentinck ya tenía forjada una opinión del *sati* antes de su nombramiento en 1827. «Para el cristiano y el inglés —escribió— que al tolerar sanciona, y al sancionar incurre ante Dios en la responsabilidad de este sacrificio inhumano e impío», no podía haber excusa para su continuación:

> La única justificación completa es la necesidad del estado (es decir, la seguridad del imperio británico), e incluso esa justificación, sería, en todo caso, todavía muy insegura, si de la continuación del dominio británico no dependiera enteramente la felicidad futura y la mejora de la numerosa población de este mundo oriental […] No creo que entre todos los que más defienden esta medida haya uno que sienta más profundamente que yo la terrible responsabilidad que pende sobre mi felicidad en este mundo y en el próximo, si como gobernador general de la India consintiera en la continuación de esta práctica por un momento más; no es nuestra seguridad, sino la verdadera felicidad y el bienestar permanente de la población india lo que la hace indispensable.

Solo unos cuantos veteranos de la India se manifestaron contra la prohibición. Desde Sitapur, el teniente coronel William Playfaire hizo una lúgubre advertencia al secretario militar de Bentinck:

> Cualquier orden de gobierno que prohíba la práctica creará una extrema alarma en todo el ejército nativo, la considerarán una interferencia en sus costumbres y religión que equivale al abandono de esos principios que han guiado hasta ahora al gobierno en su conducta hacia ellos. Una vez despertado ese sentimiento no es posible predecir lo que ocurrirá. Podría llevar a algunas divisiones del ejército a una rebelión abierta.

Esos temores eran prematuros, y pudieron ser ignorados momentáneamente en medio de los miles de cartas de felicitación que Bentinck recibía de británicos evangélicos y de indios ilustrados por igual. De cualquier modo, otros oficiales del ejército a los que Bentinck consultó respaldaron la prohibición.[11] Pero las preocupaciones de Playfaire no carecían de fundamento, y eran compartidas por

Horace H. Wilson, uno de los más eminentes estudiosos orientales de la época. Empezaba a agitase una reacción contra la imposición de la cultura británica en la India. Y Playfaire estaba totalmente en lo cierto en lo concerniente a la magnitud del problema. El pilar en que el dominio británico se fundaba era el ejército indio. Aunque hacia 1848 la Compañía de las Indias Orientales estaba en situación de agregar territorio al imperio simplemente apoderándose cuando el gobernante moría sin heredero (la llamada «doctrina de la caducidad»), en última instancia era la amenaza de la fuerza armada lo que se lo permitía. Cuando tenía que pelear —en Birmania en la década de 1820, en Sind en 1843, en el Punjab en la década de 1840— el ejército indio rara vez era derrotado. Sus únicas derrotas significativas ocurrieron en Afganistán, donde fueron exterminados diecisiete mil hombres excepto uno de un ejército de ocupación. Sin embargo, ocho de cada diez de los que servían en el ejército indio eran cipayos, procedentes de las castas guerreras tradicionales del país. Las tropas británicas —que en realidad la mayoría estaban formadas por irlandeses— eran una pequeña minoría, aunque con frecuencia determinante en términos militares.

A diferencia de sus compañeros de armas blancos, los cipayos no provenían de la escoria de la sociedad que recurría a la hacienda de la reina como último recurso. Fueran hindúes, musulmanes o sijs, los cipayos consideraban su condición de guerreros inseparable de su fe religiosa. En vísperas de la batalla, los soldados hindúes hacían sacrificios y ofrendas ante el ídolo de Kali, la diosa de la destrucción, para conseguir su bendición. Pero Kali era una deidad peligrosa e impredecible. Según una leyenda hindú, cuando apareció por primera vez en la tierra para librarla de los malhechores se volvió loca, y destruyó todo lo que encontró a su paso. Si los cipayos percibían que su religión estaba amenazada, podía darse el caso de que siguieran su ejemplo. Ya lo habían hecho antes en Vellore, en el verano de 1806, cuando las nuevas normas de vestir que abolieron su derecho a llevar las insignias de su casta y el uso de barba, e introdujeron el uso del turbante provocaron un motín. Como ocurrió en 1857, detrás de una cuestión aparentemente trivial (como el hecho de que la escarapela del nuevo turbante pareciera estar confeccionada de piel de vacuno o cerdo), se escondía una insatisfacción mucho más profunda, como las condiciones de trabajo y la política.[12] Pero el origen del tumulto de Vellore fue religioso; sus principales víctimas fueron, de hecho, los nativos cristianos. Sir George Barlow no dudó en acusar a «los predicadores metodistas y a los visionarios desquiciados» que habían estado «perturbando las ceremonias religiosas de los nativos».

En ese aspecto, el año de 1857 fue una repetición de Vellore, pero a una escala mucho mayor y más terrible. Como es sabido, comenzó con los rumores de que los nuevos cartuchos estaban lubricados con grasa animal. Como tenían que sacar las puntas con un mordisco para poder usarlos, tanto los hindúes como los musulmanes corrían el riesgo de sacrilegio: los primeros, por si la grasa era de vaca, y los segundos, por si era de cerdo. Así pues, antes de que pudiera cargarse, y mucho

menos dispararse, un solo cartucho, empezó la lucha. Muchos cipayos vieron en esto una estrategia por parte de los británicos para cristianizar la India —que, como hemos visto, era cierto en el caso de muchos de ellos—. El hecho de que los cartuchos no tuvieran nada que ver con esa estrategia era del todo irrelevante.

La rebelión de los cipayos fue mucho más de lo que su nombre indica. Fue una guerra declarada. Y sus causas fueron mucho más profundas que los cartuchos engrasados con manteca. Los libros de texto indios y los monumentos la llaman «la primera guerra de independencia». Sin embargo, hubo indios luchando en ambos bandos; la independencia no estaba en juego. Existía, como en Vellore, una dimensión política, pero los objetivos de los rebeldes no eran nacionales en el sentido moderno. También había causas prosaicas, como la frustración de los soldados indios por su falta de promoción, por ejemplo.[13] No obstante, más importante fue la reacción especialmente conservadora contra una serie de interferencias británicas en la cultura india, que parecía (y en muchos aspectos así era) un plan para cristianizar la India. «Puedo sentir que se acerca la tormenta —escribía un perspicaz y preocupado oficial británico en vísperas de la catástrofe—. Puedo escuchar el rugido del huracán, pero no puedo decir cómo, ni cuándo ni dónde se levantará […] No creo que sepan lo que harán, o que tengan un plan de acción, excepto resistir la interferencia en su religión y sus creencias».



Los orígenes religiosos de la rebelión de los cipayos: un predicador itinerante en la India «difunde entre los habitantes […] la luz y la benigna influencia de la verdad».

Los pocos testimonios indios que han quedado dejan claro que en efecto se trató de «una guerra por la causa de la religión» (esta frase aparece una y otra vez). En Meerut, los rebeldes gritaban:

> Hermanos, hindúes y musulmanes, apresuraos y juntaos con nosotros, vamos a una guerra por la religión […] Los kafires han decidido liquidar la casta de

> todos los musulmanes e hindúes… y no se debe permitir a estos infieles permanecer en la India, o no habrá diferencia entre los musulmanes y los hindúes, y lo que digan, deberemos hacerlo.

En Delhi los rebeldes se quejaban: «Los ingleses intentan convertirnos en cristianos». Comoquiera que llamaran a los colonizadores europeos, kafires, *feeringhee*, infieles o cristianos, este era el agravio principal.

Los primeros sublevados fueron los hombres de la infantería del 19.º regimiento bengalí, estacionados en Berhampur, que se negaron a aceptar el reparto de los nuevos cartuchos el 16 de febrero. Ellos y el 34.º regimiento de infantería en Barrackput —donde el primer tiro de la rebelión fue realmente disparado— fueron licenciados enseguida. Pero en Meerut (Mirath) cerca de Delhi la mecha no se apagó tan rápidamente. Cuando ochenta y cinco hombres de la caballería ligera bengalí fueron encarcelados por rechazar los nuevos cartuchos, sus camaradas decidieron liberarlos. El soldado Joseph Bowater relató lo que pasó después, la funesta tarde del domingo 9 de mayo:

> Hubo un repentino alzamiento […] corrieron hacia los caballos, los ensillaron a toda prisa, galoparon a la mazmorra […] abrieron los portones, y liberaron no solo a los rebeldes que habían sido llevados ante el consejo de guerra, sino también más de mil navajeros y canallas de todo tipo. A la vez, la infantería nativa atacó y aniquiló a los oficiales británicos, y mató a las mujeres y a los niños de un modo indescriptible. Delincuentes, indeseables y cipayos —todos los desafectos nativos de Meerut—, enloquecidos por la sangre, se pusieron a la obra con diabólica crueldad, y como colofón, incendiaron todos los edificios que encontraron a su paso.

La revuelta se propagó con asombrosa rapidez por el noroeste: en Delhi, Benarés, Allahabad y Cawnpore. Una vez que hubieron decidido desafiar al ejército blanco, los sublevados parecieron enloquecer, matando a cualquier europeo que encontraban a su paso, a menudo ayudados y apoyados por turbas urbanas locales.

El 1 de junio de 1857, la señora Emma Ewart, esposa de un oficial británico, se hallaba en los sitiados barracones de Cawnpore con el resto de la comunidad blanca. Relató sus temores a una amiga en Bombay: «Nunca habría creído posibles estas noches de ansiedad. En otra noche más se decidirá nuestro destino y cualquiera que sea, confío en que seré capaz de afrontarlo». Seis semanas después, cuando la tropa que iba a auxiliarlos estaba a un día de camino, ella y más de doscientos niños y mujeres británicos perecieron, o asesinados durante el sitio o acuchillados en el

Bibighar o «Casa de las Damas», después de que se les prometiera que se salvarían si la guarnición se rendía. Entre los muertos estaban dos amigas de la señora Ewart, la señorita Isabella White y la señora George Lindsay, junto con sus tres hijas, Caroline, Fanny y Alice. Estas y otras mujeres de Cawnpore proporcionarían a la historia británica de la rebelión sus heroínas trágicas.

Sus héroes fueron los hombres de Lucknow. Allí la guarnición británica, sitiada en el fuerte británico, aguantó desafiante durante el episodio más célebre de la rebelión. El encargado del recinto fue uno de los primeros en morir y yace enterrado cerca de donde cayó, bajo el discreto epitafio:

Aquí yace Henry Lawrence, que trató de cumplir con su deber.

El fuerte ruinoso y acribillado se convirtió en un monumento en sí mismo. La bandera británica que ondeaba durante el sitio no fue retirada hasta la independencia en 1947, rememorando el emotivo poema de Tennyson sobre el tema: «Y siempre en alto sobre el tejado del palacio la vieja bandera de Inglaterra». El sitio fue realmente uno de esos raros episodios genuinamente dignos de la elevada dicción tennynsoniana. Incluso los alumnos mayores de la cercana escuela La Martiniére se unieron a la defensa, obteniendo para la escuela una condecoración militar única (la cual hoy no han olvidado los estudiantes indios de la escuela). Bajo el incesante fuego de los francotiradores y amenazados por minas, los que estaban en el recinto resistieron sin auxilio durante casi tres meses, y permanecieron sitiados incluso después de que una fuerza de liberación hubiera llegado a finales de septiembre para evacuar a las mujeres y los niños. De hecho, no fue hasta el 21 de marzo de 1858, nueve meses después de que el sitio hubiera comenzado, cuando Lucknow fue recuperado por las fuerzas británicas. Para entonces más de la mitad de los británicos que habían permanecido sitiados en el recinto habían muerto.



«Liberación de Lucknow», 1857; *El sueño de Jessie*, por Frederick Goodall.

Sin embargo, hay dos cosas que deben recordarse sobre Lucknow. Primero, era la capital de una provincia, Oudh, que los británicos habían anexionado solo un año antes; en ese sentido, los sitiadores simplemente estaban tratando de liberar su propio país. En efecto, la anexión puede ser considerada como una de las causas políticas de la rebelión, ya que un gran número de cipayos —unos setenta y cinco mil en el ejército bengalí— provenía, de Oudh y habían quedado claramente marginados por la deposición de su nabab y la disolución de su ejército.[14] Según Mainodin Hassan Khan, uno de los pocos rebeldes que sobrevivió para escribir un relato de su experiencia: «Los cipayos debían rebelarse para restablecer a sus antiguos reyes en el trono, y expulsar a los invasores. El bienestar de la casta guerrera lo requería; el honor de sus jefes estaba en juego». En segundo lugar, unas siete mil personas, soldados y auxiliares indios leales, buscaron refugio en el recinto. Pese a lo que se ha escrito posteriormente, la rebelión no fue una simple lucha entre negros y blancos.

Incluso en Delhi la línea divisoria entre los bandos era confusa. Era la capital histórica del imperio mogol, el campo de batalla decisivo si los rebeldes soñaban verdaderamente con expulsar a los británicos de la India. Y de hecho, muchos rebeldes musulmanes buscaron el liderazgo del último Gran Mogol, Bahadur Shah Zafar, ahora solo rey de Delhi para su gran consternación. Todavía queda una proclama de cinco puntos difundida en su nombre llamando a unirse contra la dominación británica a una amplia gama de grupos sociales indios: zamindares (los terratenientes locales que a la vez recaudaban impuestos, en quienes se basaba el dominio mogol y el británico), mercaderes, funcionarios públicos, artesanos y sacerdotes. Es quizá lo más parecido a una proclama por la independencia nacional

que surgió durante la rebelión. Es cierto que en el quinto parágrafo se reconoce que «en este momento hay una guerra contra los ingleses debido a la religión», y llama a «los sabios y faquires […] a presentarse […] y a participar en la guerra santa». Pero el resto del manifiesto tiene un tono completamente secular. Los británicos son acusados de imponer excesivos impuestos a los zamindares, de excluir a los mercaderes indios del comercio y de monopolizar «todos los cargos de dignidad y los emolumentos» tanto en el servicio militar como en el civil. Sin embargo, el monumento levantado a los soldados caídos luchando por el bando británico, que todavía permanece en una montaña que se eleva junto a Delhi, muestra que este último llamamiento no fue muy seguido. La inscripción muestra que se calificó como «nativos» a un tercio de las bajas entre los oficiales y al 82 por ciento de las bajas de otras graduaciones. Cuando Delhi cayó en manos de las fuerzas «británicas», estas fuerzas eran mayoritariamente indias.

Los británicos de la isla, sin embargo, insistieron en considerar la rebelión de los cipayos como una sublevación de los negros contra los blancos. La cuestión no giraba en torno a que los indios estuvieran matando a los británicos, sino al hecho de que los cipayos, supuestamente leales, estuvieran matando (y según los rumores, violando) a las mujeres blancas. Los testigos presenciales proporcionaron muchas insinuaciones de tales atrocidades. Como escribió el soldado raso Bowater en su relato:

> Independientemente del sexo, pese a sus súplicas, sordos a los gritos de los pequeños, los rebeldes han hecho su obra monstruosa. La matanza en sí habría sido suficientemente terrible, pero no habían quedado satisfechos, pues al asesinato han agregado el ultraje y la mutilación sin nombre […] Todo lo que quedó de la mujer de un ayudante, a la que antes de que recibiera un tiro y fuera descuartizada, le quemaron toda la ropa hombres que ya no son humanos.

Proliferaron los relatos escabrosos. Se afirmó que en Delhi cuarenta y ocho mujeres británicas habían sido obligadas a desfilar por las calles, habían sido violadas públicamente y después las habían matado. Otro caso que se contaba fue el de la esposa de un capitán que había sido cocinada viva en ghee (mantequilla líquida). Esos relatos formaban en la mente de los crédulos en Inglaterra que la rebelión era una lucha entre el bien y el mal, los blancos y los negros, los cristianos y los paganos. Y si se decía que la calamidad debía considerarse como una manifestación de la ira divina, entonces eso solo servía para demostrar que la conversión de la India había comenzado demasiado tarde para complacer a Dios.

El año de 1857 fue el *annus horribilis* del movimiento evangélico. Se había ofrecido a la India la civilización cristiana, y la ofrenda no solo había sido rehusada, sino rechazada con violencia. Los Victorianos revelaron la cara más cruel de su celo misionero. En todas las iglesias del país, el tema del sermón dominical pasó de la

redención a la venganza. La reina Victoria —cuya anterior indiferencia por el imperio se transformó con la rebelión en un interés apasionado— llamó a la nación a un día de penitencia y oración, nada menos que a «un día de humillación». En el palacio de Cristal, ese monumento a la suficiencia victoriana, una vasta congregación de veinticinco mil personas escuchó al incendiario predicador baptista Charles Spurgeon lanzar una soflama que prácticamente era un llamamiento a la guerra santa:

> ¡Amigos míos, qué crímenes han cometido…! El gobierno de la India nunca debería haber tolerado en absoluto la religión de los hindúes. Si la religión consiste en bestialidad, infanticidio y asesinato, uno no debería tener derecho a ella a menos que esté dispuesto a ser colgado. La religión de los hindúes no es más que un amasijo de la mugre más rancia que la imaginación haya podido concebir. Los dioses que adoran no se merecen el menor ápice de respeto. Su adoración procura todo lo que es malo y la moralidad debe destruirla. La espada debe ser sacada de su vaina para cercenar a miles a esos súbditos.

Estas palabras serían tomadas literalmente cuando las secciones del ejército indio que se mantuvieron leales, los gurkas y los sijs, en particular, fueron desplegadas. En Cawnpore, el general de brigada Neill forzó a los rebeldes cautivos a lamer la sangre de sus víctimas blancas antes de ejecutarlos. En Peshawar cuarenta rebeldes fueron amarrados a la boca de los cañones y se les hizo estallar, el antiguo castigo mogol para la rebelión. En Delhi, donde la lucha fue especialmente encarnizada, las tropas británicas no dieron tregua. La caída de la ciudad en septiembre fue una orgía de matanzas y saqueos. Mainodin Hassan Khan describió cómo «los ingleses irrumpieron como un río crecido por la ciudad […] Ninguna vida estaba a salvo. Todos los hombres hábiles que veían eran considerados rebeldes y fusilados». En un momento de especial virulencia imperial, los tres hijos del rey de Delhi fueron arrestados, desnudados y fusilados por William Hodson, hijo de un clérigo, que explicó esta conducta a su hermano, también clérigo:

> Apelé a la multitud diciéndoles que éstos eran los carniceros que habían asesinado y abusado brutalmente de hombres y niños desamparados, y que el gobierno ahora les enviaba el castigo: tomando una carabina de uno de mis hombres, deliberadamente les disparé a uno detrás de otro […] los cuerpos fueron llevados a la ciudad, y lanzados al Chiboutra [vertedero] […] Tenía la idea de hacerlos colgar, pero cuando se planteó la pregunta si «ellos» o «nosotros», no tuve un momento de duda.

Como señaló el hijo de Zachary Macaulay, era horrible contemplar el paroxismo

del ansia de venganza de los evangélicos: «El relato de la horrible ejecución militar en Peshawar […] era leído con gozo por personas que tres semanas antes eran absolutamente contrarias a la pena capital». *The Times* había exigido que «de todo árbol y todo tejado en el lugar cuelgue una carga con la forma del esqueleto de un rebelde». Y en efecto la huella de las represalias británicas podía seguirse por los cadáveres que se dejaron colgados de los árboles por donde marchaban. Según el teniente Kendal Coghill: «Incendiamos todas las aldeas y ahorcamos a todos los aldeanos que habían tratado mal a nuestros fugitivos hasta que cada árbol estuvo cubierto de canallas que colgaban de cada rama». En lo más álgido de las represalias, un gran árbol de banyan que todavía existe en Cawnpore estaba adornado con ciento cincuenta cuerpos. Los frutos de la rebelión fueron verdaderamente amargos.

Nadie puede asegurar el número de personas que murieron en esta orgía de venganza. Lo que está claro es que la santurronería alimenta una crueldad peculiar. En la víspera de la liberación de Lucknow, un muchacho se acercó a la puerta de la ciudad sosteniendo a un viejo tembloroso,

> y arrojándose a los pies de un oficial, le pidió protección. Ese oficial […] sacó su revólver, y apuntó la cabeza del desdichado suplicante […] Otra vez amartilló el arma, y otra vez el cartucho falló; una vez más lo hizo y otra vez el arma no respondió. La cuarta vez —tres veces tuvo la oportunidad de pensarlo— el oficial lo consiguió, y la sangre del muchacho se derramó a sus pies.

Al leer esta historia, rápidamente viene a la mente el modo en que los oficiales de las SS trataban a los judíos en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, hay una diferencia. Los soldados británicos que presenciaron este asesinato condenaron en voz alta la acción del oficial, primero gritaron «Vergüenza» y manifestaron su indignación y protestaron cuando el arma fue disparada. Rara vez, o casi nunca, los soldados alemanes en una situación parecida criticaron abiertamente a un superior.

El proyecto de modernizar y cristianizar la India había resultado un absoluto fracaso, hasta el punto que terminó por barbarizar a los británicos. Los que realmente tenían que gobernar la India habían estado en lo correcto: interferir en las costumbres nativas solo podía traer problemas. Sin embargo, los evangélicos se negaban a aceptarlo. A sus ojos, la rebelión había ocurrido porque la modernización no había avanzado lo suficientemente rápido. En noviembre de 1857, un misionero en Benarés escribía que sentía «como si una bendición descendiera sobre nosotros en respuesta a las fervientes oraciones de nuestros hermanos en Inglaterra»:

> En vez de dar paso al desaliento, conviene mucho que nos preparemos de nuevo para la obra de Nuestro Señor, con la completa seguridad de que

> nuestro esfuerzo no será vano. Satán será otra vez derrotado. Sin duda con esta rebelión procura expeler el Evangelio de la India; pero solo ha preparado el camino, como ha ocurrido tantas veces antes en la historia de la Iglesia, para su más vasta propagación.

Los jefes de la Sociedad Misionera de Londres reflejaron esta idea en su informe de 1858:

> Por las obras de la perfidia y la sangre que han caracterizado la rebelión de los cipayos, han sido para siempre destruidos el engaño y la falsa seguridad largo tiempo consentidos por las multitudes tanto en Gran Bretaña como en la India, y la idolatría, en alianza con los principios y el espíritu de Mahoma, han mostrado su verdadero carácter, un carácter que se teme y aborrece tan solo cuando se comprende […] Los esfuerzos del misionero cristiano, que fueron hasta ahora tratados con burla y desprecio, ahora son alabados como el mejor y único garante de la propiedad, la libertad y la vida.

La sociedad decidió enviar veinte misioneros más a la India en los siguientes dos años, y destinó cinco mil libras esterlinas para su «viaje y vestido» y seis mil libras más para su manutención. El 2 de agosto de 1858 el fondo especial establecido con este propósito había recibido donaciones que sumaban doce mil libras. En resumen: adelante, soldados de Cristo.

TRAS LAS HUELLAS DE LIVINGSTONE

El 4 de diciembre de 1857, precisamente cuando Cawnpore era recuperada de los rebeldes indios, David Livingstone ofreció una vehemente conferencia en la Cámara del Senado de la Universidad de Cambridge. El hombre que estaba dispuesto a cristianizar África dejó claro que también veía la rebelión de los cipayos como el resultado del escaso trabajo misionero, y no de su exceso:

> Considero que cometemos un grave error cuando comerciamos con la India, al avergonzarnos de nuestro cristianismo […] Aquellos dos pioneros de la civilización, el cristianismo y el comercio, deberían siempre ser inseparables; y los ingleses deben sentirse advertidos por los frutos que da el descuido de ese principio como lo muestra la cuestión india.

Sin embargo, Livingstone se excedía en este punto. Ni su consejo ni las vehementes manifestaciones de las sociedades misioneras fueron atendidos en la

reconstrucción de la dominación británica después de la rebelión de los cipayos. El 1 de noviembre de 1858 la reina Victoria dictó una proclama en que renunciaba explícitamente «al derecho y al deseo de imponer nuestras convicciones sobre ninguno de nuestros súbditos». La India, por tanto, no sería gobernada por la Compañía de las Indias Orientales, la cual sería liquidada, sino por la corona, representada por un virrey. Y el nuevo gobierno no prestaría su apoyo al proyecto evangélico de cristianización. Al contrario, el objetivo de la política británica en la India sería en lo sucesivo gobernar a favor, antes que en contra, de la esencia de la tradición indígena. Aunque el intento de transformar la cultura india fuera «bienintencionado» y sus principios «correctos», tal como dijo el oficial británico Charles Raikes, la rebelión había mostrado «el error fatal de intentar forzar la política de Europa en los pueblos de Asia». En adelante la «seguridad política» sería prioritaria: la India sería gobernada como un pueblo que no cambia ni cambiaría, y las organizaciones misioneras serían toleradas por el gobierno de la India solo si aceptaban esta premisa. Hacia 1880 la mayoría de los funcionarios británicos habían recobrado el hábito de sus predecesores de la década de 1820 de considerar a los misioneros, en el mejor de los casos, como seres absurdos, y en el peor, como subversivos.

Sin embargo, África era diferente; y el futuro de África fue el eje de la conferencia de Livingstone. Aquí, sostenía, los británicos podían evitar los errores que habían cometido en la India precisamente porque el desarrollo comercial de África podía «coincidir» con su conversión religiosa. Su objetivo era «abrir el camino» a las montañas de la altiplanicie de Batoka y la vecina Barotselandia, de modo que «la civilización, el comercio y el cristianismo puedan asentarse allí»; desde esta cabeza de puente toda África estaría «abierta […] para el comercio y el Evangelio»:

> Al alentar la propensión nativa al comercio, las ventajas que pueden derivarse en un centro comercial son incalculables; tampoco debemos olvidar las inapreciables bendiciones que está en nuestro poder derramar sobre el ignorante africano al brindarle la luz del cristianismo […] Al comerciar con África, también seríamos independientes totalmente del trabajo esclavo, y de este modo repudiaríamos prácticas tan odiosas a todo inglés.

Concluía con una perorata cuidadosamente formulada para despertar el ardor juvenil de su auditorio:

> El tipo de hombre que se busca para misioneros es como el que veo aquí. Os ruego dirigir vuestra atención a África, sé que dentro de pocos años estaré aislado en ese territorio, que ahora está abierto, ¡no dejéis que se cierre otra

> vez! Regreso a África para intentar abrir un camino libre para el comercio y el cristianismo; continuad el trabajo que he comenzado. ¡OS LO DEJO A VOSOTROS!

En el clima de crisis nacional que desencadenaron los acontecimientos en la India, el llamamiento de Livingstone para enderezar las cosas en África tuvo una respuesta efusiva. Aquellos que creían en su visión de un África cristiana se apresuraron a unirse a una nueva organización, la Misión Universitaria a África Central. Entre ellos estaba el joven pastor de Oxford llamado Henry de Wint Burrup. Dos días antes de salir para África contrajo matrimonio. Sería una unión trágicamente breve.

En febrero de 1861 la esposa de Henry Burrup volvió a Inglaterra sin él. Su esposo, junto con el recién nombrado obispo Charles Frederick Mackenzie, había perecido en un pantano de Malawi; Burrup de disentería, y Mackenzie de fiebre. No fueron las únicas víctimas. La Sociedad Misionera de Londres envió al reverendo Holloway Helmore con un asistente llamado Roger Price a Barotselandia, junto con sus esposas e hijos. Apenas dos meses después, solo quedaban vivos Price y dos de los niños. África Central y Oriental están salpicadas de docenas de tumbas de misioneros, hombres, mujeres y niños que escucharon el llamamiento de Livingstone y lo pagaron con la vida. El problema era sencillo. Pese a las promesas que a modo de folleto turístico Livingstone había divulgado sobre las «saludables montañas de África Central», la altiplanicie de Batoka estaba infestada de mosquitos portadores de la malaria. Lo mismo ocurría en el otro lugar que Livingstone había señalado como posible centro misionero, la altiplanicie de Zomba, en lo que actualmente es Malawi. Las tribus locales resultaron ser inesperadamente hostiles. Estos lugares eran simplemente inhabitables para los europeos.

Más grave si cabe fue el error geográfico de Livingstone. Siguiendo el Zambeze a pie desde las cataratas Victoria hacia el océano índico, había rodeado un área de ochenta kilómetros, creyendo que formaba parte del mismo río. No podía estar más equivocado.

Tras sus conferencias en Cambridge, y gozando de gran prestigio, Livingstone consiguió —por primera vez— el apoyo del gobierno para sus empresas. Con una subvención del gobierno de cinco mil libras y el nombramiento diplomático de cónsul, pudo emprender la expedición río arriba del Zambeze, cuyo principal objetivo era demostrar su navegabilidad y su idoneidad para el tráfico comercial. Las ambiciones de Livingstone no tenían límite. De forma confidencial, informó al duque de Argyll y al profesor de geografía de Cambridge, Adam Sidgwick, de que el objetivo de la expedición era otro:

> He contratado a un geólogo de minas práctico de la Escuela de Minas para que nos diga los recursos minerales del país [Richard Thornton], después a un botánico experto en economía que nos dé un informe completo de los

> productos vegetales (fibras, gomas y sustancias medicinales que puedan ser útiles para el comercio). Un artista [Thomas Baines] para que reproduzca los paisajes, un oficial naval [el comandante Norman Bedingfeld] para que nos diga si son factibles las comunicaciones fluviales y un agente moral a fin de que establezca el fundamento para conocer este objetivo completamente [probablemente se refería al hermano de Livingstone, Charles, un ministro congregacionista de Estados Unidos]. Todo este aparato tiene por objeto evidente el desarrollo del comercio africano y la promoción de la civilización, pero lo que tengo que deciros solo a vos en quien confío completamente y a nadie más, es que espero que resulte en el establecimiento de una colonia inglesa en las saludables altiplanicies de África Central.

Con estas grandes expectativas, Livingstone llegó a la desembocadura del Zambeze el 14 de mayo de 1858.

La realidad no tardó en imponerse. Pronto se hizo evidente que el río no era lo bastante profundo para el barco de vapor que la expedición había obtenido prestado del Ministerio de las Colonias. La expedición se redujo a un vapor con paletas mucho más pequeño, pero éste también se hundía constantemente en los bancos de arena. Tardaron hasta noviembre en llegar a Kebrabasa; para entonces la enfermedad y los conflictos reinaban entre ellos. En Kebrabasa —el lugar por donde la primera expedición había pasado a pie— el Zambeze penetra por una quebrada de piedra estrecha convertido en un torrente impracticable y furioso; en un punto se transforma en una catarata de diez metros de altura que ningún barco puede superar. En una palabra, el Zambeze parecía navegable, pero no lo era. Y con esto, el proyecto de penetrar África mediante el comercio, la civilización y el cristianismo se fue al traste.

Livingstone se debatía febrilmente tratando de salvar la situación. Insistió en que «un vapor de poco calado pasaría los rápidos sin dificultad cuando el río estuviera crecido». Tomó el curso del río Shire, solo para encontrar más rápidos y más nativos amenazantes. Siguió librando su batalla personal del lago Shire al lago Nyasa. Sin embargo, a esas alturas la expedición se estaba desintegrando: Bedingfeld fue obligado a renunciar; Thornton fue despedido (aunque se negó a marcharse); Baines fue echado, acusado falsamente de hurto de los almacenes, y el ingeniero George Rae fue enviado de regreso a Inglaterra en busca de una nueva embarcación. En marzo de 1862 les llegaron las noticias de la muerte del obispo Mackenzie y de Henry Burrup. Un mes después Mary Livingstone, que se había reunido con su esposo, murió de hepatitis con el organismo debilitado por el alcoholismo crónico. Livingstone se hallaba entonces en un estado de grave perturbación mental, peleando duramente con las pocas personas que aún estaban con él. A Kirk, cuya lealtad a Livingstone de algún modo nunca había flaqueado, lo dejaron atrás en un momento que salió a recolectar especímenes en el monte Morumbala, y tuvo que correr tras el barco de reemplazo de la expedición, el vapor Lady Nyassa, gritando con desesperación que se

detuviera. «Eso te enseñará a no demorarte veinte minutos», fue el único comentario de Livingstone cuando Kirk trepaba a bordo. Kirk concluyó con tristeza: «El Dr. L.» es «lo que llamamos un “orate”».

En Gran Bretaña, la opinión se volvió contra Livingstone. Al recibir sus cartas proponiendo que se estableciera una colonia en las altiplanicies de Shire, el primer ministro, lord Palmerston, replicó bruscamente que «no deseaba embarcarse en nuevos planes de posesiones británicas». A Livingstone «no se le debe permitir tentarnos con formar colonias a las que solo se puede llegar arrastrando los barcos de vapor por las cataratas». El 2 de julio de 1863 la expedición fue suspendida formalmente. *The Times* encabezó la reacción pública con un editorial mordaz:

> Se nos prometió algodón, azúcar e índigo, productos que los salvajes nunca han producido, y por supuesto no conseguimos nada. Se nos prometió comercio y no hay comercio. Se nos prometió conversos y no se consiguió ninguno. Se nos prometió un clima saludable, y algunos de los mejores misioneros con sus mujeres e hijos han muerto en los pantanos infestados de malaria del Zambeze.

Livingstone había fracasado en Kuruman como misionero, y ahora parecía que fracasaba como explorador.

Sin embargo, este Victoriano de hierro simplemente no sabía cómo rendirse. Pese al fracaso de la expedición al Zambeze, todavía vislumbraba un modo de convertir su derrota en victoria. Era solo cuestión de volver a las raíces del movimiento evangélico: la abolición de la esclavitud. Mientras languidecía cerca del lago Nyasa, la expedición de Zambeze había encontrado una serie de convoyes de esclavos. Una vez más, Livingstone se sintió movido a actuar al ver el sufrimiento humano. Después de navegar cuatro mil kilómetros por el océano índico para llegar a Bombay en el *Lady Nyassa*, lo cual era de por sí una hazaña, pues el navío de doce metros de eslora era un vapor fluvial de poco calado, Livingstone volvió a Londres y se dispuso a unirse a la batalla contra el «comercio infernal». El 19 de marzo de 1866 zarpó de Zanzíbar con una nueva expedición y un antiguo propósito: erradicar la esclavitud de una vez por todas.

Los últimos años de vida de Livingstone transcurrieron en vagabundeos extraños, casi místicos, por África Central. A veces parecía estar realizando una investigación sobre la trata de esclavos; a veces parecía estar buscando obsesivamente el verdadero origen del Nilo, el Santo Grial de la exploración victoriana; a veces recorría la selva por gusto. El 15 de julio de 1871 presenció una horrenda matanza en una ciudad llamada Nyagwe, donde, tras una discusión por el precio de un pollo, los tratantes árabes dispararon matando indiscriminadamente a más de cuatrocientas personas. La experiencia acentuó aún más la aversión de Livingstone por los esclavistas; no obstante, en la práctica, se vio obligado a apoyarse en ellos para conseguir

suministros y porteadores cuando sus propios recursos no llegaban. Tampoco su búsqueda del origen del Nilo tuvo mayor éxito. Como ocurrió con la nueva Jerusalén en el Zambeze, también lo esquivó: los antiguos «orígenes» que soñaba encontrar y que él creía que Herodoto y Ptolomeo habían descrito, resultaron ser los traicioneros pantanos cuyas aguas se vertían en el Congo.

La tumba de David Livingstone destaca en el aparato gótico de la abadía de Westminster con la sencilla inscripción de sus propias palabras: «Todo lo que puedo añadir en mi soledad es que la rica bendición del cielo descienda sobre todos… que ayude a curar la herida abierta del mundo». Las palabras eran un mandamiento, cuidadosamente formulado para las siguientes generaciones. La «herida abierta» se refería, por supuesto, a la trata de esclavos, que era incuestionablemente para Livingstone el origen de los problemas de África Central. Había muerto desengañado en Hala, a orillas del lago Bangweolo, a altas horas de la noche del 1 de mayo de 1873; el tráfico de esclavos parecía ser inextinguible en última instancia. Sin embargo, apenas un mes después la herida abierta de la esclavitud comenzó a cicatrizar. El 5 de junio de ese año el sultán de Zanzíbar firmó un tratado con Gran Bretaña prometiendo abolir el tráfico africano oriental de esclavos.[15] El antiguo mercado de esclavos fue vendido a la Misión Universitaria para África Central, que levantó sobre las viejas celdas de esclavos una catedral bastante espléndida, un monumento al éxito póstumo de Livingstone como abolicionista. Simbólicamente, el altar fue construido sobre el lugar exacto donde solía azotarse a los esclavos.

La fama de Livingstone no se detuvo tras su muerte. A la sombra de la altiplanicie de Batoka, cerca de las cataratas Victoria, está el pueblo de Livingstone en Zambia, llamado así en su honor.[16] Muchas décadas después de su expedición, ningún cristiano que fue allí pensó que sobreviviría a la malaria y a la hostilidad de los nativos. Sin embargo, entre 1886 y 1895, el número de misiones protestantes en África se triplicó. Hoy Livingstone, con una población de apenas noventa mil, tiene más de ciento cincuenta iglesias, lo que lo convierte en uno de los lugares más evangelizados sobre la tierra. Se trata de una pequeña ciudad dentro de un continente donde millones de personas hoy día abrazan el cristianismo. África es, de hecho, un continente más cristiano que Europa. Por ejemplo, actualmente hay más anglicanos en Nigeria que en Inglaterra.

¿Cómo es posible que un proyecto que en vida de Livingstone parecía un absoluto desastre diera tan asombrosos resultados a largo plazo? ¿Cómo fue posible al final lograr en vastas áreas de África lo que fue un total fracaso en la India? Parte de la explicación está obviamente en el desarrollo de un medicamento basado en la quinina contra la malaria. Esto hizo que ser misionero fuera una vocación mucho menos suicida que a principios del siglo XIX; para finales de siglo había ya doce mil misioneros británicos «en el territorio», que representaban no menos de trescientos

sesenta sociedades y otros organismos.

La otra parte de la cuestión se halla en uno de los más famosos encuentros en la historia del imperio británico.

Henry Morton Stanley —nacido John Rowland, hijo ilegítimo de una criada galesa— era un ambicioso periodista estadounidense, sin escrúpulos y rápido con el revólver. Aparte de una constitución de hierro y una voluntad igualmente férrea, no tenía nada en común con David Livingstone. Chaquetero y desertor de la guerra de secesión americana, Stanley había establecido su fama de reportero de primera sobornando a un empleado de telégrafos para que enviara sus despachos antes que los de sus competidores durante la guerra angloabisinia.[17] Cuando el editor del *New York Herald* le encargó encontrar a Livingstone, del que hacía meses que no se sabía nada, desde que se embarcó en otra expedición al río Rowuna hasta el lago Tanganica, Stanley olfateó la mejor primicia de su carrera.

Después de una búsqueda de diez meses, interrumpida cuando se vio envuelto en una pequeña guerra entre árabes y africanos, Stanley finalmente encontró a Livingstone en Ujii, en la orilla norte del lago Tanganica, el 3 de noviembre de 1871. Su relato del encuentro deja claro que estaba abrumado por su momento de gloria:

> [L]o que habría dado por un trozo de acogedora selva donde, sin ser visto, pudiera expresar mi alegría con alguna locura, como morderme estúpidamente la mano, dar cabriolas, o acuchillar árboles para aliviar esas emociones que eran casi incontrolables. El corazón me latía rápido, pero no debía dejar que mi rostro delatase mi emoción, a menos que quisiera disminuir la dignidad de un hombre blanco apareciendo en tales circunstancias extraordinarias.
>
> De modo que hice lo que creí que era más digno. Aparté a la turba, caminé entre la gente que formaba una avenida viviente hasta que llegue al semicírculo de árabes frente al cual estaba el hombre blanco de barba gris. A medida que avanzaba lentamente hacia él noté que estaba pálido, que parecía agotado, tenía una barba gris, llevaba una gorra azulada con una cinta dorada desvaída alrededor, vestía un chaleco rojo y un par de pantalones de paño gris. Habría corrido hacia él, solo que me acobardé ante la presencia de esa multitud; lo habría abrazado, solo que siendo él inglés, no sé cómo lo habría tomado. No sabía cómo me recibiría, de modo que hice lo que la cobardía y el falso orgullo me sugirieron que era lo mejor, caminé lentamente hacia él, me saqué el sombrero, y dije: «El doctor Livingstone, supongo».

Fue un estadounidense el que llevó la discreción británica a su apogeo histórico.

Cuando se publicó, el relato de Stanley dominó las primeras planas del mundo

angloparlante. Sin embargo, era más que una primicia. Era también un encuentro simbólico entre dos generaciones: la generación evangélica, que había soñado en una transfiguración moral de África, y una nueva generación con prioridades más mundanas. Aunque era cínico, y rápidamente percibió los errores del viejo cascarrabias, Stanley se sintió tocado e inspirado por el encuentro. De hecho, llegó a considerarse el sucesor de Livingstone, como si su encuentro en Ujii lo hubiera ungido como tal de algún modo. «Si Dios lo quiere —escribió después—, [seré] el siguiente mártir para la ciencia geográfica, o si conservo la vida… [descubriré]… los secretos del gran río [el Nilo] durante su curso». En el momento del funeral de Livingstone (al cual asistió como uno de los portadores del féretro), Stanley escribió en su diario: «Sea yo elegido para sucederlo en abrir África a la brillante luz del cristianismo». Pero agregó una frase significativa: «Mis métodos, no obstante, no serán los de Livingstone. Cada hombre tiene su propio modo. El suyo, creo, tenía sus defectos, aunque el viejo ha sido personalmente casi un Cristo por su bondad, paciencia… y abnegación».

Bondad, paciencia y abnegación no eran las cualidades que Henry Stanley se llevó consigo a África. Cuando dirigió una expedición río arriba del Congo, se equipó con rifles Winchester y pistolas Elephant, que no dudaba en utilizar contra los nativos poco colaboradores. Incluso el ver lanzas blandiéndose hacia su barca, les hacía desenfundar la pistola: «Seis tiros y cuatro muertos —escribió con tétrica satisfacción después de uno de esos encuentros— fueron suficientes para acabar con la burla». Hacia 1878 estaba trabajando para el rey Leopoldo II de Bélgica para crear una colonia privada para su Asociación Internacional Africana en el Congo. Por una ironía que habría consternado a Livingstone, el Congo Belga pronto se haría famoso por su mortífero sistema de trabajo esclavo.

Livingstone había creído en el poder del Evangelio; Stanley creía solo en la fuerza bruta. Livingstone se había horrorizado con la esclavitud; Stanley cooperó con su restauración. Sobre todo, Livingstone se había mostrado indiferente a las fronteras políticas; Stanley deseaba que se hiciera el reparto de África. Y así fue. En el lapso transcurrido entre la muerte de Livingstone en 1873 y la muerte de Stanley en 1904, cerca de un tercio de África fue anexionado al imperio británico, a la vez que prácticamente el resto sería presa de unas cuantas potencias europeas. Solo en el trasfondo de este control político, puede entenderse la conversión de África subsahariana al cristianismo.

El comercio, la civilización y el cristianismo debían ser impuestos en África, exactamente como había querido Livingstone, pero de la mano de una cuarta c: la de conquista.

Los hijos del cielo

> Pase lo que pase, un hombre debería mantenerse fiel a su propia casta, raza y especie: el blanco con el blanco y el negro con el negro.
>
> KIPLING

Los británicos concibieron el monumento a la reina Victoria, en el centro de Calcuta, como si fuera una réplica del Taj Majal, una expresión intemporal de la grandeza imperial que asombraría a los que estaban sometidos a la misma. Sin embargo, hoy que la estatua de la reina parece mirar cansinamente el Maidan, resulta más bien un símbolo del carácter transitorio del dominio británico. Aunque parece espléndido, el monumento es una solitaria isla blanca en un mar de bengalíes que ocupan cada rincón disponible de la insalubre metrópoli. Lo sorprendente es que durante casi dos siglos no solo Bengala sino toda la India estuviera dominada por unos cuantos miles de británicos. Como alguien señaló, el gobierno de la India era «una máquina gigantesca para gestionar toda la cosa pública de una quinta parte de los habitantes de la tierra sin su autorización ni su cooperación».

Los británicos utilizaron también la India para controlar todo un hemisferio que iba desde Malta hasta Hong Kong. Era el fundamento en que se basaba todo el imperio de mediados de la época victoriana.

Sin embargo, tras la fachada de mármol, el Raj era el acertijo situado en el corazón mismo del imperio británico. ¿Cómo era posible que novecientos funcionarios civiles y setenta mil soldados británicos lograran gobernar más de doscientos cincuenta millones de indios? ¿Cómo lo consiguieron los Victorianos?

LA ANULACIÓN DE LA DISTANCIA

En la cúspide del imperio Victoriano se situaba la soberana; laboriosa, tan apasionada en privado como impasible en público, incansablemente prolífica y espectacularmente longeva. Como una moderna Plantagenet era notablemente extravagante. Le disgustaba el palacio de Buckingham, prefería Windsor y tenía una debilidad por el lejano y lluvioso Balmoral. Sin embargo, su residencia favorita fue probablemente Osborne House, en la isla de Wight. Había sido adquirida y remodelada a instancias de su adorado esposo (y primo) Albert y era uno de los pocos lugares donde la pareja podía disfrutar de cierta privacidad (e intimidad), que por lo general se les negaba. «Es —decía la reina— tan agradable tener un lugar propio, tranquilo y recogido […] Es imposible imaginar un lugar más bonito, tenemos una encantadora playa para nosotros, podemos caminar a cualquier parte sin que nos sigan ni apabullen».

Osborne House era una obra característica del historicismo arquitectónico decimonónico construida al estilo renacentista. Literal y metafóricamente está a miles de kilómetros del imperio global sobre el que reinaba Victoria. En otros sentidos, sin embargo, distaba de orientarse al pasado. El fresco alegórico de la escalera principal parece a primera vista un pastiche a la italiana más. Pero un examen más cuidadoso nos revela a «Britannia» recibiendo la corona del mar de Neptuno, acompañado por «Industria», «Comercio» y «Navegación». Como sugieren estas tres figuras, la pareja real comprendía bien la vinculación entre el poder económico de Gran Bretaña y su dominio global.

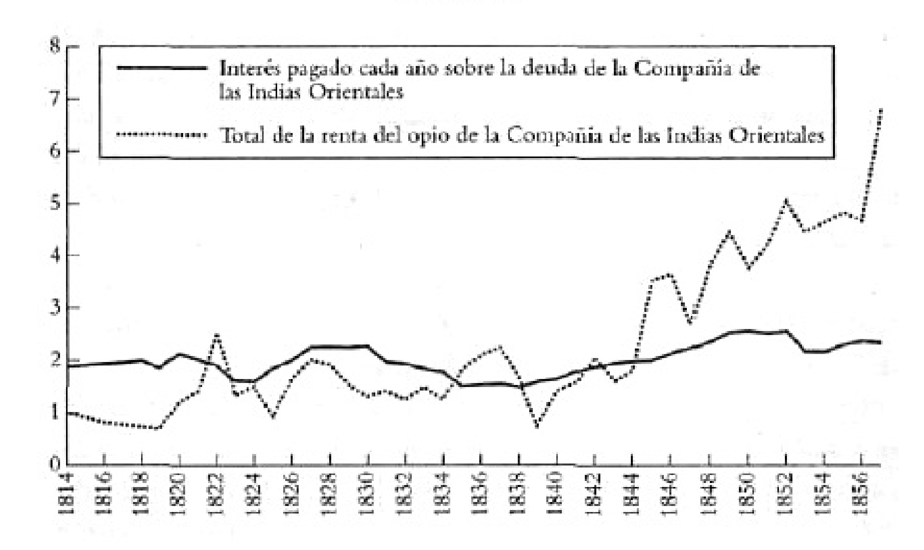
Desde finales del siglo XVIII, Gran Bretaña había ido superando a sus rivales situándose como pionera de la nueva tecnología. Los ingenieros británicos estaban a la vanguardia de una revolución: la revolución industrial, que controló la potencia del vapor y la fuerza del hierro para transformar la economía mundial y el equilibrio internacional de poder. Nada ilustra mejor esto que la situación de la Osborne House, que mira directamente al Solent. Al otro lado aparece tranquilizadoramente la gran base naval de Portsmouth, la más grande del mundo en esa época, y una manifestación imponente del poder marítimo británico. Si lo permitía la niebla, la reina podía ver el trasiego de su armada cuando paseaba con su consorte por los jardines elegantemente diseñados de Osborne House. Hacia 1860, habría podido escoger con facilidad la suprema expresión del poderío Victoriano: HMS *Warrior*. Una nave a vapor, acorazada con planchas de hierro de cinco pulgadas de espesor y con los más modernos cañones de carga, *Warrior* era el buque de guerra más poderoso del mundo, tan potente que ningún navío extranjero se atrevió jamás a disparar contra él. Y era solo uno de los 240 barcos tripulados por unos cuarenta mil marineros que convertían a la Royal Navy, con diferencia, en la más grande del mundo. Y gracias a la productividad sin rival de sus astilleros, Gran Bretaña poseía más o menos un tercio del tonelaje mercante del mundo. En ninguna otra época de la historia ha habido una potencia que dominara el océano como Gran Bretaña a mediados del siglo XIX. La reina Victoria tenía buenas razones para sentirse segura en el litoral.

Si los británicos deseaban abolir el tráfico de esclavos, simplemente enviaban a la Royal Navy, que en 1840 había interceptado no menos de 425 barcos esclavistas en la costa africana occidental y los había escoltado hasta Sierra Leona, donde la mayoría fueron condenados. Una treintena de barcos de guerra trabajaban en esta operación de vigilancia internacional. Si los británicos deseaban que los brasileños siguieran su ejemplo de abolir el tráfico de esclavos, enviaban un navío provisto de cañones. Eso fue lo que hizo lord Palmerston en 1848; en septiembre de 1850 Brasil aprobó una ley que abolía la trata. Si los británicos deseaban obligar a los chinos a abrir sus puertos al comercio británico (nada menos que a la exportación de opio indio), bastaba con enviar a la Royal Navy. Desde luego que las guerras del opio de 1841 y 1856 no se debieron solo al opio. Las *Illustrated London News* presentaron la guerra de 1841 como una cruzada a favor del libre comercio en otro ignaro despotismo oriental;

mientras que el tratado de Nanking, que dio fin al conflicto, no hizo ninguna referencia explícita al opio. De modo parecido, la segunda guerra del opio (a veces llamada la guerra del Arrow, en referencia al barco que se convirtió en *casus belli*), se luchó en parte para mantener el prestigio británico como un fin en sí mismo; igualmente, los puertos de Grecia fueron bloqueados en 1850 porque un judío nacido en Gibraltar afirmaba que sus derechos de súbdito británico habían sido infringidos por las autoridades griegas. Sin embargo es muy difícil creer que las guerras del opio se hubieran producido si las exportaciones de opio, prohibidas por las autoridades chinas a partir de 1821, no hubieran sido tan esenciales para el dominio británico en la India.[1] El único beneficio real de adquirir Hong Kong como resultado de la guerra de 1841 fue proporcionar a firmas como la de Jardine Matheson una base para sus operaciones de contrabando de opio. En efecto es una de las ironías más notorias del sistema de valores Victoriano: que la misma flota que fue enviada a suprimir la trata de esclavos, fuera también la encargada de la expansión del tráfico de narcóticos.

La guerra contra la esclavitud y las guerras del opio tenían en común el que el dominio naval británico las hacía posibles. Primero, la aparición del vapor horrorizó al Almirantazgo, porque creía que esto «asestaría un golpe fatal para la supremacía naval del imperio». Pero rápidamente se hizo evidente que la nueva tecnología debía ser adoptada, aunque solo fuera para igualar a los franceses. (El barco de guerra francés *La Gloire*, botado en 1858, había sido una de las principales razones para construir HMS *Warrior*.) Lejos de debilitar el imperio, la energía a vapor tendió a unificarlo. En los tiempos de la vela se tardaba entre cuatro y seis semanas en cruzar el Atlántico; el vapor redujo ese tiempo a dos semanas a mediados de la década de 1830, y a escasos diez días en la década de 1880. Entre la década de 1850 y la de 1890, el viaje de Gran Bretaña a Ciudad del Cabo se redujo de cuarenta y dos a diecinueve días. Los barcos de vapor se hicieron más grandes, así como más rápidos; en el mismo período, el promedio del tonelaje bruto más o menos se duplicó.[2]

GRÁFICO 6

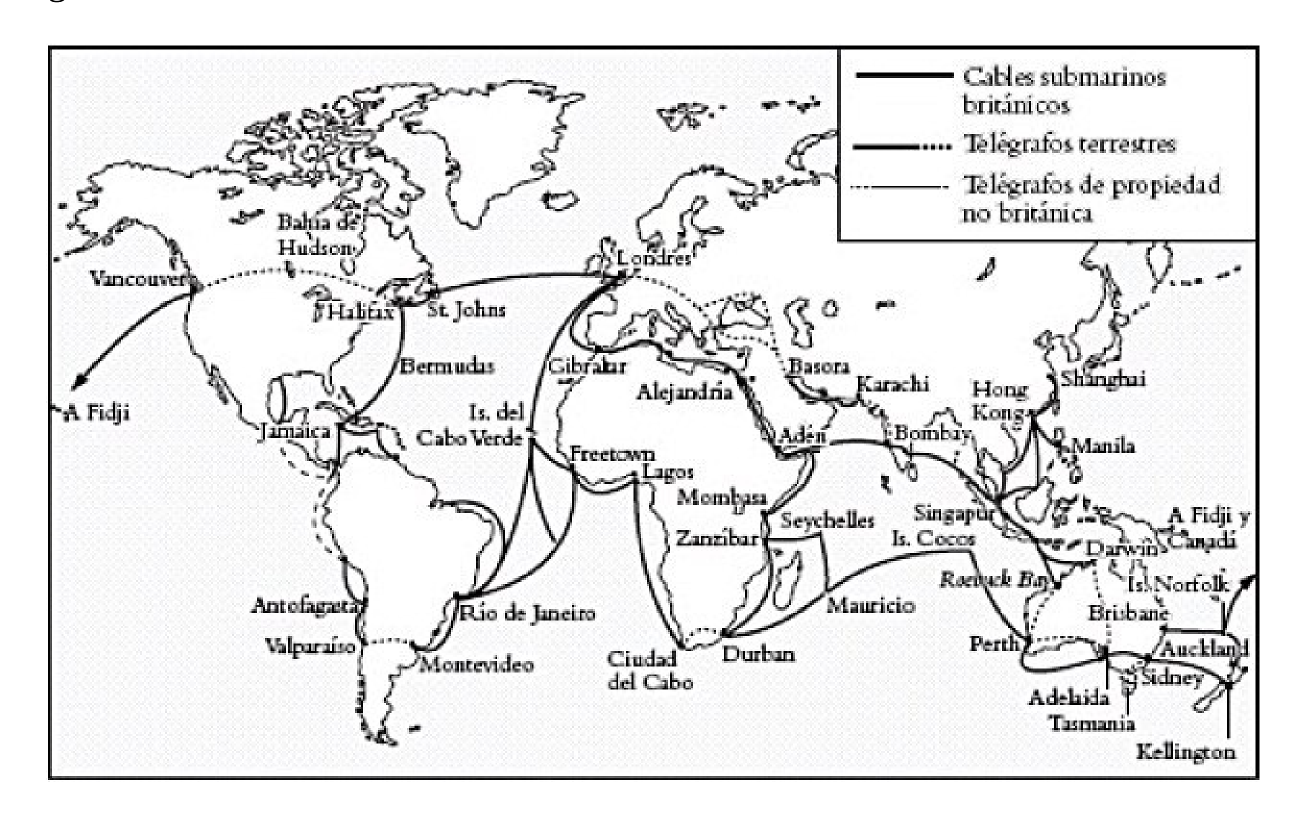


Deuda y drogas: los pagos de intereses de la Compañía de las Indias Orientales y la renta del opio, 1814-1857 (millones de libras esterlinas).

Tampoco fue el único modo que tuvo el imperio de estrechar sus vínculos internos. A principios de su reinado (hasta la rebelión de los cipayos), Victoria había mostrado poco interés en lo concerniente a los asuntos exteriores fuera de Europa. Pero la rebelión fue una sacudida para ella que la concienció de sus responsabilidades imperiales, y a medida que su reinado avanzaba ocuparon cada vez más su atención. En diciembre de 1879, hizo constar que mantuvo «una larga conversación con lord Beaconsfield, después del té, sobre la India y Afganistán y la necesidad de que nos convirtamos en los amos del país y lo retengamos…». En julio de 1880, estaba «instando enérgicamente al gobierno a que hicieran todo lo que estuviera en su poder para mantener la seguridad y el honor del imperio». Le dijo a lord Derby en 1884 que, en su opinión, «la misión de Gran Bretaña era… proteger a los pobres nativos y hacer avanzar la civilización». «Creo que es importante —declaró en 1898— que el mundo no tenga la impresión de que no dejamos que nadie excepto nosotros tenga nada…» En uno de los más oscuros rincones de la Osborne House se halla la clave de por qué la reina se sintió más estrechamente ligada al imperio a medida que fue pasando el tiempo. La oficina de telégrafo de la reina estaba en el sótano del ala «hogar», aunque no fue considerada digna de ser preservada cuando la casa fue cedida a la nación en 1902. Hacia la década de 1870 los mensajes de la India llegaban en cuestión de horas; y la reina los leía atentamente. Esto ilustra perfectamente lo que ocurrió con el mundo durante el reinado de Victoria: se redujo, y ello se debió en buena parte a la tecnología británica.

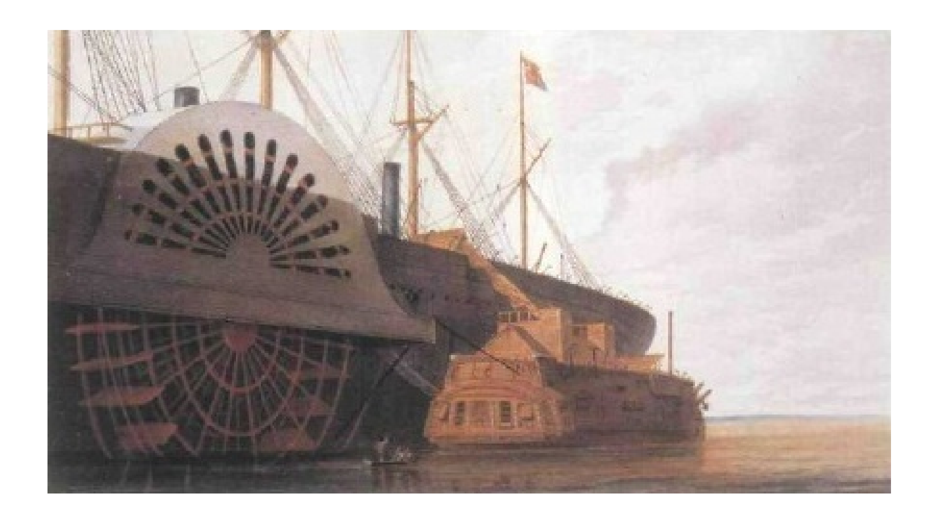
El telégrafo fue otra de las invenciones que el Almirantazgo trató de ignorar. La Royal Navy rechazó a su inventor, Francis Ronalds, cuando le ofreció el fruto de su ingenio en 1816. No fue el sector militar sino el privado el que desarrolló la autopista de la información decimonónica, al principio dependiente de la infraestructura de los

primeros ferrocarriles. A finales de la década de 1840 no había duda de que el telégrafo revolucionaría la comunicación terrestre. Hacia la década de 1850 su infraestructura en la India estaba suficientemente avanzada para que el telégrafo desempeñara un papel decisivo en la sofocación de la rebelión de los cipayos[3]. Sin embargo, el gran avance tecnológico, desde el punto de vista del dominio imperial, fue la instalación de cables submarinos duraderos. Significativamente, un producto del imperio (una sustancia de Malasia parecida al caucho llamada gutapercha) resolvió el problema, permitiendo que se tendiera el primer cable a través del canal en 1851 y el primer cable transatlántico, al cabo de quince años. Cuando el cable de la Anglo-American Telegraph Company llegó finalmente a la costa americana el 27 de julio de 1866, después de haber sido tendido con éxito en el fondo del océano por el poderoso *Great Eastern* de Isambard Kingdom Brunel, empezó una nueva era. Que el cable se extendiera desde Irlanda a la península del Labrador dejaba claro cuál sería la potencia que dominaría con toda certeza la era del telégrafo. Que la conexión de telégrafo de la India a Europa hubiera sido construida por el gobierno de la India, dejaba claro que los soberanos de esa potencia (pese a todos sus principios de *laissez-faire*) estaban decididos que así fuera.[4] Hacia 1880 había en total 156.108,8 kilómetros de cable en los océanos del mundo, que conectaban Gran Bretaña con la India, Canadá, Australia y África. Ahora se podía enviar un mensaje de Bombay a Londres a cuatro chelines la palabra con la garantía de que sería recibido al día siguiente.[5] Según Charles Bright, uno de los apóstoles de la nueva tecnología, el telégrafo era «el sistema nervioso eléctrico del mundo».



4. Red global del telégrafo hacia 1913: la autopista imperial de la información.

El cable de telégrafo y la ruta de los vapores fueron dos de las tres redes de metal que simultáneamente redujeron el mundo e hicieron más fácil su control. La tercera fue el ferrocarril. En este campo los británicos también reconocieron las limitaciones del libre mercado. La red ferroviaria británica había sido construida a partir de 1826 con intervención mínima estatal. Aun así, las líneas de ferrocarril que los británicos construyeron a lo largo de todo su imperio, si bien fueron tendidas por empresas del sector privado, dependieron de generosos subsidios del gobierno que efectivamente garantizaron que rendirían dividendos. La primera línea en la India, que conectaba Bombay y Thane a 33,6 kilómetros, fue inaugurada oficialmente en 1853; en menos de cincuenta años, se habían tendido vías que abarcaban más de 38.400 kilómetros. En el espacio de una generación, el *te-rain* transformó la vida económica y social india; por primera vez, gracias a la tarifa normal de tercera clase de seis *annas* el viaje de largo recorrido fue asequible para millones de indios, «reuniendo amigos y uniendo a los ansiosos». Algunos coetáneos predijeron que esto provocaría una revolución cultural, en la creencia de que «cuarenta y ocho kilómetros por hora son fatales para las lentas deidades del paganismo». Los ferrocarriles indios crearon un gran mercado para los fabricantes británicos de locomotoras, ya que los miles de motores que se usaban en la India eran fabricados en Gran Bretaña. Desde el principio la red tuvo un propósito tanto estratégico como económico. No fue por la generosidad de los accionistas británicos que la principal estación de trenes de Lucknow fue edificada a semejanza de una grandiosa fortaleza gótica.



Tendido del cable a bordo del Great Eastern, 1866.

Como un importante comentarista imperial dijo, la revolución victoriana en las comunicaciones globales logró «la aniquilación de la distancia», pero también hizo posible la aniquilación a gran distancia. En época de guerra, simplemente tenía que vencerse la distancia, por la sencilla razón de que el principal núcleo del poder militar de Gran Bretaña estaba ahora al otro extremo del planeta.

Como había estado ocurriendo desde hacía tiempo, el ejército permanente en Gran Bretaña era pequeño. En Europa, la Royal Navy era la encargada de la labor

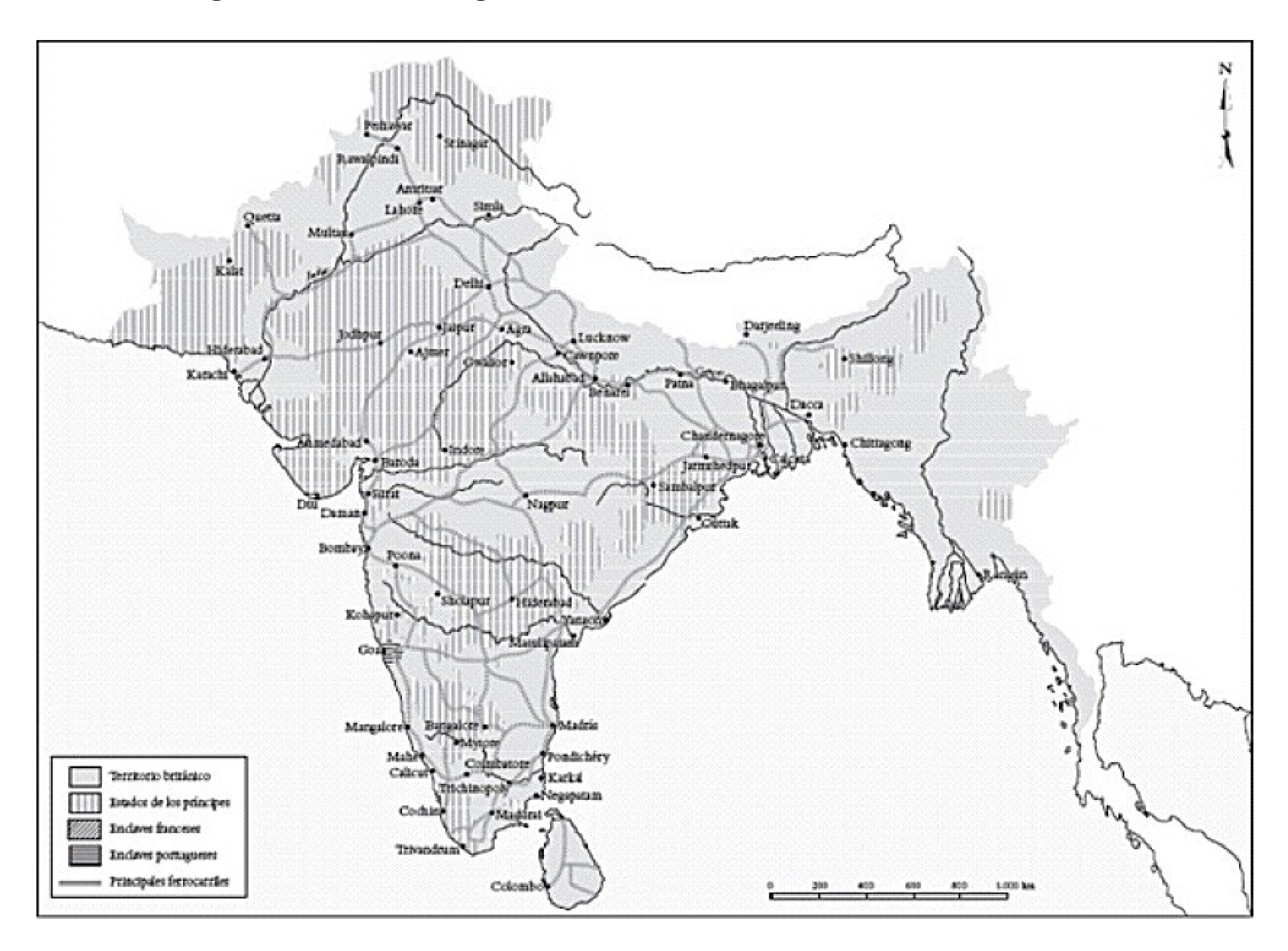
defensiva: más de un tercio de la gran flota del país estaba permanentemente estacionada en aguas británicas o en el Mediterráneo. Los británicos mantenían el grueso de su capacidad militar ofensiva en la India. En este aspecto, había cambiado poco desde la rebelión de los cipayos. Es cierto que se redujo el número de soldados nativos a partir de 1857 y que se incrementó el número de los británicos en un tercio aproximadamente. Pero había límites para el número de hombres que los británicos podían permitirse estacionar en la India. En 1863 una comisión real informó de que la tasa de mortalidad entre hombres de otras graduaciones que se habían alistado en la India entre 1800 y 1856 era 69 de cada mil, frente a los 10 de cada mil del grupo de británicos civiles de la misma edad. Los soldados de la India también presentaban una mayor incidencia de enfermedades. Con precisión victoriana, la comisión calculaba que, de un ejército formado por setenta mil soldados, 4.830 morirían al año, y que 5.880 camas de hospital serían ocupadas por los enfermos. El coste de reclutar a un soldado y mantenerlo en la India era de cien libras; así pues, las pérdidas de Gran Bretaña ascendían a más de un millón de libras anuales. Dado que una fuerza similar, en Europa, habría costado unas doscientas mil libras, las ochocientas mil extras podrían considerarse como una especie de prima por servicio en el trópico. Era un modo de decir con muchos circunloquios que no debía enviarse más soldados británicos a enfermar y morir en la India. Así pues, si el ejército indio tenía que mantener su poderío, los cipayos debían permanecer.

El resultado fue que hacia 1881 el ejército indio tenía 69.647 soldados británicos y ciento veinticinco mil nativos, en contraste con los 65.809 soldados británicos y los 25.353 irlandeses de la metrópoli. Respecto al total de personas que integraban todas las guarniciones británicas del imperio, el ejército indio representaba más de la mitad (62 por ciento). De la India lord Salisbury afirmaba sardónicamente: «Es una barraca inglesa en los mares orientales de la cual podemos sacar cualquier cantidad de soldados sin pagar por ello». Y así lo hicieron él y otros primeros ministros con regularidad. Los últimos cincuenta años antes de 1914 las tropas indias sirvieron en más de una docena de campañas imperiales, desde China a Uganda. El político liberal W. E. Forster se quejaba en 1878 de que el gobierno se apoyaba «no en el patriotismo y el espíritu de su propio pueblo», sino en conseguir que «gurkas y sijs y musulmanes lucharan por nosotros». Había incluso una parodia de cabaret sobre el tema:

> *No queremos luchar, pero, por*
> *Jingo, si lo hacemos, no iremos en*
> *persona al frente, enviaremos al*
> *manso hindú.*

Como ocurría con todo el engranaje del imperio de mediados de la era victoriana, el ejército indio también dependía de la tecnología: desde la que producía rifles, hasta la que permitía hacer mapas. No debemos olvidar que el teodolito fue tan importante

como el telégrafo en la tecnología de la dominación.



5. La India británica, 1931.

Ya en la década de 1770, la Compañía de las Indias Orientales se había percatado la extraordinaria importancia de la cartografía, pues en las guerras angloindias de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, el ejército que contaba con los mapas más exactos tenía ventaja sobre los demás. Hasta las islas británicas habían sido cartografiadas —por la misma razón— por el servicio oficial de cartografía. En 1800, la Great Trigronometrical Survey de la India había sido emprendida bajo la dirección de intrépidos cartógrafos como William Lambton y, a partir de 1818, George Everest. Trabajando de noche para impedir que las lecturas de su teodolito fueran distorsionadas por el calor del sol, se dispusieron a crear el primer *Atlas de la India* definitivo, un vasto compendio de información geográfica, geológica y ecológica dispuesto inmaculadamente en una escala de cuatro millas por pulgada.

El conocimiento es poder, y saber dónde están los sitios es el conocimiento más elemental que precisa un gobierno. Cuando la gran encuesta trigonométrica avanzaba en los Himalayas, donde Everest bautizó con su nombre la montaña más alta del mundo, la información de inteligencia acumulada adquirió un nuevo significado. ¿Dónde terminaba la India británica? Es fácil olvidar que, en toda su extensión, era

mucho más grande que la India actual, abarcando las actuales Pakistán, Bangladesh y Birmania, por no mencionar el sur de Persia y Nepal. Durante un tiempo, pareció también que Afganistán sería absorbido por el Raj; algunos incluso soñaron con anexionar el Tíbet. No obstante, al otro lado de las fronteras montañosas septentrionales de la India, había otro imperio europeo con aspiraciones similares. En el siglo XIX, el imperio ruso crecía en tierra firme exactamente como Gran Bretaña lo hacía en el mar: hacia el sur hasta el Cáucaso, por Circasia, Georgia, Erivan y Azerbaiyán; hacia el este, desde el mar Caspio, siguiendo la ruta de la seda por Bujara, Samarcanda y Tashkent, hasta llegar a Jojand y Andijon en la región montañosa del Pamir. Allí, apenas a treinta y dos kilómetros, el león y el oso (como las caricaturas del *Punch* solían presentarlos invariablemente) se miraban con odio hostil a través de unos de los territorios más inhóspitos del planeta.

Desde 1879, fecha en que hubo el segundo intento británico de invadir y controlar Afganistán, hasta el tercer intento en 1919, Gran Bretaña y Rusia libraron la primera guerra fría en la frontera noroccidental. Los espías de esta guerra fría eran los topógrafos, pues las posibilidades de éxito dependían del primero que trazara el mapa de la frontera. La Great Survey de la India se vinculó así inextricablemente con el espionaje: a lo que uno de los pioneros británicos de esta frontera llamaba el «gran juego». A veces realmente parecía un juego. Los agentes británicos se aventuraban en el territorio ignoto más allá de Cachemira y el paso Khyber disfrazados de monjes budistas, midiendo las distancias entre los lugares con la ayuda de sartas de cuentas (una cuenta por cada cien pasos) y ocultando los mapas que dibujaban subrepticiamente en sus ruedas de oración.[6] Pero se trataba de un juego mortal en tierra de nadie, donde la única regla era el despiadado código de honor pashtún o *pathan*: hospitalidad para el forastero, y el degüello y venganza eterna contra toda su descendencia si infringía las normas.

Los británicos nunca pudieron bajar la guardia en la frontera noroeste, que constituyó el límite más remoto de la India británica. Gracias al dominio Victoriano de la tecnología, el Raj se pudo extender más allá del océano índico.

En 1866 el imperio se vio frente a una lejana crisis de rehenes que puso a prueba su sistema de comunicaciones. Un grupo de súbditos británicos fueron hechos prisioneros por el emperador Teodoro II de Abisinia, que consideraba que los británicos no habían mostrado suficiente respeto por su régimen (la única monarquía cristiana de África). Cuando el Ministerio de las Colonias no respondió, el monarca arrestó a todos los europeos que encontró y los envió a su remota fortaleza en las montañas en Magdala. Fue enviada una misión diplomática, pero sus miembros también fueron detenidos.

Se sabía universalmente que nadie trataba de ese modo a los súbditos de la reina Victoria y se salía con la suya. Pero rescatar a un grupo de rehenes de la región más

remota de Etiopía no era una empresa fácil, ya que exigía enviar lo que hoy día se conoce como «fuerza de acción rápida». Lo más notorio del caso fue que la fuerza en cuestión no era británica. Abisinia tuvo que soportar todo el poderío militar de la India británica.

Sin la floreciente red global de telégrafos y motores a vapor, la respuesta británica habría sido imposible. La decisión de enviar una fuerza invasora para rescatar a los rehenes fue tomada por el primer ministro, lord Derby, tras muchas consultas con el gabinete y la reina. Cuando el llamamiento redactado por la reina en fecha de abril de 1867 en el que pedía la liberación de los prisioneros no obtuvo respuesta, el gobierno no tuvo otra alternativa que liberarlos «por la fuerza». Como es natural, una decisión de este tipo acarreaba consecuencias para todos los grandes ministerios del Estado: el de Asuntos Exteriores, el de Guerra, el Almirantazgo y el Tesoro tuvieron que ser consultados. Pero la orden de invasión tenía que cruzar el mundo entero para poder ser ejecutada, partiendo del secretario de Estado para la India en Londres hasta llegar al gobernador de la presidencia de Bombay, a decenas de miles de kilómetros de distancia, porque allá estaban las tropas necesarias para la operación. Lo que antaño una orden de ese tipo habría tardado meses en llegar, ahora podía ser enviada en el acto por telégrafo.

La persona encargada de planear la expedición fue el teniente general sir Robert Napier, hombre de férrea disciplina, de la vieja guardia, pero también ingeniero militar de genio. Para el público «Break thou the Chains» (Romped las cadenas) fue la orden entusiasta que recibió de la reina, y Napier posteriormente adoptó como lema *Tu vincula frange*. Pero en privado Napier asumió la tarea con el oscuro realismo del soldado profesional. Escribió al duque de Cambridge el 25 de julio de 1867:

> [se espera] que los diplomáticos puedan liberar a los cautivos a cualquier precio, pues la expedición será muy costosa y problemática; y aun si el enemigo no dispara ni un tiro, el número de bajas debido al clima y los accidentes multiplicarán por diez el de los cautivos. Aun así, si estas desdichadas personas son asesinadas o retenidas, supongo que debemos hacer algo.

Como posiblemente había supuesto, esta tarea le tocó cumplirla a él y por ende al ejército indio. El 13 de agosto Napier hizo una estimación de las fuerzas que necesitaba: «Cuatro regimientos de la caballería nativa, un escuadrón de la caballería británica, diez regimientos de la infantería nativa […] cuatro baterías de artillería de campaña y de artillería montada; un tren de montaña; una batería de seis morteros de cinco pulgadas y media […] si es posible dos de ellos que sean de ocho pulgadas y un cuerpo de culis de tres mil personas para llevar el cargamento y para formar equipos de trabajo». Dos días después, se le ofreció el mando de la expedición. En noviembre,

el Parlamento —convocado con anticipación por Disraeli, que esperaba sacar ventaja electoral del asunto— aprobó los fondos necesarios. En lo sucesivo, tal como sir Stafford Northcote, secretario de Estado, informó al virrey, «todos los procedimientos subsiguientes relativos a la organización y el equipamiento de refuerzos que demande sir Robert Napier, serán competencia del gobierno de la India». Northcote también recordó al virrey que «la sección nativa» de las fuerzas de Napier continuaría siendo «mantenida» (es decir, pagada) como hasta entonces por el gobierno de la India.

En unos cuantos meses, la fuerza de invasión zarpó de Bombay hacia Massowah en la costa del mar Rojo. A bordo de la flotilla había trece mil soldados británicos e indios, veinte seis mil auxiliares de campo y una gran variedad de ganado: trece mil mulas y ponis, el mismo número de ovejas, siete mil camellos, siete mil bueyes y mil burros, por no mencionar 44 elefantes. Napier incluso compró un muelle prefabricado, con faros y un sistema de ferrocarril. Fue una gran hazaña logística, que combinó perfectamente la fuerza india con la tecnología británica.



**Soldados indios montados en elefantes,
soldados británicos con un cañón. 1897.**

El emperador abisinio había dado por sentado que ninguna fuerza invasora sería capaz de cruzar los seiscientos cuarenta kilómetros de territorio montañoso y ardiente entre la costa y Magdala, pero no había contado con Napier. Lenta pero inexorablemente, llevó a sus hombres a la meta, dejando los cadáveres de miles de animales deshidratados tras de sí. Llegaron al pie de la fortaleza al cabo de tres largos meses, y, con el ánimo aliviado porque la marcha sobre el fangoso terreno había terminado, se prepararon para el asalto final. Mientras una violenta tormenta se descargaba sobre ellos al tiempo que la banda tocaba «Garry Owen», los regimientos Black Watch y West Riding iniciaron el ataque montaña arriba. En dos horas de encarnizada lucha, las fuerzas de Napier mataron a más de setecientos hombres e hirieron a mil doscientos. El propio emperador se suicidó antes que ser capturado. Del contingente británico, veinte resultaron heridos, pero ninguno de ellos murió. Como recordaba jocosamente un miembro de la expedición: «Ondearon los colores del regimiento, miles de manos agitaron los cascos, y los gritos de triunfo formaron un rugido. El sonido de la victoria bajó por la montaña y viajó por la planicie hasta cinco kilómetros […] y las montañas repitieron “God Save the Queen”».

La victoria de Napier fue el golpe arquetípico de mediados de la era victoriana

con un cometido limitado: en la época esa acción recibía el nombre de «aniquilar y salir disparado». La superioridad logística de la potencia de fuego y la disciplina habían destronado al emperador con un balance de bajas británicas mínimo. El vencedor volvió triunfante, trayendo consigo no solo a los rehenes liberados, sino también un botín de guerra que él y sus hombres habían podido reunir, en concreto mil manuscritos cristianos antiguos abisinios y el collar del emperador, para el deleite de Disraeli. La soberana, satisfecha, no dudó en otorgarle el título de lord a Napier, por no hablar de la inevitable estatua ecuestre que actualmente se yergue enhiesta en los jardines de la antigua residencia virreinal de Barrackpore.

El hecho de que las tropas indias pudieran desplegarse en un lugar tan distante como Etiopía con semejante éxito, muestra claramente cuánto había cambiado la India desde la rebelión de 1857. Apenas diez años antes de la expedición de Napier, la rebelión de los cipayos había sacudido el dominio británico de la India hasta sus cimientos. Pero los británicos estaban decididos a aprender de la experiencia negativa. Tras la rebelión, hubo una transformación en el modo de gobernar la India. Finalmente se liquidó la Compañía de las Indias Orientales, por lo que se acabó con la anomalía de que uña corporación gobernara todo un subcontinente. Hay que admitir que algunos cambios fueron cuestión de etiquetas. El antiguo gobernador general se convirtió en el nuevo virrey, y hubo solo pequeños cambios en la estructura del gabinete de seis miembros que lo asesoraba. En teoría, la autoridad suprema ahora recaía en el secretario de Estado para la India en Londres, asesorado por el Consejo de la India (una combinación de la vieja junta de directores y la junta de control). Pero el supuesto era que «el gobierno de la India debe ser, en conjunto, realizado en la misma India». Y en su proclama de noviembre de 1858 la reina dio a sus súbditos indios dos principios firmes que guiarían al gobierno. El primero ya lo conocemos: no habría más intromisión en la cultura religiosa tradicional india, reconocimiento implícito como una de las principales causas de la rebelión. Pero la proclama también se refería al «principio de igualdad, en cuanto a los nombramientos, entre los europeos y los nativos». Esto resultaría posteriormente ser un asunto sometido al destino.

Aun así, la India no dejaba de ser un país bajo el despotismo británico, apenas sin representación para los millones de súbditos indios de la reina. Como dijo un virrey, la India «estaba gobernada a través de la correspondencia oficial entre el secretario de Estado y el virrey». Además, las cláusulas conciliadoras de la proclama estuvieron acompañadas por medidas prácticas sobre el terreno que en conjunto eran de carácter polémico. Lo ocurrido en Lucknow muestra cuán radicalmente se estaba replanteando la dominación británica desde los cimientos. Mientras aún no se había asentado del todo el polvo levantado por la revuelta, era obvio, al menos para un brigadier de ingenieros de Bengala, que si no había cambios más profundos no se podría evitar la

repetición de los acontecimientos de 1857. Como señaló en su «Memorándum sobre la ocupación militar de la ciudad de Lucknow»: «La ciudad de Lucknow, por su vastedad y la carencia de cualquier promontorio en el terreno donde se halla, por fuerza resulta difícil de controlar, excepto para un gran cuerpo de soldados». El nombre del ingeniero era Robert Napier, el mismo hombre que más adelante llevaría a los británicos a la victoria de Magdala, y la solución para el problema de Lucknow fue concebida con el mismo espíritu metódico:

> Esa dificultad puede disminuir mucho si se establece un número suficiente de puestos militares […] y se abren calles anchas a través de la ciudad […] de modo que nuestras tropas se puedan mover rápidamente en cualquier dirección […] Deben ser eliminados […] todos los suburbios y cobertizos que interrumpan el libre desplazamiento de nuestras tropas […] en relación con las [nuevas] calles […] son absolutamente necesarias […] Sin duda que será un perjuicio para los individuos cuya propiedad tenga que ser destruida, pero en general se beneficiará la comunidad, y esto basta para compensar a los damnificados individualmente.

Lo primero fue expulsar a la población de la ciudad; después comenzó la demolición. Cuando Napier terminó, había derribado cerca de dos quintas partes de la antigua ciudad, y añadió sal a la herida convirtiendo la principal mezquita en barracones provisionales. Todo este despliegue iba a cargo de los habitantes, a los que no se les permitió volver hasta que hubieran pagado los tributos.

Como en toda ciudad india importante, la principal guarnición estaba situada fuera del área fortificada, en un «acantonamiento», desde donde los soldados podían salir al instante para sofocar cualquier desafío a la dominación británica. Dentro del acantonamiento, cada oficial vivía en su propio bungalow, donde tenía un jardín del tamaño acorde con su rango, las habitaciones de los sirvientes y una cochera. Las tropas británicas vivían cerca en las barracas de ladrillo, mientras que las tropas nativas vivían más alejadas, en chozas de paja que ellos mismos debían construirse. Incluso la nueva estación de ferrocarril de Lucknow fue construida teniendo en mente el mantenimiento del orden, pues el propio edificio fue construido como una fortaleza y sus largos andenes fueron construidos con el propósito de recibir refuerzos, en caso de que fueran necesarios. Fuera de ésta, los anchos bulevares de Napier aseguraban que las tropas británicas tendrían un campo de tiro despejado. Con frecuencia se ha dicho que la Gran Bretaña victoriana no hizo nada para equiparar la reconstrucción de París hecha por Haussman, pero en Lucknow se acercaron mucho.

El nuevo trazado de Lucknow realizado por Napier ilustra un hecho básico e ineludible sobre el Raj británico en la India. Su fundamento era la fuerza militar. El ejército no era solo una reserva estratégica imperial, sino también el garante de la estabilidad interna de su arsenal asiático.

Sin embargo, la India británica no fue gobernada en exclusiva por el puño de hierro. Así como tenía tiranos al estilo de Napier, también tenía sus mandarines: la administración civil que gobernaba la India, administraba justicia y lidiaba con infinidad de crisis locales, que iban desde pequeños conflictos sobre puentes derruidos hasta hambrunas declaradas. Aunque era una tarea desagradecida y a veces infernal, la élite que la cumplía se vanagloriaba de su apodo: «los nacidos del cielo».

LA VISTA DESDE LAS MONTAÑAS

Todos los años, hacia finales de marzo, las llanuras indias soportan un calor insoportable que dura hasta la llegada de las lluvias del monzón a finales de septiembre:

> Cada puerta y cada ventana permanece cerrada, pues fuera el aire es como el de un horno. Dentro la temperatura es de cuarenta grados, tal como marca el termómetro, y la atmósfera resulta pesada con el mal olor de las lámparas de queroseno; y este hedor, combinado con el del tabaco nativo, el ladrillo cocido, y la tierra seca, hunde el corazón de muchos hombres fuertes hasta el suelo que pisan sus botas, pues el olor del gran imperio indio se convierte durante seis meses en una cámara de tortura.

Antes de la llegada del aire acondicionado, la India en verano era como «una cámara de tortura» para los europeos, una tortura apenas mitigada por el ineficaz abanicar de los *punkah wallahs*. Cuando sudaban y maldecían, los británicos ansiaban escapar del debilitante calor de las llanuras. ¿Cómo podían gobernar un subcontinente sin sucumbir cada año agotados por el calor? La solución estaba al pie de las montañas de los Himalayas, donde el clima de mediados de verano era parecido al de la madre patria.

Había varios refugios elevados para los británicos hastiados del sol: Darjeeling al este, Ootacamund al sur, pero había una estación de montaña inigualable. Si uno coge el tren que va hacia el norte desde Delhi y sube hasta las montañas que actualmente son llamadas Himachal Pradesh, está siguiendo la ruta escogida por muchas generaciones de soldados y funcionarios británicos, por no hablar de sus esposas y amantes. Algunos iban allí de vacaciones, para pasear y divertirse, pero la mayoría iban porque durante siete meses al año se convertía en la sede del gobierno de la India.

Simia está a más de dos mil cien metros sobre el nivel del mar y a más de mil seiscientos kilómetros de Calcuta. Hasta que el ferrocarril de Kalka fue construido en 1903, el único modo de llegar hasta allí era cabalgando o subido en un *dooly* o *dandy*.

Cuando los ríos crecían, se necesitaban elefantes. Para el visitante moderno, Simia parece incluso más remoto de lo que se sugiere. Con sus asombrosas vistas, sus enormes pinos y un aire exquisitamente frío, por no hablar de alguna que otra nube lluviosa, se parece más a las montañas de Escocia que al Himalaya. Hay incluso una iglesia gótica y un Gaiety Theatre. No resulta sorprendente que la fundara un escocés, Charles Pratt Kennedy, que se construyó la primera casa en 1822. A los Victorianos, que aprendieron del romanticismo a idealizar las montañas caledonias, Simia les parecía un paraíso. Uno de los primeros visitantes comentaba con entusiasmo: «[el aire de la montaña] … parecía haber inyectado éter en mis venas, pues me siento como si pudiera precipitarme a lo más hondo de las cañadas o trepar ágilmente por sus laderas». Los hombres que gobernaban la India descubrieron pronto la fragancia de este aire rejuvenecedor. Lord Amherst visitó Simia como gobernador general ya en 1827, y en 1864 se convirtió en la residencia de verano oficial del virrey. Desde entonces, la residencia virreinal en Observatory Hill se convirtió en la sede veraniega del poder.

Encaramada en la cima de las montañas, Simia era un mundo extraño e híbrido: en parte era como la altiplanicie escocesa, pero pertenecía al Himalaya; en parte era un centro de poder, pero también era un centro de recreo,[7] un mundo que nadie entendía mejor que Rudyard Kipling. Nacido en Bombay en 1865, Kipling había pasado los primeros cinco años de vida a cargo de un *ayah* india antes que con sus padres, había aprendido a hablar hindi antes que inglés, y acabó detestando Inglaterra, donde fue enviado para formarse a la edad de cinco años. Once años más tarde, regresó para asumir el cargo de asistente de editor en la *Civil and Military Gazette* de Lahore, época que pronto recreó con una serie de poemas y cuentos que hablaban de la vida angloindia «sin medias tintas» (según sus propias palabras). Entusiasta reportero novato, a Kipling le encantaba vagar en busca de noticias que vendía entre los bazares de Lahore («esa maravillosa, sucia y misteriosa colina de hormigas») regateando con tenderos hindúes y comerciantes de caballos musulmanes. Esa era la verdadera India, y descubrió que esa realidad embriagaba sus sentidos: «El calor y los olores de aceite y especias, y las vaharadas del incienso del templo, y el sudor, y la oscuridad, y la lujuria y la crueldad, y sobre todo, las innumerables cosas maravillosas y fascinantes». Durante las noches, se dedicaba incluso a visitar fumaderos de opio. Afectado con ganas de ser atrevido, Kipling pensaba que la droga era «una excelente cosa de por sí».

En cambio, Kipling se mostraba ambiguo respecto a Simia. Como cualquiera que iba allá, le entusiasmó el aire «de color champán» de las montañas y le deleitaban «las ondulaciones del prado como pechos de mujer… el viento entre la hierba, y la lluvia entre los pinos nativos dici[endo] "shush, shush, shush"». La vida social era para él un carrusel de «fiestas en el jardín, tenis, picnics y comidas en Annandale, y competiciones de tiro con fusil, y cenas y bailes, además de paseos a caballo y caminatas». A veces, la vida en Simia parecía «la única existencia en este desolado

país que vale la pena vivir». Medio en serio, reconoció en su «Historia de dos ciudades» (Calcuta y Simia):

Que el mercader arriesga los peligros de la llanura por la ganancia. No
pueden los gobernantes gobernar una casa en que los hombres se
enriquecen, desde la cocina.

Podía entender perfectamente por qué

… los gobernantes en esa ciudad cerca del mar huyen,
huyen con cada retorno primaveral de sus males, a las montañas.

Además del clima agradable, también le resultaba divertido flirtear con las mujeres enviadas a las montañas por el bien de su salud por maridos confiados que sudaban la tinta gorda en las llanuras.

Aun así, Kipling no podía evitar preguntarse si era sensato que el virrey y sus consejeros optaran por pasar la mitad del año «en el lado equivocado de un irresponsable río», tan aislados de sus súbditos como si estuvieran «separados por un mes de viaje marítimo». Aunque le agradaban las «viudas» temporales de Simia, las simpatías de Kipling estaban siempre con sus compatriotas que aguantaban el tipo en las llanuras: Kim, el hijo huérfano de un soldado británico, «se hizo nativo» en el Great Trunk Road (camino entre Calcuta y Kabul); Terence Mulvaney, el estoico soldado raso de primera clase que hablaba un extraño dialecto medio irlandés, medio hindi; y sobre todo, los funcionarios de distrito del Servicio Civil Indio, que se sofocaban en sus puestos avanzados bajo un sol de justicia. Como una vez dijo, podían ser «cínicos, secos y sórdidos». Como el pobre Jack Barrett, podían ser traicionados por sus pérfidas esposas en las montañas cinco alegres meses cuando mucho».[8] Pero los funcionarios civiles fueron los hombres que mantuvieron unido el Raj.

Quizá la estadística más desconcertante de todas las de la India británica corresponda al Servicio Civil Indio. Entre 1858 y 1947 rara vez hubo más de mil personas en el servicio civil pactado,[9] comparado con un total de población que, hacia finales de la dominación británica, superaba los cuatrocientos millones de personas. Como señaló Kipling: «Una de las pocas ventajas que tiene la India respecto a Inglaterra es la gran facilidad para conocerse […] Al cabo de veinte [años, un hombre] conoce a todos los ingleses del imperio, o sabe algo de ellos». ¿Fue ésta la burocracia más eficaz de la

historia? ¿Era realmente un funcionario civil británico capaz de hacerse cargo de las vidas de hasta tres millones de indios, desparramados en más de veintisiete kilómetros cuadrados, como algunos funcionarios de distrito debían hacer? Kipling llegaba a la conclusión de que eso solo era posible si los propios amos trabajaban como esclavos:

> Año tras año Inglaterra envía nuevos reclutas a la primera línea de batalla, que se llama oficialmente Servicio Civil Indio. Mueren o se matan por exceso de trabajo; o se preocupan hasta morir o enfermarse o perder toda esperanza, de que el país esté protegido de la muerte, la enfermedad, la hambruna y la guerra, y finalmente pueda ser capaz de emanciparse. Nunca se emancipará, pero la idea resulta bonita y los hombres quieren morir por ella, y anualmente avanza el trabajo de empujar, presionar y azuzar el país hacia una vida mejor. Si se puede llamar avance a todo el crédito que se da a los nativos mientras los ingleses quedan atrás y se secan la frente. Si se comete un error los ingleses salen al frente y asumen la culpa.

«Hasta que el vapor reemplace la energía humana en el funcionamiento del imperio», escribió Kipling en «La educación de Otis Yeere», habría siempre «hombres que serían explotados, desgastados en la mera rutina mecánica». Tales hombres eran simplemente «las bases, pasto de la enfermedad, compartiendo con el campesino y el buey de labranza el honor de ser el pedestal sobre el que el Estado se apoya». Otis Yeere era el arquetipo del «hombre de ojos hundidos que, por ironía oficial, se decía que estaba “encargado” de una colmena débil, quejumbrosa, impotente de valerse por sí sola, pero con una fuerte capacidad de impedir, frustrar y molestar».

Tal como Kipling lo describía, el Servicio Civil Indio no parecía ser una carrera atractiva. Sin embargo, la competencia por conseguir un puesto era encarnizada, tanto es así que la selección tenía que basarse en las oposiciones quizá más difíciles de la historia. Veamos a continuación algunas de las preguntas que los candidatos fallaron en 1859. Según los parámetros modernos, es cierto que un cuestionario de historia resulta una delicia para la academia de oposiciones. He aquí dos preguntas bastante recurrentes:

14. Enumere las principales colonias de Gran Bretaña y diga cómo y cuándo fueron adquiridas.

15. Nombre a los gobernadores generales de la India británica desde 1830, dé las fechas de sus gobiernos y un breve resumen de los principales acontecimientos en la India bajo el gobierno de cada uno.

En comparación, el cuestionario de metafísica y lógica era más exigente y estaba mejor redactado.

3. ¿Qué métodos experimentales son aplicables a la determinación de los

verdaderos antecedentes en aquellos fenómenos donde puede existir una pluralidad de causas?

5. Clasifique las falacias. Pero el apartado de filosofía moral era la parte más difícil y reveladora del examen del Servicio Civil Indio:

1. Describa las diversas circunstancias de las situaciones que dan ori gen al agradable sentimiento de poder.

Si alguna pregunta tenía trampa, era ésta (es de suponer que cualquier candidato que hubiera reconocido que el poder inducía efectivamente a un sentimiento placentero habría suspendido). Tampoco la siguiente pregunta era nada fácil:

2. Especifique hasta dónde sea capaz los deberes particulares del di rector general de justicia.

Finalmente, solo para separar la crema y nata de Balliol[10] del resto, venía la siguiente:

7. Diga los argumentos en pro y en contra del utilitarismo, considerado como 1) la base real, y 2) la base adecuada de la moral.



Barcos a vapor sobre el rio Hugli, 1900.

Las cosas realmente habían cambiado desde los tiempos de Thomas Pitt y Warren Hastings. Entonces, los puestos en la Compañía de las Indias Orientales eran vendidos y comprados como parte de un elaborado sistema de patronato aristocrático. Incluso después de la creación del Haileybury College como centro educativo para los futuros funcionarios civiles de la India en 1805 y la introducción de los primeros exámenes de selección en 1827, los directores de la compañía todavía consideraban los puestos en el Servicio Civil Indio como algo de su propiedad. Hasta 1853 no se reemplazó el patronazgo por la meritocracia. La ley de gobierno de la India de ese año terminó con el monopolio de Haileybury College sobre los cargos en el Servicio Civil Indio e introdujo el principio de la libre competencia mediante exámenes. Los

Victorianos deseaban que la India fuera gobernada por la élite académica, caracterizada por ser imparcial, incorruptible y omnisciente.

La idea era atraer a los universitarios estudiosos a la administración imperial tras haber obtenido su primera titulación, a ser posible en Oxford o Cambridge, y después que siguieran dos años de estudios de leyes, lenguas, historia india y equitación. En la práctica, el Servicio Civil Indio no logró atraer a la *crème de la crème* de Oxbridge (los *scholars, double firsts* y los galardonados con el premio de las universidades de Oxford y Cambridge). Los hombres que optaron por los rigores del subcontinente acostumbraron a ser aquellos cuyas oportunidades en Inglaterra resultaban modestas: los hijos dotados de profesionales provincianos que estaban dispuestos a estudiar mucho en pos de un puesto prestigioso en ultramar, hombres como Evan Machonochie, nacido en Devon. Su tío abuelo y su hermano mayor habían sido ambos funcionarios del Servicio Civil Indio y sus cartas le habían convencido de que «el camino a la felicidad estaba en Oriente». En 1887, tras dos años de sumergirse en libros, pasó el primer examen del SCI y salió para Bengala después de prepararse a fondo durante un par de años en Oxford y de aprobar los exámenes en historia india, derecho y lengua. Pero no fue el fin del proceso de selección, ya que sus primeros meses en la India los pasó preparando otros exámenes. Una vez que hubo superado la prueba preliminar en hindi, Machonochie vio formalmente publicado su nombramiento como magistrado de tercera categoría. Para disgusto suyo, suspendió el primer examen departamental en lengua guajarati, derecho indio, procedimientos de hacienda y contabilidad (porque su cabeza estaba «llena de asuntos más interesantes: mis primeros caballos, mi cachorro de foxterrier, y la distancia adecuada para dispararle a una codorniz»), pero logró pasar al segundo intento.

Machonochie descubrió que su vida de magistrado (ahora de segunda categoría) y después de recaudador del distrito era sorprendentemente agradable:

> Cuando no había ninguna tarea especial, pasaba la mañana temprano entrenando a los caballos, fijando estacas y cosas así; en el jardín o con la cámara. El trabajo diario ocupaba las horas medias de once a cinco, y, después de una partida de tenis y una conversación en el porche del recaudador llegaba la hora de la comida […] Figúrese entonces, al joven empleado partiendo a caballo una nítida mañana de noviembre, después de una buena lluvia monzónica […] tiene pocos cuidados, su corazón está ligero y hay que tener un alma insensible para no responder a estas vistas. En el camino habrá aldeas para inspeccionar, quizá, si el tiempo lo permite, una tranquila cacería. Muchos indicios de lo que el aldeano piensa pueden encontrarse en una conversación entre las rondas o cuando uno observa el flotador en un estanque tranquilo.

Pero la vida de un mandarín expatriado tenía la otra cara amarga también. Estaba

el tedio de escuchar apelaciones contra las valoraciones de impuestos, cuando «una calurosa tarde, después de una larga ronda matutina por los campos y un consistente desayuno, el esfuerzo por mantenerse despierto, mientras uno documenta pruebas o escucha la lectura de los periódicos en lengua nativa llega casi al dolor físico…». Entonces se experimentaba la soledad de ser el único hombre blanco en cientos de kilómetros:

> Al comienzo ninguna persona de mi oficina, excepto unos pocos de los mamlatdares [jueces] y nadie en las *talukas* [subdistritos o barrios] hablaba inglés, y rara vez me encontraba con otro funcionario de distrito. Durante siete meses rara vez hablaba inglés y tenía que valerme de mis propios recursos.

Lo peor era la responsabilidad de gobernar literalmente a millones de personas, en concreto durante crisis como la epidemia que asoló Bombay en 1896 o la hambruna de 1900. Como más tarde recordaría Machonochie: «Esa época marcó el fin de los irresponsables días felices. Los años que siguieron estuvieron rara vez exentos de miedo por la peste o el hambre».[11] Finalmente, en 1897, le llegó una recompensa: un puesto en Simia como subsecretario en el Ministerio de Ingresos y Agricultura. Allí se percató de que «no era simplemente un individuo sin importancia, sino parte de una gran maquinaria a cuya eficacia uno tenía el honor de contribuir».

Machonochie no tenía duda de que la figura del funcionario de distrito solitario era importante a los ojos de las personas a su cargo. «Para el *raiyat* [campesino] la visita de un sahib o un encuentro casual con uno tiene cierta emoción […] Se hablará de ello durante días en torno de la hoguera de la aldea y será recordado durante años. El hombre blanco será examinado astuta y francamente. ¡De modo que prestad atención a vuestras maneras y vuestros hábitos!»

De su memoria, se puede apreciar entre líneas una realidad velada. Todo lo que él y los demás funcionarios de distrito hacían dependía de otro sector mucho más vasto: la burocracia que estaba jerárquicamente por debajo de ellos. Se trataba del servicio civil no pactado, formado por indios, que asumían la responsabilidad de la administración cotidiana de los *talukas* y *tahsils* (barrios) de cada distrito. Había cuatro mil indios en el servicio no pactado hacia 1868, y por debajo de ellos un verdadero ejército de empleados públicos menores: los empleados del telégrafo e interventores, muchos de los cuales eran euroasiáticos o indios. En 1867 había cerca de trece mil puestos en el sector público con un salario mensual de setenta y cinco rupias o más, de los cuales cerca de la mitad correspondían a indios. Sin esta fuerza auxiliar de empleados públicos originarios de la India, los «nacidos del cielo» se habrían sentido impotentes. Esta era la verdad no expresada de la India británica; y por eso, como Machonochie dijo, no se sentía realmente como en «un país conquistado». Tan solo los gobernantes indios eran los que habían sido sustituidos o

subyugados por los británicos, pero la gran mayoría de los indios siguió como antes. En realidad, para un importante sector de ellos, la dominación británica fue una oportunidad de mejora individual.

La clave del surgimiento de una élite india probritánica debe buscarse en la educación. Aunque los propios británicos al comienzo dudaban en ofrecer a los nativos una educación occidental, muchos indios, especialmente los bengalíes de la casta superior, rápidamente entendieron las ventajas de hablar la lengua y comprender la cultura de sus nuevos amos. Ya en 1817, se fundó un Hindú College en Calcuta por bengalíes prósperos, deseosos de obtener una educación occidental; fue la primera de muchas instituciones como esta que ofreció clases de historia, literatura y ciencias naturales europeas. Como hemos visto, los defensores de una India modernizada así como evangelizada aprovecharon la idea de dar a los indios acceso a la educación occidental. En 1835 el gran historiador *whig*, Thomas Babington Macaulay, funcionario en la India e hijo del abolicionista Zachary, expresó claramente lo que podía conseguirse de este modo en sus famosos Apuntes sobre la educación:

> Es imposible que nosotros, con nuestros limitados medios, intentemos educar a la mayoría del pueblo. Debemos de momento hacer todo lo posible para formar una clase que pueda actuar como intérprete entre nosotros y los millones que gobernamos; una clase de personas, indias por su sangre y color, pero inglesas en sus gustos, sus opiniones, su moralidad e intelecto.

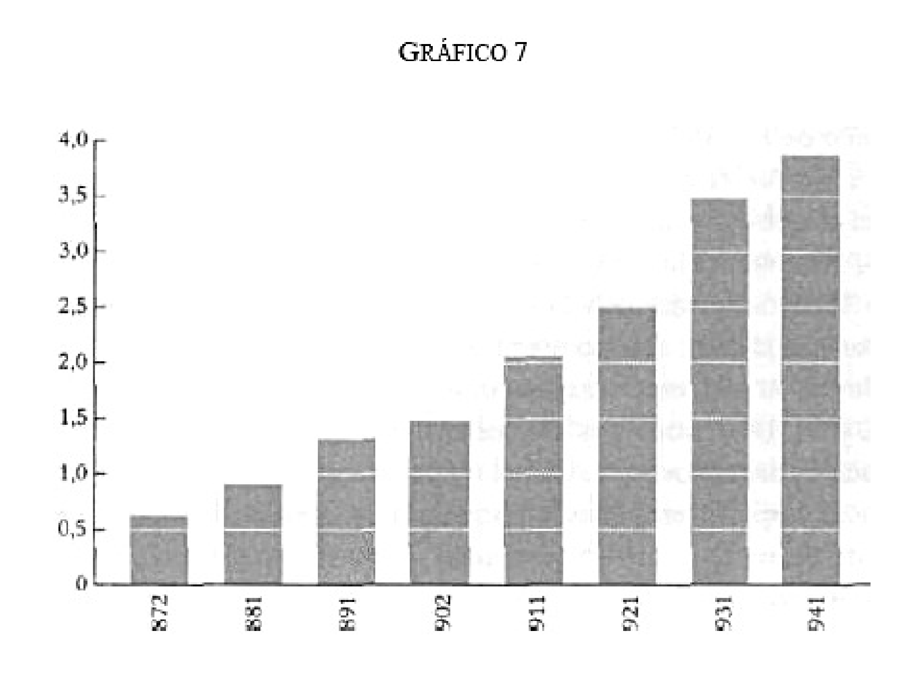
Hacia 1838, había cuarenta seminarios en inglés bajo el control de la Comisión General de Instrucción Pública. Hacia la década de 1870, el proyecto de Macaulay se había hecho realidad en gran parte. Había seis mil estudiantes indios matriculados en instituciones de educación superior y unos doscientos mil en institutos secundarios anglótonos «del más alto nivel». Calcuta había logrado crear una industria editorial importante en lengua inglesa, capaz de producir más de mil obras de literatura y ciencia al año.

Entre los beneficiarios de la expansión de la educación anglicanizada estaba un ambicioso joven bengalí llamado Janakinath Bose. Educado en Calcuta, Bose obtuvo el título de abogado en la ciudad de Cuttack en 1885 y fue a trabajar como presidente de la municipalidad de Cuttack. En 1905 se convirtió en abogado del Estado y fiscal jefe, y siete años después coronó su carrera al ser nombrado miembro del consejo legislativo bengalí. El éxito de Bose como abogado le permitió comprar una espaciosa mansión en un barrio de moda de Calcuta. Asimismo los británicos le otorgaron el título británico de Rai Bahadur, el equivalente indio de la orden de caballero. Y no fue el único, dos de sus tres hermanos entraron a trabajar para el gobierno, uno de ellos en el secretariado imperial de Simia.

Esta nueva élite se introdujo incluso en las filas del SCI pactado. En 1863, Satyendernath Tagore se convirtió en el primer indio en pasar el examen, abierto a todos los postulantes sin distinción del color de su piel, exactamente como había prometido la reina Victoria, y en 1871 otros tres nativos fueron admitidos a las filas de los «nacidos del cielo».

El imperio en la India en realidad dependía de Bose y de la gente de su clase. Sin su capacidad para hacer realidad las órdenes del SCI, la dominación británica en la India simplemente no habría funcionado. En efecto, la verdad es que el gobierno en todo el imperio fue solo posible con la colaboración de sectores clave de los gobernados. Era comparativamente fácil controlar regiones como Canadá, Australia y Nueva Zelanda, donde la población nativa había quedado reducida a una minoría insignificante. El problema clave era cómo asegurarse la lealtad tanto de colonos como de élites indígenas donde la comunidad blanca era la minoría, y en la India la población británica era como mucho el 0,05 por ciento del total de la población.[12]

En las circunstancias de la India, los funcionarios enviados de Londres no veían otra alternativa que buscar la colaboración de una élite de nativos. Pero los británicos que residían en la India lo descartaban. Los colonos residentes preferían mantener a los nativos por debajo de ellos: si era necesario usar la coerción con ellos, pero nunca buscar su colaboración ni recurrir a la cooptación (decisiones consensuadas con los nativos). Este fue el gran dilema imperial de la era victoriana que mantendría entre la espada y la pared no solo a la India sino a todo el imperio británico.



Bajo el dominio británico el porcentaje de población india escolarizada en educación primaria y secundaria crecía de forma constante, aunque se mantuvo baja respecto a los estándares europeos. En 1911 el porcentaje de población europea escolarizada estaba entre el 8 y el 18 por ciento.

RAZAS SEPARADAS

En junio de 1865, apareció una pasquín clavado sobre un portón de un embarcadero del muelle de Luce, en la parroquia jamaicana de Hanover con una misteriosa profecía:

> Oí una voz en el año 1864 que me habló diciendo: «Diles a los hijos e hijas de África que se aproxima una gran liberación que los sacará de la garra de la opresión», pues según aseguraba la voz, «son oprimidos por el gobierno, los magistrados, los terratenientes, los mercaderes». Y la voz también añadió: «Diles que convoquen una asamblea solemne y que se consagren para el día de la liberación que ciertamente vendrá; pero si el pueblo no escucha, vendré al país con la espada para castigarlos por su desobediencia y por las iniquidades que han cometido» […] La calamidad que veo llegar a esta tierra será tan grave y tan temible que muchos querrán morir. Pero grande será la liberación de los hijos e hijas de África, si se dan golpes de pecho, como los hijos de Nínive ante Nuestro Señor Dios; pero si rezan realmente con sus corazones y se humillan, nada deben temer; si no, el enemigo será cruel, pues Gog y Magog estarán en la batalla. Creedme.

El pasquín iba firmado simplemente con «Un hijo de África».

Jamaica había sido antes el centro de la forma más extrema de coerción colonial: la esclavitud. Pero su abolición no había mejorado mucho la suerte del jamaicano negro medio. Los antiguos esclavos habían recibido parcelas de terreno ridículamente pequeñas para su cultivo. Una época de sequía había hecho subir los precios de los alimentos. Entretanto, sin el subsidio generado por el trabajo esclavo, la vieja economía de plantación quedó estancada. Los precios del azúcar cayeron y el desarrollo del café como cultivo comercial vino a ser solo un sustituto parcial. Donde antes había habido hombres a los que se hacía trabajar literalmente hasta morir, ahora estaban ociosos y aumentaba el desempleo. Sin embargo, el poder político, sobre todo el judicial, permanecía concentrado en manos de la minoría blanca, que dominaba la magistratura y la asamblea de la isla. Muy pocos negros jamaicanos consiguieron reunir suficientes propiedades y poseer la educación necesaria para formar un embrión de clase media, pero eran vistos con gran desconfianza por la «plantocracia» dominante. Solo en las iglesias los jamaicanos podían expresarse libremente.

En ese contexto tuvo lugar un renacimiento religioso en la isla durante la década de 1860, que fusionó la religión baptista con la africana Myal para generar una potente mezcla mesiánica. La sensación de que era inminente una «gran liberación», tan vívidamente anticipada por el pasquín de Luce, fue potenciada por la publicación de una carta de Edward Underhill, secretario de la misión baptista, que instaba a una investigación de la situación de Jamaica. Circulaban rumores de que la reina Victoria

había deseado que los esclavos recibieran tierras junto con su libertad, en vez de tener que arrendarlas a sus antiguos amos. Se realizaron reuniones para debatir el contenido de la carta de Underhill. Se estaba gestando una revolución cargada de expectativas.

Comenzó en el puerto de Morant Bay en la parroquia de St. Thomas, al este, el sábado 7 de octubre de 1865, fecha fijada para la apelación de Lewis Miller contra la acusación menor de allanamiento por un hacendado vecino. Miller era primo de Paul Bogle, propietario de una pequeña finca en Stony Gut y miembro activo de la iglesia baptista negra local, que se había sentido impulsado a la acción política gracias a la carta de Underhill. Anteriormente Bogle fue partidario de la creación de tribunales negros alternativos; ahora había formado su propia milicia armada. A la cabeza de unos ciento cincuenta hombres marchó a la sala donde el caso de su primo debía ser visto. Las escaramuzas con la policía fuera de la sala sirvieron de excusa a las autoridades para arrestar a Bogle y a sus hombres, pero la policía fue disuadida con amenazas de muerte cuando trató de cumplir la orden en Stony Gut el martes siguiente. Al día siguiente, varios cientos de personas simpatizantes de Bogle marcharon hacia Morant Bay «haciendo sonar conchas o cuernos, y batiendo tambores», y se enfrentaron con la milicia de voluntarios enviada para proteger una reunión de la sacristía de la parroquia. En medio de la violencia surgida, una multitud mató a puñaladas y a golpes a dieciocho personas, entre las cuales había miembros de esa sacristía; la milicia mató a siete de los alborotadores. En los días siguientes, asesinaron a dos hacendados; la violencia iba extendiéndose alrededor de la parroquia. El 17 de octubre Bogle envió una circular a sus vecinos llamándolos a las armas:

> Todos vosotros debéis dejar vuestra casa, empuñar la pistola; los que no tengan pistolas coged vuestros cuchillos inmediatamente […] Soplad vuestras conchas, batid los tambores, de casa en casa, sacad a todos […] estamos en guerra los negros como yo, la guerra está aquí a partir de hoy.

Tal como sugieren estas palabras, se había abierto un conflicto racial. Una mujer blanca aseguraba haber oído a los rebeldes cantar esta canción:

> *Queremos la sangre de los buckras [blancos],*
> *beberemos la sangre de los buckras. Su sangre*
> *estamos buscando hasta que no quede nada.*

Un hacendado recibió una amenaza de muerte firmada por «Thomas Killmany [Matamuchos], y aún quiere matar muchos más».

Anteriormente había habido revueltas contra la dominación blanca en Jamaica. La última en 1831 había sido salvajemente reprimida. Para el recién nombrado

gobernador en jefe, Edward Eyre, un hombre curtido por el *outback* australiano,[13] solo había una respuesta. En su opinión, las únicas causas de la pobreza de la población negra eran «la ociosidad, la falta de previsión y el vicio de esta gente». El 13 de octubre decretó la ley marcial en todo el condado de Surrey y envió tropas regulares. A lo largo de un mes de represalias sin freno, cerca de doscientas personas fueron ejecutadas, otras tantas azotadas, y se derribaron unas mil casas. Las tácticas que Eyre sancionó recordaban mucho las adoptadas para reprimir la rebelión de los cipayos apenas ocho años atrás. Como mínimo se puede afirmar que había muy poco cuidado por seguir el debido proceso legal; de hecho, los soldados —muchos de los cuales eran negros también—, desplegado el regimiento Io de las Indias Occidentales con el apoyo de los cimarrones, tuvieron licencia para cometer las atrocidades que quisieron. Una serie de prisioneros fueron fusilados sin proceso alguno; asesinaron a un joven inválido de un balazo delante de su madre; violaron a una mujer en su propia casa. Hubo un sinfín de flagelaciones.

Además del propio Bogle, entre los ejecutados se hallaba George William Gordon, terrateniente, ex magistrado y miembro de la asamblea electa de la isla. Gordon era un pilar de la comunidad negra y un revolucionario; en la única fotografía que se conserva de él parece la encarnación de la respetabilidad, con monóculo y patillas. Con toda probabilidad no tuvo ningún papel en la rebelión, pues cuando estalló en Morant Bay él no estaba allí. Pero al ser «mestizo» (hijo de un hacendado y una joven esclava) y defender públicamente la causa de los antiguos esclavos, Eyre lo había señalado como agitador; en efecto, Eyre, tres años atrás, lo había destituido de la magistratura. Ahora, para asegurarse finalmente su eliminación, Eyre lo hizo arrestar y lo sacó de Kingston a un lugar donde aún seguía vigente la ley marcial. Tras un rápido proceso, fue condenado —en parte sobre la base de una declaración oral dudosa— de incitar a la rebelión, y fue ejecutado en la horca el 23 de octubre.

La rebelión de Morant Bay fue drástica y despiadadamente sofocada; pero los hacendados blancos que aplaudieron el modo como Eyre había manejado la crisis se llevaron una sorpresa, al igual que éste. Habiendo sido primero elogiado por el ministro de las Colonias por su «arrojo, energía y sensatez», se asombró al saber que se había formado una comisión real para investigar su conducta y que había sido reemplazado temporalmente como gobernador. Esta reacción contra su brutal táctica surgió entre los miembros de la Sociedad Antiesclavista Británica y Extranjera, que todavía mantenía viva la causa del abolicionismo y consideraba el empleo de Eyre de la ley marcial como un retorno a los días de la esclavitud. Incluso en la remota África llegaron a oídos de David Livingstone noticias del asunto. Éste expresó tajantemente:

> Inglaterra se atrasa. Atemorizada antes por sus madres con el «Bogie Blackman» [el coco negro], el terror la saca de quicio por una rebelión, y los escritores sensacionalistas, que desempeñan el papel de «chicos bromistas» que asustan a sus tías, gritan que la emancipación fue un error. «Los negros de

> Jamaica son tan salvajes como cuando dejaron África». Podrían haber sido más enfáticos diciendo que son como la chusma […] que se reúne en cada ejecución en Newgate.

Pero la campaña contra Eyre pronto se propagó fuera del círculo que uno de sus defensores llamó «las viejas damas de Clapham», al unirse a ella grandes intelectuales liberales de la época victoriana, como Charles Darwin y John Stuart Mili. No contento con su destitución del cargo de gobernador, el comité que formaron inició cuatro acciones legales distintas contra él, comenzando por acusarlo de cómplice de asesinato. Sin embargo, el gobernador destituido también tenía partidarios influyentes: Thomas Carlyle, John Ruskin, Charles Dickens y el laureado poeta lord Alfred Tennyson. Ninguna de las causas prosperó, y Eyre pudo retirarse a Devon con una pensión del Estado, que le fue pagada hasta su muerte, a los ochenta y seis años de edad, en 1901.

Sin embargo, desde el momento en que Eyre dejó Jamaica, el antiguo régimen de dominio de la clase terrateniente llegó a su fin. A partir de entonces, la isla sería gobernada directamente desde Londres a través del gobernador; un consejo legislativo gobernado directamente por personas que éste nombrara reemplazaría a la antigua asamblea. Esto supuso un retroceso a los días anteriores a que el «gobierno responsable» hubiera delegado el poder político a los colonos británicos; pero era un paso dado con un espíritu progresista antes que reaccionario, concebido para circunscribir el poder de la «plantocracia» y proteger los derechos de los jamaicanos negros,[14] que se convertiría posteriormente en un rasgo fundamental del imperio británico. En Whitehall y en Westminster las ideas liberales estaban en auge y ello significaba que el imperio de la ley debía tener preferencia, independientemente del color de la piel. Si esto no ocurría de modo claro, entonces la voluntad de las asambleas de las colonias simplemente tendría que ser invalidada. Sin embargo, los colonos británicos —los hombres y las mujeres en el terreno— cada vez más se consideraban no solo legal sino biológicamente superiores a las demás razas. En lo que a ellos concernía, las personas que atacaron a Eyre eran unos ingenuos *bien-pensants* que no tenían ni experiencia ni comprendían las condiciones de las colonias. Tarde o temprano, estas dos visiones —el liberalismo del centro y el racismo de la periferia— estaban destinadas a chocar de nuevo.

Hacia la década de 1860, la raza se estaba convirtiendo en un problema en todas las colonias británicas, tanto en India como en Jamaica; y nadie se tomaba esta cuestión tan en serio como los hombres de negocios angloindios.[15] Jamaica tenía una economía en decadencia. En cambio, la India victoriana estaba en auge. Se invertían inmensas sumas de capital británico en una serie de nuevas industrias: empresas textiles de algodón y yute, extracción de carbón y producción siderúrgica. En ningún

lugar se hacía tan evidente como en Cawnpore, a orillas del río Ganges: antiguo escenario de las más encarnizadas batallas durante la rebelión de los cipayos, se transformó en pocos años en la Manchester de Oriente, un centro industrial dinámico. Esta transformación se debió en gran parte a la audacia de hombres como Hugh Maxwell. Su familia —originariamente de Aberdeenshire— se había establecido en el distrito en 1806, donde habían iniciado el cultivo de índigo y de algodón. A partir de 1857, Maxwell, junto a hombres de su clase, llevaron la revolución industrial a la India importando maquinaria británica para hilar y tejer, y construyendo fábricas textiles siguiendo el modelo británico. Antes de la era del vapor, la India había estado a la vanguardia mundial del tejido, hilado y teñido manuales. Los británicos primero habían subido los aranceles, pero después exigieron el libre comercio cuando su modo de producción industrial alternativo había sido perfeccionado. Ahora estaban dedicados a reconstruir la India como economía manufacturera utilizando la tecnología británica y la barata mano de obra india.

Nuestra imagen de la India británica tiende a ser la de los sectores oficiales, los soldados y los funcionarios descritos tan vívidamente por Kipling, E. M. Forster y Paul Scott. Se hace difícil ver que en realidad eran pocos, siendo superados en número varias veces por los empresarios, hacendados y profesionales. Había una gran diferencia de actitud entre los que ocupaban cargos en el gobierno y los hombres de negocios. Hombres como Hugh Maxwell se sentían amenazados por el aumento de una élite india educada, sobre todo porque implicaba que ellos podían llegar a ser prescindibles. Después de todo, ¿por qué un indio debidamente educado no iba a ser tan bueno para dirigir una fábrica textil como cualquier miembro de la familia Maxwell?

Cuando las personas se sienten amenazadas por otro grupo étnico, generalmente reaccionan con desprecio, para así reafirmarse. Así se comportaron los angloindios a partir de 1857. Incluso antes de la rebelión de los cipayos, se fue gestando una segregación cada vez más marcada entre la población nativa y la blanca, una especie de apartheid no oficial que dividía ciudades como Cawnpore en dos: la ciudad blanca tras las «líneas civiles» y la ciudad negra al otro lado. Entre ellas estaba «la frontera, donde termina la última gota de sangre blanca y empieza toda la oleada negra». Aunque los liberales más progresistas en Londres preveían una participación india en el gobierno en un futuro lejano, los angloindios cada vez más utilizaban el lenguaje del sur de Estados Unidos para despreciar a sus «negros». Y presuponían que la ley refrendaría su superioridad.

Estas expectativas se desvanecieron cuando en 1880 el recientemente formado gobierno de Gladstone nombró virrey a George Frederick Samuel Robinson, conde de Grey y marqués de Ripon. Incluso la reina Victoria se quedó «absolutamente atónita» al saber del nombramiento de esta figura notoriamente progresista, que además se había convertido al catolicismo (a sus ojos una mácula). Escribió al primer ministro para advertirle que «consideraba muy dudoso ese nombramiento, pues

aunque era una buena persona, era muy débil». Ripon no tardó mucho en confirmar sus dudas. Apenas hubo llegado comenzó a intervenir en asuntos que los antiguos colonos de la India como Hugh Maxwell tomaban muy en serio.

Entre 1872 y 1883, hubo una diferencia abismal entre las atribuciones de los magistrados de distrito británicos y de los jueces de los distritos rurales indios (los *moffusil*) y sus homólogos nativos.[16] Aunque ambos eran miembros del servicio civil pactado, los indios no estaban facultados para llevar procesos de reos blancos en juicios penales. A los ojos del nuevo virrey, se trataba de una anomalía indefendible; de modo que encargó la redacción de una ley para eliminarla. La tarea pasó al consejero legal de su consejo, Courtenay Peregrine Ilbert. Tan liberal como su jefe, Ilbert era en muchos aspectos la antítesis de Hugh Maxwell. La familia de Maxwell había vivido durante generaciones en la India; Ilbert apenas acababa de llegar, era un modesto abogado bastante tímido que había visto poco mundo fuera de su habitación en Balliol y las cámaras de la cancillería. Sin embargo, con Ripon, no dudó en anteponer el principio a la experiencia. Bajo la nueva legislación que Ilbert redactó, los indios con una preparación adecuada podrían procesar a cualquier reo sin tener en cuenta el color de la piel. En lo sucesivo la justicia sería ciega al color, como la estatua que la representa en los jardines del Tribunal Supremo de Calcuta.

En la práctica, el cambio afectaba a la situación de unos veinte magistrados indios. Sin embargo, para la comunidad angloindia, lo que Ilbert proponía era un ataque intolerable a su estatus de privilegio. En efecto, la reacción a la ley de Ilbert fue tan violenta que algunos la llamaron «la rebelión blanca». El 28 de febrero de 1883, a las pocas semanas de la publicación de la ley, y tras un bombardeo preliminar de cartas airadas a los periódicos, miles de personas se reunieron dentro del imponente ayuntamiento neoclásico de Calcuta para oír una serie de enardecidos discursos dirigidos contra el funcionario civil indio, el menospreciado «babu bengalí». La acusación fue dirigida por el imponente J. J. «King» Keswick, ex socio de la firma comercial Jardine Skinner & Co. «¿Pensáis —dijo Keswick a sus oyentes — que los jueces nativos, con tres o cuatro años de residencia en Inglaterra, se europeizarán tanto en su natural y carácter, que serán capaces de juzgar también falsas acusaciones contra los europeos como si hubieran nacido como tales? ¿Puede el etíope cambiar de piel o el leopardo sus manchas?» Educar a los indios no les beneficiaba en nada:

> La educación que el gobierno les ha dado la usan principalmente para mofarse de ella con un espíritu disconforme […] [¡]Y todos estos hombres […] ahora reclaman el poder para sentarse a juzgar y condenar a la raza del león, cuya bravura y cuya sangre ha hecho este país lo que es, y los ha elevado a lo que son[!].

Para Keswick, preparar a los indios para que fueran jueces era inútil, ya que un

indio era incapaz por nacimiento y crianza de juzgar a un europeo. «En estas circunstancias —concluyó ante los entusiastas aplausos—, no es ninguna sorpresa que debamos protestar, si debemos decir que estos hombres no son adecuados para gobernarnos, que no pueden juzgarnos y que no seremos juzgados por ellos». La alocución solo fue superada en zafiedad por el segundo orador de la noche, James Branson:

> Verdadera y ciertamente ese asno ha dado una coz al león. (*Aplausos atronadores*). Mostradle cómo valoráis vuestras libertades; mostradle que el león no está muerto; duerme y, en nombre de Dios, que tema cuando despierte. (*Vivas, y gritos de todas partes*).

Al otro lado de la calle, en la casa de gobierno, Ripon quedó desconcertado por la reacción claramente hostil a la ley Ilbert. «Debo admitir —confesó al ministro de las Colonias, lord Kimberley— que no tenía idea de que un gran número de ingleses en la India estuvieran movidos por esos sentimientos».

Merezco la culpa que se me atribuya por no haber descubierto en una estancia de dos años y medio en la India el verdadero sentimiento del angloindio medio hacia los nativos entre los que vive. Lo conozco ahora, y este conocimiento me provoca un sentimiento parecido a la desesperación frente al futuro de este país.

Ripon, sin embargo, decidió proseguir en la creencia de que «como hemos asumido esta cuestión, es mejor que sigamos hasta el fin, y la dejemos fuera del camino de nuestros sucesores». Hasta donde podía ver, la cuestión estaba definida: ¿debía la India ser gobernada «para el beneficio del pueblo indio de todas las razas, clases y creencias», o «solo en interés de un pequeño grupo de europeos»?

> ¿Es el deber de Inglaterra tratar de educar al pueblo indio, cultivarlos socialmente, prepararlos políticamente y promover su progreso en la prosperidad material, en educación y en moralidad; o ha de ser su único fin el dominio para mantener un poder precario sobre aquellos a quienes el señor Branson llama «una raza subordinada con un profundo odio hacia sus dominadores»?

Desde luego, Ripon estaba en lo correcto. La oposición de la élite empresarial de Calcuta se basaba no solo en el prejuicio racial visceral sino en estrechos intereses: con palabras más sencillas, hombres como Keswick y Branson estaban habituados a dictar la ley en el *mofussil*, donde estaban ubicadas sus plantaciones de yute, seda, índigo y té. Pero ahora que su oposición a la ley Ilbert era algo declarado, el virrey necesitaba pensar tanto en las cuestiones prácticas como en los principios. Por desgracia, dejó que la tradición determinara su táctica. Tras lanzar la bomba en la

comunidad blanca, Ripon dejó Calcuta de inmediato. Después de todo, el verano se aproximaba y nada podía alterar la sacrosanta rutina del virrey. Era la época de su viaje anual a Simia, de modo que se dirigió hacia allí. La retirada a las montañas nunca fue contemplada por los empresarios de las casas importantes de Calcuta; los negocios seguían su curso habitual en las llanuras sin importar la temperatura que hiciera. El espectáculo de Ripon marchándose despreocupadamente a Simia no estaba calculado para calmar a los pares de King Keswick.

También se dirigió a las montañas (a Chapslee, su elegante residencia en Simia) el autor de la controvertida ley. La estrategia de Ilbert era aguantar el verano y esperar que la agitación se desvaneciera. «En cuanto al tipo y magnitud de sentimientos que la ley probablemente ha de suscitar —escribió con ansiedad a su mentor en Oxford, Benjamin Jowett—, no tengo conocimiento de primera mano… y… en verdad no anticipé una tormenta parecida». «Siento enormemente —dijo a otro amigo— que la medida haya descubierto e intensificado las hostilidades raciales». Desde la junta de comercio, su amigo sir Thomas Farrer tranquilizó a Ilbert diciéndole que el sector liberal estaba de su parte:

> La lucha entre la sed de dominio, la soberbia racial [y] la avaricia mercantil […] por una parte, y por la otra, el verdadero amor propio, la humanidad, la justicia con los subordinados, la simpatía («sermón-montañismo», ¡qué palabra tan horrible!), continúa como la lucha entre el ángel y el diablo […] por el alma del hombre.

Tal como queda expresado, la ley de Ilbert estaba polarizando la opinión pública no solo en la India, sino también en Inglaterra. Para los liberales como Farrer, se trataba de una lucha moral. Sin embargo, los devotos ilustrados del Sermón de la Montaña eran menos numerosos en Calcuta que en Clapham. De hecho, la crisis cada vez más profunda provocada por la ley Ilbert iba a ilustrar perfectamente los peligros de gobernar un continente «desde» una montaña.

En medio del sofocante calor del verano indio, se propagó la agitación por todo el país. Se formaron comités y se recaudó dinero al tiempo que se movilizaba la India británica no oficial. Kipling intervino acusando a Ripon de «idear una utopía, alimentando el orgullo del babú, con cuentos de hada sobre la justicia, inclinándose a su favor». Se quejaba de que la política del virrey era «confusión, palabrería y conflicto infinito». Desde Cawnpore, Hugh Maxwell también se unió al coro del descontento. Dijo sombríamente que había sido «insensato» por parte del gobierno «provocar tanta hostilidad racial». ¿Por qué no podían ver Ripon e Ilbert «cuán incapaz e[ra] el cerebro de los nativos de apreciar las ideas europeas de administrar el gobierno de un país y un pueblo y simpatizar con ellas»?

La «revuelta blanca» estaba íntimamente vinculada con los recuerdos de la rebelión de los cipayos, apenas veinticinco años atrás. Entonces todas las mujeres

blancas de Cawnpore habían sido asesinadas, y como hemos visto, surgió de inmediato una leyenda de violaciones y asesinatos, como si todos los hombres indios solo estuvieran esperando la oportunidad de violar a la *memsahib* más próxima. Con extraño parecido, la amenaza que los magistrados indios significarían para las mujeres británicas, fue un tema recurrente en la campaña contra Ilbert. Según una carta anónima dirigida al *Englishman*: «La esposa de uno puede ser arrestada por un delito imaginario y […] ¿qué complacería más a nuestros súbditos, que amedrentar y mancillar a una pobre mujer europea?… Cuanto más elevada sea la situación del marido y mayor su respetabilidad, más disfrutará su torturador». En un tono parecido, un corresponsal del *Madras Mail* exigía saber: «¿Han de ser arrebatadas nuestras mujeres de nuestras casas con falsas acusaciones [para] ser procesadas por hombres que no respetan a las mujeres, que no nos comprenden, y en muchos casos nos odian? … Imaginaos (os lo pido, británicos) que es llevada ante un nativo medio desnudo para ser juzgada y quizá condenada…». Ese tipo de lenguaje ponía de manifiesto el gran tabú del imperio Victoriano: su inseguridad sexual. No es casual que las tramas de las novelas más famosas del Raj (*Pasaje a la India*, de Forster y *La joya de la corona*, de Scott) comiencen con una presunta agresión sexual perpetrada por un indio contra una mujer inglesa, seguida de un juicio presidido por un juez indio. Tales casos ocurrieron en realidad. Cuando la campaña contra Ilbert llegó a su apogeo, una mujer inglesa llamada Hume acusó a un barrendero de haberla violado, y aunque esto resultó ser falso (habían sido en realidad amantes), en la febril atmósfera del momento el caso pareció probar el hecho.

La cuestión es por qué la amenaza de jueces indios procesando a mujeres inglesas se vinculaba tan a menudo con el peligro del contacto entre hombres indios y mujeres británicas. Después de todo, no había falta de contactos entre hombres británicos y mujeres indias; hasta 1888 había burdeles con licencia oficial para los soldados británicos. Sin embargo, de algún modo la ley Ilbert parecía amenazar con romper los muros no solo del cuartel, sino también del dormitorio del bungalow. Noventa mil blancos que afirmaban gobernar a trescientos cincuenta millones de personas de color veían la igualdad ante la ley como el camino directo a la violación de mujeres blancas por hombres de color.[17]

Cuando finalmente Ripon volvió a Calcuta desde Simia en diciembre tuvo una recepción fría, o más bien racialmente dividida. Cuando cruzaba el puente de la estación de tren, las calles estaban repletas de indios que lo ovacionaban, dando vivas a su «amigo y salvador». Pero en la casa de gobierno una multitud de compatriotas suyos lo recibió con pitidos y abucheos. Uno de ellos incluso lo llamó «maldito hijo de puta». En las comidas públicas, solo los funcionarios estaban legitimados a beber a la salud de la reina Victoria. Hubo incluso rumores de una trama para raptarlo y enviarlo de vuelta a Gran Bretaña. El desventurado Ilbert fue quemado en efigie

públicamente.

Débil como la reina había predicho que sería (y no lo ayudó la visita a destiempo del hijo de ésta, el duque de Connaught, que despreció a Ripon como «el tonto más grande de Asia»), el virrey cedió. La ley Ilbert perdió efectividad, dando a los acusados blancos, en cualquier causa que pudiera ser vista ante un magistrado indio, el derecho a pedir un jurado, la mitad de cuyos miembros debía ser estadounidense o británica. Esto puede sonar como una medida de compromiso críptica, pero era una concesión que entrañaba peligro para el futuro del Raj. Para los magistrados indios y sus partidarios, el desprecio con que los miraban la mayoría de angloindios ahora era evidente. Como uno de los colegas de Ilbert señalaba con inquietud, el tono de la campaña de prensa contra la ley había sido irreprimiblemente destemplado. Las cartas habían «combinado la invectiva bárbara con ataques prepotentes e insultantes contra el nativo, a quien todo guardia de ferrocarril o capataz de una plantación de índigo quiere atropellar como amo de sus siervos». El «velo político que el gobierno siempre había corrido sobre las delicadas relaciones entre las razas» había sido «brutalmente rasgado en dos» por una «multitud que agitaba el puño frente a toda la población nativa», ahora, exactamente como se temía, la consecuencia realmente importante de la ley Ilbert se hacía evidente: no la «rebelión blanca», sino la reacción que provocó entre los indios. Sin desearlo, Ripon había despertado una genuina conciencia nacional india. Como dijo el *Indian Mirror*.

> Por primera vez en la historia moderna, hindúes, mahometanos, sijs, rajputs, bengalíes, madrasíes, bombasíes, punjabis y purbias se han unido para adherirse a un conjunto constitucional. Razas y clases enteras, que nunca antes prestaron atención a los asuntos del país, muestran ahora un celo y una preocupación que equilibra con mucho su anterior apatía.

Dos años después de la rebelión blanca, se realizó la primera reunión del Congreso Nacional Indio. Aunque inicialmente su fundador británico lo concibió como una forma de canalizar y mitigar el descontento indio, el Congreso rápidamente se convertiría en el crisol del nacionalismo indio moderno.[18] Desde el principio, asistieron a él los incondicionales de la clase culta que servían al Raj británico, hombres como Janakinath Bose y un abogado de Allahabad llamado Motilal Nehru.

El hijo de este último, Jawaharlal, sería el primer ministro de una India independiente. El hijo de Bose, Subhas Chandra, dirigiría un ejército contra los británicos en la Segunda Guerra Mundial. No es exagerado ver la rebelión blanca como la fuente y el origen del alejamiento de sus familias respecto a la dominación británica.

La India constituía el núcleo estratégico del imperio británico. Si los británicos se

indisponían con la élite anglicanizada, ese fundamento comenzaría a derrumbarse. Pero ¿podía encontrarse otro sector de la sociedad india que sostuviera el Raj británico? Aunque improbable, algunos buscaron una alternativa al apartheid asiático en el sistema de clases británico.

TORYENTALISMO

Para muchos oficiales británicos de la India, trabajar durante años en un lugar remoto, el pensar en la «patria» —no la simulada en Simia, sino la verdadera, donde se podrían retirar algún día— les proporcionaba consuelo en el calor de la llanura. Sin embargo, cuando el período Victoriano estaba llegando a su fin, los recuerdos de los expatriados comenzaron a contradecirse con la realidad. La suya era una visión nostálgica y romántica de una Inglaterra rural intacta, de caballeros y sacristanes, casitas con techo de paja y aldeanos reverentes. Era esencialmente una visión *tory* de una sociedad tradicional y jerárquica, dirigida por aristócratas terratenientes con benévolo espíritu paternalista. De algún modo, se dejaba de lado el hecho de que Gran Bretaña era un gigante industrial, donde en 1870 la mayoría de la gente vivía en centros de más de diez mil habitantes.

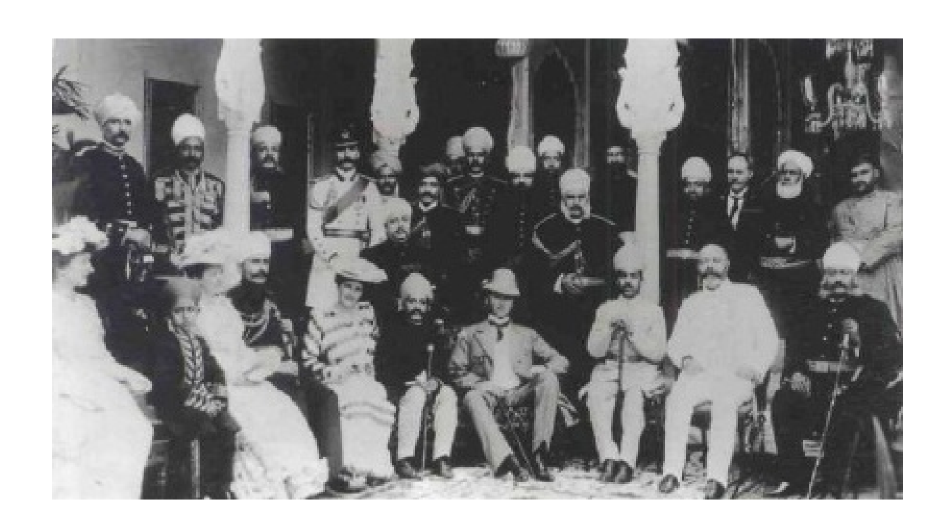
Sin embargo, ocurría un proceso parecido en el sentido opuesto, en cómo las personas de Gran Bretaña se imaginaban la India. «¿Qué saben de Inglaterra aquellos que solo conocen Inglaterra?», preguntó una vez Kipling, un reproche a sus compatriotas que dominaban un imperio mundial sin haber puesto un pie fuera de las islas británicas. Podría haber planteado la pregunta a la mismísima reina Victoria, que se mostró encantada cuando el Parlamento le dio el título de emperatriz de la India (a petición suya) en 1877. Aun así, nunca visitó el país. Victoria prefería que la India fuera a ella. Hacia la década de 1880, su criado favorito era un indio llamado Abdul Karim, también llamado el Munshi o «maestro». Se fue con ella a Osborne House en 1887, como la representación de la India que la reina gustaba de imaginar: cortés, deferente, obediente, fiel. Poco después, la reina emperatriz agregó una nueva ala a la Osborne House, cuyo centro era el espectacular salón Durbar. La obra fue inspeccionada por Lockwood Kipling, padre de Rudyard, y se inspiró claramente en los interiores adornados con relieves de los palacios mogoles. En efecto, hay partes que parecen una versión europea del fuerte rojo de Delhi. El salón Durbar ofrece una visión peculiarmente retrospectiva, sin dar indicios de la nueva India de ferrocarriles, minas de carbón y tejedurías de algodón que los británicos estaban creando. Así era el modo como a los británicos les gustaba ver la India en la década de 1890, pero se trataba de una fantasía.

En 1898, el gobierno conservador del marqués de Salisbury nombró a un virrey, cuya carrera entera se volcó en el intento de hacer realidad esta fantasía.

Para muchos de sus coetáneos, George Nathaniel Curzon era una persona muy

insoportable. Nacido en una familia aristocrática de Derbyshire que gustaba decir que sus ancestros se remontaban a la conquista normanda, había pasado como un rayo por Eton, Oxford, la Cámara de los Comunes y el Ministerio de la India. En realidad, no había nada de raro en su archiconocida superioridad.[19] Confiado de niño a una institutriz desquiciada, se le obligaba periódicamente a desfilar por la aldea llevando un capirote con las palabras «mentiroso», «chivato» y «cobarde». («Creo —reflexionó después— que ningún niño de buena cuna y de alta posición lloró tanto ni tan justamente») En la escuela, Curzon dijo: «[me] incliné por ser el primero en todo lo que hacía y […] quería hacerlo a mi manera y no a la de ellos». En Oxford («esa breve etapa que abarcaba Eton y el gabinete», como alguien dijo en broma) no perdió esta motivación. Al negarle los examinadores la calificación más alta, decidió «hacerles ver que habían cometido un error», ganando el premio Lothian, el Arnold y una beca de All Souls, sucesivamente. Margot Asquith no pudo evitar que su «autosuficiencia esmaltada» le impresionara. Otros eran menos amables en sus burlas. Una caricatura en que se le ve hablando ante el Parlamento desde la tribuna rezaba: «Una divinidad habla a los escarabajos negros».

Cuando Curzon fue nombrado virrey aún no tenía cuarenta años. Era un puesto para el que se sentía predestinado. Después de todo, ¿no era la magnífica residencia virreinal de Calcuta la réplica exacta de la casa rural de su familia en Kedleston? Reconoció abiertamente: «[el virreinato es] el sueño de mi infancia, la ambición colmada de mi juventud, y la concepción más alta que tengo de mi deber con el Estado». En concreto, Curzon se sentía llamado a restaurar la dominación británica en la India, que liberales como Ripon habían estado debilitando. Los liberales creían que todos los hombres tenían los mismos derechos, sin tener en cuenta el color de la piel; los angloindios, como hemos visto, preferían una especie de apartheid, de modo que una minoría blanca pudiera señorear sobre la masa de «negros». Para un aristócrata *tory* como Curzon, la sociedad india nunca podría ser tan simple como estas dos visiones opuestas daban por sentado. Educado para considerarse miembro de la selecta élite que se extendía hacia abajo a partir del monarca, Curzon se preocupaba sobre todo por la jerarquía. Al igual que otros como él procuraba emular en el imperio lo que admiraba del pasado feudal de Gran Bretaña. Los gobernantes británicos de una generación anterior en la India se habían sumergido en la cultura india para convertirse en verdaderos orientalistas. Curzon era lo que podría llamarse un «toryentalista».



Curzon y aristócratas en Aina-Khana,
palacio del maharajá Peshkai, c. 1900.

Los rasgos de una India feudal no eran difíciles de encontrar. Los llamados «estados señoriales» representaban casi una tercera parte de toda la superficie del país. Allí, los maharajás tradicionales permanecían nominalmente en el poder, aunque siempre bajo la mirada atenta de un secretario privado británico (un papel desempeñado en otros imperios orientales bajo el título de «gran visir»). Incluso en las zonas más controladas por los británicos, la mayoría de los distritos rurales estaban dominados por aristócratas terratenientes indios. A los ojos de Curzon, estas personas eran los señores naturales de la India. Como dijo en un discurso en la Universidad de Calcuta en 1905:

> Siempre he sido un devoto creyente en la continua existencia de los estados nativos en la India, y siempre he deseado ardientemente lo mejor para los príncipes nativos. Pero creo que no son reliquias, sino gobernantes, no como títeres sino como elementos activos en la administración. Deseo que compartan las responsabilidades así como las glorias del gobierno británico.

Las personas que Curzon tenía en mente eran hombres como el maharajá de Mysore, cuyo nuevo secretario personal en 1902 fue Evan Machonochie. El maharajá era, al menos en teoría, heredero del trono de Tipu Sultán, antes el más peligroso de los enemigos de la Compañía de las Indias Orientales. Sin embargo, esos días hacía tiempo que habían acabado. Este maharajá había sido educado por un veterano del SCI, sir Stuart Fraser; y se creía, como recordaba Machonochie, «que un secretario personal sacado del mismo servicio y dotado de la misma experiencia requerida sería capaz de aliviar a Su Alteza del agobio, mostrándole algunos de nuestros métodos de trabajo, aunque eliminando su propia personalidad, ejercer alguna influencia en la dirección deseada». El relato de Machonochie sobre los siete años pasados en la corte de Mysore ejemplifica de forma diáfana que se esperaba que tales príncipes

desempeñaran el papel de títere:

> Su Alteza […] lleva una cabeza de extraordinaria madurez sobre sus jóvenes hombros, lo que no impide, empero, que disfrute totalmente de los deportes varoniles… [También] tiene gusto y conocimientos para apreciar la música occidental, así como la suya…
>
> Nosotros [entretanto] vamos a trabajar, despejamos las chabolas, enderezamos y ampliamos los caminos, organizamos un sistema de drenaje a ras del suelo para que desemboque en las principales alcantarillas que se descargan en las fosas sépticas, proporcionamos nuevos lugares a la población desplazada, y arreglamos todo en general.

El maharajá playboy, rico, occidentalizado y débil hasta la impotencia política, se convertiría en una figura habitual en toda la India.

A cambio de dirigir sus reinos por ellos y concederles una generosa renta, los británicos esperaban solo una cosa: lealtad servil, cosa que por lo general obtenían. Cuando Curzon hizo una visita virreinal a Nashipur, se le ofreció un poema especialmente compuesto para la ocasión:

Bienvenido seáis, oh virrey, poderoso gobernante de la India.
¡Mirad! ¡Miles de ojos esperan ansiosamente contemplaros!
Nuestros corazones están inundados de trascendente gozo,
nos sentimos santificados, nuestros deseos están colmados; y
Nashipur se santifica al contacto de vuestros pies.
Glorioso y poderoso es el dominio de Inglaterra en la India.
Bendito sea el pueblo que tiene un gobernante tan benévolo.
Constante ha sido vuestro celo en promover el bienestar
de vuestros súbditos,
amándolos y protegiéndolos como un padre de corazón tierno.
¡Oh! ¿Dónde encontraríamos tan noble señor como vos?

¿Dónde, en verdad?

De hecho, la preocupación de Curzon por la jerarquía no era nada nuevo. Como virrey, el compañero de Disraeli, el romántico lord Lytton había cultivado incluso esperanzas más extravagantes sobre la «nobleza feudal» india, según el principio de que «cuanto más al Oriente uno va, tanto mayor es la importancia de un poco de

decorado». Lytton había tratado incluso de crear una sección nueva del Servicio Civil Indio específicamente destinada a los hijos de esta aristocracia oriental. La meta, como señaló un funcionario del Punjab en 1860, era «fomentar la fidelidad al Estado mediante una concesión oportuna […] un cuerpo difundido por el país considerable por su patrimonio y su rango». Tampoco el toryentalismo estaba limitado a la India. En Tanganica, sir Donald Cameron luchó por reforzar los vínculos del «campesino… con el capataz, del capataz con el subjefe, del subjefe con el jefe, y del jefe con el funcionario del distrito». En África Occidental, lord Kimberley dijo: «[es mejor] no tener nada que ver con los nativos educados [como grupo]. Me entenderé con los jefes hereditarios solamente». Lady Hamilton, la esposa del gobernador de Fidji, incluso consideraba a los jefes fidji como sus equivalentes sociales (a diferencia de los hijos de su niñera inglesa). «Todos los orientales consideran a un señor en muy alta estima», resaltó George Lloyd, antes de asumir sus tareas como recién ennoblecido Alto Comisionado en Egipto. El propósito del imperio, sostenía Frederick Lugard, el arquitecto del imperio africano occidental de Gran Bretaña, era «mantener los señoríos tradicionales como una fortaleza de segundad social en un mundo cambiante […] La categoría realmente importante es el estatus». Lugard inventó una teoría completa de «dominación indirecta» (la antítesis de la dominación directa que había sido impuesta a los hacendados jamaicanos en 1865), según la cual el dominio británico podía mantenerse a un coste mínimo delegando todo el poder local a las élites existentes, reteniendo solo los elementos esenciales de la autoridad central (en particular las atribuciones económicas) en manos británicas.

La formación de la propia jerarquía administrativa del imperio era complementaria a la restauración, preservación o invención (donde fuera necesario) de jerarquías tradicionales. El protocolo en la India estaba estrictamente regido por el «orden de precedencia», que en 1881 consistía en no menos de setenta y siete rangos. En todo el imperio los funcionarios ansiaban ser miembros de la orden de mayor mérito de San Miguel o San Jorge, como CMG («Cali Me God»), KCMG («Kindly Cali Me God») y (reservado para el sector más alto de los gobernadores) GCMG («God Calis me God»). Había, según lord Curzon, «un apetito voraz en la comunidad anglofona en todo el mundo de títulos y honores».

Había también, aseguraba, un deseo de una gran arquitectura. Bajo Curzon el Taj Mahal y Fatehpur Sikri fueron restaurados y se construyó el monumento a la reina Victoria en Calcuta. Significativamente, el lugar en la India que más disgustaba a Curzon era aquel que los británicos habían edificado de la nada: Simia. Se quejaba de que «no era nada más que un humilde suburbio de clase media en las faldas de una montaña», donde tenía que comer con «una serie de jóvenes interesados solo en jugar al polo y bailar». La logia del virrey le pareció a Curzon odiosamente vulgar. («Sigo intentando no sentirme desilusionada —confesó en una ocasión lady Curzon—; un millonario de Mineápolis se deleitaría con ella»). La compañía en la cena los hacía sentirse como si cenaran «cada día en la habitación del ama de llaves con el

mayordomo y la camarera de la dama». Estaba tan mal que optaron por acampar cerca del campo de golf de Simia. La triste realidad era que los británicos de la India eran terriblemente ordinarios.

El apogeo del toryentalismo de Curzon fue el durbar[*] de Delhi de 1903, un espectacular despliegue de pompa y fastos que organizó personalmente para celebrar la coronación de Eduardo VII. El durbar —o curzonización como fue apodado— era la perfecta expresión de la visión pseudofeudal de la India del virrey. Su momento estelar fue el simbólico desfile de elefantes en que los príncipes indios desempeñaron un papel preponderante. Como dijo un espectador:

Fue un espectáculo maravilloso, y ninguna descripción logra dar una idea exacta de su carácter, de su brillante colorido y su diversidad constante, la variedad de *howdahs* [sillas con dosel] y ornamentos y el primor de los trajes que adornaban la figura de los príncipes que seguían al virrey […] Un murmullo de admiración, interrumpido por cortos aplausos, se elevaba de la multitud.

Participaron todos, desde la begum de Bhopal hasta el maharajá de Kapurtala, balanceándose sobre sus elefantes tras el gran archipámpano en persona. Un periodista que cubría el durbar «quedó extasiado con el espectáculo de reyes de barba negra que se balanceaban con cada movimiento de sus gigantescos corceles […] La visión no era creíble en nuestro siglo XIX [sic]». En medio de este espectáculo, llegó un mensaje del rey emperador ausente, que expresaba tan diáfanamente la opinión del virrey que bien podría haber sido escrito por Curzon:

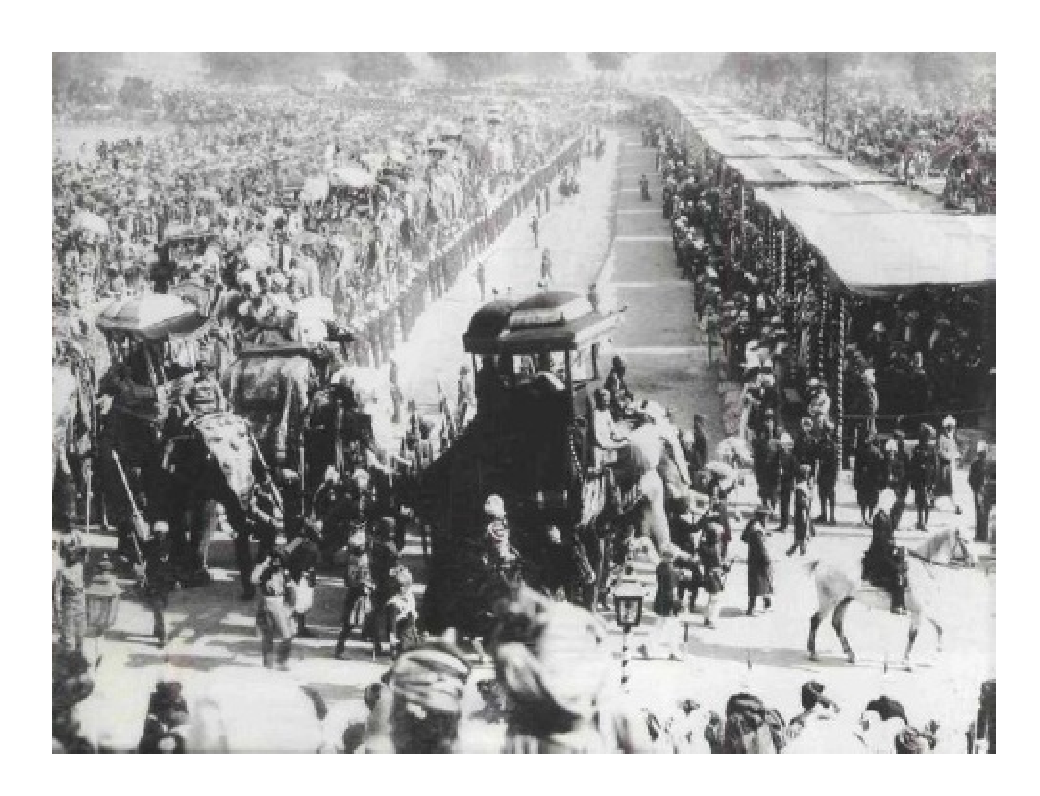
> Su imperio es fuerte […] porque considera las libertades y el respeto de las dignidades de sus feudatarios y súbditos. La clave de la política británica en la India ha sido conservar los mejores rasgos del entramado de la sociedad nativa. Con esa política hemos obtenido un maravilloso éxito: en que reconocemos un instrumento seguro para mayores triunfos en el futuro.

Sin embargo, había un error fatal en todo esto.[20] El durbar era un teatro maravilloso, sin duda, pero era una fachada del poder, no su realidad. Después del ejército indio, el verdadero fundamento del poder británico no eran los maharajás con sus elefantes, sino los abogados y funcionarios públicos anglicanizados que Macaulay había fomentado. Sin embargo, precisamente ellos era a quienes Curzon consideraba como una amenaza. En efecto, rechazó adrede a los llamados «babus bengalíes».[*] Cuando se le preguntó por qué tan pocos nativos recibían promoción en el servicio pactado bajo su mandato, replicó despectivamente: «El nativo colocado en un puesto alto no está a la altura de su tarea, no goza del respeto de sus subordinados europeos, ni siquiera de los nativos, y está bastante inclinado a renunciar o a descuidarlo todo».

Dos años después del durbar, Curzon lanzó un ataque premeditado contra los babus. Anunció —aparentemente en nombre de la eficacia administrativa— que su

patria, Bengala, sería dividida en dos. Como capital de Bengala y la India, Calcuta era el centro de poder del Congreso Nacional Indio, que entonces había dejado de ser (si alguna vez lo fue) una simple válvula de escape para el descontento de los nativos. Curzon sabía muy bien que su plan de partición indignaría al emergente movimiento nacionalista. La capital era, como él mismo decía, «el centro desde el cual se manipula el partido del Congreso […] En consecuencia cualquier medida que divida a la población de habla bengalí […] o que debilite la influencia de la clase de abogados, que tienen toda la organización en sus manos, suscita su tremendo y ardiente resentimiento». Tan impopular fue la propuesta que desató la violencia política más grave contra los británicos desde la época de la rebelión de los cipayos.

Los nacionalistas comenzaron a organizar, por primera vez, un boicot a los productos británicos, invocando el ideal de *swadeshi*, la «autosuficiencia económica india». Esta estrategia la respaldaban los moderados, como el escritor Rabindranath Tagore.[21] Se generalizaron también las huelgas y las manifestaciones. Pero algunos llegaron más lejos en su protesta. En toda Bengala hubo una oleada de ataques violentos contra los administradores británicos, incluso varios atentados contra la vida del propio gobernador de Bengala. Primero, las autoridades supusieron que la violencia era la obra de indios pobres y sin educación. Pero el 30 de abril de 1908, cuando una bomba dirigida al juez del distrito de Mazafferpur, J. D. Kingsford, mató a dos mujeres británicas, las batidas policiales descubrieron una realidad más inquietante: era una amenaza por completo distinta a la planteada por los cipayos rebeldes de 1857, que habían sido simples soldados que defendían su cultura religiosa tradicional contra la interferencia británica. Ahora, en cambio, se trataba de terrorismo moderno: nacionalismo extremista combinado con nitroglicerina. Y los cabecillas no eran pobres culis. Una de las organizaciones terroristas, llamada Anushilan Samiti, estaba dirigida por Pramathanath Mitra P. Mitra, abogado del Tribunal Supremo de Calcuta. Cuando el cuerpo especial de seguridad realizó una redada en cinco domicilios completamente respetables en Calcuta, los encontraron con todo el equipamiento para hacer explosivos. Fueron arrestados veintiséis jóvenes, y no culis sino miembros de la élite brahmán de Bengala.

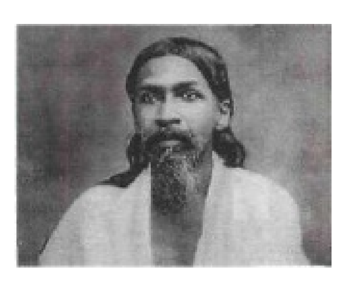


Tribunal de Alipore.

Los que posteriormente fueron procesados en Alipore difícilmente podrían haber tenido un origen menos respetable. Uno de los acusados, Aurobindo Ghose, era en realidad un antiguo representante de los estudiantes del St. Paul's School en Londres y becario del King's College (Cambridge). Incluso resultó ser coetáneo de uno de los magistrados que lo procesó; en efecto, Ghose lo había superado en griego en el examen del SCI y no había logrado obtener un puesto en el SCI solo porque faltó a la prueba de equitación. Como observó uno de los abogados británicos que intervino en el caso:

> Era un motivo de pesar que un hombre de la talla intelectual de Arabindo [*sic*] hubiera sido despedido del Servicio Civil en razón de que no podía (o no quería) montar a caballo […] Si se hubiera encontrado lugar para él en el Servicio Educativo para la India, creo que habría llegado lejos no solo en su desarrollo personal, sino en unir más firmemente los vínculos que ligan a sus compatriotas con los nuestros.

Pero era demasiado tarde para lamentarse ahora. Los británicos habían querido crear indios a semejanza suya. Ahora* al indisponerse con esta élite anglicanizada, habían creado el monstruo de Frankenstein. Aurobindo Ghose encarnaba el nacionalismo que pronto se manifestaría en todo el imperio, precisamente porque era el producto de la educación británica.



Aurobindo Ghose, St. Paul’s School;
King’s College, Cambridge.

Pero el caso de Alipore era notoriamente diferente de los procesos en Morant Bay de hacía poco más de cuarenta años. En vez de la justicia sumaria aplicada entonces, este proceso duró casi siete meses, y al final Aurobindo Ghose fue absuelto. Incluso la pena de muerte pronunciada contra el cabecilla —su hermano Batendra Kumar Ghose— fue después conmutada, pese al hecho de haber admitido durante el proceso que había autorizado el asesinato del fiscal general. El humillante retroceso final ocurrió en 1911, cuando fue revocada la decisión de la partición de Bengala. Tendría que esperar, irónicamente, hasta la independencia india. Esta muestra de debilidad no fue calculada para detener el terrorismo, y no lo hizo.

Sin embargo, mientras tanto los británicos habían ideado un modo mejor de castigar la rebelde capital de Bengala. Decidieron trasladar la sede del gobierno a Delhi, la antigua capital de los emperadores mogoles. Antaño, antes de la aparición de los molestos babus, Calcuta había sido el centro natural de un imperio fundado en el deseo de riquezas. Delhi sería una oficina central más adecuada para la era toryental, y Nueva Delhi sería la expresión suprema de su inefable esnobismo.

Curzon no tuvo la suerte de permanecer en su puesto lo suficiente para ver la gran ciudad del lienzo que había hecho construir para el durbar y de ese modo convertirse en una ciudad real de piedra rosada. Los arquitectos de Nueva Delhi, Herbert Baker y Edwin Lutyens, no dudaban de que su objetivo era construir un símbolo del poder británico que equiparara los logros de los mogoles. Comprendieron de inmediato que este sería el legado inextirpable del imperio toryental: como confesó el propio Lutyens, simplemente estar en la India lo hacía sentirse «muy *tory* y muy profeudal» (incluso se casó con la hija de lord Lytton). Baker reconoció de inmediato «la dimensión política de una capital política»; pensaba que el objetivo era «darles sentimiento indio donde no colisione con los grandes principios, como el gobierno deberá hacer». Estos dos hombres consiguieron un logro asombroso: la obra maestra arquitectónica del imperio británico. Nueva Delhi es verdaderamente grandiosa. Solo el palacio del virrey abarca casi dos hectáreas, y necesitaba un personal de seis mil criados y cuatrocientos jardineros, cincuenta de ellos solo dedicados a espantar los pájaros. Pero es innegablemente bello. Se necesitaría ser un antiimperialista de corazón muy duro para no conmoverse al ver el cambio de guardia en lo que es hoy el palacio presidencial, cuando las grandes torres y cúpulas brillan con los nebulosos

rayos del amanecer. Sin embargo, el mensaje político de Nueva Delhi es claro, tan claro que no es preciso que se infiera del simbolismo de la arquitectura. Pues Baker y Lutyens coronaron su creación con una inscripción en los muros de la secretaría que debe de ser la más condescendiente en toda la historia del imperio:

LA LIBERTAD NO DESCIENDE HACIA EL PUEBLO.
UN PUEBLO DEBE ELEVARSE HACIA LA LIBERTAD.
ES UNA BENDICIÓN QUE DEBE MERECERSE ANTES
DE QUE PUEDA SER DISFRUTADA.

No eran palabras de Curzon, pero el tono de superioridad era distintivamente curzonesco.

La mayor ironía de este despilfarro arquitectónico fue que lo costeó el contribuyente indio. Hasta que no obtuvieran la libertad, los indios tenían que continuar pagando por el privilegio de ser gobernados por los británicos.

¿Valía la pena pagar por este privilegio? Los británicos lo daban por sentado. Pero incluso Curzon admitió que la dominación británica «podía ser buena para nosotros, pero no es ni igual ni mucho menos buena para ellos». Los nacionalistas indios estaban totalmente de acuerdo, y se quejaban de que la riqueza de la India se escurría hacia los bolsillos de los extranjeros. De hecho, ahora sabemos que este drenaje —las cargas coloniales medidas según el excedente comercial de la colonia— llegaba a poco más del 1 por ciento del producto interior neto indio entre 1868 y 1930. Es bastante menos de lo que los holandeses «drenaron» de su imperio en las Indias Orientales, que oscilaba entre el 7 y 10 por ciento del producto interior neto indonesio en el mismo período.

Y al otro lado de la hoja de balance estaban las inmensas inversiones británicas en infraestructuras, irrigación e industria indias. Hacia la década de 1880, los británicos habían invertido doscientos setenta millones de libras esterlinas en la India, poco menos que una quinta parte de su inversión total en ultramar. Hacia 1914 la cifra había llegado a cuatrocientos millones. Los británicos aumentaron el área de tierra irrigada por ocho, de modo que a finales del Raj una cuarta parte de todo el territorio estaba irrigado, en comparación con el 5 por ciento a manos de los mogoles. Crearon una industria del carbón india partiendo de cero que hacia 1914 producía cerca de dieciséis millones de toneladas al año. Incrementaron diez veces el número de husos para yute. También hubo notorias mejoras en la sanidad pública, que significaron un aumento de la esperanza de vida india de once años más.[22] Los británicos introdujeron la quinina para combatir la malaria, realizaron campañas de vacunación contra la viruela (a menudo ante la resistencia local), y trabajaron para mejorar el suministro urbano de agua que solía ser portadora del cólera y otras enfermedades. Y, aunque resulta imposible cuantificarlo, es difícil creer que no hubiera ciertas ventajas en ser gobernados por una burocracia incorruptible como la del Servicio Civil Indio. Tras la independencia, el anglofilo Chaudhuri fue despedido de All India Radio por dedicar su *Autobiography of an Unknown Indian* z «la memoria del imperio británico

en India […] porque todo lo que es bueno y está con nosotros fue creado, formado e impulsado por este mismo imperio». Aunque se trataba de una exageración, contenía parte de verdad, lo que por supuesto indignaba a los críticos nacionalistas de Chaudhuri.

Es cierto que el indio medio no se había enriquecido especialmente con el dominio británico. Entre 1757 y 1947 el producto interior bruto per cápita creció en términos reales en un 347 por ciento, el indio apenas en un 14 por ciento. Una parte sustancial de los beneficios que crecían cuando la economía india se industrializó pasaron a las agencias gestoras, bancos y accionistas británicos, a pesar del hecho de que no había escasez de empresarios e inversores indios capacitados. El comercio libre impuesto a la India en el siglo XIX expuso a los fabricantes autóctonos a la feroz competencia europea, mientras que Estados Unidos de América, ya independiente, protegía a sus nacientes industrias con altas barreras arancelarias. En 1896 las fabricas indias proporcionaban apenas el 8 por ciento del consumo textil indio.[23] Debe también tenerse en cuenta que los trabajadores indios a contrata proporcionaban buena parte de la mano de obra barata de la que dependió la economía imperial británica en sus últimos años. Entre la década de 1820 y 1920, cerca de 1,6 millones de indios dejaron la India para trabajar en las colonias del Caribe, África, en el océano índico y el Pacífico, desde las plantaciones de caucho en Malasia hasta los ingenios azucareros de Fidji. Las condiciones en que viajaban y trabajaban a menudo eran tan malas como las que sufrieron los esclavos africanos hacía un siglo. Tampoco pudieron los mejores esfuerzos de los funcionarios como Machonochie conjurar las terribles hambrunas de 1876-1878 y 1899-1900. En efecto, en la primera la preferencia británica por la economía de *laissez-faire* empeoró las cosas.[24] Pero ¿habrían estado los indios mejor bajo los mogoles? ¿O realmente bajo los holandeses o los rusos?

Podría parecer obvio que habrían estado mejor bajo gobernantes indios. Esto era realmente cierto desde el punto de vista de las élites dirigentes que los británicos habían desplazado y de cuya parte en el ingreso nacional, aproximadamente el 5 por ciento, se habían apoderado para su propio consumo. Pero la mayoría de los indios no tenían muy claro que su suerte mejoraría con la independencia. Bajo el dominio británico, la participación de la economía aldeana en el ingreso total, descontando los impuestos, subió de un 45 por ciento a un 54 por ciento. Ya que este sector representaba casi tres cuartas partes de la población total, no cabe duda de que el dominio británico redujo la desigualdad en la India. Si bien los británicos no impulsaron mucho al alza los ingresos indios, es perfectamente imaginable que las cosas habrían sido mucho peores bajo un régimen mogol restaurado, de haber triunfado la rebelión de los cipayos. China, por ejemplo, no prosperó bajo los gobernantes chinos.

La realidad de ese momento era que el nacionalismo indio no se retroalimentaba de las capas pobres de la mayoría de la población, sino de la élite privilegiada. En la

época de Macaulay, los británicos habían creado una élite de indios educada en inglés y que hablaba inglés, una clase de auxiliares de la administración civil, de la que llegó a depender su sistema administrativo. Con el tiempo, estas personas aspiraron a participar en el gobierno de su país, exactamente como había profetizado Macaulay.[25] Pero en la época de Curzon, fueron desdeñados en favor de los ornamentales maharajás, la mayoría inútiles.

El resultado fue que en los años del ocaso de la reina emperatriz, el dominio británico de la India era como uno de esos palacios que tanto adoraba Curzon. Tenían un aspecto espléndido por fuera, pero en el sótano los siervos se afanaban en convertir en leña el maderamen del piso.

A una llamada lejana, nuestras flotas se esfuman;
en duna y promontorio se apaga la hoguera:
¡Mirad, toda nuestra pompa de ayer
se une a Nínive y Tiro! Juez de las
Naciones, líbranos todavía,
¡para que no olvidemos, para que no olvidemos!

Kipling escribió su plañidero «Himno» en 1897, haciendo sentir a sus compatriotas un estremecimiento de aprehensión mientras celebraban el septuagésimo quinto aniversario de la reina Victoria. Efectivamente, como las orgullosas ciudadelas de Nínive y Tiro, la mayoría de las obras de Curzon no han perdurado. Como virrey había luchado con ahínco por hacer más eficiente el gobierno británico de la India. Creía fervientemente que sin la India, Gran Bretaña pasaría de ser «la potencia más grande del mundo» a un «tercer plano». Pero no deseaba modernizar la India, sino el dominio británico. Como si de antiguos monumentos se tratara, deseaba preservar a los príncipes indios; llenar los edificios que habían de conservarse con una aristocracia leal de personas «en la lista de preservación». Nunca se trató de una empresa realista.

El mismo Curzon llegaría a ser lord Privy Seal en 1915 y ministro de Asuntos Exteriores en 1919. Sin embargo, nunca alcanzó el cargo que tanto deseaba. Fue apartado a un lado por la dirigencia *tory* después de que un memorándum confidencial lo descartara como «representante de esa sección del conservadurismo privilegiado» que ya no tenía cabida «en esta época democrática», palabras que podrían servir de epitafio para todo el proyecto «toryentalista».

El primer ministro Arthur Lee se encontró en una ocasión a lord Curzon en casa de madame Tussaud, «observando con atención concentrada, pero con un aire de desilusión su propia efigie en cera». Más desilusionado todavía, se habría mostrado al ver las estatuas de la reina emperatriz y varios procónsules imperiales en el descuidado solar trasero del zoológico de Lucknow, donde fueron amontonadas tras la independencia de la India. Pocos testimonios hay tan vividos sobre la fugacidad del

triunfo imperial, como la monumental Victoria de mármol que hoy domina este destartalado lugar. El simple hecho de trasladar ese enorme bloque de piedra esculpida de Londres a Lucknow fue una gran empresa, solo posible con las grúas, vapores y trenes, los verdaderos motores del poder Victoriano. Sin embargo, hoy la idea de que esa vieja dama de aspecto lúgubre antaño reinó sobre la India, parece casi absurda. Desalojada del pedestal que ocupaba en un lugar público, la gran reina emperatriz blanca ha perdido su poder totémico.[26]

A principios del siglo XX, podía sostenerse (con el respeto que me merece Curzon) que la India había dejado de ser la indispensable joya de la corona que había sido en la década de 1860, la razón de ser del poder imperial británico. En otras partes del mundo, una nueva generación de imperialistas estaba madurando, hombres que creían que si el imperio iba a sobrevivir —si iba a adaptarse a los desafíos del nuevo siglo—, tendría que expandirse hacia nuevos rumbos.

En su opinión, el imperio tenía que abandonar los fastos y volver a sus raíces previctorianas: introducirse en nuevos mercados, establecer nuevas colonias y, si era necesario, librar nuevas guerras.

La potencia de la Maxim

> «Hay dos oriflamas, ¿cuál plantaremos en las islas más lejanas: la que flamea en el fuego celestial, o la que cuelga pesada con el sucio tejido del oro terrestre? Hay en verdad un camino de gloria benéfica abierto ante nosotros, que nunca antes se ha ofrecido a un pobre grupo de almas mortales. Y está ante nosotros lo que debe ser: «Reinar o morir»… Y, si [Inglaterra] no quiere sucumbir, deberá fundar colonias tan rápido como pueda por medio de sus hombres más enérgicos y valiosos, apoderándose de cada trozo de tierra fértil disponible donde ellos pongan el pie».
>
> JOHN RUSKIN, lección inaugural como Slade Professor en Oxford, 1870

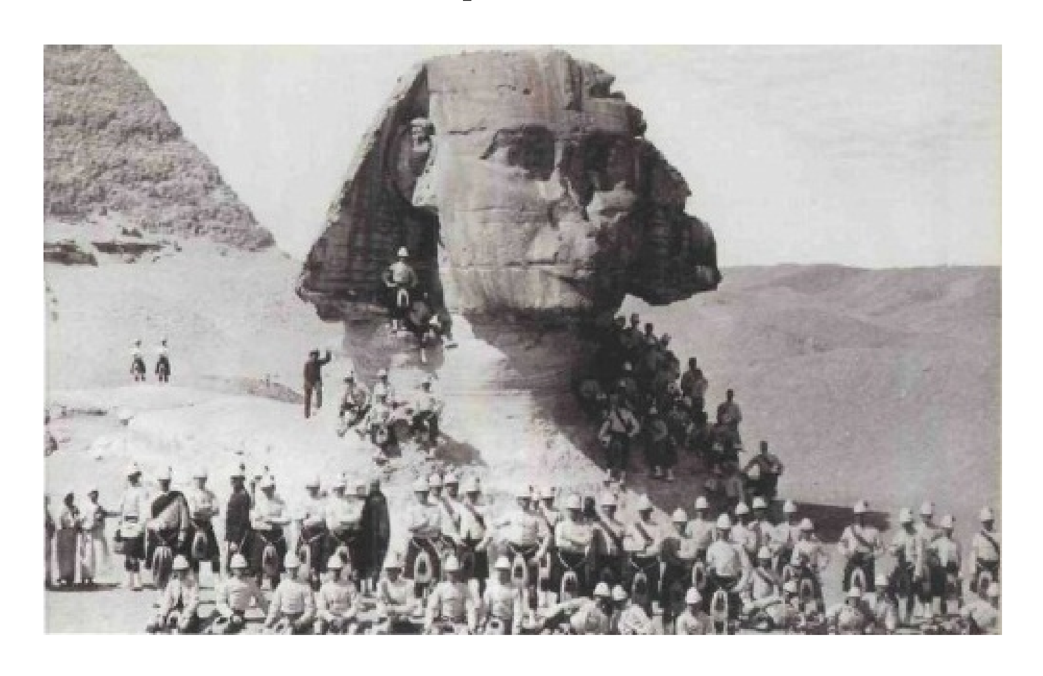
> «[T]omad la constitución de los jesuitas si es posible obtenerla e insertad imperio inglés donde dice religión católica romana».
>
> CECIL RHODES, esbozando el concepto original de las becas Rhodes a lord Rothschild, 1888

> «Uno no puede hacer tortillas sin romper huevos; uno no puede destruir las prácticas de la barbarie, de la esclavitud, de la superstición… sin el uso de la fuerza».
>
> JOSEPH CHAMBERLAIN

En pocos años, cuando el siglo XIX daba paso al siglo XX, las actitudes británicas hacia el imperio pasaron de la arrogancia a la ansiedad. Los últimos años de la reina Victoria fueron una época de soberbia imperial: simplemente no parecía haber límite a lo que, sumada, podían lograr la potencia de fuego y las finanzas británicas. Como gerente y banquero del mundo, el imperio británico logró una amplitud geográfica inigualable en la historia. Incluso sus competidores más cercanos, Francia y Rusia, se veían empequeñecidos por el titán británico; era la primera superpotencia. Sin embargo, antes de que expirara la reina emperatriz en su dormitorio en la Osborne House en 1901, Némesis atacó. África, que había parecido ser británica por derecho propio, asestó al imperio un golpe inesperado y doloroso. Aunque algunos reaccionaron con un desafiante chovinismo, otros se vieron presa de las dudas. Incluso los generales y los procónsules más dotados mostraron síntomas de lo que se suele llamar decadencia. Y el más ambicioso rival imperial de Gran Bretaña no tardó en olfatear la oportunidad que dichas vacilaciones propiciaban.

DE EL CABO A EL CAIRO

A mediados del siglo XIX, aparte de unas pocas factorías costeras, África era la última hoja en blanco en el atlas imperial del mundo. Al norte de El Cabo, las posesiones británicas se limitaban a África Occidental: Sierra Leona, Gambia, Costa de Oro y Lagos; la mayoría de ellas eran remanentes de las batallas a favor y en contra de la esclavitud. Sin embargo, en veinte años a partir de 1880, diez mil reinos africanos tribales se convirtieron en cuarenta estados, de los cuales treinta y seis estaban bajo el control directo europeo. Nunca en la historia humana ha habido una redefinición tan drástica del mapa de un continente. Hacia 1914, exceptuando a Abisinia y Liberia (esta última una casi colonia estadounidense), todo el continente estaba sujeto a alguna forma de dominio europeo. Aproximadamente un tercio era británico. Este proceso se llamaría más adelante «el reparto de África».



Soldados escoceses alrededor de la esfinge en Giza, 1882.

La clave de la sorprendente expansión del imperio a finales del período Victoriano fue la combinación de poder financiero y potencia de fuego. Combinación que se reflejó de forma refinada en Cecil Rhodes. Hijo de un clérigo en Bishop’s Stortford, Rhodes había emigrado a Sudáfrica a los diecisiete años porque, como afirmó más tarde, «no podía soportar más la carne fría de carnero». Fue a la vez un genio de los negocios y un visionario imperial; un barón forajido, pero también un místico. A diferencia de otros «señores del Rand», como su socio Barney Barnato, no le bastaba a Rhodes con hacer una fortuna de las vastas minas de diamante De Beers, en Kimberley. Aspiró a algo más que amasar dinero. Soñaba con convertirse en constructor de un imperio.

Aunque su imagen pública era la de un coloso solitario controlando ambas costas de África, Rhodes no habría podido conseguir su casi monopolio de los diamantes

sudafricanos sin la ayuda de sus amigos en la City de Londres, en concreto el banco Rothschild, que en la época concentraba el mayor capital financiero del mundo. Cuando Rhodes llegó a los yacimientos de diamantes de Kimberley había más de cien pequeñas compañías trabajando los principales «tubos», inundando el mercado de diamantes y quitándose entre sí el negocio. En 1882 un agente de Rothschild visitó Kimberley y recomendó una fusión a gran escala; en cuatro años el número de compañías se redujo a tres. Un año después la Compañía De Beers de Rhodes con la Compagnie Francaise, seguida por una fusión final importante con la Compañía Central de Kimberley. Ahora había solo una compañía: De Beers. Todo el mundo creía que Rhodes era propietario de De Beers, pero no era cierto. Nathaniel Rothschild era el principal accionista; efectivamente, hacia 1899 la participación de Rothschild duplicaba la de Rhodes. En 1888 Rhodes escribió a lord Rothschild:[1] «Sé que si usted me apoya puedo hacer todo lo que he dicho. Sin embargo, si usted piensa otra cosa, no tengo nada que decir». Cuando Rhodes necesitó respaldo financiero para un nuevo proyecto africano en octubre de 1888, no tuvo dudas acerca de adónde recurrir.

La propuesta que Rhodes deseaba que Rothschild examinara era la concesión que acababa de conseguir del jefe de Matabele, Lobengula, para explotar los yacimientos de oro «inagotables» que creía Rhodes se hallaban pasando el río Limpopo. Los términos de la carta a Rothschild dejaban claro que sus intenciones hacia Lobengula eran poco amistosas. El rey de Matabele, escribió, era «el único obstáculo en África Central, pues una vez que tengamos controlado su territorio, lo demás es fácil, pues el resto es simplemente un sistema aldeano con un jefe separado, todos independientes entre sí […] La clave es el país de Matabele, con su oro, los informes referentes al mismo no se basan solo en rumores […] Imagínese, este yacimiento aurífero que se podía adquirir a unas ciento cincuenta mil libras esterlinas hace dos años, ahora se vende por más de diez millones». Rothschild respondió afirmativamente. Cuando Rhodes se asoció con la Compañía de Bechuanalandia para crear una nueva asociación exploradora central para Matabelelandia, el banquero era un accionista mayoritario, y su participación creció cuando se convirtió en la Compañía de Concesiones Unidas en 1890. Estuvo también entre los accionistas fundadores cuando Rhodes fundó la British South Africa Company en 1889; actuaba, de hecho, como el asesor financiero honorario de la compañía.

La compañía de De Beers había librado sus batallas en las salas de juntas de Kimberley. La British South Africa Company, en cambio las libró de verdad. Cuando Lobengula se dio cuenta de que había sido engañado para que firmara una concesión que no se limitaba a los derechos de explotación minera, resolvió enfrentarse con Rhodes. Decidido a librarse de Lobengula de una vez por todas, Rhodes reaccionó enviando una fuerza invasora de setecientos hombres, los voluntarios de la Compañía Privilegiada. Los matabele tenían, en términos africanos, un ejército poderoso y bien organizado; los impis de Lobengula de la región llegaban a tres mil. Pero los hombres

de Rhodes trajeron consigo un arma destructiva secreta. Operada por un equipo de cuatro hombres, la ametralladora Maxim de 0,45 pulgadas podía disparar quinientos tiros por minuto, cincuenta veces más rápido que el rifle más rápido. Una fuerza equipada con solo cinco de estas armas letales podía literalmente barrer el campo de batalla.

En la batalla del río Shangani en 1893 se empleó por primera vez la Maxim. Un testigo presencial recordaba así lo que ocurrió:

> Los matabele encabezados por el regimiento Nabuzu nunca se acercaron a más de noventa metros, los guardias del rey que venían chillando como demonios se lanzaron a una muerte segura, porque las Maxim superaron todas las expectativas y literalmente los segaron como hierba. Nunca he visto nada parecido a estas ametralladoras Maxim ni soñado que tales cosas pudieran existir: pues las cintas alimentadoras de cartuchos pasan por ellas tan rápido como uno pueda cargarlos y dispararlos. Todo hombre del *laager*[*] debe su vida a la ametralladora Maxim. Los nativos le dijeron al rey que no nos temían a nosotros ni a nuestros rifles, pero que no podían matar al animal que hacía ¡pum!, ¡pum!, como llamaban a la Maxim.

A los matabele les pareció que «el hombre blanco venía […] con […] cañones que escupían balas como los cielos a veces escupen pedrisco, y ¿quiénes eran los desnudos matabele para enfrentarse a esos cañones?». Fueron eliminados cerca de mil quinientos guerreros matabele. Solo cuatro de los setecientos invasores murieron. *The Times* informó con aire de suficiencia: los matabele «convierten nuestra victoria en brujería, pues consideran que la Maxim es una obra de un espíritu malo. Lo han llamado *S'cokacocka*, debido al peculiar ruido que hace cuando funciona».

Para que no hubiera duda sobre quién había ideado la operación, el territorio conquistado recibió el nombre de Rhodesia. Detrás de Rhodes, sin embargo, estaba el poderío financiero de Rothschild. Significativamente, un miembro de la rama francesa de la familia señaló con satisfacción la relación entre las noticias de «un fuerte enfrentamiento que ha habido con los matabele» y «una pequeña alza en las acciones» de la British South Africa Company de Rhodes. La única preocupación de Rothschild —y estaba ampliamente justificada— era que Rhodes estaba desviando el dinero de la rentable compañía De Beers hacia la totalmente especulativa British South Africa Company. Cuando lord Randolph Churchill, político conservador disidente, volvió de una visita a Sudáfrica en 1891, declaró que «no existe especulación más insensata e insegura que la inversión en sindicatos de exploración minera» y acusó a Rhodes de ser «un fraude […] que no podía conseguir cincuenta y una mil libras esterlinas en la City para abrir una mina». Rothschild se indignó. Había pocos delitos más graves a los ojos de un financiero de *fin de siècle* que hablar despectivamente de una inversión.

El recordatorio oficial de la campaña de Matabelelandia, publicado en el cuadragésimo aniversario de este pequeño conflicto unilateral, empezaba con un «tributo» de Rhodes a los hombres que habían conquistado a los salvajes matabele. Lo más notable, sin embargo, era el grotesco himno dedicado al arma favorita del conquistador. El himno realmente surgió como una sátira liberal a la expedición, pero los hombres de Rhodes lo adoptaron desvergonzadamente como suyo:

¡Adelante, soldados de la compañía, a tierras paganas, con el devocionario en el bolsillo, el rifle en la mano! Por la gloriosa corriente donde el comercio puede abrirse, difundid
el evangelio pacífico con una Maxim.

Decid a los desgraciados nativos que pecan en sus corazones,
convertid sus templos paganos en mercados del espíritu. Y si no
sucumben a vuestras enseñanzas, dadles otro sermón con la
ametralladora Maxim.

Cuando comprendan bien los diez mandamientos,
debéis engañar a su jefe, y anexionar sus tierras. Y si
mal aconsejados os tratan de pedir cuentas, dadles
otro sermón con una Maxim de la Montaña.

La ametralladora Maxim era en realidad una invención estadounidense. Pero su inventor, Hiram Maxim, siempre había tenido el ojo puesto en el mercado británico. Apenas tuvo el prototipo listo para funcionar en su taller subterráneo en Hatton Garden (Londres), comenzó a invitar a las «vacas sagradas» para que probaran el arma. Entre los que aceptaron se hallaba el duque de Cambridge, entonces comandante en jefe, el príncipe de Gales, el duque de Edimburgo, el duque de Devonshire, el duque de Sutherland y el duque de Kent. El duque de Cambridge respondió con la acritud característica de su clase. Dijo que estaba «muy impresionado por el valor de las ametralladoras»; en efecto, se sentía «confiado en que serían utilizadas en todos los ejércitos». Sin embargo, «no consideraba aconsejable comprar una todavía», y agregó: «Cuando las necesitemos, podemos comprar los modelos más recientes, y su manipulación puede ser enseñada a los hombres inteligentes en unas pocas horas». Otros fueron más rápidos en apreciar el gran potencial de la invención de Maxim. Cuando se fundó la Maxim Gun Company en noviembre de 1884, lord Rothschild estaba en la mesa directiva. En 1888 su banco

financió la fusión de 1,9 millones de libras esterlinas de la Maxim Company con la Nordenfeldt Guns and Ammunitions Company.



Hiram Maxim con su ametralladora, c. 1880.

Tan estrecha era la relación de Rhodes con los Rothschild, que incluso le confió la ejecución de su testamento a lord Rothschild, especificando que su patrimonio debería ser utilizado para financiar un proyecto imperialista equivalente a la orden jesuita, la finalidad original de las becas Rhodes. Sería «una sociedad de elegidos para el bien del imperio». Rhodes anotó: «Al considerar la cuestión sugerida, tómese la constitución de los jesuitas, si se puede conseguir, y póngase imperio británico en vez de religión católica romana». Rothschild, por su parte, aseguró a Rhodes: «[N]uestro primer y principal deseo en relación con los asuntos sudafricanos es que permanezca en la dirección de ellos en esa colonia y que pueda realizar la gran política imperial que ha sido el sueño de su vida».

La creación de su propio país personal y su propia orden sagrada imperialista eran en realidad simples ingredientes de una «política imperial» rhodesiana mucho más vasta. En un gran mapa de África —que todavía hoy puede verse en Kimberley—, Rhodes trazó con lápiz una línea que iba desde El Cabo a El Cairo, que debería ser el gran ferrocarril imperial. Desde El Cabo correría hacia el norte como una gran espina dorsal metálica por Bechuanalandia; de Bechuanalandia a Rhodesia; de Rhodesia a Nyasalandia, y de ahí pasaría por los Grandes Lagos hasta Jartum, y finalmente hasta el Nilo, hacia su destino final en Egipto.

De este modo, Rhodes preveía poner todo el continente africano bajo el control británico. Su justificación era sencilla: «Somos la primera raza en el mundo y cuanto más espacio del mundo ocupemos, tanto mejor para la raza humana». No había límites para las ambiciones de Rhodes. Podía hablar con toda seriedad de «la recuperación final de Estados Unidos de América como parte integral del imperio británico».

En cierto modo, guerras como la que libró Rhodes contra Matabele eran batallas particulares planeadas en clubes privados como el Kimberley Club, ese bastión convencional de la amistad entre capitalistas, del cual el propio Rhodes era uno de sus fundadores. Matabelelandia se había convertido en parte del imperio sin coste

alguno para el contribuyente británico, ya que toda la campaña se había realizado con mercenarios empleados por Rhodes y pagados por los accionistas de las compañías British South Africa y De Beers. Si resultaba que Matabelelandia no tenía oro, los únicos perdedores serían ellos. En efecto, el proceso de colonización había sido privatizado, suponía una vuelta a los primeros días del imperio, cuando las compañías comerciales monopolistas habían iniciado el dominio británico desde Canadá hasta Calcuta. Rhodes estaba aprendiendo de la historia a conciencia. El dominio británico en la India había comenzado con la Compañía de las Indias Orientales; el dominio británico de África comenzaría con sus propios intereses empresariales. En una carta a Rothschild incluso se refirió a De Beers como «otra Compañía de las Indias Orientales».

No era el único que pensaba de este modo. George Goldie, hijo de una familia de contrabandistas de Manx, que de joven había sido mercenario, también soñaba con «colorear el mapa de rojo»; su gran idea era anexionar cada kilómetro cuadrado desde el Níger hasta el Nilo. En 1875 había ido a África Occidental para intentar salvar una pequeña casa comercial que pertenecía a la familia de su cuñada. Hacia 1879 la había fusionado con una serie de compañías dedicadas al aceite de palma para formar la National African Company. Pero Goldie rápidamente se convenció de que «era inútil tratar de hacer negocios cuando no se podía imponer la ley y el orden verdaderos». En 1883 propuso que la National African Company se hiciera cargo de toda la región baja y media del Níger mediante una concesión real. Tres años después, logró lo que deseaba: se hizo una concesión a una resucitada Royal Niger Company. De nuevo se repetía el modelo del siglo XVII de la colonización mediante la subcontratación, según el cual eran los accionistas y no los contribuyentes los que asumían riesgos. Goldie se enorgullecía de supervisar «que los accionistas, con cuyo dinero se ha formado la compañía, sean tratados de manera adecuada»:

El dicho era: «El precursor siempre se arruina», y dije que en este caso no sería así, y así fue. He salido a la calle a convencer a la gente de dar un millón para empezar. Estaba decidido a que obtuvieran un beneficio justo por su dinero. Si no lo hubiera hecho, habría incurrido en una falta a la confianza dada. Mi trabajo era una lucha internacional para conseguir la posesión británica de ese territorio, y debo recordaros que la obra concluyó con éxito antes de que terminara la concesión del Niger. Pienso que usted estará de acuerdo conmigo en que he estado totalmente volcado a proteger los intereses de los accionistas en primer lugar…

El gobierno no siempre estaba satisfecho con actuar sobre esta base. Como Goldie afirmó en 1892, Gran Bretaña había «adoptado la política de avanzar a través de la empresa comercial […] No se ha hecho esperar la sanción del Parlamento para el empleo de los recursos imperiales» para fomentar sus ambiciones.

Para Goldie, igual que para Rhodes, lo que era bueno para su compañía automáticamente era bueno para el imperio británico. Y como su homólogo sudafricano, Goldie consideró que la ametralladora Maxim era la clave para la

expansión de ambos. Hacia finales de la década de 1880, había conquistado varios emiratos fulanis y emprendido guerras contra los asentamientos de Bida e llorín. Aunque tenía menos de quinientos hombres a su disposición, las Maxim les permitían derrotar ejércitos treinta veces más grandes que el suyo. La historia era similar en África Oriental, donde Frederick Lugard, había establecido la primacía británica en Buganda, mientras estaba al servicio de la Imperial British East Africa Company.[2] Tan impresionado estaba Goldie con la obra de Lugard, que lo contrató para que trabajara para la Niger Company. Cuando Nigeria del Norte se convirtió en un protectorado británico en 1900, Lugard fue nombrado como su primer alto comisionado; doce años después se convirtió en el gobernador general de una Nigeria unificada. Esta transformación de monopolio comercial en protectorado tipificaba el modo en que se produjo el reparto de África. Los políticos dejaron a los empresarios dirigir las cosas, pero más tarde o más temprano intervenían para crear algún tipo de gobierno colonial formal. Aunque las nuevas compañías africanas se parecían a la Compañía de las Indias Orientales en su concepción original, gobernaron África durante períodos mucho más breves que el de su predecesora en la India. Por otra parte, incluso cuando el dominio británico se tornó «oficial», su estructura se mantuvo elemental. En su libro *The Dual Mandate in British Tropical Africa* (1922), Lugard definiría después el dominio indirecto como el «uso sistemático de instituciones consuetudinarias del pueblo como organizaciones de régimen local». Era la manera complicada de decir que África sería gobernada del modo en que se gobernaban los estados principescos de la India: con unos gobernantes africanos títeres y una presencia británica mínima.

Sin embargo, esa era solo la mitad de la historia del reparto de África, pues mientras Rhodes avanzaba hacia el norte desde El Cabo y Goldie iba hacia el este desde Níger, los políticos británicos lo hacían hacia el sur, desde El Cairo. Y lo hacían en buena medida porque temían que si no actuaban, otros lo harían en su lugar.

Los franceses estaban a la cabeza en el norte de África, minando con más rapidez las fronteras del imperio otomano que los británicos. La primera tentativa por conseguir la supremacía en Egipto había sido obra de Napoleón, que se hundió definitivamente ante la Royal Navy en la batalla de Abukir en 1798. Los franceses, sin embargo, no tardaron mucho, tras la caída de Napoleón, en reanudar sus actividades en la zona. En 1830 el ejército francés había invadido Argelia; en tan solo siete años los franceses controlaban la mayor parte del territorio. También se aprestaron a dar su respaldo a Mehmet Alí, el modernizador de Egipto, que trataba de desobedecer, cuando no ignorar, la autoridad del sultán otomano. Sobre todo, los inversores franceses se pusieron al frente del desarrollo económico de Turquía y Egipto. El hombre que concibió y construyó el canal de Suez fue un francés, Ferdinand de Lesseps, y la mayor parte del capital invertido en esa importante

empresa estratégicamente portentosa (inaugurada en noviembre de 1869) fue francesa. Respecto al futuro del imperio otomano, los británicos insistían una y otra vez que era una cuestión que dependía del consenso de cinco grandes potencias: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria y Prusia.

Es imposible entender el reparto de África sin tener en cuenta sus antecedentes en la lucha incesante entre las grandes potencias por mantener o destruir el equilibrio de poder en Europa y el Próximo Oriente. En 1829-1830 habían llegado a un pacto sobre el futuro de Grecia y Bélgica. A raíz de la guerra de Crimea (1854-1856), llegaron a un consenso muy frágil sobre el futuro de las restantes posesiones europeas de Turquía, en concreto el estrecho de los Dardanelos. Lo que ocurrió en África en la década de 1880 era, en varios aspectos, la continuación de la diplomacia europea en muchos lugares, con la importante precisión de que ni Austria ni Rusia tenían ambiciones en el sur del Mediterráneo. De modo que en el Congreso de Berlín en 1878, la oferta a Francia de Túnez era una mera cláusula secundaria de unos acuerdos mucho más complejos sobre el futuro de los Balcanes.

Cuando en 1874 quedó patente que tanto el gobierno de Egipto como el de Turquía estaban arruinados, pareció en primer término que las cuestiones serían definidas mediante la habitual confabulación de las grandes potencias. Sin embargo, Disraeli y más tarde su archienemigo Gladstone no pudieron resistir la tentación de actuar unilateralmente para darle a Gran Bretaña la ventaja en la región. Cuando el jedive de Egipto ofreció vender sus acciones de la Compañía del Canal de Suez por cuatro millones de libras esterlinas, Disraeli aprovechó la ocasión, recurriendo a sus amigos los Rothschild (¿a quiénes si no?), para el desorbitante adelanto en metálico necesario para cerrar el trato. Ciertamente, la propiedad del 44 por ciento de las acciones originales de la Compañía del Canal no le daban a Gran Bretaña control sobre la misma, sobre todo porque las acciones no tuvieron derecho de voto hasta 1895, y a partir de entonces solo dispusieron de diez votos. Por otra parte, la promesa del jedive de pagar el 5 por ciento del valor de las acciones cada año en lugar de dividendos dio al gobierno británico un interés nuevo y directo en las finanzas egipcias. Disraeli estaba realmente equivocado al sugerir que la Compañía del Canal estaba en condiciones de cerrar dicha vía al creciente volumen de naves británicas que la usaban. Por otra parte, no había garantía de que la ley que obligaba a la compañía a mantener el canal abierto sería siempre respetada. Como dijo acertadamente Disraeli, la propiedad de las acciones daba a Gran Bretaña una «palanca» adicional. Al final resultó ser una inversión excepcionalmente buena del erario público.[3]

De algún modo se suavizó el resentimiento francés con la reorganización inmediata de las finanzas egipcias, que (por sugerencia del gobierno francés) formó una comisión multinacional en que Gran Bretaña, Francia e Italia estaban igualmente representadas. En 1876, se estableció un banco internacional para la deuda pública de Egipto (*Caisse de la dette publique*) y dos años después, éste sugirió que Egipto

formara un gobierno internacional, con un británico para la cartera de Hacienda y un francés para la de Obras Públicas. Simultáneamente, los Rothschild franceses y británicos acordaron hacer un préstamo de 8,5 millones de libras esterlinas. El *Journal de Débats* llegó a decir que este cómodo arreglo «equivalía a sellar una alianza entre Francia y Reino Unido». Un estadista británico sintetizó las bases del compromiso: «Uno puede renunciar, o monopolizar, o compartir; renunciando habríamos dejado que los franceses se interpusieran en nuestro camino a la India, y monopolizando nos habríamos arriesgado a que estallara una guerra. De modo que optamos por compartir». Pero esta política no duraría mucho tiempo. En 1879 el jedive depuso el gobierno internacional. Las potencias reaccionaron derrocándolo a favor de su servil hijo Tewfiq, pero cuando éste fue a su vez derrocado por los militares egipcios dirigidos por Arabi Pacha, contrario a los europeos, enseguida se hizo evidente que había un plan en marcha para liberar Egipto de toda dominación económica extranjera. Se fortificó Alejandría, y se construyó un muelle en el canal. La posibilidad de una condonación completa de la deuda externa del país era real. Las vidas de treinta y siete mil europeos que residían en Egipto corrían peligro.

Como jefe de la oposición, Gladstone se opuso tajantemente a la política de Disraeli en el Próximo Oriente. Le desagradó profundamente la compra de las acciones del canal de Suez; también acusó a Disraeli de hacer la vista gorda frente a las atrocidades perpetradas por los turcos contra las comunidades cristianas en Bulgaria. Sin embargo, cuando subió al poder, Gladstone dio un vuelco a la política exterior victoriana. Es cierto que su instinto lo llevaba a seguir el sistema del control dual anglofrancés de Egipto. Pero la crisis coincidió con uno de los *bouleversements* políticos internos tan comunes en la historia de la Tercera República. Mientras los franceses peleaban entre sí, el riesgo de una moratoria egipcia era mayor. Había ya disturbios abiertamente anti-europeos en Alejandría. Movido a asumir el riesgo por los miembros más imperialistas del gabinete, y con la garantía de los Rothschild de que Francia no se opondría, Gladstone aceptó el 31 de julio de 1882 «derrocar a Arabi». Las naves británicas ya habían bombardeado los fuertes de Alejandría, y el 13 de septiembre la fuerza invasora del general sir Garnet Wolseley, que consistía en tres escuadrones de la caballería de la guardia real, dos cañones y alrededor de mil soldados de infantería, sorprendió y destruyó el ejército, mucho más grande, de Arabi en poco menos de media hora en Telel-Kebir. Al día siguiente ocuparon El Cairo; Arabi fue tomado prisionero y despachado a Ceilán. Según lord Rothschild, «estaba claro ahora que Gran Bretaña debía mantener la futura supremacía» en Egipto. Esa hegemonía nunca sería formalizada mediante una colonización directa. Tan pronto como ocuparon Egipto, los británicos empezaron a decir a las demás potencias que su presencia era solo temporal: una afirmación que fue repetida no menos de sesenta y seis veces entre 1882 y 1922. Formalmente, Egipto continuó siendo un país independiente, pero en la práctica, estaba controlado como «un protectorado encubierto» por Gran Bretaña, en que el jedive era otro títere principesco más y el

poder real estaba en manos del agente británico y el cónsul general.

La ocupación de Egipto abrió un nuevo capítulo en la historia imperial. De hecho, en muchos aspectos, señaló el inicio del reparto de África. Desde el punto de vista de las restantes potencias europeas (y la aquiescencia de Francia no duró mucho), estaba claro que debían actuar de inmediato y con celeridad, antes de que los británicos se apoderaran de todo el continente. Los británicos, por su parte, deseaban compartir el botín, siempre y cuando conservaran el control de los puntos estratégicos de El Cabo y El Cairo. Estaba a punto de comenzar la mayor partida de «monopoly» de la historia, y África era el tablero.

Como hemos visto, estos repartos no eran nada nuevo en la historia del imperialismo. Sin embargo, hasta ahora el futuro de África había sido preocupación exclusiva de Gran Bretaña, Francia y Portugal (fue la primera potencia europea en establecer colonias allí). Ahora, sin embargo, se habían incorporado tres nuevos jugadores a la mesa de juego: el reino de Bélgica (fundado en 1831), el reino de Italia (fundado en 1861) y el imperio alemán (fundado en 1871). El rey belga, Leopoldo II, había establecido su Asociación Internacional en 1876, patrocinando la exploración del Congo con el fin de conquistarlo y explotarlo económicamente. Los italianos fantaseaban con un nuevo imperio romano que se extendería por el Mediterráneo, identificando Trípoli (en la actual Libia) como su primer objetivo; después invadieron Abisinia, pero fueron derrotados ignominiosamente en Adowa en 1896, y tuvieron que contentarse con parte de Somalia. Los alemanes jugaron más sutilmente al comienzo.

El canciller alemán, Otto von Bismarck, fue realmente un genio político entre los estadistas del siglo XIX. Cuando Bismarck afirmó que su mapa de África era el mapa de Europa,[4] quería decir que veía África como una oportunidad de sembrar discordia entre Gran Bretaña y Francia, y de atraer a los votantes alemanes de sus opositores liberales y socialistas en Alemania. En abril de 1884 Bismarck proclamó un protectorado sobre la bahía de Angra Pequeña, hoy en Namibia. Después amplió las reclamaciones alemanas a todo el territorio que se extendía entre la frontera norte de la colonia de El Cabo y la frontera sur de la Angola portuguesa, añadiendo Camerún y Togo en la costa occidental africana, y finalmente Tanganica al otro lado del continente. Habiendo así demostrado que Alemania era un jugador más en África, Bismarck convocó una gran conferencia internacional sobre África, que se reunió en Berlín entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885.[5] Aparentemente, la Conferencia de Berlín tenía el fin de asegurar el comercio libre en África y en particular la libre navegación por los ríos Congo y Níger. Estas eran las cuestiones que ocupaban la mayor parte de las cláusulas del «acta general» final de la conferencia. También se mencionaban con la boca pequeña los ideales de emancipación de la época de Livingstone, que obligaba a todos los firmantes a:

> Cuidar la preservación de las tribus nativas, y la mejora de las condiciones de su bienestar moral y material y contribuir a suprimir la esclavitud, especialmente la trata de esclavos. Sin distinción de credo o nación, [los firmantes] protegerán y favorecerán todas las instituciones y empresas religiosas, científicas o caritativas creadas y organizadas para los fines señalados antes, o que busquen instruir a los nativos y otorgarles las bendiciones de la civilización. Los misioneros, científicos y exploradores cristianos, con sus acompañantes, propiedades y colecciones serán también objeto igualmente de una protección similar. La libertad de conciencia y la tolerancia religiosa se garantizan expresamente a los nativos, no menos que a los súbditos y a los extranjeros.

Pero el verdadero propósito de la conferencia era (como el programa inaugural dejó bien claro) «definir las condiciones en que las futuras anexiones territoriales en África podrían ser reconocidas». El eje del negocio se hallaba en el artículo 34, que rezaba lo siguiente:

> Cualquier potencia que de aquí en adelante tome posesión de un territorio en las costas del continente africano fuera de sus actuales posesiones, o que hasta ahora carezca de esas posesiones, las adquiera o asuma un protectorado […] deberá acompañar cualquier acto con una notificación del mismo, dirigido a las demás potencias firmantes de la presente acta, para permitirles protestar contra el mismo si existiera algún fundamento para hacerlo.

El artículo 35, a falta de mayor precisión, establecía vagamente «la obligación [de los firmantes] de asegurar el establecimiento de la autoridad en las regiones ocupadas por ellos en las costas del continente africano que fuera suficiente para proteger los derechos existentes». Los autores del acta para nada tenían en mente los «derechos existentes» de los gobernantes nativos y sus pueblos.

He aquí un verdadero pacto de ladrones: una licencia para la partición de África en «zonas de influencia» basada en la más que legítima «ocupación efectiva». La división del botín comenzó enseguida. Durante la conferencia se reconoció el derecho alemán a Camerún; también el de Leopoldo II al Congo. Sin embargo, la importancia de la conferencia fue más profunda aún. Además de partir el continente como una tarta, plasmó de manera brillante el objetivo principal de Bismarck de enemistar a Gran Bretaña y Francia. En la siguiente década, las dos potencias entraron en conflicto en varias ocasiones por Egipto, Nigeria, Uganda y Sudán. Para los políticos británicos, los exploradores franceses como Mizon y Marchand fueron uno de los incordios más grandes de la década de 1890, y dieron lugar a extraños enfrentamientos como el incidente de Fashoda de 1898, un contratiempo surrealista

en tierra de nadie de Sudán. En efecto, los británicos fueron doblemente engañados por el canciller alemán, pues su reacción inicial a su triunfo en Berlín fue darle todo lo que deseaba (o parecía desear) y con más motivo en África.

Poco después de concluir la Conferencia de Berlín, el cónsul británico en Zanzíbar recibió un telegrama del Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres. Le anunciaba que el emperador alemán había proclamado un protectorado en el territorio delimitado por los lagos Victoria, Tanganica y Nyasa, que había sido reclamado el año anterior por el explorador alemán Cari Peters de la Sociedad Alemana para la Colonización. El telegrama ordenaba de forma rotunda al cónsul que «cooperase con Alemania en todo». Debería «actuar con gran cautela»; no debería permitir que «ninguna comunicación de tono hostil se dirigiese a los agentes o representantes alemanes por parte de las autoridades de Zanzíbar». El cónsul británico en Zanzíbar era John Kirk, el botánico de la desventurada expedición de David Livingstone al Zambeze, que tras la muerte de éste había prometido continuar su labor para terminar con el tráfico de esclavos en África Oriental. La orden de cooperar con los alemanes lo dejó atónito. Durante años había trabajado por ganarse la confianza del soberano de Zanzíbar, el sultán Bargash, sobre la base de una oferta directa de que si el sultán prohibía el tráfico de esclavos, Kirk lo ayudaría a ampliar su dominio africano y lo enriquecería mediante el comercio legítimo. En efecto, el sultán había prohibido el comercio de esclavos en Zanzíbar en 1873 y, a cambio, Kirk había cumplido con su promesa. Hacia 1885, el imperio del sultán en el continente se extendía miles de kilómetros a lo largo de la costa oriental africana y en el interior, hasta los Grandes Lagos. Ahora un gobierno británico ansioso de calmar a Bismarck simplemente descartaba al sultán.

Kirk no tuvo más alternativa que obedecer las órdenes de Londres. «Aconsejé al sultán —replicó obedientemente— retirar su oposición al protectorado alemán y admitir sus pretensiones». Pero no hizo esfuerzos por ocultar su consternación: «Mi posición es muy difícil y delicada, y en poco tiempo creo que seré totalmente incapaz de inducir al sultán a ceder sin perder con ello más influencia sobre él». Como escribió indignado a un amigo suyo en Inglaterra:

> En mi opinión no cabe ninguna duda de que Alemania quiere absorber todo Zanzíbar, y si es así ¿por qué no lo dice? Veo […] una referencia preocupante a un acuerdo del que no sé nada entre Inglaterra y Alemania de que no vayamos en contra de los designios alemanes en esta región. De seguro que cuando esto se acordó, se definieron los planes de Alemania, y si fue así, ¿por qué no se me consultó? ¿Se trata de planes del gobierno o planes alemanes particulares? […] Se hace referencia a mis instrucciones, pero no me ha llegado ninguna instrucción referente a Alemania ni a la política alemana. Se me ha dejado seguir mi línea de acción antigua y aprobada […] sintetizada en el tratado y declaración que […] conseguí del sultán de que no tendría él que

ceder ninguno de sus derechos ni territorios o dar el protectorado de su reino o parte de él a ninguna persona sin el consentimiento de Inglaterra […] Nunca recibí órdenes de facilitar las cosas a Alemania, pero pronto vi cuál era mi situación, y actué con cautela y discreción (espero) […] Pero ¿por qué las potencias de la conferencia no invitaron a Su Alteza [el sultán, a Berlín] […]? Claramente lo ignoraron cuando se reunieron y hasta donde he oído nunca le dijeron a él lo que habían acordado.

Kirk sintió que se le pedía «comprometer sin haber incurrido en ninguna falta su buen nombre por los servicios pasados». Si ejercía presión sobre el sultán para que accediera a las exigencias alemanas, como Londres claramente esperaba que hiciera, el sultán lo expulsaría, y «tendré la culpa de lo que no tengo poder para impedir».

Detesto abandonar el último apoyo en tanto tengamos la oportunidad de recuperar siquiera en un pequeño grado lo perdido o salvar todavía una parte de lo que puede ser útil algún día en los muchos cambios que tendrán lugar antes de que el dominio esté finalmente establecido, pues este plan de colonización alemán es una farsa y no puede durar. O el país se hundirá como nunca, o Alemania tendrá que emplear sangre y dinero y hacer lo que nosotros hemos hecho en la India, un imperio. Le compensará hacerlo, pero no hay señales de que considere esto todavía. De modo que nos prometemos perder este protectorado bastante bueno y la libertad que tenemos bajo el sultán a cambio de un largo período de confusión en que toda mi obra será deshecha.

Sin embargo, la misma idea de que el sultán pudiera ser invitado a la Conferencia de Berlín, señalaba a Kirk como un hombre del pasado. El monopolio imperial era un juego que se jugaba según las reglas amorales de la *Realpolitik*, y el primer ministro británico, lord Salisbury, estaba tan dispuesto a jugar con estas reglas como Bismarck. El sultán, en cambio, era un soberano africano. No podía haber sitio en la mesa para él.

Corpulento, desaliñado, reaccionario y astuto, Salisbury mantenía una postura cínica respecto al imperialismo. Su definición del valor del imperio era sencilla: la operación de dividir «victorias [entre] impuestos». «El Búfalo» no tenía la menor paciencia con la «filantropía superficial» y la «hipocresía» de los «fanáticos» que defendían una expansión en África en su propio interés. Como Bismarck, las colonias solo interesaban a Salisbury por su valor como fichas en el tablero de la gran política de las potencias. Se mostraba abiertamente despectivo con la visión de Rhodes de ampliar el poder británico a lo largo de todo el continente africano. Dijo a sus colegas en julio de 1890 que

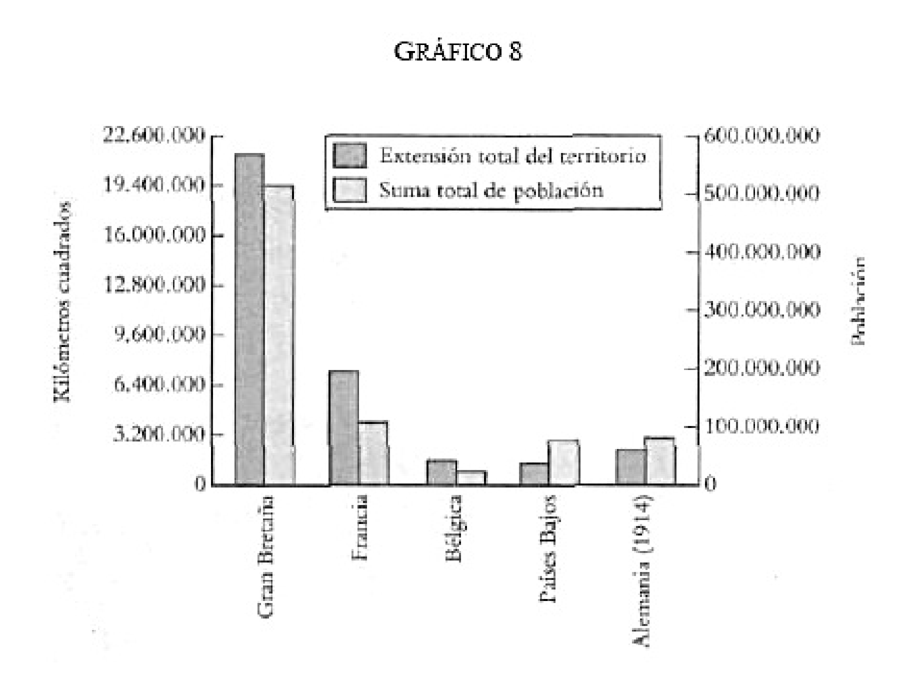
> [es] una idea curiosa […] que haya alguna ventaja especial en tener un territorio que se extienda desde Ciudad del Cabo hasta las fuentes del Nilo. Bien, este trozo de territorio al norte del lago Tanganica solo podía [ser] muy angosto […] no puedo imaginar ningún comercio en esa dirección […] Es un territorio impracticable, y que lleva solo a las posesiones portuguesas donde, hasta donde sé, durante los últimos treinta años no ha habido ningún flujo comercial demasiado fuerte ni entusiasta. Creo que el constante estudio de los mapas puede perturbar la capacidad de razonamiento de los hombres […] Pero si uno mira más allá de las consideraciones meramente comerciales a aquellas con un carácter estratégico, no puedo imaginar una posición más incómoda que la posesión de una estrecha franja de territorio en el corazón de África, a tres meses de distancia de la costa, que debería estar separando las fuerzas de un poderoso imperio como Alemania y […] otra potencia europea. Sin ninguna ventaja en dicha posición, nos expondríamos a todos los peligros inseparables de su defensa.

En otras palabras, solo valía la pena adquirir nuevo territorio si éste fortalecía la posición económica y estratégica de Gran Bretaña. Podría parecer bueno en el mapa, pero el eslabón que faltaba para completar la «ruta roja» de Rhodes desde El Cabo hasta El Cairo no resistía el examen. En cuanto a los que vivían en África, su suerte no interesaba en lo más mínimo a Salisbury. «Si nuestros antepasados se hubieran preocupado por los derechos de otros pueblos —les recordó a sus colegas en el gabinete en 1878—, el imperio británico no habría existido». El sultán Bargash descubriría pronto las consecuencias de este precepto.

En agosto de 1885, Bismarck envió cuatro buques de guerra a Zanzíbar y exigió al sultán que entregara su imperio a Alemania. Cuando se marchó un mes después, los territorios habían sido divididos claramente entre Alemania y Gran Bretaña, dejando al sultán solo con una franja en el litoral. No fue el único perdedor: la obra de John Kirk se perdió, pues los alemanes le pidieron y obtuvieron su renuncia. Tampoco a los alemanes Zanzíbar les preocupaba un ardite. Apenas dos años después, en julio de 1890, el sucesor de Bismarck reconoció el protectorado británico sobre este país, a cambio de la isla de Heligoland, en la costa alemana del mar del Norte. En realidad se jugaba al «monopoly» a escala global.

En toda África se repitió la misma historia: jefes engañados, tribus despojadas, legados suscritos con una huella dactilar o una cruz temblorosa, y la liquidación de cualquier resistencia con la ametralladora Maxim. Una por una fueron subyugadas las naciones de África: los zulúes, los matabele, los mashonas, los reinos de Níger, el principado islámico de Kano, los dinkas y los masáis, los musulmanes sudaneses, Benín y Bechuana. Hacia comienzos del nuevo siglo, el reparto estaba completado. Los británicos habían hecho realidad todo excepto la visión de Rhodes de una posesión ininterrumpida desde El Cabo hasta El Cairo: su imperio africano se

extendía desde la colonia de El Cabo, pasando por Natal, Bechuanalandia (Botswana), Rhodesia del Sur (Zimbabwe), Rhodesia del Norte (Zambia), y Nyasalandia (Malawi); y hacia el sur desde Egipto, pasando por Sudán, Uganda y África Oriental (Kenia). África Oriental alemana era el único eslabón que faltaba a la cadena que deseaba Rhodes; además, como hemos visto, los alemanes tenían África del Sudoeste (Namibia), Camerún y Togo. Es cierto, Gran Bretaña también había adquirido Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro (Ghana) y Nigeria en África Occidental, así como el norte de Somalilandia (Somalia). Pero las colonias occidentales africanas eran islas en un mar francés. Desde Túnez a Argelia en el norte, hasta Mauritania, Senegal, el Sudán francés, Guinea, Costa de Marfil, Alto Volta, Dahomey, Níger, Chad, el Congo francés y Gabón, la parte más grande de África Occidental, estaba en manos francesas; su única posesión al este era la isla de Madagascar. Además de Mozambique y Angola, Portugal retuvo el enclave en Guinea. Italia adquirió Libia, Eritrea y la mayor parte de Somalilandia. Bélgica —o más exactamente el rey belga— poseía el vasto territorio central del Congo. Y España tenía Río de Oro (hoy al sur de Marruecos).

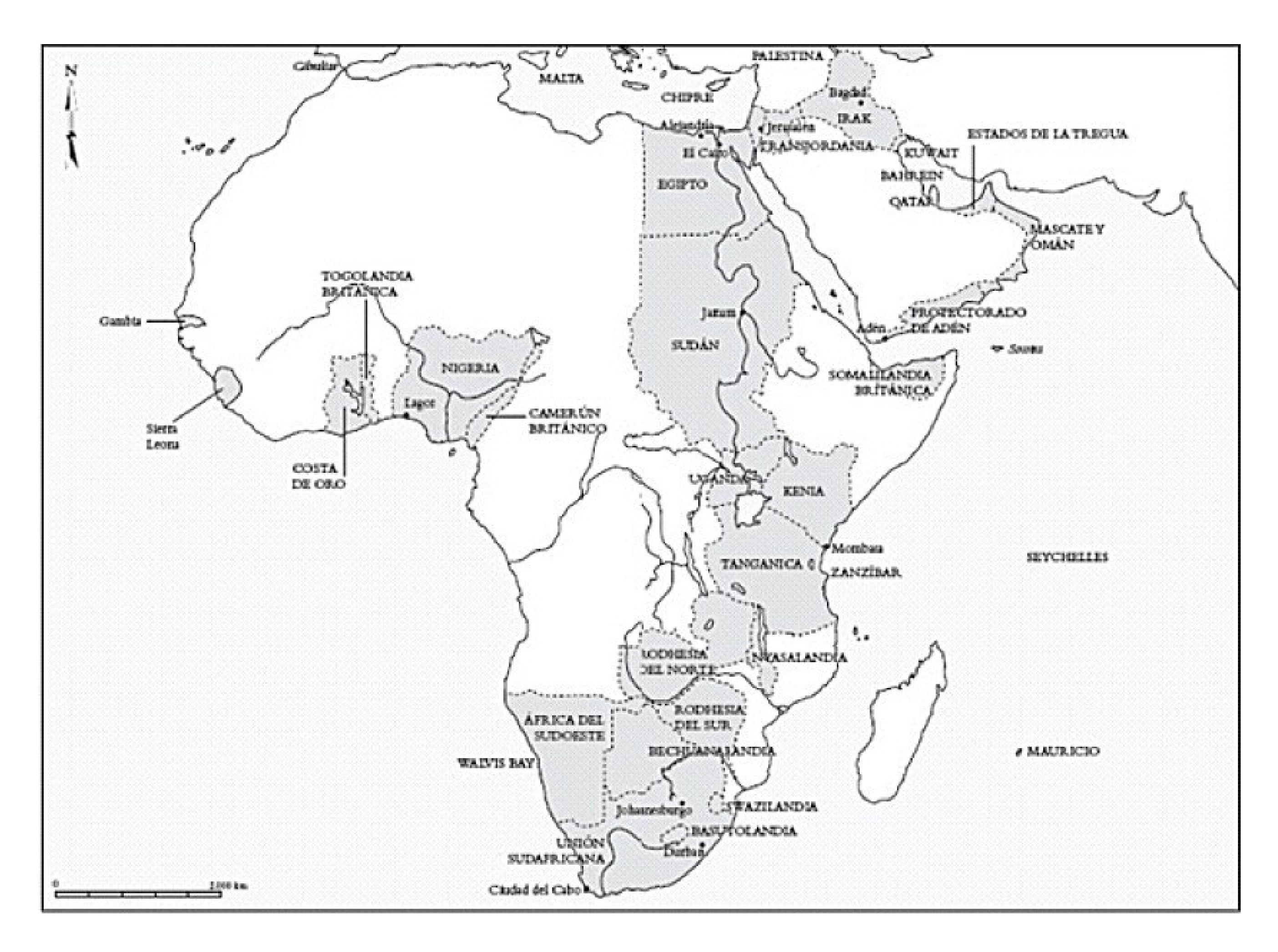


Los imperios europeos: territorio y población, hacia 1939.

UNA GRAN BRETAÑA AMPLIADA

En 1897, el año de su septuagésimo quinto aniversario, la reina Victoria reinaba cual olímpica en la cima del imperio más vasto de la historia del mundo. Las cifras eran asombrosas. En 1860, el imperio británico tenía una extensión territorial de unos 15,2 millones de kilómetros cuadrados; hacia 1909 llegó a 20,5 millones. El imperio británico abarcaba ahora casi una cuarta parte de la superficie terrestre, tres veces el

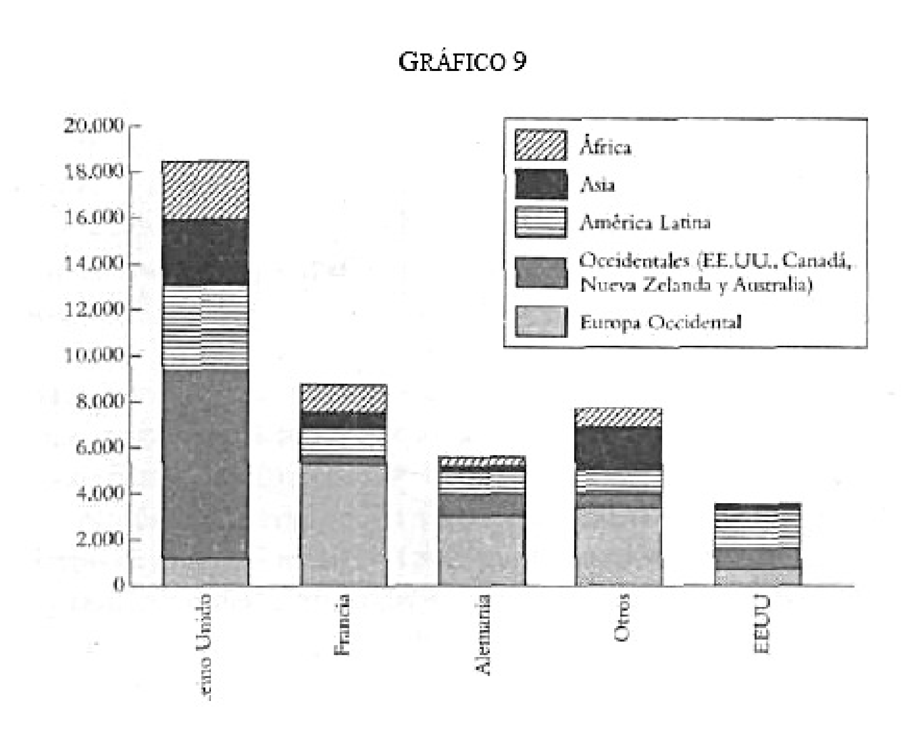
tamaño del imperio francés, y diez veces el del imperio alemán, y controlaba aproximadamente la misma proporción de población mundial: unos cuatrocientos cuarenta y cuatro millones de personas vivían bajo alguna de las formas de dominio británico. Gran Bretaña no solo había dirigido el reparto de África sino que había estado a la vanguardia del reparto de Extremo Oriente, engullendo el norte de Borneo, Malasia y una parte de Nueva Guinea, por no mencionar una cadena de islas del Pacífico: Fidji (1874), las Cook (1880), Nuevas Hébridas (1887), las Phoenix, Gilbert y Ellice (1892) y las islas Salomón (1893).[6] Según la *St. James's Gazette*, la reina emperatriz tenía dominio sobre «un continente, cien penínsulas, quinientos promontorios, mil lagos, dos mil ríos y diez mil islas». Se imprimió un sello de correos que mostraba un mapa del mundo con la siguiente leyenda: «Tenemos el imperio más grande que nunca ha existido». Los mapas con su territorio coloreado de un rojo llamativo colgaban en las escuelas en todo el país. No es de extrañar que los británicos comenzaran a creer que tenían el derecho divino a dominar el mundo. Como el periodista J. L. Garvín dijo en 1905, era «una amplitud y magnificencia de dominios más allá de lo natural».



6. Zonas de África y Oriente Próximo bajo el dominio británico, alrededor de 1939.

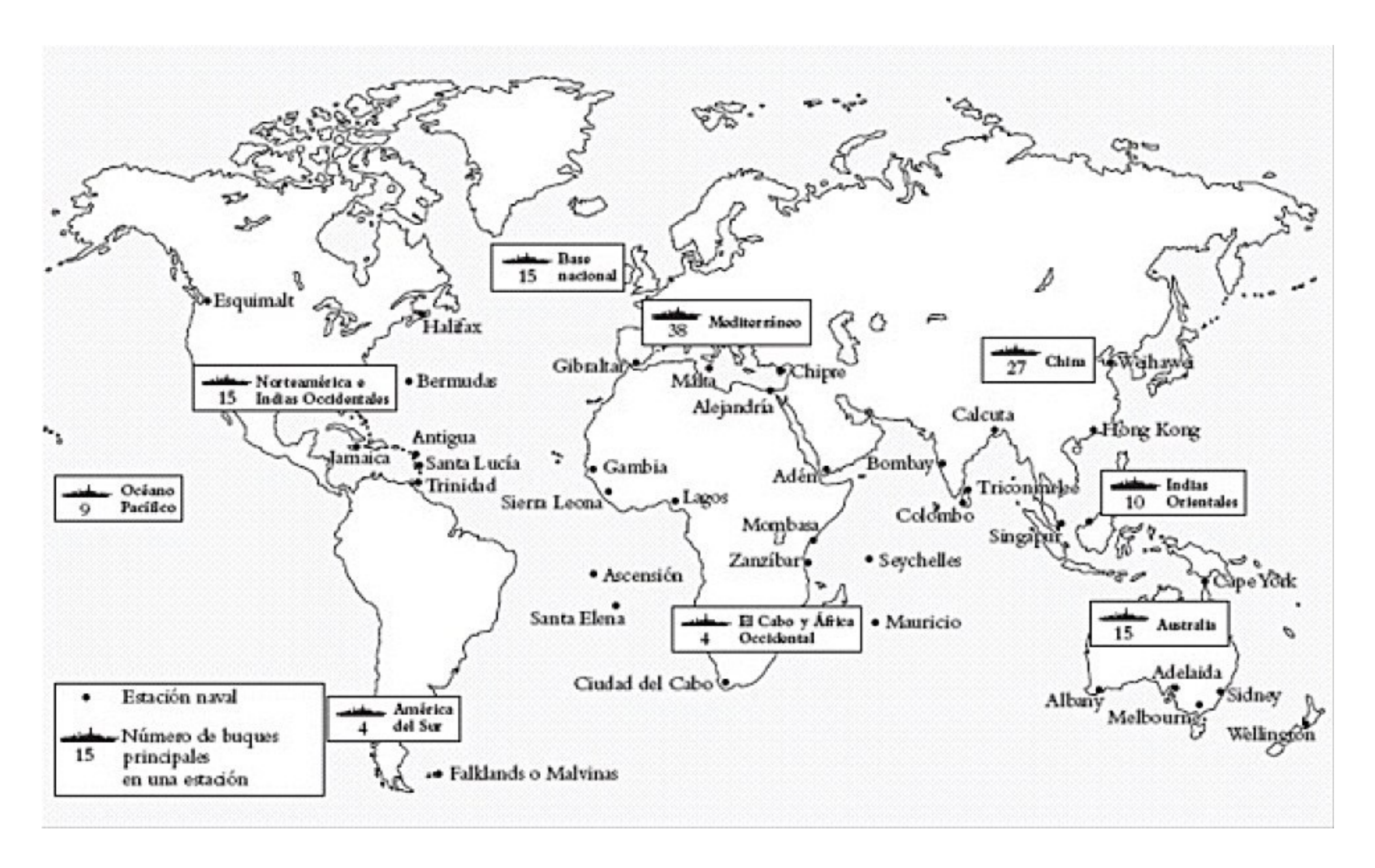
La extensión del imperio de Gran Bretaña podía verse no solo en los atlas y

censos mundiales. Gran Bretaña era también el banquero del mundo que invertía inmensas sumas por todo el planeta. Hacia 1914 el valor bruto nominal del capital invertido por Gran Bretaña en ultramar era de tres mil ochocientos millones de libras esterlinas, entre dos quintas partes y la mitad de todos los activos en propiedad de extranjeros. Era más del doble de las inversiones francesas en el extranjero y más de tres veces la cifra correspondiente a Alemania. Ninguna otra economía importante antes o desde entonces ha tenido una proporción tan grande de sus activos en ultramar. Entre 1870 y 1913, los flujos de capital tuvieron un promedio que rondaba el 4,5 por ciento del producto interior bruto, el cual subió cerca del 7 por ciento en las crestas más altas del ciclo: 1872,1890 y 1913. Había más capital británico bursátil invertido en América que en Gran Bretaña. Además, estos flujos estaban más dispersos geográficamente que los de otras economías europeas. Solo cerca del 6 por ciento de las inversiones británicas en el extranjero se situaban en Europa Occidental. Cerca del 45 por ciento estaba situada en Estados Unidos y en las colonias «blancas». Una quinta parte estaba situada en América Latina; el 16 por ciento en Asia, y el 13 por ciento en África. Es cierto que solo mil ochocientos millones estaban invertidos realmente en las colonias británicas, y que la mayor parte de esta cantidad estaba invertida en las colonias más antiguas; la inversión en las nuevas adquisiciones africanas era muy reducida, pero la importancia del imperio estaba creciendo. De promedio atrajo cerca del 38 por ciento de las inversiones en cartera entre 1865 y 1914, pero hacia la década de 1890 esta proporción se elevó al 44 por ciento. Igualmente, la cuota del imperio en el total de exportaciones británicas estaba en alza, subiendo de entre un cuarto y un tercio a casi dos quintos en 1902.



Inversión total en el extranjero en 1914; procedencia y destino (millones de dólares).

En cualquier caso, no todo el imperio británico estaba formalmente bajo el dominio británico; de hecho, los mapas subestiman el alcance del imperio. Las inmensas sumas de capital invertidas en América Latina, por ejemplo, dotaron a Gran Bretaña de tanta influencia, especialmente en Argentina y Brasil, que parece bastante legítimo hablar de «imperialismo informal» en esos países. Por supuesto podría objetarse que a los inversores británicos no les correspondía invertir en Buenos Aires y Río de Janeiro cuando deberían haber estado modernizando las industrias de las islas británicas. Pero el rendimiento previsto para la inversión en ultramar era generalmente más alto que para la manufactura nacional. En cualquier caso, no era un juego de todo o nada. Las nuevas inversiones en el exterior pronto se sostuvieron por sí solas, ya que las ganancias de los activos existentes en el extranjero superaron de forma constante el valor de las nuevas fugas de capital: entre 1870 y 1913 el total de las ganancias en el exterior llegó al 5,3 por ciento anual del PIB. Tampoco existe ningún indicio claro de que la industria británica sufriera por falta de capital antes de 1914.



7. Estaciones navales británicas imperiales, alrededor de 1898.

No fue solo mediante la inversión como los británicos extendieron su imperio informal. Las negociaciones comerciales también llevaron a grandes sectores de la economía mundial a aceptar el comercio libre; prueba de ello son los tratados de comercio con países latinoamericanos, Turquía, Marruecos, Siam, Japón y las islas de los mares del Sur. Hacia finales del siglo XIX, alrededor del 60 por ciento del comercio británico se establecía con países de fuera de Europa. El comercio libre con

el mundo en desarrollo convenía a Gran Bretaña. Con las grandes ganancias de la inversión en el exterior, sin olvidar otras «invisibles», como las procedentes de los seguros y la navegación, podía permitirse importar mucho más de lo que exportaba. En cualquier caso, los términos de intercambio (la relación entre los precios de los bienes exportados y los importados) cambiaron en casi el 10 por ciento a favor de Gran Bretaña entre 1870 y 1914.

Gran Bretaña también fijó el patrón del sistema monetario internacional. En 1868, solo Gran Bretaña y una serie de países dependientes de ella (Portugal, Egipto, Canadá, Chile y Australia) adoptaron el patrón oro (que fijaba el valor del papel moneda del país en oro y obligaba al banco central a convertir los billetes en oro a la vista). Francia y otros miembros de la Unión Monetaria Latina, así como Rusia, Persia y algunos países latinoamericanos, tenían el sistema bimetálico (oro y plata), mientras que la mayor parte del mundo empleaba el patrón plata. Hacia 1908, sin embargo, solo China, Persia y unos cuantos países centroamericanos todavía seguían con el patrón plata. El patrón oro se había convertido efectivamente en el sistema monetario global. En todo, excepto en el nombre, era el patrón de la libra esterlina.

Quizá lo más notable de todo era que resultaba muy barato defenderlo. En 1898 había noventa y nueve mil soldados regulares estacionados en Gran Bretaña, setenta y cinco mil en la India, y cuarenta y un mil en otras partes del imperio. La armada necesitaba otros cien mil hombres, y el ejército nativo indio tenía 148.000 hombres. Había barracas y estaciones de carbón navales (treinta y cinco en total) dispersas por todo el mundo. Sin embargo, el presupuesto total de defensa para ese año era poco más de cuarenta millones de libras esterlinas: apenas el 2,5 por ciento de todo el producto interior bruto, lo cual no supera en mucho el peso relativo del presupuesto de defensa en Gran Bretaña actual, y era mucho menor que el porcentaje equivalente gastado en los militares durante la guerra fría. Tampoco el coste subió de forma desorbitante cuando Gran Bretaña modernizó audazmente toda su flota construyendo el primer acorazado con cañones de doce pulgadas y revolucionarias turbinas, un navío tan avanzado que dejó obsoletos a todos los demás buques de guerra cuando fue botado. Entre 1906 y 1913, Gran Bretaña pudo construir veintisiete fortalezas flotantes por cuarenta y nueve millones de libras, una suma muy inferior al interés anual pagado por la deuda interna. Así pues, se trataba de una hegemonía mundial barata.

Sin embargo, los británicos conocían demasiado la historia antigua para sentir complacencia con su posición hegemónica. Incluso en el apogeo de su poder pensaban, o Kipling les recordaba, el destino de Nínive y Tiro. Había muchos que avizoraban inquietos la decadencia y caída de su propio imperio, como la de todos los imperios anteriores. Matthew Arnold había descrito Gran Bretaña como «el cansado Titán de sordas / orejas, y ojos débiles […] Tambaleándose hacia su meta / lleva en

sus inmensos hombros / como un atlante el peso / casi insoportable de la esfera demasiado vasta de su destino». Pero ¿podía el Titán ser reanimado de algún modo? ¿Podía detenerse el inevitable desvanecimiento de su poder antes de que tropezara y cayera? Había un hombre que pensaba que sí que se podía.

John Robert Seeley era hijo de un editor evangélico en cuyo despacho la Sociedad Misionera de la Iglesia anglicana realizaba sus reuniones. Era un estudioso de los clásicos de éxito moderado, que se había hecho famoso en 1865 con *Ecce homo*, texto en que explicaba]a historia de la vida de Cristo con un escrupuloso descuido de lo sobrenatural. Cuatro años después obtuvo la cátedra de historia contemporánea en Cambridge, donde se dedicó a investigar la historia diplomática y la biografía del reformador prusiano del siglo XIX Stein. Después en 1883, de modo bastante sorprendente, Seeley publicó un libro de mucha difusión, *The Expansion of England*. En solo dos años vendió más de ochenta mil ejemplares y siguió siendo publicado hasta 1956.

The Expansion, de Seeley, se proponía relatar la historia del imperio británico desde 1688 hasta 1815. Todavía se le recuerda por su memorable caracterización del carácter no planificado del imperio dieciochesco: «Parece […] que hemos conquistado y poblado la mitad del mundo en un momento de distracción». Pero al público lo que le fascinó fue el mensaje político contemporáneo. Seeley reconocía la amplia extensión del imperio británico, pero vaticinaba una decadencia inminente si Gran Bretaña proseguía con su actitud despreocupada hacia el imperialismo:

> Si Estados Unidos y Rusia se mantienen unidos por otros cincuenta años, al cabo de ese tiempo empequeñecerán totalmente a viejos estados europeos como Francia y Alemania, y quedarán relegados a países de segunda categoría. Harán lo mismo con Gran Bretaña, si a finales de ese tiempo Gran Bretaña todavía sigue concibiéndose como un simple estado europeo.

Seeley insistía en que era hora de dejar el imperio improvisado e incoherente del pasado. Gran Bretaña debía sacar ventaja de dos hechos ineludibles: en primer lugar, los súbditos británicos en las colonias pronto superarían en número a los de las islas británicas; en segundo lugar, la tecnología del telégrafo y la navegación a vapor hacía posible unificarlos como nunca antes se había hecho. Solo estrechando los lazos entre esta Gran Bretaña más grande podía el imperio tener posibilidades de competir con las superpotencias del futuro.

Seeley mismo no era ningún constructor de imperio. Nunca había salido de Europa; en realidad, la idea del libro se le ocurrió cuando estaba de vacaciones en Suiza. Acosado por el insomnio y una esposa gruñona, su nombre era sinónimo en Cambridge de la pomposidad pedantesca: afectaba «un porte casi excesivamente grave», como dijo uno de sus contemporáneos. Pero su llamamiento a fortalecer los vínculos entre Gran Bretaña y las colonias «blancas» y de habla inglesa, era música

para los oídos de una nueva generación de imperialistas. Tales ideales se respiraban en el aire. En 1886, después de una visita a Australia, el historiador J. A. Froude publicó *Oceana, or England and her Colonies*. Cuatro años después el político liberal sir Charles Dilke, cuya carrera quedó arruinada por un divorcio complicado, publicó *Problems of Greater Britain*. «Greater Britain» (Gran Bretaña ampliada) era quizá la expresión más sintética de lo que estos escritores tenían en mente. Como dijo Dilke, el objetivo era que «Canadá y Australia fueran para los británicos como Kent y Cornwall». Cuando tales nociones contaron con el apoyo de una destacada personalidad en las altas esferas, el resultado fue un profundo cambio en la política del gobierno hacia el imperio.

Joseph Chamberlain fue el primer político imperialista auténticamente consciente del poder de Gran Bretaña. Había sido un fabricante de Birmingham que había hecho fortuna con la manufactura de tornillos. Logró medrar en las filas del Partido Liberal a través de la National Education League y el gobierno local para acabar peleando con Gladstone sobre la cuestión del autogobierno irlandés y gravitó (como «unionista liberal» que era) hacia el conservadurismo. Los *tories* nunca lo comprendieron realmente. ¿Qué se espera que haga uno con un hombre que juega al tenis llevando «una levita abotonada hasta el cuello y un sombrero de copa»? Pero tenían pocas armas mejores contra los liberales, particularmente cuando el unionismo liberal de Chamberlain evolucionó rápidamente hacia un liberalismo imperial. Chamberlain leyó *The Expansion of England* de Seeley con avidez; en efecto, después aseguró que fue la razón por la que envió a su hijo Austen a Cambridge. Cuando supo que Froude visitaba Ciudad del Cabo, escribió: «Dígales en mi nombre que encontrarán el partido radical mucho más imperial que el *tory* más recalcitrante».

En agosto de 1887, para poner a prueba al extravagante desertor, Salisbury invitó a Chamberlain a cruzar el Atlántico a que intentara negociar un acuerdo entre Estados Unidos y Canadá, que estaban disputándose los derechos de pesca en el golfo de San Lorenzo. El viaje abrió los ojos de Chamberlain. Descubrió que, en términos de ingreso per cápita, los canadienses consumían cinco veces más productos británicos que los estadounidenses; sin embargo, había muchos canadienses prominentes que consideraban seriamente una unión comercial con Estados Unidos. Incluso antes de llegar a Canadá, Chamberlain lanzó un ataque contra esta idea declarando: «La unión comercial con Estados Unidos significa el libre comercio entre éste y el dominio del Canadá,[7] y un arancel proteccionista que iría contra la madre patria. Si Canadá lo desea, así se hará; pero Canadá debe hacerlo sabiendo perfectamente que esto significa la separación política de Gran Bretaña». En Toronto, Chamberlain procuró contrarrestar la desviación canadiense con un apasionado llamamiento a «la grandeza e importancia de la distinción reservada a la raza anglosajona, esa raza orgullosa, persistente, segura y resuelta que ningún cambio de clima o de condiciones puede alterar…».

La pregunta que Chamberlain hacía era si «los intereses de la verdadera

democracia» residían en «la desintegración del imperio» o en «la unión estrecha de razas hermanas con objetivos similares». La clave, sugería, estaba «en resolver el gran problema del gobierno federal», algo que los canadienses habían conseguido para su propio país pero que ahora debería ser realizado para el imperio en su conjunto. Sin embargo, aunque la federación imperial era un sueño, llegó a la conclusión de que era «una gran idea que estimula el patriotismo y la noción de Estado de todo hombre que ama su patria; y sea que esté destinada o no a una realización perfecta, al menos nos permite […] hacer todo lo que está en nuestra mano para promoverla». Al volver a Gran Bretaña, proclamó fervientemente su nueva fe en «los vínculos entre las distintas ramas de la raza anglosajona que forman el imperio británico».

Chamberlain había deseado durante cierto tiempo ser «ministro de las Colonias». En junio de 1895, sorprendió a Salisbury al no aceptar el Ministerio del Interior ni el de Hacienda para asumir el Ministerio de las Colonias. Como ministro de las Colonias afirmó repetidamente su «creencia» en «el amplio patriotismo […] que encierra toda la Gran Bretaña imperial». Solo si el imperio permanecía estancado sería sobrepasado; la federación imperial era el camino hacia delante, incluso si eso implicaba compromisos por parte tanto de la metrópoli como de la colonia. «El imperio británico —declaró en 1902— se basa en una comunidad de sacrificio. Cuando se pierde esto de vista, entonces, pienso que efectivamente podemos esperar hundirnos en el olvido como los imperios del pasado, que […] después de haber dado al mundo pruebas de su poder y su fuerza, desaparecieron sin que nadie lo lamentara, y dejando tras de sí solo un recuerdo de su egoísmo».

Chamberlain no era el único político de la época que se adhería al ideal de una Gran Bretaña ampliada. Un creyente casi tan ferviente fue Alfred Milner, cuyo centro de jóvenes seguidores en Sudáfrica (después reconstituido en Londres como la Mesa Redonda) casi llegó a realizar el sueño de Rhodes de una orden jesuita imperial. «Si soy también un imperialista —declaró Milner— es porque el destino de la raza inglesa, debido a su posición insular y su larga supremacía en los mares, ha sido echar nuevas raíces en los confines del mundo. Mi patriotismo no conoce límites geográficos sino raciales. Me considero un imperialista y no un inglesito porque soy un patriota de raza británica. No es el suelo de Inglaterra […] lo esencial para suscitar mi patriotismo, sino la lengua, las tradiciones, el legado espiritual, los principios, las aspiraciones de la raza británica…» Este tipo de retórica resultaba contagioso, especialmente (hay que añadir) para los recién llegados, como Chamberlain y Milner, que no siempre encontraban fácil compartir los escaños con los complacientes vástagos de la aristocracia.[8]

Desde luego, todo esto presuponía una presteza por parte de los dominios para redefinir su relación con la metrópoli, una relación que la mayoría de ellos, si lo pensaban, preferían dejarla sobre la base de una vaga delegación que había surgido del informe de Durham. Las colonias «blancas» no carecían de entusiasmo por la idea

de una Gran Bretaña ampliada. En efecto, fueron más rápidos que los británicos de las islas en adoptar la sugerencia del conde de Meath de celebrar un día del imperio el día del aniversario de la reina (24 de mayo), que se convirtió en fiesta oficial en Canadá en 1901, en Australia en 1905, en Nueva Zelanda y Sudáfrica en 1910, y más tardíamente, en 1916, en la metrópoli. Pero había una diferencia entre el simbolismo y la reducción de la autonomía implicada en la idea de una federación imperial. Esencialmente, tal como estaban las cosas, los canadienses tenían facultades para imponer aranceles proteccionistas sobre los productos británicos, y desde 1879 lo hicieron, ejemplo que siguieron Australia y Nueva Zelanda; era muy improbable que esto ocurriera en un imperio federal. Otro vacío notorio en el argumento federalista era que la India, cuyo papel en una Gran Bretaña ampliada con una población predominantemente blanca, estaba lejos de ser claro.[9] Pero el mayor vacío lo constituía Irlanda.

Irlanda, la primera de todas las colonias, fue la última en obtener lo que las otras colonias «blancas» hacia la década de 1880 daban por sentado: un gobierno responsable. Había tres razones para esto. La primera era que la mayoría de los irlandeses, aunque de impecable piel blanca, eran católicos, y, a los ojos de muchos ingleses, tan inferior racialmente como si hubieran sido de color carbón. La segunda era que una minoría —particularmente los descendientes de los que se habían asentado en la isla en el siglo XVII— prefería el arreglo establecido por la ley de unión de 1800, por el cual Irlanda era directamente gobernada desde Westminster como parte integral del Reino Unido. La tercera y, finalmente, la razón decisiva era que permitir que Irlanda tuviera su propio Parlamento, como lo había tenido antes de 1800, y como otras colonias blancas lo tenían, habría debilitado en cierta medida la integridad del imperio en su conjunto. Debido sobre todo a esto, los intentos de Gladstone de otorgar a Irlanda el autogobierno fracasaron.

Había por supuesto nacionalistas irlandeses radicales que nunca habrían estado satisfechos con la muy modesta transferencia de poder que Gladstone preveía en sus dos leyes de autogobierno de 1885 y 1893. La Hermandad de los Fenianos había intentado realizar un levantamiento en 1867; aunque fracasó, todavía pudo organizar una campaña con bombas en la isla. En 1882 un grupo escindido de los fenianos, llamado los Invencibles, asesinó a lord Frederick Cavendish, secretario de Estado para Irlanda, y Thomas Henry Burke, su subsecretario, en Phoenix Park. Que los irlandeses recurrieran a tal violencia contra el dominio británico, no es sorprendente. Sin lugar a dudas, el dominio directo desde Westminster había agravado la desastrosa hambruna de mediados de la década de 1840, en la que más de medio millón de personas murieron de hambre y enfermedades. La *phytophthora infestans* echó a perder las patatas, pero la política dogmática del *laissez-faire* convirtió la mala cosecha en una hambruna general. Sin embargo, los partidarios de la violencia eran una pequeña minoría. La mayoría de los partidarios del autogobierno —hombres como el fundador de la Home Government Association, Isaac Butt— no aspiraban a

nada más que al grado de transferencias entonces disfrutado por canadienses y australianos.[10] Butt, junto con el líder más carismático del movimiento, Charles Stewart Parnell, no solo eran anglicanizados en su lengua y cultura, sino también buenos protestantes. Si Parnell no hubiera sido desprestigiado por el escándalo de su relación con Kitty O'Shea, habría sido un perfecto primer ministro de las Colonias: sin duda, tan defensor de los intereses de Irlanda como los de Canadá, sin duda pero difícilmente un rompehielos del «dominio de Roma».[11]

La derrota de ambas leyes de autogobierno marcaron un retorno para los unionistas liberales como para los seguidores de las políticas de la década de 1770, cuando sus homólogos en el Parlamento se habían negado obstinadamente a la transferencia a los colonos norteamericanos. La pregunta que su posición daba por sentada era obvia: ¿cómo podía realizarse una ampliación de Gran Bretaña si no podía siquiera otorgar a Irlanda, la primera de todas las colonias, su propio Parlamento? Esta era la contradicción entre el unionismo y el nuevo imperialismo «constructivo» que Chamberlain y sus asociados parecían no ver. Es cierto que Chamberlain contempló la idea de dar a las islas británicas una constitución federal semejante a la de Estados Unidos, permitiendo que Irlanda, Escocia y Gales tuvieran sus propias legislaturas por separado; pero es difícil creer que se tomara estos planes en serio. De hecho, dada la relativa ignorancia de Chamberlain sobre Irlanda, es muy probable que su deseo de no dar cabida al autogobierno se debiera principalmente a que Gladstone lo hubiera defendido. La creencia fundamental de los unionistas era, según el disidente *tory* lord Randolph Churchill, que el autogobierno de Irlanda «hundiría un cuchillo en el corazón del imperio británico». En realidad, fue la posposición del autogobierno hasta 1914 lo que hundió un cuchillo en el corazón de Irlanda, ya que para entonces la oposición unionista en Ulster se había fortalecido hasta llegar a la resistencia armada.

Aun así, nada de esto disminuyó el atractivo de una Gran Bretaña ampliada dentro de la propia Gran Bretaña. Era parcialmente cuestión de atender los estrechos intereses económicos de los votantes. Para Chamberlain, ex industrial, el imperio significaba sobre todo la apertura de mercados de exportación y puestos de trabajo. En esto se le había anticipado en cierta medida Salisbury, que había pedido una audiencia en Limehouse en 1889 para «figurarse lo que Londres sería sin el imperio… un haz de multitudes, sin empleo, sin vida industrial, hundiéndose en la miseria y la decadencia». Pero Chamberlain llevó esta racionalización económica más allá. Como dijo a la Cámara de Comercio de Birmingham en 1896:

> El Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de las Colonias están principalmente dedicados a encontrar nuevos mercados y a defender los antiguos. El Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo están principalmente ocupados en hacer preparativos para la defensa de esos mercados, y la protección de nuestro comercio […] Por tanto, no es exagerado decir que el

> comercio es el mayor de todos los intereses políticos, y que el gobierno que merece más la aprobación popular es aquel que hace más para incrementar nuestro comercio y establecerlo sobre una base firme.

Era evidente para Chamberlain que «una gran parte de nuestra población depende […] del intercambio de productos con nuestros súbditos coloniales». *Ergo*, todos debían ser imperialistas.

¿Era en realidad el imperio económicamente beneficioso para los votantes británicos? No era obvio que lo fuera. La mayoría de las personas, cuyos ahorros (si los tenían) se invertían por lo general en bonos del gobierno británico, a través de cajas de ahorros y otros intermediarios financieros, no disfrutaban de las ganancias de la inversión en ultramar. Asimismo, los costes de la defensa imperial, aunque no demasiado elevados, los asumían principalmente los contribuyentes británicos, y no los de las colonias blancas. Así pues, se puede sostener que los principales beneficiarios del imperio en ese momento fueron los súbditos británicos que emigraron a los dominios, los cuales, como hemos visto, fueron muchos. Cerca de dos millones y medio de ciudadanos británicos emigraron al imperio entre 1900 y 1914, tres cuartos de ellos a Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En la mayoría de los casos, la emigración aumentó sustancialmente los ingresos y redujo la carga fiscal.

Sin embargo, para que fuera popular el imperialismo, no era preciso que diera beneficios; a muchos les bastaba con que fuera emocionante.

En total, hubo setenta y dos campañas militares británicas distintas durante el reinado de la reina Victoria, la llamada *pax britannica*, es decir, más de una al año. A diferencia de lo que ocurrió en el siglo XX, estos conflictos involucraban relativamente a pocas personas. Las fuerzas armadas británicas durante el reinado de la reina Victoria representaban el 0,8 por ciento de la población, y los soldados provenían en distinta proporción de la periferia céltica o de los sectores urbanos marginados. Sin embargo, los que vivían más apartados de la primera línea imperial, ajenos a los disparos, a no ser contra las aves silvestres, se mostraban ansiosos de vivir sus propias gestas militares. La importancia del imperio como fuente de fruición, de pura gratificación psicológica no puede exagerarse.

Ningún medio estaba a salvo. De la pluma de G. A. Henty —que de Westminster, Gonville y Caius pasó a Crimea y Magdala— brotaban innumerables novelas con títulos como *By Sheer Pluck* y *For Name or Fame*. Henty, pese a ser un escritor mediocre de novela histórica, cuyas obras, de temática imperialista, se inspiraban en campañas militares relativamente recientes: *With Clive in India* (1884), *With Buller in Natal* (1901) y *With Kitchener in the Soudan* (1903), gozó de gran popularidad; en total el número de ventas de las novelas de Henty llegó a los veinticinco millones de ejemplares en la década de 1950. El torrente de versos inspirados en el imperio era

igual de caudaloso. Desde el talento de Tennyson hasta los clichés de Alfred Austin y W. E. Henley, esta época se caracterizó por su «dicción pomposa»: uno de cada dos se declaraba poeta, a la búsqueda de la rima con «Victoria», sin caer en el tópico de «gloria».

La iconografía imperial no era menos ubicua, desde las batallas romantizadas plasmadas en el lienzo por lady Butler y exhibidas en nuevos museos grandiosos, hasta la ramplonería imperial que anunciaba artículos de consumo cotidiano. A los fabricantes del jabón Pears les agradaba especialmente este motivo imperial:

El primer paso para aligerar
La carga del hombre blanco
es enseñar las virtudes del aseo.
Jabón Pears
es un factor poderoso que ilumina los oscuros rincones
de la tierra a medida que la
civilización avanza a la vez que ocupa
el lugar más elevado entre las culturas de todas
las naciones, es el jabón ideal para el aseo diario.

Este admirable producto era también, así se le decía al público, la «fórmula de la conquista británica»; su llegada a los trópicos había marcado «el nacimiento de la civilización». Otros anunciantes adoptaron la misma idea. Las píldoras azucaradas Parkinson eran «una gran posesión británica». La ruta tomada por lord Roberts desde Kimberley hasta Bloemfontein durante la guerra de los bóers supuestamente se deletreaba «Bovril». «Vamos a usar la lejía "Chlorinol" y ser como el negro De Blanco», decía una campaña publicitaria antes de 1914.

El imperio también proporcionaba temas para el teatro de variedades, considerado muchas veces como la institución más importante para promover el jingoísmo. En efecto, la palabra fue inventada por el compositor de canciones G. W. Hunt, cuya canción «By Jingo» fue cantada durante la crisis en Oriente de 1877-1879 por el artista G. H. Macdermott. Había variaciones infinitas del tema del heroico Tommy (soldado raso). Basta con una estrofa como ejemplo:

Y sea que esté en la playa coral de la India,
o derramando sangre en el Sudán,
para mantener nuestra bandera ondeando,
es un soldado y un hombre por los cuatro costados.

El vínculo entre este tipo de diversión y el que ofrecían las grandes exposiciones imperiales del período era estrecho. Hacia la década de 1880,1o que antes había sido una propuesta internacional y educativa (el prototipo era la Gran Exposición del

príncipe Alberto de 1851) se estaba volviendo un montaje de entretenimiento de carácter más imperial. En concreto, los espectáculos del empresario Imre Kiralfy —«Imperio de la India» (1985), «Super Gran Bretaña» (1899) y «La internacional imperial» (1909)—, fueron concebidos para embargar al público con la emoción de lo exótico: guerreros zulúes de carne y hueso fueron el plato fuerte de su exhibición de 1899. El imperio se convertía en circo.

Pero sobre todo fue a través de la prensa como el imperio logró llegar a un público masivo en la metrópoli. Con toda probabilidad, nadie supo comprender tan bien y satisfacer las ganas de un público ávido de historias entretenidas como Alfred Harmsworth; a partir de 1905, lord Northcliffe le haría sombra. Nacido en Dublín, Harmsworth aprendió su oficio en el pionero *Illustrated London News* e hizo fortuna aplicando el estilo de la revista ilustrada al mercado de la prensa diaria. Fotografías, titulares grandes, regalos e historias por entregas hicieron irresistiblemente atractivos el *Evening News* y más adelante *Daily Mail* y *Daily Mirror* a una nueva clase de lectores: hombres y mujeres de la clase media baja. Northcliffe enseguida descubrió la elasticidad de precios de la demanda de prensa, redujo el precio de *The Times* tras adquirirlo en 1908. Pero fue sobre todo la elección de contenidos lo que hizo que los titulares de North cliffe vendieran. No era casual que el *Daily Mail* llegara a vender más de un millón de ejemplares en 1899, durante la guerra de los bóers. Tal y como uno de sus editores respondió a la pregunta de qué vende un periódico:

> La primera respuesta es «guerra», que no solo crea una oferta de noticias sino también una demanda por ellas. Tan profunda es la fascinación por la guerra y todas las cosas que le conciernen que… un periódico solo tiene que poner un letrero que diga «Una gran batalla» para que aumenten sus ventas.

Otro empleado de Northcliffe consideraba «la profundidad y amplitud del interés del público en las cuestiones imperiales» como «una de las fuerzas más grandes, casi desaprovechada, a disposición de la prensa». «Si Kipling es llamado la voz del imperio en la literatura inglesa —añadió— [el *Daily Mirror*] puede justamente reclamar ser llamado la voz del imperio en el periodismo londinense». La receta de Northcliffe era sencilla: «El pueblo británico disfruta con un buen héroe y un buen motivo para odiar».

Desde sus primeros días los periódicos de Northcliffe se inclinaron hacia la derecha política; pero también era posible promover el imperio desde la izquierda. William Thomas Stead, que heredó *Pall Mall Gazette* del acérrimo partidario de Gladstone, John Morley, y después fundó la *Review of Reviews*, decía ser un «imperialista más los diez mandamientos y el sentido común». Stead era un hombre muy pasional: la conferencia de paz de La Haya de 1899 obtuvo su respaldo, al igual que la idea de una moneda común europea, y la lucha contra «la trata de blancas» (expresión victoriana para referirse a la prostitución), pero su premisa fundamental

era que «el progreso del mundo» dependía de la conducta del imperio británico. A ojos de hombres como Stead, el imperio era algo que trascendía la política de los partidos.

Otro factor trascendente era la edad, pues entre los más entusiastas lectores de prensa imperialista se contaban los escolares; muchas generaciones se educaron con *Boys' Own Paper* (BOP) fundado en 1879 por la Religious Tract Society. Junto con su cabecera gemela *Girls' Own Paper*, el BOP llegó a tener una tirada de más de medio millón de ejemplares, y ofrecía a sus jóvenes lectores una serie de historias entretenidas ambientadas en las fronteras coloniales. Sin embargo, para algunos estas revistas no eran suficientemente abiertas en sus propósitos: de ahí la aparición de *Boys of the Empire* en octubre de 1900, que trataba de adoctrinar a los jóvenes lectores de modo más sistemático con artículos del tipo «Cómo ser fuerte», «Héroes del imperio», y «Donde los cachorros del león se educan: Australia y sus escuelas». Esta última se puede considerar como bastante representativa del tono y las premisas principales de este tipo de publicaciones:

> El problema nativo no ha sido nunca grave en […] Australia […] Los aborígenes han sido expulsados y están desapareciendo rápidamente […] Las escuelas australianas no son mitad blancas y mitad negras, ni se puede aplicar el término «tablero de ajedrez» a ninguno de los comedores de un colegio australiano, como ha sido el caso de al menos un colegio mayor de las antiguas universidades de Oxford y Cambridge.

La misma edición de la revista informaba de una competencia de la «Liga imperial de jóvenes»[12] que prometía:

> Un nuevo comienzo en una finca en el Oeste […] para los dos jóvenes cada año que obtengan las notas más altas en el examen.
>
> Los premios incluyen gratuitamente el equipo, el pasaje y la colocación con un agricultor seleccionado en el noroeste de Canadá.

Los heroicos arquetipos de este imperialismo popular (y muchos de sus consumidores) no eran hombres del pueblo; antes bien, eran miembros de la élite culta en los exclusivos colegios privados de Gran Bretaña. Como máximo estos centros podían dar cabida a unos veinte mil estudiantes al año (poco más de 1 por ciento de los jóvenes de entre quince y diecinueve años en 1901). Sin embargo, muchos jóvenes que estaban al margen de ese sistema educativo no habían mostrado dificultades a la hora de identificarse con esas aventuras de ficción. Esto quizá se debía, como innumerables autores de estas novelas dejaron claro que lo que movía a los pupilos de escuelas privadas a acciones heroicas en nombre del imperio no lo

aprendían en las aulas, sino que lo aprendían en el terreno deportivo.

Visto desde este ángulo, el imperio británico de la década de 1890 se asemejaba a un gran complejo deportivo. La caza continuaba siendo el deporte favorito de la clase alta, pero ahora se practicaba como una guerra de aniquilación contra los animales, pues el número de los que eran cazados crecía exponencialmente desde los páramos escoceses hasta las selvas indias.[13] A modo de ejemplo, el virrey lord Minto y su séquito durante 1906 cazaron 1.999 gangas, 2.827 aves, cincuenta osos, catorce cerdos, dos tigres, una pantera y una hiena. También se comercializó la caza, convirtiéndose en algunas colonias en una especie de turismo armado. A lord Delamere le parecía que atraer turistas ricos a África Oriental era el único modo de hacer dinero con el ferrocarril Mombasa-Uganda, famoso por su falta de rentabilidad.

Sin embargo, fueron los juegos en equipo los que hicieron realidad el ideal de una Gran Bretaña ampliada. El fútbol, juego de caballeros jugado por patanes, fue desde luego el producto recreativo de exportación con más éxito. Pero también era un deporte poco selecto, que atraía a todos, desde la clase trabajadora, políticamente sospechosa, hasta los más sospechosos alemanes; de hecho, a todos, excepto a los estadounidenses.[14] Si había un deporte que sintetizaba * el nuevo espíritu de la Gran Bretaña ampliada era el rugby, juego de patanes jugado por caballeros. De gran exigencia física, el rugby era un juego de equipo que se adoptó rápidamente en todo el imperio «blanco», desde Ciudad del Cabo a Canberra. Ya en 1905 los All Blacks de Nueva Zelanda hicieron una gira por todo el imperio por primera vez, ganando a todos excepto a Gales (que los vencieron en el primer encuentro). Probablemente habrían seguido derrotando a todas las colonias «blancas», de nos ser por el veto impuesto por Sudáfrica a la participación de jugadores maoríes.

Sin embargo fue el criquet, con su ritmo sutil y prolongado, su espíritu de equipo en la recepción y su heroísmo solitario en la devolución, el juego que consiguió trascender las divisiones raciales propagándose no solo en las colonias blancas sino en el subcontinente indio y en el Caribe británico. El criquet se había jugado en el imperio desde principios del siglo XVIII, y a finales del siglo XIX se institucionalizó como el juego imperial por antonomasia. En 1873-1874 el gigante del criquet inglés, W. G. Grace, presidió un equipo mixto de aficionados y profesionales en Australia, que ganaron fácilmente quince partidos en tres días. Pero cuando un equipo profesional volvió a jugar en la que normalmente se considera como la primera competición internacional en Melbourne, en mayo de 1877, los australianos ganaron con cuarenta y cinco carreras. Lo peor estaba por venir cuando los australianos jugaron en el Oval en 1882, y obtuvieron la victoria que inspiró la famosa esquela funeraria en el *Sporting Times* que decía: «En recuerdo afectuoso del criquet inglés que murió en el Oval el 29 de agosto de 1882, profundamente lamentado por un amplio círculo de amigos y allegados. RIP. N. B. El cuerpo será incinerado y las cenizas llevadas a Australia».

En los años siguientes, el hábito inglés de perder ante los equipos de las colonias

contribuiría a unir más a la Gran Bretaña ampliada. Instituciones como la Imperial Cricket Conference, que se reunió por primera vez en 1909 para unificar las reglas del juego, fueron cruciales para la formación de un sentimiento de identidad imperial colectivo, como cualquier cosa que Seeley escribiera o Chamberlain dijera.

Quizá fue Robert Stephenson Smyth Baden-Powell (Stephe para sus amigos) el arquetipo del imperialismo en el campo deportivo. Baden-Powell pasó inexorablemente del éxito deportivo en Charterhouse, donde fue capitán del primer equipo de fútbol, a una carrera militar en India, Afganistán y África. Como veremos más adelante, compararía el sitio más famoso de la época a un partido de críquet. Y finalmente codificaría el *ethos* de finales del imperio en los preceptos del movimiento que fundó de los *Boy Scouts*, otro producto de exportación con mucho éxito que buscaba hacer del espíritu de equipo del campo deportivo todo un estilo de vida:

> Todos somos británicos, y es nuestro deber que cada uno juegue en su puesto y ayude a su prójimo. Así nos mantendremos fuertes y unidos y después no *habrá* miedo de que todo el edificio —a saber, nuestro gran imperio— se derrumbe debido a los ladrillos podridos en los muros […] «El país primero, yo después», ese debe ser nuestro lema.

Lo que esto significaba en la práctica se ve claro en la lista de honor del colegio donde estudió Baden-Powell: los muros del claustro principal en Charterhouse están llenos de recordatorios de guerra de campañas semiolvidadas, desde Afganistán hasta Omdurman, donde figuran las listas de los nombres de cientos de jóvenes colegiales que «participaron en el juego»[15] y que lo pagaron con la vida.

¿Qué pasaba con el otro bando de este gran juego imperial? Si los británicos eran, como Chamberlain y Milner creían, la raza superior, con el derecho divino a dominar el mundo, parecía derivarse lógicamente que sus contrincantes eran inferiores por naturaleza. ¿No era esta la conclusión a la que llegaba la misma ciencia, cada vez más reconocida como la autoridad en estas cuestiones?

En 1863, en Newcastle, el doctor James Hunt había dejado consternada a la audiencia de una reunión de la British Association for the Advancement of Science, al afirmar que los «negros» eran una especie separada de seres humanos, a medio camino entre el mono y el «hombre europeo». En opinión de Hunt, el «negro» se hacía «más humanizado cuando se mantenía en un estado de subordinación natural al europeo», pero concluía con pesar que «la civilización europea no [era] adecuada para el carácter ni las necesidades del negro». Según un testigo presencial, el viajero africano Winwood Reade, la conferencia de Hunt fue de mal en peor, por lo que fue abucheado por algunos miembros de la audiencia. Sin embargo, al cabo de una generación, tales opiniones se habían convertido en dogmas. Influenciados por la

obra de Darwin (aunque distorsionada hasta hacerla irreconocible), los pseudocientíficos del siglo XIX dividieron la humanidad en «razas» sobre la base de los rasgos físicos externos, clasificándolas según las diferencias heredadas no solo físicas sino también anímicas. Los anglosajones obviamente se hallaban en la cúspide, y los africanos en la base. La obra de George Combe, autor de *A System of Phrenology* (1825), era típica en dos aspectos: la forma en que se representaban las diferencias raciales, y el modo fraudulento en que trataba de explicarlas:

> Cuando contemplamos diversas partes del mundo [escribía Combe] nos sorprendemos por la gran diversidad en los resultados de las variedades de hombres que las habitan […] La historia de África, hasta donde se puede decir que África tiene una historia… muestra un escenario de desolación moral e intelectual ininterrumpida […] El negro, fácilmente impresionable, es víctima de todas las pasiones en grado sumo […] Para el negro, evitar tan solo el dolor y el hambre, es naturalmente un estado de felicidad. Tan pronto como interrumpe sus tareas por un momento, se pone a cantar, coge un violín, baila.

La explicación de este atraso, según Combe, era la peculiar forma del «cráneo del negro»: «Los órganos de la veneración, la curiosidad y la esperanza… son de tamaño considerable. Las más grandes deficiencias residen en la meticulosidad, la cautela, la ideación y la reflexión». Tales ideas tuvieron mucha influencia. La idea de un inextricable «instinto racial» se convirtió en un elemento fundamental de los escritos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX (como en el relato de Cornelia Sorabji sobre una educada doctora india que voluntariamente se somete a la ordalía del fuego en un rito pagano y acaba muriendo; o la historia de lady Mary Anne Barker, sobre cómo su niñera zulú regresaba al salvajismo cuando volvía a su aldea, o en «The Pool», de W. Somerset Maugham, en el que un desventurado empresario de Aberdeen trata en vano de occidentalizar a su novia medio samoana).

La frenología, entre otras, no era la única disciplina propensa a legitimar los supuestos de la diferencia racial que hacía tiempo solían ser habituales entre los colonos blancos. Incluso más insidioso, por ser intelectualmente más riguroso, era el mejunje científico llamado «eugenesia». El matemático Francis Galton, en su libro *Hereditary Genius* (1869), fue el que promovió las ideas de que «las habilidades naturales de unos hombres provienen de la herencia genética»; que «de dos variedades de cualquier raza o animal que están igualmente dotadas en los demás aspectos, la variedad más inteligente es la que con seguridad prevalecerá en la lucha por la vida»; y que en una escala de dieciséis puntos de inteligencia racial, un «negro» está dos grados por debajo de un inglés.[16] Galton trató de validar sus teorías utilizando fotomontajes para distinguir los tipos criminales y demás degenerados. Sin embargo, Karl Pearson, matemático formado en Cambridge que en

1911 se convirtió en el primer profesor de la cátedra Galton en el colegio universitario de Londres, hizo un desarrollo de la teoría más sistemático. Matemático brillante, Pearson se convenció de que sus técnicas estadísticas (a las que llamaba «biometría») podían emplearse para demostrar el peligro que la degeneración racial significaba para el imperio. El problema que esa mejora de la provisión de bienestar y salud en la metrópoli estaba interfiriendo con el proceso de selección natural, permitiendo que sobrevivieran individuos genéticamente inferiores, y «propagaran su ineptitud». «El derecho a vivir no comporta el derecho de todo hombre a reproducirse», sostuvo en *Darwinism, Medical Progress and Parentage* (1912): «Mientras más rebajamos la dureza de la selección natural, y sobreviven cada vez más los débiles y los ineptos, debemos aumentar el nivel mental y físico requerido para la procreación».

Sin embargo, había una alternativa a la intervención del Estado en las opciones reproductivas: la guerra. Para Pearson, así como para muchos otros darwinistas sociales, la vida era una lucha, y la guerra era algo más que un juego, una forma de selección natural: «El progreso nacional depende de la aptitud racial y la prueba suprema de esa aptitud es la guerra. Cuando la guerra cese, la humanidad ya no progresará pues no habrá nada que controle la fertilidad del individuo inferior».

Obviamente esto hacía del pacifismo un credo particularmente perverso. Pero, por suerte, con un imperio siempre en expansión no había escasez de pequeñas guerras contra enemigos racialmente inferiores. Resultaba gratificante pensar que al asesinarlos con sus ametralladoras Maxim, los británicos contribuían al progreso de la humanidad.

Es necesario subrayar una última rareza. Si los darwinistas sociales se preocupaban de que una clase subalterna inferior se reprodujera rápidamente, decían muy poco sobre los esfuerzos procreadores de aquellos hombres a quienes se consideraba que ocupaban la cúspide de la escala evolutiva. A falta de supervivientes de la antigua Atenas, lo más selecto de la especie humana se encontraba obviamente en la clase de los oficiales británicos que conjugaban en su persona un excelente pedigrí con la exposición constante a la forma marcial de selección natural. En una novela de la época se recreaban muchos personajes de este tipo: Leo Vencey en She, de Henry Rider Haggard, guapo, valiente y no demasiado brillante, que «a los veintiún años podría haber pasado por una estatua del joven Apolo»; o lord John Roxton en *El mundo perdido*, de Arthur Conan Doyle, con sus «extraños ojos azules, brillantes y fríos como un lago glacial», por no hablar de

> la nariz aguileña, las mejillas hundidas, el cabello oscuro… Era la encarnación del caballero rural inglés, amante de los perros, del aire libre, agudo y atento. Su piel tenía una rica gama tostada por el sol y el viento. Sus cejas pobladas y sobresalientes daban a sus ojos naturalmente fríos un aspecto feroz, una impresión acentuada por el ceño fuerte y fruncido. Su figura era

> enjuta, pero de complexión fuerte; de hecho, a menudo había probado que había pocos hombres en Inglaterra capaces de tanto esfuerzo constante.

Sin duda esa clase de hombres existieron. Sin embargo, un alto porcentaje de ellos hizo solo una pequeña contribución, si es que la hicieron, a la reproducción de la raza que ellos encarnaban, por la sencilla razón de que eran homosexuales.

Debe trazarse cuidadosamente una división entre los hombres que, dadas su educación y la forma de vida en instituciones casi exclusivamente masculinas, se inclinaban a una cultura del homoerotismo y estaban condenados a tener dificultades con las mujeres, y los que eran pederastas en activo. A la primera categoría probablemente pertenecieron Rhodes, Baden-Powell y Kitchener (de quien hablaremos más adelante), y a la segunda Héctor Macdonald.

Al igual que la relación de Rhodes con su secretario personal Neville Pickering, el intenso vínculo amistoso de Baden-Powell con Kenneth «The Boy» McLaren, oficial del 13.º regimiento de húsares, en realidad nunca fue consumada físicamente. Lo mismo vale sin duda para la amistad de Kitchener con su ayudante Oswald Fitzgerald, su compañero inseparable durante nueve años. Cada uno de estos hombres, tan varoniles en público, podían ser extraordinariamente afeminados en privado; por ejemplo, Kitchener compartía con su hermana Millie la afición a los tejidos delicados, los arreglos florales y la porcelana fina, y durante sus campañas en el desierto buscaba tiempo para escribirle sobre decoración interior. Pero eso, amén de unos cuantos chismes maliciosos de salón, no era suficiente para tildarlo de «gay». Los tres mostraban síntomas de una clara represión, algo incomprensible para la mentalidad de principios del siglo XXI, pero clave para entender el excesivo rendimiento Victoriano. La niñera de Kitchener, que para nada pertenecía a la escuela freudiana, lo detectó enseguida: «Temo que Herbert sufrirá mucho debido a su represión», dijo después de que él ocultara una herida a su madre. Ned Cecil también acertó cuando observó que Kitchener «detestaba cualquier forma de desnudez moral o mental».

Macdonald era un caso muy diferente. Hijo de un campesino escocés de Ross-shire, era raro por haber comenzado su carrera como soldado raso en los Gordon Highlanders y haber alcanzado el grado de general de división con título de caballero. Distinguido desde el comienzo por su valentía a menudo temeraria, la vida privada de Macdonald era también temeraria aunque de distinto modo. Si bien se casó y tuvo un hijo, lo hizo en secreto y no vio a su esposa más de cuatro veces después de la boda; en ultramar, sin embargo, era muy proclive a las aventuras homosexuales y finalmente fue sorprendido *in fraganti* con cuatro chicos en el compartimiento de un ferrocarril cingalés. Mientras la Gran Bretaña victoriana se volvía cada vez más mojigata, y las leyes contra la sodomía se aplicaban con más severidad, el imperio ofrecía a homosexuales como «Fighting Mac» experiencias eróticas ilimitadas. Otro fue Kenneth Searight: antes de salir de Inglaterra a los veintiséis años de edad solo

había tenido tres amantes, pero una vez en la India encontró una variedad mucho más amplia y relató sus aventuras sexuales en verso.

DEVASTACIÓN EXCESIVA

Lo ocurrido en el Sudán el 2 de septiembre de 1989 representó el cénit del imperialismo Victoriano tardío, el apogeo de una generación que consideraba la dominación mundial como una prerrogativa racial. En la batalla de Omdurman se enfrentó un ejército de tribus del desierto contra todo el poderío militar del imperio más grande de la historia del mundo, pues, a diferencia de las guerras anteriores financiadas con capital privado en África Meridional y Occidental, esta era una guerra oficial. En una sola batalla, fueron aniquilados como mínimo diez mil enemigos del imperio, pese a su gran ventaja numérica. Como en el poema «Vitai Lampada» de Newbolt, la arena del desierto estaba «empapada de sangre». Omdurman fue el *summum* de la devastación imperial.

Una vez más, los británicos fueron empujados a ampliar el imperio por una combinación de cálculos estratégicos y económicos. El avance en el Sudán fue parcialmente una reacción a las ambiciones de otras potencias imperiales, en concreto los franceses, que tenían los ojos puestos en la cuenca alta del Nilo, y también atraía a banqueros de la City como los Rothschild, que ya tenían inversiones sustanciales en el vecino Egipto. Pero la opinión pública británica no lo veía de esa manera. Para los lectores del Pall Mall Gazette, que mostraron mucho interés por el tema, la subyugación del Sudán era una cuestión pura y simplemente de venganza.

Desde principios de la década de 1880, el Sudán había sido escenario de una revolución religiosa. Un hombre santo con gran carisma que aseguraba ser el mahdi (el «caudillo esperado», el último de la serie de doce grandes imanes) había organizado un enorme ejército de derviches, de cabezas rapadas, y vestidos simplemente de jibbeh, dispuestos a luchar por el credo wahabista del islam. Con el apoyo de las tribus del desierto, el mahdi desafió abiertamente el poder del Egipto ocupado por los británicos. En 1883 sus fuerzas incluso se atrevieron a liquidar, sin dejar ni uno vivo, a diez mil hombres del ejército egipcio comandado por el coronel William Hicks, oficial británico retirado. Tras una agresiva campaña periodística dirigida por W. T. Stead, se decidió enviar al general Charles George Gordon, que había pasado seis años en Jartum como gobernador del jedive egipcio de «Ecuatoria» durante la década de 1870. Aunque era un veterano condecorado de la guerra de Crimea y comandante del ejército chino que aplastó la rebelión de Taiping en 1863-1864, los políticos británicos siempre lo habían considerado, no sin cierto fundamento, un pelín chiflado.[17] Ascético hasta el masoquismo y caracterizado por una religiosidad fanática, Gordon se consideraba a sí mismo un instrumento de Dios, como explicaba a su querida hermana:

> A cada uno se le da una tarea distinta, a cada uno una meta distinta; a algunos el asiento a la derecha o a la izquierda del Salvador… Es difícil para la carne aceptar: «Estamos muertos, no tenemos nada que ver con el mundo». ¡Cuán difícil es para uno ser circuncidado del mundo, ser indiferente a sus placeres, sus penas, sus consuelos, como lo está un cadáver! Eso es conocer la resurrección.

«Hace mucho que he muerto», le dijo en otra ocasión, y también: «Estoy preparado para la apertura del libro». Encargado de la evacuación de las tropas egipcias de Jartum, partió solo, resuelto a hacer lo contrario y preservar la ciudad. El 18 de febrero de 1884, decidido a «aplastar al mahdi», acabó siendo rodeado, sitiado —apenas un año después de su llegada—, apresado y descuartizado.

Mientras vagaba por Jartum, Gordon había confesado en su diario su creciente sospecha de que el gobierno de Londres lo había dejado colgado. Imaginaba al secretario de Exteriores, lord Granville, quejándose mientras el sitio se alargaba:

> ¡Vaya! ÉL *dijo claramente* que *solo* podría aguantar *seis meses*, y eso fue en marzo (cuenta los meses), ¡ya estamos en agosto! ¡Vaya, debería darse por vencido! ¿Qué hacer? Estarán reclamando a gritos una expedición […] No es cosa de broma; ¡*ese abominable mahdi*! ¿Por qué diantre no vigila mejor los caminos? ¿Qué HACER? […] No puedo saber lo que está planeando el mahdi. ¿Por qué no sitúa todos sus cañones a la orilla del río y corta la ruta? Eh, ¿qué? «¡Tenemos que marchar a Jartum!» ¡Anda! Costará millones, ¡qué desastre!

Gordon vilipendió más si cabe al agente y cónsul general británico en Egipto, sir Evelyn Baring, que se había opuesto a su misión desde el comienzo. En su paranoia había una pizca de realismo. Gladstone, incómodo aún por haber ordenado la ocupación de Egipto, no tenía intención de verse obligado a ocupar Sudán. Repetidamente hizo caso omiso de las sugerencias de que debía rescatar a Gordon y autorizó el despacho de una expedición de ayuda de sir Garnet Wolseley tras muchos meses de evasivas. Llegó tres días tarde. Para entonces los lectores de *Pall Mall Gazette* habían acabado por compartir las sospechas de Gordon. Cuando llegaron las noticias de su muerte a Londres hubo una gran protesta. La reina en persona escribió a la hermana de Gordon:

> Pensar que su amado, noble y audaz hermano, que sirvió a su país y a su reina, tan sincera y heroicamente, con una abnegación tan edificante para el mundo, no fue auxiliado. Que las promesas de ayuda no fueron cumplidas —por las que yo insistía constantemente ante los que le pidieron que marchara

> —, me produce una pena inexpresable. De hecho, me he sentido mal […] ¿Transmitiría usted a sus demás hermanas y a su hermano mayor mi sincera amistad, y lo que yo realmente siento, la mácula que para Inglaterra ha sido el destino, cruel, aunque heroico, de su querido hermano?

Gladstone fue injuriado, de ser el «vejestorio», pasó a ser el «único asesino de Gordon». Sin embargo, hasta al cabo de trece años Gordon no fue vengado.

El ejército angloegipcio que invadió Sudán en 1898 estaba comandado por el general Herbert Horatio Kitchener. Tras una apariencia de crueldad militar prusiana, como hemos visto, Kitchener era un tipo complejo, llegando incluso a ser afeminado. No carecía de sentido del humor: aquejado por la miopía toda la vida, tenía tan mala puntería que llamó a sus perros de caza Bang, Miss y Damn. El ascetismo de Gordon lo atrajo cuando, siendo un joven y preocupado soldado cristiano, lo conoció brevemente en Egipto. El pensamiento de vengar a Gordon hizo que Kitchener se endureciera. Tras haber sido oficial subalterno en la primera fuerza invasora de Wolseley, ahora que era *sirdar* (comandante en jefe) del ejército egipcio conocía bien el territorio. Cuando dirigió su fuerza expedicionaria al sur hacia los desiertos, solo tenía un pensamiento: saldar su deuda con Gordon, o, mejor dicho, hacer que los asesinos de Gordon la saldaran. Posiblemente el mismo mahdi ya había muerto, pero los pecados del padre podían recaer sobre su heredero, el califa.

En Omdurman, a orillas del Nilo, se enfrentaban dos civilizaciones: por un lado, una horda de fundamentalistas islámicos que habitaban en el desierto; y por otro, los soldados cristianos bien preparados de la Gran Bretaña en su máxima expansión, junto con auxiliares sudaneses y egipcios. Incluso el modo en que se formaron los dos bandos reflejaba la diferencia que había entre ellos. Los derviches, cerca de cincuenta y dos mil, estaban dispersos por toda la llanura formando una fila de ocho kilómetros de largo. Los hombres de Kitchener, solo veinte mil, estaban formados hombro con hombro en los habituales escuadrones, de espaldas al Nilo. Observando la escena desde las líneas británicas, se hallaba Winston Churchill, oficial del Old Harrovian que se suponía debía estar en la India, pero había logrado pasar a la expedición de Kitchener como corresponsal de guerra del *Morning Post*, cargo equivalente al de capitán de caballería. Cuando amaneció, vio por primera vez al enemigo:

> De repente me percaté de que todas las masas se movían y avanzaban rápidamente. Sus emires galopaban delante. Los exploradores y vigías se dispersaban por todo el frente. Entonces comenzaron a gritar. Estaban todavía a más de un kilómetro de la colina, y se ocultaban del ejército del *sirdar* por las dunas del terreno. Las tropas cercanas al río escuchaban, aunque débilmente, el griterío. Pero para nosotros que observábamos desde la colina, un inmenso rugido llegaba en oleadas de sonido intenso, como el tumulto del viento y el mar que se levantan antes de una tormenta […] Una roca, una duna

tras otra quedaron sumergidas por esa marea humana. Era tiempo de marchar.

El coraje de los derviches impresionó profundamente a Churchill: se basaba en una ardiente fe religiosa: el grito que escuchaba era «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta». La batalla tampoco carecía de riesgos para los rivales. En efecto, hubo un momento al final del día en que una rápida acción realizada en contra de las órdenes del *sirdar*, impidió que los británicos sufrieran bajas más graves. Sin embargo, al final, los derviches no tenían posibilidades contra lo que Churchill llamó, con mucha ironía, «esa mecánica distribución de muerte que las naciones cultas han llevado a una monstruosa perfección». Los británicos tenían ametralladoras Maxim, rifles Martini-Henry, heliógrafos, y en el río, tras las fuerzas británicas, cañoneras. Es cierto que los derviches poseían también unas cuantas Maxim, pero la mayoría llevaban mosquetes anticuados, sables y espadas. Churchill describió vívidamente el inevitable resultado:

> Las ametralladoras Maxim agotaron toda el agua de sus dispositivos de enfriamiento, y varias tuvieron que ser enfriadas con las botellas de agua de los Cameron Highlanders antes de que pudieran continuar con su mortífera obra. Los cartuchos vacíos rebotaban en el suelo formando montoncitos que iban creciendo junto a cada hombre. Y todo el tiempo, al otro lado de la llanura, los proyectiles desgarraban la carne, rompiendo y quebrando huesos; la sangre brotaba de heridas terribles; hombres valientes luchaban contra un infierno de metal sibilante, bombas que estallaban y rachas de polvo, sufrimiento, desesperación, agonía […] Los derviches, a la cabeza, se hundieron en montones confusos. Las masas en la retaguardia se detuvieron, vacilantes.

Todo terminó en cinco horas.

Se estima que el ejército de los derviches sufrió casi un 95 por ciento de bajas; por lo menos una quinta parte de sus miembros fueron asesinados nada más empezar. En cambio, hubo menos de cuatrocientas bajas en el bando angloegipcio, y solo cuarenta y ocho soldados británicos perdieron la vida. Al inspeccionar el campo después de la batalla, Kitchener afirmó lacónicamente que el enemigo había recibido «un buen rapapolvo». Tampoco esto lo dejó satisfecho, pues ordenó la destrucción de la tumba del mahdi y, según contó Churchill, «llevó la cabeza del mahdi en una lata de queroseno como trofeo». Después derramó unas cuantas lágrimas sensibleras cuando las bandas militares congregadas allí tocaron una especie de concierto al aire libre, con un programa que contenía una gama condensada de la emoción victoriana:

«God Save The Queen».

El himno del jedive.

La marcha fúnebre de Saúl.

La marcha del Escipión de Handel («Tañido por los valientes») (todas interpretadas por la banda de los guardias granaderos)

«Coronach Lament» (ejecutada por la banda de gaitas de los Cameron y Seaforth Highlanders).

«Abide with Me» (ejecutada por la banda del 11.º del Sudán).

En privado, Churchill lamentó no solo la profanación de los restos del mahdi, sino también «el trato inhumano de los heridos» (de lo cual consideraba responsable a Kitchener). Se quedó muy impresionado del modo como la potencia de fuego británica había reducido a los hostiles guerreros derviches a meros «trozos sucios de periódico» hechos jirones en la llanura. Sin embargo, para la opinión pública dijo que Omdurman era «el triunfo más emblemático nunca conseguido por las armas de la ciencia contra los bárbaros». Cincuenta años después, tras aniquilar la aviación japonesa en las islas Marianas, los estadounidenses llamarían *turkey shoot* a este tipo de acción que destruía totalmente las fuerzas enemigas.



Derviches muertos tras Omdurman, 1898.

La de Omdurman parecía ser la vieja y clara lección de que nadie desafiaba impunemente el poder británico. Sin embargo, se podía extraer otra lección. Ese día el mayor Von Tiedemann, agregado militar alemán, observaba la batalla con atención y tomó debida nota del impacto destructivo de las ametralladoras Maxim, que, según cálculos de un observador, habían causado tres cuartos de las bajas de los derviches. Para Tiedemann la verdadera lección era obvia: el único modo de vencer a los británicos era equiparando su poderío de fuego.

Los alemanes no habían tardado en apreciar el potencial bélico ganador de la Maxim. Guillermo II había presenciado una demostración de la ametralladora en 1888 y había comentado sencillamente: «Esa es el arma, no hay otra». En 1892, mediante las gestiones de lord Rothschild, se concedió una licencia al fabricante de armas y herramientas berlinés Ludwig Loewe para que fabricara ametralladoras Maxim para el mercado alemán. Después de la batalla de Omdurman se tomó la decisión de dar a cada batallón de cazadores del ejército alemán una batería de cuatro ametralladoras Maxim. Hacia 1908 la Maxim era el arma reglamentaria para todo regimiento de infantería alemán.

A finales de 1898 solo había una tribu en Sudáfrica que todavía desafiaba el poder del imperio británico. Habían ya marchado miles de kilómetros hacia el norte para escapar de la influencia británica en El Cabo; habían luchado ya contra los británicos antes para defender su independencia, infligiéndoles una grave derrota en la colina de Majuba en 1881. Era la única tribu blanca de Sudáfrica: los bóers, agricultores que descendían de los primeros colonos holandeses de El Cabo.

Para Rhodes, Chamberlain y Milner, el espíritu de independencia de los bóers era intolerable. Como siempre, los cálculos británicos eran estratégicos y económicos. Pese a la creciente importancia del canal de Suez para el comercio británico con Asia, El Cabo seguía siendo una base militar de «gran importancia para Gran Bretaña» (Chamberlain) por la sencilla razón de que el canal podía ser cerrado en el caso de una gran guerra europea. Desde el punto de vista del ministro de las Colonias, seguía siendo «la piedra angular de todo el sistema colonial británico». Al mismo tiempo, no carecía de importancia el que una república bóer poseyera uno de los más grandes yacimientos auríferos del mundo. Hacia 1900 el Rand estaba produciendo un cuarto de la oferta de oro mundial y había absorbido más de ciento catorce millones de libras de capital principalmente británico. De ser un pobre páramo, el Transvaal estuvo a punto de convertirse de repente en el centro de gravedad de África del Sur. Pero los bóers no veían ninguna razón por la que compartir su poder con las decenas de miles de inmigrantes británicos, los uitlanders, que hormigueaban en el país para lavar oro. Tampoco aprobaban el modo, un poco más liberal, con que los británicos trataban a la población negra de la colonia de El Cabo. A los ojos de su presidente, Paul Kruger, el modo de vida estrictamente calvinista de los bóers era simplemente incompatible con el dominio británico. El problema para los británicos era que esta tribu africana parecía distinta de todas las demás, aunque la diferencia residiera menos en el hecho de que fueran blancos que en el hecho de que estuvieran bien armados.

Difícilmente se puede negar que Chamberlain y Milner provocaron la guerra de los bóers, creyendo que podrían intimidarlos rápidamente para que cedieran su independencia. Su exigencia de que se diera el voto a los *uitlanders* a los cinco años de residencia en el Transvaal («Autogobierno para el Rand», fue la hipócrita frase de

Chamberlain) era tan solo un pretexto. La verdadera intención de la política británica se reveló por los esfuerzos realizados para impedir que los bóers consiguieran una vía ferroviaria con la costa a través de la bahía Delagoa, controlada por los portugueses, lo cual los habría liberado a ellos y a las minas de oro de la dependencia del ferrocarril británico que venía de El Cabo. A toda costa, incluso pagando el precio de una guerra, los bóers debían dejar de ser independientes.



Spion Kop, 1900.

Chamberlain confiaba en la victoria: ¿no tenía ya ofertas de ayuda militar de Victoria, Nueva Gales del Sur, Queensland, Canadá, África Occidental y los estados malayos?[18] Como observó mordazmente el irlandés John Dillon, se trataba del enfrentamiento del «imperio británico contra treinta mil agricultores». Pero los bóers tuvieron mucho tiempo para prepararse para la guerra. Incluso desde 1895, cuando el amigo de Rhodes, el doctor Leander Starr, dirigió su fracasada «incursión» en el Transvaal, estaba claro que era inminente un enfrentamiento. Dos años después del nombramiento de Milner como alto comisionado para Sudáfrica, envió otra señal inequívoca: su opinión era que no podía haber sitio en Sudáfrica para «dos sistemas políticos y sociales absolutamente opuestos». Los bóers se pertrecharon debidamente con el más moderno armamento: ametralladoras Maxim, por supuesto, pero también una gran cantidad de artillería que pudieron comprar a la compañía Krupp de Essen, así como cartuchos para los rifles Mauser último modelo, precisos a una distancia superior a casi doscientos metros. Su estilo de vida los había hecho excelentes tiradores; además, ahora estaban bien armados. Y por supuesto conocían el terreno mucho mejor que los *rooinekke* («cuellos rojos» [paletos] en afrikaans, en referencia

a la piel tostada por el sol de los soldados rasos británicos). Hacia la Navidad de 1899, los bóers habían irrumpido con fuerza en territorio británico. Esta vez, parecía, los patos estaban devolviendo los tiros. Y nada demostró mejor la puntería de sus disparos que lo que ocurrió en Spion Kop.

El general sir Redvers Buller (pronto apodado «sir Reverse»)[*] fue enviado para auxiliar a doce mil soldados británicos sitiados por los bóers en Ladysmith, en la provincia británica de Natal. A su vez Buller encargó al teniente general sir Charles Warren la tarea de romper las defensas de los bóers en las faldas de la montaña llamada Spion Kop. El 24 de enero de 1900 Warren ordenó que una fuerza mixta de Lancasters y uitlanders escalara la empinada y rocosa falda de la montaña cubiertos por la noche y la niebla. Solo encontraron una patrulla enemiga que logró escapar; parecía que los bóers habían cedido la montaña sin luchar. Envueltos por la densa niebla de la mañana, los británicos cavaron una trinchera poco profunda, confiados en que habían conseguido una fácil victoria. Pero Warren se había equivocado al interpretar el terreno. La posición británica quedaba totalmente expuesta a la artillería y a los rifles de los bóers apostados en las montañas circundantes; de hecho, los británicos ni siquiera alcanzaron la cumbre del Spion Kop. Cuando se despejó la niebla, comenzó la matanza. Esta vez los británicos fueron el objetivo:



Churchill de camino a Inglaterra, 1899.

Una vez más Churchill presenció la batalla como corresponsal de guerra. El contraste entre esta debacle y las escenas que había visto en Omdurman hacía solo diecisiete meses difícilmente podía ser más absoluto. Las balas de los bóers llovían de «siete a ocho por minuto», solo podía contemplar con horror cómo «el ancho y continuo río de heridos fluía hacia la retaguardia. Un tropel de carros de ambulancia se apiñaba al pie de la montaña. Los muertos y los heridos, aplastados y desgarrados por las bombas, se amontonaban en la cumbre en un fétido caos ensangrentado». Las

escenas de Spion Kop, confesó en una carta a un amigo, «fueron las más extrañas y terribles que nunca he visto». Y eso que Churchill no estaba en el ojo de esta tormenta de acero. Un superviviente contó que vio a sus compañeros quemados, partidos en dos y decapitados; él mismo perdió la pierna izquierda. Para los lectores de la prensa en la metrópoli, a quienes se les ahorró estos macabros detalles, las noticias apenas eran creíbles. Treinta mil agricultores holandeses estaban dándole una paliza a Gran Bretaña.[19]

MAFEKING

La guerra de los bóers estuvo a punto de ser para el imperio británico lo que fue Vietnam para Estados Unidos en dos aspectos: el alto coste en vidas y en dinero (cuarenta y cinco mil muertos[20] y doscientos cincuenta millones de libras gastados) y las divisiones que despertó en la metrópoli. Por supuesto, los británicos habían sufrido derrotas en África antes, no solo contra los bóers sino contra los *impis* zulúes en Isandhlwana en 1879. Sin embargo, esta era una guerra a una escala mucho mayor. Al final de todo, apenas quedó claro que los británicos hubieran logrado su objetivo original. El desafío para los patriotas de la prensa era hacer que algo que se parecía tanto a una derrota fuese percibida como una nueva victoria imperial.

Mafeking —como ahora se escribe— es un pequeño pueblo bastante descuidado y polvoriento; uno puede casi oler el desierto del Kalahari al noroeste. Era todavía mucho más insignificante hace cien años: apenas una estación de ferrocarril, un hospital, una logia masónica, un cadalso, una biblioteca, un tribunal, unas cuantas manzanas de casas y una sucursal del Standard Bank, en suma, un típico asentamiento colonial poco atractivo. El único edificio con más de una planta era el poco británico convento del Sacret Heart. Hoy resulta difícil pensar que valiera la pena luchar por él. Pero en 1899 Mafeking era importante. Era un pueblo de frontera, prácticamente el último en la colonia de El Cabo antes de pasar al Transvaal. Desde aquí se lanzó la incursión de Jameson; e incluso antes de que la guerra comenzara, había allí un regimiento de tropas irregulares con la idea de organizar otra incursión más grande en el territorio bóer, cosa que nunca ocurrió. En cambio, las tropas se vieron sitiadas. Comenzaron a crecer los temores de que si Mafeking caía, los numerosos bóers que vivían en El Cabo podrían ponerse de parte de sus iguales en el Transvaal y en el Estado Libre de Orange.

El sitio de Mafeking fue presentado en Gran Bretaña como el episodio más glorioso de la guerra, el momento en que finalmente se impuso el espíritu deportivo del colegio público. En efecto, la prensa británica planteó el sitio como una especie de gran juego imperial, un partido de prueba entre Gran Bretaña y el Transvaal. La suerte determinó que esta vez los británicos tuvieran un capitán estupendo: el ex alumno de Charterhouse, Stephe Baden-Powell, ahora coronel al mando del primer

regimiento de Bechuanalandia. Para Baden-Powell, el sitio era en realidad el último encuentro de criquet. Incluso lo manifestó en una de sus características cartas desenfadadas a uno de los comandantes bóers: «Ahora tenemos nuestras entradas y hasta ahora hemos marcado doscientos días y estamos disfrutando del juego». Este era el héroe que la guerra (o al menos los corresponsales de guerra) necesitaba desesperadamente, un hombre que supiera por instinto cómo «plantear el juego». No era tanto por su actitud altanera que Baden-Powell impresionaba a los que lo rodeaban sino por su infatigable jovialidad, su «coraje» (una de sus palabras favoritas). Cada domingo organizaba verdaderos partidos de criquet seguidos de bailes. George Tighe, un civil que se enroló en la guardia del pueblo de Mafeking, nunca dudó de que Baden-Powell «era capaz de derrotar a los bóers en su propio juego "ajustado"». Dotado para la mímica, hacía números cómicos para mantener alta la moral. Se editaron sellos humorísticos para «la república independiente de Mafeking» con el perfil de Baden-Powell en lugar del de la reina. Ni siquiera al *Boys' Own Paper* se le hubiera ocurrido.

Durante 217 días Mafeking resistió a una fuerza bóer que era mucho mayor y poseía una artillería letalmente superior. La fuerza defensora tenía dos cañones de avancarga para disparar proyectiles de tres kilos y un viejo cañón que disparaba como si los proyectiles fueran «exactamente como una bola de criquet» (¿podía ser de otro modo?), contra Cronje, que contaba con nueve cañones de campaña y un cañón Creusot «Long Tom» (apodado con auténtico estilo colegial «Oíd Creechy»). Los informes de los corresponsales de diarios dentro del pueblo, en especial de lady Sarah Wilson para el *Daily Mail*, mantenían a los lectores en un estado de angustioso suspense. ¿Lograría resistir Baden-Powell? ¿Resultarían los rápidos lanzadores bóers demasiado incluso para él? Cuando finalmente se produjo la liberación de Mafeking el 17 de mayo de 1900, hubo escenas histéricas de júbilo (*mafficking*) en las calles de Londres como si, según afirmó el antiimperialista Wilfrid Scawen Blunt, «hubieran derrotado a Napoleón». Baden-Powell fue premiado con el mando de una nueva fuerza, la policía sudafricana, cuyo uniforme se dispuso a diseñar con entusiasmo.

Pero ¿cuál fue el coste de resistir en este pueblo de mala muerte? Es cierto que más de siete mil soldados bóers habían sido distraídos con una campaña secundaria en la fase inicial de la guerra, cuando podrían haber conseguido más en otra parte. Pero en términos de vidas humanas este episodio no fue un juego de criquet. Cerca de la mitad de los setecientos defensores habían sido muertos, heridos o tomados prisioneros. Y lo que los periódicos no decían era que el coste real de la defensa de Mafeking fue soportado por la población negra, pese al hecho de que se suponía que se trataba de «la carga del hombre blanco». Baden-Powell no solo reclutó a más de setecientos nativos (aunque después dijo que el número era menos de la mitad) sino que también los excluyó de las trincheras de protección y los refugios en la parte del pueblo destinada a los blancos. Y les redujo de forma sistemática las raciones para alimentar a la minoría blanca. Las bajas civiles de ambas razas sumaron más de

trescientos cincuenta. Pero el número de residentes negros que murieron de hambre fue posiblemente el doble. Como dijo cínicamente Milner: «Uno de todos modos solo tiene que sacrificar al “negro”, y entonces el juego se simplifica».

La opinión pública británica recibió una victoria simbólica; los poetastros se apresuraron a publicar:

¿Qué? ¿Arrebatarle el cetro de la mano, y
hacerle doblar la rodilla? No mientras sus
vasallos guarden la tierra, y sus acorazados los
mares.

—(Austin, ¡A las armas!)

Dirige así los reinos a los que tu vanguardia humilló,
obsérvalos irritarse y rabiar; y si te desafían, como que tu
nombre es Inglaterra, ¡apunta y da en el blanco!

—(Henley, Por el bien de Inglaterra)

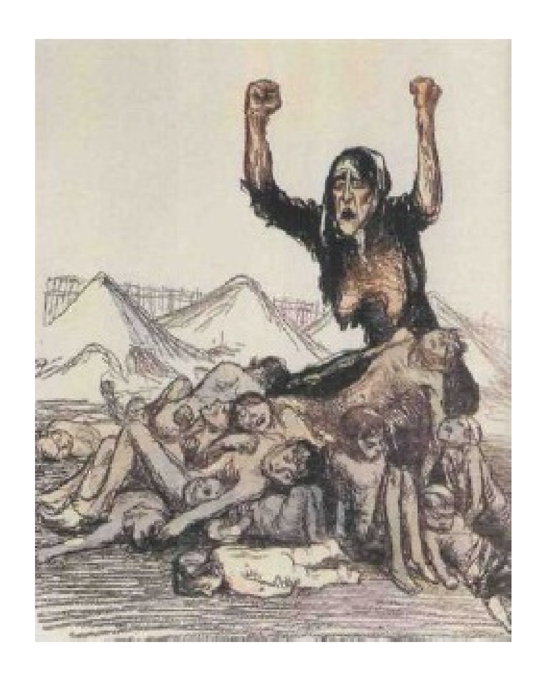
Pero el triunfo era solo en la prensa. Como Kitchener observó agudamente, Baden-Powell no había mostrado más exhibicionismo que verdadero valor. Podría haber dicho lo mismo de la liberación de Mafeking.

Hacia el verano de 1900, la guerra parecía estar tomando otro rumbo. El ejército británico, ahora bajo la jefatura más eficiente del veterano del ejército indio, lord Roberts, había auxiliado a Ladysmith y avanzado en territorio bóer, capturando tanto Bloemfontein, la capital del Estado Libre de Orange, como Pretoria, capital del Transvaal. Convencido de que estaba ganando la guerra, Roberts paseó triunfante por las calles de Bloemfontein y se instaló en la residencia oficial. Los oficiales fueron a bailar en la espaciosa sala de baile de la planta baja.

Se suponía que era un baile para celebrar el triunfo. Sin embargo, pese a la pérdida de sus principales pueblos, los bóers se negaban a rendirse, adoptando, en cambio, la táctica de guerra de guerrillas. «Los bóers —se lamentaba Kitchener— no son como los sudaneses, que se presentan para pelear en justa lucha, están siempre escapando en sus pequeños ponis». ¡Si solo se enfrentaran a las Maxim británicas con espadas como buenos deportistas! Frustrado, Roberts adoptó una despiadada estrategia concebida para golpear a los bóers donde eran más vulnerables.

Los británicos habían estado destruyendo esporádicamente las fincas de los bóers desde hacía tiempo, por lo general debido a que en determinadas casas se daba refugio a los francotiradores o se suministraba comida e información a las guerrillas. Pero ahora se autorizó a las tropas británicas a que destruyeran las casas de los bóers de manera sistemática. En total, se arrasaron treinta mil casas. El único problema que esto planteaba era qué hacer con los miles de mujeres y niños que los guerrilleros

bóers habían dejado atrás al unirse a sus comandos en el veld, y que ahora quedaban sin hogar. En teoría, la táctica de arrasar obligaría a los bóers a rendirse, aunque solo fuera para proteger a sus seres queridos. Pero hasta que esto ocurriera, estas personas eran responsabilidad de los británicos. ¿Debían ser tratados como prisioneros de guerra o como refugiados? La opinión inicial de Roberts era que «alimentar a las personas cuyos parientes se han alzado en armas contra nosotros solo alentará a éstos a prolongar su resistencia, además de crear una grave carga para nosotros». Pero la idea de que deberían ser obligados a «reunirse con sus parientes fuera de nuestras líneas a no ser que éstos vinieran a rendirse» no era realista. Después de algunos titubeos, los generales llegaron a una solución. Como si de ganado se tratara, llevaron a las familias bóers a unos descampados, que, para ser más exactos, deberían ser llamados campos de concentración.



Caricatura francesa de los campos de concentración británicos en Sudáfrica, 1901.

Aunque no fueron los primeros en la historia (las fuerzas españolas habían empleado una táctica similar en Cuba en 1896), sí fueron los primeros en hacerse tristemente célebres.[21] En total, 27.927 bóers (niños en su mayoría) murieron en campos de concentración británicos. Representaban el 14,5 por ciento de toda la población bóer, y murieron principalmente a consecuencia de la desnutrición y la falta de higiene. La mayoría de los adultos bóers murieron por estos motivos antes que a causa de la acción militar directa. De los 115.000 negros presos en campos separados murieron catorce mil (el 81 por ciento eran niños).

Entretanto, en la residencia oficial de Bloemfontein, la música continuaba. Finalmente, tras varios meses de «Gay Gordons» y «Strip the Willow» (danzas escocesas), la sala de baile comenzó a vaciarse. Para evitar que les ocurriera algún accidente a las esposas de los oficiales, tenían que ser reemplazadas las antiguas

tablas del suelo, lo cual se hizo. Por suerte para la contabilidad del comedor de oficiales, se encontró un uso para las antiguas tablas. Fueron vendidas a las mujeres bóers para que fabricaran ataúdes para sus hijos, al precio de un chelín y seis peniques cada tabla.

La táctica de tierra quemada más los campos de concentración debilitaron claramente la voluntad de lucha de los bóers. Pero no fue hasta que Kitchener —que sucedió a Roberts en noviembre de 1900— hubo cubierto el país con una mortífera red de alambradas de púas y blocaos, que éstos se vieron obligados a acudir a la mesa de negociación. Incluso entonces el resultado no fue exactamente una rendición incondicional. Es cierto que por el Tratado de Wereeniging (31 de mayo de 1902), las dos repúblicas bóers perdieron su independencia y fueron absorbidas por el imperio. Pero eso significó que los británicos tuvieron que pagar por lo que habían destruido. A la vez, el tratado dejó de lado la cuestión de los derechos al sufragio de la población negra y de color para que fuese definida después de la introducción del autogobierno, a la amplia mayoría de los habitantes de Sudáfrica durante tres generaciones. La paz no pudo impedir en modo alguno que los bóers aprovecharan el limitado sufragio. En 1910, exactamente ocho años después de firmado el tratado, se creó la Unión Sudafricana con su propio gobierno, teniendo como primer ministro al comandante general Louis Botha y a varios héroes de guerra como miembros del gabinete. Al cabo de tres años se promulgó una ley sobre tierras autóctonas que obligaba a los negros sudafricanos a tener propiedad de la tierra solo en la décima parte menos fértil del país.[22] En efecto, los bóers ahora gobernaban no solo sus estados originales, sino también los territorios británicos de Natal y la colonia de El Cabo, y habían dado el primer paso para imponer el apartheid en toda Sudáfrica. Milner había esperado que el futuro sería «dos quintas partes bóer y tres quintas partes británico, paz, progreso y unión». En los hechos no hubo los suficientes inmigrantes británicos en Sudáfrica para lograrlo.

En muchos aspectos las consecuencias de la guerra de los bóers tuvieron más calado en Gran Bretaña que en Sudáfrica, pues la revulsión contra la conducta en la guerra impulsó decisivamente la política británica hacia la izquierda en la década de 1900, un cambio que tendría consecuencias incalculables para el futuro del imperio.

En los suburbios de Bloemfontein se levanta un sombrío e imponente monumento a los niños y mujeres bóers que murieron en los campos de concentración. Junto al presidente durante la guerra del Estado Libre de Orange, yacen los restos de la hija de un clérigo de Cornish, Emily Hobhouse, una de las primeras activistas antibélicas del siglo XX. En 1900 Hobhouse se enteró de que «las pobres mujeres [bóers] estaban siendo llevadas de la ceca a la meca» y decidió ir a Sudáfrica a ayudarlas. Estableció un Fondo de Ayuda para Mujeres y Niños Sudafricanos «para alimentar, vestir, amparar y salvar a mujeres y niños (bóers, británicos y otros) que habían quedado en la miseria y sin abrigo como resultado de la expulsión de familias y otros incidentes provocados por… las operaciones militares». Poco después de su llegada a Ciudad

del Cabo, en diciembre de 1900, consiguió la autorización de Milner para visitar los campos de concentración, aunque Kitchener intentó limitar su acceso al campo de Bloemfontein, entonces ocupado por mil ochocientas personas. Las terribles condiciones de vivienda e higiene (las autoridades militares consideraban una pastilla de jabón como un «artículo de lujo») le causaron un profundo impacto. Pese a los esfuerzos obstruccionistas de Kitchener, continuó visitando los demás campos en Norvalspont, Aliwal North, Springlontein, Kimberley, Orange River y Mafeking. En todos se repetía la misma historia. Y cuando volvió a Bloemfontein la situación había empeorado.

En un esfuerzo por detener la política de campos de concentración, Hobhouse volvió a Gran Bretaña, pero el Ministerio de la Guerra se mostró más o menos indiferente. Solo de mala gana, el gobierno aceptó nombrar un comité de mujeres bajo Millicent Fawcett para investigar las alegaciones de Hobhouse, y fue excluida de la misma adrede. Indignada, trató de regresar a Sudáfrica, pero ni siquiera se le permitió desembarcar. Lo único que le quedaba era la publicidad.

Las condiciones en los campos empeoraron durante 1901. En octubre un total de tres mil presos murieron, una tasa de mortalidad superior al 30 por ciento. No se trataba de una política deliberadamente genocida, más bien era el resultado de una desastrosa falta de previsión por parte de las autoridades militares. Tampoco era la comisión Fawcett tan inútil como Hobhouse había temido; presentó un informe notablemente contundente y consiguió la rápida mejora de la asistencia médica en los campos. Aunque Chamberlain no quiso criticar el Ministerio de la Guerra abiertamente, también se sintió consternado por lo que Hobhouse había revelado y aceleró la transferencia de los campos a las autoridades civiles de Sudáfrica. Con una sorprendente rapidez, las condiciones mejoraron: la tasa de mortalidad bajó del 34 por ciento en octubre de 1901 al 7 por ciento en febrero de 1902, y apenas un 2 por ciento en mayo.[23]

Al menos Milner estaba arrepentido. Admitió que los campos eran «un mal negocio, la única cosa —hasta donde me concierne— que justifica los insultos que con tanta ligereza se han lanzado contra nosotros por todo lo que hemos hecho y lo que no». Pero el arrepentimiento, no importa lo sincero que fuera, no podía deshacer el daño. Las revelaciones de Hobhouse sobre los campos desataron una implacable reacción de la opinión pública contra el gobierno. En el Parlamento los liberales aprovecharon la oportunidad. Era la ocasión perfecta para arremeter contra la coalición entre los *tories* y los partidarios de Chamberlain que había dominado la política británica durante casi dos décadas. Ya en junio de 1901, sir Henry Campbell-Bannerman, el jefe del partido, denunció «los métodos bárbaros» que se estaban usando contra los bóers. Ante la Cámara de los Comunes, David Lloyd George, el engreído del ala radical del partido, dijo:

Hacer una guerra de anexión […] contra un orgulloso pueblo significa hacer

> una guerra de exterminio, y desgraciadamente eso es lo que estamos haciendo nosotros mismos ahora, incendiando fincas y expulsando a mujeres y niños de sus hogares […] el salvajismo que necesariamente sigue a esto manchará el nombre de este país.

Y así fue.

Los críticos no solo afirmaban que el imperialismo resultaba inmoral. Según los radicales, también una estafa: pagados por contribuyentes británicos, los soldados británicos luchaban por él, pero beneficiaba solo a una diminuta élite de potentados millonarios como Rhodes y Rothschild. Ese fue el corpúsculo importante del texto de J. A. Hobson: *Imperialism: A Study*, publicado en 1902, donde se afirmaba:

> Todo gran acto político debe recibir la sanción y la ayuda práctica de este pequeño grupo de soberanos financieros […] Como especuladores o agentes financieros constituyen […] el único factor esencial en la economía del imperialismo […] Cada condición […] de su rentable negocio […] los coloca del lado del imperialismo […] No hay guerra […] ni cualquier otra agitación pública, que no sea provechosa para estos hombres; son las arpías que chupan sus ganancias en cada perturbación súbita del crédito público […] La riqueza de estas casas, el nivel de sus operaciones, y su organización cosmopolita las convierte en las principales determinantes de la política económica. Tienen el interés más grande en la cuestión del imperialismo, y los medios más vastos para imponer su voluntad a la política de las naciones […] La finanza es […] el regulador del motor imperial, dirigiendo su energía y determinando su funcionamiento.

Henry Noel Brailsford llevó más lejos la tesis de Hobson en *The War of Steel and Gold: A Study of the Armed Peace* (escrito en 1910, pero no fue publicado hasta 1914). «En la edad heroica —escribía Brailsford—, Helena era el rostro que movía cientos de naves. En nuestra edad de oro, cada vez más ese rostro tiene los astutos rasgos de un financiero hebreo. Para defender los intereses de lord Rothschild y sus colegas tenedores de bonos, primero fue invadido Egipto, y después prácticamente anexionado a Gran Bretaña […] El caso más extremo de todos es quizá nuestra propia guerra en Sudáfrica». ¿No era obvio que la guerra de los bóers había ocurrido para lograr que las minas de oro del Transvaal se mantuvieran con seguridad en manos de sus propietarios capitalistas? ¿No era Rhodes (según el primer ministro radical Henry Labouchere) un simple «chapucero constructor del imperio que siempre ha sido un vulgar empresario disfrazado de patriota, y el mascarón de proa de una banda de astutos financieros judíos con quienes se reparte las ganancias?». Como esas teorías conspirativas modernas que explican cualquier guerra en función del

control de las reservas de petróleo, la crítica radical del imperialismo era sumamente simplista. (Hobson y Brailsford no sabían que Rhodes se había convertido en un lastre durante el sitio de Kimberley.) Y como esas otras teorías modernas que atribuyen un poder siniestro a ciertas instituciones financieras, existe cierto antiimperialismo que contiene una pizca de antisemitismo. Sin embargo, cuando Brailsford decía que era «una perversión de los fines para los que existe el Estado, el que el poder y el prestigio, por los cuales pagamos todos, se utilice para obtener ganancias para aventureros privados», no estaba tan equivocado. «Participamos en el comercio imperial —escribió— con la bandera como un activo indispensable, pero las ganancias van exclusivamente a bolsillos particulares». Esto era en gran parte cierto.

La mayoría de los importantes flujos de dinero generados por el gran capital de Gran Bretaña colocado en inversiones extranjeras llegaba a una élite diminuta formada cuando mucho por unos cuantos centenares de personas. En la cúspide de esa élite se encontraba la Banca Rothschild, cuyo capital combinado en Londres, París y Viena sumaba cuarenta y un millones de libras, convirtiéndolo en la institución financiera más grande del mundo. La mayor parte de los activos del banco estaban invertidos en bonos del Estado, una gran proporción de los cuales se situaban en economías coloniales como Egipto y Sudáfrica. Tampoco hay duda de que la ampliación del poder británico en esas economías generaba abundantes negocios nuevos para los Rothschild. Entre 1885 y 1893, por dar un solo ejemplo, las casas de Londres, París y Frankfurt fueron responsables colectivamente de cuatro grandes emisiones de bonos egipcios por un valor de casi cincuenta millones de libras esterlinas. Incluso más destacable resulta la cercanía de los vínculos que mantenían los Rothschild con los políticos del momento. Disraeli, Randolph Churchill y el conde de Rosebery estaban relacionados de varias formas con ellos tanto social como financieramente. El caso de Rosebery —que fue secretario de Asuntos Exteriores bajo el mandato de Gladstone y lo sucedió como primer ministro en 1894— es particularmente notorio, ya que en 1878 se casó con la sobrina de lord Rothschild, Hannah.

Durante su carrera política, Rosebery mantuvo comunicación regular con los hombres de la familia Rothschild, una correspondencia que revela la intimidad de los vínculos entre el dinero y el poder a finales del imperio Victoriano. En noviembre de 1878 Ferdinand Rothschild sugirió a Rosebery: «Si tiene unos cuantos miles de libras sobrantes (de 9 a 10), podría invertirlas en el nuevo… crédito egipcio que la Cámara planteará la próxima semana». Cuando se incorporó al gobierno después de las noticias de la muerte de Gordon en Jartum, lord Rothschild le escribió en términos reveladores: «[S]u claro juicio y devoción patriótica ayudará al gobierno y salvará el país. Espero que cuide usted de que se envíen grandes refuerzos Nilo arriba. La campaña en el Sudán debe ser un éxito brillante sin fallos». Durante las dos semanas que transcurrieron tras su ingreso en el gobierno, Rosebery se encontró con miembros

de la familia al menos en cuatro ocasiones, incluidas dos cenas. Y en agosto de 1885, solo dos meses después de que la renuncia de Gladstone lo hubiera desplazado del gobierno otra vez, Rosebery recibió cincuenta mil libras del crédito emitido por la casa de Londres. Cuando llegó a ministro de Asuntos Exteriores, Alfred, el hermano de lord Rothschild, le dijo enfáticamente: «De todas partes e incluso desde distantes climas no escuchamos sino expresiones de gran satisfacción por el nombramiento del nuevo ministro de Asuntos Exteriores».

Aunque es difícil encontrar una prueba concluya te de que los Rothschild se beneficiaran materialmente de la política de Rosebery cuando éste ocupó el cargo, en una ocasión al menos les informó con antelación de una importante decisión diplomática. En enero de 1893, utilizó a Reginald Brett para comunicar a New Court la intención del gobierno de reforzar la guarnición egipcia. Brett informó:

> Vi a Natty [lord Rothschild] y a Alfred, y les dije que usted estaba muy agradecido por haberle dado toda la información a su alcance, y por tanto quise que supieran [del envío de refuerzos] antes de que lo leyeran en los periódicos […] Por supuesto estuvieron encantados y muy agradecidos. Natty quería que le comunicara a usted que toda la información y cualquier ayuda que él pueda ofrecerle está siempre a su disposición.

Tampoco fue Rosebery el único político que no logró trazar una separación completa entre sus intereses privados y los públicos. Uno de los principales beneficiarios de la ocupación de Egipto fue el propio Gladstone. A finales de 1857 (posiblemente poco antes de que su rival Disraeli comprase las acciones del canal de Suez), había invertido cuarenta y cinco mil libras esterlinas en el préstamo de la hacienda pública egipcia otomana de 1871 a un precio de apenas 38.[24] Había agregado cinco mil libras esterlinas más hacia 1878 y un año después invirtió otros quince mil en el préstamo otomano de 1854, que también fue respaldado por la hacienda egipcia. Hacia 1882, estos bonos representaban más de un tercio de toda su cartera de acciones. Incluso antes de la ocupación militar de Egipto, éstos resultaron ser una buena inversión: el precio de los bonos de 1871 subió de 38 a 57 en verano de 1882. La ocupación británica reportó al primer ministro incluso mayores ganancias: hacia diciembre de 1882 el precio de los bonos de 1871 subió a 82. En 1891 casi llegaron a 97 (unas ganancias de capital superiores al 130 por ciento sobre la inversión inicial de 1871 solamente). No asombra que Gladstone dijera que la bancarrota del Estado turco era «el más grande de todos los crímenes *políticos*». ¿Carece acaso de importancia que el agente británico y cónsul general en Egipto durante casi un cuarto de siglo desde 1883 fuera un miembro de la familia Baring, detrás de los Rothschild entre las dinastías de la City?

Al rechazo de los métodos empleados por el gobierno para luchar en la guerra se sumaron la preocupación por el coste creciente del conflicto y las oscuras sospechas

sobre quiénes podrían ser sus beneficiarios. El resultado fue un cambio político total. El gobierno, ahora dirigido por el sobrino de Salisbury, el brillante pero frívolo Arthur Balfour, estaba profundamente dividido sobre el mejor modo de costear la guerra. Por desgracia, como luego se vería, Chamberlain aprovechó el momento para defender un restablecimiento de los aranceles proteccionistas. La idea convertiría al imperio en una unión aduanera, con impuestos comunes para todos los artículos importados de fuera del territorio británico: el lema de Chamberlain para el plan era «preferencia imperial». La política incluso había sido probada durante la guerra de los bóers, en la que Canadá había quedado exento de un impuesto pequeño y temporal sobre el trigo y el maíz importados. Esto era, sin embargo, otro esfuerzo por convertir la teoría de una Gran Bretaña ampliada en una práctica política. Pero para la mayoría de los votantes británicos parecía más un intento de restaurar las antiguas leyes del trigo y elevar el precio de los alimentos. La campaña de los liberales contra el imperialismo, ahora ampliamente considerado como un vocablo insultante, culminó en enero de 1906 con uno de los grandes virajes electorales en la historia británica que les dio el poder con una mayoría de 243. La visión de Chamberlain de un imperio del pueblo parecía haberse desvanecido frente a los viejos principios fundamentales insulares de la política nacional británica: pan barato más indignación moral.

Sin embargo, si los liberales creyeron que podrían corresponder a sus votantes con un dividendo de paz antiimperial rápidamente se desengañaron, pues una nueva amenaza a la seguridad del imperio se asomaba claramente en el horizonte. No se trataba de súbditos descontentos (aunque la tormenta inminente en Irlanda durante un tiempo pareció mucho más grande), sino de un imperio rival en la vecina costa del mar del Norte. No era una amenaza que siquiera los liberales partidarios de la paz pudieran permitirse ignorar. Y, con singular ironía, la amenaza la planteaba un pueblo que tanto Cecil Rhodes como Joseph Chamberlain (por no hablar de Karl Pearson) habían considerado igual a la raza angloparlante: el pueblo alemán.

En 1907 Eyre Crowe, un mandarín de Asuntos Exteriores que había nacido en Leipzig, redactó un «Memorándum sobre la situación actual de las relaciones británicas con Francia y Alemania». Su duro mensaje era que el deseo de Alemania de desempeñar «en el escenario mundial un papel mucho más grande e importante que el que se le ha asignado bajo la actual distribución de poder material» podría llevarla «a disminuir el poder de sus rivales, para realzar el suyo ampliando sus dominios, a impedir la cooperación con otros estados, y finalmente a destruir y suplantar el imperio británico».

En la década de 1880, cuando todavía Francia y Rusia parecían ser los principales rivales imperiales de Gran Bretaña, la política británica había sido de conciliación con Alemania. Pero a principios del siglo XX, Alemania planteaba la amenaza más grave para el imperio. El argumento de Crowe no era difícil de sustentar. La economía alemana ya había superado a la británica. En 1870 la población alemana

había alcanzado los 39 millones frente a los 31 millones de Gran Bretaña. Hacia 1913 las cifras eran de 65 a 46 millones. En 1870 el PIB de Gran Bretaña había sido 40 por ciento más alto que el de Alemania. Hacia 1913 el de Alemania era de un 6 por ciento superior al de Gran Bretaña, lo que significaba que la tasa media de crecimiento anual del PIB per cápita había sido superior a medio punto porcentual. En 1880 la participación de Gran Bretaña en la producción manufacturera mundial era del 23 por ciento, la de Alemania del 8 por ciento. En 1913, las cifras eran respectivamente del 14 y 15 por ciento. Entretanto, como resultado del plan del almirante Tirpitz de construir una flota de combate en el mar del Norte, que se inició con la ley naval de 1898, la marina alemana se estaba convirtiendo rápidamente en el rival más peligroso de la Royal Navy. En 1880 el tonelaje de navíos de guerra británicos frente al alemán había mantenido una proporción de siete a uno. Hacia 1914 era menos de dos a uno.[25] Sobre todo, el ejército alemán empequeñecía al de Gran Bretaña con 124 divisiones frente a diez, y cada regimiento de infantería estaba armado con ametralladoras Maxim MGo8. Tampoco servía de mucho incluir las siete divisiones británicas estacionadas en la India para corregir este desequilibrio. En cuanto al número de contingentes, se podía calcular que Gran Bretaña movilizaría 733.500 hombres en caso de guerra, y los alemanes a 4,5 millones.

Los conservadores y los unionistas afirmaron que tenían respuestas para la cuestión alemana: reclutamiento para equiparar al ejército alemán en número de hombres, y aranceles al estilo alemán que contribuyeran a su pago. Pero el nuevo gobierno liberal rechazó ambas medidas por principios. Solo prosiguieron con dos políticas de sus predecesores: el compromiso de alcanzar, y si era posible superar, el nivel de construcción naval alemana, y la política de *rapprochement* con Francia.

En 1904 se llegó con Francia a una Entente Cordiale en relación con una amplia gama de temas coloniales. Por fin los franceses reconocieron el dominio británico en Egipto, a cambio de que los británicos dejaran a los franceses las manos libres en Marruecos. Unos cuantos territorios británicos sin importancia en África Occidental se cedieron a Francia a cambio de que los franceses renunciaran a los derechos de pesca que les quedaban en Terranova. Con la ventaja que da la retrospectiva, habría sido más sensato buscar un entendimiento con Alemania (y efectivamente el propio Chamberlain coqueteó con esa idea en 1899),[26] pero en ese momento la Entente anglofrancesa tenía mucho sentido. Es cierto, parecía haber una serie de áreas potenciales para la cooperación ultramarina angloalemana, no solo en África Oriental, sino en China y el Pacífico, así como en América Latina y Oriente Próximo. Financieramente, había una estrecha cooperación entre bancos británicos y alemanes en proyectos ferroviarios que iban desde el valle del Yangtse en China hasta la bahía de Delagoa en Mozambique. Como Churchill diría más adelante: «No éramos enemigos de la expansión colonial alemana». El mismo canciller alemán dijo en enero de 1913 que «los temas coloniales del futuro apuntan a la cooperación con Gran Bretaña».

Sin embargo, estratégicamente Francia y su aliada Rusia eran los principales rivales de Gran Bretaña en ultramar; y el hecho de dirimir antiguas disputas en la periferia era un modo de liberar los recursos británicos para dar una respuesta al creciente desafío continental de Alemania. El subsecretario adjunto de Asuntos Exteriores Francis Bertie dijo en noviembre de 1901 que el mejor argumento contra una alianza angloalemana era que si se realizaba, «nunca estaríamos a la par con Francia, nuestro vecino en Europa y en muchas partes del globo, ni con Rusia, cuyas fronteras colindan con las nuestras prácticamente en una gran parte de Asia». Por esta Gran Bretaña respaldó a Francia frente a Alemania respecto a Marruecos en 1905 y otra vez en 1911, pese al hecho de que formalmente los alemanes estaban en lo correcto.

Con todo, la francofilia de los liberales, que rápidamente transformó un acuerdo colonial en una alianza militar implícita, era sumamente arriesgada en el aislamiento. Sin preparativos militares adecuados para la eventualidad de una guerra europea, el «compromiso continental» con Francia asumido por el secretario de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey era indefendiblemente peligroso. En teoría podría disuadir a Alemania de lanzarse a la guerra, pero si no era así, y Gran Bretaña se veía obligada a cumplir el compromiso de Grey con los franceses, ¿qué pasaría entonces? Gran Bretaña mantendría su supremacía naval sobre Alemania; en la carrera armamentista los liberales no habían mostrado debilidad. Después de su ascenso al Almirantazgo en octubre de 1911, Churchill incluso subió la apuesta inicial al proponer que se mantuviera un nuevo «60 por ciento de nivel respecto no solo a Alemania sino al resto del mundo». «La Triple Entente está absorbiendo a la Triple Alianza», dijo a Grey en octubre de 1913. Al mes siguiente preguntó bruscamente: «¿Por qué se ha de suponer que no seremos capaces de derrotar [a Alemania]? Un estudio de la fuerza comparativa de la flota en pie de guerra sería tranquilizador». Aparentemente lo era. Antes de la guerra, Gran Bretaña tenía cuarenta y siete buques de guerra con más de sesenta y cuatro cañones (acorazados y cruceros de combate) frente a los veintinueve de Alemania, y disfrutaba de una ventaja numérica similar en prácticamente todos los demás navíos. Además, los cálculos del total de potencia de fuego de las marinas rivales ampliaban todavía más la diferencia entre ellas. Pero Tirpitz nunca había aspirado a construir una flota superior a la de Gran Bretaña, sino tan solo una que fuese lo bastante grande como para conseguir que «incluso el enemigo con el poder marítimo superior, una guerra contra ella implique tales riesgos que amenace su posición en el mundo». Tirpitz explicó al emperador en 1899 que bastaría con una flota que fuera entre dos tercios y tres cuartos del tamaño de la británica, para hacer que Gran Bretaña «conceda a Su Majestad tal medida de influencia marítima que le posibilitaría dirigir una gran política exterior». Esto casi se había conseguido hacia 1914.[27] Para entonces los alemanes estaban produciendo buques de guerra técnicamente superiores.

No estaba tampoco claro que la superioridad naval afectase al resultado de una

guerra terrestre continental; para cuando el bloqueo británico hubiera avasallado la economía alemana, el ejército alemán podría haber llegado a París varios meses atrás. Incluso la comisión de defensa imperial reconoció que la única ayuda significativa que podía ofrecerse a Francia en caso de guerra tendría que provenir del ejército. Sin embargo, debido a la falta de reclutas necesarios, como hemos visto, el ejército británico había quedado empequeñecido por el alemán; y este era el meollo del problema. Los políticos podían intentar sostener que unas cuantas divisiones británicas podrían ser decisivas para una victoria alemana o una francesa, pero en Londres, París y Berlín, los soldados sabían que eso era falso. Los liberales podían de forma creíble o comprometerse a defender a Francia y a implantar el reclutamiento obligatorio, o a una política de neutralidad sin reclutamiento. La combinación que adoptaron (compromiso con Francia sin reclutamiento) resultó fatal. Kitchener, con tono amargo, señaló en 1914: «Nadie puede decir que mis colegas del gabinete no sean valientes. No tienen ejército y han declarado la guerra a la nación con más poderío militar en el mundo».

En 1905 apareció un libro con el misterioso título *The Decline and Fall of the British Empire*. Pretendía haber sido publicado en Tokio en 1905 e imaginaba un mundo en que la India estaba bajo el dominio ruso; Sudáfrica bajo el dominio alemán; Egipto bajo el dominio turco; Canadá sometido a Estados Unidos, y Australia a los japoneses. Se trataba en realidad de un volumen más de la biblioteca de utopías negativas publicadas hasta el momento en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial. Con el paso del tiempo y el aliciente de lord Northcliffe, cuyo *Daily Mail* publicaba tales obras por entregas con generosas condiciones, hubo cada vez más autores que reiteraban las consecuencias potenciales de una amenaza militar alemana al imperio: *The Spies of Wight* (1899) de Headon Hill; *The Riddle of the Sands* (1903), de Erskine Childers; *The Boy Galloper* (también 1903), de L. James; *A Maker of History* (1905), de E. Phillips Oppenheim; *The Invasion of 1910*, de William Le Queux; *The Enemy in our Midst* (1906), de Walter Wood; *The Message* (1907), de A. J. Dawson; *Spies of the Kaiser* (1909), de Le Queux, y *When England Slept* (también en 1909), del capitán Curties. En todos los casos, la premisa era que los alemanes tenían un plan malévolo para invadir Inglaterra o para destruir de algún modo el imperio británico. El miedo se difundió incluso entre los lectores del *Boys' Own Paper*. En 1909 la revista del colegio Aldeburgh Lodge, con bastante ingenio, imaginó cómo serían educados los niños en 1930, suponiendo que para entonces Inglaterra se hubiera convertido en «una islita en la costa occidental de Teutonia». Incluso Saki (Héctor Hugh Munro) intentó realizar una incursión en este tipo de literatura con *When William Came: A Story of London under the Hohenzollerns* (1913).

La *hybris* imperialista (la arrogancia del poder absoluto) había aparecido y desaparecido para ser sustituida por un pronunciado temor a la decadencia y a la repentina caída. Rhodes había muerto. Chamberlain agonizaba. El reparto de África, esos días idílicos de Maxim contra los matabele, de repente parecían un recuerdo lejano. El reparto de Europa, que ahora se volvía inminente, sería el que determinaría el destino del imperio. La respuesta de Baden-Powell fue fundar los Boy Scouts (imitando la antigua Boys' Brigade), el intento con más éxito de los esfuerzos realizados en la época para movilizar a la juventud a favor del imperio. Con su estrafalaria mezcla de equipaje colonial y jerga al estilo de Kipling, el movimiento *scout* ofrecía una versión destilada y aséptica de una vida en la frontera a las generaciones de aburridos habitantes de ciudades. Aunque era sin duda una diversión sana y buena (en efecto su atractivo superó las fronteras del imperio), el propósito político del movimiento fue señalado de modo bastante explícito en la popular obra de Baden-Powell, *Scoutingfor Boys* (1908):

> Siempre hay miembros del Parlamento que tratan de reducir el ejército y la marina con el fin de ahorrar dinero. Solo quieren ser populares entre los votantes de Gran Bretaña, de modo que ellos y el partido a que pertenecen puedan obtener el poder. A estos hombres se les llama «políticos». No consideran el bien del país. La mayoría conocen poco las colonias y les importan muy poco. Si hubieran conseguido antes lo que querían, ahora hablaríamos francés, y si se les permitiera conseguir lo que quieren en el futuro, ya podemos aprender alemán o japonés, porque seremos conquistados por estos pueblos.

Sin embargo, los *scouts* difícilmente podían hacer frente al mayor estado prusiano; un punto señalado precisamente en *The Swoop!, or How Clarence Saved England* (1909) de P. G. Wodehouse, en que un *boy scout* lector del *Daily Mail* encuentra la noticia de que Gran Bretaña ha sido invadida (por los alemanes, los rusos, los suizos, los chinos, Monaco, Marruecos y el «mulah loco»), reducida a un único párrafo entre la puntuación del criquet y los resultados de una carrera hípica.

Los líderes del capitalismo financiero internacional (los Rothschild en Londres, París y Viena; los Warburg en Hamburgo y Berlín) insistían en que el futuro económico dependía de la cooperación angloalemana, no del enfrentamiento. Los teóricos del dominio británico estaban también seguros de que el futuro del mundo estaba en manos de la raza anglosajona. Sin embargo, el nexo que ligaba «anglo» con «sajón» no resultó suficiente para asegurar una relación estable entre una Gran Bretaña ampliada y el nuevo imperio que se extendía entre el Rin y el Oder. Como muchas otras cosas a partir de 1900, la Némesis imperial se encarnó en Alemania.

Imperio en venta

> «Si esta vez somos derrotados, quizá tendremos suerte la próxima. Para mí, está muy claro que esta guerra es el inicio de un largo proceso histórico, al final del cual veremos la caída de la posición mundial de Gran Bretaña… [y] la revolución de las razas de color contra el imperialismo colonial de Europa».
>
> COLMAR VON DER GOLTZ, mariscal de campo, 1915

> «Finalmente, los gestos de desprecio en las caras amarillas de los jóvenes que me encontraba por doquier, los insultos que proferían contra mí cuando estaba a cierta distancia, hicieron mella en mis nervios. Resultaba abrumador y desconcertante. Por entonces yo pensaba que el imperialismo era algo perverso y que sería mejor que renunciase a mi trabajo cuanto antes. En teoría, y en secreto, por supuesto. Yo estaba a favor de los birmanos y en contra de sus opresores, los británicos. En lo referente al trabajo que estaba realizando, lo odiaba más amargamente a medida que lograba sacar algo en claro… Pero me faltaba perspectiva. Todavía no sabía que el imperio británico agonizaba, y menos aún que la cuestión esencial era que los nuevos imperios lo estaban suplantando».
>
> GEORGE ORWELL, «Shooting an Elephant»

En la última década de la era victoriana, un estudiante desconocido hizo una profecía sobre el destino del imperio británico en el siglo venidero:

> Puedo ver que habrá grandes cambios en el mundo hoy pacífico: enormes sublevaciones, terribles luchas, guerras que nadie puede imaginar; y os digo que Londres correrá peligro, Londres será atacada y yo tendré un papel muy importante en su defensa […] Veo lo que haréis. Veo el futuro. El país sufrirá de algún modo una tremenda invasión […] pero os digo que estaré al mando de la defensa de Londres y la salvaré junto con el imperio del desastre.

Winston Churchill tenía solo diecisiete años cuando dijo estas palabras a un compañero de Harrovian, Murland Evans. Eran asombrosamente proféticas. Churchill, efectivamente, salvó Londres y también Gran Bretaña. Pero al final ni siquiera él pudo salvar el imperio británico.

A lo largo de la vida de un hombre, ese imperio (que no había alcanzado su máxima extensión cuando Churchill pronunció su profecía en 1892) se deshizo. Cuando Churchill murió en 1965, todas sus partes más importantes habían

desaparecido. ¿Por qué? Los relatos tradicionales de la «descolonización» tienden a dar el crédito (o a echar la culpa) a los movimientos nacionalistas de las colonias, desde el Sinn Fein en Irlanda al Partido del Congreso en la India. El fin del imperio era presentado como el triunfo de los «luchadores de la libertad» que desde Dublín hasta Delhi se alzaron en armas para liberar a sus pueblos del yugo colonial, lo cual es erróneo. Durante todo el siglo XX, las principales amenazas —y las alternativas más plausibles— al dominio británico, no fueron los movimientos nacionales de independencia, sino otros imperios.

Estos imperios alternativos eran notoriamente más duros en el trato a los pueblos subordinados que Gran Bretaña. Incluso antes de la Primera Guerra Mundial, el dominio belga sobre el Congo teóricamente «independiente» se había convertido en sinónimo de abuso de los derechos humanos. Las plantaciones de caucho y los ferrocarriles de la Asociación Internacional fueron construidos con trabajo esclavo y las ganancias iban directamente a los bolsillos del rey Leopoldo II.[1] Fue tal la rapacidad de su régimen que el coste en vidas humanas debido a los asesinatos, el hambre, la enfermedad, la reducción de la fertilidad, ha sido estimado en diez millones de personas, la mitad de la población existente. No hay nada exagerado en la imagen del «horror» en *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Dos británicos denunciaron lo que estaba ocurriendo en el Congo: el cónsul británico Roger Casament, y un modesto empleado de Liverpool llamado Edmund Morel, que advirtió que enormes cantidades de caucho estaban siendo exportadas desde Bélgica, pero que no ingresaban prácticamente artículos de importación excepto armas. La campaña de Morel contra el régimen belga fue (como dijo) «un llamamiento a los cuatro principios: a la piedad humana en todo el mundo, al honor británico, a las responsabilidades imperiales británicas en África; [y] a los derechos comerciales internacionales *coincidentes e inseparables de las libertades económicas y personales naturales*». Es cierto que el imperio británico no había tratado a los esclavos africanos en Jamaica mucho mejor en el siglo XVIII. Pero la comparación correcta debe hacerse entre estos otros imperios y el imperio británico en el siglo XX. Con esa base, ya antes de la Primera Guerra Mundial las diferencias se estaban poniendo de manifiesto, y no solo en comparación con el dominio belga.

La revista satírica alemana *Simplicissimus* mostraba esto con desenfado en 1904 en una caricatura que comparaba las diversas potencias coloniales. En la colonia alemana se enseñaba el paso de oca incluso a jirafas y cocodrilos. En la francesa, las relaciones entre las razas eran de una intimidad que rozaba la indecencia. En el Congo simplemente se cocinaba a los nativos en una hoguera al aire libre y el rey Leopoldo se los comía. Pero las colonias británicas eran decididamente más complejas que las demás. En ellas, un comerciante obligaba a beber whisky a un nativo, un soldado le sacaba hasta el último penique pasándolo por una prensa, un misionero lo obligaba a oír un sermón. En realidad las diferencias eran más profundas y se iban acentuando. Los franceses no se comportaban mucho mejor que los belgas

en la parte del Congo que poseían: el descenso de población fue parecido. También en Argelia, Nueva Caledonia e Indochina, hubo una política sistemática de expropiación de tierras a los nativos que convertía en una burla la retórica gala sobre la ciudadanía universal. La administración alemana de ultramar no era mucho más liberal. Cuando los hereros trataron de resistir a las usurpaciones de los colonos en 1904, el teniente general Lothar von Trótha lanzó una proclama que declaraba que «todo herero que sea encontrado armado o desarmado, que tenga ganado o no lo tenga, ha de ser fusilado».

Aunque esta orden de aniquilación (*Vernichtungbefehl*) fue suspendida después, los hereros disminuyeron de cerca de ochenta mil en 1903 a apenas veinte mil en 1906. Von Trotha recibió por esto la condecoración militar más alta, *Pour le Mérite*. El levantamiento de Maji Maji en África Oriental en 1907 fue aplastado con igual dureza.

Tampoco deben limitarse las comparaciones a las potencias de Europa Occidental. La dominación colonial japonesa en Corea (protectorado desde 1905 y colonia gobernada directamente por Tokio a partir de 1910) fue abiertamente represiva. Cuando cientos de miles de coreanos salieron a manifestarse en las calles apoyando la Declaración de Independencia de Yi-Kwang-su —el llamado Movimiento del Primero de Marzo—, las autoridades japonesas reaccionaron brutalmente. Más de seis mil coreanos fueron asesinados, catorce mil heridos y cincuenta mil sentenciados a prisión. Debemos también recordar el carácter del dominio ruso en Polonia, la Irlanda de Europa Central, y en el Cáucaso, donde se extendía hasta Batum en el mar Negro y Astara en el mar Caspio; en las provincias de Asia Central de Turkestán y Turkmenistán; y en Extremo Oriente, donde el nuevo ferrocarril transiberiano hacía llegar los decretos del zar hasta Vladivostok y finalmente en Manchuria. De seguro que hubo semejanzas entre la colonización rusa de la estepa y la colonización aproximadamente coetánea de la pradera americana en Estados Unidos. Pero también hubo diferencias. En sus colonias europeas los rusos adoptaron agresivas políticas de «rusificación»; la coerción ejercida sobre los polacos iba en aumento mientras que los británicos debatían el autogobierno para Irlanda. En Asia Central la resistencia contra la colonización rusa no encontró modos de establecer un compromiso; una revuelta de los musulmanes en Samarcanda y Semirechie en 1916 fue reprimida sangrientamente y se calcula que los rebeldes muertos fueron cientos de miles.

Sin embargo, todo esto quedaría reducido a la insignificancia frente a los crímenes de los imperios ruso, japonés, alemán e italiano durante las décadas de 1930 y 1940. Cuando Churchill llegó a primer ministro en 1940, las alternativas más probables al dominio británico eran la Esfera de Prosperidad Común de la Gran Asia Oriental de Hirohito, el Reich de mil años de Hitler y la Nueva Roma de Mussolini. Tampoco podía despreciarse la amenaza de la Unión Soviética de Stalin, aunque hasta después de la Segunda Guerra Mundial la mayor parte de sus esfuerzos se

dedicaron a aterrorizar a sus propios súbditos. El asombroso coste de combatir contra estos rivales imperiales arruinó en última instancia al imperio británico. En otras palabras, el imperio se deshizo no porque hubiera oprimido a los pueblos durante siglos, sino porque empuñó las armas durante unos pocos años contra imperios mucho más opresivos. Hizo lo que debía hacer, sin que importara el coste. Y por eso el renuente heredero final del poder global británico no fue uno de los imperios malignos del Este, sino la antigua colonia de Gran Bretaña con más éxito.

WELTKRIEG

En 1914, Winston Churchill era el primer lord del Almirantazgo, el ministro responsable de la flota más grande del mundo. El audaz y engreído corresponsal de guerra que se había hecho famoso cubriendo la victoria de Omdurman y las parodias de la guerra de los bóers, se había incorporado al Parlamento en 1901 y, tras un breve período de diputado conservador sin cargo específico, cambió de bando y medró rápidamente hasta llegar a las primeras filas del Partido Liberal.

Nadie tenía una conciencia más aguda que Churchill de la amenaza que significaba Alemania para la posición mundial de Gran Bretaña, ni había nadie más decidido que él a salvaguardar la supremacía naval británica, sin preocuparse de cuántos nuevos acorazados construyeran los alemanes. Sin embargo, hacia 1914, como hemos visto, se sentía confiado: en su opinión, «la rivalidad naval […] había dejado de ser un motivo de fricción» con Alemania, ya que «era seguro que no seremos superados». Sobre las cuestiones coloniales también parecía haber espacio para un compromiso angloalemán, incluso para la cooperación. Ya en 1911 los estrategas militares británicos suponían que, en caso de una guerra europea, cualquier fuerza expedicionaria británica sería desplegada en Asia Central; en otras palabras, se daba por sentado que el enemigo en tal guerra sería Rusia. Entonces, en el verano de 1914, una crisis en otro imperio, en la provincia austrohúngara de Bosnia-Herzegovina, llevó al imperio británico y al alemán inesperadamente a una desastrosa colisión.

Como muchos otros estadistas de la época, Churchill se vio tentado a explicar la guerra como una especie de desastre natural:

> [Las] naciones, en aquellos días [eran] prodigiosas organizaciones de fuerzas […] que, como planetas, no podían aproximarse en el espacio sin […] crear fuertes reacciones magnéticas. Si se acercaban mucho empezaban a relampaguear, y más allá de cierto punto podían salirse por completo de sus órbitas […] y verse empujadas a una obligada colisión.

En realidad, la Primera Guerra Mundial se produjo porque tanto los políticos como los generales de ambos bandos calcularon mal. Los alemanes creían (y no sin fundamento) que los rusos estaban superándolos militarmente, de modo que se arriesgaron a realizar un ataque preventivo antes de que la brecha estratégica creciera aún más.[2] Los austríacos no percibieron que el derrocamiento de Serbia, aunque fuera útil en su guerra contra el terrorismo balcánico, los sumergiría en una conflagración a escala europea. Los rusos sobrestimaron su propia capacidad militar casi en el mismo grado que los alemanes; ignoraron tercamente las pruebas de que su sistema político se resquebrajaría con la tensión de una nueva guerra iniciada poco después del fiasco de la derrota ante Japón en 1905. Solo los franceses y los belgas no tenían más alternativa que pelear, puesto que los alemanes los invadieron.

Los británicos también tuvieron la libertad de equivocarse. En ese momento, el gobierno afirmó que la intervención era una cuestión de obligación legal porque los alemanes habían incumplido los términos del tratado de 1839 que establecía la neutralidad belga, el cual habían suscrito todas las potencias. En realidad, Bélgica era un pretexto. Los liberales fueron a la guerra por dos razones: primero, temían las consecuencias de una victoria alemana sobre Francia, imaginando que el kaiser era el nuevo Napoleón que ocuparía el continente y amenazaría el canal de la Mancha. Podía tratarse de un temor legítimo o no; pero si los liberales lo creían así, entonces no habían hecho lo suficiente para disuadir a los alemanes, y los conservadores habían acertado al presionar por el reclutamiento. La segunda razón para ir a la guerra era una cuestión de política nacional, no de estrategia a largo plazo. Desde su triunfo en 1906, los liberales habían visto que su apoyo electoral se había ido desvaneciendo. Hacia 1914, el gobierno de Herbert Asquith estaba al borde del hundimiento. Dado el fracaso de su política exterior para evitar una guerra europea, él y sus colegas de gabinete deberían haber renunciado, pero temían volver a la oposición. Es más, temían el regreso de los conservadores al poder. En parte fueron a la guerra para mantener alejados a los conservadores.

Las imágenes familiares de la Primera Guerra Mundial son la «tormenta de acero» en el Somme y el fangoso infierno de Passchendaele. Como la guerra comenzó en Sarajevo y terminó enVersalles, solemos pensar todavía que se trató de un conflicto básicamente europeo. Ciertamente, el objetivo alemán era «eurocéntrico»: el primer objetivo era derrotar a Rusia, por lo que el inmenso empuje del ejército alemán al norte de Francia era simplemente un medio para tal fin, concebido para proteger la retaguardia de Alemania destruyendo, o al menos hiriendo gravemente, al principal aliado del zar. Analizada con más detenimiento, no obstante, la guerra fue una colisión global de imperios, comparable en su amplitud geográfica a las guerras británicas contra Francia en el siglo XVIII, que habían terminado un siglo atrás.

Fueron los alemanes los que primero hablaron de la guerra como *der Weltkrieg* (la

guerra mundial); los británicos preferían el término «guerra europea» o, posteriormente, la «gran guerra». Conscientes de su propia vulnerabilidad en una guerra en dos frentes en Europa, los alemanes procuraron globalizar el conflicto y distraer los recursos británicos fuera de Europa, debilitando su dominio en la India. Se suponía que el verdadero fulcro de esta nueva guerra imperial no debía ser Flandes, sino la puerta de la India, Oriente Próximo.

Greenmantle, de John Buchan, es un novelón de aventuras aparentemente cogido por los pelos que gira en torno a una conspiración alemana para debilitar el imperio británico al promover una guerra santa islámica. A primera vista, la historia es una de las más fantasiosas de Buchan:

—Un viento seco está batiendo Oriente, y las hierbas secas esperan la mecha que las encienda. Y ese viento sopla hacia la frontera india. ¿De dónde crees que viene ese viento? ¿Tienes alguna explicación, Hannay?

—Parece que el islam tiene un papel importante en el asunto del que habíamos creído —dije.

—No te equivocas… Hay una yihad en ciernes. La cuestión es ¿cómo?

—Que me cuelguen si lo sé —dije—, pero apuesto a que no se realizará sin un hatajo de robustos oficiales alemanes con cascos prusianos…

—De acuerdo… Pero supón que se hayan investido de una potestad sagrada, algo santo… que enloqueciera al campesino musulmán más apartado con ensueños del Paraíso. ¿Qué ocurriría entonces, amigo?

—Entonces sería terrible el caos que se desataría en breve en esas partes.

—Caos que puede propagarse. Más allá de Persia, recuérdalo, está la India.

A esto añade Sandy Arbuthnot, el camarada de Hannay: «Alemania no puede engullir a los franceses y a los rusos cuando están precavidos, pero está tratando de apoderarse de todo Oriente Próximo primero para poder aparecer como conquistadora con el control de la mitad del mundo prácticamente en sus manos». Todo parece perfectamente absurdo; y la posterior aparición de dos villanos alemanes ridiculamente caricaturizados, el sádico Von Stumm y la *femme fatale* Von Einem, solo sirve para subrayar el aspecto cómico. Sin embargo Buchan basaba su argumento en informes veraces de los servicios de inteligencia a los cuales tenía acceso privilegiado.[3] Una investigación ulterior ha confirmado que los alemanes, efectivamente, promovieron una *yihad* islámica contra el imperialismo británico.

Turquía era el eje de la estrategia global de los alemanes, sobre todo porque su capital Estambul (entonces llamada Constantinopla) se situaba sobre el Bosforo, el estrecho canal que separa el mar Mediterráneo del mar Negro, es decir, Europa de Asia. En la época del poder naval, este era uno de los puntos estratégicos del mundo, sobre todo porque a través del estrecho de los Dardanelos se realizaba gran parte del comercio con Rusia. En época de guerra, una Turquía enemiga podía amenazar no

solo el flujo de suministros a Rusia, sino también las líneas de comunicación británicas con la India. Por estas razones los alemanes se habían esforzado mucho en asegurarse una alianza con Turquía en los años previos a 1914. El kaiser Guillermo II había visitado dos veces Constantinopla, en 1889 y 1898. Desde 1888 el Deutsche Bank había desempeñado un papel principal en la financiación del ferrocarril Berlín-Bagdad.[4] Los alemanes también les ofrecieron su experiencia militar. Entre 1883 y 1896 el general alemán Colmar von der Goltz estuvo empleado por el sultán para modernizar el ejército. Otro alemán, Otto Liman von Sanders, fue nombrado inspector general en 1913.

El 30 de julio de 1914, incluso antes de que los turcos se hubieran comprometido finalmente a luchar del lado de Alemania, el kaiser ya estaba planeando el siguiente movimiento en estos términos:

> Nuestros cónsules y agentes en Turquía y la India […] deben encender en todo el mundo musulmán una implacable rebelión contra esta odiosa, falsa, mentirosa y sin escrúpulos nación de tenderos, pues aunque tengamos que desangrarnos hasta morir, Inglaterra ha de perder por lo menos la India.

En noviembre de 1914, el sultán turco, el jefe espiritual de los musulmanes sunníes, respondió como era de esperar a las incitaciones de Alemania declarando la guerra a Gran Bretaña y a sus aliados. Dado que apenas la mitad de los 270 millones de musulmanes estaban bajo el dominio británico, francés o ruso, este podría haber sido un golpe maestro de la estrategia alemana. Tal como los alemanes esperaban, los británicos respondieron a la amenaza turca desviando hombres y recursos militares del frente occidental hacia Mesopotamia (el actual Irak) y los Dardanelos.

El estado mayor general alemán había marchado a la guerra sin pensar mucho en Gran Bretaña. En comparación con su vasto ejército, la fuerza expedicionaria británica era realmente, como dijo el kaiser, «despreciablemente» pequeña. Henry Wilson, el director de las operaciones militares a partir de 1910, admitió francamente que seis divisiones eran «cincuenta menos» de las necesarias. Sin embargo, Alemania no estaba combatiendo solo contra el ejército británico, sino contra la Gran Bretaña ampliada que dominaba una cuarta parte del planeta. La respuesta británica a una declaración de guerra mundial fue movilizar sus fuerzas imperiales a una escala sin precedentes.

Simbólicamente, los primeros tiros disparados en tierra por tropas británicas el 12 de agosto de 1914, apuntaron a la estación inalámbrica alemana en Kamina, en Togolandia. Pronto los combates se extendieron a todas las colonias africanas de Alemania (Togolandia, Camerún, África del Sudoeste y África Oriental). Aunque se olvida con frecuencia, la Primera Guerra Mundial fue tan «total» en África como lo

permitieron los recursos. A falta de una extendida red de ferrocarriles y bestias de carga seguras, había solo una solución al problema de logística: los hombres. Más de dos millones de africanos se pusieron al frente en la Primera Guerra Mundial, casi todos como porteadores de suministros, armas y heridos, y aunque estaban lejos de los campos de Flandes, estos olvidados auxiliares vivieron una experiencia tan horrorosa como la de las tropas más expuestas en la línea del frente en Europa. No solo estaban mal alimentados y trabajaban en exceso; una vez fuera de sus localidades habituales, eran tan vulnerables a las enfermedades como sus amos blancos. Aproximadamente una quinta parte de los africanos empleados como porteadores murieron, muchos de ellos víctimas de la disentería, que causó estragos en todos los ejércitos coloniales en los trópicos. En África Oriental, 3.156 soldados blancos murieron en cumplimiento de su deber; de éstos, menos de un tercio fueron víctimas de actos hostiles. Ahora bien, si se incluyen los soldados y los porteadores negros, los muertos superan los cien mil.

La lógica habitual de la dominación blanca en África era que ésta le confería el beneficio de la civilización. La guerra hizo mofa de esta afirmación: «Tras nosotros quedan campos destruidos, almacenes saqueados y, para el futuro cercano, la hambruna», escribió Ludwig Deppe, médico del ejército alemán en África Oriental. «Ya no somos representantes de la cultura; nuestro rumbo está marcado por la muerte, el saqueo y los pueblos evacuados, exactamente como ocurrió en la guerra de los Treinta Años con el avance de nuestros ejércitos y el del enemigo».

Se suponía que la clave del poder mundial británico era la Royal Navy. Su actuación en la guerra fue decepcionante. Resultó incapaz de destruir a la marina alemana en el mar del Norte; el gran encuentro entre las flotas de superficie, en Jutlandia, fue uno de los grandes empates de la historia militar, lo cual se debió, en parte, al atraso técnico. Aunque Churchill había conseguido que la flota empleara petróleo en vez de carbón antes de que comenzara la guerra, los británicos estaban a la zaga de los alemanes en la precisión de tiro de su artillería, sobre todo porque el Almirantazgo se había negado a adoptar el instrumento de calibración para el campo de tiro Argo Clock, que compensaba el balanceo de la nave. Los alemanes también eran superiores en la comunicación inalámbrica, aunque solían emitir «claramente», es decir, con códigos fácilmente descifrables. La Royal Navy, en cambio, seguía con las señales de semáforo de la época de Nelson, que si bien el enemigo no podía leer a distancia, tampoco las podían descifrar fácilmente los destinatarios de las señales.

Sin embargo, la Royal Navy logró interrumpir el comercio marítimo alemán fuera del Báltico. No solo barrió despiadadamente la marina mercante alemana a los pocos meses del estallido de la guerra; por órdenes del consejo de marzo de 1915, incluso los barcos neutrales sospechosos de llevar suministros a Alemania podían ser abordados, registrados y, si se encontraba contrabando, saqueados. Aunque estas tácticas causaron irritación en el extranjero, la respuesta alemana de una guerra submarina ilimitada causó mucha más indignación, especialmente cuando fue

hundido sin avisar el *Lusitania*, con más de cien pasajeros estadounidenses a bordo. Hay que admitir que por un momento en la primavera de 1917 pareció que los ataques submarinos sin cuartel bloquearían gravemente las importaciones británicas de alimentos (en el mes de abril, uno de cada cuatro navíos que salía de los puertos británicos era hundido). Pero el redescubrimiento del sistema de convoyes, empleado por el Almirantazgo en la época de Nelson, inclinó la guerra naval en favor de Gran Bretaña.



Postal francesa con soldados indios y británicos, Nantes, c. 1916.

Mucho más impresionante era el potencial militar del imperio británico en tierra. Un tercio de las tropas reunidas por Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial procedía exclusivamente de las colonias. Las aportaciones más famosas provinieron de las colonias más remotas. Nueva Zelanda envió cien mil hombres y mujeres (como enfermeras) a ultramar, una décima parte de toda su población. Al estallar la guerra, Andrew Fisher, el líder del Partido Laborista australiano, nacido en Escocia, prometió «defender la madre patria hasta el último hombre y hasta el último chelín». La afluencia inicial de voluntarios fue impresionante, aunque es significativo que un alto porcentaje de voluntarios australianos hubiera nacido en Gran Bretaña (lo mismo ocurrió con los voluntarios canadienses), y que el reclutamiento fuera rechazado después en dos referendos. J. D. Burns, de Melbourne, supo captar el ánimo de feliz lealtad que invadía a estos inmigrantes de primera generación:

> *Los cornos de Inglaterra soplan sobre el mar, suenan a través de los años, y ahora me llaman. Me despiertan del sueño al romper el día, los cornos de Inglaterra: ¿y cómo podría quedarme?*

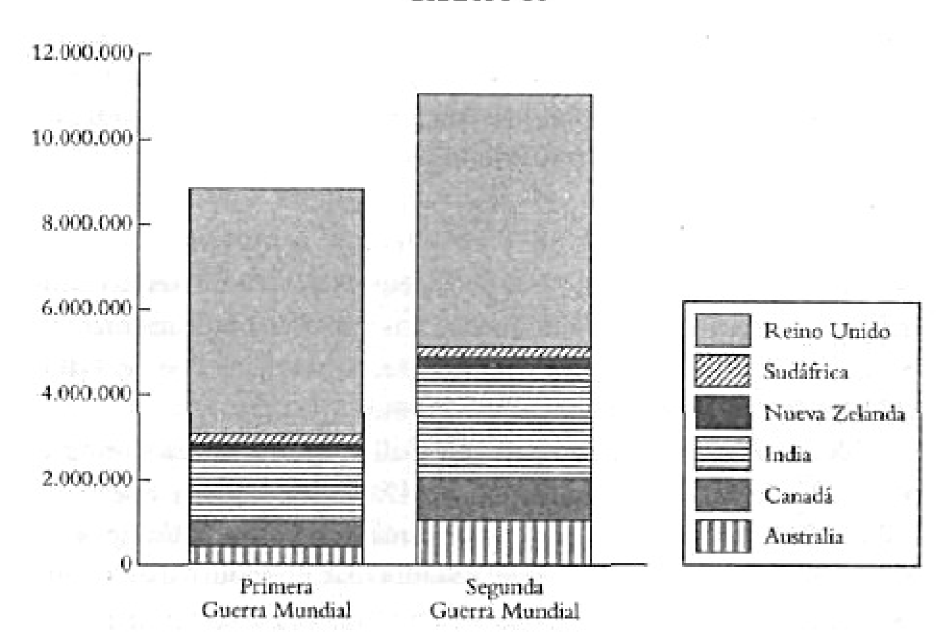
Aunque al principio los comandantes británicos eran reacios a confiar en los

soldados de las colonias, pronto llegaron a apreciar su calidad. Los australianos en particular eran considerados los más feroces en el combate junto con los regimientos escoceses de las Highlands: los «Diggers» eran «diablos con faldas» temidos por el enemigo.

Quizá el símbolo supremo del esfuerzo bélico imperial fue el cuerpo imperial de camelleros, formado en 1916. Aunque los australianos y los neozelandeses representaban cerca de tres cuartas partes de su fuerza total, también había elementos de Hong Kong y Singapur, voluntarios de la policía montada de Rhodesia, un inspector de minas sudafricano, que había luchado contra los británicos en la guerra de los bóers, un horticultor de las Montañas Rocosas canadienses y un pescador de perlas de Queensland.

Sin embargo, sería un error pensar que la contribución imperial al esfuerzo bélico provino principalmente de los dominios blancos. Al estallar la guerra, el hombre que se convertiría en el líder espiritual y político más famoso de la India dijo a sus compatriotas: «Somos, sobre todo, ciudadanos británicos del gran imperio británico. Luchar como los británicos están haciendo ahora en una causa justa por el bien y la gloria de la civilización y la dignidad humanas […] es nuestro deber: hacer lo que podamos para apoyar a los británicos, luchar con nuestra vida y nuestra propiedad». Muchos miles de indios compartían los sentimientos de Gandhi. En el otoño de 1914, cerca de un tercio de las fuerzas británicas en Francia provenían de la India; al final de la guerra más de un millón de indios habían servido en ultramar, casi tantos como los que procedían de los cuatro dominios blancos en su conjunto. «El combate es extraño —escribió el encargado de señales Kartar Singh a su hermano desde el frente occidental—. Sobre la tierra, bajo la tierra, el cielo, el mar. Por todas partes. Con razón la llaman guerra de reyes. Es la obra de hombres de gran inteligencia». Como bien sugiere este testimonio, los indios no parecían reclutas reacios; en realidad, eran todos entusiastas voluntarios. Como explicaba Kartar Singh:

> Nunca tendremos otra oportunidad de exaltar el nombre de la raza, del país, de los ancestros, de los padres, de la aldea y de los hermanos, y de probar nuestra lealtad al gobierno […] Nunca habrá una lucha tan encarnizada […] La comida y la ropa, todo es de lo mejor; nada falta. Los carros traen las raciones hasta las trincheras […] Vamos cantando cuando marchamos y no nos preocupamos de que vamos a morir.



Total de hombres movilizados por el imperio británico en las dos guerras mundiales.

No fueron los estudiantes educados en Horace y Moore los únicos que creían que «dulce et decorum est pro patria mori». Es cierto que hubo tres motines de soldados musulmanes en Irak que se negaron a combatir contra sus correligionarios (una prueba más de que *Greenmantle* tenía fundamento). Pero fueron la excepción a la regla de lealtad y gran valor.[5]

Solo cuando fueron maltratados, los soldados de las colonias cuestionaron la legitimidad de las exigencias que les hacía el imperio. A los hombres del regimiento británico de las Indias Occidentales, por ejemplo, les ofendía que solo fueran empleados en la peligrosa tarea pero poco distinguida de llevar las municiones. Claramente, los oficiales británicos les mostraban poco respeto, como se lamentaba un sargento de Trinidad en 1918: «No somos tratados ni como cristianos ni como ciudadanos británicos, sino como "negros" de las Indias Occidentales, sin que nadie se preocupe ni se interese por nosotros. En vez de atraernos más a la Iglesia y al imperio se nos aleja de ellos». Sin embargo, parecidas quejas podían escucharse en todas partes de la fuerza expedicionaria británica,[6] una empresa completamente multinacional, que, a diferencia de sus homologas austríaca y rusa, en cierta medida pudo resistir profundas divisiones étnicas y con frecuencia un deplorable liderazgo.

Se suele decir que (y sobre todo lo dicen sus descendientes) los australianos y los neozelandeses fueron los mejores combatientes del bando británico durante la Primera Guerra Mundial. Fue en Gallípoli donde fueron por primera vez puestos a prueba.

Hubo dos tipos de campaña en Gallípoli: una operación naval para romper las defensas turcas en los Dardanelos, y una operación militar de las tropas de tierra en la misma península de Gallípoli. Si hubieran estado adecuadamente coordinadas podrían haber tenido éxito, pero nunca lo estuvieron. El responsable naval era ni más ni menos que Churchill, que confiaba en que los fuertes turcos a lo largo de los Dardanelos serían aplastados «al cabo de dos o tres días». No sería la última vez en su larga carrera que buscase una salida fácil para ganar una guerra europea; ni la última vez que el «punto débil» del enemigo resultara ser más fuerte de lo esperado. En realidad, el ataque naval en los Dardanelos casi tuvo éxito. Dos veces —el 3 de noviembre de 1914 y el 19 de febrero de 1915—, los fuertes turcos quedaron gravemente afectados por los bombardeos aliados. En la segunda ocasión, una fuerza de marinos e infantes de marina logró desembarcar. Pero hubo un retraso innecesario, seguido por el desastre del 18 de marzo cuando se hundieron tres naves como resultado de una descuidada limpieza de minas.

Kitchener decidió entonces que la tarea debía ser asumida por el ejército. Cinco semanas después, en una operación anfibia que parecía un ensayo general del Día D de la siguiente guerra mundial, ciento veintinueve mil soldados desembarcaron en las playas de la península. Los hombres del ejército de Australia y Nueva Zelanda —llamados anzacs abreviadamente— eran solo una parte de una gran fuerza aliada que incluía regulares británicos, reservistas novatos, gurkas e incluso tropas coloniales de Senegal. La idea era sencilla: establecer puentes en la costa y después avanzar hacia la propia Constantinopla, a unos ciento sesenta kilómetros al nordeste. Churchill (siempre aficionado a los casinos) admitió en privado que fue la baza más grande que nunca había apostado, apuesta que finalmente costaría más de doscientas cincuenta mil bajas aliadas.

Al amanecer del día 25 de abril los australianos y los neozelandeses se acercaron a la playa en forma de media luna que se encuentra en el lado occidental de la península y que desde entonces es llamada «caleta Anzac». Probablemente debido a las fuertes corrientes, habían desembarcado como a más de un kilómetro bastante al norte. Sin embargo, los turcos (entre ellos el futuro presidente, Mustafá Kemal) rápidamente llegaron al escenario y pronto las tropas que desembarcaban se vieron bajo una granizada letal de disparos de rifle y metralla. Solo durante el primer día perecieron quinientos anzacs; dos mil quinientos fueron heridos. Aunque hay indicios de que algunos de los soldados sintieron pánico al recibir disparos por primera vez, el verdadero problema era el terreno, pues la caleta Anzac estaba rodeada de un muro natural de piedra blanda pardusca con muy pocas matas para cubrirse. Los hombres que se hallaban en la playa fueron un blanco fácil para los francotiradores turcos. Cuando hoy uno sube a esta montaña, todavía pueden distinguirse las líneas de las trincheras: las que los anzacs cavaron apresuradamente en la tierra batida por el sol, y las de los turcos, que prepararon cuidadosamente siguiendo las instrucciones alemanas.

Entre los hombres de la infantería australiana había dos hermanos, Alex y SamWeingott de Annandale, un suburbio de Sidney, hijos de un próspero fabricante de tejidos judío que había huido de la persecución en la Polonia rusa para comenzar una nueva vida en el imperio británico. Alex, el mayor, fue muerto al cabo de una semana, pero Sam sobrevivió a la primera embestida. Su diario, que todavía se conserva, en modo alguno es una gran obra de literatura bélica, pero transmite vívidamente la intensidad de la lucha en la caleta Anzac: la proximidad del enemigo, el efecto letal de la metralla y la aterradora fugacidad de la vida en primera línea del frente:

> *Domingo, 25 de abril*
>
> Llegamos a la península de Gallípoli a las cinco en punto de la madrugada, cuando los acorazados abrieron fuego contra el enemigo. Lucha con los turcos desde el mediodía del domingo hasta que salió el sol el lunes. La metralla me alcanzó el hombro. Nuestros camaradas sufren graves bajas.
>
> *Lunes, 26 de abril*
>
> […] Combatiendo al enemigo durante todo el día. Sus cañones causan graves daños. La mayoría de nuestros compañeros han sido aniquilados.
>
> *Viernes, 30 de abril*
>
> […] Intenso fuego durante el día. Los francotiradores todavía siguen actuando y matan a muchos compañeros en la playa. Un indio cogió a uno y le cortó la cabeza.
>
> *Miércoles, 5 de mayo*
>
> Fui a la línea de fuego a las siete en punto de la mañana y salí a la una en punto de la noche. Una buena refriega contra el enemigo y disparé cerca de 250 tiros. El enemigo ha causado graves daños con la metralla y casi me da el fulminante de una bomba. Intenso fuego de metralla durante el día. Los turcos tienen buena puntería. Fui a las trincheras a las dos de la mañana. Sigo allí todo el tiempo. Los cadáveres fuera de la trinchera comienzan a apestar.
>
> *Lunes, 17 de mayo*
>
> El enemigo mantiene un intenso fuego de artillería y su puntería es muy precisa. Mi compañero recibió un disparo en el corazón mientras dormía […] Una bomba explotó en nuestra trinchera, y mató o hirió gravemente al capitán Hill.

Martes, 18 de mayo

Los turcos nos hacen la vida imposible. Los hombres a mi lado vuelan en pedazos. Más de cincuenta proyectiles disparados. Golpe moral tremendo en las tropas. Muchos han perdido los nervios. Las trincheras vuelan en pedazos. Trabajamos toda la noche arreglándolas.

Sábado, 29 de mayo

Tremendo bombardeo de los cañones enemigos que comenzó a las tres de la mañana. Disparan a quemarropa causando graves daños en nuestras trincheras. Un proyectil me estalló en la cara y aunque no me hirió me desmayé durante unos minutos. Mi fusil ha quedado irreconocible. Desanimado el resto del día.

Martes, 1 de junio

La artillería sigue disparando. Los ingenieros volaron una parte de las trincheras del enemigo […] Los morteros hacen mucho daño durante la noche. Me han nombrado soldado de primera clase de una sección y me siento muy orgulloso.

Miércoles, 2 de junio

Oí al teniente Lloyd decir que yo sería un buen suboficial, pues no tenía miedo de nada. La artillería del enemigo está muy activa.

Fueron las últimas notas del diario de Sam Weingott. Tres días después recibió un disparo en el vientre. Murió en el buque hospital a las pocas horas de ser evacuado.

Pese al intento de romper en agosto el cerco, los anzacs simplemente no pudieron superar la tenaz defensa turca de la parte alta. Y ocurrió más o menos lo mismo dondequiera que las fuerzas aliadas atacaban. Los ataques frontales de la infantería simplemente resultaban suicidas si las cañoneras de la Royal Navy no podían silenciar las ametralladoras y la artillería turcas. El empate pronto fue tan completo como en el frente occidental —«la espantosa guerra de trincheras», como la llamaba el infortunado comandante en jefe británico, sir Ian Hamilton— mientras los problemas de suministros y condiciones de salubridad empeoraban. Entre amargas recriminaciones y eludiendo responsabilidades, Churchill suplicaba que se le diera más tiempo. El 21 de mayo escribió a Asquith: «Dejadme resistir o caer en los Dardanelos, pero no me lo quitéis de las manos». Asquith le replicó con franqueza: «Usted debe asumir como algo decidido que no ha de permanecer en el Almirantazgo». Engañado con concederle el ducado de Lancaster, la carrera política de Churchill parecía haber llegado a su fin. Su esposa Clementine pensó que «nunca

superaría los Dardanelos»; por un tiempo pareció que podía incluso «morirse de pena».[7]

La memoria popular de Gallípoli es de valientes Diggers llevados a la muerte por débiles e incompetentes oficiales «Pom»[*]. Parece una caricatura aunque contiene una pizca de verdad. La verdadera cuestión era que el imperio británico se había metido con el que creía un despotismo oriental moribundo, y perdió. Bien preparados por sus aliados alemanes, los turcos habían sido más rápidos en aprender las nuevas técnicas de la guerra de trincheras. Y su moral era también excelente, una combinación del nacionalismo de los Jóvenes Turcos y del fervor islámico. Hasan Ethem era un soldado en el 57.º regimiento de la 19.º división de Kemal. El 17 de abril de 1915 escribió a su madre:

> Recé así: «Dios mío, todo lo que estos heroicos soldados desean es dar a conocer Tu nombre a los franceses e ingleses. Por favor, acepta este honorable deseo nuestro y haz más afiladas nuestras bayonetas, para así poder destruir a nuestros enemigos. Ya has destruido a muchos de ellos, así que destruye algunos más». Después me incorporé. Nadie podría haberse considerado más afortunado y feliz que yo.
>
> Si Dios quiere, el enemigo hará un desembarco y nosotros seremos conducidos a la línea del frente, entonces la boda [la unión del mártir con Alá] tendrá lugar, ¿verdad?

Como en los motines de soldados indios en Irak, el celo de las tropas turcas en Gallípoli sugería que la estrategia alemana de la guerra santa podía estar funcionando.

Dondequiera que se intentara, el asalto frontal al poder turco fracasaba. Pese a su inicial éxito al tomar Basora y avanzar río arriba a lo largo del Tigris hacia Bagdad, la invasión del ejército indio de Mesopotamia terminó en un desastre. El ejército de nueve mil hombres (dos tercios de ellos indios) al mando del general Charles Townshend fue sitiado durante cinco meses en Kut el Amara. Pese a los intentos de romper el cerco, Townshend se vio obligado a rendirse.[8] Sin embargo, los británicos no tardaron en concebir una nueva estrategia para Oriente Próximo tras estas hecatombes. Se ideó de una forma tan fantástica como el plan alemán de una yihad islámica contra el imperio británico. La idea era incitar a las tribus árabes del desierto a sublevarse contra el dominio turco bajo el liderazgo del gobernador de La Meca, Husein ben Ali. El hombre que se identificó más con esta nueva estrategia fue un excéntrico historiador de Oxford que se convirtió en agente secreto. Era arqueólogo, lingüista, hábil cartógrafo, además de ser un guerrillero intuitivo, aunque también homosexual masoquista con ínfulas y ansias de fama, solo para rechazarla cuando la tuvo. Se trataba de T. E. Lawrence, hijo natural de un terrateniente angloirlandés y una institutriz; un orientalista extravagante que gustaba vestirse con ropas árabes, un

hombre que no ocultó (¿o fue solo un sueño?), que cuando fue hecho prisionero durante un corto tiempo en Deraa fue violado por guardias turcos. Su afinidad con los árabes resultó inestimable.



T. E. Lawrence, 1917.

El objetivo de Lawrence era destruir el imperio otomano desde dentro, agitando el nacionalismo árabe hasta que se convirtiera en una fuerza nueva y potente que, según creía, podría ser la carta de triunfo frente a la guerra santa promovida por Alemania. Durante siglos el dominio turco sobre los desiertos de Arabia había agraviado a las tribus nómadas de la región que, esporádicamente, lo desafiaban. Al adoptar su lengua y su indumentaria, Lawrence se propuso utilizar su descontento en provecho de los británicos. Como oficial de enlace del hijo de Husein, Feisal a partir de julio de 1916, se opuso terminantemente a desplegar fuerzas británicas en el Hejaz. Los árabes tenían que sentir que luchaban por su libertad, sostenía Lawrence, no por el privilegio de ser gobernados por los británicos en vez de los turcos. Escribió que su ambición era que los árabes fueran el primer dominio «pardusco», y no la última colonia «pardusca» del imperio. Según afirmaba:

> Los árabes reaccionan contra quien trata de dirigirlos, y son tan tenaces como los judíos; pero uno puede conducirlos sin emplear la fuerza a cualquier parte, literalmente «yendo del brazo». El futuro de Mesopotamia es tan inmenso que si lo hacemos nuestro cordialmente podremos apoderarnos de todo Oriente Próximo.

La estrategia funcionó. Con el apoyo de Lawrence, los árabes hicieron una guerra de guerrillas muy efectiva contra las comunicaciones turcas a lo largo del ferrocarril de Hejaz, desde Medina hasta Akaba. Ya en el otoño de 1917 estaban atacando las

defensas turcas en Siria mientras el ejército del general Edmund Allenby marchaba desde el Sinaí hasta la propia Jerusalén. El 9 de diciembre Allenby invitó a Lawrence a reunirse con él cuando, con apropiada humildad, entraba a la Ciudad Santa a pie por la antigua puerta de Jaffa («¿Cómo podría ser de otro modo, donde aquel había pasado antes?»). Fue un momento sublime. Después de tres largos años de reveses militares, finalmente una victoria en toda regla con el aparato necesario: la carga de la caballería, enemigos que huían y un gallardo joven héroe a la cabeza. Para los amantes del romanticismo, el hecho de que Jerusalén estuviera en manos cristianas evocaba las cruzadas, aunque la historia en el comedor de los oficiales era que la rendición de la ciudad fue aceptada por un cocinero del East End, que se había levantado temprano para buscar huevos para el desayuno.[9]

Hacia finales del verano de 1918 era evidente que la estrategia del kaiser de una guerra global había fracasado. Al final esto se debió no tanto a que *Greenmantle* fuera una novela, sino a que la estrategia alemana carecía de realismo. Al igual que el plan de enviar cincuenta mil soldados turcos para movilizar a los cosacos de Kuban bajo el mando de un oficial austríaco que resultó ser hermano del metropolitano de Halyc, o la apuesta igualmente absurda del etnógrafo Leo Frobenius de ganarse a Lij Yasu, el emperador de Abisinia, *der Weltkrieg* era simplemente irrealizable. Lo que los alemanes necesitaban eran hombres como Lawrence, camaleones humanos con la habilidad de penetrar en las culturas no europeas. Pero para producir hombres de ese tipo eran necesarios siglos de presencia en Oriente. Síntoma del amateurismo de los alemanes en ultramar, fue su expedición al emirato de Afganistán, en la que quince miembros viajaron vía Constantinopla equipados con ejemplares de un atlas mundial Victoriano, y pretendiendo ser un circo itinerante. No sorprende que la yihad antibritánica solo hubiera logrado fortalecer temporalmente la voluntad turca, ni que el nacionalismo árabe resultara ser la fuerza más poderosa.

La Primera Guerra Mundial fue una conflagración verdaderamente global. Pero el desenlace se decidió en Europa Occidental. Los austríacos ganaron la guerra contra Serbia tal como querían. Los alemanes también ganaron la guerra contra Rusia. También derrotaron a Rumania. Por otra parte, los británicos y los franceses lograron derrotar al imperio otomano, por no mencionar a Bulgaria. Incluso los italianos derrotaron finalmente a Austria. Pero ninguna de esas derrotas fue decisiva. El único modo de acabar la guerra era en Flandes y Francia. Allí los alemanes hicieron un último esfuerzo por ganar en la primavera de 1918, pero cuando sus ofensivas fracasaron la derrota fue inevitable y la moral del ejército alemán —tan resistente hasta ese momento— por fin comenzó a flaquear. Al mismo tiempo, la fuerza expedicionaria británica, tras pasar cuatro años sangrientos tratando de dominar la guerra de masas sobre el terreno, finalmente avanzó en su aprendizaje. Con el regreso a la movilidad al frente occidental, se logró por fin la coordinación adecuada entre

infantería, artillería y fuerzas aéreas. Entre mayo y junio de 1918 las fuerzas británicas habían cogido unos tres mil prisioneros alemanes. En julio, agosto y septiembre, el número subió a más de noventa mil. El 29 de septiembre el alto mando alemán, temeroso de una desbandada, exigió un armisticio, dejando el trabajo sucio de negociar la rendición a los parlamentarios alemanes, que se habían mostrado impotentes hasta entonces.

Por esa razón, en parte, muchos alemanes no llegaron a comprender por qué habían perdido la guerra. Buscaron la responsabilidad dentro de Alemania haciendo cargar con la culpa a uno u otro (los militaristas incompetentes o los criminales de noviembre, según el gusto). La realidad era que la derrota alemana fue exógena, no endógena: era el resultado inevitable de tratar de luchar en un conflicto global sin ser una potencia global. Teniendo en cuenta la gran diferencia entre los recursos de ambos imperios, la gran incógnita era cómo el imperio británico había tardado tanto en triunfar. En Versalles, donde se realizó la conferencia de paz, se habló mucho de un nuevo orden internacional, inspirado por el presidente Woodrow Wilson, basado en la autodeterminación y la seguridad colectiva. Sin embargo, cuando todo se había redactado y firmado, parecía una versión más de la vieja historia: el botín para el vencedor. Como dijo el historiador H. A. L. Fisher, los tratados de paz cubrieron «la crudeza de la conquista» con «el velo de la moralidad».

Pese a las promesas hechas por Lawrence a los árabes durante la guerra, se acordó dar a Irak, TransJordania y Palestina el estatus de «mandatos» británicos (el eufemismo para no decir colonia), mientras los franceses obtuvieron Siria y el Líbano.[10] Las antiguas colonias alemanas de Togolandia, Camerún y África Oriental fueron agregadas a las posesiones británicas en África. Además, África del Sudoeste pasó a Sudáfrica; Samoa Occidental a Nueva Zelanda, y el norte de Nueva Guinea, junto con el archipiélago de Bismarck y las Salomón del norte, a Australia. Nauru, rico en fosfatos, fue dividido entre los dos dominios australianos y Gran Bretaña. De modo que ahora incluso las colonias tenían colonias. En total, se agregó al imperio casi tres millones de kilómetros cuadrados y cerca de trece millones de nuevos súbditos: como el ministro de Asuntos Exteriores Arthur Balfour señaló satisfecho, el mapa del mundo es «todavía más rojo». El secretario de Estado para la India, Edwin Montagu, comentó secamente que le gustaría oír algunas razones contrarias a que Gran Bretaña se anexionara todo el mundo. Un año después, como si quisiera poner a prueba este punto, el ministro de las Colonias Leo Amery reclamó toda la Antártida.

Al aliarse con los turcos, los alemanes habían convertido Oriente Próximo en otro teatro de la guerra. El resultado había sido entregarlo a Gran Bretaña. Ya antes de la guerra, Aden, Egipto, el Sudán, Chipre, Somalilandia del Norte, los Estados de la Tregua (la Unión de Emiratos Árabes), así como Máscate, Omán, Kuwait y Qatar habían sido puestos bajo la influencia británica directa o indirectamente. Ahora habían sido incorporados como mandatos (tal como un oficial dijo) sin «la pantomima oficial llamada “declaración de protectorado”». Además, la influencia

británica estaba creciendo en la monarquía de los Pahlavi de Persia, gracias a que el accionariado era mayoritariamente británico en la Anglo-Persian Oil Company (después British Petroleum). Como decía un memorándum del Almirantazgo de 1912: «Desde el punto de vista estratégico lo esencial es que Gran Bretaña controle los territorios en los que hay petróleo». Aunque en este momento Oriente Próximo representaba solo el 5 por ciento de la producción mundial, los británicos construían el imperio teniendo en mente el futuro.

Tampoco se consideraron estas recompensas territoriales suficientes. En 1914 Alemania había sido el principal rival de Gran Bretaña en el mar. La guerra, el armisticio y el tratado de paz aniquilaron a Alemania como potencia marítima. Los británicos se apoderaron de cuanto pudieron, tanto de la marina de guerra como de la flota mercante alemanas. Pese al hecho de que los alemanes hundieron la primera en el Scapa Flow antes que entregarla, el resultado fue una asombrosa supremacía naval. Contando solo los Dreadnoughts y los modelos posteriores de acorazados, Gran Bretaña tenía cuarenta y dos buques principales, mientras que el resto del mundo, sumados, tenía un total de cuarenta y cuatro. Estados Unidos era la segunda potencia con solo dieciséis.

Es bien sabido que en Versalles se tomó la decisión de hacer que Alemania pagara no solo los daños de guerra sino también las pensiones de guerra y otros complementos; de ahí la cuenta de indemnizaciones presentada después. Es menos sabido —porque los británicos trataron después de culpar a los franceses— de que esto se hizo en gran medida por insistencia del primer ministro australiano William M. Hughes, que se dio cuenta de que su país no ganaría nada si se adoptaba una definición estrecha de reparaciones. Gales que había emigrado a Australia a los veinte años, Hughes trajo al proceso de paz todo el refinamiento del litoral de Sidney, donde había demostrado su valía política como organizador de sindicatos. El kaiser, según declaró, podía haber dirigido a Alemania,

> pero ésta le siguió no solo voluntariamente, sino con decisión. Sobre los hombros de todas las clases y todos los sectores recae la culpa. Estaban ebrios de una pasión bestial con la esperanza de conquista mundial: terratenientes, comerciantes y trabajadores, todos esperaban compartir el botín. Así pues, la responsabilidad de la guerra recae en la nación alemana, y debe pagar el castigo de su delito.

Quizá la expresión más vivida del ánimo triunfalista de posguerra es el grandioso mural alegórico de Sigismund Goetze, *Britannia Pacifatrix*, encargado por el Ministerio de Asuntos Exteriores y terminado en 1921. Britania aparece resplandeciente con un casco romano y una túnica roja, flanqueada a su izquierda por cuatro figuras con los rasgos de Adonis que representan los dominios blancos, y a su derecha entre sus aliados más exóticos, Francia, Estados Unidos y Grecia

(antiguamente la fuente de su extraña forma republicana de gobierno). A los pies de Britania, los hijos del enemigo vencido se postran arrepentidos. Apenas visible entre las rodillas de los grandes dioses blancos, aparece un niño negro llevando una canasta de fruta, supuestamente para representar la contribución de África a la victoria.

Sin embargo, había algo ilusorio en la paz victoriosa de Britania. Es cierto que el imperio nunca había sido tan grande. Y no menos cierto que el precio de la victoria era muy elevado, tanto más que el valor económico de los territorios obtenidos era prescindible, cuando no negativo. Ninguna potencia combatiente había gastado tanto en la guerra como Gran Bretaña, cuyo gasto total casi llegaba a los diez mil millones de libras. Era un precio muy elevado, incluso por un millón de millas cuadradas, especialmente cuando representaban para el gobierno un coste superior a los ingresos que producían. El coste de gobernar Irak, por poner solo un ejemplo, llegaba en 1921 a veintitrés millones de libras, suma que superaba todo el presupuesto de sanidad del Reino Unido.

Antes de 1914, a la mayoría de la gente le parecía que los beneficios del imperio superaban los costes. Pero después de la guerra, los costes, de manera súbita e inexorable superaron los beneficios.

DUDAS

Durante casi todo el siglo XX, las torres gemelas de hormigón del estadio de Wembley fueron el símbolo arquitectónico por excelencia del fútbol inglés, sede de la final anual de la Football Association Cup. Sin embargo, se construyeron originariamente como un símbolo del imperialismo británico.

La Exposición Imperial Británica fue inaugurada por el rey Jorge V el 23 de abril de 1924. Se concibió como una celebración popular del triunfo global de Gran Bretaña, una afirmación de que el imperio tenía no solo un glorioso pasado sino también un futuro no menos glorioso, en concreto un futuro económico. La guía oficial era bastante clara sobre el propósito de la Exposición:

> Encontrar en el desarrollo y la utilización de las materias primas del imperio nuevas fuentes de riqueza imperial. Fomentar el comercio dentro del imperio y abrir nuevos mercados mundiales para los productos nacionales y de los dominios. Hacer que las diferentes razas del imperio británico se conozcan mejor, y demostrar al pueblo de Gran Bretaña las infinitas posibilidades de los dominios, colonias y dependencias juntos.

Para conmemorar la ocasión, las grises calles del suburbio fueron bautizadas por Rudyard Kipling con el nombre de héroes imperiales como Drake. Pero el tono del

evento lo dio el propio estadio. El hecho de que fuera construido de hormigón y tuviera un aspecto horrible era en sí mismo un audaz gesto de modernidad. La inauguración de la Exposición fue motivo de la primera emisión radial del rey.

En cierta medida, fue un gran éxito. Más de veintisiete millones de personas visitaron el recinto de ochenta y una hectáreas. La Exposición fue tan popular que tuvo que ser reabierta en 1925. El día del Imperio, más de noventa mil personas se aglomeraron en el estadio para un oficio de Acción de Gracias, no tantos como los que habían visto a los Bolton Wanderers jugar con West Ham United el año anterior (ciento veintisiete mil personas), pero un gran número de todos modos. Los visitantes podían maravillarse ante una estatua ecuestre del príncipe de Gales hecha totalmente de mantequilla canadiense. Podían presenciar la espectacular representación de las guerras zulúes en el estadio. Podían pasear entre los pabellones subir^dos en el llamado «Neverstop Train». Dondequiera que mirasen, había ejemplos tangibles de la continua vitalidad del imperio, sobre todo de su vitalidad económica.

Lo irónico era que, pese al subsidio de 2,2 millones de libras, la Exposición tuvo una pérdida de más de 1,5 millones de libras, en claro contraste con las exposiciones anteriores a 1914, que fueron mucho más rentables. En efecto, en ese sentido, había quienes veían paralelos inquietantes entre la Exposición Imperial y el propio imperio. Quizá más preocupante aún era que la Exposición se hubiera convertido en una suerte de mofa nacional. En un relato para el *Saturday Evening Post*, P. G. Wodehouse envió al famoso personaje de su creación, Bertie Wooster, a visitar Wembley con su amigo Biffy. Preocupados por las dificultades que éste tenía con una muchacha, pronto se cansaron de las valiosas atracciones aunque aburridas:

> Cuando habíamos salido de la costa de Oro y nos acercábamos al palacio de la Maquinaria, todo me llevaba a realizar una corta escapada hacia el alegre Planter's Bar en la sección de las Indias Occidentales […] Nunca he estado allí, pero estoy en condiciones de decir que en ciertos aspectos fundamentales de la vida están a años luz por delante de nuestra civilización europea. El hombre tras el mostrador, el tipo más amable que jamás me habría imaginado conocer, pareció adivinar nuestros pedidos en el momento en que nos vio. Apenas nos hubimos acodado en el mostrador, ya estaba él yendo y viniendo, trayendo una botella a cada vuelta. Un hacendado, al parecer, no considera que ha bebido un trago a menos que contenga siete ingredientes, y no estoy diciendo que no esté en lo cierto.
>
> El hombre tras la barra nos dijo que esas cosas se llamaban Green Swizzle; y si alguna vez me caso y tengo un hijo, Green Swizzle Wooster es el nombre que le pondré en el registro, en recuerdo del día en que la vida de su padre fue salvada en Wembley.

Billy Bunter del *Magnet* fue otro visitante, así como Noel Coward («Te he traído aquí a ver las maravillas del imperio, y todo lo que tú quieres hacer es ir a los Dodgems»). En *Punch*, H. M. Bateman preguntaba simplemente: «Do you Wemble?».

Antes de la década de 1920, los británicos se habían distinguido por no ver el imperio como un paseo por Wembley. Lo tomaban en serio, lo cual era de por sí una fuente importante de solidez imperial. Muchos actos heroicos se realizaron simplemente porque era lo que un hombre blanco con autoridad tenía que hacer. Como director adjunto en Birmania en la década de 1920, George Orwell se vio obligado a dispararle a un elefante extraviado «solo para evitar que lo tomaran por tonto»:

> No pensaba particularmente en mí mismo, solo en las caras amarillas vigilantes detrás de mí. Pues en ese momento, con la multitud observándome, no tenía miedo en el sentido ordinario, como habría ocurrido de haber estado solo. Un hombre blanco no debe mostrarse miedoso delante de los «nativos»; y así, en general, se siente asustado. El único pensamiento en mi cabeza era que si algo salía mal esos dos mil birmanos me verían perseguido, atrapado, pisoteado y reducido a un cadáver como a ese indio allá en la montaña. Y si esto pasaba era bastante probable que algunos se rieran. Eso nunca debía ocurrir.

Eric Blair, como se llamaba entonces, no se había preparado mucho para esta tarea. Había nacido en Bengala, hijo de un funcionario del Ministerio de Opio, pero había sido educado en Eton. Sin embargo, encontraba que era difícil desempeñar el papel de policía mundial con el semblante serio.

Orwell no era el único. En todo el imperio, una generación se estaba distanciando silenciosamente. Leonard Woolf, marido de la novelista Virginia Woolf, se había incorporado al Servicio Civil de Ceilán en 1904, y fue enviado a gobernar un país de miles de kilómetros cuadrados. Había renunciado incluso antes de la guerra, convencido de «lo absurdo que era que un pueblo, una civilización y un modo de vida trataran de imponerse a una civilización y un modo de vida diametralmente diferentes». Todo lo que un funcionario imperial podía esperar hacer era

> impedir que se mataran o robaran unos a otros, o que incendiaran el campo, o que contrajeran el cólera, la viruela o la peste, y si uno puede dormir una noche de cada tres, se puede considerar bastante satisfecho […] Allá […] las cosas ocurren lentamente, de forma inexorable, y uno, uno no hace las cosas, uno las observa junto con los trescientos millones de personas más.

Cuando era joven, Francis Younghusband había cruzado el desierto de Gobi, presenciado el raid de Jameson y en 1904 había dirigido la primera expedición británica al palacio del Dalai Lama en Lhasa. Hacia 1923, no obstante, se había convertido al movimiento del amor libre y había comenzado a referirse a sí mismo como Svabhava, «el seguidor del resplandor»; cuatro años más tarde publicó un libro titulado *Life in the Stars: An Exposition of the View that on Some Planets of Some Stars exist Beings higher that Ourselves, and on one a World-Leader, the Supreme Embodiment of the Eternal Spirit which animates the Whole*. A Erskine Childers se le recuerda hoy por su alarmista novela de suspense *The Riddle of the Sands*. Sin embargo, este veterano de la guerra de los bóers pasó armas de Alemania a los voluntarios irlandeses en 1914, actuó como secretario para la delegación irlandesa en las negociaciones del tratado de 1921 y finalmente se enfrentó ante un pelotón de fusilamiento por haberse unido a los republicanos radicales en la guerra civil irlandesa.

Un caso sumamente extraño fue el de Harry St. John Bridger Philby. Hijo de un hacendado cafetero de Ceilán, Philby tenía todos los rasgos del héroe imperial del *Boys' Own Paper*, fue un King's Scholar en Westminster, alcanzó un excelente primer puesto en Trinity (Cambridge), y obtuvo un puesto en el Servicio Civil Indio. Las hazañas de Philby en el Oriente Próximo durante y después de la Primera Guerra Mundial solo fueron superadas por las de Lawrence. Sin embargo, al respaldar obsesivamente los derechos de Ibn Saud en la Arabia postotomana, Philby fue contra la línea oficial de Whitehall, que era apoyar al rey Husein por indicación de Lawrence. En 1921, Philby renunció al gobierno cuando estaba a punto de ser destituido. Hacia 1930 se había convertido al islam y estaba al servicio constante de los intereses de Saud, que para entonces había derrocado a Husein. La culminación de la deserción de Philby fue su exitosa negociación del vital tratado entre los saudíes y la Standard Oil, que aseguró el ulterior predominio de Estados Unidos frente a los británicos en los yacimientos petrolíferos árabes. Su hijo, el espía soviético Kim Philby, después recordaba que por influencia de su padre era «un pequeño antiimperialista ateo», incluso antes de llegar a la adolescencia. La pérdida de la fe en el imperio iba de la mano de la pérdida de la fe en Dios.

Incluso el propio Lawrence, héroe de la guerra en el desierto, tuvo una crisis. Habiéndose convertido en un personaje famoso por obra del empresario estadounidense Lowell Thomas, cuya película *With Alleby in Palestine* se estrenó en el Covent Garden en agosto de 1919, Lawrence rehuyó el primer plano, primero se marchó a All Souls y después, de incógnito, a una base de la RAF en Uxbridge, donde adoptó el nombre de Ross. Después de ser expulsado de las fuerzas aéreas, se alistó en el Cuerpo de Tanques bajo el nombre de Shaw, en honor de su nuevo y más improbable mentor, el inconformista dramaturgo George Bernard Shaw. Para evitar el escándalo causado por la publicación de la versión condensada de *Los siete pilares de la sabiduría*, Lawrence se reintegró a la RAF y fue enviado a Karachi, antes de

retirarse a Dorset. Murió tras un absurdo accidente de motocicleta en 1935.

Si héroes como éstos tenían dudas, no sorprende que aquellos con poca experiencia del imperio también las tuvieran. E. M. Forster había viajado a la India solo por un tiempo cuando aceptó el puesto de secretario particular del maharajá de Dewas en 1921. La experiencia inspiró *Pasaje a la India* (1924), quizá la crítica más importante de la literatura sobre los británicos en la India, en la que jóvenes mojigatos dicen cosas como «No estamos aquí para comportarnos de modo agradable», y señoritas remilgadas se quejan de estar «siempre entre candilejas». Aunque su conocimiento del país fue adquirido a partir del turismo, Somerset Maugham se regocijaba con las grietas en la fachada de la dominación británica, como en el episodio de «The Door of Opportunity», en el que un único acto de cobardía le cuesta a un hombre tanto la carrera como la novia. Esta era la pregunta clave: «Así que ¿te das cuenta de que… has llenado al gobierno de ridículo… [y] te has convertido en el hazmerreír de toda la colonia [?]». Otro turista literario, Evelyn Waugh, hizo todavía más daño a los británicos en África con su *Black Mischief* (1932): se burló de ellos, desde el aventurero sin escrúpulos Basel Seal, hasta el emperador Seth, educado en Oxford. En el *Daily Express* (cuya intromisión en los asuntos coloniales inspiró a Waugh su obra posterior, *Scoop*), «Beachcombe», la columna de J. B. Morton, ofrecía un desfile de personajes imperiales aún más ridículos: Big White Carstairs, el gobernador residente en Jaboola, y el M’babwa de M’Gonkawiwi. Pero quizá nadie captó mejor que David Low la nueva y vergonzosa imagen del imperio a través de su personaje de dibujos animados, el coronel Blimp, el estereotipo del anticuado coronel de las colonias (gordo, calvo, irascible e irrelevante). Blimp personificaba todo aquello que la generación de entreguerras despreciaba del imperio. Low sintetizó el carácter de su creación en términos reveladores:

> Blimp no era un entusiasta de la democracia. Se impacientaba con la plebe y sus quejas. Su remedio para la agitación era menos educación, de modo que la gente no pudiera leer sobre la depresión. Era un aislacionista extremo, le disgustaban los extranjeros (entre los que incluía a los judíos, irlandeses, escoceses, galeses y personas de las colonias y dominios); era un hombre violento partidario de la guerra. No veía la utilidad de la Sociedad de Naciones ni de los esfuerzos internacionales para impedir las guerras. En particular, se oponía a cualquier reorganización económica de recursos mundiales que implicaran cambios en el *statu quo*.

Imperceptiblemente, incluso el ultraimperialista se había convertido en un *little englander*.

Lo curioso de este ataque colectivo de dudas era que parecía afectar más a la élite imperial tradicional. Las nociones populares del imperio siguieron siendo positivas,

gracias sobre todo al cine, el nuevo y omnipresente medio de masas. El imperio, y muchas salas de cine se llamaban también *The Empire*, proporcionaba un material natural para la taquilla. Tenía acción, ambientes exóticos, con un poco de imaginación podía incluirse también algunos romances. No es sorprendente que los cineastas británicos produjesen películas con temas imperiales como *Revuelta en la India* (*The Drum*, 1938) y *Las cuatro plumas* (*The Four Feathers*, 1939), un filme tan eficaz que incluso el *New York Times* lo llamó «una sinfonía imperialista». Más sorprendente fue el entusiasmo por los temas imperiales mostrado por Hollywood en la década de 1930, en el lapso de solo cuatro años produjo no solo el clásico *Los lanceros de Bengala* (*Lives of a Bengal Lancer*, 1935), sino también *Clive of India* (1935), *The Sun Never Sets, Gunga Din* y *Stanley and Livingstone* (todas de 1939). Sin embargo, este era un imperio para las masas. Solo un año después, John Buchan pudo escribir con pesar: «Hoy la palabra [imperio] está lamentablemente mancillada […] [identificada] con la fealdad de techos de chapa de cinc y suburbios toscos, o, peor todavía, con una cruel arrogancia racial […] Frases que contienen un mundo de idealismo y poesía han quedado malogradas por su uso en malos versos y peroratas de sobremesa».

La creciente crisis de confianza en el imperio tenía sus raíces en el desorbitante precio que Gran Bretaña tuvo que pagar por su victoria frente a Alemania en la Primera Guerra Mundial. Solo en las islas británicas murieron setecientas cincuenta mil personas, uno de cada dieciséis hombres adultos de entre quince y cincuenta años. El coste económico era más difícil de calcular. En 1939 John Maynard Keynes escribía que miraba con gusto «ese extraordinario episodio en el progreso económico del hombre… que llegó a su fin en agosto de 1914»:

> A […] las clases media y alta […] la vida ofrecía, a un bajo coste y con menos dificultad, comodidades, servicios públicos, que superaban el nivel accesible a los monarcas más poderosos y más ricos de otras épocas. El habitante de Londres podía ordenar por teléfono, al tomar el té en la mañana en la cama, diversos productos de toda la tierra en la cantidad que considerara adecuada, y podía esperar razonablemente su pronta entrega a domicilio; podía al mismo tiempo y por el mismo medio arriesgar su riqueza en recursos naturales y nuevas empresas de cualquier parte del mundo, y compartir, sin esfuerzo ni dificultad, sus futuros frutos y ventajas…

Ahora, después de la caída, resultaba sumamente difícil restablecer los fundamentos de la época prebélica de globalización. Antes de la guerra incluso, se habían dado los primeros pasos para reducir la libertad internacional del movimiento de mano de obra, pero después las restricciones abundaron y se hicieron más fuertes,

casi ahogando el flujo de nuevos emigrantes a Estados Unidos hacia la década de 1930. Antes de la guerra, los aranceles habían estado subiendo en todo el mundo, con el fin de obtener más ingresos; en la década de 1920 y 1930 las barreras contra el libre comercio estaban inspiradas en una noción de autarquía.

El cambio económico más grande de todos los que la guerra produjo ocurrió en el mercado internacional de capital. Aparentemente, se volvió a la normalidad en la década de 1920. Se restableció en general el patrón oro y se suspendieron las restricciones de la época de la guerra sobre los movimientos de capital. Gran Bretaña retomó su papel de banquero del mundo, aunque ahora Estados Unidos estaba invirtiendo casi lo mismo en el extranjero.[11] Pero la gran maquinaria que antaño funcionaba con tanta facilidad ahora traqueteaba y se atascaba. Una razón de esto fue la adquisición de enormes deudas nuevas como resultado de la guerra: no solo la deuda alemana por las reparaciones, sino también todo el complejo de deudas que los aliados victoriosos habían contraído entre sí. Otra razón fue que los bancos centrales estadounidense y francés no acataron «las reglas del juego» del patrón oro mientras acumulaban el escaso oro en sus reservas. Sin embargo, el problema principal era que la política económica —antes basada en las nociones liberales clásicas de que los presupuestos debían ser equilibrados y los billetes convertibles en oro— estaba ahora sometida a las presiones de la política democrática. Los inversores ya no podían estar seguros de que los gobiernos, endeudados, tuvieran la voluntad de recortar el gasto y aumentar los impuestos; ni podían estar seguros de que, en el caso de una fuga de oro, los tipos de interés fueran elevados para mantener la convertibilidad, por no contar la restricción interna que esto implicaba.

Era improbable que Gran Bretaña, el más grande beneficiario individual de la primera época de la globalización, ganara algo con su fin. En la década de 1920 las políticas viejas y verificadas ya no parecían funcionar. Costear la guerra había llevado a aumentar diez veces la deuda interna. Solo el pago del interés de esa deuda consumía casi la mitad de todos los gastos del gobierno central hacia mediados de la década de 1920. No obstante, la suposición de que el presupuesto debía ser equilibrado, e idealmente tener un excedente, significaba que las finanzas públicas quedaran dominadas por transferencias del ingreso de los contribuyentes a los tenedores de bonos. La decisión de volver al patrón oro con el tipo de cambio de 1914, ahora sobrevalorado, condenó a Gran Bretaña a más de una década de políticas deflacionarias. El poder creciente de los sindicatos durante la guerra y después de ella solo intensificó el conflicto industrial, expresado de modo más visible en la huelga general de 1926, pero también hizo que la reducción del salario fuera inferior a la reducción de los precios. La subida de los salarios reales llevó al desempleo: en el punto más bajo de la depresión en enero de 1932 casi tres millones de personas, casi una cuarta parte de todos los trabajadores inscritos en la seguridad social, estaban desempleados.

Sin embargo, lo significativo de la depresión en Gran Bretaña no es su gravedad,

sino que en comparación con su impacto en Estados Unidos y Alemania, fue bastante suave. Esto no tuvo nada que ver con la revolución keynesiana en la teoría económica: aunque la *Teoría general* (1936) de Keynes argumentaba en favor de la gestión de la demanda pública —en otras palabras, el uso del déficit en el presupuesto para estimular una economía deprimida—, no fue puesta en práctica hasta mucho más tarde. Lo que trajo la recuperación fue una redefinición de la economía del imperio. Gran Bretaña había vuelto al patrón oro respetando el antiguo tipo de cambio por miedo en parte a que los dominios se pasaran al dólar si la libra era devaluada. En 1931 se comprobó que la libra podía ser devaluada y que los dominios lo aceptaban sin problema. De pronto el bloque de la libra esterlina se convirtió en el sistema mundial más grande con tipos de cambio fijos, pero un sistema libre de estar ligado al oro. Hubo también un cambio radical en la política comercial. En dos ocasiones anteriores, el electorado británico había rechazado el proteccionismo en las urnas. Pero lo que había sido impensable en los buenos tiempos llegó a ser indispensable en la crisis general. Y exactamente como había supuesto Joseph Chamberlain, la «preferencia imperial» (los aranceles preferenciales para los productos de las colonias adoptados en 1932) impulsó el comercio dentro del imperio. En la década de 1930, el porcentaje de las exportaciones británicas destinadas al imperio subió del 44 al 48 por ciento; el porcentaje de las importaciones destinadas al imperio subió del 30 al 39 por ciento. De modo que incluso aunque los vínculos políticos entre Gran Bretaña y los dominios se atenuaron con el estatuto de Westminster (1931), los vínculos económicos se hicieron más estrechos.[12]

El mensaje de la Exposición de Wembley no había sido tan engañoso: realmente todavía había dinero en el imperio. Y este mensaje fue repetido incansablemente en la metrópoli por entidades como el Empire Marketing Board (fundado por Leo Amery, para propagar el argumento de la preferencia imperial subliminalmente). Solo en 1930 hubo más de doscientos Empire Shopping Weeks en sesenta y seis pueblos diferentes de Gran Bretaña. A sugerencia de la junta, el cocinero del rey proporcionó su propia receta cuidadosamente elaborada de un «pudín navideño imperial»:

1 libra de pasas sultanas (Australia)

1 libra de pasas de Corinto (Australia)

1 libra de pasas deshuesadas (Sudáfrica)

6 onzas de manzana picada (Canadá)

1 libra de pan rallado (Reino Unido)

1 libra de sebo de res (Nueva Zelanda)

6 onzas de piel confitada (Sudáfrica)

8 onzas de harina (Reino Unido)

1 libra de azúcar moreno (Indias Occidentales)

4 huevos (Estado Libre de Irlanda)

½ onza de canela (Ceilán)

½ onza de clavo de olor (Zanzíbar)

½ onza de nuez moscada molida (establecimientos de los Estrechos [Penang, Singapur y Malaca])

1 pizca de especia para pudín (India)

1 cucharadita de *brandy* (Chipre)

2 cucharaditas de ron (Jamaica)

1 pinta de cerveza (Inglaterra)

La composición de esta deliciosa receta transmitía un mensaje inequívoco. Con el imperio, podía haber un pudín navideño. Sin él, solo habría pan rallado, harina y cerveza. O, como dijo Orwell, una Gran Bretaña sin imperio sería solo una «pequeña isla fría y sin importancia donde tendríamos que trabajar muy duro y vivir básicamente de arenques y patatas».

Lo irónico era que incluso cuando el imperio se hacía más importante económicamente, su defensa se hundía inexorablemente en la lista de las prioridades políticas. Bajo la presión de los votantes de respetar las promesas hechas durante la guerra de construir «casas adecuadas para los héroes», por no mencionar hospitales e institutos, los políticos británicos primero descuidaron la defensa imperial y después simplemente se olvidaron. En el decenio anterior a 1932, el presupuesto de defensa se redujo en más de un tercio, en un momento en que el gasto militar italiano y francés subió, respectivamente, en un 60 y 55 por ciento. En una reunión del gabinete de guerra en agosto de 1919 se había adoptado una regla conveniente:

> Debe suponerse, para elaborar estimaciones corregidas, que el imperio británico no estará comprometido en una gran guerra en los próximos diez años, y que no se requerirá una fuerza expedicionaria con ese propósito… La función principal de las fuerzas armadas y la fuerza aérea será proporcionar guarniciones para la India, Egipto y los nuevos territorios bajo el régimen de mandato, y todo territorio (que no tenga autogobierno) bajo control británico, así como dar el apoyo necesario al poder civil en la nación.

Cada año hasta 1932, la «regla de los diez años» fue renovada, y cada año se postergaba hacer nuevos gastos. La lógica era clara: el ministro de Hacienda en 1934, Neville Chamberlain, hijo de Joseph Chamberlain,[13] admitió: «Era imposible para

nosotros considerar una guerra simultánea contra Japón y Alemania; simplemente no podíamos permitirnos el gasto que implicaba». Como jefe del estado mayor general imperial, el «único pensamiento» del general sir Archibald Montgomery-Massingberd entre 1928 y 1940 era «posponer una guerra, no mirar hacia delante».

En 1918 Gran Bretaña había ganado la guerra en el frente occidental con una enorme hazaña de modernización militar. En la década de 1920, todo lo que se había aprendido había sido olvidado en nombre de la economía. La cruda realidad era que, pese a la victoria y al territorio conseguido, la Primera Guerra Mundial había dejado al imperio más vulnerable que nunca. La guerra había funcionado como un invernáculo para una serie de nuevas tecnologías militares (el tanque, el submarino, el aeroplano artillado). Para asegurar su futuro en la posguerra, el imperio necesitaba invertir en las mismas, lo que no se hizo en absoluto. Los británicos se enorgullecían en la «línea roja» de los servicios aéreos civiles que comunicaban Gibraltar con Bahrein y de ahí con Karachi, pero no se había hecho casi nada para consolidar las defensas aéreas del imperio. En las Hendon Air Pageants en la década de 1920, una gran atracción era el bombardeo ficticio de aldeas «nativas»; pero la Royal Air Forcé apenas era capaz de hacer nada más. En 1927 el general sir R. G. Egerton se opuso apasionadamente a que los caballos fuesen reemplazados por los vehículos blindados en la caballería con el curioso argumento de que «el caballo tiene un efecto humanizante en los hombres». Pese al apoyo dado por Churchill a los tanques y carros blindados (o quizá debido a ello), la decisión de motorizar los regimientos de caballería no fue adoptada hasta 1937. A esos responsables de equipar la caballería, les había parecido más importante diseñar una lanza corta del tipo utilizado en la India para matar cerdos. Cuando Gran Bretaña volvió a entrar en guerra en 1939, la mayoría de sus cañones de campaña eran todavía del modelo 1905, con la mitad de alcance que los que tenían los alemanes.

Los políticos se salieron con la suya durante un tiempo porque las mayores amenazas a su estabilidad parecían provenir más del interior que del exterior.

El lunes de Cuaresma de 1916 al mediodía, unos mil nacionalistas radicales dirigidos por el poeta Patrick Pearse y el socialista James Connolly marcharon a Dublín y ocuparon ciertos edificios públicos, especialmente la gran Oficina General de Correos, donde Pearse proclamó la república independiente. Después de tres días de lucha encarnizada en vano, en la que la artillería británica ocasionó daños sustanciales al centro de la ciudad, los rebeldes se rindieron. Se trataba simplemente de un acto de traición, los rebeldes habían pedido y conseguido armas alemanas, y la respuesta inicial de los británicos fue dura: los principales conspiradores fueron rápidamente ejecutados. (El agonizante Connolly tuvo que ser colocado en una silla para ser fusilado.) Después de la guerra, el gobierno estaba deseoso de utilizar antiguos soldados, los famosos Black and Tans, para tratar de aplastar el

republicanismo militante, ahora convertido en algo semejante a un movimiento de masas tras la bandera del Sinn Fein y su brazo militar, el Ejército Republicano Irlandés (IRA, Irish Republican Army). Pero como ocurriría tan a menudo en este período, los británicos carecían de agallas para la represión. Cuando los Black and Tans abrieron fuego contra la multitud en el partido de fútbol gales en Croke Park, suscitaron tanto rechazo en Inglaterra como en Irlanda. Hacia 1921, las bajas británicas llegaban a las mil cuatrocientas y la voluntad de luchar había desaparecido, y se redactó un acuerdo de paz a la carrera. Irlanda ya había sido dividida el año anterior entre el norte predominantemente protestante (seis condados) y el sur católico (los restantes veintiséis). El único logro de Lloyd George fue mantener ambas partes dentro del imperio. Pero pese al alboroto en torno a los juramentos de fidelidad a la corona y al estatus de dominio, el Estado Libre en el sur estaba en el camino de la independencia como república (lo cual finalmente conseguiría en 1948).

Una y otra vez, este patrón se repetiría en el período de entreguerras. Un pequeño estallido de disconformidad, una respuesta militar drástica, seguida por un hundimiento de la seguridad británica, muestras de nerviosismo, un cambio de opinión, una concesión descuidada, y otra concesión más. Irlanda fue el ensayo. Al permitir que su primera colonia se dividiera en dos, los británicos habían enviado una señal a todo el imperio.

Aunque se habla poco de esto, la India había hecho una contribución mayor a la guerra imperial que Australia tanto financieramente como en contingentes. Los nombres de más de sesenta mil soldados indios muertos en campos extraños desde Palestina hasta Passchendaele están inscritos en el gran arco de la puerta india en Nueva Delhi. A cambio de su sacrificio, y quizá para asegurar que los indios no se dejaran camelar por los alemanes, Montagu prometió en 1917 lo que él llamaba «la progresiva realización del gobierno responsable en la India». Pese a ser la típica frase que prometía mucho, dejaba la fecha de cumplimiento en suspenso, o la fijaba en un punto muy lejano. Para los miembros más radicales del Congreso Nacional Indio, también como para los grupos terroristas más extremistas en Bengala, el ritmo de la reforma era intolerablemente lento. Es cierto que los indios tenían al menos cierta representación para ellos. La Asamblea Legislativa Central en Delhi incluso parecía una Cámara de los Comunes en miniatura, hasta en los asientos de piel verde. Pero era una representación sin poder. La decisión del gobierno de ampliar las restricciones de la época de entreguerras a las libertades políticas tres años más (que le permitía registros sin orden del juez, detenciones sin cargos y procesos sin jurado), parecían confirmar que las promesas de un gobierno responsable eran vanas. Los indios pusieron los ojos en Irlanda y sacaron la conclusión obvia. No era bueno limitarse a esperar a que se les concediera el autogobierno.

Los británicos tenían mucha experiencia en lidiar con la protesta violenta en la India. Pero el diminuto Mohandas Karamchand Gandhi (el mahatma para sus seguidores, un «faquir sedicioso» para Churchill), era un caso diferente: un abogado

educado en Inglaterra, un veterano condecorado en la guerra de los bóers,[14] un hombre cuyo poema favorito era «If» de Kipling, y sin embargo, a juzgar por su complexión delgada y su taparrabos, parecía un santurrón tradicional. Para protestar contra la prolongación de las restricciones vigentes durante la guerra, Gandhi llamó a los indios a utilizar la satyagraha, que aproximadamente se traduce como «la fuerza del alma». Fue un llamamiento deliberadamente religioso a la resistencia pasiva, no violenta. Sin embargo, los británicos desconfiaron de él. La idea de Gandhi de un *hartal*, un día nacional de «autopurificación», les sonaba a simple eufemismo de huelga general. Resolvieron enfrentarse a la «fuerza del alma» con lo que el teniente gobernador de Punjab, sir Michael O'Dwyer, llamó la «fuerza del puño».

En el verano de 1919, pese a las peticiones de Gandhi (aunque con frecuencia en su nombre), la resistencia india pasó de ser pasiva a ser activa. La violencia estalló cuando una multitud trató de cumplir con el *hartal* en la estación de ferrocarril de Delhi el 30 de marzo. Las tropas dispararon causando la muerte a tres hombres. El choque más notorio, sin embargo, ocurrió en Amritsar, en Punjab, donde un hombre intentó detener un movimiento que veía como una incipiente repetición del motín de los cipayos. En Amritsar, como en otras partes, el pueblo había respondido al llamamiento de Gandhi. El 30 de marzo una multitud de treinta mil personas se reunió en muestra de «resistencia pasiva». El 6 de abril hubo otro *hartal*. La situación era todavía pacífica en este momento, pero suficientemente tensa como para que dos de los jefes nacionalistas locales fueran detenidos y deportados. Cuando las noticias de su arresto se difundieron, estalló la violencia. Hubo disparos; los bancos fueron atacados; las líneas de teléfono, cortadas. El 11 de abril una misionera de la Iglesia anglicana llamada Manuella Sherwood fue golpeada hasta quedar inconsciente por una multitud que la derribó de su bicicleta. En este momento los civiles entregaron el poder a los soldados. Esa noche, el general de brigada Rex Dyer se hizo cargo de la situación.

Fumador empedernido y boxeador frustrado, Dyer no se destacaba por la sutileza de su enfoque de la agitación civil. En Staff College se decía que era «de lo más feliz cuando trepaba una empalizada birmana con un revólver entre los dientes». Ahora, sin embargo, tenía cincuenta y cuatro años y estaba enfermo, aquejado constantemente por las heridas de guerra y el incesante cabalgar. Estaba siempre furioso. Al llegar, recibió instrucciones que decían inequívocamente: «No se permitirán reuniones de personas ni procesiones de ningún tipo. Se abrirá fuego contra ellas». Al día siguiente emitió un comunicado prohibiendo oficialmente «todas las manifestaciones y reuniones». Cuando el 13 de abril una multitud de veinte mil personas se reunió en el Jallianwalla Bagh desafiando sus órdenes, no vaciló. Llevó dos carros blindados y cincuenta soldados gurkas y baluchis al lugar, y tan pronto como los desplegó rodeando a la multitud, dio la orden de disparar sin previo aviso. La multitud no tuvo tiempo de dispersarse, ya que el recinto, de tres hectáreas, donde se había reunido estaba amurallado y tenía solo una entrada angosta. Tras diez

minutos de continuos disparos, 379 manifestantes murieron, y más de 1.500 fueron heridos. Después, Dyer ordenó el azotamiento público de los sospechosos pertenecientes a la casta superior. Cualquier indio que pasara por la calle donde Manuella Sherwood fue golpeada era obligado a arrastrarse.[15]

Exactamente como pasó en Irlanda, la línea dura tuvo apoyo al principio. O'Dwyer respaldó la acción de Dyer. Sus superiores pronto encontraron un nuevo trabajo para él en Afganistán. Algunos sijs lugareños incluso lo hicieron sij honorario en una ceremonia en el Templo Dorado, comparándolo con Nikalseyan Sahib (John Nicholson, el héroe legendario de la rebelión de los cipayos). En Gran Bretaña, el *Morning Post* abrió un fondo de solidaridad para Dyer, recaudando 26.000 libras de donantes, entre los que estaba Rudyard Kipling. Una vez más, sin embargo, la actitud cambió rápidamente de la superioridad moral al remordimiento. El declive de Dyer comenzó cuando dos abogados que apoyaban al Congreso lograron su comparecencia ante una comisión de investigación para responder por sus actos. Su admisión sin tapujos de que su intención había sido «crear terror en todo el Punjab» hizo que el techo se le viniera encima. En el Parlamento, Montagu preguntó en tono airado a aquellos que defendían a Dyer: «¿Mantendréis vuestro control de la India con el terrorismo, la humillación racial, la subordinación, y el miedo…?». Menos previsible fue la denuncia de Churchill de la matanza como algo

> sin precedentes ni paralelos en la historia del imperio británico. Es un acontecimiento de un tipo completamente diferente a aquellos trágicos sucesos que tienen lugar cuando las tropas entran en choque con la población civil. Es un hecho extraordinario, un hecho monstruoso, un hecho que se destaca en un aislamiento singular y siniestro.

Al insistir en que disparar contra civiles desarmados no era «el modo británico de conducir los asuntos», Churchill acusó a Dyer de debilitar el dominio británico en la India, antes que contribuir a su preservación. Era simplemente «el más espeluznante espectáculo, la fuerza de la civilización sin piedad». Dyer fue rápidamente dado de baja del ejército. Aunque nunca fue procesado, su carrera había terminado.

La India era Irlanda pero a una escala mayor; y Amritsar era el levantamiento de Cuaresma, que creó mártires nacionalistas en un bando y una crisis de valores en el otro. En ambos países, los nacionalistas habían comenzado demandando pacíficamente el autogobierno, la delegación dentro del imperio. Y en ambos casos, la respuesta británica a la violencia había sido esquizofrénica: dura en el terreno pero suave en las altas esferas. Si, como Gandhi decía, Amritsar había «sacudido los cimientos» del imperio, el primer temblor había surgido en Dublín tres años antes. En efecto, los indios habían estado aprendiendo de la experiencia irlandesa durante algún tiempo. Cuando el joven Jawaharlal Nehru visitó Dublín, había dicho que el Sinn Fein era «un movimiento muy interesante […] Su política no es rogar favores, sino

arrancarlos». Cuando el visionario hindú Bal Gangadhar Tilak quiso protestar contra la partición de Bengala, adoptó la táctica irlandesa del boicot. En efecto, una mujer irlandesa fue elegida a la presidencia del Congreso en diciembre de 1918: Annie Besant, una teosofista medio chiflada que creía que su hijo adoptivo era el «vehículo del maestro del mundo» y veía el «Home Rule» [autogobierno] como la respuesta a la cuestión india.

Pero los temblores nacionalistas no eran importantes en sí mismos, sino en el hecho de que hacían temblar al imperio. En los siglos anteriores los británicos no habían sentido ningún reparo en disparar para matar en defensa del imperio. Eso había comenzado a cambiar a partir de Morant Bay. Cuando ocurrió lo de Amritsar, la determinación despiadada mostrada por tipos como Clive, Nicholson y Kitchener parecía haberse desvanecido por completo.

A pesar de todo, en medio de la ansiedad de entreguerras, había un hombre que continuaba creyendo en el imperio británico. A sus ojos, los británicos eran «un pueblo formidablemente preparado» que había «trabajado durante tres siglos para asegurarse la dominación del mundo por dos siglos». Habían «aprendido el arte de ser amos, y además de llevar las riendas tan suavemente, que los nativos no notaban el peso». Incluso su película favorita, Los lanceros de Bengala, era de temática imperial.

En *Mein Kampf* y en sus posteriores monólogos durante la cena, Adolf Hitler repetidamente expresó su admiración por el imperialismo británico. Lo que Alemania tenía que hacer, sostenía, era aprender del ejemplo británico. «La riqueza de Gran Bretaña —señalaba— es el resultado… de la explotación capitalista de trescientos cincuenta millones de esclavos indios». Era precisamente lo que Hitler más admiraba: la opresión efectiva de una raza «inferior». Y había un lugar obvio donde Alemania podía dedicarse a hacer lo mismo: «Lo que la India ha sido para Inglaterra —explicaba—, serán los territorios de Rusia para nosotros». Si Hitler tenía alguna crítica para los británicos era únicamente que eran demasiado autocríticos y demasiado blandos hacia los pueblos que habían subyugado:

> Hay ingleses que se reprochan haber gobernado mal el país. ¿Por qué? Porque los indios no muestran entusiasmo por su dominio. Afirmo que los ingleses han gobernado la India muy bien, pero que su error ha sido esperar entusiasmo del pueblo que gobiernan.

Como explicaba al secretario de Asuntos Exteriores británico lord Halifax en 1937, el modo de lidiar con el nacionalismo indio era muy sencillo: «Fusile a Gandhi, y si eso no basta para reducirlos a la sumisión, fusile a una docena de los principales jefes del Congreso, y si eso tampoco sirve, fusile a doscientos, y así sucesivamente,

hasta que el orden sea restablecido».

Hitler no tenía dudas de que eran los imperios rivales, y no el nacionalismo autóctono, lo que planteaba un verdadero desafío al dominio británico. «Inglaterra perderá la India —sostuvo en *Mein Kampf*—, sea porque su propia maquinaria administrativa cae presa de la descomposición racial […] o sea porque la supera la espada de un poderoso enemigo. Sin embargo, los agitadores indios nunca lograrán esto […] Si los ingleses devuelven a la India su libertad, en unos veinte años la India la habrá perdido de nuevo». También era muy franco al admitir que su versión del imperialismo sería mucho más repugnante que la británica:

> Con toda la miseria en que viven hoy los habitantes de la India bajo el dominio británico no estarían mejor en verdad si los británicos se retiraran […] Si nos apoderamos de la India, los indios realmente no se sentirán entusiasmados y no tardarán en lamentarse por los buenos días del antiguo dominio inglés.

No obstante, Hitler desmentía cualquier deseo de «apoderarse» de la India. Por el contrario, como afirmaba en *Mein Kampf*: «Yo, un hombre de sangre germánica, pese a todo, prefiero ver la India bajo el dominio inglés que bajo cualquier otro». Insistía en que no tenía ningún deseo de provocar la destrucción del imperio británico, un acto (como dijo en octubre de 1941) «que no sería de ningún beneficio para Alemania… [sino] que beneficiaría a Japón, Estados Unidos y a otros». El imperio, le dijo a Mussolini en junio de 1940, era «un factor importante de equilibrio mundial».

Precisamente esta anglofilia supuso la amenaza más seria para el imperio británico: la amenaza de la tentación diabólica. El 28 de abril de 1939, Hitler pronunció un discurso en el Reichstag que merece ser citado extensamente:

> Durante toda mi actividad política siempre he expuesto la idea de una estrecha amistad y colaboración entre Alemania e Inglaterra […] Este deseo de amistad y cooperación anglogermana se adecúa no solo a sentimientos que surgen de los orígenes raciales de nuestros dos pueblos, sino también al hecho de darme cuenta de la importancia para toda la humanidad de la existencia del imperio británico. Nunca he tenido dudas de mi creencia en que este imperio es un factor de inestimable valor para la vida cultural y económica humana. Pese a los medios por los que Gran Bretaña ha adquirido sus territorios coloniales —y sé que fueron los de la fuerza y a menudo la brutalidad—, yo sé muy bien que ningún otro imperio ha llegado a existir de otro modo, y que en última instancia no son tanto los métodos los que se consideran como un éxito en la historia, ni el éxito de los métodos como tal, sino el bien general que tales métodos proporcionan. Ahora no hay ninguna duda de que el pueblo

anglosajón ha logrado una obra colonizadora inconmensurable en el mundo, por la cual tengo una sincera admiración. El pensamiento de destruir esta labor me ha parecido y todavía me parece, considerado desde un más elevado punto de vista humano, nada más que el desbordamiento de una gratuita destructividad humana.

Entonces planteaba la cuestión:

Sin embargo, este sincero respeto mío por este logro no significa la seguridad de mi propio pueblo. Considero que es imposible lograr una duradera amistad entre los pueblos alemán y anglosajón, si el otro lado no reconoce que hay intereses alemanes así como británicos; que no es solo la preservación del imperio británico el significado y propósito de la vida de los británicos, sino también que para los alemanes la libertad y la preservación del Reich es su propósito vital.

Este era un preámbulo cuidadosamente calculado para la apuesta final de evitar la guerra con Gran Bretaña cerrando un pacto basado en la coexistencia: los británicos podrían retener su imperio ultramarino, si dejaban a Hitler las manos libres para formar un imperio alemán en Europa Central y Oriental. El 25 de junio de 1940, Hitler telefoneó a Goebbels para decirle exactamente cómo debía ser dicho pacto:

El *Führer* […] considera que el imperio [británico] debe ser mantenido en lo posible. Pues si se hunde, entonces no lo heredaremos, sino que potencias extranjeras e incluso enemigas se apoderarán de él. Pero si Inglaterra no lo acepta, entonces debemos hacer que muerda el polvo. Sin embargo, el *Führer* aceptaría la paz con las siguientes condiciones: Inglaterra fuera de Europa, devolución de las colonias y mandatos. Indemnización de lo que nos fue robado después de la guerra mundial…

Hitler reiteró esta idea varias veces. Ya en enero de 1942 estaba todavía convencido de que «los ingleses tienen dos posibilidades: ceder Europa y mantenerse en Oriente, o viceversa».

Sabemos que había algunos miembros en el gabinete de guerra que habrían estado tentados (fueron tentados) por esa «paz» a cambio de entregar el continente al nazismo. Halifax mismo se había acercado al embajador italiano el 25 de mayo para ofrecerle colonias como sobornos (quizá Gibraltar, quizá Malta) a cambio de que Mussolini se mantuviera fuera de la guerra y negociara una conferencia de paz. Chamberlain admitía en privado que si él creyera que «se podía comprar la paz y un pacto duradero entregando Tanganica a los alemanes […] no lo dudaría ni un

momento». Pero Churchill, para su eterno mérito, adivinó lo que había tras las zalamerías de Hitler. Tres días después, dirigiéndose al gabinete en pleno, no solo al gabinete de guerra propenso al apaciguamiento, Churchill insistió en que «era ocioso pensar que, si tratáramos de hacer la paz ahora, obtendremos mejores condiciones que si luchamos. Los alemanes nos exigirán nuestra flota (eso sería llamado desarme), nuestras bases y muchas cosas más. Nos convertiríamos en un país esclavo…». La observación era muy exacta. Los ofrecimientos de Hitler de una coexistencia pacífica con el imperio británico eran completamente falsos. ¿Por qué otra razón se referirían a «Inglaterra» como un «antagonista movido por el odio», como lo hizo en la famosa reunión con los jefes del servicio alemán el 5 de noviembre de 1937? En esa ocasión, Hitler había hablado en un tono muy diferente del imperio británico, prediciendo francamente su inminente disolución. Esto fue lo que Hitler pensaba realmente del imperio, que era «insostenible […] desde el punto de vista de la política de las potencias». Los planes alemanes para una flota atlántica y un imperio colonial africano lo confirman. Sin embargo, Churchill estaba desafiando no solo a Hitler; en cierta medida desafiaba también las fuerzas militares. Es cierto que la Royal Navy era todavía mucho mayor que la marina alemana, siempre y cuando los alemanes no se apoderaran también de la marina francesa. Es cierto que la Royal Air Forcé tenía una ventaja suficiente sobre la Luftwaflfe para tener una oportunidad razonable de ganar la batalla de Inglaterra.[16] Pero los 225.000 soldados británicos que habían sido evacuados de Dunquerque (junto con 120.000 franceses) habían dejado atrás no solo once mil muertos y cuarenta mil camaradas prisioneros, sino casi todo su equipamiento. En comparación con las diez divisiones Panzer alemanas, los británicos apenas tenían tanques. Sobre todo al estar Francia vencida y Rusia del lado de Hitler, Gran Bretaña ahora quedaba sola.

¿Lo estaba? La perorata del discurso de Churchill a la Cámara de los Comunes el 4 de junio de 1940 se recuerda más por sus sonoras promesas de luchar «en las playas… en los campos y en las calles» y demás, pero fue su final lo que realmente importaba:

> … no nos rendiremos nunca, e incluso si, lo cual no creo ni por un momento, esta isla o una gran parte de ella quedara subyugada y presa del hambre, entonces nuestro imperio allende los mares, armado y guardado por la flota británica, seguirá la lucha, hasta que, el buen tiempo de Dios, el nuevo mundo con todo su poderío y fuerza, se levante para rescatar y liberar al antiguo.

Europa estaba perdida, pero el imperio permanecía, y todo sin tener que negociar con «ese hombre».

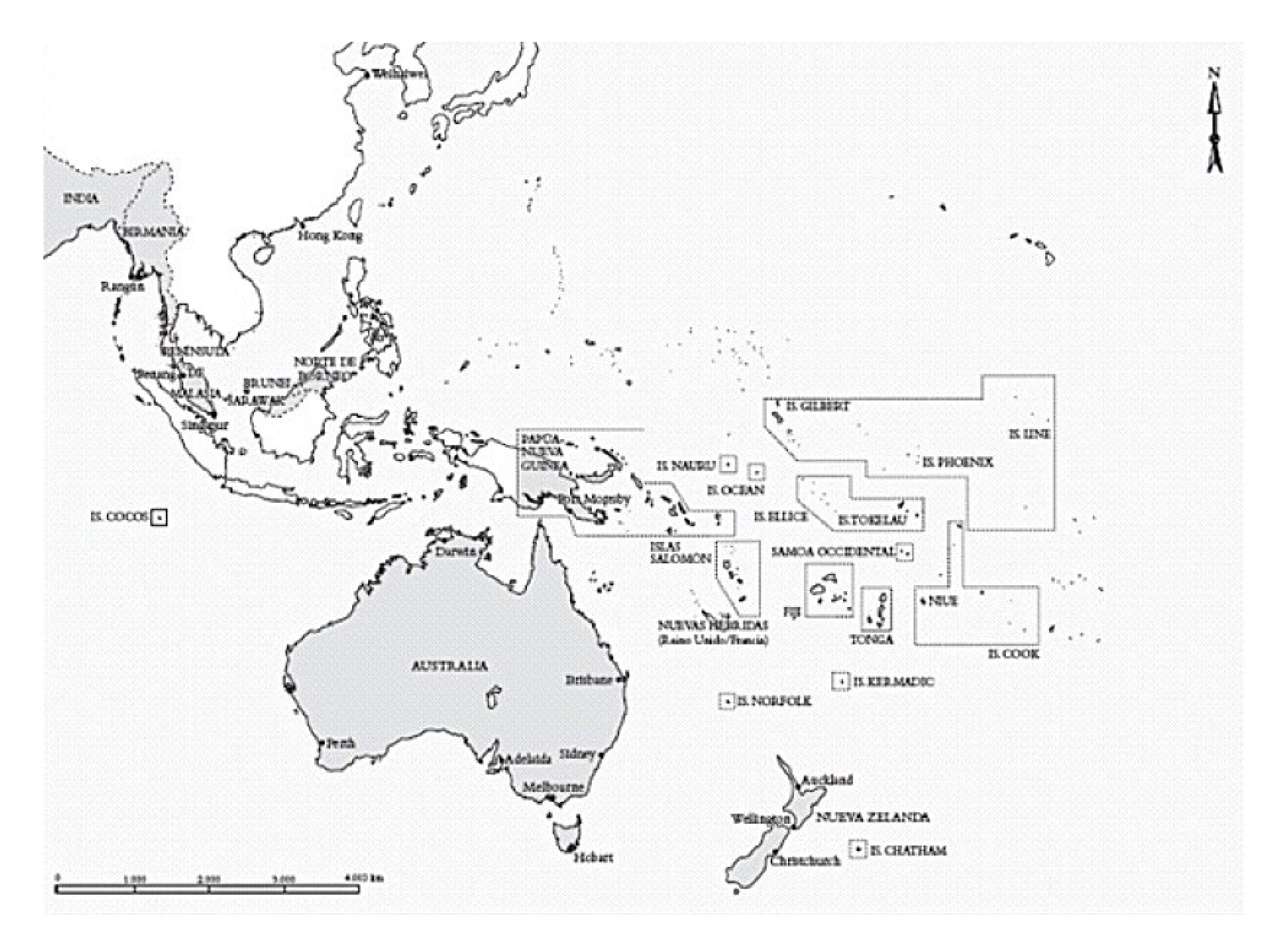
DE AMOS A ESCLAVOS

En diciembre de 1937, la ciudad china de Nankín cayó en manos de las fuerzas imperiales. Con órdenes explícitas de «matar a todos los cautivos», el ejército enloqueció. Entre doscientos sesenta mil y trescientos mil no combatientes fueron muertos, unas ochenta mil mujeres chinas fueron violadas, y en dantescas escenas de tortura, los prisioneros fueron colgados de la lengua con garfios de carnicero y devorados por perros hambrientos. Las tropas imperiales organizaron competiciones de matanzas de prisioneros: un oficial desafió a otro para ver cuál sería el primero en despachar cien soldados rasos. Unos fueron acuchillados, y otros pasados por la bayoneta; a unos se les mató a tiros, y a otros se les echó petróleo y murieron carbonizados. La destrucción dejó la ciudad en ruinas. «Las mujeres sufrieron más —recordaba un veterano de la 114.a división—. Sin importar su edad, no pudieron escapar de las violaciones. Enviamos camiones de carbón […] a las calles de la ciudad y aldeas para recoger muchas mujeres. Y después se asignó una por cada quince o veinte soldados para que las violaran y abusaran de ellas». «Habría estado bien si solo las hubiéramos violado —confesó uno de sus camaradas—. No debería decir bien, pero siempre acabábamos acuchillándolas y matándolas, porque los cadáveres no hablan». Con sobrados fundamentos, lo llamaron la violación de Nankín.

Se trataba de una clase de imperialismo de la peor especie, pero era el imperialismo japonés y no el británico. La violación de Nankín ponía de manifiesto lo que significaba la principal alternativa a la dominación británica. Es fácil describir la guerra entre los imperios británico y japonés como una colisión entre un imperio viejo y vacilante y otro nuevo y abiertamente despiadado, entre el sol poniente y el sol naciente, pero también era el choque entre un imperio que tenía nociones mínimas de los derechos humanos y otro que consideraba a las razas extranjeras como inferiores a los cerdos. Según el teniente coronel Ryukichi Tanaka Jefe del servicio secreto japonés en Shanghai: «No podemos hacer nada con estas criaturas». Hacia la década de 1930 muchas personas en Gran Bretaña habían caído en la costumbre de poner por los suelos al imperio, pero el surgimiento del imperio japonés en Asia durante esa década demostró que las alternativas al dominio británico no eran necesariamente más benignas. Había grados de imperialismo, y con su brutalidad hacia los pueblos conquistados, el imperio japonés superaba con creces todo lo que los británicos habían hecho. Y esta vez los británicos estaban entre los conquistados.

La base naval en Singapur había sido construida en la década de 1920 como eje de las defensas británicas en Extremo Oriente. Según los jefes del estado mayor: «La seguridad del Reino Unido y la seguridad de Singapur serán la clave en la que se basará la supervivencia de la Commonwealth».[17] Durante el período de entreguerras, la estrategia declarada para defender Singapur en caso de ataque era enviar la flota. Pero hacia 1940 los jefes del servicio se habían dado cuenta de que esa

ya no era una alternativa; y a finales de 1941 incluso Churchill atribuía una prioridad menor a la defensa de Singapur que a las necesidades tres veces superiores de defender Gran Bretaña, ayudando a la Unión Soviética y resistiendo en Oriente Próximo. Pese a todo, no se hizo lo suficiente para proteger la base de la amenaza japonesa. En vísperas de la invasión había ciento cincuenta y ocho naves de primera línea en Malasia donde se necesitaban mil; y tres divisiones y media de infantería donde apenas habrían bastado ocho divisiones más dos regimientos blindados. Sobre todo, estaba el lamentable error de no edificar defensas fijas adecuadas (campos de minas, fortines, obstáculos antitanques) en los accesos terrestres a Singapur. El resultado fue que cuando atacaron los japoneses descubrieron que la ciudadela inexpugnable no lo era. Mientras las bombas llovían sobre la ciudad, las opciones eran los horrores en caso de una entrada japonesa tipo Nankín o la humillación de una rendición abyecta. A las cuatro de la tarde del 15 de febrero de 1942, pese a la desesperada arenga de Churchill de luchar «hasta la muerte», se izó la bandera blanca.



8. El sudeste asiático y el Pacífico británicos, 1920.

En total ciento treinta mil soldados imperiales (británicos, australianos e indios) se rindieron a una fuerza que era inferior a ellos en la mitad. Nunca en la historia del imperio británico tantos se habían rendido a tan pocos. Cuando fue demasiado tarde

se supo lo agotados que se encontraban los japoneses tras su extenuante marcha a través de la selva. El cañonero de la artillería real Jack Chalker, que estuvo entre los prisioneros, recordó más tarde: «Era difícil de creer que ahora estábamos en manos de los japoneses […] Esa noche, mientras nos preguntábamos por lo que nos aguardaba, no pude evitar pensar en la violación de Nankín […] Nuestras perspectivas no eran alentadoras». Para Chalker y sus camaradas, lo que realmente les indignaba era la humillación recibida a manos de los asiáticos. Resultó que la retórica antioccidental no se tradujo en un mejor trato para la población no blanca de Singapur. Los japoneses simplemente se ubicaron en la posición privilegiada ocupada hasta entonces por los británicos. Peor era su trato de los demás habitantes asiáticos, los chinos en particular fueron sometidos a un proceso devastador de *sook ching* (purificación mediante eliminación). Sin embargo, nada expresaba mejor el carácter del «nuevo orden» en Asia que el modo como los japoneses trataron a sus prisioneros británicos.

El alto mando japonés consideraba la rendición como deshonrosa y despreciaban a los soldados enemigos que rendían sus armas. Jack Chalker preguntó a uno de sus captores por qué era tan despiadado con los prisioneros de guerra, y éste le replicó: «Soy un soldado, ser prisionero de guerra es impensable». Sin embargo, el maltrato dado a los prisioneros británicos no se debía solo a una simple mala interpretación de la Convención de Ginebra (como se ha afirmado a veces). Hacia 1944, las autoridades británicas habían comenzado a sospechar que «había una política oficial de humillar a los prisioneros de guerra blancos para disminuir su prestigio ante los nativos». Estaban en lo cierto. En 1942 Seishiro Itagaki, el comandante en jefe del ejército japonés en Corea, dijo al primer ministro Hideki Tojo:

> Nuestro propósito, al encerrar a los prisioneros estadounidenses y británicos en Corea, es hacer que los coreanos se den cuenta positivamente del verdadero poder de nuestro imperio, así como contribuir a la propaganda psicológica para desterrar cualquier idea de adoración de Europa y Estados Unidos que todavía se preserva en el fondo en la mayor parte de Corea.

El mismo principio fue aplicado en toda el Asia ocupada por Japón.

Los británicos habían construido vías ferroviarias por todo su imperio con el trabajo de culis asiáticos. Ahora, en uno de los grandes vuelcos de la historia mundial, los japoneses forzaron a sesenta mil prisioneros de guerra británicos y australianos, así como a prisioneros holandeses y mano de obra india sujeta a reclutamiento, a construir cuatrocientos mil kilómetros de ferrocarril a través de la montañosa selva de la frontera entre Tailandia y Birmania. Desde mediados del siglo XVIII, uno de los brindis más jactanciosos del imperio había sido: «Los británicos nunca serán esclavos». Pero eso era exactamente lo que eran los soldados en el ferrocarril. Como señalaba amargamente un prisionero británico: «¡Debe de ser muy

divertido para un japonés ver a los amos blancos arrastrándose por el camino con una canasta y un palo mientras ellos avanzan en sus vehículos!».



Caricatura japonesa incitando a los indios a librarse del dominio británico, c. 1942.

Secretamente, y arriesgando su propia vida, Jack Chalker, que había sido estudiante de arte antes de la guerra, dibujó vividos bocetos del modo en que él y sus compañeros eran tratados. Agotados y muertos de hambre, eran forzados a trabajar incluso cuando padecían de malaria, disentería o de úlceras tropicales, que llegaban a corroer la carne de un hombre hasta el hueso:

> Se dormía de modo ligero y tenso. Nos podían sacar de las cabañas a cualquier hora a formar para pasar lista u organizar una cuadrilla de trabajo, o para darnos una paliza; incluso los que estaban muy enfermos tenían que salir en el estado en que estuvieran. Tales reuniones podían durar horas o incluso un día entero o toda la noche […] a veces los enfermos morían.

La película de Pierre Boulle y David Lean dio fama al puente sobre el río Kwai. Pero las condiciones en que se vivía allí fueron mucho peores de lo que muestra la película. Y eran mucho peores en el «ferrocarril de la muerte», cerca de la frontera con Birmania.

El abuso implacable y a veces sádico de los prisioneros en el campo de Hintok fue recogido en el detallado diario que llevó durante su cautividad el cirujano australiano y oficial al mando de los prisioneros de guerra, el teniente coronel Edward Dunlop, apodado Weary, en parte aludiendo al juego de palabras: Dunlop-

Tyre-Tired-Weary, pero también porque siendo un hombre alto, tenía que encorvarse para hablar con sus captores de estatura mucho más pequeña para no despertar la violenta cólera de éstos:

> 19 de marzo de 1943 […] mañana se necesitan seiscientos hombres para el ferrocarril […] debían ir todos los hombres sin botas los que estaban de servicio y los que tenían un servicio reducido. Esto se acerca al asesinato. Obviamente los nipones tienen una gran reserva de mano de obra aquí y en Singapur y están mostrando toda la intención de acabar con los hombres en este trabajo, sin la mínima consideración por la vida o la salud. Esto solo puede ser considerado solo como un crimen despiadado, a sangre fría, contra la humanidad, obviamente premeditado.
>
> 22 de marzo de 1943. Estaba furioso […] y con ira le dije a Hiroda [el oficial japonés al mando] que me oponía terminantemente a que enviara hombres enfermos a trabajar […] Le invité a que cumpliera su amenaza de fusilarme (probaron sus rifles conmigo). «Usted me puede matar, pero mi segundo en la línea de mando es tan decidido como yo, y después tendrá que matarlos a todos. Entonces, no tendrá trabajadores. ¡En todo caso, he tomado medidas para que un día sea colgado, pues es un bastardo de corazón negro!»

A los ojos de Dunlop, el ferrocarril que los japoneses (es decir, sus cautivos) estaban construyendo, era una «algo asombroso» que parecía «avanzar sin… consideración al terreno, como si alguien hubiera trazado una línea recta en el mapa…». En Konyu la línea pasaba directamente a través de una pared de roca de 73 metros de largo y 25 de alto. Trabajando por turnos las veinticuatro horas del día, los hombres de Dunlop tuvieron que abrir el paso. Pese a que era el principio de la estación del monzón y estaban en medio de una horrorosa epidemia de cólera, lograron terminar la tarea en solo doce semanas. Esta excavación fue llamada Hellfire Pass porque durante el turno de noche, la luz despedida por las temblorosas lámparas de carburante iluminaba los rostros desgastados de los soldados. El diario de Dunlop dejaba claro quiénes eran los diablos en este infierno:

> 17 de mayo de 1943 […] Estos días, en que he visto a hombres convertirse progresivamente en ruinas escuálidas, hinchados por el beriberi, terriblemente agobiados por la pelagra, la disentería y la malaria, y cubiertos de asquerosas llagas, un odio abrasador me llena cada vez que veo a un «nip» [japonés]. Tropa de hombres o monos odiosa, lamentable, repugnante. Es una lección amarga para todos nosotros saber que no debemos rendirnos ante estas bestias mientras nos quede todavía vida en el cuerpo.



Segunda guerra de los imperios: boceto de la excavación de Konyu-Hmtok, Tailandia, de Jack Chalker, 1942

Dos veces fue golpeado con saña y atado a un árbol a la espera de que lo ejecutaran a bayonetazos, por la sospecha de haber escondido un radiotransmisor. Solo le concedieron unos segundos antes de que se cumpliera la orden de ejecución. Pero fue el trato a uno de sus hombres, el sargento S. R. «Mickey» Hallam, el que le pareció a Dunlop ejemplificar la gratuita crueldad de los japoneses:

> 22 de junio de 1943 […] El sargento Hallam (malaria) había sido examinado por los nipones en este campo y admitido en el hospital […] Fue sacado a rastras del hospital muy enfermo de malaria (en realidad, se había desmayado en el trabajo), después el sargento de ingenieros y otros nipones le dieron una paliza inenarrable: le propinaron puñetazos, le golpearon la cara y la cabeza con zuecos de madera, lo tiraron varias veces al suelo de un aventón, y le golpearon el estómago, el escroto y las costillas, etcétera, le dieron muchas veces con bambúes en la cabeza y otros tormentos de rutina […] Este asunto desagradable y brutal continuó durante horas […] El sargento Hallam estaba inconsciente con una temperatura de 103,4 [Fahrenheit], la cara llena de tremendas contusiones, también en el cuello y en el pecho, muchas

escoriaciones, moretones en las costillas…

Hallam murió cuatro días después debido a las heridas. Dunlop anotó: «Fue asesinado por estos nipones sádicos con más seguridad que si le hubieran pegado un tiro».

Cuando Dunlop sumó el número de prisioneros aliados que habían muerto en el campo de Hintok entre abril de 1943 y enero de 1944, el total fue de 676, uno de cada diez australianos, dos de cada tres prisioneros británicos. En total cerca de nueve mil británicos sucumbieron tras su captura por los japoneses, aproximadamente una cuarta parte de todos los capturados. Nunca habían sufrido las fuerzas británicas un trato tan atroz.

Fue la Pasión del imperio; su momento en la cruz. Después de esto, ¿podría resucitar de nuevo?

Reducidos los soldados del imperio a la esclavitud por amos asiáticos, había llegado indudablemente el momento para que los nacionalistas indios se levantaran y sacudieran el yugo británico. Como Subhas Chandra Bose declaró, la caída de Singapur parecía anunciar «el fin del imperio británico… y el amanecer de una nueva era en la historia india».

Sin embargo, los acontecimientos en la India revelaron la debilidad del movimiento nacionalista y la resistencia del Raj. El virrey anunció la entrada de la India en la guerra sin consultar una palabra con los líderes del Congreso. La campaña «Salid de la India» lanzada en 1942 fue dejada de lado con la simple medida de arrestar a Gandhi y a los demás jefes de la campaña, censurando la prensa y reforzando la policía con soldados. El Congreso se dividió; solo una pequeña minoría incitada por Bose, el aspirante a ser el Mussolini indio, optó por favorecer a los japoneses.[18] E incluso un supuesto ejército nacional indio resultó de poca importancia militar. Así que la única amenaza seria a los británicos en la India fueron las divisiones japonesas en Birmania; y el ejército indio los derrotó totalmente en Imphal (marzo-junio de 1944). Vista retrospectivamente, la oferta hecha en 1942 por sir Stafford Cripps —pleno estatus de dominio para la India después de la guerra o la opción de retirarse del imperio— era superflua. Cripps, un marxista tan dogmático como solo lo puede ser un millonario,[19] declaró: «Vosotros solo tenéis que mirar las páginas de la historia imperial británica para agachar la cabeza de vergüenza por ser británicos». Pero los indios solo tenían que ver cómo se comportaban los japoneses en China, Singapur y Tailandia para ver que la alternativa que tenían ante ellos era mucho peor. Gandhi podía descartar la oferta de Cripps diciendo que era como «un cheque pospuesto de un banco en quiebra». Pero ¿cómo alguien podía seriamente afirmar que sacar a los británicos mejoraría la situación, si el efecto sería abrir la puerta a los japoneses? (Como Fielding dice burlonamente en *Pasaje a la India*: «¿A

quiénes queréis en vez de los ingleses? ¿A los japoneses?».)



Francia, Inglaterra, Rusia, Japón y Alemania hincan sus garras en China, caricatura alemana, 1900.

Tampoco debería subestimarse el papel desempeñado por el imperio —no solo los incondicionales habituales de los dominios, sino los indios, los indios occidentales y también los africanos— en derrotar a las potencias del Eje. Casi un millón de australianos sirvieron en las fuerzas armadas; más de dos millones y medio de indios (aunque solo una décima parte sirvió en el extranjero). Sin los pilotos canadienses, podría haberse perdido la batalla de Inglaterra; sin los marineros canadienses en la batalla del Atlántico la derrota habría sido casi segura. Pese a los esfuerzos de Bose, la mayoría de los soldados indios combatió con lealtad, salvo alguna protesta ocasional sobre las diferencias de sueldo (75 rupias al mes para un soldado británico, 18 para un indio). En efecto, el *ánimo de Josh* («espíritu positivo») tendía a crecer a medida que los relatos de las atrocidades de los japoneses se filtraban entre los soldados rasos. Un cipayo escribió a su familia: «Me inspira un sentimiento del deber. Y me altera la atrocidad brutal de los incivilizados japoneses». Los hombres de la Royal West African Frontier Forcé (milicias del África colonial) tuvieron su momento de gloria cuando los soldados japoneses hicieron lo impensable y se rindieron (explicaron: «los soldados africanos se comen a los que morían en la batalla, pero no a los prisioneros… si los africanos nos comen, no seremos aceptados por nuestros ancestros en el más allá»). Incluso el Estado Libre de Irlanda, el único dominio que adoptó la vergonzosa política de la neutralidad, ofreció cuarenta y tres mil voluntarios a las fuerzas imperiales. En total, más de cinco millones de soldados combatientes fueron enrolados por el imperio, casi tantos como los del Reino Unido mismo. Considerando la desesperada situación de Gran Bretaña en 1940, era incluso una muestra más laudable de unidad imperial que la de la Primera Guerra Mundial. El lema del día del Imperio de 1941 fue una parodia casi de una antigua cantinela nazi:

«Un rey. Una bandera. Una flota. Un imperio», pero había cierta verdad en él.

Sin embargo, el imperio por sí solo no podría haber ganado la Segunda Guerra Mundial. La clave para la victoria, y la clave para el propio futuro del imperio, estaba irónicamente en el país que había sido la primera colonia en librarse del dominio británico; con un pueblo que una vez fue rechazado por ser una «raza chusca» por un antiguo primer ministro de Nueva Zelanda.[20] Y esto significó —como un antiguo veterano del Ministerio de las Colonias había ya intuido— que «el premio de la victoria sería no la perpetuación, sino el honorable enterramiento del antiguo sistema».

En la Primera Guerra Mundial, el apoyo económico y después militar de Estados Unidos había sido importante, pero no decisivo. En la Segunda Guerra Mundial fue crucial. Desde su mismo inicio Churchill había puesto las esperanzas en Estados Unidos. «La voz y la fuerza de Estados Unidos no contarán para nada si no se manifiestan durante mucho tiempo», le dijo a Roosevelt el 15 de mayo de 1940. En discursos y emisiones por radio insinuó varias veces que la salvación vendría del otro lado del Atlántico. El 27 de abril de 1941, más de siete meses antes de que Estados Unidos entrara en guerra, citó memorablemente al poeta Arthur Hugh Clough en una emisión de la BBC para radiooyentes estadounidenses:

Y no solo por las ventanas orientales,
cuando ¡lega la luz del día, entra la luz
al frente, el sol se alza lentamente, muy lentamente,
pero hacia el oeste, mira, la tierra brilla.

Con su propia parentela angloamericana,[21] Churchill creía firmemente que una alianza de los pueblos de habla inglesa era la clave de la victoria, una victoria que desde luego restablecería el imperio británico al *statu quo ante*. Cuando escuchó la noche del 7 de diciembre que los japoneses habían atacado a los estadounidenses en Pearl Harbor, apenas podía ocultar su agitación. Antes, en una cena con dos invitados estadounidenses, había estado muy sombrío, «con la cabeza entre las manos durante un rato», pero al oír las noticias en la radio, recordaba el embajador estadounidense John G. Winant:

Churchill se puso de pie de un salto y se dirigió a la puerta con el anuncio: «Declararemos la guerra a Japón».
… «¡Por Dios! —dije—, uno no puede declarar la guerra a través de un parte de la radio». Se detuvo y me miró, un poco serio, un poco confundido, y entonces dijo en voz baja:

«¿Qué debo hacer?». La pregunta fue hecha no porque necesitara que yo le dijera lo que tenía que hacer, sino por cortesía al representante del país atacado.

Le dije: «Telefonearé al presidente y le preguntaré cuáles son los hechos». Y él añadió: «Y yo hablaré con él también».

Las primeras palabras de Roosevelt a Churchill fueron: «Ahora estamos en el mismo barco».

Sin embargo, desde el comienzo, la llamada «relación especial» entre Gran Bretaña y Estados Unidos tuvo su propia ambigüedad especial, en cuyo núcleo estaba la concepción muy diferente de imperio que tenían los estadounidenses. Para ellos, educados en el mito de su propia lucha por la libertad contra la opresión británica, el dominio formal sobre pueblos sometidos no era aceptable. También implicaba compromisos en el extranjero contra los que los padres fundadores habían alertado. Tarde o temprano, todos debían aprender, como los estadounidenses, a gobernarse y a ser democráticos, a punta de pistola si fuera necesario. En 1913 había habido un golpe de Estado en México, para gran disgusto de Woodrow Wilson, que decidió «enseñar a las repúblicas sudamericanas a elegir hombres buenos». Walter Page, entonces el hombre de Washington en Londres, informó de una conversación con el ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Grey, que preguntó:

—Suponga que Estados Unidos interviene, ¿qué ocurrirá después?

—Los obligamos a votar y que vivan de acuerdo con los resultados.

—Pero suponga que no lo hacen así.

—Volvemos y los obligamos a votar otra vez.

—¿Y seguiréis con esto doscientos años? —preguntó él.

—Sí —dije—. Estados Unidos permanecerá allí doscientos años y puede continuar fusilando gente durante ese breve período hasta que aprendan a votar y gobernarse.

En otras palabras, todo, excepto apoderarse de México, lo cual habría sido la solución británica.

Lo que tales actitudes implicaban para el futuro del imperio británico quedó patentemente claro en una carta abierta de los editores de la revista *Life* «al pueblo de Inglaterra», publicada en octubre de 1942: «De una cosa estamos seguros, no estamos luchando para mantener unido el imperio británico. No nos gusta decir las cosas de modo tan contundente, pero no queremos que os hagáis ilusiones. Si vuestros estrategas están planeando una guerra para mantener el imperio británico, tarde o temprano se encontrarán solos haciendo planes».[22]

El presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, estaba de acuerdo.

Le dijo a su hijo: «El sistema colonial equivale a la guerra. Explotar los recursos de una India, una Birmania, una Java; sacar toda la riqueza de esos países, pero nunca devolverles nada […] todo lo que uno hace es acumular el tipo de problemas que lleva a la guerra». Una breve estancia en Gambia de camino a la Conferencia de Casablanca, confirmó sus sospechas. Era un «lugar de mala muerte… lo más horrible que he visto jamás en mi vida»:

> Suciedad. Enfermedad. Una tasa de mortalidad muy elevada […] Esas personas son tratadas peor que ganado. Su ganado vive más tiempo […] Por cada dólar que los británicos […] han puesto en Gambia de [dijo después] han sacado diez. Es pura y simple explotación.

Confiando ingenuamente en Stalin, declarado admirador del líder nacionalista chino Chang Kaishek, Roosevelt desconfiaba profundamente del imperialismo impenitente de Churchill. Como dijo el presidente: «Los británicos se apoderarían de territorios en cualquier parte del mundo, aunque solo fuera un peñasco o una franja de arena». «Usted lleva cuatrocientos años de instinto adquisitivo en la sangre —le dijo a Churchill en 1943—, y no entiende que un país no quiera adquirir territorio en parte alguna aunque pueda hacerlo». Lo que Roosevelt deseaba ver en vez de colonias era un nuevo sistema de «fideicomisos» temporales para las colonias de todas las potencias europeas, preparando el camino para su independencia; éstas estarían sujetas a una autoridad internacional global, que tendría derecho a inspeccionarlas. Tales opiniones antiimperialistas estaban lejos de ser exclusivas del presidente. En 1942 Sumner Welles, el subsecretario estadounidense, proclamó: «La era del imperialismo ha terminado». Wendell Wilkie, el candidato republicano a la presidencia en 1940, casi empleó las mismas palabras.



**«Los aliados ganan la partida en equipo»,
caricatura de Conrado Massaguer.**

Este fue el nuevo espíritu con que los objetivos estadounidenses de la guerra fueron formulados; eran, en muchos aspectos, más hostiles de lo que Hitler nunca había expresado. El artículo III de la Carta Atlántica de agosto de 1941, que sirvió como base para los objetivos bélicos de los aliados occidentales, parecía descartar la continuación de las formas imperiales después de la guerra, a favor de «los derechos de todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la que vivirán». En 1943 un proyecto estadounidense de declaración sobre la independencia nacional iba más allá: como lamentaba un oficial británico, «el contenido general consiste en avanzar hacia el ideal de la desmembración del imperio británico». Tampoco los estadounidenses se limitaron a las generalidades. En una ocasión, Roosevelt presionó a Churchill para que entregara Hong Kong a China en un gesto de «buena voluntad». Incluso tuvo la temeridad de traer a colación la cuestión de la India, ante lo cual Churchill estalló, replicando que un equipo de inspectores internacionales debería ser enviado al sur de Estados Unidos. «Hemos hecho declaraciones sobre ese tema, afirmó Churchill ante la Cámara de los Comunes: el gobierno británico estaba dedicado al «progresivo desarrollo de instituciones de autogobierno en las colonias británicas». «Manos fuera del imperio británico», fue su conciso lema en un acta de diciembre de 1944: «No debe ser debilitado o manchado para complacer a los mercaderes de temas lacrimógenos en nuestro suelo ni a los extranjeros de cualquier color que sean». Había incitado a los estadounidenses a entrar en la guerra. Ahora le ofendía tremendamente que el imperio estuviera siendo «acorralado o llevado al borde del abismo». Simplemente no consentiría que

> cuarenta o cincuenta naciones metieran mano en la existencia y la vida del imperio británico […] Después de que hemos hecho todo lo posible para ganar esta guerra […] No aceptaré ninguna sugerencia de que el imperio británico sea puesto en el banquillo de los acusados y examinado por todos para ver si es del nivel requerido.

A ojos de los británicos, los fideicomisos propuestos serían la fachada tras la cual se construiría el imperio económico estadounidense. Como el Ministerio de las Colonias dijo, «los estadounidenses [estaban] bastante preparados para hacer políticamente "independientes" a sus dependencias, aunque las ataran a ellos económicamente de pies y manos». Curiosamente el modelo de fideicomiso no pareció válido para Hawai, Guam, Puerto Rico o las islas Vírgenes, todas colonias estadounidenses *de facto*. También exceptuadas de la larga lista de compra de las bases insulares en el Atlántico y el Pacífico redactada para Roosevelt por la junta de jefes del estado mayor. Como señaló perspicazmente Alan Watt, miembro de la delegación australiana en Washington, en enero de 1944: «Hay señales en este país del desarrollo de una actitud imperialista bastante despiadada». Fue la gran paradoja de la guerra, como el economista judío alemán exiliado Moritz Bonn señaló: «Estados Unidos ha sido la cuna del antiimperialismo moderno, y al mismo tiempo ha fundado un poderoso imperio».[23]

La alianza bélica con Estados Unidos era un abrazo sofocante; pero nació de la necesidad. Sin el dinero estadounidense, la capacidad bélica británica se habría hundido. El sistema de Préstamo-Arriendo, con el que Estados Unidos proporcionó armas a crédito a sus aliados, costó 26.000 millones de dólares a Gran Bretaña, cerca de una décima parte de toda la producción de la época de guerra, y aproximadamente el doble de lo que Gran Bretaña era capaz de conseguir en préstamo de sus dominios y colonias. Como afirmó un funcionario estadounidense sucintamente, Estados Unidos era una «potencia que llegaba», y Gran Bretaña una que se iba. Así pues, los funcionarios británicos enviados a negociar con sus acreedores estadounidenses en Washington se encontraron en la posición de humildes suplicantes. Era una posición que no le pegaba naturalmente a la figura dirigente de la delegación británica, John Maynard Keynes.

Keynes, por aquel entonces, ya era el economista más grande del siglo XX, y lo sabía. En Londres todos, Churchill incluido, admiraban su gran inteligencia, su brillantez no oscurecida por la enfermedad coronaria que pronto lo mataría. Pero cuando se reunió con los funcionarios del Tesoro de Estados Unidos en Washington, la historia fue otra. Para los estadounidenses, Keynes, a su vez, era «solo uno de esos tipos sabelotodo». Keynes tampoco podía soportarlos.[24] Le disgustaba el modo en que los abogados estadounidenses trataban de enredarlo con su argot, en (como

Keynes decía) «cheroki». Odiaba el modo en que los políticos respondían las llamadas telefónicas a mitad de reuniones con él. Sobre todo, Keynes detestaba el modo en que los estadounidenses trataban de aprovecharse de la debilidad financiera de Gran Bretaña. Para él, Estados Unidos estaba tratando de «sacarle los ojos al imperio británico». Tampoco era el único que sentía que esta degradante imagen reflejaba la realidad. Uno de sus colegas comentó con amargura: «Se podría excusar a un visitante de Marte que pensara que somos los representantes de un pueblo vencido debatiendo las sanciones económicas de la derrota».

Eran efectivamente reacciones típicas al cambiante equilibrio de poder que se estaba efectuando. Salvo unas cuantas excepciones, la élite política británica, a diferencia de la élite intelectual mayoritariamente socialista, encontró muy difícil aceptar que el imperio tenía que desaparecer como precio a pagar por la victoria. En noviembre de 1942, Churchill protestó alzando la voz que él no había de ser primer ministro del rey «para dirigir la aniquilación del imperio británico». Incluso el ministro del Interior, el laborista Herbert Morrison, comparó la idea de que algunas colonias británicas se independizaran con la de «dar a un niño de diez años la llave de la casa, una cuenta de banco y una escopeta». Pero la cuenta bancada de Gran Bretaña dejaba claro que el juego había terminado. El que antes fuera el banquero del mundo, ahora debía a sus acreedores extranjeros más de cuarenta mil millones de dólares. Los cimientos del imperio habían sido económicos, y el coste de la guerra simplemente los había minado. Entretanto, el gobierno laborista de 1945 tenía ambiciones de construir un Estado de bienestar, que solo podía realizarse si los compromisos de Gran Bretaña en ultramar eran reducidos drásticamente. En una palabra, Gran Bretaña sufría un descalabro, y el imperio estaba hipotecado hasta el cuello.

Cuando una empresa está en bancarrota, la única solución es que sus acreedores se hagan con sus activos. Gran Bretaña debía miles de millones a Estados Unidos. De modo que ¿por qué no vender simplemente el imperio? Después de todo, Roosevelt había bromeado una vez sobre «hacerse con el imperio británico» de sus dueños «arruinados». Pero ¿podían los británicos resolverse a vender? Y lo que es más importante quizá, ¿podían los estadounidenses decidirse a comprar?

EL TRASPASO DEL PODER

Hay algo muy británico en la base militar del canal de Suez, que abarca un área del tamaño de Gales y en 1954 era todavía sede de cerca de ochenta mil soldados. Había diez lavabos en la estación de ferrocarril El Quantara: tres para oficiales (uno para los europeos, otro para los asiáticos y otro para los de color), tres para oficiales de alta y baja graduación y sargentos de cada raza, tres para los de graduación más alta de cada raza y uno para el pequeño número de mujeres en servicio. Aquí al menos, la vieja

jerarquía del imperio seguía en pie.

Pero en la embajada de Estados Unidos en El Cairo, la atmósfera era bastante diferente. El embajador Jefferson Caffery y su asesor político, William Lakeland, estaban impresionados por los jóvenes oficiales que habían tomado el poder en Egipto en 1952, particularmente por su jefe, el coronel Nasser. El secretario de Estado, John Foster Dulles, también lo estaba. Cuando Nasser presionó a los británicos para que aceleraran su retirada de Suez no lo desalentaron. En octubre de 1954, los británicos finalmente aceptaron una evacuación escalonada de la base; ya en el verano de 1956 sus últimas tropas habían salido. Sin embargo, cuando Nasser procedió a nacionalizar el canal (del cual el gobierno británico retenía lo sustancial de las acciones originalmente adquiridas por Disraeli), los británicos perdieron la compostura. «Lo que ocurra aquí [en Egipto] —había dicho Churchill en 1953— establecerá la pauta para nosotros en Oriente Próximo». Esto también resultaría ser cierto. Convencido de que estaba ante el Hitler de Oriente Próximo, Anthony Edén, ahora primer ministro, decidió resistir la «piratería» de Nasser.



Egipcios asediando al coronel Gamal Abdel-Nasser, 29 de marzo de 1954.

Por su parte, los estadounidenses no podían haber sido más explícitos en su oposición a la intervención británica en Egipto. Habían estado preparados para ejercer presión financiera sobre Nasser retirándole el apoyo financiero para la nueva presa de Asuán. Pero una ocupación militar similar a la de 1882 era otra cuestión: temían que eso tendría el efecto de poner a los estados árabes en el bando soviético. La acción unilateral en Egipto o en cualquier otra parte, señalaba Dulles, «haría pedazos la coalición del mundo libre». Tal y como el presidente Eisenhower preguntó tiempo después: «¿Cómo podemos apoyar a Gran Bretaña… si al hacerlo perdemos todo el mundo árabe?». Tales advertencias no fueron escuchadas. El 5 de noviembre de 1956 una expedición anglofrancesa desembarcó en el canal, asegurando que eran

tropas de paz que intentaban impedir una guerra entre Israel y Egipto.

Nada podría haber revelado tan bien la vulnerabilidad de Gran Bretaña que lo que ocurrió después. Primero, los invasores fueron incapaces de impedir que los egipcios bloquearan el canal e interrumpieran los envíos de petróleo que pasaban por allí. Después la libra sufrió una fuerte presión, pues los inversores procuraron deshacerse de ella. Así pues, fue en el Banco de Inglaterra donde se perdió efectivamente el imperio. Mientras las reservas de oro y dólares en el banco se reducían durante la crisis, Harold Macmillan (entonces ministro de Hacienda) tuvo que escoger entre devaluar la libra, lo cual veía como «una catástrofe que afectaría no solo al coste de vida británico sino también… a nuestras relaciones económicas exteriores», o pedir una ayuda masiva a Estados Unidos. La última opción colocaría a los estadounidenses en la posición de establecer las condiciones. Solo después de que Edén hubiese aceptado retirarse de Egipto incondicionalmente, Eisenhower ordenó dar un paquete de ayuda de mil millones de dólares del FMI y del Export-Import Bank.

La negativa de los estadounidenses a respaldar el derrocamiento de Nasser resultó ser un error. Nasser continuó coqueteando con los soviéticos; en efecto, poco después Eisenhower lo acusaba de tratar de «controlar el suministro de petróleo para obtener el poder y los medios para destruir el mundo occidental». Sin embargo, Suez dio una señal a los nacionalistas de todo el imperio británico: la hora de la libertad había sonado. Pero la hora había sido escogida por los estadounidenses, no por los nacionalistas.

El desmembramiento del imperio británico ocurrió con una celeridad en algunos casos excesiva. Una vez que los británicos decidieron salir, trataron de coger el primer barco rumbo al Reino Unido, sin importarles las consecuencias que acarrearía para las antiguas colonias. Según el canciller laborista Hugh Dalton: «Cuando uno está en un lugar donde no se es querido, y donde no se tiene la fuerza para aplastar a los que no te quieren, lo único que queda es marcharse».

Esto tenía sus desventajas. En su afán por abandonar la India, dejaron un caos que casi deshizo dos siglos de gobierno ordenado. Originalmente, el gobierno había planeado dejar la India hacia el segundo semestre de 1948. Pero el último virrey, lord Montbatten,[25] satisfizo su predilección de toda la vida por el apresuramiento adelantando la fecha de la independencia al 15 de agosto de 1947. Se puso abiertamente a favor del Partido del Congreso dominado por los hindúes contra de la Liga Musulmana,[26] una preferencia de lo más sorprendente (o quizá no), dado el rumor sobre la relación de lady Mountbatten con el jefe del Congreso, Jawaharlal Nehru. En particular, Mountbatten presionó a sir Cyril Radcliffe (el comisionado de fronteras supuestamente neutral ridiculizado de modo cruel en esa época por W. H. Auden) para que hiciera ajustes decisivos en favor de la India cuando trazara la

frontera en el Punjab. La subsiguiente ola de encarnizada violencia intestina dejó al menos doscientos mil o quizá hasta medio millón de muertos. Muchos más fueron desplazados de sus hogares: en 1951 cerca de siete millones de personas, una de cada diez de la población total de Pakistán, eran refugiados.

También los británicos abandonaron Palestina en 1959 legando al mundo la cuestión no resuelta de las relaciones del nuevo Estado de Israel con los palestinos «sin Estado» y los estados árabes vecinos.[27] Solo a partir de Suez comenzó realmente a desintegrarse el imperio.

Inmediatamente después de la guerra, había habido grandes planes para un «nuevo» imperio. El secretario de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, estaba convencido de que el camino a la recuperación económica interna comenzaba en África. Como A. H. Poynton del Ministerio de las Colonias dijo a las Naciones Unidas en 1947:

> Los objetivos fundamentales en África son promover el surgimiento de sociedades de gran escala organizadas para ejercer un gobierno autónomo por medio de instituciones económicas y políticas democráticas efectivas tanto locales como nacionales, inspiradas por una fe común en el progreso y los valores occidentales y equipadas con técnicas eficaces de producción y mejora.

Se creó una nueva Corporación de Desarrollo Colonial [Colonial Development Corporation] y una Corporación de Alimentos de Ultramar [Overseas Food Corporation], y se hicieron unos planes aparentemente maravillosos para cultivar cacahuete en Tanganica y producir huevos en Gambia. Los agentes de la corona viajaron por todo el mundo, ofreciendo viejos trenes y barcos británicos a cualquier gobierno colonial que pudiera pagarlos y a los que no podían. Hubo planes ambiciosos para la federación de las colonias de las Indias Occidentales, de África Oriental, de ambas Rhodesias y Nyasalandia, de Malaya, Singapur, Sarawak y Borneo. Hubo incluso conversaciones para construir un nuevo edificio para el Ministerio de las Colonias. El viejo imperio mientras tanto continuó atrayendo un incesante flujo corriente de emigrantes: desde 1946 a 1963 cuatro de cada cinco emigrantes que dejaban Gran Bretaña por mar iban a los países de la Commonwealth.

Este renacimiento imperial podría haber llegado más lejos si Estados Unidos y Gran Bretaña hubieran hecho causa común, pues el respaldo estadounidense era el *sine qua non* de la recuperación imperial. El primer ministro, elegido después de la posguerra, Clement Atlee, claramente vio la necesidad de esto. «Un modesto hombre con muchas razones para serlo», tal como Churchill dijo muy injustamente, Atlee era el más realista, no obstante, sobre el futuro de Gran Bretaña. Reconoció que las nuevas tecnologías militares de poder aéreo de largo alcance y la bomba atómica significaban que «la Commonwealth y el imperio no son una unidad que pueda

defenderse por sí misma […] Las condiciones que hacían posible defender una serie de posesiones dispersas en cinco continentes por medio de una flota basada en fortificaciones insulares han desaparecido». Como afirmó en marzo de 1946, era necesario ahora «considerar a las islas británicas como una extensión occidental de un arco estratégico cuyo centro está en el continente americano más que como una potencia que mira hacia el este a través del Mediterráneo y Oriente».

Hubo en realidad muchos lugares donde los estadounidenses y los británicos cooperaron con éxito en el período de posguerra. En Chipre, Aden, Malaya, Kenia e Irán, el dominio británico estaba esencialmente «asegurado» por Estados Unidos. Este cambio de política reflejó la creciente conciencia de los estadounidenses de que la Unión Soviética planteaba una amenaza mucho más seria a los intereses estadounidenses que el imperio británico. «Cuando quizá ocurra la inevitable lucha entre Rusia y nosotros —había dicho un funcionario estadounidense incluso antes de que comenzara la guerra fría—, la pregunta será quiénes son nuestros amigos… ¿aquellos a quienes hemos debilitado en la lucha o aquellos a los que hemos fortalecido?» Después de todo, era posible que hubiera algo que decir en defensa del imperialismo británico. De modo que la junta general de la marina estadounidense y el comité de análisis estratégico de la junta de jefes del estado mayor acordaron que la red de bases militares británicas sirviera para proporcionar un complemento de la suya, lo cual enfureció a Bevin:

> Europa Occidental, incluidos sus territorios dependientes en ultramar, dependen ahora claramente de la ayuda estadounidense… [mientras] que Estados Unidos reconoce que el Reino Unido y la Commonwealth […] son esenciales para su defensa y seguridad. Se trata ya […] de un caso de interdependencia parcial más que de dependencia completa. Cuando pase el tiempo (en los próximos diez a veinte años) los elementos de dependencia habrán de disminuir y los de interdependencia crecerán.

No ocurrió así. Por el contrario, Suez reveló que se mantenía la hostilidad fundamental de Estados Unidos al imperio. Y cuando los estadounidenses hicieron uso de su poder de veto, la fachada del poder neoimperial se hundió. «Pensando en nuestras dificultades en Egipto —resumió un hastiado mandarín del Ministerio de Asuntos Exteriores—, me parece que la dificultad esencial radica en que carecemos de poder […] Desde un punto de vista estrictamente realista deberíamos reconocer que nuestra falta de poder pone límites a lo que podemos hacer, y debería llevarnos a una política de rendición o casi rendición impuesta por la necesidad».

Tal como había predicho Hitler, los imperios rivales entre sí eran los que impulsaban el proceso de descolonización, y no los nacionalistas autóctonos. Cuando la guerra fría entró en su fase más álgida en la década de 1960, Estados Unidos y la Unión Soviética competían por obtener el apoyo de los movimientos de

independencia en África, Asia y el Caribe. Los «vientos de cambio» de los que habló Harold Macmillan cuando viajaba por África en 1960 soplaban no desde Windhoek ni Malawi, sino desde Washington y Moscú. Lógicamente, con frecuencia barrieron el dominio colonial solo para reemplazarlo con la guerra civil.



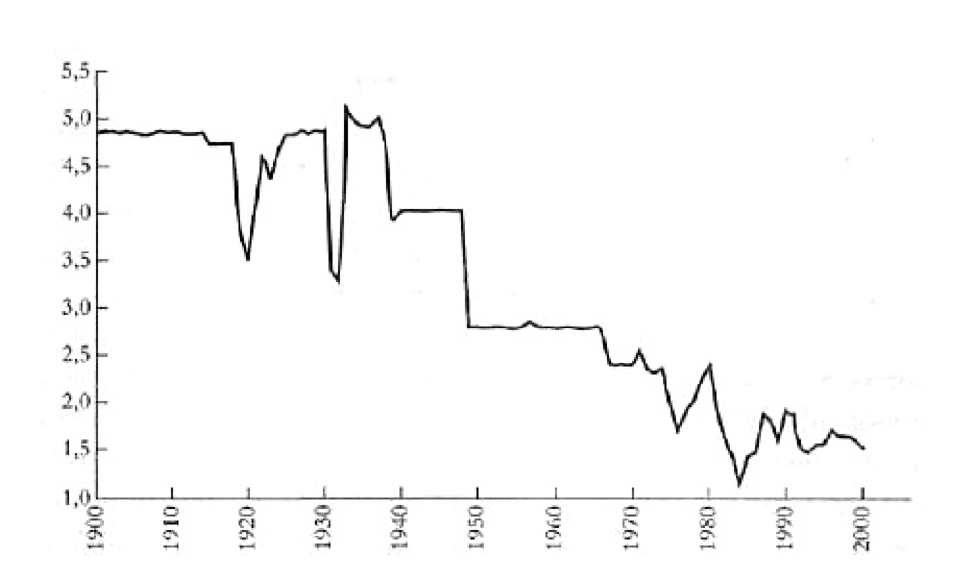
El bloqueo de Port Said durante la crisis de Suez, 19 de noviembre de 1956.

El factor fundamental fue la economía desde luego. Gran Bretaña simplemente no pudo sobrellevar ya los costes del imperio porque estaba agotada por el coste de la victoria y no tenía la oportunidad de un nuevo comienzo que después de la derrota tuvieron Japón y Alemania. La sublevación nacionalista y la nueva tecnología imperial hicieron que la defensa imperial fuera mucho más cara que antes. Entre 1947 y 1987 el gasto de defensa británico había sido el 5,8 por ciento del producto interior bruto. Un siglo antes, representaba apenas el 2,6 por ciento. En el siglo XIX, Gran Bretaña había financiado los costes crónicos del déficit comercial con el ingreso de una vasta inversión ultramarina en cartera, que ahora había sido reemplazada por una aplastante carga de deuda externa, y el Tesoro tenía que cubrir gastos mucho más grandes de un sistema de sanidad, transporte e industrias nacionalizado.

Como Keynes dijo, fue «principalmente… para cubrir los gastos militares y sociales en ultramar» por lo que Gran Bretaña acudió a Estados Unidos en busca de un préstamo después de que la guerra y el sistema de Préstamo-Arriendo terminaran en 1945. Las condiciones establecidas para el préstamo tuvieron el efecto de debilitar el poder británico en ultramar. A cambio de 3.750 millones de dólares,[28] los estadounidenses insistieron en que la libra debía hacerse convertible en dólares en un

año. La presión sobre las reservas del Banco de Inglaterra a que esto dio lugar fue la primera de una serie de crisis de la libra esterlina que marcaron la retirada imperial de Gran Bretaña: cuando ocurrió la crisis de Suez el patrón de acontecimientos era monótonamente familiar. A principios de la década 1950, Harold Macmillan declaró que la opción que tenía el país era «caer en un socialismo mezquino y sensiblero (como una potencia de segunda), o avanzar hacia el tercer imperio británico». Después de Suez, parecía que solo quedaba la primera opción.

GRÁFICO 11



Crisis de la libra esterlina: dólares por libra, 1900-2000.

La depreciación de la libra frente al dólar era solo un síntoma de la precipitada decadencia económica del país: pasó del 25 por ciento de exportaciones manufacturadas mundiales en 1950 a apenas el 9 por ciento en 1973; de más del 33 por ciento de la navegación mercante mundial a menos del 4 por ciento; del 15 por ciento de exportaciones de acero mundial a apenas el 5 por ciento. Tras la guerra, Gran Bretaña, por su posición más neutral, era la economía europea más grande; hacia 1973 había sido superada por Alemania y por Francia, y casi superada por Italia. La tasa de crecimiento británica del PIB per cápita era la más baja de Europa, menos de la mitad de la tasa alemana. Sin embargo, no debemos concluir que esto hizo que fuera inevitable que Gran Bretaña dejara de orientarse económicamente hacia la Commonwealth para centrarse en Europa continental. Con frecuencia se ha presentado de este modo la integración británica a la Comunidad Económica Europea. Es cierto que la participación del comercio británico con los países que formaban la CEE creció del 12 al 18 por ciento entre 1952 y 1965, pero la participación del comercio total con la Commonwealth se mantuvo sustancialmente importante: aunque cayó del 45 por ciento al 35 por ciento, siguió siendo dos veces más importante que el comercio con la CEE. Solo después de la entrada de los

británicos en el «mercado común», los aranceles proteccionistas europeos, particularmente sobre los productos agrícolas, forzaron una espectacular reorientación del comercio británico de la Commonwealth hacia el continente. Como ocurre con frecuencia, fue una decisión política lo que causó el cambio económico, y no a la inversa.

Lo que estaba mal con la Commonwealth no era tanto su importancia económica decreciente para Gran Bretaña como su creciente impotencia política. Originalmente formada solo por Gran Bretaña y los dominios blancos, en 1949 se adhirieron a la *Commonwealth*, la India, Pakistán y Ceilán (Sri Lanka). Hacia 1965 tenía veintiún miembros y diez más se adhirieron en el siguiente decenio. La Commonwealth actualmente tiene cincuenta y cuatro miembros y se ha convertido en poco más que un suborganismo de las Naciones Unidas o del Comité Olímpico Internacional, cuyo única ventaja es que ahorra dinero en traductores profesionales, ya que la lengua inglesa es el único vínculo que la Commonwealth todavía tiene en común.

Así fue como el imperio británico, que había estado efectivamente en venta en 1945, fue desmembrado en vez de ser absorbido; fue liquidado en vez de conseguir un nuevo propietario. Había costado casi tres siglos construirlo. En su momento de mayor auge había llegado a abarcar un cuarto de la superficie terrestre y gobernado casi la misma proporción de población. Solo se tardó tres décadas en desmantelarlo, dejando solo unas pocas islas dispersas, desde Ascensión hasta Tristán da Cunha, como recuerdos.

En 1892 el joven Churchill había acertado mucho al vaticinar «grandes trastornos» en el curso de su larga vida, pero cuando murió en 1965, se hizo evidente que su esperanza de salvar el imperio no fue más que una fantasía de colegial.

Cuando se vio en el dilema de apaciguar o combatir contra uno de los peores imperios de la historia, el imperio británico había hecho lo correcto. Incluso Churchill, siendo un imperialista convencido, no se lo pensó mucho antes de rechazar la mezquina oferta de Hitler de permitirle sobrevivir junto a la Europa nazificada. En 1940, bajo la dirección indómita, inspirada e incomparable de Churchill, el imperio se había mantenido solo contra el imperialismo realmente maligno de Hitler. Pese a no durar los mil años que Churchill deseaba esperanzadamente, ese fue en realidad el «mejor momento» del imperio británico.



9. Restos del imperio, 2002.

Sin embargo, lo que la hizo tan bella, tan noble, es que la victoria del imperio fue pírrica. Al final los británicos sacrificaron su imperio para impedir que los alemanes, los japoneses y los italianos mantuvieran los suyos. ¿Acaso ese sacrificio no purga las restantes faltas del imperio?

Conclusión

«Gran Bretaña ha perdido un imperio y no ha hallado todavía un papel».

DEAN ACHESON, 1962

El imperio británico hace mucho que ha muerto; solo quedan restos. Todo lo que había servido para sostener la supremacía comercial y financiera de Gran Bretaña en los siglos XVII y XVIII, y su supremacía industrial en el siglo XIX estaba destinado a derrumbarse una vez que la economía británica se hubiera doblegado bajo el peso de dos guerras mundiales. El gran acreedor se convirtió en deudor. Del mismo modo, los grandes movimientos de población que habían impulsado antes la expansión imperial británica cambiaron de dirección en la década de 1950. La emigración de Gran Bretaña dio paso a la inmigración a Gran Bretaña. En cuanto al impulso misionero que había llevado a miles de jóvenes, hombres y mujeres, por todo el mundo a predicar el cristianismo y el Evangelio de tocador, también disminuyó, junto con la asistencia pública a la iglesia. El cristianismo hoy día es más fuerte en muchas de sus antiguas colonias que en Gran Bretaña misma.

Sir Richard Turnbull, el penúltimo gobernador de Aden, en una ocasión dijo al político laborista Denis Healey que «cuando el imperio británico finalmente se hunda bajo las olas de la historia, dejaría tras de sí solo dos monumentos, uno sería el torneo de la Association Football, y el otro la expresión "Fuck off". En realidad, el legado imperial ha modelado el mundo de modo tan profundo que casi lo damos por sentado.

Sin la propagación del dominio británico en el mundo, es difícil creer que las estructuras del capitalismo liberal se hubieran establecido con tanto éxito en tantas diferentes economías en todo el mundo. Los imperios que adoptaron modelos alternativos —el ruso y el chino— impusieron una miseria incalculable a los pueblos que subyugaban. Sin la influencia del dominio imperial británico, es difícil creer que las instituciones de la democracia parlamentaria hubieran sido adoptadas por la mayoría de los estados del mundo, como ocurre hoy. La India, la democracia más grande del mundo, debe más al dominio británico de lo que está de moda reconocer. Sus colegios de élite, sus universidades, su administración civil, su ejército, su prensa y su sistema parlamentario, siguen todavía modelos británicos reconocibles. Finalmente, está la misma lengua inglesa, quizá la exportación más importante en los últimos trescientos años. Hoy 350 millones de personas hablan inglés como su primera lengua y cerca de 450 millones la usan como segunda lengua, lo cual representa aproximadamente una de cada siete personas en el planeta.

Por supuesto, nadie puede afirmar que el historial del imperio británico es intachable. Por el contrario, he tratado de mostrar cuán frecuentemente dejó de estar a la altura de su propio ideal de libertad individual, particularmente en la época de la

esclavización, deportación y «limpieza étnica» de los pueblos nativos. Sin embargo el imperio del siglo XIX promovió el libre comercio, el libre movimiento de capital y, con la abolición de la esclavitud, el trabajo libre. Invirtió inmensas sumas de dinero en desarrollar una red global de comunicaciones modernas. Propagó e hizo acatar la ley británica en vastas áreas de planeta. Aunque sostuvo numerosas guerras pequeñas, el imperio mantuvo una paz global que no se ha igualado desde entonces. En el siglo XX justificó de sobra su existencia, pues las alternativas al dominio británico representados por el imperio alemán y el japonés eran a todas luces mucho peores. Sin el imperio es inconcebible que Gran Bretaña hubiera podido hacerles frente.

Si no hubiera existido el imperio británico, lo más seguro es que no hubiera habido un libre comercio importante entre la década de 1840 y la de 1930. La renuncia de Gran Bretaña a sus colonias en la segunda mitad del siglo XX habría llevado a la imposición de aranceles más altos en sus mercados, y quizá a otras formas de discriminación comercial. La prueba de esta necesidad no es puramente hipotética; se manifiesta en las políticas sumamente proteccionistas adoptadas por Estados Unidos y la India tras conseguir su independencia, así como los aranceles adoptados por los rivales imperiales de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia en la década de 1870 y posteriormente. El presupuesto militar de Gran Bretaña antes de la Primera Guerra Mundial puede considerarse como una prima notablemente reducida contra el proteccionismo internacional. Según una estimación, los beneficios económicos de que el Reino Unido hiciera respetar el libre comercio podrían haber llegado hasta el 6,5 por ciento del producto interior bruto. Nadie se ha atrevido todavía a calcular los beneficios para la economía mundial en su conjunto, pero que fue una ganancia y no un coste es algo que parece indiscutible, dadas las catastróficas consecuencias de la adopción global del proteccionismo cuando el poder imperial de Gran Bretaña se desvaneció en la década de 1930.

Sin el imperio británico, tampoco habría habido tanta movilización internacional de la mano de obra, y de ahí la convergencia global de ingresos antes de 1914. Es cierto que Estados Unidos fue siempre el destino más atractivo para los emigrantes de la Europa decimonónica, pero no todos los emigrantes provinieron de los países colonizadores. No debe olvidarse que el corazón de Estados Unidos había estado bajo el dominio británico durante la mayor parte de los ciento cincuenta años anteriores a la guerra de Independencia, y que las diferencias entre la América del Norte independiente y la británica siguieron siendo muy pequeñas.

También vale la pena recordar que el significado de los dominios blancos como destino para los emigrantes británicos se acentuó más a partir de 1914, cuando Estados Unidos hizo más estrictas las restricciones a la emigración y, a partir de 1929, soportó una depresión mucho peor que la experimentada en el bloque de la libra esterlina. Finalmente, no debemos perder de vista que gran número de asiáticos

dejó la Iridia y China para trabajar como trabajadores bajo contrata, muchos de ellos en plantaciones y minas británicas durante el siglo XIX. No se discute que la mayoría de ellos sufrieran graves penurias; muchos, en realidad, podrían haber estado mejor permaneciendo en sus países de origen. Pero una vez más no podemos pretender que esta movilización de mano de obra asiática barata y probablemente subempleada destinada a extraer caucho y oro, no tuviera un valor económico.

Considérese también el papel del imperio británico en facilitar la exportación de capital al mundo menos desarrollado. Aunque algunas medidas de integración financiera internacional parecen sugerir que la década de 1990 ha experimentado mayores flujos transnacionales de capital que la de 1890, en realidad buena parte de la actual inversión en el extranjero se da dentro del mundo desarrollado. En 1996 solo el 28 por ciento de la inversión extranjera directa se destinó a los países en desarrollo, mientras que en 1913 la proporción era del 63 por ciento. Otra medida más precisa muestra que en 1997 solo cerca del 5 por ciento del capital mundial se invirtió en países con un ingreso per cápita con un 20 por ciento o menos del PIB per cápita de Estados Unidos. En 1913 la cifra era del 25 por ciento. Una hipótesis plausible es que el imperio, y particularmente el imperio británico, alentaba a los inversores a colocar su dinero en los países en vías de desarrollo. El razonamiento empleado es simple: invertir en esas economías es arriesgado. Tienden a estar muy lejos y son más propensas a las crisis económicas, sociales y políticas. Pero la amplitud del imperio en el mundo menos desarrollado tuvo el efecto de reducir esos riesgos al imponer directa o indirectamente alguna forma de dominación europea. En la práctica el dinero invertido en una colonia *de iure* como la India (o en una colonia en todo sentido, excepto el nombre como Egipto) era mucho más seguro que invertir en una colonia de Jacto como Argentina. Este era un «sello de aprobación de buena administración interna», mejor incluso que la adopción del patrón oro (que efectivamente aseguraba a los inversores frente a la inflación), aunque la mayoría de las colonias británicas tenían ambas en última instancia.

Por todas estas razones, la idea de que el imperialismo británico tendió a empobrecer a los países colonizados parece inherentemente problemática. Eso no quiere decir que muchas antiguas colonias no sean pobres. Hoy, por ejemplo, el PIB en Gran Bretaña es cerca de veintiocho veces más que el de Zambia, lo que significa que el zambiano medio tiene que vivir con algo menos que dos dólares al día. Pero culpar al legado del colonialismo no es muy convincente, cuando la diferencia entre los ingresos británicos y zambianos a finales del período colonial fue mucho menor. A partir de la independencia ha sido cuando la brecha entre el país colonizador y el colonizado se ha hecho tan abismal. Lo mismo es cierto para casi todas las antiguas colonias en el África subsahariana con la notable excepción de Botswana.

La suerte económica de un país está determinada por una combinación de recursos naturales (la geografía, hablando en un sentido amplio) y la actividad humana (la historia, en síntesis); esta es la versión que maneja la historia económica

del debate naturaleza-cultura. Aunque se puede argumentar convincentemente la importancia de factores «dados», como la temperatura media, la humedad, el predominio de enfermedades, la calidad del suelo, la proximidad al mar, la latitud y los recursos minerales para determinar el desarrollo económico, existen todavía fuertes indicios de que la historia también desempeña un papel crucial. En particular hay una prueba válida de que la imposición de instituciones de estilo británico ha tendido a mejorar las perspectivas económicas de un país, particularmente en aquellos lugares donde las culturas indígenas eran relativamente débiles debido a una población escasa (o hecha reducir), permitiendo que las instituciones británicas dominaran sin casi atenuación. Donde los británicos, como los españoles, conquistaron sociedades ya complejas y urbanizadas, los efectos de la colonización fueron en general más negativos, puesto que los colonizadores se vieron tentados a dedicarse al saqueo antes que a construir sus propias instituciones. En efecto, esto es quizá la mejor explicación de la «gran divergencia» que hizo que la India y China pasaran de ser las economías más avanzadas del mundo en el siglo XVI a ser relativamente pobres a principios del siglo XX. También explica por qué Gran Bretaña pudo superar a sus rivales ibéricos: precisamente porque, por ser una recién llegada a la carrera imperial, tuvo que dedicarse a colonizar los pocos prometedores páramos de Virginia y Nueva Inglaterra, antes que las ciudades de México y Perú, donde el saqueo estaba a la orden del día.

Pero ¿qué instituciones británicas promovieron el desarrollo? Primero, no deberíamos subestimar los beneficios conferidos por la ley y la administración británicas. Un examen reciente de cuarenta y nueve países concluía que «los países con derecho consuetudinario otorgan una protección más fuerte a los inversores que los países donde prima el derecho civil francés», incluidos tanto los tenedores de bonos como los acreedores. Esto es de gran importancia para incentivar la formación de capital, sin la cual los empresarios casi no pueden conseguir nada. El hecho de que dieciocho de los países de la muestra tengan un sistema legal consuetudinario se debe por supuesto casi completamente a que en algún momento u otro estuvieron bajo el dominio británico.

Un señalamiento similar se puede hacer sobre el carácter de la administración británica. En su apogeo a mediados del siglo XIX, dos características de los servicios indio y colonial eran especialmente notables cuando se les compara con muchos regímenes modernos de Asia y África. Primero, la administración británica era notablemente barata y eficaz. En segundo lugar, era notablemente poco corrupta. Sus pecados eran por lo general de omisión, no de comisión. Esto también no puede carecer de importancia, dada la correlación demostrable entre un desarrollo económico deficiente y el exceso de gasto gubernamental y la corrupción del sector público.

El historiador económico David Landes ha elaborado recientemente una lista de medidas que el gobierno ideal tendría que adoptar para el crecimiento y desarrollo:

1. aseguraría los derechos de la propiedad privada del mejor modo posible para alentar el ahorro y la inversión;
2. aseguraría los derechos de libertad individual… tanto contra los abusos de la tiranía como… del crimen y la corrupción;
3. haría cumplir el derecho contractual…
4. proporcionaría un gobierno estable… guiado por normas de dominio público;
5. proporcionaría un gobierno receptivo;
6. proporcionaría un gobierno honrado… [no] hipotecado a los favores y a la posición;
7. proporcionaría un gobierno moderado, eficiente, poco ambicioso… que rebajara los impuestos [y] redujera lo asignado al gobierno en el excedente social.

Lo sorprendente de esta lista es cuántos de sus puntos corresponden a lo que los funcionarios británicos en la India y las colonias en los siglos XIX y XX pensaban que estaban haciendo. Las únicas excepciones obvias son los puntos 2 y 5. Sin embargo, el argumento británico para posponer (a veces indefinidamente) el paso a la democracia era que muchas de sus colonias todavía no estaban preparadas para ello; en efecto, la línea clásica y no totalmente insincera en el siglo XX en el Ministerio de las Colonias era que el papel de Gran Bretaña era precisamente el de prepararlas.

Vale la pena destacar hasta qué grado tuvo ese efecto benéfico el dominio británico. Según el trabajo de científicos sociales como Seymour Martin Lipset, los países que primero fueron colonias británicas tuvieron más posibilidades de conseguir una democratización duradera tras la independencia que otros países. En efecto, casi todos los países con una población de al menos un millón que ha salido de la época colonial sin sucumbir a la dictadura ha sido una antigua colonia británica. Es cierto que ha habido muchas colonias que no han logrado sostener las instituciones libres: Bangladesh, Birmania, Kenia, Pakistán, Tanzania y Zimbabwe, son un ejemplo de las que me vienen a la mente. Pero en una muestra de cincuenta y tres países que fueron antiguas colonias británicas, casi la mitad (veintiséis) eran todavía democracias en 1993. Esto puede atribuirse al modo como la dominación británica, particularmente donde era «indirecta», fomentaba la formación de élites colaboracionistas; puede también relacionarse al papel de los misioneros protestantes, que se dedicaban a fomentar aspiraciones de estilo occidental, como la lucha por la libertad política en África y el Caribe.

En suma, el imperio británico es la prueba de que el imperio es una forma de gobierno internacional que puede funcionar y no solo en beneficio de la potencia dominante. Buscó globalizar no solo un sistema económico sino, también en última instancia, legal y político.

La cuestión final por considerar es si se puede aprender algo del ejemplo imperial británico.

Debe decirse que el experimento de dirigir el mundo sin la existencia de un imperio no puede ser considerado como un rotundo éxito. La época postimperial se ha caracterizado por dos tendencias contradictorias: globalización económica y fragmentación política. La primera ha promovido sin duda el crecimiento económico, pero los frutos del crecimiento han sido distribuidos de modo desigual. La segunda tendencia ha sido asociada con los problemas de guerra civil e inestabilidad política, que han desempeñado un papel importante en empobrecer a los países más pobres del mundo.

En general, el mundo experimentó un crecimiento más alto en la segunda mitad del siglo XX que en cualquier otra época. Gran parte de esto se debió sin duda al rapidísimo crecimiento logrado en el período de reconstrucción que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Según las estimaciones accesibles más fiables, el promedio de la tasa de crecimiento del PIB mundial per cápita fue del 2,93 por ciento entre 1950 y 1973, en contraste con la cifra lamentablemente baja del 0,91 por ciento en los años de la depresión y la guerra de 1913-1950. Todo el período de 1913 a 1973 fue una época de desintegración económica, en medio de dos períodos de globalización económica. Éstos produjeron tasas de crecimiento notablemente semejantes del PIB per cápita: del 1,30 por ciento de 1870 a 1913; del 1,33 de 1973 a 1998. Sin embargo, el período más antiguo de globalización está asociado con el grado de convergencia de niveles de ingresos internacionales, particularmente entre las economías de ambas orillas del Atlántico, mientras que el período reciente ha sido asociado con una acentuada divergencia global, particularmente cuando el resto del mundo se ha apartado del África subsahariana. No hay duda de que esto se debe a la naturaleza desequilibrada de la globalización económica, al hecho de que el capital circula principalmente dentro del mundo desarrollado y que el comercio y la migración están todavía limitados de muchas formas. Esto es menos exacto para la época de la globalización anterior a 1914 en que, en parte por la influencia de las estructuras imperiales, se alentaba a los inversores a colocar su dinero en las economías en vías de desarrollo.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el imperialismo había reducido el número de países independientes en el mundo a cincuenta y nueve. Pero desde el inicio de la descolonización ha habido un constante incremento de su número. En 1946 había 74 países independientes; en 1950, 89; hacia 1995, 192, produciéndose dos de los más grandes incrementos en la década de 1960 (principalmente en África, donde 25 nuevos estados se formaron entre 1960 y 1964) y en los años noventa (principalmente en Europa del Este, cuando el imperio soviético se desintegró). Muchos de estos nuevos estados son diminutos. Cincuenta y ocho de los estados actuales tienen una población inferior a 2,5 millones de habitantes; treinta y cinco tienen menos de quinientos mil habitantes. Hay dos desventajas en esta desintegración política. Los países pequeños se forman generalmente como resultado

de una guerra civil dentro de una unidad política multiétnica, la forma más habitual de conflicto desde 1945, que constituye en sí misma un trastorno económico. Además, pueden ser económicamente ineficientes incluso en época de paz; demasiado pequeños para justificar la parafernalia del Estado, no dejan de engalanarse con ella: puestos fronterizos, burocracias y todo lo demás. La fisión política (la fragmentación de los estados) y sus costes económicos adicionales han estado entre las principales causas de inestabilidad en el mundo de la posguerra.

Finalmente, aunque el liberalismo económico y político anglófono sigue siendo las más atractiva cultura del mundo, tiene el reto de hacer frente, como ha ocurrido desde la revolución iraní, a una seria amenaza procedente del fundamentalismo islámico. A falta de un imperio formal, debe quedar abierta a cuestión de hasta qué punto se puede confiar tranquilamente a Disney y a MacDonald's la difusión de la «civilización» occidental (entendida como la mezcla protestante-deísta-católica-judía que ha surgido en el actual Estados Unidos).

Estas últimas tendencias explican mejor por qué la historia no ha llegado a «terminar» con el hundimiento del imperio soviético en 1989-1991, y la persistente inestabilidad del mundo tras la posguerra fría; su síntoma más espectacular fueron desde luego los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas y el Pentágono.

¿UN NUEVO IMPERIALISMO?

Casi un mes después de esos atentados, el primer ministro británico Tony Blair pronunció un discurso mesianico en la conferencia anual del Partido Laborista en Brighton. En él habló con fervor de la «política de globalización», de «otra dimensión» de las relaciones internacionales; de la necesidad de «reorganizar este mundo en torno a nosotros». Sugirió que la inminente guerra para derrocar y sustituir el régimen talibán en Afganistán, no era el primer paso en la dirección de ese reordenamiento, ni sería el último. Ya había habido intervenciones con buenos resultados contra los gobiernos delincuente: el régimen de Milosevic en Serbia y el «grupo de pandilleros asesinos» que habían intentado tomar el poder en Sierra Leona. «Y os digo —afirmó— que si en Ruanda volviera a ocurrir ahora lo que ocurrió en 1993, cuando un millón de personas fueron asesinadas a sangre fría, tendríamos el deber moral de actuar allí también». Los casos de Kosovo y Sierra Leona debían ser comprendidos simplemente como modelos de lo que podía lograse con la intervención; el caso de Ruanda era un lamentable ejemplo de las consecuencias de la no intervención. Por supuesto, se apresuró a añadir que no se suponía que Gran Bretaña realizaría esas operaciones sobre una base regular. Pero el «poder de la comunidad internacional» podía «hacer todo… si decide hacerlo»:

> Podría, con nuestra ayuda, curar el cáncer que es el continuo conflicto de la República Democrática del Congo, donde tres millones de personas han muerto durante la guerra debido a ésta o la hambruna en la última década. Una asociación por África, entre el mundo desarrollado y en vías de desarrollo… se ha de hacer si encontramos la voluntad.

El carácter de esta asociación sería un «pacto» sencillo:

> Por nuestra parte, proporcionar más ayuda, no vinculada al comercio; ayudar con buena administración e infraestructuras; preparar a los soldados… para la resolución de conflictos; apoyar la inversión y el acceso a nuestros mercados… Por la parte africana: verdadera democracia, no más excusas para dictaduras, ni para abusos de los derechos humanos; ninguna tolerancia para el mal gobierno… [ni] a la endémica corrupción de algunos estados… Sistemas comerciales, legales y financieros adecuados.

Pero no solo era eso. Después de los atentados del 11 de septiembre, Blair declaró su deseo de «justicia»:

> Justicia no solo para castigar al culpable. Pero la justicia es llevar esos mismos valores de la democracia y la libertad a todo el mundo […] Los hambrientos, los desdichados, los desposeídos, los ignorantes, aquellos que viven con carencias y miserias desde los desiertos del norte de África pasando por las chabolas de Gaza, hasta las cordilleras de Afganistán: ellos también son nuestra causa.

No había habido desde antes de la crisis de Suez un primer ministro británico que hablara con tanto entusiasmo sobre lo que Gran Bretaña podía hacer por el resto del mundo. En efecto, es difícil pensar en un primer ministro que desde Gladstone haya estado tan dispuesto a convertir un altruismo aparentemente sin atenuantes en la base de su política exterior. Sin embargo, lo sorprendente es que con solo una ligera reformulación esto podría parecer en su conjunto un proyecto más amenazante. La intervención habitual para derrocar gobiernos considerados «malos»; asistencia económica a cambio de «buen gobierno» y «sistemas comerciales, legales y financieros adecuados»; un mandato para «llevar los valores de la democracia y la libertad» a «todo el mundo». Si se analiza con detenimiento, estos propósitos se parecen bastante al proyecto Victoriano de exportar su «civilización» al mundo. Como hemos visto, los Victorianos consideraban que derrocar regímenes «delincuentes» desde Abisinia a Oudh era una parte completamente legítima del proceso civilizador; el Servicio Civil Indio se enorgullecía de reemplazar el «mal»

gobierno por el «bueno»; mientras los misioneros Victorianos tenían una confianza absoluta en que su papel era llevar los valores del cristianismo y el comercio a la «gente de todo el mundo», los mismos a los que Blair desea llevarles «democracia y libertad».

Las semejanzas no terminan aquí. Cuando los británicos fueron a la guerra contra los derviches en el Sudán en la década de 1880 y 1890, no tenían dudas de que estaban haciendo «justicia» a un régimen «delincuente». El mahdi era en muchos aspectos el Osama Bin Laden Victoriano, un fundamentalista islámico renegado, cuyo crimen contra el general Gordon vino a ser el atentado del 11 de septiembre a diferente escala. La batalla de Omdurman se convirtió en el prototipo de guerras que Estados Unidos libraría a partir de 1990 contra Irak, Serbia y los talibanes. Exactamente igual que las fuerzas aéreas estadounidenses bombardearon Serbia en nombre de los «derechos humanos», la Royal Navy realizó incursiones en la costa occidental africana en la década de 1840 e incluso amenazó a Brasil con una guerra como parte de la campaña para terminar con la trata de esclavos. Y cuando Blair justifica la intervención contra los regímenes «del mal» prometiendo ayuda e inversiones a cambio, inconscientemente está emulando a los liberales gladstonianos, que racionalizaron la ocupación militar de Egipto en 1881 casi del mismo modo. Incluso el difundido desprecio de las feministas por el trato que los talibanes dan a las mujeres recuerda el modo como los administradores británicos en la India lucharon por desterrar las costumbres del *sati* y el infanticidio femenino.

En un artículo publicado pocos meses después del discurso de Blair, el diplomático británico Robert Cooper tuvo el coraje de llamar esta nueva política de «reordenar el mundo» con su verdadero nombre. Si los estados delincuentes «premodernos» se hacen «demasiado peligrosos para que los estados establecidos los toleren», escribió, era «posible imaginar un imperialismo defensivo», ya que: «El modo más lógico de lidiar con el caos y el más usado en el pasado ha sido la colonización». Por desgracia, las palabras «imperio e imperialismo» se han convertido en una «forma de vilipendio» en el mundo «posmoderno»:

> Hoy no hay potencias coloniales que quieran asumir el trabajo, aunque las oportunidades, quizá incluso la necesidad de colonización es tan grande como lo fue en el siglo XIX […] Todas las condiciones para el imperialismo están labradas, pero tanto la oferta como la demanda de imperialismo se han agotado. Y sin embargo, los débiles todavía necesitan a los fuertes y los fuertes todavía necesitan un mundo ordenado. Un mundo en que el eficiente y bien gobernado difunda la estabilidad y la libertad, y que sea abierto a la inversión y el crecimiento, todo lo cual parece sumamente deseable.

La solución de Cooper a este problema era «un nuevo tipo de imperialismo, aceptable en un mundo de derechos humanos y valores cosmopolitas […] un

imperialismo que, como todo imperialismo, busque llevar el orden y la organización pero que se base hoy en el principio voluntario». El carácter preciso de este «imperialismo posmoderno», sugería, podría ser extrapolado del «imperialismo voluntario de la economía global» existente, es decir, el poder del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y que él llamaba el «imperialismo de los vecinos», es decir, la eterna práctica de interferir en el país vecino, cuya inestabilidad amenaza con propagarse fuera de sus fronteras. La sede institucional del nuevo imperialismo de Cooper no era otra que la Unión Europea:

> La UE posmoderna ofrece una visión de imperio cooperativo, una libertad común y una seguridad común sin la dominación étnica ni el absolutismo centralizado al cual los antiguos imperios se han adscrito, pero también sin la exclusividad étnica que es el distintivo de la nación estado […] Un imperio cooperativo podría ser […] un marco en el que cada uno tiene una participación en el gobierno, en el que no hay un único país dominante y en el que los principios rectores no son étnicos sino legales. El centro habrá de usar mucho tacto; la «burocracia imperial» debe estar bajo control, ser responsable, y ser la servidora de la comunidad, no su patrona. Tal institución debe estar tan dedicada a la libertad y a la democracia, como sus partes integrantes. Como Roma, esta comunidad proporcionará a sus ciudadanos algunas leyes, monedas y algún camino de vez en cuando.

Quizá el discurso de Blair y el artículo de Cooper ejemplifican sobre todo con cuánta tenacidad el imperio controla la mente de la persona educada en Oxford. Sin embargo, hay un notable defecto en sus argumentos que sugieren que el idealismo ha sido más fuerte que el realismo. La realidad es que ni la comunidad internacional (Blair) ni la Unión Europea (Cooper) están en condiciones de desempeñar el papel de un nuevo imperio británico. Por la simple razón de que ninguna tiene los recursos fiscales ni militares para hacerlo. El total de gastos operativos de la ONU y de sus instituciones afiliadas se acerca a 18.000 millones de dólares al año, aproximadamente un 1 por ciento del presupuesto federal de Estados Unidos. Por su parte, el presupuesto total de la Unión Europea es poco más que el 1 por ciento del total del PIB europeo; el gasto de los gobiernos nacionales representa solo menos del 50 por ciento. En este aspecto, tanto la ONU como la UE no se parecen tanto a la Roma de los emperadores como a la Roma del Papa, de quien se dice que Stalin preguntó: «¿Cuántas divisiones tiene?».

Solo hay en realidad una potencia capaz de desempeñar un papel imperial en el mundo contemporáneo y esa es Estados Unidos. En efecto, en cierta medida ya está desempeñando ese papel.

LLEVAD LA CARGA

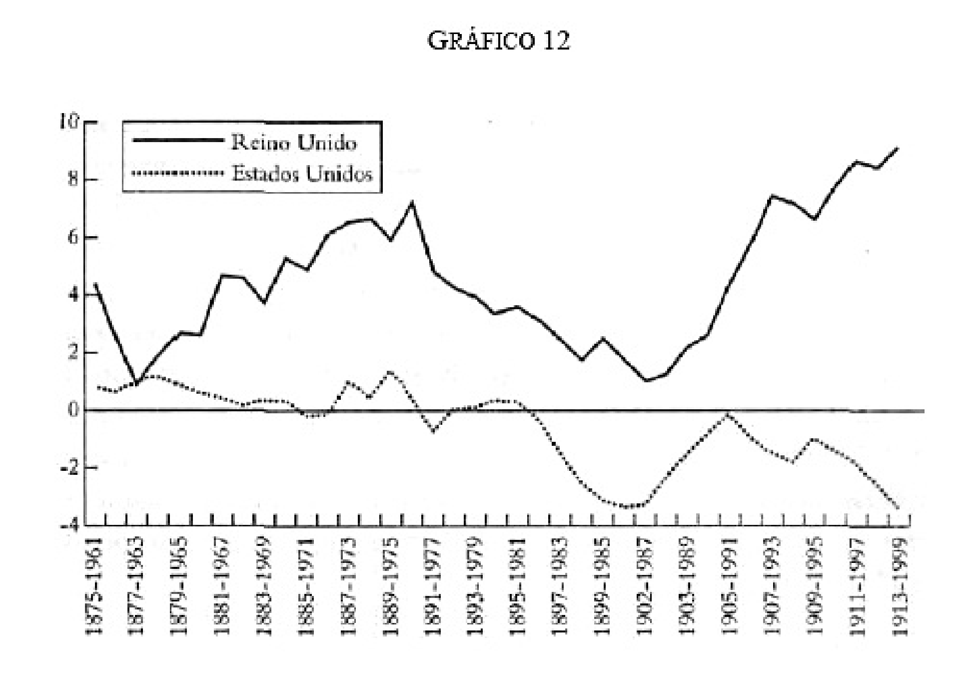
¿Qué lecciones puede sacar hoy Estados Unidos de la experiencia del imperio británico? La primera es que la economía con más éxito del mundo —como Gran Bretaña lo fue durante la mayor parte de los siglos XVIII y XIX— puede hacer mucho para imponer sus valores a las sociedades tecnológicamente menos avanzadas. Es asombroso que Gran Bretaña pudiera ser capaz de gobernar tantas partes del mundo sin acumular una cuenta especialmente alta de defensa. Para ser exactos, el gasto de Gran Bretaña en defensa era un 3 por ciento del producto interior bruto entre 1870 y 1913, y fue menor a lo largo del siglo XIX. Era dinero bien gastado. Sin duda es cierto que, en teoría, los mercados internacionales abiertos habrían sido preferibles al imperialismo; pero en la práctica el comercio libre no estaba vigente y no se realizaba de manera natural. El imperio británico lo hacía respetar.

Estados Unidos hoy es inmensamente más rico en comparación con el resto del mundo de lo que Gran Bretaña lo fue nunca. En 1913 la participación de Gran Bretaña en el producto mundial era del 8 por ciento, la cifra equivalente para Estados Unidos en 1998 era del 22 por ciento. Es un error creer que, al menos en términos fiscales, el coste de ampliar el imperio estadounidense, incluso si significara emprender muchas pequeñas guerras como la de Afganistán, sería prohibitivo. En 2000 el gasto de defensa estadounidense se mantuvo exactamente por debajo del 3 por ciento del PIB, comparado con el 6,8 por ciento de los años de 1948-1998. Incluso después de los grandes recortes en el gasto militar, Estados Unidos es todavía la única super-potencia mundial armada, con una capacidad financiera y tecnológico-militar sin parangón. Su presupuesto de defensa multiplica catorce veces el de China y veintidós veces el de Rusia. Gran Bretaña nunca disfrutó de semejante ventaja sobre sus rivales imperiales.

En otras palabras, la hipótesis es un paso en la dirección de la globalización política, en que Estados Unidos pase de ser un imperio informal a uno formal como ocurrió precisamente con el imperio Victoriano tardío. Esto es ciertamente lo que deberíamos esperar si la historia se repitiera. Aunque su imperialismo no era totalmente casual, Gran Bretaña no se propuso dominar un cuarto de la superficie terrestre. Como hemos visto, el imperio comenzó con una serie de bases litorales y áreas de influencia informales, bastante parecido al «imperio» estadounidense después de 1945. Pero las amenazas reales y percibidas a sus intereses comerciales tentaron a los británicos a pasar del imperialismo informal al formal. De este modo fue como gran parte del atlas acabó teñido de rojo imperial.

Tampoco se podría negar la amplitud del imperio informal estadounidense: el imperio de las corporaciones multinacionales, de las películas de Hollywood e incluso de los evangelistas televisivos. ¿Acaso resulta tan diferente del primer imperio británico de compañías monopolistas de comercio y misioneros? Tampoco es una coincidencia que el mapa de las bases militares principales de Estados Unidos en

el mundo se parezca tanto al mapa de las estaciones de aprovisionamiento de carbón de la Royal Navy cien años atrás. Incluso la reciente política exterior estadounidense recuerda la diplomacia de las cañoneras del imperio británico en el apogeo Victoriano, cuando una pequeña agitación en la periferia podía ser atajada con un preciso «ataque quirúrgico». La única diferencia es que las cañoneras de ahora vuelan.



Inversión neta en el extranjero como porcentaje del PIB,
Reino Unido, 1875-1913, comparado con Estados Unidos, 1961-1969.

Sin embargo, en tres aspectos el proceso de la «angloglobalización» es fundamentalmente diferente hoy día. Bien mirado, los puntos fuertes de Estados Unidos posiblemente no son los de una potencia imperial natural. El poder imperial británico se fundaba en la masiva exportación de capital y personas. Pero desde 1972, la economía estadounidense ha sido un importador neto de capital (en un concepto del 5 por ciento del producto interior bruto en 2002) y se mantiene como el destino favorito de los inmigrantes de todo el mundo, no como un productor de posibles emigrantes a las colonias. Gran Bretaña, en su apogeo, fue capaz de recurrir a una cultura de imperialismo atrevido que se remontaba al período isabelino, mientras que Estados Unidos —surgido no solo de una guerra contra la esclavitud, tal como Blair parecía sugerir en su discurso en la conferencia, sino de una guerra contra el imperio británico— será siempre un amo reluctante de otros pueblos. Desde la intervención de Woodrow Wilson para restablecer el gobierno electo en México en 1913, el enfoque estadounidense ha consistido en tirar unas cuantas bombas, invadir, realizar elecciones y marcharse, hasta la siguiente crisis. Haití es un ejemplo reciente; Kosovo, otro. Afganistán puede ser el siguiente, o quizá Irak.

En 1899 Rudyard Kipling, el poeta más grande del imperio, dirigió un enérgico llamamiento a Estados Unidos para que asumiera sus responsabilidades imperiales:

Tomad la carga del hombre blanco. Enviad a lo mejor de vuestra prole, forzad a vuestros hijos al exilio, a que sirvan a vuestros cautivos en sus urgencias, y a que con pesado yugo atiendan a gentes agitadas y salvajes: Vuestros huraños pueblos recién conquistados, medio demonios y medio niños.

Tomad la carga del hombre blanco,
y cosechad su antigua recompensa:
El reproche de aquellos a los que hacéis mejores,
el odio de aquellos a quienes protegéis…

Nadie se atrevería a utilizar un lenguaje tan políticamente incorrecto hoy día. La realidad, sin embargo, es que Estados Unidos, lo admita o no, ha asumido una cierta carga global, exactamente como señalaba Kipling. Se considera responsable no solo por declarar la guerra al terrorismo y a los estados delincuentes, sino también por propagar los beneficios del capitalismo y la democracia en el exterior. Y exactamente como el imperio británico antes, el imperio estadounidense actúa infatigablemente en nombre de la libertad, incluso cuando su propio interés es claramente evidente. Esa era la cuestión subrayada por John Buchan en 1949, al considerar retrospectivamente al apogeo del parvulario imperialista:

> Soñaba con una hermandad mundial con el fundamento de una raza y credo comunes, consagrada al servicio de la paz; Gran Bretaña enriquecería al resto con su cultura y sus tradiciones, y el espíritu de los dominios como un fuerte viento refrescaría el aire viciado de viejos países […] Creíamos que estábamos estableciendo las bases de una federación del mundo […] La «carga del hombre blanco» ahora es casi una frase sin sentido; entonces implicaba una nueva filosofía de la política y un desafío ético serio y en modo alguno innoble.

Pero Buchan, como Churchill, detectó un heredero para este legado al otro lado del Atlántico.

> Solo hay en el mundo dos organizaciones de unidades sociales eficaces a gran escala, Estados Unidos y el imperio británico. El último [ya no] puede

> exportarse […] Pero Estados Unidos […] es el ejemplo supremo de una federación existente […] Si el mundo ha de tener alguna vez paz y prosperidad, debe haber algún tipo de federación, no diré de democracias, pero de estados que acepten el imperio de la ley. En tal tarea me parece que es el líder predestinado.

Descontada la retórica bélica, el enunciado contiene bastante de verdad. Y sin embargo, el imperio que ahora domina el mundo es algo más y algo menos que su predecesor británico. Tiene una economía mucho más grande, mucha más gente, un arsenal mucho más vasto, pero es un imperio que carece del impulso de exportar su capital, su gente y su cultura a las regiones atrasadas que los necesitan con más urgencia y que, si son descuidadas, serán origen de las mayores amenazas a su propia seguridad. Es un imperio, en suma, que no se llama por su nombre. Es un imperio que niega su condición de tal.

El secretario de Estado estadounidense Dean Acheson dijo la famosa frase de que Gran Bretaña había perdido un imperio, pero que había fallado en encontrar un papel. Quizá la realidad es que los estadounidenses han asumido nuestro viejo papel sin afrontar todavía el hecho de que esto conlleva el imperio. La tecnología del dominio en ultramar puede haber cambiado, los acorazados han cedido el paso a los F-15. Pero nos guste o no, con nuestra voluntad o sin ella, el imperio es una realidad hoy como lo fue durante los trescientos años en que Gran Bretaña formó y dominó el mundo moderno.

Bibliografía

Esta no es una bibliografía exhaustiva de la historia imperial, pues ocuparía un número excesivo de páginas, sino más bien tiene por objeto señalar las obras principales que he empleado en mi investigación, y reconocer mi deuda con sus autores, así como ofrecer sugerencias para posibles lecturas adicionales.

General

Abernethy, David B., *The Dynamics of Global Dominance: European Overseas Empires 1415-1980*, New Haven, 2001.
Brown, Judith M., y Wm. Roger Louis, eds., *The Oxford History of the British Empire*, vol. IV: *The Twentieth Century,* Oxford-Nueva York, 1999.
Canny, Nicholas, ed., *The Oxford History of the British Empire*, vol I: *The Origins of Empire*, Oxford-Nueva York, 1998.
Fieldhouse, David, *The Colonial Empires*, Londres, 1966 (hay trad. cast.: *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, traducción del alemán de Agustín Gil Lasierra, Siglo XXI, Madrid, 1987).
Harlow, Barbara, y Mia Carter, *Imperialism and Orientalism: A Documentary Sourcebook*, Oxford-Malden, Massachusetts, 1999.
Hyam, Ronald, *Britain's Imperial Century, 1815-1914*, Bnúngstoke, 1993.
James, Lawrence, *The Rise and Fall of the British Empire*, Londres, 1994.
Judd, Dennis, *Empire: the British Imperial Experience from 1765 to the Present*, Londres, 1996.
Lloyd, Trevor, *Empire: The History of the British Empire*, Londres, 2001.
Maddison, Angus, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, 2001 (hay trad. cast.: *La economía mundial: una perspectiva milenaria*, traducción de M. A. Roncales a partir de las versiones originales en inglés y francés, Mundi-Prensa, Madrid, 2002).
Marshall, P. J., ed., *The Cambridge Illustrated History of the British Empire*, Cambridge, 1996.
—, ed., The Oxford History of the British Empire, vol II: The Eighteenth Century, Oxford-Nueva York, 1998.
Morris, James, *Heaven's Command: An Imperial Progress*, Londres, 1992 [1973].
—, *Pax Britannica: The Climax of an Empire*, Londres, 1992 [1968].
—, *Farewell the Trumpets: An Imperial Retreat*, Londres, 1992 [1979].
Pagden, Anthony, *Peoples and Empires: Europeans and the Rest of the World, from Antiquity to the Present*, Londres, 2001 (hay trad. cast.: *Pueblos e imperios*, traducción de Enrique Benito, Mondadori, Barcelona, 2002).

Palmer, Alan, *Dictionary of the British Empire and Commonwealth*, Londres, 1996.
Porter, Andrew N., ed., *Atlas of British Overseas Expansion*, Londres, 1991.
—, ed., *The Oxford History of the British Empire*, vol. III: *The Nineteenth Century*, Oxford-Nueva York, 1999.
Winks, Robin W!, ed., *The Oxford History of the British Empire*, vol. V: *Historiography*, Oxford-Nueva York, 1999.

Capítulo 1

Andrews, Kenneth R., «Drake and South America», en Norman J. W. Thrower, ed., *Sir Francis Drake and the Famous Voyage, 1577-1580*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1984, pp. 49-59.
Armitage, David, *The Ideological Origins of the British Empire*, Cambridge, 2000.
Barua, Pradeep, «Military Developments in India, 1750-1850», *Journal of Military History*, 58/4,1994, pp. 599-616.
Bayly, C. A., *Indian Society and the Making of the British Empire*, Cambridge, 1988.
—, *Imperial Meridian: The British Empire and the World, 1780-1830*, Londres, 1989.
Bernstein, Jeremy, *Dawning of the Raj: The Life and Trials of Warren Hastings*, Londres, 2001.
Boxer, C. R., *The Dutch Seabome Empire, 1600-1800*, Londres, 1965.
Brenner, Robert, «The Social Basis of English Commercial Expansion, 1550-1650» *Journal of Economic History*, 32/1,1972, pp. 361-384.
Brigden, Susan, *New Worlds, Lost Worlds*, Londres, 2000.
Carlos, Ann M., y Stephen Nicholas, «Agency Problems in Early Chartered Companies: The Case of the Hudson's Bay Company», *Journal of Economic History*, 50/4,1990, pp. 853-875.
Carnall, Geoffrey, y Colin Nicholson, eds., *The Impeachment of Warren Hastings: Papers from a Bicentenary Commemoration*, Edimburgo, 1989.
Cell, Gillian T., ed., *Neufoundland Discovered: English Attempts at Colonisation, 1610-1630*, Londres, 1982.
Chaudhuri, K. N., *The English East India Company*, Londres, 1963.
—, *The Trading World of Asia and the English East India Company*, Cambridge, 1978.
Cruikshank, E. A., *The Life of Sir Henry Morgan, with an Account of the English Settlement of the Island of Jamaica, 1655-1688*, Londres-Basingstoke-Toronto, 1935.
Dalton, Sir Cornelius Neale, *The Life of Thomas Pitt*, Cambridge, 1915.
Dickson, P. G. M., *The Financial Revolution in England: A Study in the Developmentof Public Credit, 1688-1756*, Londres-Melbourne-Toronto, 1967.
Edney, Matthew H., *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago-Londres, 1997.

Ehriman, John, *The Younger Pitt*, 3 vols., Londres, 1969-1996.
Exquemlin, A. O., trans. Alexis Brown, *The Buccaneers of America Comprising a Pertinent and Truthful Description of the Principal Acts of Depredation and Inhuman Cruelty committed by the English and French Buccaneers against the Spaniards in America*, Londres, 1972.
Forrest, Denys, *Tea for the British: The Social and Economic History of a Famous Trade*, Londres, 1973.
Fraser, J. Baillie, *Military Memoirs of Lieut. Col. James Skinner*, C. B., Mussoorie, 1955 [1856].
Hagen, Victor Wolfgang von, *The Gold of El Dorado: The Quest for the Golden Man*, Londres-Toronto-Sidney-Nueva York, 1978.
Hakluyt, Richard, editado, compendiado e introducido por Jack Beeching, *Voyages and Discoveries: The Principal Navigations Voyages, Trafiques and Discoveries of the English Nation*, Londres, 1985 [1598-1600] (hay trad. cast.: *Principales viajes, expediciones, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa*, 2 vols., traducción de J. M. Pérez-Bustamante. J. Tazón, Ediciones Atlas, Madrid, 1988-1992).
Heathcote, T. A., *The Military in British India: The Development of British Land Forces in South Asia, 1600-1947*, Manchester-Nueva York, 1995.
Hemming, John, *The Search for El Dorado*, Londres, 1978 (hay trad. cast.: *En busca de El Dorado*, traducción de Xavier Laviña, 1.a ed., Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984).
Hossein Khan, Sied Gholam, *The Seir Mutaqherin: or Review of Modern Times: Being an History of India, From the Year 1118 to the Year 1194*, Calcuta, 1903 [1789].
Irwin, Douglas A, «Mercantilism and Strategic Trade Policy: The Anglo-Dutch Pvivalry for the East Indian Trade», *Journal of Political Economy*, 99/6,1991, pp. 1.296-1.314.
—, «Strategic Trade Policy and Mercantilist Trade Rivalries», *American Economic Review*, 2,1982, pp. 134-139.
Kelsey, Harry, *Sir Francis Drake: The Queen's Pirate*, New Haven-Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Sir Francis Drake: el pirata de la Reina*, traducción de Aurora Alcaraz Guijarro, Ariel, Barcelona, 2002).
Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of British Naval Mastery*, Londres, 1976.
Koehn, Nancy E, *The Power of Commerce, Economy and Governance in the First British Empire*, Ithaca, Nueva York, 1995.
Lemire, Beverly, *Fashion's Favourite. The Cotton Trade and the Consumer in Britain, 1660-1800*, Oxford, 1991.
Lindsay, Philip, *Morgan in Jamaica: Being an Account Biographical and Informative of the Latter Days of Sir Henry Morgan, Admiral of Buccaneers, Captain of Privateers… also Twice Acting Governor of Jamaica*, Londres, 1930.

Lyte, Charles, *Sir Joseph Banks: 18th Century Explorer, Botanist and Entrepreneur*, Devon, 1980.
MacInnes, C. M., *The Early English Tobacco Trade*, Londres, 1926.
Miller, David Philip, y Peter Hanns Reill, eds., *Visions of Empire: Voyages, Botany, and Representations of Nature*, Cambridge-Nueva York-Melbourne, 1996.
Neal, Larry, *The Rise of Financial Capitalism: International Capital Markets in the Age of Reason*, Cambridge, 1990.
Pagden, Anthony, *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France, c. 1500 - c. 1800*, New Haven, 1996.
Parry, John H., «Drake and the World Encompassed», en Norman J. W. Thrower, ed., *Sir Francis Drake and the Famous Voyage, 1577-1580*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1984, pp. 1-11.
Pearson, N. M., «Shivaji and the Decline of the Mughal Empire», *Journal of Asian Studies*, 35/2,1976, pp. 221-235.
Pillai, Anandaranga, *The Private Diary of Ananda Ranga Pillai, Dubash to Joseph Francois Dupleix: A Record of Matters Political, Historical, Social, and Personal, from 1736 to 1761*, 12 vols., Madras, 1904.
Pocock, Tom, *Battle For Empire: The Very First World War, 1756-1763*, Londres, 1998.
Pope, Dudley, *The Buccaneer King: The Biography of Sir Henry Morgan, 1635-1688*, Nueva York, 1977.
Pope, Peter E., *The Many Landfalls of John Cabot*,Toronto-Buffalo-Londres, 1997.
Price, Jacob M., «What Did Merchants Do? Reflections on British Overseas Trade, 1660-1790», *Journal of Economic History*, 49/2,1989,pp. 267-284.
Quinn, David Beers, *England and the Discovery of America, 1481-1620: From the Bristol Voyages of the Fifteenth Century to the Pilgrim Settlement at Plymouth - The Exploration, Exploitation, and Trialand-Error Colonization of North America by the English*, Londres, 1974.
Riddy, John, «Warren Hastings: Scotland's Benefactor», en G. Cornall y C. Nicholson, *The Impeachment of Warren Hastings: Papers from a Bicentenary Commemoration*, Edimburgo, 1989, pp. 30-57.
Rowse, A. L., y Robert O. Dougan, eds., *The Discoverie of Guiana by Sir Walter Ralegh, 1596 and The Discoveries of the World by Antonio Qalvao, 1601: Historical introductions and Bibliographical Notes*, Cleveland, Ohio, 1966.
Ruville, Albert von, trans. H. J. Chaytor, *William Pitt, Earl of Chatham*, Londres, 1907.
Sinclair, Andrew, *Sir Walter Raleigh and the Age of Discovery: The Extraordinary Life and Achievements of a Renaissance Explorer, Sailor and Scholar*, Harmondsworth, 1984.
Williams, Glyn, *«The Prize of all the Oceans»: The Triumph and Tragedy of An soti's Voyage round the World*, Londres, 1999 (hay trad. cast.: *El mejor botín de todos los*

océanos: la trágica captura de un galeón español en el siglo XVIII, traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Ediciones Turner, Madrid, 2002).
Williamson, James A., *The Cabot Voyages and Bristol Discovery under Henry VII*, Cambridge, 1962.

Capítulo 2

Anderson, Fred, *Crucible of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1754-1766*, Londres, 2000.
Anstey, Roger, *The Atlantic Slave Trade and British Abolition*, 1760-1810, Londres, 1975.
Bailyn, Bernard, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Mass., 1967 (hay trad. cast.: *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Paidós, Buenos Aires, 1972).
—, *The Peopling of British North America*, Nueva York, 1986.
Barbour, Philip L., *The Jamestown Voyages under the First Charter 1606-1609*, vol. I: *Documents Relating to the Foundation of Jamestown and the History of the Jamestown Colony up to the Departure of Captain John Smith, Last President of the Council in Virginia under the First Charter, Early in October 1609*, Londres-Nueva York, 1969.
Bardon, Jonathan, *A History of Ulster*, Belfast, 1992.
Bauman, Richard, *For the Reputation of Truth: Politics, Religion, and Conflict among the Pennsylvania Quakers 1750-1800*, Baltimore-Londres, 1971.
Belich, James, *Making People: A History of the New Zealanders from Polynesian Settlement to the End of the Nineteenth Century*, Londres, 1997.
—, *Paradise Reforged: A History of the New Zealanders from the 1880s to the Year 2000*, Londres, 2001.
Berlin, Ira, *Many Thousands Gone: The First Two Centuries of Slavery in North America*, Cambridge, Mass., 1998.
Blackburn, Robin, *The Making of New World Slavery: From the Baroque to the Modern, 1492-1500*, Nueva York, 1997.
Boogart, E. Van Den, y P. C. Emmer, «Colonialism and Migration: An Overview», en P. C. Emmer, ed., *Colonialism and Migration: Indentured Ixibour before and after Slavery*, Dordrecht, 1986.
Brogan, Hugh, *The Pelican History of the United States of America*, Harmondsworth, 1986.
Calder, Angus, *Revolutionary Empire. The Rise of the English-Speaking Empires from the Fifteenth Century to the 1780s*, Londres, 1981.
Calhoon, Robert M., Timothy M. Barnes, y George A. Rawlyk, eds., *Loyalists and Community in North America*, Westport-Connecticut-Londres, 1994.

Campbell, Mavis C, *The Maroons of Jamaica 1655-1796*, Massachusetts, 1988.
Cecil, Richard, ed., Marylynn Rouse, *The Life of John Newton*, Fearn, 2000.
Chiswick, Barry, y Timothy Hatton, «International Migration and the Integration of Labour Markets», en Michael Bordo, Alan Taylor y Jeffrey Williamson, eds., *Globalization in Historical Perspective*, Chicago, 2003.
Christie, I. R., y B. W. Larabee, *Empire and Independence, 1760-1776*, Oxford, 1976.
Clark, J. C. D., *The Language of Liberty, 1660-1832: Political Discourse and Social Dynamics in the Anglo-American World*, Cambridge, 1993.
Curtin, Philip D., *Death by Migration: Europe's Encounter with the Tropical World in the Nineteenth Century*, Cambridge, 1989.
—, *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison-Londres, 1969.
Draper, Theodore, *A Struggle for Power: The American Revolution*, Nueva York, 1996.
Drayton, Richard, «The Collaboration of Labour: Slaves, Empires and Globalizations in the Atlantic World, c. 1600-1950», en A. G. Hopkins, ed., *Globalization in World History*, Londres, 2002, pp. 98-114.
Eltis, David, «Europeans and the Rise and Fall of African Slavery in the Americas: An Interpretation», *American Historical Review*, 98/5, 1993, pp. 1.399-1.423.
Emmer, P. C, ed., *Colonialism and Migration: Indentured Servants before and after Slavery*, Dordrecht, 1986.
Engerman, Stanley L., y Robert E. Gallman, eds., *The Cambridge Economic History Of The United States*, vol. I: *The Colonial Era*, Cambridge, 1997.
Foster, Roy, *Modern Ireland, 1600-1972*, Londres, 1988.
Frank Felsenstein, ed., *English Trader, Indian Maid: Representing Gender, Race, and Slavery in the New World: An Inkle and Yarico Reader*, Baltimore-Londres, 1999.
Galenson, D. W., *Wlúte Servitude in Colonial America: An Economic Analysis*, Londres, 1981.
Gemery, Henry A., «Markets for Migrants: English Indentured Servitude and Emigration in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en P. C. Emmer, ed., *Colonialism and Migration: Indentured Labour before and after Slavery, Dordrecht*, 1986.
Grant, Douglas, *The Fortunate Slave: An Illustration of African Slavery in the Early Eighteenth Century*, Nueva York-Toronto, 1968.
Hughes, Robert, *The Fatal Shore: A History of the Transportation of Convicts to Australia, 1787-1868*, Londres, 1987 (hay trad. cast.: *La costa fatídica: la epopeya de la fundación de Australia*, traducción de Angela Pérez y José Manuel Álvarez Flórez, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002).
Hunter, James, *A Dance Called America: The Scottish Highlands, the United States and Canada*, Edimburgo, 1994.
Inikori, J. E., «Market Structure and the Profits of the British African Trade in the Late Eighteenth Century», *Journal of Economic History*, 41/4, 1981, pp. 745-776.

Jeffery, Keith, ed., *«An Irish Empire»: Aspects of Ireland and the British Empire, Manchester*, 1996.
Jones, Maldwyn A., *The Limits of Liberty: American History, 1607-1980*, Oxford, 1983 (hay trad. cast.: *Historia de Estados Unidos, 1607-1992*, traducción de Carmen Martínez Gimeno, Cátedra, Madrid, 1996).
Jones, Rufus M., *The Quakers in the American Colonies*, Londres, 1911.
Knight, Franklin W, ed., *General History of the Caribbean*, vol. III: *The Slave Societies of the Caribbean*, Londres, 1997.
Langley, Lester D., *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850*, New Haven, 1997.
Long, Edward, *The History of Jamaica, or General Survey of the Ancient and Modern State of that Island: With Reflections on its Situations, Settlements, Commerce, Laws and Government*, Londres, 1970 [1774].
Main, Gloria L., *Tobacco Colony: Life in Early Maryland, 1650-1720*, Princeton-New Jersey, 1982.
Martin, Bernard, *John Newton: A Biography*, Melbourne-Londres-Toronto, 1950.
—, y Mark Spurrell, eds., *The Journal of a Slave Trader (John Newton) 1750-1754, with Newton's «Thoughts upon the African Slave Trade»*, Londres, 1962.
Middleton, Arthur Pierce, *Tobacco Coast: A Maritime History of Chesapeake Boy in the Colonial Era*, Newport News, Virginia, 1953.
Newton, John, *Letters to a Wife, by the Author of Cardiphonia*, Edimburgo, 1808.
—, y Revd. R. Cecil, *An Authentic Narrative of Some Remarkable and Interesting Particulars in the Life of John Newton; Memoirs of Mr. Newton; Forty-One Letters Originally Published under the Signatures of Omicron and Virgil*, Edimburgo, 1825.
Oxley, Deborah, *Convict Maids: The Forced Migration of Women to Australia*, Cambridge, Nueva York-Melbourne, 1996.
Pestaña, Carla Gardina, *Quakers and Baptists in Colonial Massachusetts*, Cambridge, 1991.
Quinn, David B., *Explorers and Colonies: America, 1500-1625*, Londres-Konceverte, 1990.
Rice, C. Duncan, «The Missionary Context of the British Anti-Slavery Movement», en James Walvin, ed., *Slavery and British Society 1776-1845*, Londres-Basingstoke, 1982, pp 150-164.
Riley, Edward Miles, ed., *The Journal of John Harrower: An Indentured Servant in the Colony of Virginia, 1773-1776*, Williamsburg, Virginia, 1963.
Rouse, Parke, Jr., *Planters and Pioneers: Life in Colonial Virginia - The Story in Pictures and Text of the People who Settled England's First Successful Colony from its Planting in 1607 to the Birth oj the United States in 1789*, Nueva York, 1968.
Smith, Abbot Emerson, *Colonists in Bondage: White Servitude and Convict Labour in America, 1607-1776*, Chapel Hill, 1947.
Thomas, Hugh, *The Slave Trade: The History of the Atlantic Slave Trade 1440-1870*,

Nueva York, 1997 (hay trad. cast.: *La trata de esclavos: historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, traducción de Víctor Alba y C. Bourne, Planeta, Barcelona, 1998).
Walvin, James, *England, Slaves and Freedom, 1776-1838*, Basingstoke, 1986.
—, *Britain's Slave Empire*, Londres, 2000.
Ward, J. M., *Colonial Self-Government: The Brithh Experience 1759-1856*, Londres, 1976.
Whiteley, Peter, *Lord North: The Prime Minister who Lost America*, Londres, 1996.

Capítulo 3

Blaikie, W., *The Personal Life of David Livingstone LL. D. D. C. L.*, Londres, 1880.
Chinnian, P, *The Vellore Mutiny - 1806: The First Uprising Against the British*, Erode, 1982.
Gelfand, Michael, *Livingstone the Doctor, His Life and Travels: A Study in Medical History*, Oxford, 1957.
Helly, Dorothy O., *Livingstone's Legacy: Horace Waller and Victorian Mythmaking*, Athens, Ohio-Londres, 1987.
Hibbert, Christopher, *The Great Mutiny: India 1857*, Londres, 1978.
Holmes, Timothy, *Journey to Livingstone: Exploration of an Imperial Myth*, Edimburgo, 1993.
Jeal, Tim, *Livingstone*, Londres, 1973.
Liebowitz, Daniel, *The Physician and the Slave Trade: John Kirk, the Livingstone Expeditions, and the Crusade Against Slavery in East Africa*, Nueva York, 1999.
Metcalfe, C. T., *Two Native Narratives of the Mutiny*, Londres, 1898.
Murray, Jocelyn, *Proclaim the Good News: A Short History of the Church Missionary Society*, Londres, 1985.
Panigrahi, Lalita, *British Social Policy and Female Infanticide in India*, Nueva Delhi, 1972.
Philips, C. H., ed., *The Correspondence of Lord William Cavendish Bentinck: Governor-General of India 1828-1835*, vol. I: 1828-1831; vol. II: 1832-1835, Oxford, 1977).
Ray, Ajit Kumar, *Widows are not for Burning: Actions and Attitudes of the Christian Missionaries, the Native Hindus and Lord William Bentinck*, Nueva Delhi, 1985.
Sen, Surendranath, *1857*, Nueva Delhi, 1957.
Soderlund, Jean R., *Quakers and Slavery. A Divided Spirit*, Princeton, New Jersey, 1985.
Stanley, B., *The Bible and the Flag: Protestant Missions and British Imperialism in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Leicester, 1990.

Capítulo 4

Alien, Charles, *Soldier Sahibs: The Men who Made the North-West Frontier*, Londres, 2000.
—, ed., *Plain Tales from the Raj*, Londres, 1976.
Baber, Zaheer, *The Science of Empire: Scientific Knowledge, Civilization, and Colonial Rule in India*, Albany, 1996.
Beaglehole, T. H., *Thomas Munro and the Development of Administrative Policy in Madras 1792-1818: The Origins of «The Munro System»*, Cambridge, 1966.
Bejoy Krishna Bose, Vakil, *The Alipore Bomb Trial, with a foreword by Mr. Eardley Norton*, Barat-Law, Calcuta, 1922.
Bennett, Mary, *The Ilberts in India, 1882-1886: An Imperial Miniature*, Londres, 1995.
Bhasin, Raja, *Viceregal Lodge and the Indian Institute of Advanced Study*, Shimla, Shimla, 1995.
Blunt, Sir Edward, *The I. C. S.: The Indian Civil Service*, Londres, 1937.
Brook, Timothy y Tadashi Wakabayashi, eds., *Opium Regimes: China, Britain, and Japan, 1839-1952*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 2000.
Cannadine, David, *Ornamentalism: How the British Saw Their Empire*, Londres, 2001.
Clive, John, *Thomas Babington Macaulay. The Shaping of the Historian*, Londres, 1973.
Daumas, Maurice, *A History of Technology and Invention: Progress through the Ages*, vol. III: *The Expansion of Mechanization 1725-1860*, Londres, 1980.
Davis, Mike, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres, 2001.
Dewey, Clive, *Anglo-Indian Attitudes: The Mind of the Civil Service*, Londres, 1993.
Dutton, Geoffrey, *The Hero as Murderer: The Life of Edward John Eyre*, Sidney, 1967.
Endacott, G. B., *A History of Hong Kong*, Hong Kong, 1973.
Frykenberg, Robert Eric, «Modern Education in South India, 1784-1854: Its Roots and Its Role as a Vehicle of Integration under Company Raj», *American Historical Review*, 91/1 (suplemento del vol. 91), 1986, pp. 37-65.
Gilbert, Martin, ed., *Servant of India: A Study of Imperial Rulefrom 1905 to 1910 as Told through the Correspondente and Diaries of Sir James Dunlop Smith*, Londres, 1966. Gilmour, David, Curzon, Londres, 1994.
—, *The Long Recession: The Imperial Life of Rudyard Kipling*, Londres, 2002.
Heehs, Peter, *The Bomb in Bengali: The Rise of Revolutionary Terrorism in India, 1900-1910*, Oxford, 1993.
Heuman, Gad, *«The Killing Time»: The Morant Bay Rebellion in Jamaica*, Londres-Basingstoke, 1994.

Hirschmann, Edwin, *«White Mutiny»: The Ilbert Bill Crisis in India and the Genesis of the Indian National Congress*, Nueva Delhi, 1980.
Holt, Edgar, The Strangest War. The Story of the Maori Wars 1860-1872, Londres, 1962.
Hutchins, Francis G., *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India*, Princeton, New Jersey, 1967.
Irving, R. G., *Indian Summer: Lutyens, Baker and Imperial Delhi*, New Haven, 1981.
James, Lawrence, *Raj: The Making and Unmaking of British India*, Londres, 1997.
Kanwar, P, *Imperial Simla: The Political Culture of the Raj*, Delhi, 1990.
Kieve, Jeffrey, *The Electric Telegraph: A Social and Economic History*, Newton Abbot, 1973.
Kipling, Rudyard, *Kim*, Oxford, 1987 [1901].
—, *Plain Talesfrom the Hills*, Londres, 1987 [1890].
—, *The Man Who Would Be King and Other Stories*, Oxford, 1987 [1885-1888] (hay trad. cast.: «El hombre que sería rey», traducción de Gemma Vives Rofes, Barcelona, 1986).
—, *Traffics and Discoveries*, Londres, 2000 [1904].
—, *War Stories and Poems*, Oxford, 1990.
Knight, Ian, ed., *Marching to the Drums: Eyewitness Accounts of War from the Charge of the Light Brigade to the Siege of Ladysmith*, Londres, 1999.
Machonochie, Evan, *Life in the Indian Civil Service*, Londres, 1926.
MacLeod, Roy, y Deepak Kumar, eds., *Technology and the Raj: Western Technology and Technical Transfers to India, 1700-1947*, Nueva Delhi-Thou-sand Oaks-Londres, 1995.
Mehta, Uday Singh, *Liberalism and Empire: A Study In Nineteenth-Century British Liberal Thought*, Chicago, 1999.
Misra, Maria, *Business, Race and Politics in British India, c. 1850-1960*, Oxford, 1999.
Napier, Lt.-Col., *The Hon. H. D., Field Marshal Lord Napier of Magdala GCB, GCSI: A Memoir*, Londres, 1927.
—, ed., *Letters of Field Marshal Lord Napier of Magdala concerning Abyssinia, Egypt, India, South Africa*, Londres, 1936.
Narasimhan, Sukuntala, *Sati: A Study of Widow Burning in India*, Nueva Delhi, 1998.
Oldenburg, Venna Talwar, *The Making of Colonial Lucknow. 1856-1877*, Princeton, New Jersey, 1984.
Samanta, Amiya K., ed., *Terrorism in Bengali: A Collection of Documents on Terrorist Activities from 1905 to 1939*, 6 vols., Calcuta, 1995.
Seal, Añil, *The Emergence of Indian Nationalism: Competition and Collaboration in the later Nineteenth Century*, Cambridge, 1968.
Spangenberg, Bradford, «The Problem of Recruitment for the Indian Civil Service during the Late Nineteenth Century» *Journal of Asian Studies*, 30/2,1971, pp. 341-

360.
Steeds, David, y Ian Nish, *China, Japan and Nineteenth-Century Britain*, Dublín, 1977.
Sullivan, Eileen, «Liberalism and Imperialism: J. S. Mills Defense of the British Empire» *Journal of the History of Ideas*, 44/4,1983, pp. 595-617.
Tinker, Hugh, *A New System of Slavery. The Export of Indian Labour Overseas, 1830-1920*, Londres-Nueva York-Bombay, 1974.
Tomlinson, B. R., *The Economy of Modern India, 1860-1970*, Cambridge, 1989.
Trevelyan, George Otto, ed., *The Life and Letters of Lord Macaulay*, 2 vols., Londres, 1876.
Waley Cohen, Ethel A., ed., *A Young Victorian in India: Letters of H. M. Kisch of the Victorian Civil Service*, Londres, 1957.
Wong, J. Y., *Deadly Dream: Opium, Imperialism and the «Arrow» War (1856-1860) in China*, Cambridge, 1998.
Yalland, Zoe, *Traders and Nabobs: The British in Cawnpore 1765-1857*, Wilton, 1987.

Capítulo 5

Boehmer, Elleke, ed., *Empire Writing: An Anthology of Colonial Literature, 1870-1918*, Oxford, 1998.
Brailsford, Henry Noel, *The War of Steel and Gold: A Study of the Armed Peace*, Londres, 1917 [1914].
Davis, Lance E., y R. A. Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire: The Political Economy of British Imperialism, 1860-1912*, Cambridge, 1986.
Ellis, John, *The Social History of the Machine Gun*, Londres, 1993.
Ferguson, Niall, *The World's Banker: The History of the House of Rothschild*, Londres, 1998.
Fieldhouse, D. K., *Economics and Empire, 1830-1914*, Londres, 1973 (hay trad. cast.: *Economía e imperio, la expansión de Europa (1830-1914)*, prólogo de Charles Wilson, traducción de Juan A. Ruiz de Elvira Prieto, Siglo XXI, México, 1978).
Flint, John E., *Sir George Goldie and the Making of Nigeria*, Londres, 1960.
Ford, Roger, *The Grim Reaper: The Machine-Gun and Machine-Gunners*, Londres-Basingstoke, 1996.
Friedberg, Aaron, *The Weary Titan: Britain and the Experience of Relative Decline, 1895-1905*, Nueva York, 1987.
Gallagher, John, y Ronald Robinson, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, 2nd ser., 6, 1953. pp. 1-15.
Goldsmith, Dolf, *The Devil's Paintbrush: Sir Hiram Maxim's G«K*, Toronto-Londres, 1989.

Headrick, Daniel R., *The Tools of Empire*, Oxford, 1981 (hay trad. cast.: *Los instrumentos del imperio: tecnología e imperialismo europeo en el siglo* XIX, traducción de Javier García Sanz, Alianza, Madrid, 1989).
Hobhouse, Emily, *The Brunt of War, and Where it Fell*, Londres, 1902.
Hobsbawm, E. J., *The Age of Empire, 1875-1914*, Londres, 1987 (hay trad. cast.: *La era del imperio: 1875-1914*, traducción de Juan Fací Lacasta, Labor, Barcelona, 1990).
Hobson, J. A., *Imperialism: A Study*, Londres, 1988 [1902].
Hyam, Ronald, *Empire and Sexuality*, Manchester, 1992.
Imlah, Albert H., *Economic Elements in the Pax Britannica*, Cambridge, Mass., 1958.
Jeal, Tim, *Baden-Powell*, Londres, 1989.
Lyons, F. S. L., *Ireland Since the Famine*, Londres, 1982.
MacKenzie, John M., *Propaganda and Empire: The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, 1984.
—, ed., *Imperialism and Popular Culture*, Manchester, 1986.
Markham, George, *Guns of the Empire: Automatic Weapons*, Londres, 1990.
Marples, Morris, *A History of Football*, Londres, 1954.
Marsh, Peter T., *Joseph Chamberlain: Entrepreneur in Politics*, New Haven-Londres, 1994.
Martin, A. C, *The Concentration Camps: 1900-1902: Facts, Figures, and Fables*, Cape Town, 1957.
McCallum, Iain, *Blood Brothers: Hiram and Hudson Maxim - Pioneers of Modern Warfare*, Londres, 1999.
McClintock, Anne, *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Contest*, Nueva York-Londres, 1995.
Moorehead, Alan, *The White Nile*, Londres, 1971 (hay trad. cast.: *El Nilo Blanco*, traducción de Leoncio Sureda, Plaza & Janes, Barcelona, 1961).
Muffett, D. J. M., *Empire Builder Extraordinary: Sir George Goldie - His Philosophy of Government and Empire*, Douglas, Isla de Man, 1978.
Neillands, Robin, *The Dervish Wars: Gordon and Kitchener in the Sudan, 1880-1898*, Londres, 1996.
Pakenham, Thomas, *The Boer War*, Londres, 1991.
—, *The Scramble for Africa*, Londres, 1991.
Platt, D. C. M., *Finance, Trade, and Politics in British Foreign Policy 1815-1914*, Oxford, 1968.
Pollock, John, *Kitchener*, Londres, 2001.
Roberts, Andrew, *Salisbury: Victorian Titan*, Londres, 1999.
Robinson, Ronald, y John Gallagher, *Africa and the Victorians: The Official Mind of Imperialism*, Londres, 1961.
Rosenthal, Eric, *Gold! Gold! Gold! The Johannesburg Gold Rush*, Nueva York-Londres-Johannesburg, 1970.

Rotberg, Robert I., *The Founder: Cecil Rhodes and the Pursuit of Power*, Nueva York-Oxford, 1988.
Seeley, J. R., *The Expansion of England: Two Courses of Lectures*, Londres y Nueva York, 1886.
Shannon, Richard, *Gladstone*, vol. II: Heroic Minister, 1865-1898, Londres, 1999.
Spies, S. B., *Methods of Barbarism? Roberts and Kitchener and Civilians in the Boer Republics. January 1900-May 1902*, Cape Town, 1977.
Staley, Eugene, *War and the Private Investor: A Study in the Relations of International Politics and International Private Investment*, Chicago, Illinois, 1935.
Strachey, Lytton, *Eminent Victorians*, Harmondsworth, 1948 [1918] (hay trad. cast.: *Victorianos eminentes*, traducción de Dámaso López García, Aguilar, Madrid, 1989).
Taylor, S. J., *The Great Outsiders: Northcliffe, Rothermere, and The Daily Mail*, Londres, 1996.
Wynne-Thomas, Peter, *The History of Cricket: From the Weald to the World*, Norwich, 1988.

Capítulo 6

Aldrich, Robert, *Greater France. A History of French Overseas Expansion*, Basingstoke, 1996.
Andrew, Christopher M., y A. S. Kanya-Forstner, *France Overseas: The Great War and the Climax of French Imperial Expansion*, Londres, 1981.
Bond, Brian, *British Military Policy between the Two World Wars*, Oxford, 1980.
Brockington, Leonard, «John Buchan in Canada», en Susan Tweedsmuir, ed., *John Buchan by his Wife and Friends*, Londres, 1947, pp. 267-277.
Brook, Timothy, ed., *Documents on the Rape of Nanking*, Ann Arbor, 1999.
Brown, Anthony Cave, *Treason in the Blood: H. St. John Philby, Kim Philby and the Spy Case of the Century*, Londres, 1995.
Brown, Judith M., *Modern India: The Origins of an Asian Democracy*, Oxford, 1994.
Buchan, John, *Greenmantle*, Londres, 1916 (hay trad. cast.: *Manto verde*, traducción de Mary Rowe, Lara, Barcelona).
—, *Memory Hold-The-Door*, Londres, 1941.
Buchan, William, *John Buchan: A Memoir*, Londres, 1982.
Chakrabarty, Bidyut, *Subhas Chandra Bose and Middle Glass Radicalism: A Study in Indian Nationalism, 1928-1940*, Londres-Nueva York, 1990.
Chalker, Jack Bridger, *Burma Railway Artist: The War Drawings of Jack Chalker*, Londres, 1994.
Chang, Iris, *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*, Nueva York, 1997.
Charmley, John, *Churchill's Grand Alliance. The Anglo-American Spectal*

Relationship, 1940-1957, Londres, 1995.
Cohen, Michael J., y Martin Kolinsky, eds., *Demise of the British Empire in the Middle East: Britain's Response to Nationalist Movements, 1943-1955*, Londres, 1998.
Colvin, Ian, *The Life of General Dyer*, Londres, 1929.
Conrad, Joseph, *Heart of Darkness*, Londres, 1973 [1902] (hay trad. cast.: *El corazón de las tinieblas*, traducción de Araceli García Ros e Isabel Sánchez Arauj o, Alianza, Madrid, 1976).
—, *Lord Jim*, Oxford, 1983 [1921] (hay trad. cast.: *Lord Jim*, traducción de Ramón D. Peris, Ediciones GP, Barcelona, 1966).
Daniell, David, *The Interpreter's House: A Critical Assessment of John Buchan*, Londres, 1975.
Darwin, John, *Britain and Decolonization: The Retreat from Empire in the Post-War World*, Basingstoke, 1988.
DeLong, Brad, *Slouching Towards Utopia: The Economic History of the Twentieth Century*, «Old Draft», http://www.j-bradford-delong.net, 2000.
Draper, Alfred, *The Amritsar Massacre. Twilight of the Raj*, Londres, 1985.
Dunlop, E. E., *The War Diaries of Weary Dunlop: Java and the Burma-Thailand Railway, 1942-1945*, Londres, 1987.
Ellis, John, *The World War II Databook: The Essential Facts and Figures for all the Combatants*, Londres, 1993.
—, y Michael Cox, *The World War I Databook: The Essential Facts and Figures for all the Combatants*, Londres, 1993.
Ferguson, Niall, *The Pity of War*, Londres, 1998.
Forster, E. M., *A Passage to India*, Londres, 1985 [1924] (hay trad. cast.: *Pasaje a la India*, traducción de J. R. Wilcock, Sur, Buenos Aires, 1955).
Forth, Nevill de Rouen, *A Fighting Colonel of Camel Corps: The Life and Experiences of Lt. Col. N. B. de Lanccy Forth, DSO (& Bar), MC 1819-1933 of the Manchester Regiment and Egyptian Army*, Braunton, Devon, 1991.
French, Patrick, *Young husband: The Last Great Imperial Adventurer*, Londres, 1994.
Gallagher, John, *The Decline, Revival and Fall of the British Empire*, Cambridge, 1982.
Geyer, Dietrich, *Russian Imperialism: The Interaction of Domestic and Foreign Policy, 1860-1914*, Leamington Spa-Hamburgo-NuevaYork, 1987.
Gilbert, Martin, *In Search of Churchill: A Historian's Journey*, Londres, 1994.
Gilbert, Vivient Major, *The Romance of the Last Crusader: With Allenby to Jerusalem*, Nueva York, 1923.
Goldsworthy, David, ed., *British Documents on the End of Empire, The Conservative Government and the End of Empire, 1951-1957*; Part 1: International Relations; Part 2: Politics and Administration; Part 3: Economic and Social Policies, Londres, 1994.
Greene, Graham, *The Heart of the Matter*, Londres, 1962 [1948].

Hauner, Milan, *India in Axis Strategy: Germany, Japan and Indian Nationalists in the Second World War*, Stuttgart, 1981.
Henderson, W. O., *The German Colonial Empire 1884-1919*, Londres-Portland, 1993.
Hochschild, Adam, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Londres-Basingstoke-Oxford, 1998.
Inchbald, Geoffrey, *Imperial Camel Corps*, Londres, 1970.
Kentjohn, ed., *Egypt And The Defence Of The Middle East [British Documents on the End of Empire]*, 3 vols., Londres, 1998.
Kershaw, Ian, *Hitler, 1936-1945*: Nemesis, Londres, 2000 (hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, traducción de José Manuel Alvarez Flórez, Círculo de Lectores, Barcelona, 1999).
Louis, Wm. Roger, *Imperialism at Bay: The United States and the Decolonization of the British Empire 1941-1945*, Nueva York, 1978.
—, y Ronald Robinson, «The Imperialism of Decolonization», *Journal of Imperial and Commonwealth History* 22, 1995, pp. 462-511.
Lowe, Peter, «Great Britain and the Corning of the Pacific War, 1939-1941», *Transactions of the Royal Historical Society*, 1974, pp. 43-62.
Maugham, W. Somerset, *Far Eastern Tales*, Londres, 2000 (hay trad. cast.: *Extremo Oriente*, traducción de J. Romero de Tejada, Tartessos, Barcelona, 1942).
—, *Collected Short Stories*, 4 vols., Harmondsworth, 1963 [1951].
Monroe, Elizabeth, *Britain's Moment in the Middle East, 1914-1956*, Londres. 1981.
Murfett, Malcolm H., John N. Miksic, Brian P. Farrell, y Chiang Ming Shun, *Between Two Oceans: A Military History of Singapore from First Settlement to Final British Withdrawal*, Oxford-Nueva York, 1999.
Neidpath, James, *The Singapore Naval Base and the Defence of Britain's Eastern Empire, 1919-1941*, Oxford, 1981.
Offer, Avner, *The First World War: An Agrarian Interpretation*, Oxford, 1989.
Overy, Richard, *Why the Allies Won*, Londres, 1995.
Owen, GeofFrey, *From Empire to Europe: The Decline and Revival of British Industry since the Second World War*, Londres, 1999.
Perkins, Roger, *The Amritsar Legacy: Golden Temple to Caxton Hall, The Story of a Killing*, Chippenham, 1989.
Pickering, Jeffrey, *Britain's Withdmwal From East Of Suez: The Politics Of Retrenchment*, Londres, 1998.
Rabe, John, *The Good Man of Nanking: The Diaries of John Rabe*, Nueva York, 1998.
Reynolds, David, *Rich Relations: The American Occupation of Britain, 1942-1945*, Londres, 1995.
Rhee, M. J., *The Doomed Empire: Japan in Colonial Korea*, Aldershot-Brookfield-Singapore-Sidney, 1997.

Ritchie, Harry, *The Last Pink Bits*, Londres, 1997.
Schmokel, Wolfe W., *Dream of Empire: German Colonialism, 1919-1945*, New Haven-Londres, 1964.
Smith, Janet Adam, *John Bucham: A Biography*, Londres, 1965.
Swinson, Arthur, *Six Minutes to Sunset - the Story of General Dyer and the Amritsar Affair*, Londres, 1964.
Thio, Eunice, «The Syonan Years, 1942-1945», en Ernest C. T. Chew, y Edwin Lee, eds., *A History of Singapore*, Singapur, 1991, pp. 95-114.
Thomas, Lowell con Kenneth Brown Collings, With Allenby in the Holy Land, Londres-Toronto-Melbourne-Sidney, 1938.
Tomlinson, B. R., *The Political Economy of the Raj, 1914-1941. The Economics of Decolonization*, Londres, 1979.
Travers, Tim, *Gallipoli 1915*, Stroud-Charleston, 2001.
Trevor-Roper, H. R., ed., *Hitler's Table Talk 1941-1944: His Private Conversations*, Londres, 1973 [1953].
Waugh, Evelyn, *Black Mischief*, Londres, 1962 [1932].
Yamamoto, Masahiro, *Nanking: Anatomy of an Atrocity*, Westport, Connecticut-Londres, 2000.
Yardley, Michael, *Backing into the Limelight: A Biography of T. E. Lawrence*, Londres, 1985.

Conclusión

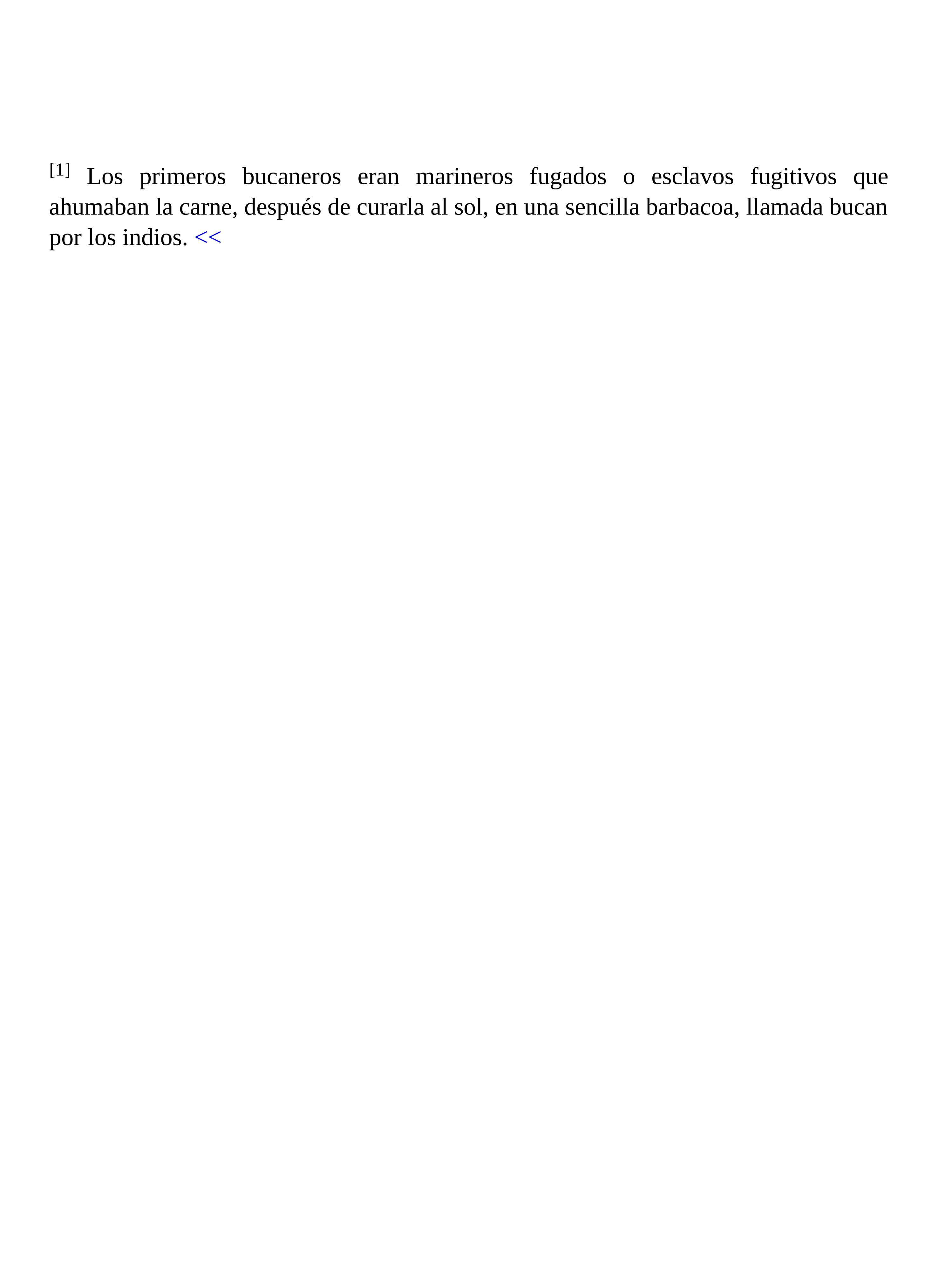
Acemoglu, Daron, Simon Johnson, y James A. Robinson, «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *NBER Working Paper W8460*, septiembre de 2001.
Cooper, Robert, «The Postmodern State», en *Foreign Policy Centre*, ed., *Reordering the World: The Longterm Implications of September 11*, Londres, 2002.
Edelstein, Michael, «Imperialism: Cost and Benefit», en Roderick Floud y Donald McCloskey, eds., *The Economic History of Britain since 1700*, vol. II, Cambridge, 1994, pp. 173-216.
Ferguson, Niall, *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World, 1700-2000*, Londres, 2001 (hay trad. cast.: *Dinero y poder en el mundo moderno: 1700-2000*, traducción de Silvina Mari, Taurus, Madrid, 2001).
La Porta, Rafael, Florencio Lopez-de-Silanes, Andrei Shleifer y Robert W. Vishny, «Law and Finance», *Journal of Political Economy*, 106/6, 1998, pp. 1.113-1.155.
Landes, David S., *The Wealth and Poverty of Nations*, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, traducción de Santiago Jordán, Crítica, Barcelona, 1999).
Obstfeld, Maurice, y Alan M. Taylor, «The Great Depression as a Watershed:

International Capital Mobility over the Long Run», en Michael D. Bordo, Claudia Goldin y Eugene N. White, eds., *The Defining Moment: The Great Depression and the American Economy in the Twentieth Century*, Chicago, 1998, pp. 353-402.

Notas

[1] Por supuesto, no una colonia, sino parte del imperio económico «informal» de Gran Bretaña. <<

[2] La prohibición de giras deportivas a África era en realidad bastante fácil de reconciliar con las creencias imperialistas liberales de mi juventud. Parecía obvio que al negar a los negros sudafricanos derechos civiles y políticos, los afrikaners estaban simplemente mostrando sus verdaderos colores y reivindicando los esfuerzos anteriores (desgraciadamente infructuosos) de los ilustrados británicos por quebrar su dominio. Temo que nunca se me ocurrió la posibilidad de que el sistema del apartheid pudiera tener algo que ver con el dominio británico, o que los británicos practicaran alguna vez sus propios sistemas tácitos de apartheid. <<



[1] Los primeros bucaneros eran marineros fugados o esclavos fugitivos que ahumaban la carne, después de curarla al sol, en una sencilla barbacoa, llamada bucan por los indios. <<

[2] Las descripciones detalladas de las célebres incursiones de Morgan en las posesiones españolas se basan en los escritos de un holandés llamado A. O. Exquemelin, que al parecer participó en algunas de ellas. Su libro De Amerkaensche Zee-Rovers (c. 1684) fue traducido al inglés con el título de *The History of the Bucaniers*. Morgan puso un pleito a los editores ingleses no tanto porque Exquemelin lo acusaba de consentir las atrocidades de sus hombres como porque sugería que Morgan había sido un siervo a contrata cuando llegó al Caribe. <<



[3] A algunos lectores puede servirles pensar en el tiempo de vuelo actual, cambiando las semanas por horas. <<



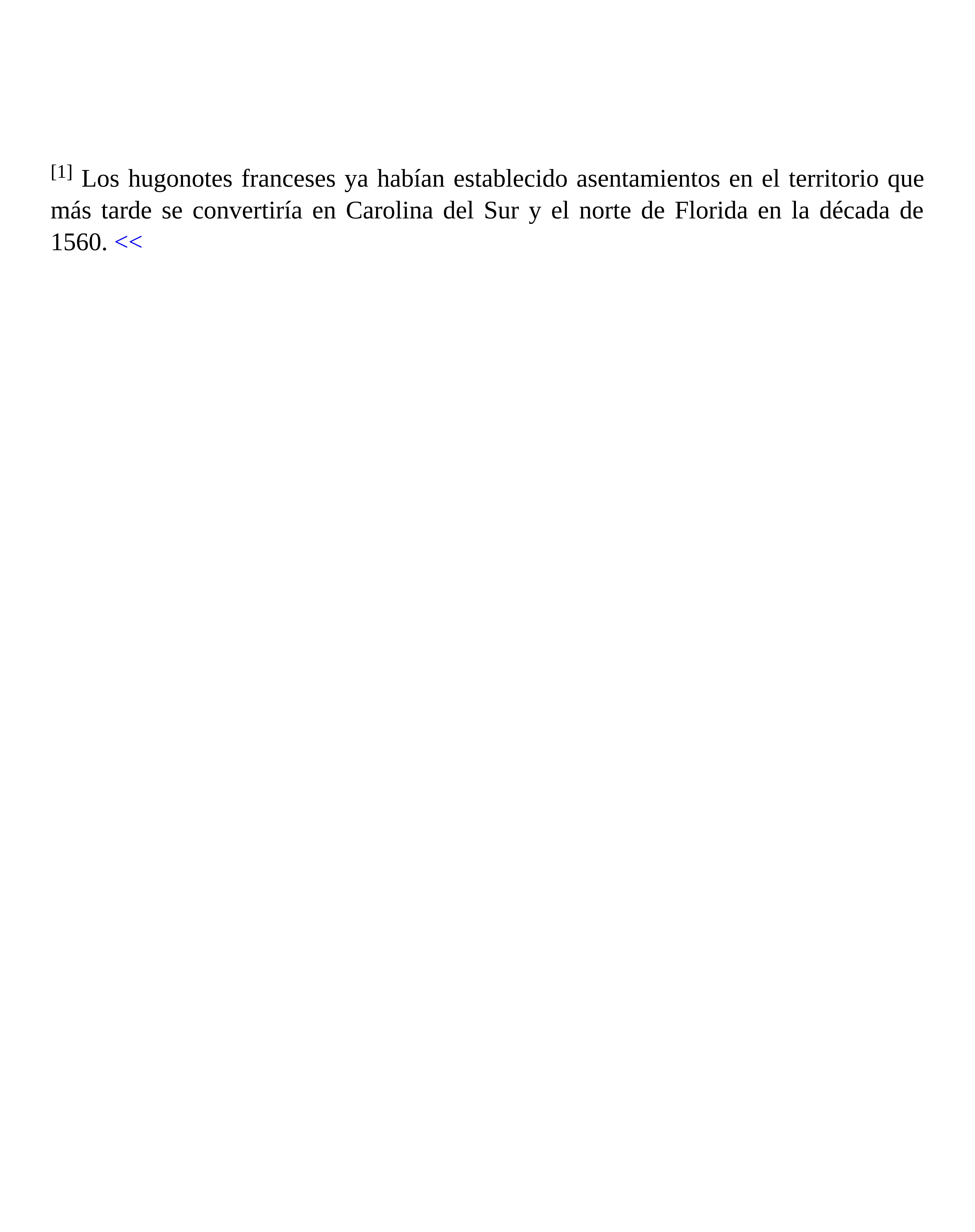
[4] Factoría, como es habitual en este contexto, significa establecimiento de comercio en ultramar. La compañía no se dedicaba a la producción industrial. <<



[5] El destino de Byng inspiró la famosa frase de Voltaire: «En este país se considera bueno matar a un almirante de vez en cuando para animar a los demás». <<

[6] Los informes de la época hablan de 146 prisioneros, la mayoría de los cuales perecieron sofocados. Parece probable que el número fuera inferior, pero no hay duda de que una gran proporción murió. Era el momento más caluroso del verano indio y el «hoyo» era una mazmorra de apenas seis por cuatro metros. <<

[7] En cambio, los irlandeses eran la mayoría en la tropa. A principios del siglo XIX, el ejército bengalí era un 34 por ciento inglés, un 11 por ciento escocés y un 48 por ciento irlandés. <<



[1] Los hugonotes franceses ya habían establecido asentamientos en el territorio que más tarde se convertiría en Carolina del Sur y el norte de Florida en la década de 1560. <<

[2] Es importante recordar que en ese momento la costa norteamericana servía de base estratégica para las invasiones británicas del Caribe, llamado también las Indias Occidentales. De ahí el nombre habitual aunque incongruente de «indios» que se daba a los nativos de Norteamérica. <<

[3] En 1800 solo 3,5 millones de 13,5 millones de personas en Latinoamérica eran de raza blanca, de las cuales treinta mil habían nacido en Europa (peninsulares). Los demás blancos eran americanos (criollos). Hacia 1820, alrededor de una cuarta parte de la población de Latinoamérica te nía un origen racial mixto. <<



[4] Otro estímulo más para atraer emigrantes emprendedores a América fue la fundación de Georgia como asilo para deudores en 1732. <<

[5] Hacia finales del siglo XIX cerca de tres cuartas partes de la población de Gran Bretaña vivía en Inglaterra, en comparación con la cuarta parte de Escocia y la cuarta parte de Irlanda. En cambio, en el imperio los ingleses representaban apenas la mitad de los colonos. Los escoceses representaban en Nueva Zelanda cerca del 23 por ciento de la población nacida en Gran Bretaña, el 21 por ciento en Canadá y el 15 por ciento en Australia. Los irlandeses constituían el 21 por ciento de los nacidos en Gran Bretaña en Canadá y Nueva Zelanda, y el 27 por ciento en Australia. <<

[6] Este era el promedio de la tasa de mortalidad durante todo el período de la trata de esclavos británica (1662-1807). En las décadas anteriores la tasa fue de casi uno de cada cuatro. Como relata Newton, los esclavos estaban encadenados de manera permanente, yaciendo como libros en un estante en repisas de apenas dos pies y medio de alto. Sin embargo, la tasa de mortalidad de los tripulantes de las naves esclavistas era aún más alta, cerca del 17 por ciento en la segunda mitad del siglo XVIII. De ahí el can to de los marineros: «Ten cuidado y cuídate de la bahía de Benin, por uno que sale, hay cuarenta que se quedan». <<



[7] En Virginia se legisló en 1662 que los hijos mulatos de mujeres esclavas debían ser también esclavos; y en 1705 se prohibió el matrimonio de personas de razas diferentes. <<

[8] Primero a Nueva Escocia y después a Sierra Leona. <<

[9] Esta no era una proyección irreal. En 1700 la población de la Norteamérica británica había sido de cerca de 265.000; hacia 1750 era de 1,2 millones, y hacia 1770 era de 2,3, superior a la población de Escocia. <<

[10] «No había quien tuviera un aspecto más tosco, torpe y sin gracia que el suyo. Dos ojos grandes y protuberantes se movían sin ninguna dirección (pues era totalmente miope), una boca ancha de labios gruesos, y un rostro hinchado le daban el aire de un trompetero ciego» (Horace Walpole). <<

[11] En ese momento las instituciones idiosincrásicas de la mitad asiática y la mitad americana del imperio británico chocaron fatalmente. La Compañía de las Indias Orientales había sido gravemente golpeada por el boicot del té impuesto por los colonos americanos, el cual era parte de la campaña contra los aranceles de Townshend. Luchando con el excedente de té y la creciente carga de deudas, la compañía simplemente deseaba descargar una parte de sus excedentes en el mercado norteamericano. <<



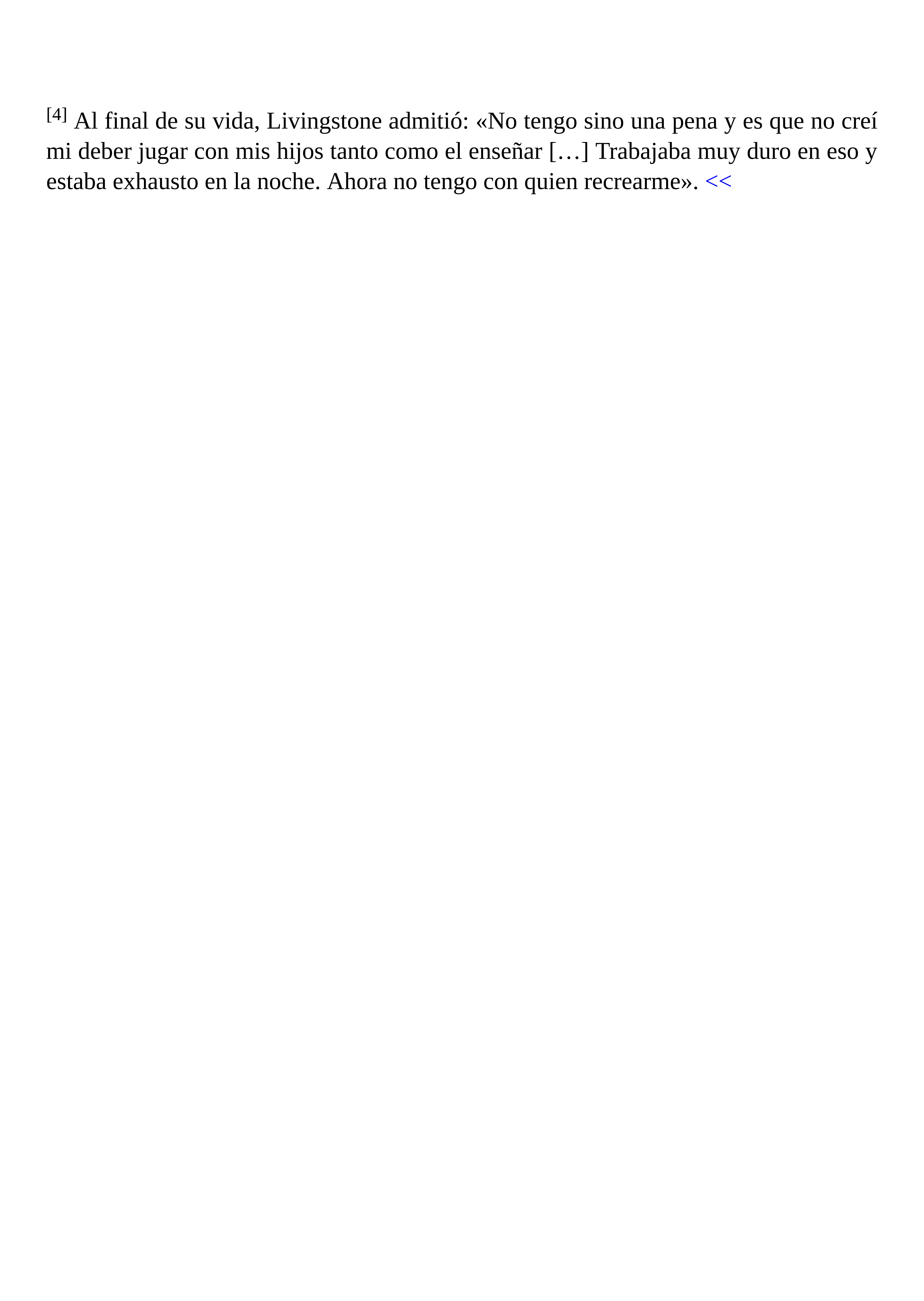
[12] La distancia recorrida en el primer viaje de presidiarios desde Portsmouth hasta Río de Janeiro, de aquí a ciudad del Cabo y luego a la Botany Bay fue de 25.440 kilómetros. <<

[13] En efecto, y pese al aliciente gubernamental para emigrar a Australia, Estados Unidos se mantuvo como el destino preferido de los emigrantes del Reino Unido. De las seiscientas mil personas que dejaron Inglaterra, Gales y Escocia entre 1815 y 1850, el 80 por ciento fue a Estados Unidos. De los trece millones que dejaron el Reino Unido entre 1850 y 1910, la proporción era casi la misma; particularmente los irlandeses preferían la «tierra de los libres» al imperio. A medida que el siglo XX llegaba a su fin, hubo más británicos que optaron por emigrar al imperio antes que a Estados Unidos. Más de seis millones de británicos emigraron al imperio entre 1900 y 1963, aproximadamente ocho de cada diez emigrantes británicos. <<

[1] No solo altruista sino notablemente exitosa. Cuando visité Freetown en febrero de 2002, tres meses después de que se hubieran convocado elecciones libres en el país, un hombre exclamó al enterarse de mi nacionalidad: «¡Gracias a Dios por Gran Bretaña!». <<

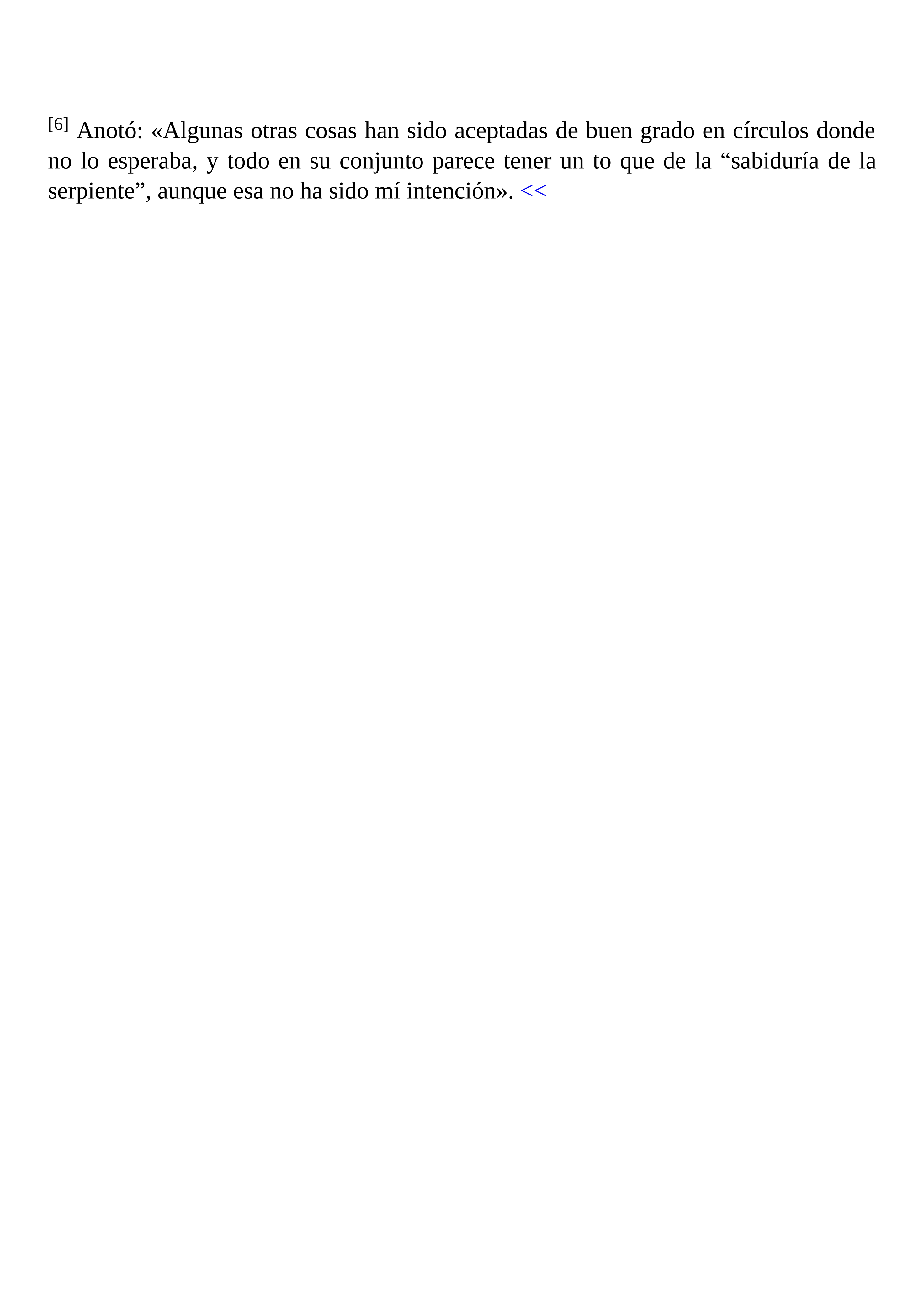
[2] Según el rey Gezo, que disponía de nueve mil esclavos al año: «El tráfico de esclavos ha sido el principio rector de mi pueblo. Es la fuente de su gloria y su riqueza. Sus canciones celebran sus victorias y la madre arrulla al niño con cantos de triunfo sobre el enemigo reducido a la esclavitud. ¿Puedo, al firmar […] un tratado, cambiar los sentimientos de todo un pueblo?». <<

[3] En sus propias palabras: «Un fuerte purgante combinado con quinina y el baño caliente o *ped chivium* [sic]. He observado siempre que tan pronto como se produce el más ligero movimiento en los intestinos el sudor brota de la piel y los dolores de cabeza desaparecen —3 gramos de calomel, 3 de quinina, 10 granos de ruibarbo, 4 granos de resina de jalapa, mezclada con un poco de licor es una buena combinación». Esta fue la base de la posterior «píldora Livingstone» o «estimulante Zambeze». <<

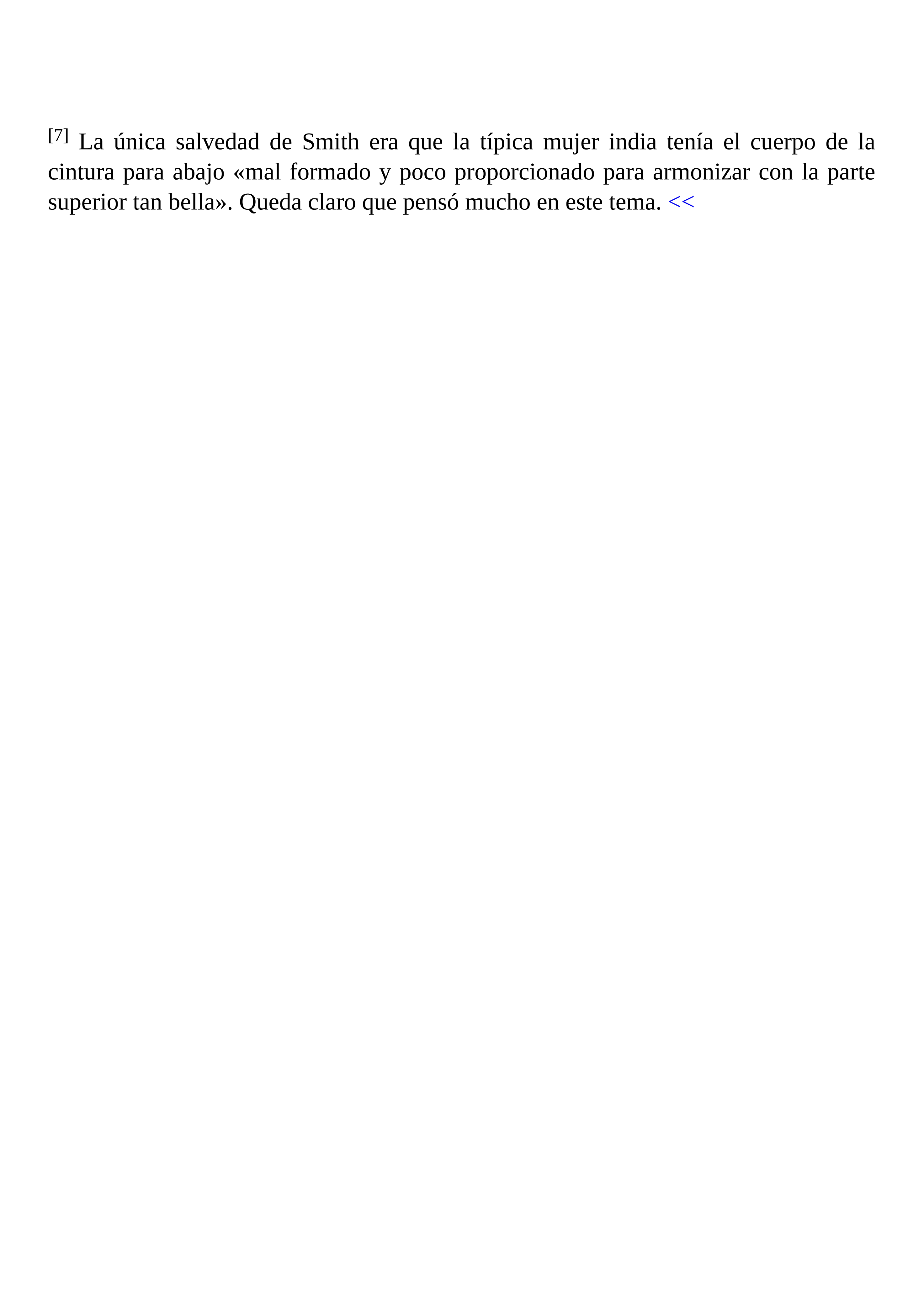


[4] Al final de su vida, Livingstone admitió: «No tengo sino una pena y es que no creí mi deber jugar con mis hijos tanto como el enseñar […] Trabajaba muy duro en eso y estaba exhausto en la noche. Ahora no tengo con quien recrearme». <<

[5] Todavía hoy se pueden ver las celdas de esclavos en Stonetown: oscuras, húmedas y sofocantes, transmiten como nunca he visto la desgracia causada por la esclavitud. <<



[6] Anotó: «Algunas otras cosas han sido aceptadas de buen grado en círculos donde no lo esperaba, y todo en su conjunto parece tener un to que de la “sabiduría de la serpiente”, aunque esa no ha sido mí intención». <<



[7] La única salvedad de Smith era que la típica mujer india tenía el cuerpo de la cintura para abajo «mal formado y poco proporcionado para armonizar con la parte superior tan bella». Queda claro que pensó mucho en este tema. <<

[8] La práctica hindú de anumarana (morir después) o sahamamna (morir a la vez) era llamada incorrectamente sati por los británicos; en realidad, la palabra sati se refiere a la viuda que se prende fuego a sí misma, y su traducción podría ser «santa». <<

[9] Actualmente se llama Awadh, pero el nombre para los Victorianos era Oudh. <<

[10] Se casó con una mujer que rescató de la pira de su primer esposo. <<

[11] El capitán Robert Smith, el admirador de la belleza femenina india que hemos citado antes, estaba convencido de que la abolición del infanticidio de niñas y del sati había fortalecido y no debilitado la dominación inglesa, ya que «una clase muy numerosa de los hindúes no es tan sensitiva en cuestiones de religión como antes». Deseaba que se prohibiera, además, la deposición de cuerpos en el río Ganges. Todo esto demostraría «una determinación por parte del gobierno a aliviar [a la población hindú] del poderío de sacerdotes arrogantes e interesados; a la vez les permitiría la práctica sin molestia de su religión cuando no estuviera acompañada de ritos que estremecen a la humanidad» <<



[12] Los amotinados buscaron el liderazgo de los hijos de Tipu Sultán, el Tigre de Mysore. <<

[13] El testimonio de Henry Lawrence en este punto es esclarecedor: «El cipayo piensa que no podemos prescindir de él; y sin embargo, la mayor recompensa que puede obtener […] es unas cien libras al año sin la posibilidad de una carrera mejor para su hijo. De seguro que este no es incentivo suficiente para un soldado extranjero por su especial fidelidad y prolongado servicio». ¿Acaso era razonable esperar que a «los enérgicos y a los ambiciosos entre las inmensas multitudes militares les gustara […] que nos arrogáramos […] toda la autoridad y los emolumentos»? <<



[14] Siguiendo los dictados de la doctrina evangélica, fue derrocado por ser excesivamente libertino. <<



[15] Como era habitual, fue necesaria la fuerza naval para asegurar la firma del tratado, que amenazó con bloquear la isla. <<



[16] Aunque el jefe del cercano Makuni me aseguró que el nombre provenía de la idea de que el jefe de Makuni era una «piedra viviente». <<

[17] Véase el capítulo 4. <<

[1] Es un hecho destacable que durante la primera mitad del siglo XIX, la cantidad que la Compañía de las Indias Orientales ganaba con su monopolio sobre la exportación de opio fuera aproximadamente el equivalente a la suma que tenía que enviar a Londres para pagar el interés de su enorme deuda (véase el gráfico). El tráfico del opio era también crucial para la balanza de pagos india. <<

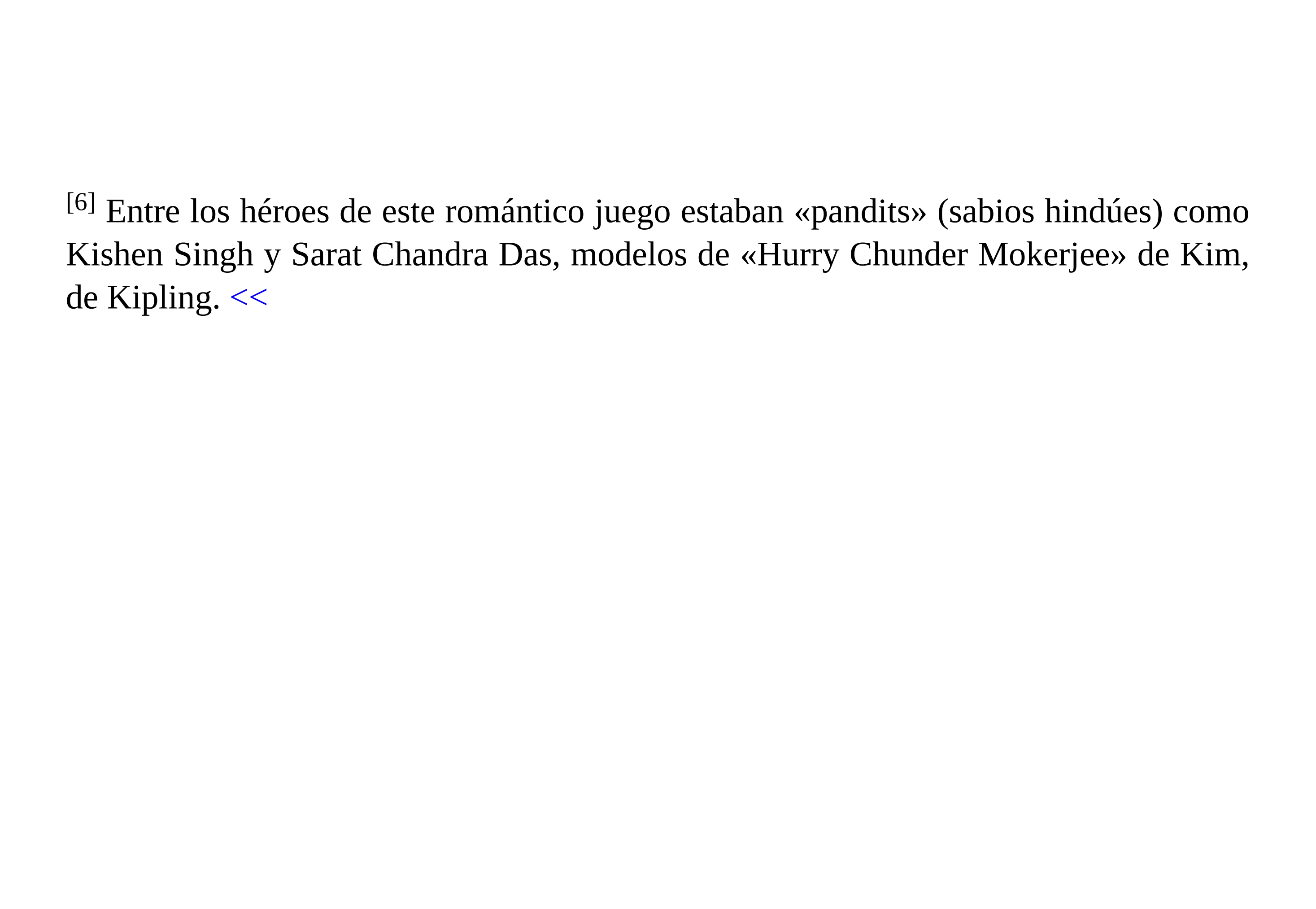
[2] No solo se redujo mucho el tiempo para cruzar el océano de la metrópoli al imperio, sino también el coste. El coste de embarcar una fanega de trigo de Nueva York a Liverpool se redujo a la mitad entre 1830 y 1890; y se redujo otra vez a la mitad entre 1880 y 1914. En 1830 los costes de transporte de hierro en barras no era mucho menor que el coste de producción; hacia 1910 eran menos de un quinto. <<

[3] Un rebelde, camino de la ejecución, dijo: «[el telégrafo es] la maldita cuerda que me estrangula». <<



[4] Aunque la red interna británica fue nacionalizada, la mayor parte de la red ultramarina fue construida y gestionada por la empresa privada. <<

[5] Los mensajes de los ministerios de Asuntos Exteriores y de las Colonias tenían que atravesar Londres desde las oficinas de la Compañía de Telégrafo Oriental a la City; después tenían que pasar el mismo proceso de registro que los despachos escritos convencionales. <<



[6] Entre los héroes de este romántico juego estaban «pandits» (sabios hindúes) como Kishen Singh y Sarat Chandra Das, modelos de «Hurry Chunder Mokerjee» de Kim, de Kipling. <<

[7] A los pies del imponente pabellón virreinal y de la residencia del comandante en jefe (el Peterhof), las faldas de las montañas comenzaron a llenarse de casas veraniegas que imitaban el estilo Tudor. Luytens decía de Simia: «Si a uno le dijeran que los monos la habían construido, todo lo que uno podría decir [sería]: “Qué monos tan maravillosos, deben matarlos si lo vuelven a hacer”». <<

[8] Jack Barren fue a Quetta
porque le dijeron que fuera.
Dejó a su esposa en Simia
tres cuartos de su paga mensual:

Jack Barrettfue a
Quetta, y allí pasó a
mejor vida
intentando cumplir
con el trabajo de dos hombres
en ese lugar tan saludable;
y la señora Barrett vistió luto por él. <<

[9] El servicio civil pactado era llamado así porque sus miembros entraban en un convenio con el secretario de Estado de la India. Durante la mayor parte del siglo XIX tuvo cerca de novecientos miembros. Solo en el siglo XX su número se elevó significativamente por encima de los mil. En 1939 había 1.384. Tampoco el reducido personal era algo exclusivo de la India. Toda élite administrativa del servicio colonial africano —dispersa entre doce colonias con una población de cuarenta y tres millones — llegaba a poco más de mil doscientos. El servicio civil malayo tenía doscientos veinte empleados para 3,2 millones de personas, que según los parámetros indios significaría un exceso de personal. <<

[10] Sobre todo bajo la dirección de Benjamin Jowett, que tenía una mentalidad imperial, Balliol se convirtió en el colegio favorito de los futuros procónsules. Entre 1874 y 1914 no menos del 27 por ciento de sus miembros serían empleados por el imperio. <<

[11] Está de moda asegurar que las autoridades británicas no hicieron nada para aliviar las hambrunas provocadas por la sequía en ese período, pero no fue así. En 1874, H. M. Kirsch, magistrado del SCI de segunda categoría, fue enviado a organizar tareas de socorro en un área de Behar aso lada por el hambre que abarcaba unos 317 kilómetros cuadrados y tenía una población de cien mil habitantes. «Desde que vine aquí —escribió con orgullo a su familia—, he construido quince silos públicos, y he iniciado unas veintidós obras de ayuda, he empleado a cerca de quince mil hombres y mujeres al día, y he alimentado gratuitamente a unos tres mil más. Tengo toda la autoridad para hacer lo que deseo y lo hago». El desastre de 1877 se debió a no haber adoptado los mismos métodos. <<

[12] Había solo treinta y un mil británicos en la India en 1805 (de los cuales veintidós mil estaban en los ejércitos, dos mil en el gobierno civil y siete mil en el sector privado). En 1881, en la India había 89.778 británicos en total. Hacia 1931,168.000 en total: sesenta mil en el ejército y en la policía; cuatro mil en el gobierno civil y sesenta mil empleados en el sector privado. <<

[13] El tercero de los hijos de un cura de Whipsnade, Eyre había sido el primer hombre blanco que cruzó el desierto australiano de Ade laida hasta Moorundie. Irónicamente, vistos los acontecimientos posteriores en Morant Bay, la recompensa por su hazaña de exploración y resistencia fue ser nombrado juez y protector de los aborígenes de la zona. Hoy llevan su nombre un lago, una península y la autopista entre Adelaida y Perth. <<

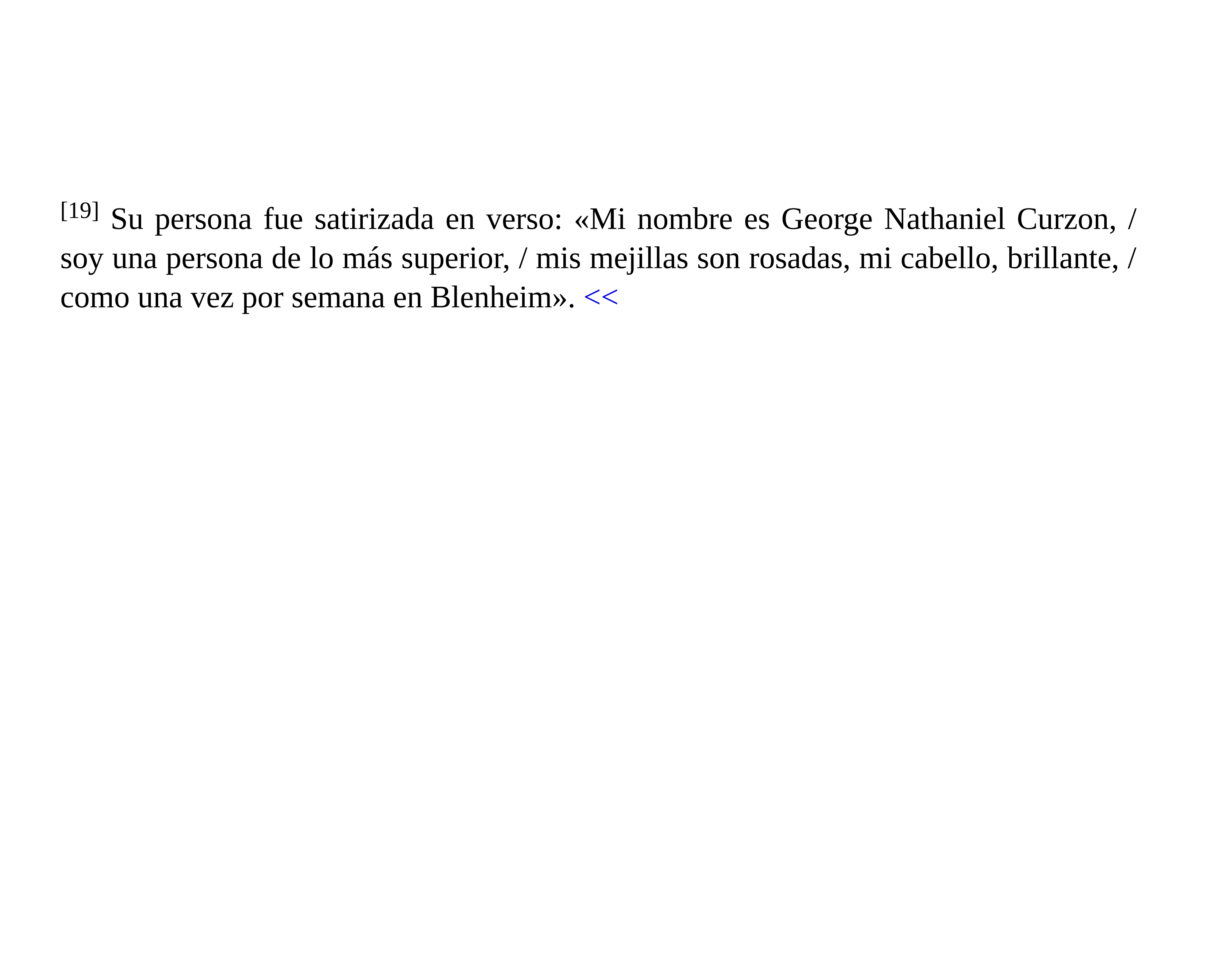
[14] Nadie consideró por un instante que esto podría conseguirse mejor permitiéndoles estar representados de modo adecuado en la asamblea y la magistratura. <<

[15] El término angloindio se usa a veces de modo confuso para referirse a las personas de antecesores británicos e indios. He preferido seguir la práctica victoriana de emplear «angloindio» para referirse a los residen tes británicos en la India, y «euroasiático» para referirme al tema de las uniones étnicamente mixtas. <<

[16] No fue este el caso de ciudades como Bombay, Calcuta y Madras. <<

[17] Una posible fuente de la ansiedad sexual era la percepción de que la línea supuestamente clara entre blanco y negro era en realidad bastante difusa. Tras dos siglos de contacto con los europeos, había una población numerosa de raza mestiza, generalmente llamada «euroasiática», que eran empleados con frecuencia en puestos inferiores del sector público (particularmente en los ferrocarriles y telégrafos). El rechazo al «mestizaje» fue un rasgo importante del período Victoriano final: Kipling dedica al menos dos cuentos al «hecho» de que el color de las uñas de una mujer era la mejor guía de su pureza racial (una sombra de la uña significaba el ostracismo). Un soldado nacido en la India que se hizo famoso tras la Primera Guerra Mundial oyó a su madre exclamar cuando su padre encendió un puro a una muchacha birmana: «¡Ese es el tipo de promiscuidad que pobló Simia de treinta mil euroasiáticos!». El hecho de que la mayoría de estas relaciones ocurrieran entre hombres blancos y mujeres indias no disuadió a la gente de imaginar unas relaciones sexuales en que el género fuera el opuesto. <<

[18] El Congreso fue fundado por Alian Octavian Hume, un liberal del Servicio Civil Indio que había rechazado la campaña contra Ilbert. <<



[19] Su persona fue satirizada en verso: «Mi nombre es George Nathaniel Curzon, / soy una persona de lo más superior, / mis mejillas son rosadas, mi cabello, brillante, / como una vez por semana en Blenheim». <<

[20] Y no era solo el hecho, como señaló Machonochie, de que muchos de los príncipes indios estuvieran resentidos de puertas para adentro con el aire aleccionador con que Curzon se inclinaba a tratarlos. Curzon incluso logró molestarlos en el momento de su apogeo al no devolverles la visita. <<

[21] La élite literaria británica se sintió gravemente agraviada en su amor propio cuando Tagore recibió el premio Nobel de Literatura en 1913. George Bernard Shaw se burló de «Stupendranath Begorr», una pulla barata, que ilustra hasta qué punto se había extendido la aversión hacia los bengalíes cultos. <<



[22] De veintiún años a treinta y dos, entre 1820 y 1932, aunque en ese mismo período la esperanza de vida británica aumentó de cuarenta a sesenta y nueve años. <<



[23] Sin embargo, esto cambió durante los años de la guerra. Hacia 1945, las fábricas indias proporcionaban tres cuartos del consumo interno. <<

[24] Sin embargo, para nada puede compararse la confianza británica en el mercado libre durante la hambruna de 1877 con la política nazi de genocidio contra los judíos. El virrey, lord Lytton, estaba muy equivocado al imaginarse que con las fuerzas del mercado bastarían para alimentar a los hambrientos tras la catastrófica sequía de 1876. Su «intención» no era asesinar, y la de Hitler sí. <<



[25] «Haber encontrado un gran pueblo en las simas de la esclavitud y la superstición, haberlos gobernado para hacerles desear y ser capaces de todos los privilegios de los ciudadanos, sería en realidad un título de gloria de por sí». <<



[26] El hecho de que alguien le haya roto la nariz tiene un matiz extrañamente sacrílego. <<

[1] Nathaniel Rothschild obtuvo el título en 1885, siendo el primer judío en entrar a la Cámara de los Lores. <<

[2] Lugard era el hijo de dos misioneros que se habían unido al ejército indio después de desaprobar el examen del Servicio Civil Indio. Había ido a África después de encontrar a su esposa con otro hombre, lo que le hizo perder la fe en Dios (para no mencionar a su esposa). <<

[3] Ya en enero de 1876, el precio de la acción había subido de 22,10 a 34,12, 6 d, un incremento del 50 por ciento. El valor en el mercado de la participación del gobierno era de 24 millones de libras en 1898; 40 millones de libras en vísperas de la Primera Guerra Mundial, y 93 millones hacia 1935 (cerca de 528 libras por acción). Entre 1875 y 1895, el gobierno recibió sus doscientas mil libras al año de El Cairo; a partir de ahí se pagaron los dividendos propiamente dichos, que pasaron de 690.000 libras en 1895 a 880.000 en 1901. <<

[4] Bismarck dijo al explorador Eugen Wolff lo siguiente: «Su mapa de África es muy bello, pero mi mapa de África está en Europa. Aquí está Rusia y aquí (señalando a la izquierda) está Francia, y nosotros estamos en medio; ese es mi mapa de África». <<

[5] Los países representados fueron: Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos, Portugal, Rusia, Suecia, Turquía y Estados Unidos. Significativamente, ni una sola representación africana estuvo presente, pese al hecho de que en ese momento ni una quinta parte del continente estaba bajo el dominio europeo. <<

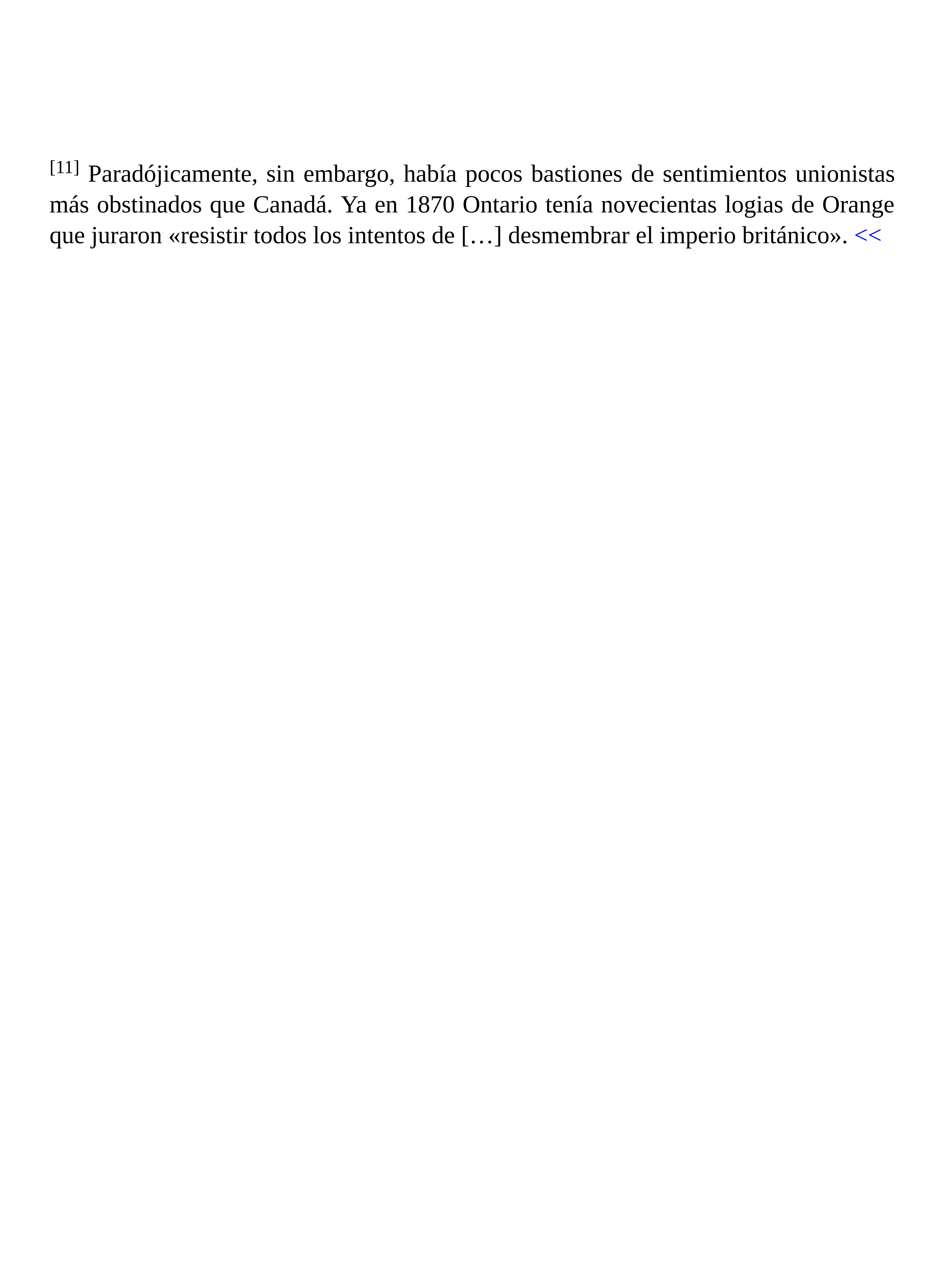
[6] Las Nuevas Hébridas eran gobernadas en colaboración con Francia. <<

[7] En 1867, Canadá, Nueva Escocia y New Brunswick se unieron para formar el «Dominio denominado Canadá», al cual se sumaron gradualmente otras provincias canadienses. A partir de 1907, la categoría de dominio fue ampliada a todas las colonias «blancas» con gobierno propio. <<

[8] El nacionalismo radical con frecuencia atraía a sus más entusiastas partidarios de la periferia de los imperios europeos; en esto el movimiento por la ampliación de Gran Bretaña tenía algo en común con la Liga Pangermánica. El propio Milner se crió en Alemania, mientras que su acólito más leal, Leo Amery, había nacido en la India, de padres judíos húngaros (cosa que nunca decía). Otro marginado relativamente, el nove lista escocés John Buchan, formó parte de su círculo. La idea de una Gran Bretaña ampliada en ninguna parte se expresa con mayor atractivo como en sus novelas. <<

[9] La India desconcertaba a Chamberlain. Escribió en 1897 que le parecía que «estaba entre la espada y la pared: por una parte, existía el gravísimo peligro de un ataque desde el exterior y de la agitación interna (a menos de que se tomen las debidas precauciones); por otra, la perspectiva de serios aprietos financieros». Era improbable que un hombre al que le agradaban las ciudades extranjeras lo más parecidas a Birmingham, quedara cautivado por Calcuta. <<

[10] El mismo Gladstone planteó la analogía explícitamente: «Canadá no obtuvo el autogobierno porque fuera leal y amistosa, sino que se ha vuelto leal y amistosa porque obtuvo el autogobierno». Esto es bastante exacto, pero los unionistas liberales no atendían a razones. <<



[11] Paradójicamente, sin embargo, había pocos bastiones de sentimientos unionistas más obstinados que Canadá. Ya en 1870 Ontario tenía novecientas logias de Orange que juraron «resistir todos los intentos de […] desmembrar el imperio británico». <<

[12] Lema: «Muchos países, un imperio». La liga tenía siete mil miembros en 1900. <<

[13] Curzon consideraba la caza del tigre como la mayor ventaja de ser virrey y disfrutaba particularmente cuando era fotografiado pisoteando sus presas. Como le contó sin resuello a su padre: «Puede uno oír el latido de su corazón cuando llega, sin ser visto, mientras la hojarasca cruje a su paso, y de repente aparece, a veces caminando, otras veces galopando, y a veces con un furioso rugido». <<

[14] El juego moderno llamado «fútbol americano» se derivó en realidad del mismo juego británico que dio origen al fútbol y al rugby. Duran te un tiempo pareció probable que los institutos estadounidenses adopta rían las reglas de la English Football Association, pero en la década de 1870 éstos adoptaron un juego híbrido, y hacia la década de 1880 habían adoptado reglas muy distintas de las del fútbol y el rugby e incompatibles con ellas (pases delanteros, tacles). <<

[15] Estribillo del poema «Vitai Lampada» de Henry Newbolt, una descripción clásica del criquet colegial como forma de instrucción militar. Newbolt se educó en Clifton. <<



[16] Un escocés de las llanuras era ligeramente superior a un inglés. El lugar más alto era ocupado por los antiguos atenienses. <<

[17] Se le ofreció el cargo de secretario privado de lord Ripon, que aceptó para renunciar al cabo de tres días, al ser nombrado virrey de la India. El escollo fue una carta que se le pidió que escribiera en respuesta a una comunicación dirigida al virrey diciendo que éste la había leído con interés. Repuso: «Sabéis perfectamente que lord Ripon no la ha leído en absoluto, y no puedo decir eso». También sentía un rechazo obsesivo por las veladas nocturnas, lo cual era un grave problema para el cargo de secretario privado de virrey que ejercía. <<

[18] A finales de la guerra, Canadá, Australia y Nueva Zelanda proporcionaron treinta mil soldados. <<

[19] Treinta mil es una estimación a la baja. Según las cifras de los bóers, 54.667 hombres empuñaron las armas, pero hacia 1903 los británicos afirmaban que eran 72.975 en total. <<



[20] Hay que señalar que dos tercios de la mortalidad británica se debió a la tifoidea, la disentería y otras enfermedades, y no a la acción del enemigo. <<

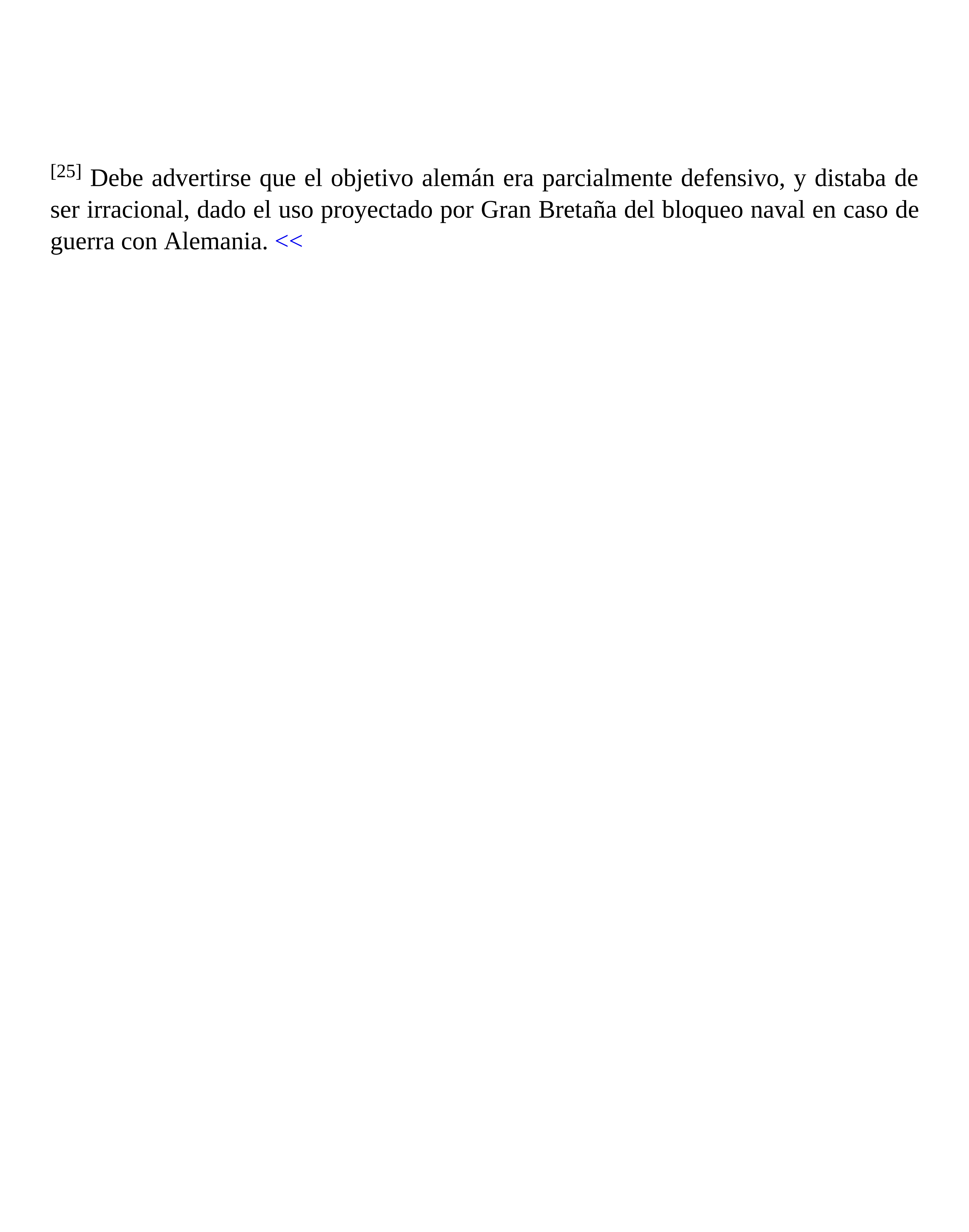
[21] Sir Neville Henderson, el embajador británico en Berlín, en la década de 1920, recordaba que cuando protestó ante Goering por la brutalidad de los campos de concentración nazis, éste tomó de sus estantes un volumen de una enciclopedia alemana y «la abrió en Konzentrationslager… donde leyó en voz alta: “Empleados primero por los británicos en la guerra de Sudáfrica”». <<



[22] Los efectos de la legislación fueron expuestos desabridamente por Solomon Plaatje en *Native Life in South Africa* (1916). <<

[23] Las mejoras llegaron mucho más lentamente a los campos de negros. Significativamente, su tasa más elevada de mortalidad (el 38 por ciento) se produjo en diciembre de 1902. <<

[24] Se indican los precios de bonos del siglo XIX como porcentajes de su valor nominal. Estos préstamos eran bonos respaldados por el «tribu to» pagado anualmente por Egipto a Turquía. <<



[25] Debe advertirse que el objetivo alemán era parcialmente defensivo, y distaba de ser irracional, dado el uso proyectado por Gran Bretaña del bloqueo naval en caso de guerra con Alemania. <<



[26] En cierto momento habló ampulosamente de una «Nueva Triple Alianza entre la raza teutónica y las dos grandes ramas de la raza anglosajona». <<



[27] El tamaño de la flota de guerra alemana era exactamente dos tercios de la británica en esta fecha. <<



[1] El paseo de Ostende y el campo de golf cerca de Klemkerke fue ron dos obras del régimen de Leopoldo en el Congo. <<

[2] Los alemanes actuaron obedeciendo más a una percepción de debilidad antes que de poderío. El jefe del estado mayor general, Helmut von Moltke, dijo al secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Gottlieb von Jagow, en mayo de 1914: «Debemos hacer una guerra preventiva para aplastar a nuestros enemigos mientras tengamos todavía una razonable oportunidad en esta lucha». Nótese la compungida frase: «razonable oportunidad». Pero Moltke estaba convencido de que «nunca más encontraremos una situación tan favorable como ésta, en que ni Francia ni Rusia han terminado de ampliar su organización militar». <<

[3] Al comienzo de la guerra Buchan era corresponsal de guerra antes de incorporarse al ejército. Sirvió en el cuartel del estado mayor del ejército británico en Francia como teniente coronel temporal y cuando Lloyd George se convirtió en primer ministro fue nombrado director de Información (1917-1918). Fue durante un corto tiempo director del Servició de Inteligencia, pero tuvo acceso informal a la información del mismo durante toda la guerra. <<

[4] Aunque había ya una línea ferroviaria entre Berlín y Constantinopla (que pasaba por Viena), el objetivo del sultán era extender la línea a través de Anatolia, pasando por Ankara hasta llegar a Bagdad. Los banque ros alemanes solo querían construir la línea hasta Ankara, pero en 1899 el kaiser los obligó a continuar hasta Bagdad. Entonces trataron de hacer la línea rentable extendiéndola hasta Basora. Los británicos habían sentido una gran desconfianza hacia este proyecto, pero no puede considerarse una de las causas de la guerra. Precisamente, se había llegado a un acuerdo en vísperas de la guerra dando a los alemanes el derecho a extender la línea a Basora, a cambio de que permitieran a los británicos dirigir la explotación de los yacimientos petrolíferos de Mesopotamia. <<



[5] Una de las más exitosas acciones en el Somme fue el ataque en Morlancourt de la brigada de Secunderbad. <<



[6] La novela medio autobiográfica del australiano Frederic Manning, Middle Parts of Fortune, supo captar el espíritu de descontento entre los soldados rasos ingleses en el Somme. <<

[7] En efecto, volvió al gobierno como ministro de Suministros dos años después exactamente. <<

[8] El subsiguiente descuido y la alta mortalidad de la fuerza de Townshend fue un escándalo que llevó a la renuncia de Austen Chamberlain como secretario de Estado para la India, aunque la falta se debiera a la equívoca parsimonia de sus subordinados. <<



[9] Se supone que dijo, al serle entregadas las llaves de la ciudad: «No quiero las llaves de tu ciudad, sino algunos huevos para los oficiales». <<

[10] Según el acuerdo Sykes-Picot hecho durante la guerra, que Lawrence airadamente ignoró. Le dijo a Feisal que «tenía la intención de seguir con ellos a las malas como a las buenas, y si fuera necesario luchar contra los franceses para recobrar Damasco». <<



[11] La suma de capital del Reino Unido en el extranjero en 1930 llegaba a los 18.000 millones de dólares; Estados Unidos llegaba a 15.000 millones de dólares. <<

[12] En 1926, el informe Balfour sobre las relaciones imperiales había propuesto redefinir los dominios como «comunidades autónomas dentro del imperio británico, con estatus de igualdad y de ningún modo subor dinada a otra en ningún aspecto de sus asuntos externos o internos… [y] unidas por una fidelidad común a la corona», y esta enunciación fue adoptada en el Estatuto de Westminster de 1931, pero ahora Westminster solo podía legislar para los dominios a pedido de éstos y los dominios eran libres de retirarse si lo deseaban de lo que ahora se había rebautizado con el nombre de British Commonwealth of Nations. Lo interesante es que no hubo mucho entusiasmo por esta descentralización en Australia ni en Nueva Zelanda, que no adoptaron este estatuto hasta la década de 1940. <<



[13] Chamberlain nunca compartió la pasión de su padre por el imperio, quizá porque cuando era joven fue obligado por su padre a dirigir una hacienda de sisal de veinte mil acres en las Bahamas. La empresa fue un fracaso total. <<

[14] Gandhi sirvió como camillero en Spion Kop. <<



[15] Se alude al episodio en Pasaje a la India de Forster: «¡Vaya! Debe rían arrastrarse a las cuevas donde sea que una mujer inglesa esté a la vista […] deberían ser derribados en el polvo…». <<

[16] El 9 de agosto, poco antes de que los alemanes lanzaran su ofensiva contra las defensas aéreas de Gran Bretaña, la RAF tenía 1.032 aviones de combate. Los aviones de combate alemanes listos para atacar eran 1.011. Además, la RAF tenía 1.400 pilotos, varios cientos más que la Luftwaffe. Y lo esencial era que Gran Bretaña producía más que Alemania: durante los meses cruciales de junio a agosto de 1940, 1.900 nuevos aviones de combate fueron producidos por fábricas británicas, frente a los 775 de Alemania. La ventaja técnica del radar y un espléndido sistema de mandos y control también mejoraron notablemente la efectividad británica. En general, las bajas alemanas (incluidos los aviones de combate) casi duplicaron las británicas (1.733 frente a 915). <<



[17] El término British Commonwealth of Nations se utilizó primero en el tratado angloirlandés de 1922 para denominar la autonomía casi total de los dominios. <<



[18] En un discurso en Tokio en 1944 Bose hizo un llamamiento explícitamente a favor de un Estado indio «de carácter autoritario». Para entonces se hacía llamar el Netaji (amado líder) y vestía el uniforme fascista. <<

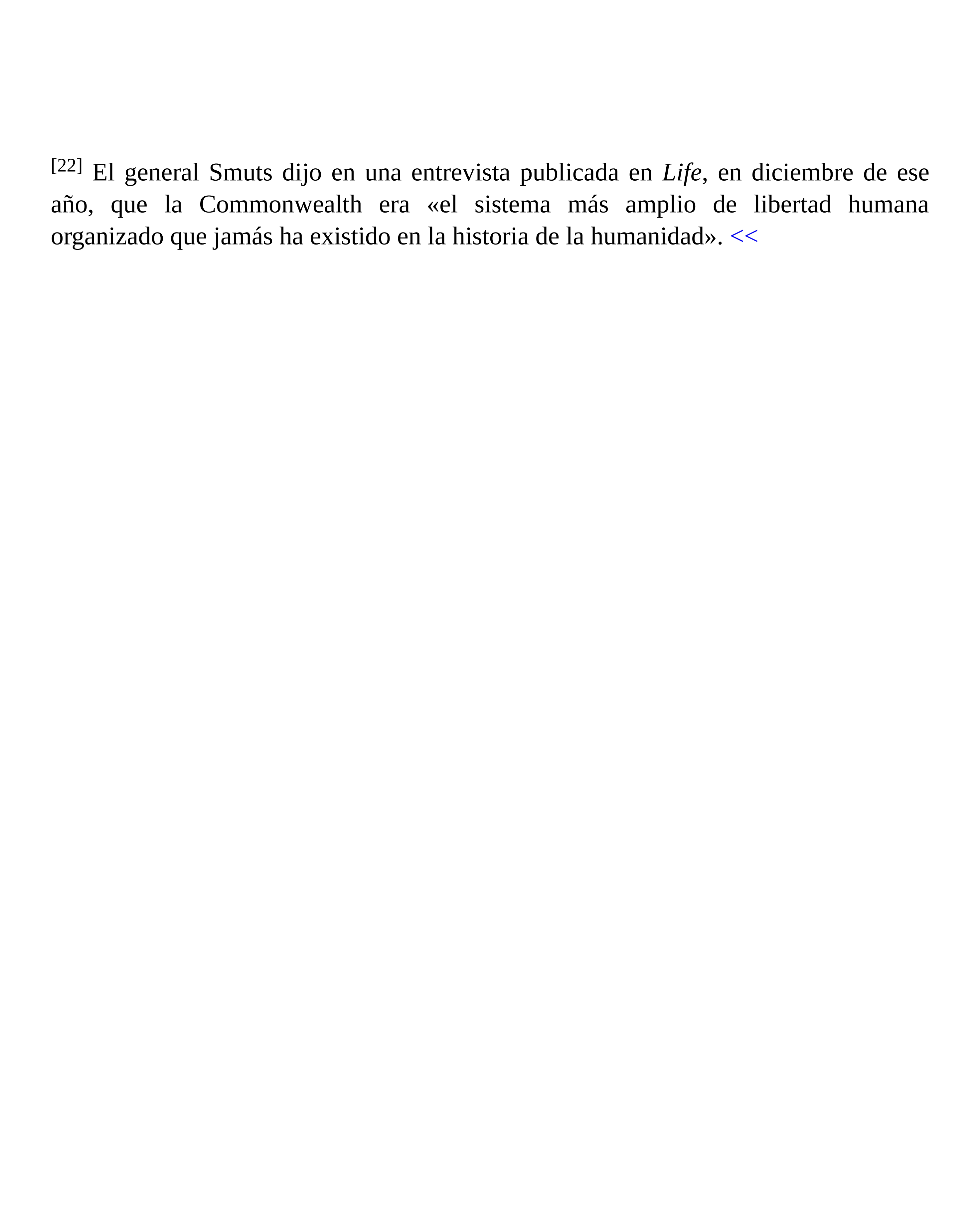


[19] Era hijo de lord Parmoor y esposo de la heredera de la fortuna de Eno’s Fruit Salts. <<

[20] William Ferguson Massey, primer ministro de Nueva Zelanda de 1912 a 1925. <<



[21] Su madre, Jennie Jerome, había nacido en Brooklyn, y era hija de Leonard Jerome, propietario del *New York Times*. <<



[22] El general Smuts dijo en una entrevista publicada en *Life*, en diciembre de ese año, que la Commonwealth era «el sistema más amplio de libertad humana organizado que jamás ha existido en la historia de la humanidad». <<

[23] Significativamente, tampoco parecía que Roosevelt buscara que el fideicomiso fuera la base futura del vasto imperio euroasiático de Rusia. Esto era lo que los funcionarios británicos denominaron «la falacia del agua salada»: de algún modo las colonias eran tratadas de un modo diferente si estaban separadas por el mar de aquellos que las dominaban. <<

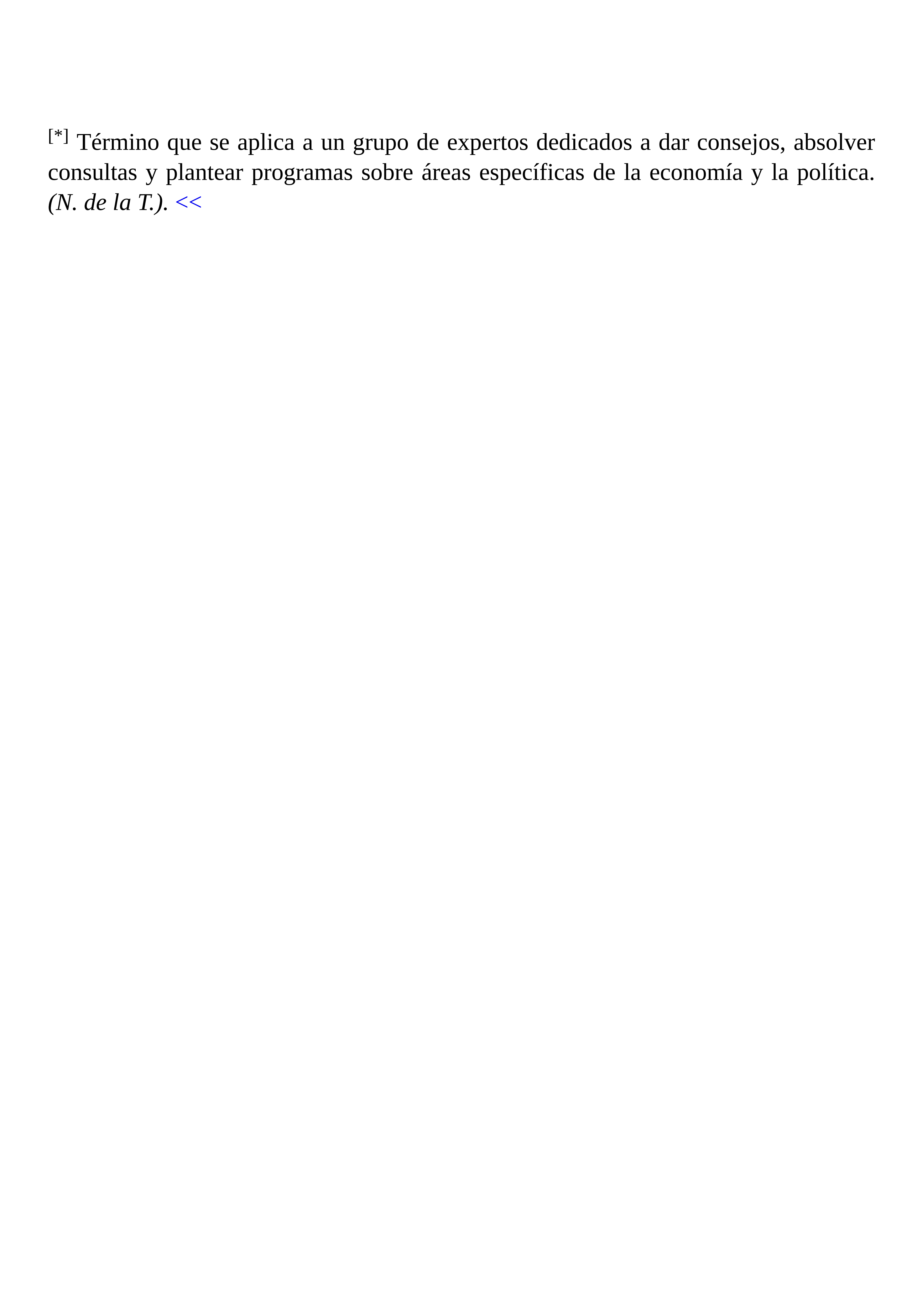
[24] Como le dijo a un amigo en 1941: «Siempre considero una visita [a Estados Unidos] como si fuera una enfermedad seria que debe ser se guida por una convalecencia». <<

[25] Para ser exacto, lord Louis Francis Albert Victor Nicholas Mountbatten, «KG, PC, GCB, OM, GCSI, GCIE, GCVO, DSO, FRS, Hon. LLD, Hon. D. Se, AMIEE, AMRINI», como recordaba con frecuencia a los de más. Mountbatten gustaba de construir árboles genealógicos determinando el origen real de su familia, utilizando un sistema para la cría de ganado con pedigrí. <<

[26] La Liga Musulmana había sido fundada en 1906 pero, bajo la dirección de Mohammad Ali Jinah, se afilió a la idea de un Estado musulmán separado en 1940. <<

[27] Tanto el nacionalismo árabe como el Estado judío fueron creaciones en cierta medida de la política británica durante la Primera Guerra Mundial; pero los términos de la declaración de Balfour de 1947 contenían una contradicción sin remedio: «El gobierno de Su Majestad considera favorablemente el establecimiento de Palestina como sede nacional del pueblo judío, y utilizará lo mejor de sus esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, comprendiendo claramente que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina…». <<

[28] La última cuota se debe pagar en 2006. <<



[*] Término que se aplica a un grupo de expertos dedicados a dar consejos, absolver consultas y plantear programas sobre áreas específicas de la economía y la política. *(N. de la T.).* <<



[*] Literalmente, «travesura blanca»: escándalo ocurrido en Happy Valley en Kenia en 1941. *(N. de la T.).* <<



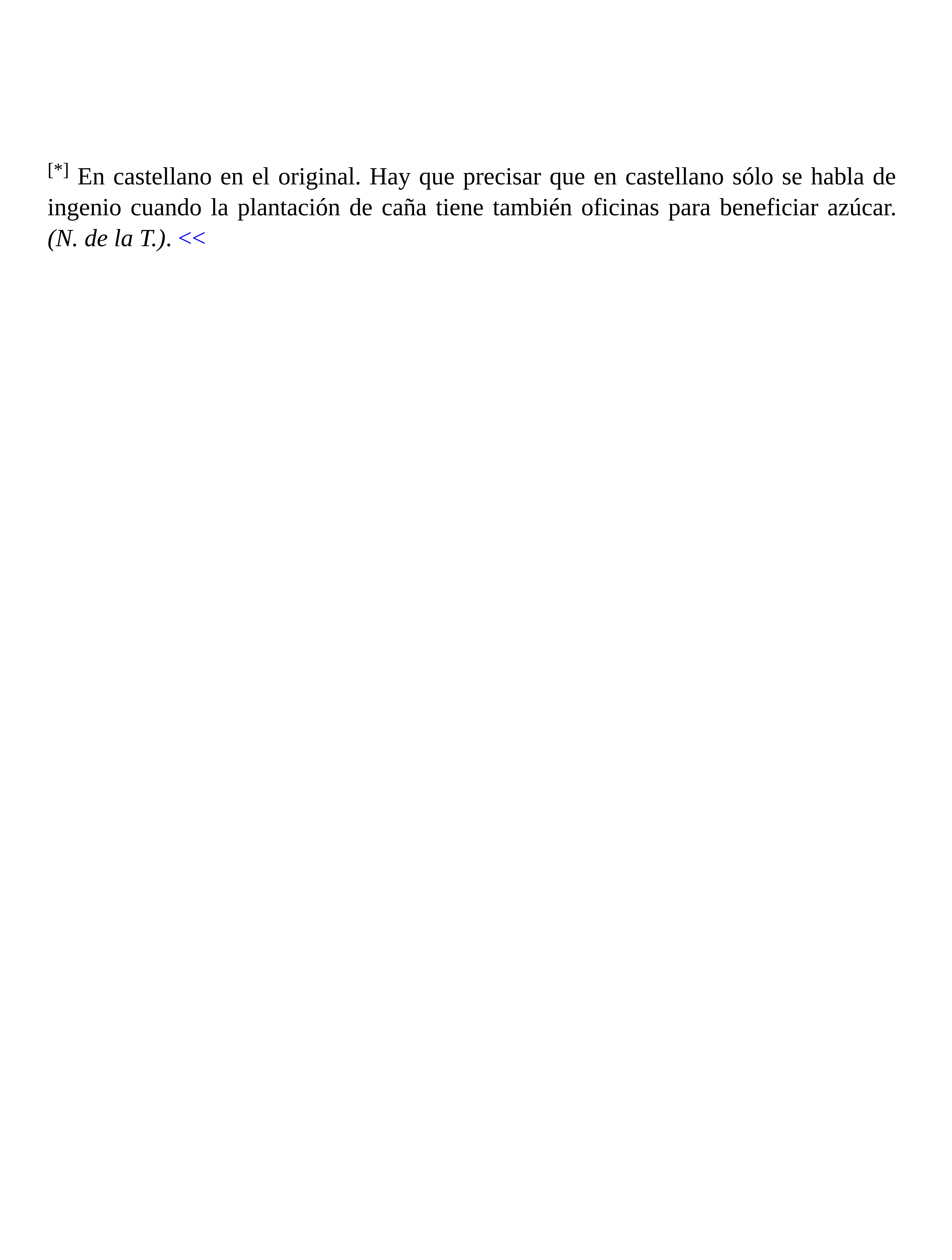
[*] Esta última estrenada en castellano con el título de *El circo ambulante,* de Monty Python. *(N. de la T.).* <<



[*] *Popery* (papismo) era un término peyorativo usado por los protestantes para designar a la Iglesia católica en Inglaterra desde el siglo XVI. *(N. de la T.).* <<

[*] La libra equivale a 453,59 gramos. *(N. de la T.)*. <<

[*] Significa empresario y también sepulturero. Ha quedado en el inglés como término específico para designar a los ingleses que tomaron las tierras confiscadas en Irlanda en los siglos XVI y XVII. Véase el Merriam Webster's Collegiate Dictionary. *(N. de la T.)*. <<

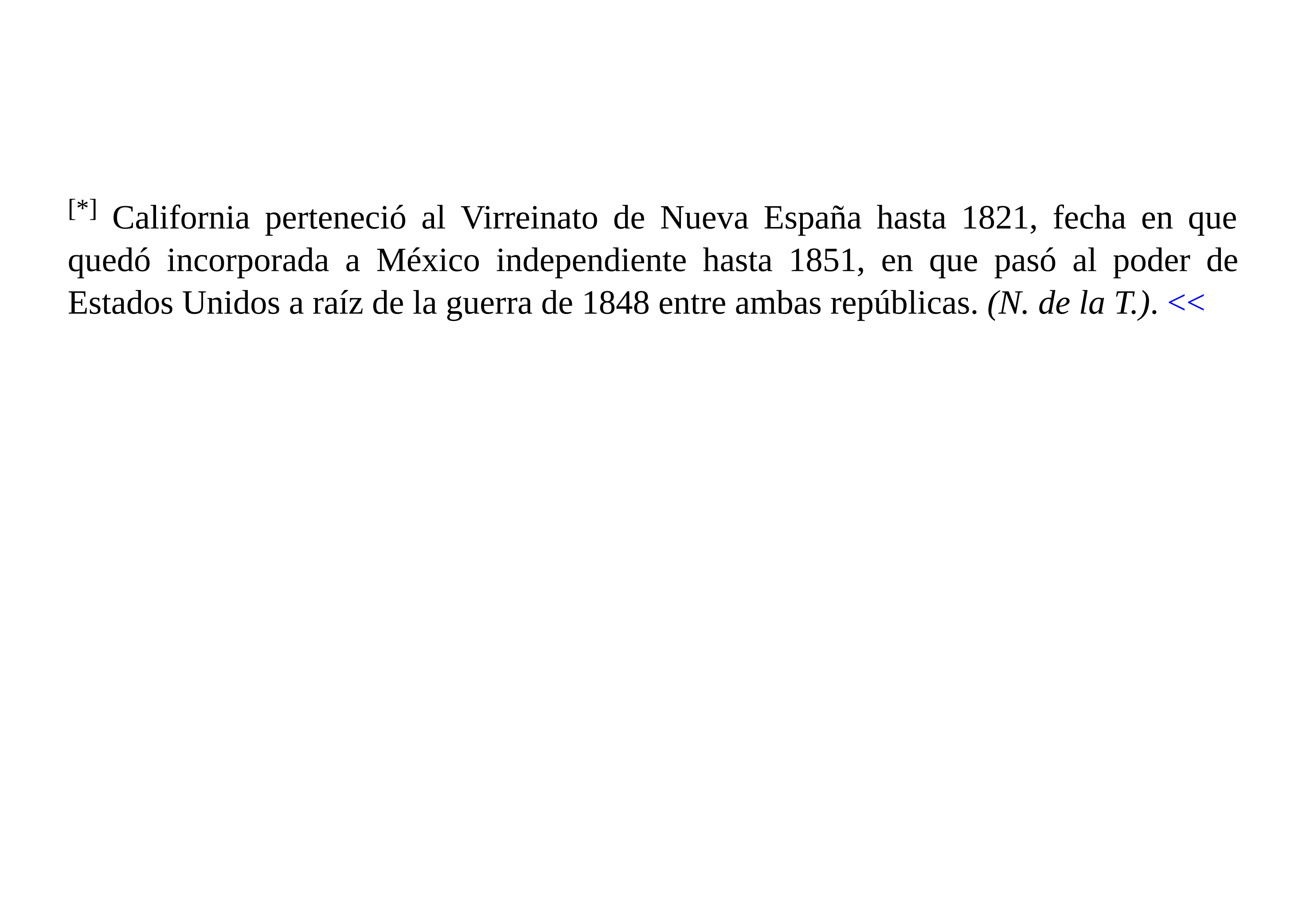


[*] En castellano en el original. Hay que precisar que en castellano sólo se habla de ingenio cuando la plantación de caña tiene también oficinas para beneficiar azúcar. *(N. de la T.)*. <<

[*] De *nutmeg*, «nuez moscada». *(N. de la T.)*. <<

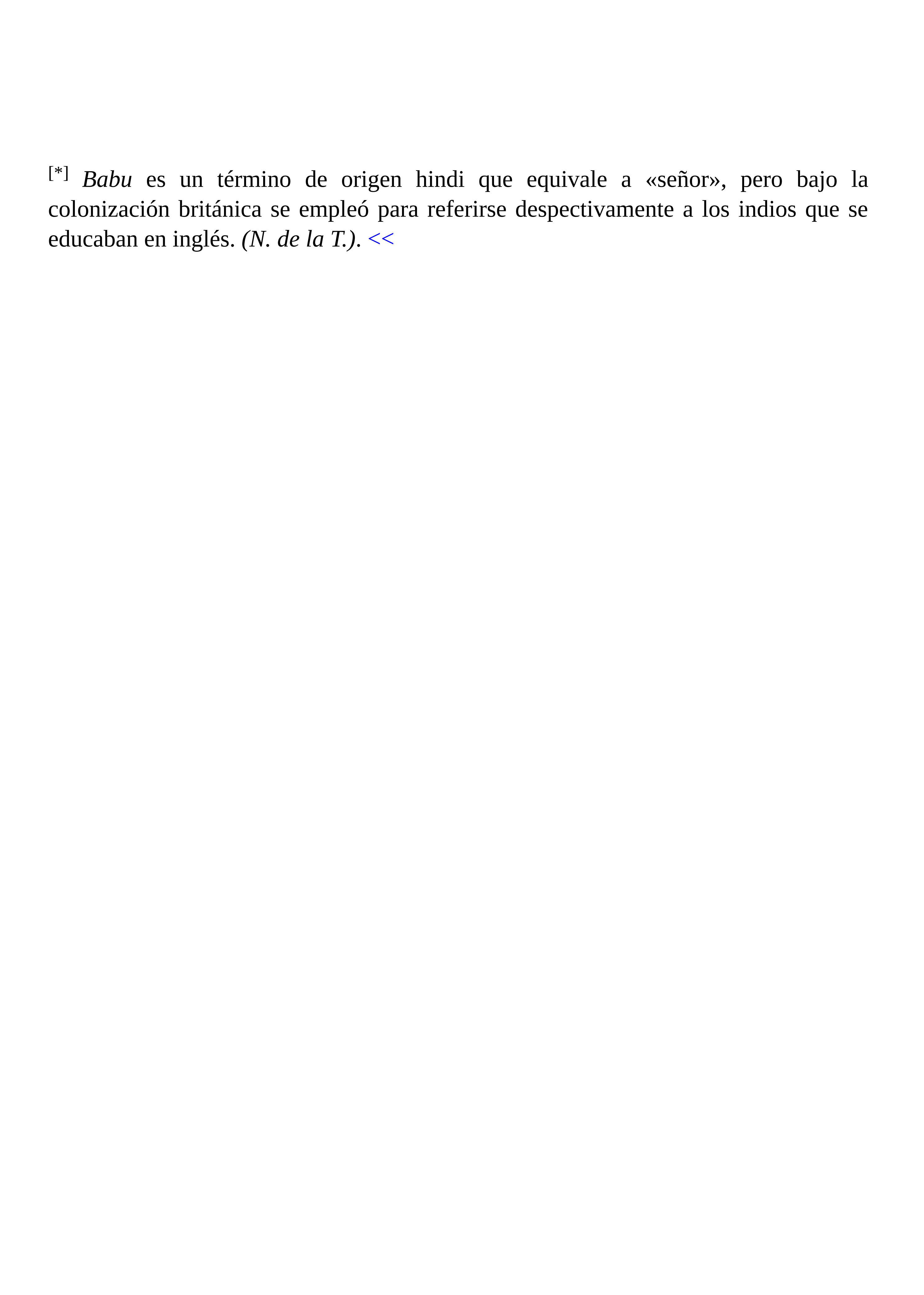
[*] Seguidores de Robert Sandeman (1718-1771), pastor escocés. *(N. de la T.)*. <<

[**] Denominaciones de los grupos políticos ingleses originados en el siglo XVII: los *tories* eran los conservadores, fieles a la monarquía y a la Iglesia anglicana; los *whigs* eran los detractores del absolutismo y partidarios de las doctrinas liberales. *(N. de la T.)*. <<



[*] California perteneció al Virreinato de Nueva España hasta 1821, fecha en que quedó incorporada a México independiente hasta 1851, en que pasó al poder de Estados Unidos a raíz de la guerra de 1848 entre ambas repúblicas. *(N. de la T.)*. <<

[*] *Durbar*: recepción formal realizada por un príncipe indio. *(N. de la T.)*. <<



[*] *Babu* es un término de origen hindi que equivale a «señor», pero bajo la colonización británica se empleó para referirse despectivamente a los indios que se educaban en inglés. *(N. de la T.)*. <<



[*] Palabra del afrikaans que significa «campamento», en concreto, el protegido por carros de combate blindados puestos en círculo. *(N. de la T.)*. <<

[*] *Reverse* significa «revés» o «derrota» en inglés. *(N. de la T.)*. <<

[*] De *pommy*. *(N. de la T.)*. <<